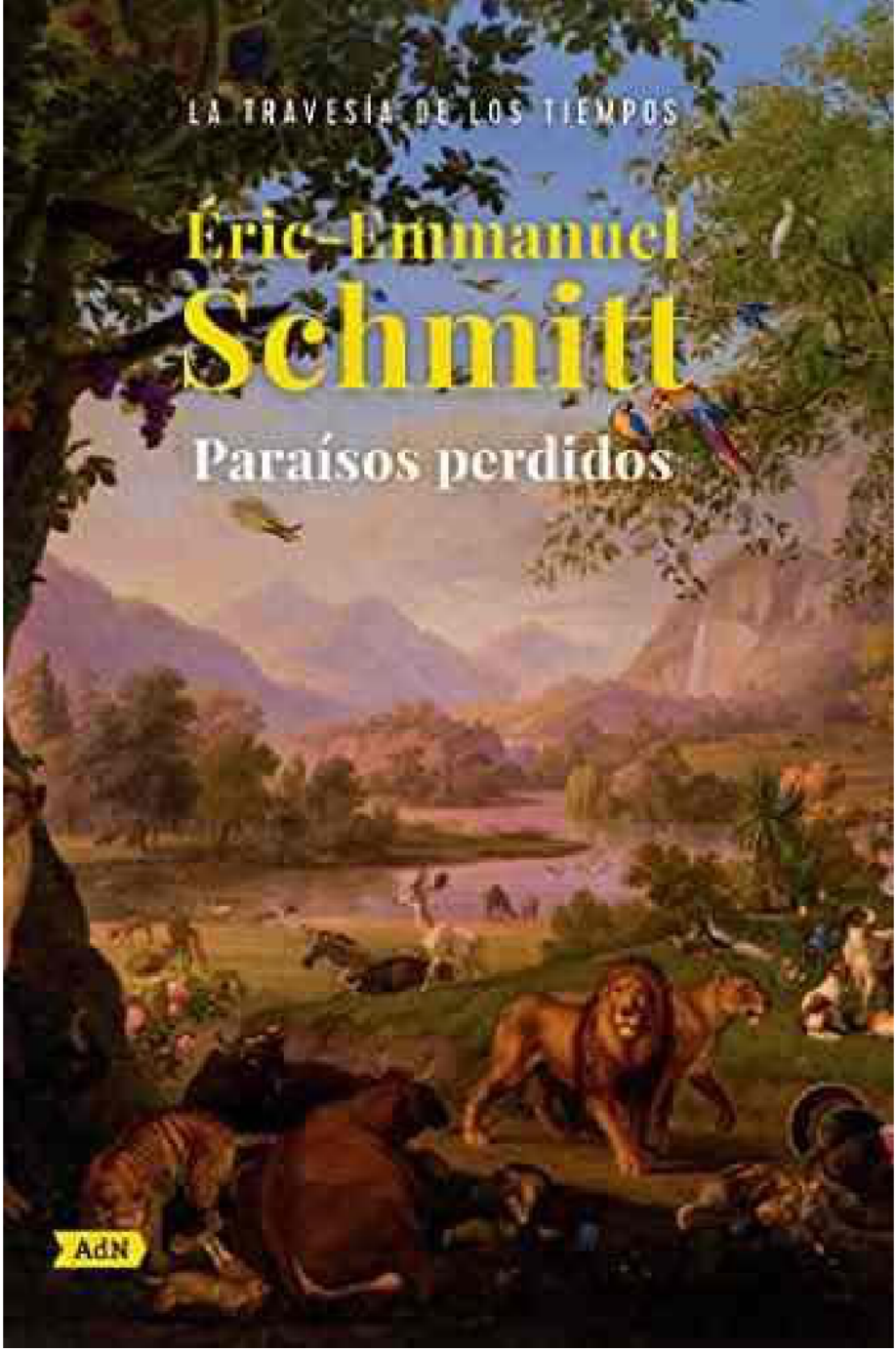
LA TRAVESÍA DE LOS TIEMPOS
Éric-Emmanuel
Schmitt
Paraísos perdidos
AdN

Éric-Emmanuel Schmitt

PARAÍSOS PERDIDOS

La travesía de los tiempos

Volumen 1

Traducción de M.ª Dolores Torres París

AdN Alianza de Novelas

Nota del editor

La travesía de los tiempos supone un prodigioso desafío: contar la historia de la humanidad de forma novelada, entrar en la Historia a través de las historias, como si Yuval Noah Harari se hubiese cruzado con Alejandro Dumas…

En este proyecto titánico se ha embarcado Éric-Emmanuel Schmitt desde hace treinta años, una aspiración que acabó trazando una trayectoria de vida. A sombra de tejado de sus otros textos (novelas, relatos, teatro, ensayo), ha trabajado sin descanso, acumulando conocimientos históricos, científicos, religiosos, médicos, sociológicos, filosóficos, técnicos, mientras dejaba que su imaginación fuese creando personajes fuertes, conmovedores, inolvidables, con los que nos hemos encariñado e identificado.

De la síntesis entre su formación intelectual y su talento de escritor nace una obra única que nos traslada de un mundo a otro en el resquebrajamiento de las culturas, identificando los momentos en que accidentes, evoluciones y revoluciones modifican civilizaciones. Y, en cada ocasión, el presente ilumina el pasado, del mismo modo que los tiempos pasados arrojan luz sobre la época contemporánea.

Esta increíble travesía comienza con el diluvio y prosigue en nuestros días. A través de sus amores y sus disputas, los personajes clave encarnan los acontecimientos y los cambios cruciales.

Cada uno de los ocho títulos de esta inmensa aventura editorial se consagra a una época decisiva de la historia de la humanidad: 1. *Paraísos perdidos* (fin del Neolítico y diluvio); de próxima publicación: 2. *La puerta del cielo* (Babel y la civilización mesopotámica); 3. *El sol sombrío* (el Egipto de los faraones y Moisés); 4. *La luz de la felicidad* (la Grecia del siglo IV antes de Cristo); 5. *Los dos reinos* (Roma y el nacimiento del cristianismo); 6. *La mixtificación* (la Europa medieval y Juana de Arco); 7. *La época de las conquistas* (el Renacimiento y el descubrimiento de América); 8. *Revoluciones* (revoluciones políticas, industriales, técnicas).

Paraísos perdidos

Prólogo

Un temblor.

Al principio fue un temblor.

Insistente, el temblor baja, fluye, se extiende, se propaga, se multiplica, convirtiéndose en dos, en quince, en cincuenta estremecimientos que conquistan la piel, despertando los sentidos.

El hombre abre los ojos.

Noche… Silencio… Frescura… Sed…

Mira las tinieblas a su alrededor. La oscuridad lo atemorizaría si no supiera dónde está. Acurrucado en la caliza húmeda, inspira el aire puro, vigorizante, que llena sus pulmones y revive sus entrañas. La voluptuosidad de existir… ¡Qué delicia renacer! Infintamente mejor que nacer…

Concluida su tarea, los temblores se disipan: el hombre ha tomado conciencia de su cuerpo.

Abandonando la posición fetal, se gira con precaución sobre la espalda y se concentra concienzudamente en diversas partes de su anatomía. Guiados por su voluntad, los brazos se elevan sobre el rostro, los dedos se doblan, los nudillos crujen, las manos descienden, palpan el pecho, recorren el vientre, rozan el vellón en que termina, acarician el sexo tibio. Ordena a sus tobillos impulsarse, levanta los pies, los inclina a derecha e izquierda, traza círculos y luego alza los muslos contra el torso. Todo obedece a las mil maravillas. ¿Padecerá alguna secuela, algún tipo de molestia? La meticulosa exploración le confirma que ni siquiera tiene una cicatriz. Su organismo de veinticinco años le ha sido devuelto intacto.

—Noam…

Su nombre retumba en la cavidad opaca. ¡Qué alivio: la voz también funciona!

Frunce el ceño. Las sílabas, que han rebotado de pared en pared, perturban la atmósfera; con una palabra, una sola, han irrumpido los hombres, los clanes, los pueblos, las naciones, la Historia, pesadas y opresivas amenazas, tan alejadas de la felicidad animal de la que gozaba hasta ese momento. Noam. Su nombre lo abruma. Noam. Es él quien dice su nombre, ni una madre ni un padre susurran esos sonidos. Noam. Soledad. Soledad extrema. En ese sentido, un

renacimiento vale menos que un nacimiento…

Se yergue. Su cráneo choca contra la piedra de la gruta. Aturdido durante unos segundos, masajea el cuero cabelludo hasta tranquilizarse. A ciegas, decide dejar el alvéolo por el segundo, contiguo a este.

¿Dónde está la entrada? Sus palmas exploran la pared, que presenta grietas, pliegues, recovecos, pero ningún orificio. ¿Qué ocurre? La explosión que tuvo lugar aquí tal vez haya provocado un derrumbe que obstruye la salida. Insiste en vano. ¿Está atrapado bajo los bloques? El corazón se acelera, la boca jadea, el sudor le resbala por los antebrazos.

Debe calmarse. Volver a empezar, hacerlo metódicamente.

Arrodillado, Noam toma un punto de referencia y explora de nuevo las paredes. Cede un pedrusco, luego otro, ahora el tercero: ha descubierto el pasaje.

Se adentra en él.

A la derecha.

Recuerda haber dejado la mochila a la derecha. Siempre y cuando la explosión no haya…

Sus dedos se reencuentran con el tejido húmedo, casi vivo.

Aliviado, saca un mechero. Después de unas cuantas chispas, la llama cobra vida. Deslumbrado por la lengua de fuego, gira la cabeza. Parpadea, se le velan los ojos. ¿Cuánto tiempo hace que no los abre?

Se familiariza con la luz detallando las paredes. La roca presenta una piel, una piel brillante, húmeda, de poros dilatados, rosada, sensual, femenina, ofreciendo pliegues turgentes que lo atraen, dibujando aquí un cuello, una oreja, una axila; allá una ingle, los labios, el clítoris, la sombra misteriosa de una vagina. Noam se acurruca en el centro de la tierra, ese vientre en donde, a lo largo de milenios, lo líquido y lo mineral se han unido. Han sido las gotas las que han creado esos contornos. Lo que lo rodea no ha sido esculpido, sino rezumado.

Siente una erección. Es placentero… ¿Cuándo hizo el amor por última vez?

Del fondo de la mochila extrae una bujía. La enciende y luego, guardando el mechero, echa mano de su ropa interior, un pantalón, una camisa de lino y unas sandalias.

Se ríe al recordar la mañana en que salió desnudo de las cuevas escandalizando a un grupo de campesinas.

Una vez vestido, bujía en mano, emprende el camino por los angostos pasos que tan bien conoce. Las anfractuosidades lo constriñen, obligándolo a ir más despacio, a gatear, a arrastrarse de un

nivel a otro, a deslizarse a lo largo de un pasadizo, hasta que accede a lo más profundo de la caverna.

Se ve sorprendido por un inesperado resplandor. Se oyen ruidos.

¿Qué ocurre? ¿Su guarida ha sido violada? Habitualmente solo se escucha el murmullo del agua. Apaga la bujía y se desliza con cautela hacia la abertura denticulada.

Hasta él llegan voces. Un sutil sonido de motor ronronea a lo lejos. Cuando alcanza el final de la sinuosa arteria, se inclina sin dar crédito a lo que ven sus ojos.

La gruta ha sido invadida. Las concreciones aparecen iluminadas por potentísimos focos. Adosado a las escarpaduras, han construido un camino bordeado por una barandilla de hierro, a veces ruta excavada, otras, pasarela añadida, ensanchándose, cuando se tercia, en balcón a modo de mirador. En ese momento lo recorren algunos individuos. Un tipo, que no para de ondear un estrecho banderín, guía a un grupo y hace comentarios. En árabe. En alemán. En inglés. En francés.

Noam contiene la respiración. Jamás habría imaginado que se acercarían tanto. ¡Cuidado! Nadie debe verlo apostado en este saliente.

En cuclillas, agazapado en la sombra, descubre gracias a los destellos de la iluminación un juego cromático insospechado, que va del verdeceledón al anaranjado, pasando por el cobrizo y tímidos matices pastel. En el techo distingue las rígidas estalactitas, tenues cabellos que horadan la dermis rocosa, como los pelos ralos que nacen en la áspera piel de los elefantes. A lo lejos, los relieves se mitigan, se redondean, acharolados, parecidos a nubes sólidas, como nubarrones petrificados. Por dondequiera que mire apuntan estalactitas y estalagmitas, se encuentran, se alejan. La opulenta Naturaleza se desata; gota a gota, siglo tras siglo, con paciencia y fantasía, rezuma un decorado exuberante, abstracto, figurativo, donde esferas, coladas, nódulos, pilas o concreciones, siguen la geometría, pero se liberan de ella para sugerir un asta, un león, un toro, un luchador colérico, un dios furioso. En un lado, erige candelabros o derrite velas; en otro, edifica templos de medusas o cincela vertiginosos tubos de órgano; más allá, despliega cortinajes de calcita, tapices y cordones entrelazados.

Noam estudia las salidas desde el lugar en donde está tendido. Puesto que la falla que conoce ha sido obstruida por las obras, tendrá que escabullirse de otra forma. Habrá que improvisar.

En el momento en que los intrusos dejan el campo libre, baja con agilidad de la parte superior, con la mochila a la espalda; manos y pies saltan velozmente de un asidero a otro a lo largo de la escarpa.

—¡Oiga! ¿Qué hace aquí?

La voz que resuena lo increpa en alemán.

Noam distingue un gigantón pelirrojo con camisa de flores que lo interroga desde una plataforma. Sin cejar en sus gestos de escalador, responde en árabe:

—Muestras para el laboratorio.

—¿Cómo?

En vista de que el coloso no entiende, Noam repite en alemán exagerando el acento árabe:

—Muestras para el laboratorio.

—¿Qué laboratorio?

—La Sociedad Libanesa de Espeleología.

Noam suelta lo primero que le viene a la cabeza. Se hace un silencio. Apenas unos metros hasta la salida…

—¡Ah, vale! —exclama el alemán—. ¡Menudo escalador está hecho!

—Gracias —responde Noam, saltando a la plataforma de hormigón.

—¿Cómo ha aprendido mi idioma?

—Estudié un año en Heidelberg.

Noam lo saluda y se aleja con pasos rápidos. ¿Dónde está la salida? El hecho de que la conversación entablada con el primer ser con el que se cruza en varios años se reduzca a una sarta de mentiras lo exaspera. ¡Bienvenido al mundo de los hombres! Bueno, da igual. El tipo que lo ha visto descolgarse de las rocas no sospecha que se ha evadido de una cámara secreta.

Un grupo de turistas se acerca con la lentitud de un rebaño de borregos. Noam modera la marcha, los saluda con una sonrisa vaga y camina cabizbajo, esforzándose en no resbalar en el suelo mojado.

Apoyado en la barandilla, divisa un hoyo profundo, un pozo natural que deja al descubierto la superficie azul celeste del lago subterráneo, plácida, radiante a la luz de los focos sumergidos. Una embarcación eléctrica de fondo plano navega por allí, cargada con una docena de pasajeros. De ahí procedía el tenue ruido de motor. Noam deduce que las dos galerías se visitan; la baja, en barco; la alta, a pie. No hace mucho, solo algunos aventureros con casco se arriesgaban en la inferior, nadie sospechaba de la existencia de la superior.

Poco a poco, el lugar se llena de gente que parlotea en un babel de idiomas. Noam los mira de reojo, pasmado con su atuendo: un montón de papanatas apenas cubiertos con *shorts* o con camisetas de asas luciendo tatuajes. ¡Vaya! ¿Todos marineros? ¿Todos bandidos? ¿Las mujeres también?

Noam niega con la cabeza; resolverá ese enigma más tarde.

«Exit.»

Con el corazón palpitante, cruza un torniquete cromado para adentrarse en un túnel artificial de cemento. Diez metros. Veinte. Sesenta. ¿Se habrá equivocado? Ochenta. Noventa metros… A medida que avanza, percibe la luz del sol, siente su calor, aspira un aire saturado de fragancias.

Desemboca en una plazoleta abarrotada de turistas. El sol lo ciega, la vaharada lo embota. Aturdido, se arrima a una balaustrada y trata de recuperar el aliento.

En los alrededores, los nativos venden toda clase de artículos, unos, bebidas frescas; otros, helados, pistachos, cacahuetes salados, recuerdos —muñecas de trapo, agendas repujadas, chales, abanicos, tazas, cucharas…—. Indiferentes a las ofertas, los turistas consultan una especie de cajita plana que llevan en la mano; algunos la pegan a la oreja, monologando en voz alta. ¡Qué curioso! Aparte de un montón de adolescentes ocupados en ligar, nadie presta atención a nadie, cosa que a Noam le viene de perlas…

Sacando la cantimplora de la mochila, apaga la sed y analiza la situación: un tren de cremallera, así como un teleférico, conectan ahora la gruta de abajo con la de arriba, la suya, antaño desconocida. A regañadientes, Noam llega a la conclusión de que probablemente haya ido por última vez a su querido refugio. Tendrá que procurarse un nuevo escondite, en caso de que deba…

¡Mejor no pensar en ello!

Suspira.

Huir. Huir siempre. Y desde hace tanto tiempo…

¿Por qué?

*

Las piernas se aceleran. Los músculos de las pantorrillas bajan el sendero, vivos, excitados, hinchados de sangre, a punto del orgasmo. Noam necesita desfogarse.

Después de haber dejado el paraje de Jeita y reponer fuerzas alejado de la multitud devorando una lata de atún —una de las preciosas conservas que atesora su mochila—, recorre los dieciocho kilómetros que lo separan de Beirut. En este ameno valle atravesado por piedras grises, bordeado de olivos, de limoneros, de encinas, le basta con seguir el curso del río Nahr el-Kalb de irisadas ondas, el mismo que nace en las cuevas y surte a la capital de agua potable.

El sol pica con fuerza. Las cigarras estridulan chirriando con tal fervor que da la impresión de que el paisaje se desploma.

Falto de costumbre, Noam anuda un pañuelo a la cabeza, se

protege los ojos haciendo visera con la mano y se detiene con frecuencia a beber. A su alrededor, en lo alto de las colinas o en sus laderas, se alzan conventos, capillas y monasterios con profusión de santos. En el horizonte, una vasta opalescencia rodea la tierra: el mar.

Tras los pasos con los que Noam avanza, achicharrado de calor, se levanta una nube de polvo. Los arbustos calcinados no lucen ni flores ni frutos. Secas, las hierbas se desmoronan, amarillentas, lacias, quebradizas. En cuanto a los olivos, los célebres olivos que han contribuido a la gloria de la región desde hace milenios, han perdido sus hojas; sus troncos nudosos y atormentados se arrancan de la rocalla gritando de sed.

El estado del río preocupa a Noam: lejos de ocupar la totalidad de su cauce, fluye por el centro, en un mísero caudal, dejando dispersos aquí y allá algunos charcos solitarios, rápidamente evaporados.

¿Una ola de calor?

Un perro interrumpe las reflexiones de Noam.

De largas patas, flaco, pelo rizado, husmea la camisa de una víbora entre los matorrales cuando percibe la presencia del caminante. Se gira. El hombre y el animal conectan enseguida con los ojos.

Noam se agacha lentamente; el perro se acerca lentamente a su vez, desmadejado, risueño, con un caminar ágil y oscilante, meneando la cola con un amplio movimiento.

—Hola, perrito —susurra Noam en una lengua que ya nadie habla pero que el animal entiende.

Su palma recibe la trufa húmeda y tibia. Luego alarga las manos y le acaricia el pecho. El perro suspira entregado. Intercambian una larga mirada como si se reencontrasen, y en verdad es un reencuentro. El paisaje se desvanece. El tiempo se detiene.

—¿Qué haces tú solo paseando por aquí?

Arrugando la frente aterciopelada, el perro mira fijamente a Noam y deja al descubierto el blanco de sus globos oculares, lo que le confiere una expresión triste.

—Ah, ya veo, estás tratando de engatusarme…

Entusiasmado, el animal se rinde a sus caricias, sin comedimiento ni recato.

—¡Rocky!

Un grito ronco surge del lindero.

El perro se aleja de Noam a regañadientes para dirigirse hacia el lugar de donde procede la voz de su amo.

—¡Rocky!

Obediente, y luego juguetón, desaparece detrás de los enebros espinosos.

Noam permanece en cuclillas. Se estremece. Ha experimentado más emoción al cruzarse con el perro que al cruzarse con los hombres… ¿Quién lo ha recibido con alegría dándole la bienvenida? La benevolencia desinteresada solo ha brillado en los ojos del perro.

Se sermonea sin piedad: ¡Noam, acabarás convertido en un misántropo!

Encogiéndose de hombros, reanuda su camino. *Misántropo*…, el término no lo asusta. Solo odia a los hombres quien los ama. Solo castiga a sus semejantes quien espera de ellos lo mejor.

Los tejados anuncian los suburbios de Beirut.

¿Qué nombre elegir? ¿Qué nacionalidad? ¿Qué identidad le permitirá pasar inadvertido? Puesto que ignora los últimos acontecimientos del Líbano, teatro de todos los conflictos y de todas las reconciliaciones, debe informarse en previsión de las preguntas que le harán… Sabe por experiencia que una frase puede ponerlo en peligro.

La ciudad ha crecido desde su anterior expedición… Cubos de cemento de desecho. Edificios precarios de cuatro pisos. Como de costumbre, las afueras de una ciudad no descuellan por su esplendor arquitectónico. Entre los edificios, excavadoras oxidándose, cables que penden en el vacío, o volquetes y contenedores que exponen al aire libre la basura con la que los cuervos se dan un festín.

Noam se detiene aturdido en un cruce de caminos. ¡Qué barullo! Sumándose al petardeo de los martillos neumáticos y al fragor de los generadores que abastecen de electricidad el barrio, camiones, coches, motos y ciclomotores compiten en decibelios mientras las ventanas de las viviendas escupen a todo volumen los sonidos de radios y televisores.

Entra en Beirut y deambula por la ciudad. Cuerpos que se rozan. Taxis tocando el claxon para captar clientes.

Casi sin darse cuenta, Noam mira a las mujeres y las sigue, hipnotizado por sus esbeltas siluetas. Cuando ellas se giran, baja la cabeza, tuerce a un lado o cambia de rumbo.

—¡No! ¡No puedo empezar con eso otra vez! —masculla cuando se percata de su comportamiento.

Cada vez, de espaldas, esperaba que fuese Ella. Cada vez, de frente, lamentó que no fuese Ella…

Ahuyentando este pensamiento, intenta concentrarse en lo que lo rodea.

Los beirutíes manipulan la cajita plana que ya observó en Jeita. Noam deduce enseguida que se trata de un teléfono, un teléfono sin cable. ¡Qué increíble progreso en tan pocas décadas! Sin embargo,

¿por qué miran el teléfono cuando no lo utilizan? Colocándose detrás de una beirutí cubierta con velo, una joven miope y despistada, descubre que el aparato emite imágenes luminosas. Asombroso: ¡sin lápiz, sin bolígrafo, sin máquina de escribir, la joven escribe un mensaje en la pantalla, un texto en caracteres de imprenta perfectos!

Noam continúa su pensativo peregrinar.

Delante de un establecimiento escolar, los alumnos, sentados con las piernas cruzadas en el asfalto, interrumpen la circulación. En sus pancartas campea el eslogan «¡No hay futuro sin planeta!». Noam se acerca a un periodista calvo que, cámara en ristre, entrevista a uno de los estudiantes:

—¿Qué reivindica vuestro movimiento?

—No es un movimiento, es una huelga —responde el adolescente en perfecto inglés, con voz grave, profunda, viril, que contrasta con su complexión menuda—. Vamos a la huelga para alertar a los adultos, para movilizar a la población, para responsabilizar a los políticos. ¿Para qué vamos a ir a clase si el futuro está amenazado?

Con la indolencia de los adolescentes, da por concluida la entrevista y se reúne con sus compañeros; el periodista lo sigue.

—¿No estáis exagerando? Eso es como pedir peras al olmo.

—Los que exageran son los que cierran los ojos y se tapan los oídos, los que se empeñan en trabajar, en gobernar, en votar, en consumir, como si no pasase nada.

—Imitáis a los jóvenes de Europa y América.

—Exacto. Los jóvenes del mundo entero se oponen a los viejos del mundo entero.

—Un conflicto generacional: ¿los jóvenes contra los viejos?

—Los conscientes contra los inconscientes.

—¿Vais a declarar la guerra?

—Demasiado tarde: ya han perdido todos los bandos.

Resuena la oración del muecín.

Noam sigue su camino. Ha captado algún tipo de tensión, pero no conoce los pormenores del asunto. Debe investigar urgentemente lo que está sucediendo.

Necesito dinero.

Zigzagueando entre los peatones a través de callejuelas congestionadas, una vez pasado el dispensario Saint-Irénée, llega a un tostadero de café de aromas embriagadores; enfrente ve una tienda cuyas paredes se curvan aplastadas por el peso del edificio.

¡Menos mal que sigue ahí!

El negocio, con las persianas echadas, no luce ningún letrero y tiene una puertecita que queda más baja que la acera enlosada.

Noam desciende los tres escalones, empuja el batiente, que primero se resiste y luego cede de golpe, lo que desencadena un alegre campanilleo. Noam inclina la cabeza para salvar la chambrana y entra en el almacén iluminado por luces verdosas de neón. Hay un montón de vitrinas cerradas con llave, horizontales, verticales, donde se exponen miles de artículos; reconoce los anaqueles de la plata, la porcelana, la cristalería, las cuberterías y una colección de los recientes teléfonos inalámbricos.

—¿Qué desea el señor?

Desde el fondo, el marchante, regordete, mofletudo, de escasos cabellos negros engominados que le caen sobre una frente corta, lo ve avanzar con mirada inquisitiva y una improbable sonrisa esbozada en sus labios purpúreos.

Noam descarga la mochila en el mostrador, con un gesto varonil que significa lo mismo en todas las latitudes: «Ojito con pegármela o te las verás conmigo».

Las cejas del marchante se estremecen impresionadas.

Sin mediar palabra, Noam saca un anillo del bolsillo, lo hace rodar en la palma de la mano y se lo muestra.

—Tenga.

El marchante lo alza entre sus dedos regordetes con una afectación que imagina distinguida y murmura con voz untuosa:

—Una joya que ha heredado de su madre, por supuesto.

Luego esboza una mueca escéptica, lo que vuelve su rostro todavía más rubicundo.

—Anticuado. Un género que ya nadie compra. El tipo de montura, el engarce, el estilo…

Se ríe burlonamente.

—Tal cual, es imposible colocarlo. La piedra en cambio…

—Un rubí.

—Sí…

—Un buen pedrusco.

—No es para tanto…

—Un rubí soberbio.

—Sí, bueno, pequeño no es, pero…

—No intente pegármela. He consultado con sus colegas.

El mofletudo examina a Noam y farfulla:

—¿Sabe por qué llaman a esta tienda La Cueva de los Cuarenta? Por *Alí Babá y los cuarenta ladrones*.

Apunta a Noam con un índice minúsculo y regordete.

—Ustedes serán cuarenta, pero yo soy único. Todos ustedes son intercambiables. Yo, no.

—¿Me está llamando ladrón?

—¿Me toma usted por un perista?

Ambos se miden. Noam sabe de memoria el resto de la escena:

—He sometido el anillo…

—De su madre…

—De mi madre… a la consideración de otros filántropos. En Damasco. En Nicosia. En La Valeta. En Estambul.

El marchante, ahora interesado, cambia de actitud.

—¿No tiene prisa?

—Nunca hay prisa para cerrar un mal trato. ¿Cuánto me ofrece?

En un acto reflejo, el abotargado perista agita los dedos manipulando billetes imaginarios.

—¿En dólares americanos?

—¡Por supuesto! —replica Noam, que ignora el valor al cambio.

El hombre pone los ojos en blanco, los gira varias veces en sus órbitas, activándolos como un ábaco chino, hace sus cálculos y luego suelta:

—Veinte mil dólares.

—¿Usted es joyero o quincallero?

—He dicho veinte mil.

—Cuarenta mil.

—Veinticinco mil.

Con toda la calma del mundo, sin decir una palabra ni dirigirle la mirada, Noam recoge el anillo, lo frota, lo guarda, gira sobre sus pasos y camina hacia la salida. Pasado el umbral, mientras suenan las campanillas, el marchante vocifera:

—¡Treinta y cinco mil dólares!

Noam se gira y amaga una mueca burlona a modo de despedida. Con la puerta a punto de cerrarse, el marchante sale disparado e introduce un pie entre el marco y el batiente.

—De acuerdo: cuarenta mil dólares.

Se estrechan la mano y Noam traga una repentina bocanada de pachulí. Jadeante, febril, meloso, el marchante invita a su huésped a un té o un café. Noam se lamenta: ignora el valor de su joya, sin embargo, a juzgar por la alegría del perista, duda de haber obtenido el precio correcto.

—¿Puede recomendarme a alguien… que haga pasaportes?

El perista no mueve un músculo —Beirut sigue siendo un nido de espías y traficantes de todo tipo— y le pasa una dirección.

Noam sale de la tienda. El estrépito de miles de coches lo abruma tanto como la abundancia de letreros de todos los colores. Siente una imperiosa necesidad de descansar.

Inesperadamente, entrevé, saliendo de una limusina, dos piernas torneadas y finas, calzadas con sandalias doradas de elegantes tiras.

Noam se estremece. Los ojos aguardan a descubrir el cuerpo de la mujer, pero su emoción le dice: ¡es Ella!

Se apoya jadeante contra la pared.

Los pies tocan el suelo, surgen unas lánguidas caderas, un torso flexible y, por último, aparece el rostro. Una antorcha pelirroja, tremendamente sensual, abandona el coche, escoltada por un amante de pelo engominado.

No es Ella.

A Noam le cuesta recuperarse. Está confuso. Hace unos segundos, su emoción contenía tanto miedo como deseo. Y ahora no sabe si sentirse aliviado o decepcionado.

Ella… Siempre Ella…

Ha dejado el mundo solo para huir de Ella…, ¿y ahora vuelve para encontrarla?

*

Se ha agenciado un alojamiento, en una modesta casita de pescador, al borde de las rocas costeras. La viuda Ghubril lo ha admitido sin necesidad de pasaporte ni carné de identidad. Impaciente por rehacer el tejado de la casucha, no pone muchos peros sobre la legalidad.

—Este es el código de conexión a Internet —murmura.

Desconcertado, Noam acepta la tarjeta de cartón en la que figuran los números, sin arriesgarse a hacer ni una sola pregunta. Cruza un pasillo que huele a cera, deja sus pertrechos en el cuartito limpio y encalado, amueblado con una cama, un exiguo escritorio, un taburete, un televisor y una mesita de café. La puerta acristalada se abre a un balcón con vistas al mar; es tan estrecho que solo cabe una hamaca. Aunque el alojamiento rezuma modestia, la vista es espléndida.

Con dinero en el bolsillo, Noam va a la dirección que le proporcionó el perista. Lo más urgente es hacerse con papeles falsos. Durante todo el día, la mirada que le dirigieron los empleados del hotel y los administradores de fincas cuando afirmó haber extraviado sus documentos significaba: «Menudo sinvergüenza» o «Un don nadie…». Y el billete que Noam, siguiendo una inveterada costumbre, intentaba deslizar bajo mano no mejoraba nada, todo lo contrario. La tendencia de la sociedad a controlar los papeles para cualquier desplazamiento ha empeorado desde la última vez; el sistema importa más que los individuos…

Noam llega frente a una puerta carmesí en el bajo de la casita

indicada. Toca el timbre. No hay respuesta. Vuelve a tocar el timbre. Aporrea la puerta. Llama a voces.

En el piso, una mujerona con moño apretado asoma la cabeza por la ventana y grita, molesta:

—Está cerrado. Mi marido vuelve mañana de Biblos.

Noam le da las gracias y se aleja. No importa. En realidad, eso le da un respiro para decidir con qué nacionalidad podrá atravesar el presente de la mejor manera posible. Habla unos veinte idiomas y se sabe capaz de adoptar distintas identidades. Va a una librería que ofrece una selección de prensa internacional y compra cuarenta periódicos; en el bazar se surte de jabón, dentífrico, galletas, naranjas, un racimo de dátiles y una botella de arak.

De vuelta en la pensión de la viuda, en el barrio de Mar Mikhaël, se lleva a los labios una copa de anís lechoso, solo para celebrar su regreso al mundo; luego, tumbado en la cama, coge los periódicos y lee los titulares. La juventud se rebela en todas partes. En todo el mundo, los estudiantes de secundaria hacen huelga, los universitarios abandonan los campus; salen a la calle para reivindicar medidas contra el calentamiento global.

¿«Calentamiento global»? Noam ignora lo que significa…

Lee unos cuantos artículos para entenderlo: la temperatura del planeta ha aumentado. Las zonas desérticas se están expandiendo; las regiones que antes eran templadas se desintegran, sometidas a tormentas y olas de calor. Mientras plantas y especies desaparecen a diario, se producen variaciones climáticas extremas. Lo imprevisible se convierte en norma. O falta el agua y no crece nada o el agua se desborda y lo arrasa todo. Las fotos alarman a Noam: los glaciares alpinos por los que antaño transitaba se han derretido; los osos polares que había cazado, enormes, atléticos, amenazadores, ahora arrastran su miserable esqueleto hasta las afueras de las ciudades.

La noche le trae a Noam una sucesión de desastrosas revelaciones. ¡Ocho mil millones de personas habitan la Tierra en la actualidad! Ocho mil millones de personas bombean gasolina, gas, conducen automóviles, cogen trenes, viajan en avión, consumen electricidad. Ocho mil millones de personas tiran bolsas de plástico que afean el paisaje y contaminan los océanos. Ocho mil millones de personas amplían el espacio urbano y reducen los espacios verdes. Ocho mil millones de personas exigen alimentos mientras la tierra, exangüe, se agota. Ocho mil millones de personas reclaman carne, más de la que proporcionan los animales. Ocho mil millones de personas apuestan por una industria que ensucia el cielo, mancha los pulmones, envenena arroyos y ríos y destruye la flora y la fauna. Ocho mil

millones de personas contaminan la atmósfera. Ocho mil millones de personas solo piensan en sus ganancias, en sus placeres. Ocho mil millones de personas no quieren cambiar nada mientras todo cambia. El consumismo, el culto al dinero, la conquista frenética de nuevos mercados, el libre comercio han provocado un calentamiento nefasto.

Noam se frota las sienes. Durante su hibernación, la imprudente humanidad ha provocado su extinción.

Sudando a mares, Noam vuelve a los artículos de primera plana, los de *L'Orient-Le Jour*, los de *The Times*, los de *Der Spiegel* y los de *Le Monde*, que explican el movimiento de los estudiantes de primaria y secundaria. Después de algunas alertas aisladas, lanzadas por científicos de los que se había reído la sociedad seria, los jóvenes denuncian el regalo envenenado que les han legado las generaciones anteriores: esta forma de vida destruye la vida, la Naturaleza ya no es natural, el futuro no tiene futuro. Lo normal es que la juventud sienta ira; ahora, estos jóvenes expresan su angustia dejando de estudiar. En su opinión, el estado del planeta confirma el fracaso de la política. Cualesquiera que sean los regímenes, la búsqueda de ganancias guía a los poderes. ¡Cueste lo que cueste!

Agotado, Noam arroja los periódicos a los pies de la cama. Es consciente de lo pueril de su gesto; como si matar al mensajero hiciese desaparecer las malas noticias, pero la realidad lo abruma.

¿Por qué?

¿Por qué «despertarse» para descubrir esto? ¿De qué sirve volver a semejante universo? Ha conocido muchas atrocidades durante su existencia, pero esta le parece especialmente cruel…

Enciende la televisión. Sale el Canal 31. Debe de ser un error. ¿Treinta y una cadenas? Imposible. El 31 tal vez designe el nombre del canal nacional libanés, evocará una fecha señalada… Activando el mando a distancia, zapea con estupefacción por ochenta cadenas; en su último viaje, solo había dos o tres transmitiendo, nada más.

Los reportajes muestran inundaciones, tifones, cataclismos, refugiados climáticos, animales que huyen, témpanos de hielo a la deriva, costas devoradas por los océanos, cuyo nivel no deja de aumentar.

Apaga el televisor y suspira.

No consigue dormir. Permanece inmóvil encima de la cama sin deshacer. Vegetará allí durante horas, esperando el amanecer sin ilusión: el día no traerá ningún bálsamo a sus heridas, ninguna respuesta a sus preguntas, ningún consuelo a su angustia, solo servirá para justificar que deje la posición de cúbito supino. Le espera una noche infernal.

De repente, una idea lo obliga a incorporarse.
Duda. Teme equivocarse.
¿Y si…?
La idea persiste, terca, hasta imponerse.
Sí. Eso es… Debo hacerlo…

*

Noam no puede más. Ya no soporta nada ni a nadie. Ni el sueño ni la vigilia. Ni a sí mismo ni a los demás. Ni la consciencia ni el olvido.

Se ha pasado la semana lidiando con la idea que se le ocurrió. A pesar de su obviedad, se resiste a ella; a pesar de su fuerza, la rechaza; a pesar de su interés, le da la espalda. Toda su vida se ha construido contra esta idea. Si cediese a ella, capitularía.

Cada mañana, se sienta en un cafetín de Mar Mikhaël, un barrio popular que está de moda, pide unos pasteles al camarero —dulces de piñones, de pistachos, de canela, de almendra, de nueces, de coco, espolvoreados con azúcar glas— y, aspirando el olor a miel, a rosa y azahar, estudia la prensa internacional.

El falsificador no ha vuelto de Biblos. Su mujer se sube por las paredes cuando se lo repite a Noam y, en su rostro demacrado por la exasperación, se nota que sospecha que el quídam le pone los cuernos. Noam tiene que esperar. Eso le permite pensar en su próxima identidad… A la pregunta «¿Quién eres?», responde desde hace siglos con una mentira.

Los cafés son el alma de la ciudad. Sin ellos, se asfixiaría, carecería de espacios para pensar. Bajo las aspas de los ventiladores, entre los fumadores de narguile y los viejos que juegan a las cartas, Noam escucha las conversaciones. Le han bastado un par de tardes para identificar al holgazán que dedica su tiempo a perderlo, al ergotista universal que confunde pensar con echar pestes, debatir con abatir, al pseudointelectual cuya satisfacción consiste en repetir las teorías de moda y al verdadero intelectual de conciencia inquieta y atormentada. Proliferan las informaciones que hablan del agotamiento de los recursos, de los desastres provocados por la industria, del aumento irreversible de las temperaturas.

—Pueden negarse a escucharnos —concede el intelectual en la barra—, pero no pueden negar la ciencia. La ciencia nos enseña que la naturaleza implosionará.

Noam, que redescubre el placer de holgazanear, de comer y beber, se reprocha su hedonismo.

En poco tiempo, este mundo dejará de existir. Soy uno de los

últimos contempladores.

Luego, su pensamiento se asoma al abismo.

En poco tiempo, *el* mundo dejará de existir.

Cada segundo se vuelve incómodo. Cuando más felices se las prometía, recibe una puñalada: pronto sudaremos, nos asfixiaremos, moriremos de hambre o de sed.

Nunca más…

El presente se tiñe de nostalgia.

En esos momentos, vuelve la idea, la idea que iluminó su noche. No aporta una solución, le propone una acción. Si la llevase a cabo, combatiría el vacío…

Beirut conserva su vigor. A pesar del rojo del barómetro, a pesar del tórrido verano que empuja a los libaneses pudientes a retirarse a la montaña, la ciudad brilla enmarañada, bulliciosa, bares y restaurantes despliegan terrazas que nunca se vacían. Los jóvenes muestran su desencanto durante el día y disfrutan de la noche. Su pesimismo, lejos de impedirles vivir, los anima a hacerlo: salen, ríen, beben, gastan dinero, se lucen, van de fiesta en fiesta, desfilan en coches descapotables con su música favorita a todo volumen. Como sus padres ayer… Como sus abuelos antaño… Una particularidad caracteriza a esta ciudad: el placer de vivir. Desde el principio de los tiempos ama lo efímero. De siglo en siglo, de generación en generación, los beirutíes bailan sobre un volcán. ¿Cuál es la diferencia entre ayer y hoy? Antiguamente, era este rincón el que estaba en peligro; hoy es la Tierra.

Mezclándose con la multitud, Noam se deleita con el aquí y el ahora, el hoy lleno de mundos escondidos, el aquí lleno de otros lugares. En el fárrago cotidiano siente mil presencias: los campesinos que durante milenios han cultivado este valle de leche y miel; los comerciantes fenicios, importadores de materias primas, exportadores de obras maestras artesanales; los griegos de Alejandro el Conquistador, los egipcios de la dinastía de los Ptolomeos, los romanos, los árabes musulmanes, los cristianos de la Europa de las cruzadas, los drusos, los turcos del Imperio otomano, los italianos de las repúblicas de Venecia y Génova, los franceses, los ingleses, los palestinos, los sirios… Los continentes confluyen en esta estrecha franja, entre la espuma y la nieve, el escaparate adonde llegan los productos de Asia, de Europa, de África y de Oriente, una encrucijada con un centenar de caminos abiertos. Mientras pasea por las calles, Noam se complace en observar que aquí no hay una lengua única ni una política única ni una única religión. Aquí nada se inmoviliza. Nada permanece igual. La ciudad sigue en movimiento, animada.

Frente al carro de frutos tempranos remolcado por un anciano altivo, se da cuenta de que las frutas también provienen de diferentes confesiones, la uva católica, la aceituna ortodoxa, la manzana maronita, la naranja sunita, el tabaco chiita o el higo druso.

Admira este país cuyo destino es rozar siempre el abismo y no caer nunca en él.

Por la noche, se extasía con las mujeres. Con todas las mujeres. Con la rellenita de hombros de satén y senos turgentes, la delgada de rasgos puros, la tierna menudita, la alta despampanante, la joven de piel tersa, la madura de párpados carnosos, la morena, la rubia, la pelirroja, la canosa, la ruda, la divertida, la lenta, la vivaz, la que habla, la que calla, la que baila, la que bebe, la que fuma, la que ríe… Cada una se le aparece como un secreto cautivador, cada una encierra un misterio al que sueña aproximarse. Beirut lo vuelve loco con su carrusel de deslumbrantes princesas. A veces, sus miradas se encuentran. Noam gusta y lo sabe. Desde sus veinte años, su cuerpo duro y esculpido, su rostro limpio, su boca perfilada, sus ojos negro azabache y sus largas pestañas atraen. Sin embargo, no intenta nada, ni siquiera cuando un gesto insistente le permitiría hacerlo.

¿Es por Ella?

Rechaza esta idea. ¡No es solo Ella! ¡Nunca ha sido solo Ella! Tiene que olvidarla.

No; si se abstiene de iniciar una relación, se dice, es por integridad. En Beirut, desea a las mujeres, no a una mujer. Como un adolescente, desea en general, no en particular.

¿Cuánto tiempo voy a ser honesto?, se pregunta, cada noche más dispuesto a caer en la tentación.

A medianoche, cuando la sangre hierve por todos sus miembros, para escapar a su deseo y evitar la caída, vuelve a casa de la viuda Ghubril; pero allí, de nuevo, le da por ojear los periódicos para ver si, por casualidad, la ve en alguna fotografía.

El resto del tiempo, se prepara, va perfilando la idea hasta dominarla. A no ser que la idea lo esté dominando a él. El martes se compró un cuaderno; el miércoles, tres bolígrafos; el jueves, un diccionario. Después de ducharse, se sienta en el taburete, frente al sobrio escritorio, haciendo como si obedeciese a la idea: el ritual, aunque dura solo unos minutos, tal vez lo empuje a llevarla a cabo.

El viernes, se sienta sobre las rocas batidas por el viento, las olas y el salitre. Contempla a sus pies el añil del agua, las algas que se inclinan y se enderezan con el vaivén de las olas. Medita. ¿Cómo va a desaparecer la Naturaleza? Sigue siendo más fuerte que los hombres,

esas hormigas microscópicas y ridículas que, ni aun locas o desenfrenadas, podrían modificar el cosmos.

Un cambio de luz lo obliga a mirar hacia arriba.

Al norte, el cielo se ha oscurecido; grises nubarrones invaden el horizonte, elevándose tanto que tiñen el mediodía de crepúsculo. Detrás de él, aúllan las sirenas. A lo lejos, los rugidos de motor anuncian la llegada de varios aviones.

¿Qué ocurre?

Se pone de pie.

Los beirutíes que salen de las casas vecinas se agrupan y escudriñan la costa. Noam se une a ellos y los escucha.

—¡Mirad qué humareda!

—Se está formando a una velocidad espantosa.

—Horrible…

—Los bomberos aseguraban que el incendio estaba bajo control desde hace una semana, pero se ha reavivado.

—Los bomberos… ¡Con los que hay!

—Es por la sequía, arde todo.

—El viento aviva las llamas.

—Peor aún, transporta las chispas. Ni el alquitrán de las carreteras ni las piedras de las paredes paran el fuego. Se propaga.

—¡Seis hidroaviones no dan para nada!

—Las autoridades han evacuado tres barrios.

—¡Joder!, va a llegar aquí.

—Aquí está urbanizado, el fuego se detendrá antes.

—¡Sí, pero mientras, no hay quien respire!

Todo el mundo tose. Noam acerca un pañuelo a la nariz tratando de no inhalar las cenizas que se diseminan por todas partes.

A su alrededor, cada uno reacciona a su manera, hay quien toca su piedra azul contra la mala suerte, quien desgrana las cuentas del rosario, quien frota una pata de cabra, quien juguetea con una medalla, quien acaricia su mano de Fátima.

La llegada de un coche de policía interrumpe los comentarios. El conductor da instrucciones con un altavoz:

—Váyanse a casa. Cierren las ventanas. Tapen las rendijas de las puertas con toallas mojadas. Pónganse una mascarilla de tela. Obliguen a los niños y a los ancianos a que se muevan lo menos posible. Repito: váyanse a casa, cierren puertas y ventanas…

La multitud se dispersa nerviosa.

Noam, con la garganta irritada y los pulmones atosigados, se apresura a volver a su alojamiento. Al cruzar el pasillo, pasa delante de la cocina donde la viuda Ghubril vierte plomo fundido en una olla

de agua hirviendo. La mezcla crepita, rechina, humea y la viuda pronuncia entonces la fórmula mágica que conjura el peligro y atrae la suerte. Noam se aleja de puntillas. Beirut se aferra a lo sobrenatural para protegerse de la desesperación.

Entra en su cuarto. Al otro lado del balcón, el cielo y el mar se han apagado: las tinieblas se adueñan de todo cuando aún es mediodía.

Esta vez, se deja llevar por la idea.

Noam se acomoda en su escritorio y empieza a escribir.

Primera parte

El lago

1

Nací hace miles de años, en una tierra de arroyos y ríos, a orillas de un lago que se convirtió en mar.

Por modestia o por prudencia, preferiría no haber escrito nunca esta frase: revela un destino que he mantenido en secreto. Con mil y una precauciones oculté mi verdad a los hombres; los evité, les mentí; hui, viajé, anduve errante, adopté nuevas lenguas; me escondí, me aislé, cambié de nombre, me maquillé, me disfracé, me mutilé; perseguí el anonimato, soporté la soledad del desierto y, en ocasiones, incluso lloré. No importaba. Tenían que olvidarme, debía borrar mi rastro. ¿Qué temía? Mi longevidad no habría dejado de interesarles porque, desde siempre, los hombres buscan la inmortalidad, en el cielo, bajo la tierra, sobre la tierra, en la religión, en la ciencia, en la posteridad; pero la mía —incomprensible— los habría llenado de odio. Mis semejantes se habrían dado cuenta de que no eran… mis semejantes. Superado el asombro, me odiarían por ser quien era y ellos se odiarían por ser ellos. Estaba convencido de que mi franqueza solo habría provocado despecho, celos, resentimientos, violencia, en suma, un sinfín de desdichas. Temí las consecuencias. Para ellos, no para mí.

Nací hace miles de años, en una tierra de arroyos y ríos, a orillas de un lago que se convirtió en mar.

Por modestia o por prudencia, preferiría no haber escrito nunca esta frase ni ninguna otra, porque vi la luz en una época desprovista de alfabeto. Escuchábamos. Reteníamos. Ejercitábamos la memoria. Cuando se inventó la escritura, yo ya tenía cuatro siglos —más adelante relataré el efecto que me produjo. Aunque hoy escribo en veinte lenguas, algunas vivas, otras olvidadas, considero que el poder de plasmar la realidad en una hoja de papel es de una audacia extraordinaria.

Nací hace miles de años, en una tierra de arroyos y ríos, a orillas de un lago que se convirtió en mar.

Por modestia o por prudencia, preferiría no haber escrito nunca esta frase en honor a los hombres, esos animales atormentados por el vacío. Un proverbio alemán dice: «Tan pronto como el hombre viene a la vida, ya es lo suficientemente viejo para morir». Trataré de glosarlo:

tan pronto como una conciencia despierta, aprehende su desaparición. Desde el principio, no tolera su característica fundamental, el conocimiento de su mortalidad. ¿Conclusión? Frustrado por naturaleza, inconsolable por esencia, el ser humano está condenado a la infelicidad.

Y yo, que sobrevivo desde hace tanto tiempo, ¿he experimentado la felicidad? Permitidme desarrollar mi historia para poder responderos.

Nací hace miles de años, en una tierra de arroyos y ríos, a orillas de un lago que se convirtió en mar.

Por modestia o por prudencia, preferiría no haber escrito nunca esta frase.

Pues bien, esta noche, la he escrito.

¿Por qué he decidido romper mi silencio?

Porque tengo miedo.

Por primera vez en cientos de siglos, tengo miedo…

*

Me contaron que llovía. Una lluvia mansa, suave y cálida. Una lluvia que descubría los colores del arcoíris por venir.

Mamá rompió aguas en nuestra casa lacustre. Me escurrí de ella rápido como un pez y me recogieron las manos acecinadas de la Mamacha, mi abuela. Aunque era el primero en emprender el camino, el parto no duró mucho.

—Estoy hecha para dar vida —solía decir Mamá con orgullo, señalando a mis diez hermanas.

No dudo de que, gracias a sus magníficas caderas redondas, hubiese nacido para traer hijos al mundo, pero desde luego yo estaba dotado para nacer. Estilizado, flexible, delgado, con la piel tersa, me impulsaba un deseo de vivir que no ha desfallecido.

¿Qué día nací? Un día lluvioso. ¿De qué mes? Del mes del barro, el que seguía al mes de la siembra. ¿De qué año? Ciento treinta y cuatro años después de la batalla de Ilodé. En mi juventud no se recordaba la batalla de Ilodé, pero se contaba a partir de ella.

Así pues, vi la luz en el año 134 de hace varios milenios. Se han sucedido demasiados reinados, demasiadas sociedades se han desmoronado, han desaparecido demasiadas civilizaciones como para estirar el hilo genealógico vinculándolo a un calendario conocido. Llegué en una era en la que los hombres medían el tiempo menos que hoy, no había ni fechas de nacimiento, ni bautismos, ni registros de estado civil, ni fetichismo en torno al aniversario, solo recuerdos compartidos. Tales lagunas no nos impedían venir al mundo, habitarlo

y disfrutarlo. Una mañana se nacía y se improvisaba una fiesta. Una noche se moría y se organizaba otra fiesta.

Me manifesté como un ser humano normal, nacido de una madre normal y de un padre normal; primero fui un niño normal, luego un adulto normal, que se lastima, que sangra, que teme el peligro. Tuvo que ocurrir aquel episodio en el islote para que… Pero no adelantemos acontecimientos.

¿Cuándo comienza la vida de un individuo? ¿Al nacer, al salir del claustro materno?

No, puesto que ya se hallaba allí hacía meses.

¿En su concepción, cuando la semilla masculina se introduce en el molde femenino?

No, puesto que el semen y el óvulo se alojaban en la carne del progenitor y la progenitora mucho antes de su encuentro.

¿En el nacimiento del padre y la madre, entonces?

No, mucho antes, puesto que el padre y la madre derivan también de progenitores, que a su vez proceden de progenitores, quienes emanan de progenitores, que… La herencia retrocede infinitamente. ¿Se puede determinar el segundo en que los genes emprenden su trayecto de genes? ¿Hay que remontarse al primer hombre y la primera mujer? No descubriremos ni al hombre inaugural ni a la mujer primordial… En nosotros existen millones de elementos que nos hacen existir, que existían anteriormente. Ninguna vida comienza, sino que resulta. Antes de lo que es, siempre hay algo que ha sido.

Sin embargo, yo sé a ciencia cierta cuándo empezó mi vida. Se desencadenó tan pronto como conocí a Noura. La deslumbrante Noura. La extraordinaria Noura. La terrible Noura. Después de mi madre, una mujer hizo nacer a Noam, una mujer que…

Lo siento, me adelanto a los hechos… Disculpad mi torpeza, no estoy muy versado en el arte de escribir. Pero… ¿cómo no evocar a Noura?

En mi época, la infancia era breve. No aprendíamos ni a leer ni a escribir, ninguna obligación escolar compartimentaba nuestros años. No asistíamos a la escuela, pero nos instruíamos a conciencia: respetar a los Dioses y a los Espíritus, cazar animales comestibles, eliminar los dañinos, protegernos de los animales rebeldes, adiestrar los domésticos, vigilar nuestros rebaños de cabras, ordeñar muflones, recoger bayas, sembrar plantas, cultivarlas, regarlas, protegerlas de los depredadores salvajes, recolectarlas, conservarlas. Nuestra educación también incluía la higiene, la pintura corporal, el tocado. A ello hay que añadir la cocina, el telar, la costura, la lucha y la fabricación de herramientas.

La infancia terminaba enseguida. Con el primer vello, el niño se convertía en hombre; con el primer sangrado, la niña se convertía en mujer, una metamorfosis marcada por distintas ceremonias —rituales precisos, extremos, a veces crueles, que los niños esperábamos y temíamos—. Llegados a la pubertad, se formaban las parejas, elegidas por los padres de ambas familias.

A los trece años, me unieron a Mina. A los trece años, mi sexo penetró una vagina. A los trece años, mi semen se derramó en un vientre.

Me satisfizo a medias.

Cumplía con lo requerido, claro, pero sentía más alegría jugando con los perros, retozando con las cabras, reuniendo muflones, observando el flujo de los torrentes o incluso —lo confieso— luchando con mis amigos. Sin llegar a repugnarme, copular no me encantaba. Dicha tibieza no representaba ningún problema ni para mí ni para mis semejantes. No poseíamos a una mujer para descubrir la voluptuosidad o alcanzar el éxtasis; poseíamos a una mujer porque un macho se acoplaba a una hembra tan pronto como su cuerpo maduraba. Placer o disgusto son matices que no pertenecían ni a nuestras conversaciones ni a nuestras reflexiones.

En ese momento, yo resumía mi escaso deseo por Mina en algunos disgustos íntimos: el olor de mi semen me molestaba —el de un pez muerto de una semana—, su apariencia me desconcertaba —¿por qué el blanco viraba a transparente, luego a amarillo, y cómo se secaba tan rápido aquella sustancia pastosa?—. A Mina, en cambio, cuyos olores interiores me repugnaban menos, no le reprochaba nada.

Por inocencia, pereza, obediencia o costumbre, ni siquiera sospechaba la coerción que sufría: nuestra comunidad me había incitado a hacer el amor sin que yo sintiese deseos de hacerlo. Aunque el vello de mi cuerpo hubiese tenido tiempo de crecer, mi deseo no lo había hecho en absoluto. Es cierto que, agazapado detrás de los arbustos con mis compañeros, había espiado los senos, las nalgas, el sexo de las mujeres, a la orilla del arroyo, durante sus abluciones… Pero ¿espiar es ansiar? ¿Pronunciar palabras lúbricas entre amigos basta para transformarlas en imágenes mentales, en obsesiones, en fantasías? Yo no conocía la concupiscencia. Habrían tenido que faltarme las mujeres para que yo me lanzase sobre Mina; hubiera necesitado que mi ardor la desease entre mis brazos, entre mis piernas, para que nuestros embates me embriagasen. Sin embargo, la sociedad me había ofrecido la saciedad antes que la sed. Me habían casado a los trece años y copulaba con mi esposa; no se trataba de un placer, sino de una norma.

No obstante, había conocido el deslumbramiento carnal, había experimentado el orgasmo poco antes, pero… No, eso lo contaré a su debido tiempo. Lo siento, cierro esta digresión, de lo contrario, mi relato se enmarañaría.

Así pues, Noam prosperaba en su aldea al lado de Mina.

No me creía una persona importante.

No me creía una persona.

No creía en mí mismo.

Los días sucedían a los días, las estaciones, a las estaciones. Participábamos en una marcha colectiva. Yo no vivía mi historia, sino nuestra historia, en medio de los míos, como los míos. No esperaba —o eso creo— nada en particular de la existencia, sino que continuase.

Mina trajo al mundo un hijo, una hija y luego gemelos. Lo que significa que yo recibí un hijo, una hija y luego gemelos.

Ninguno vivió más de un año. Mamá, tan orgullosa de sus once hijos, había parido dieciocho veces para lograr tamaña descendencia. Perpetuarse resultaba ser una ardua e ingrata tarea plagada de fracasos. Recibíamos un pedazo de carne que lloraba, le prodigábamos cuidados, comida, bebida, reposo, pero procurábamos que el lazo que corre peligro de romperse no se tensase ni apretase demasiado. Si uno se quería apegar a un niño, debía esperar hasta los siete años, cuando hubiese triunfado sobre las enfermedades infantiles. Hoy se dice que los siete años es la edad en que los niños alcanzan el «uso de razón»; antiguamente, representaba la edad en la que uno se atrevía a querer a un niño con razón.

¿Es obligatorio querer a los hijos? Muchos a mi alrededor lo discutían; bastaba con criarlos, alimentarlos y llevarlos a la pubertad para ganarse la estima de la comunidad. ¿Por qué quererlos? ¿Quererlos facilita la paternidad o la maternidad?

Mina quería con locura a sus hijos, lo que la hacía muy desgraciada. Cada muerte le arrancaba lágrimas de dolor y la llevaba a períodos de postración en los que se negaba a que la tocase. Yo, por instinto, me había acantonado frente a los recién nacidos, en una disponibilidad eficiente y funcional que me comprometía poco.

Al releer estas líneas compruebo que cuento mi vida de entonces con desapego.

Nada más cierto que ese desapego… Vivía desapegado. Ignoraba que Noam podía diferenciarse, individualizarse, expresar pensamientos propios, gustos singulares, ambiciones o rechazos. Yo no era otro, sino los otros, los demás.

Hizo falta que me encontrase con Noura para que todo cambiase… ¡Alto! Me anticipo de nuevo. Retomemos el hilo de la historia.

En la aldea llevábamos una vida laboriosa e inquieta. Nuestros estómagos estaban satisfechos, nuestros corazones, en vilo. Aunque gracias a los Dioses y a los Espíritus misericordiosos, gracias al Lago y a los ríos ricos en peces, gracias a nuestros campos fértiles y nuestros lustrosos animales, no temíamos al hambre, temíamos a los Cazadores, que aparecían en solitario o en bandas organizadas. La paz no existía, su esperanza, tampoco; nos manteníamos en alerta constante. Nada garantizaba el orden y la seguridad, teníamos que ser cautelosos, estar atentos, defendernos, luchar; de lo contrario, acabaríamos siendo saqueados y masacrados.

Por aquel entonces se moría sin duelo. Por supuesto, cada individuo tenía solo una vida que perder, pero perecíamos por distintas causas. Moríamos bajo la garra de un oso, el embate de los jabalíes, la mordedura de los lobos; nos moríamos de caídas, de heridas, de fiebre, de indigestión; moríamos de la cabeza, de la boca, de los dientes, de las entrañas, del ano; perecíamos por un hueso roto, una pierna hinchada, una llaga enconada, una piel amarillenta, costras que nos cubrían, bubones que supuraban nuestras vísceras; moríamos de debilidad, de agotamiento, de infecciones, de los ataques del enemigo. Nadie moría de viejo. El tiempo no alquitaraba la muerte, no tenía tiempo…

Los pueblos del Lago vivían en armonía. Nos unían nuestras actividades cotidianas, pero también nuestra devoción a los Invisibles: compartíamos el Lago y su Espíritu, los ríos y sus Almas, los manantiales y sus Ninfas, cuyos cultos celebrábamos. Como la exuberancia de la Naturaleza no nos empujaba a la rivalidad, los poblados estrechaban lazos cordiales. Intercambiaban objetos y mujeres. ¿Por qué objetos? Porque el cantero tallaba excelentes hachas; su primo, afiladas puntas de flecha; el joyero, collares de hueso de exquisita delicadeza; del tejedor salían abigarrados tejidos, el curtidor ablandaba las pieles a la perfección. ¿Por qué mujeres? ¿Eran mejores en la aldea vecina, excepcionales en el poblado lejano? Esta acendrada costumbre estaba impulsada por una necesidad latente cuya razón se nos escapaba.

¿Qué sabíamos del resto del mundo? Ninguno de nosotros se había aventurado a tres días de la costa —o quien lo hubiese hecho no había regresado—. En alguna ocasión, un viajero entusiasta y parlanchín, a quien brindábamos hospitalidad, nos describía durante la velada otros lagos, lagos de aguas no bebibles, de olas agitadas, caprichosas, ruidosas, mortíferas. Escuchábamos tan extravagantes elucubraciones para nuestro solaz, sin dar crédito a la historia, de la que conservábamos dos ideas principales: vivíamos en el centro del

universo, ningún pueblo se nos comparaba[1].

Los hombres siempre han practicado el racismo, como lo demuestra mi experiencia de varios milenios; no conozco nada tan espontáneo —por no decir natural— como el desprecio de un grupo hacia otro.

A orillas del lago, considerábamos que nosotros, los Sedentarios, formábamos una humanidad superior a los Cazadores, esa raza despreciable. Ellos no hablaban la lengua —la nuestra—, se dirigían gritos bestiales que pretendían entender —los perros también captan los aullidos de sus congéneres—. Encima, apestaban, apenas se lavaban, no se espulgaban, comían mal. Por no hablar de que dormían al raso, o en cuevas, como los lobos; en el mejor de los casos, en chozas de pieles que montaban y desmontaban, ignorando las casas construidas, contentándose con descuartizar, masticar, fornicar y dormir. Un hatajo de bestias. Solo aptos para matar a sus presas o robar frutas de los árboles. Una vez que habían practicado el pillaje en un lugar, lo abandonaban; regresaban a él años después, cuando la flora y la fauna se hubiesen regenerado, y volvían a arrasarlo. ¡Harca de saqueadores! En lugar de aprender a observar las plantas para cultivarlas, en lugar de crear rebaños que les proporcionasen leche, pieles y carne, se condenaban a errar sin fin. Destruían, no producían. Mientras nosotros, los Sedentarios, almacenábamos el grano y el pescado ahumado que nos permitían pasar los meses difíciles, ellos vivían al día; los más avispados a veces llevaban consigo un saco de avellanas, pero los más fuertes los asesinaban para apoderarse de sus provisiones.

—De todas formas, matan a sus hijos —susurraba Mamá, jugueteando con su amuleto de ámbar, que repelía los demonios.

Los «mataniños», así llamábamos a aquellos bárbaros. No sabíamos si se trataba de una leyenda o era verdad; cuando veíamos a madres o a padres Cazadores dispuestos a todo para alimentar al bebé que apretaban contra ellos, sufríamos imaginando que masacraban a sus criaturas.

—Les chupan las tripas —insinuaba Abida, una de mis hermanas pequeñas.

—¡Qué horror! —gritaba Bibla, la benjamina—. Los humanos no se comen unos a otros.

—¡Los Cazadores no son humanos!

Discutíamos tan a menudo sobre este asunto que una noche Pannoam, mi padre, nos dio una explicación:

—Los Cazadores se reproducen menos porque no pueden desplazarse con varios hijos. Cada padre lleva consigo una criatura. No cargan con un recién nacido hasta que el anterior no anda. Nunca

fundan familias numerosas como nosotros[2].

Mi padre tenía a gala hablarnos con probidad —incluso para referirse a los Cazadores, nuestra mayor pesadilla— a todos nosotros, los pueblos del Lago.

Cuando mi abuelo Kaddour murió, hará unos treinta años, de una enfermedad que le había hinchado el vientre, mi padre se convirtió en el jefe de la aldea.

—¿Pannoam? ¡No hay nadie mejor que él! —repetía la gente.

Pannoam poseía las cualidades innatas de un dirigente y lo mejor de todo es que se notaba a primera vista. No solo imponía por su tamaño —piernas largas, hombros anchos, músculos esculpidos—, que he heredado de él, sino que su rostro desprendía una serenidad contenida. Mientras el grueso cuello, la mandíbula vigorosa y las sienes recorridas por marcadas venas moradas indicaban un temperamento proclive a la agresividad, la frente alta evocaba inteligencia, los ojos expresaban dulzura, los labios carnosos, voluptuosidad. Solo con su presencia, y tan pronto como aparecía, encarnaba lo que se esperaba de un hombre, lo que se esperaba de un jefe.

—Ver y prever, Noam —no se cansaba de repetirme—. Tienes que ver y prever. No debes contentarte con lo que hay, debes ocuparte de lo que habrá.

Pannoam llevó a cabo numerosos cambios, tanta era su visión de futuro.

Ordenó abandonar las casas lacustres de madera, alzadas sobre pilotes, que edificábamos durante el invierno en el barro, en la época de las aguas bajas.

—¿Por qué cambiar si siempre lo hemos hecho así? —protestaron los lugareños[3].

—El agua sube.

—Depende de las estaciones.

A lo largo del año la altura variaba hasta la estatura de dos hombres. En el otoño, el nivel del agua llegaba a la parte superior de las vigas, al ras con los pisos de nuestras casas, hasta el punto de sumergir algunas. Los pueblos del Lago percibían las crecidas como la ira de los Espíritus, sin reaccionar más que con sacrificios y ofrendas. Cuando bajaba el nivel, lo interpretaban como el resultado de su piedad, que había apaciguado a las deidades.

Según Pannoam, el nivel medio estaba aumentando, aunque muchos se empeñasen en negarlo. Al cabo de los diez años que duraba una casa, un poco más si era de roble en lugar de pino, cada familia debía alejarse del lago para reconstruirla, es decir, no podían

reconstruirla en su lugar original, prueba de que las aguas se estaban comiendo lentamente la tierra.

—No es una fatalidad, Noam, es un cambio.

—¿Qué diferencia hay?

—Sufrimos una fatalidad. Nos adaptamos a un cambio.

—Pero rezamos al Espíritu del lago, a las Almas de los ríos.

—Dudo de que el Espíritu del lago o las Almas de los ríos gobiernen su conducta atendiendo a los deseos de los Sedentarios. Si las Divinidades han decidido crecer, crecerán, mal que les pese a los hombres. Depende de nosotros obedecerlos, Noam, ellas nos dominan.

Logró persuadir a los habitantes de la aldea, igual que me convenció a mí, para que erigiesen edificios en un arroyo seco y protector que dominaba el lago. Y el poblado entero se mudó. Mi padre aprovechó para prescribir el uso de la construcción doble, la parte baja de piedra, la alta de adobe sobre un armazón de madera; esos muros ofrecían una robusta resistencia al viento y a las inclemencias.

Pannoam, que exigía que lo acompañase a todas partes para educarme, organizó a la gente para luchar contra los peligros externos. Si entre nosotros ya existía una división de tareas —gente dedicada a la alfarería, a tejer, a la cordelería, a la talla de la piedra o la madera—, él sugirió ampliarla.

—Algunos trabajarán solo en la defensa del poblado. Liberados de sus quehaceres, se enfrentarán a los granujas solitarios y a las hordas de Cazadores.

Los lugareños se indignaron:

—¡Los bárbaros no nos atacan todos los días, Pannoam! ¿Nos estás diciendo que tu plan es que los que trabajamos la tierra y cuidamos el ganado mantengamos a unos cuantos holgazanes que solo van a trabajar de vez en cuando?

Mi padre arguyó que esos «holgazanes» se dedicarían cada día a ejercitarse con las armas, a mejorar en la lucha, perfeccionando sus hachas, sus cuchillos y sus lanzas. Los esfuerzos de la comunidad pagarían el hecho de que comprometiesen su vida para defenderla.

—Sabéis como yo que no todo hombre nace para ser agricultor o criador. Sabéis tan bien como yo que un buen pastor de cabras o un buen cultivador de cebada no son necesariamente recios combatientes. Y todos sabemos que una edad te empuja a correr, a excitarte, a pelear, y otra, a reflexionar. El reparto de funciones propicia la excelencia respetando a todos.

Contra todo pronóstico, Pannoam se ganó el apoyo de nuestro pueblo. Diez muchachos de temperamento sanguíneo, pendencieros de

pelo en pecho, de músculos y estado de ánimo en ebullición, formaron un batallón de élite que nos protegía de intrusos y saqueadores a nosotros y nuestros campos, nuestros rebaños y nuestros graneros. Mi padre acababa de inventar la policía y el ejército.

Nos pavoneamos satisfechos de nosotros mismos y corrió el rumor. Los distintos jefes del Lago vinieron a observar, a veces durante meses, el sistema de Pannoam y, comoquiera que les hablase hábilmente, sin orgullo, con diplomacia, lo reprodujeron en sus poblados.

Todo el mundo admiraba a mi padre. Yo lo quería.

Lo quería más que a nadie. Lo quería tanto que nunca cuestioné lo que afirmaba. Lo quería hasta el punto de desear parecerme a él en cada detalle. Lo quería hasta la abnegación. Si me hubiese dicho: «¡Mátate!», habría acabado con mi vida.

En ningún momento se me pasó por la cabeza que pudiese equivocarse, ni en sus decisiones para sí ni en sus decisiones para nosotros. De hecho, jamás lo culpé por haberme impuesto una unión con Mina ni le reproché el haberme condenado al sexo sin placer, acepté el destino que me reservaba —sucederlo—, albergando únicamente una duda, el miedo a no poder igualarlo.

Mi madre, de hermosos cabellos castaños ligeramente ondulados, exhibía magníficos dientes de glotona y lucía un cuerpo bien torneado, saludable y despreocupado. Feliz, en plenitud, se acercaba a las demás mujeres con una mezcla de bonhomía y autoridad que la hacía tan poderosa como indiscutible. El cuidado que dedicaba a su apariencia —joyas, uñas pintadas, sutiles afeites, peinados elaborados, perfume de rosas— no le restaba mérito a su real planta, pero sí la elevaba por encima de las demás mujeres. Se imponía. ¿Amaba a su marido? Le encantaba ser su esposa, le encantaba amarlo a él, al magnífico, al jefe. Su gloria se reflejaba en ella.

Noam, hijo de Pannoam, se preparaba tranquilamente para convertirse en el próximo Pannoam. Nada separaba al hijo del padre, salvo unos pocos años —quince—, y mi futuro se perfilaba noble, magistral, ordenado, idéntico al suyo.

Y entonces apareció Noura.

Y entonces estallaron las tormentas.

En realidad, la propia Noura constituía una tormenta en sí misma.

Y el hijo se enfrentó al padre.

*

—No me mires así, que voy a quedar encinta.

Esa fue la primera frase que me dirigió Noura. No nos conocíamos,

yo deambulaba entre los míos mientras que ella desembarcaba en un territorio extranjero; a pesar de esa inseguridad, me espetó con voz aterciopelada:

—No me mires así, que voy a quedar encinta.

La miré con la boca abierta, dudando si había oído bien.

Noura me contempló burlona, con los párpados entrecerrados sobre sus sublimes ojos verdes. Era más menuda que yo y, sin embargo, daba la impresión de que me dominaba. Sin duda se debía a la ironía de sus cejas, arqueadas con tanta perfección que parecían pintadas, a la precisión de sus facciones, a la esbeltez de su silueta, a la altiva delicadeza de sus miembros y, sobre todo, a su inmovilidad habitada —aunque no se movía, sentí que mil fuerzas se agitaban en su interior, fuerzas que la empujaban al movimiento pero que ella había domeñado, fuerzas que le conferían su densidad y su presencia, fuerzas que, a ratos, afloraban a su piel en forma de estremecimientos.

—No me mires así, que voy a quedar encinta.

Mi cuerpo reaccionó de inmediato a su belleza: una llama me había sonrojado la cara, los labios se habían abierto, el pecho contenía la respiración, se me habían petrificado las piernas. Me sumí en un profundo estupor. Ningún pensamiento cruzó por mi cabeza. Al mismo tiempo que mi carne se había despertado, mi conciencia se había adormecido estúpidamente. Inaugurando una larga serie, experimenté el «efecto Noura»: el cuerpo vivo, la mente agarrotada.

Cuando logré comprender que la frase iba dirigida a mí —y era exactamente esa—, temí que otros la hubieran oído; me habría muerto de vergüenza. Un rápido vistazo a mi alrededor me tranquilizó. Era día de mercado, todos iban a lo suyo: había quien ofrecía arándanos recogidos en las estribaciones de las montañas y quien pregonaba ocre; no faltaban los que exhibían platos u ollas de terracota, quienes vendían madejas de cáñamo o de ortiga, quienes desplegaban sus tejidos, los que ponderaban sus capas de piel, los que extendían sobre una estera sandalias y escarpines, sin mencionar a los campesinos que pasaban silbando hacia sus campos. ¡Qué ingenuidad por mi parte! Noura —lo ignoraba todavía— disparaba flechas certeras: si hubiera querido llamar la atención de mirones y comerciantes, habría proyectado la voz; sin embargo, la había modulado exclusivamente para mí, estableciendo un vínculo de complicidad, incluso una intimidad inmediata entre nosotros. Apenas nos habíamos conocido y ya compartíamos un secreto.

Para recuperarme de mi azoramiento, balbuceé:

—Me… me… llamo Noam.

—¿Y quién te ha preguntado?

Torció la cara y se enfrascó en la conversación que su padre había entablado con el mío, ambos sentados bajo el Tilo de la justicia, el lugar donde Pannoam solía escuchar las quejas de la gente. Aprovechando aquel aparte, admiré la delicada naricilla de Noura, una nariz frívola que contaba una historia distinta a la de sus pómulos altos —airados—, la frente límpida —virginal—. Asintiendo con la cabeza, aprobando a veces, desaprobando otras, seguía atentamente la discusión.

Yo había dejado de existir para ella, lo cual se me antojó insoportable.

Le rocé la mano para que hablase conmigo de nuevo. Se sobresaltó, horrorizada, dio un paso atrás y me miró enarcando una ceja, adoptando la expresión severa con la que se reprende a un niño pillado en falta. Los ojos veteados de oro despedían llamaradas de ira.

A pesar de su irritación, insistí:

—No me has dicho cómo te llamas.

—Te lo diría si quisiese que te dirigieses a mí.

Rápida, tajante, dio media vuelta con un vigor que significaba: «¡Ya está bien! ¡Deja de molestarme!».

¡Jamás me habían tratado así! Pero ¿quién se creía que era aquella extranjera?

Golpeé el suelo con el pie. Sus ojos parpadearon. Me dirigí a ella indignado:

—¿Sabes que soy el hijo del jefe?

—Todo el mundo es hijo de alguien… —replicó, encogiéndose de hombros.

Se apartó dándome la espalda ostensiblemente.

Un ramalazo de odio provocado por el despecho me impidió escuchar lo que el extranjero le explicaba a Pannoam. Sentí la tentación de pegar a aquella chica, sí, de abofetearla, de tirarla al suelo, de agarrarla por el pelo hasta que suplicase pidiéndome perdón. ¡Entonces no podría fingir indiferencia!

¿Notó ella mi creciente hostilidad? Su delgado cuello y sus hombros temblaron, como si sintiera que los puños me hormigueaban.

Nuestros respectivos padres se abrazaron, luego Pannoam estiró el brazo y señaló las casas; empujando una puerta invisible, ofrecía el poblado a los extraños, invitándolos a entrar.

La chica cambió de opinión, caminó hacia mí, se acercó a mi torso, muy cerca, aliento contra aliento y, bajando la mirada, murmuró con voz gutural, casi con timidez:

—Hola, Noam. Mi nombre es Noura. Encantada de conocerte.

Me quedé de una pieza. Olía tan bien como la corola de una flor,

desprendía un aroma embriagador, dulce y picante, con un toque de resina. Me dio la impresión de oler un secreto.

—¡Adiós!

Girando sobre sus pasos, Noura se dio la vuelta, asió la mano de su padre y, ligera y dichosa como una chiquilla, bajó con él hacia donde el camino se estrechaba hasta llegar a la orilla, entre sauces y carrizales.

Aquella mañana se respiraba un aire áspero y caliente. El cielo desplegaba un azul intenso sobre el lago blanco.

¿Quién era esa Noura? En un instante, había jugado con dos hitos, había hecho y dicho una cosa y la contraria, había tenido quince, treinta años, y luego ocho. En un instante me había inspirado asombro, fascinación, curiosidad, despecho, odio, esperanza.

Me acerqué a mi padre.

—¿Quién es?

—Tibor, el curandero, sana a los hombres y los animales —respondió Pannoam.

Me abstuve de especificar que me refería a Noura; instintivamente, barrunté que la febrilidad en la que la joven me había sumido representaba un peligro.

—¿Y a que ha venido el tal Tibor?

—A ofrecernos sus servicios. Vivía en una aldea a orillas del Lago, a varios días de aquí, del lado del sol naciente, que fue tragada por el lodo.

—¿El lodo?

—Después de fuertes lluvias, parte del cerro cedió. La tierra rodó hasta las orillas. No quedó nada.

Ocupé el lugar de Tibor, donde los lugareños consultaban a mi padre. El paisaje estaba impregnado de calma, de dignidad, una armonía que, traída por los dulces y reconfortantes aromas del tilo, animaba a la contemplación. Sin embargo, a mí únicamente me apetecía tirarme al suelo y patalear.

—¿Y el tal Tibor solo tiene una hija?

—Sí.

Frunció el ceño. Supuse que compartía mi preocupación.

—¡Qué raro!

—¿Raro por qué, Noam?

—¿No tiene otros hijos? ¿Ninguna esposa? Así viven los Cazadores, no los Sedentarios. ¡A ver si el padre y la hija van a ser Cazadores! ¡Bárbaros! ¿Sospechas de ellos?

De repente, veía cómo eliminar la fuente de mi malestar: si aquella chica había despertado en mí tantas emociones diferentes y atroces,

era porque no pertenecía a nuestra raza. Era la explicación lógica: la joven ocultaba a una Cazadora, una Cazadora que había sabido volverse limpia, elegante, acicalada, pulcra, fragante, una Cazadora que manejaba bien la lengua, ¡pero Cazadora al fin y al cabo! Por eso me había parecido distante, extraña: había descubierto en ella la furia de una fiera.

Mi padre me miró con benevolencia.

—Tibor viaja con su hija. Durante el desprendimiento de tierra, murieron todos los habitantes del poblado. Sus hijos y su esposa perecieron. Los Espíritus quisieron que él y la joven se encontrasen en otra parte del valle, buscando plantas curativas. Eso los salvó.

Posó su mano sobre mi hombro.

—Arrastran consigo una tristeza inconmensurable.

Inmediatamente sentí compasión por Noura y la excusé por ocultar su angustia bajo un comportamiento desabrido.

Mi padre me miró sonriendo.

—Haces bien en no fiarte, Noam, en mantenerte siempre en guardia, en sospechar por el bien de tu gente, en desconfiar en nombre de los confiados, en preocuparte por los despreocupados. En este caso, sin embargo, tu desconfianza es excesiva. Tibor y su hija no constituyen ninguna amenaza. Al contrario, nos aportarían mucho si se unieran a nosotros. Nos falta un curandero. Nos convendría acogerlos.

Una vaharada de calor, de dulzura, de reposo y descanso recorrió mi piel. Una imagen lo acompañaba: Noura acurrucándose contra mí.

—Por supuesto, padre. ¿Adónde han ido?

—Con un primo que los ha alojado, a un día de camino. Volverán.

—¿Van a instalarse entre nosotros?

—Se lo he sugerido a Tibor.

—¿Por qué iba a querer Tibor vivir con nosotros?

Un sinfín de pensamientos contradictorios me martilleaban la cabeza. Un momento antes temía que padre e hija se colasen entre nosotros; ahora tenía miedo de que no lo hicieran. En ambos casos, dichas perspectivas me golpeaban con la violencia de una fiebre.

—Ha oído hablar de nuestro poblado. Siempre cosas buenas.

Con su proverbial modestia, Pannoam mencionó con medias palabras que nuestra reputación florecía en las costas gracias a sus logros, copiados por todos. Empecé a calmarme. Mi padre añadió:

—A Tibor le interesaba sobre todo el mercado, donde podría hallar muchos clientes y conseguir hierbas de lugares remotos.

Mi padre había ideado nuestro mercado unos años antes, imponiéndolo contra la pereza de las mentes y la inercia de los

hábitos. Para que su pueblo prosperase y destacase, se le ocurrió la idea de reunir una vez por semana a artesanos y campesinos que quisieran intercambiar sus bienes. El mercado movía multitudes, atraía a los habitantes de los poblados vecinos, la gente acudía de lejos. Nadie ignoraba la existencia de nuestra aldea, constituida ya por treinta casas.

—Aquí, según Tibor, los corrimientos de tierra nunca nos sepultarán.

Contemplé el panorama hasta donde me alcanzaba la vista, solo para confirmar la afirmación de mi padre. Nuestro poblado, construido sobre una meseta natural, cien pies tierra adentro, diez pies por encima de las aguas, recibía el agua de dos arroyos, uno al levante y otro al poniente. Dichos arroyos habían corrido durante días por llanuras onduladas de suaves pendientes. Ninguna montaña escarpada se elevaba detrás de nosotros, y en las mañanas despejadas solo veíamos macizos bajos, en nada comparables a los afilados picos cubiertos de nieve que se alzaban donde el lago se estrechaba, hacia el lugar en donde Tibor y Noura se habían alojado.

—Te encomiendo la misión de acoger a Tibor y a su hija.

—Cuenta conmigo, padre.

Me alegré de que me asignara una tarea que me permitiría relacionarme con Noura.

—¡Ahora, ocupémonos de los perros!

Acompañé a Pannoam hasta nuestro prado de doma. Me encantaba perfeccionar con él la domesticación de los perros, una de las innovaciones que más le entusiasmaban.

En aquel entonces, nos cruzábamos con manadas de lobos y perros salvajes cuyos ataques temíamos. Ahora bien, mi padre había observado que nuestros viejos enemigos, los Cazadores, usaban con astucia a los perros desde que habían logrado hacerlos vivir entre ellos.

—Normal —decía Mamá—, los lobos viven con los lobos.

—¡Pertenecen a la misma manada! —remachaba Abida.

—O por lo menos, comparten sus pulgas.

Mi padre, en lugar de hablar, había observado a los cuadrúpedos y me había enseñado a diferenciar a los perros de los lobos: recios, más bajos, menos cargados de lomo, los perros no lucían un pelaje ceniciento y su pelo variaba del blanco al rojizo; más sociables, se acercaban a los humanos en busca de contacto, temerosos pero intrigados; comían, como nosotros, tanto cereales como verduras o carne, mientras que los lobos solo eran carnívoros.

Pannoam me había enseñado la forma en que los perros podían

participar en la caza, unos rastreando la presa gracias a su finísimo olfato; otros atacándola, algunos trayendo su cadáver. A menudo salíamos con nuestra manada, arco al hombro, en busca de liebres, ciervos y jabalíes.

Ahora estaba estudiando sus cualidades como guardianes. Como los perros daban la alarma en cuanto un hombre o un animal se acercaba a sus dominios, Pannoam los había incorporado a nuestro pequeño ejército: por la noche, un soldado y un perro vigilaban los accesos al poblado.

—Si el soldado se duerme, el perro continúa su labor de centinela.

Últimamente tenía una obsesión: adiestrar a los perros para que vigilasen nuestros rebaños.

—¿Te imaginas el ahorro de brazos, Noam? Si funciona, no habrá necesidad de que acompañemos a nuestros animales a pastar.

Aquella mañana hicimos un experimento: dejar los muflones en el prado y luego soltar a los perros.

—¿Y si los devoran, padre?

—Les he dado la pitanza al amanecer.

Los muflones ramoneaban diseminados por el prado, cada uno preocupado por su masticación. Pannoam soltó a los perros.

Corrieron ladrando hacia los muflones. Palidecí ante el temor de que los mordiesen. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que estaban haciendo otra cosa: reunían a los animales, ora arrinconándolos en un espacio pequeño, ora agrupándolos en círculo corriendo a su alrededor. Como si obedeciesen las órdenes de mi padre… Pannoam no cabía en sí de gozo.

—¡Maravilloso, Noam! Serán unos pastores perfectos.

Me pidió que me disfrazase de depredador y que caminase orillando el campo por detrás de la maleza.

Así lo hice, tapado con una pestilente piel de zorro.

Tan pronto como husmearon al intruso, los perros saltaron delante de los muflones para defenderlos. Me impidieron avanzar, gruñendo, ladrando, enseñando los colmillos. Uno de ellos estaba a punto de abalanzarse sobre mí cuando me despojé de la piel de zorro para que me reconociera.

—¡Quieto, Zarro!

Pannoam calmó al perro y a continuación, loco de contento, corrió hacia mí y, aunque yo lo igualo en tamaño, me abrazó, me levantó en volandas y cargó conmigo triunfante.

Mamá hizo irrupción en medio de toda aquella euforia. Durante años se había sentido molesta por el cariño que Pannoam dispensaba a sus perros, le reprochaba el tiempo que les dedicaba y la comida que

les preparaba, le molestaba que les hablase o les pusiera nombre. A la menor oportunidad se burlaba:

—No creerás que te entienden, ¿no? Es el tono, Pannoam, la forma en que pronuncias sus nombres, las órdenes que los perros han aprendido. Nada más.

Mi padre siempre la dejaba rezongar sin replicar, lo que aumentaba su animosidad. Ese día, sin embargo, mi madre reconoció el éxito y aplaudió para felicitarnos, lo que produjo un alegre repicar de los brazaletes de conchas en torno a sus hermosos brazos. Pannoam había perseverado con razón, los perros prestaban valiosos servicios a los hombres. Mi madre otorgó indulgente:

—Has inventado el centinela con pulgas.

Cuando Pannoam felicitó a sus animales abrazándolos y repitiéndoles uno a uno: «¡Buen perro!», ella rezongó entre dientes, sin poder o sin querer evitarlo:

—Pobre Pannoam… Si te vieran…

Mi padre me guiñó un ojo, cosa que significaba: «Tu madre me quiere tanto que se pone de los nervios cada vez que le doy mimos a un animal».

Y mi madre, acto seguido, también me guiñó un ojo entre risas, lo que significaba: «A tu padre le encanta que le tome el pelo».

Después de tan fructífero día, regresé a mi casa por la noche. Mina machacaba grano, sentada con las piernas cruzadas sobre una estera dispuesta en el umbral. Por las lágrimas que enjugó cuando llegué, supuse que lloraba por nuestros gemelos.

La observé con una mirada nueva. No parecía una mujer, sino una niña que hubiese crecido y engordado. El rostro redondo, cuajado de pecas, mostraba una especie de asombro desconsolado; los labios flácidos, algo gruesos de más, algo pálidos de más, dudaban entre abrirse o cerrarse, mientras sus ojos saltones se paralizaban, dolorosamente resignados.

Me inspiró lástima. Una lástima suave. Una lástima tierna. Una lástima cariñosa.

Me agaché y, sin decir palabra, la estreché entre mis brazos. Se abandonó al abrazo, aliviada, como si hubiese estado esperando aquel gesto desde hacía tiempo. Qué situación tan rara: acabábamos de entrar en un verano abrasador y nos protegíamos el uno al otro, acurrucados, compactos, como si la verdad del crepúsculo fuese el frío, como si solo el calor que creábamos pudiera impedirnos morir.

Mientras abrazaba a Mina, pensé en Noura. ¡Qué contraste! La extranjera me había crispado, mientras que Mina me conmovía. La extranjera me había vuelto torpe, Mina me volvía poderoso. La

extranjera me desdeñaba, Mina me necesitaba.

Por primera vez, me sentí cómodo al lado de mi esposa. Hasta ahora, me prestaba a nuestro matrimonio; aquella noche, me entregué a él. Mina lloraba a sus hijos muertos, claro, pero un día reiría frente a nuestros hijos vivos. Yo, y solo yo, podría acabar con su enfermiza melancolía.

Deslicé mis labios por el cuello de Mina, lo recorrí beso a beso y, luego, llevando su mano a mi sexo, le indiqué que quería tomarla.

Ella asintió. Arrastrándose por el suelo, me empujó al interior de nuestra casa, cerró la puerta y se puso a cuatro patas. Allí, en penumbra, nos apareamos lenta, silenciosamente, con aplicación, sin ningún ardor, como convalecientes… Para mi sorpresa, lo encontré agradable.

*

—¿Sí?

Noura me miró con extrañeza a la entrada del poblado donde la recibía.

Pensando que bromeaba, me quedé plantado frente a ella, sonriente. Sin mostrar la menor emoción, abrió unos ojos como platos.

—¿Quién eres?

—Pero Noura, ¡si nos conocimos hace dos días!

—Ah, ¿sí?

¿Cómo es posible que hubiese olvidado el momento en que nos conocimos, cerca del Tilo de la justicia? Perdí mi aplomo.

—¡Sí!… ¡Ya sabes!… Soy el hombre que… bueno, el hombre a quien…

No iba a repetirle la frase que me había espetado —«No me mires así, que voy a quedar encinta»—, un recuerdo bochornoso.

—¿Quién? —repitió, animándome como si estuviera hablando con un idiota.

Tomé aire y grité:

—¡Soy Noam, el hijo de Pannoam, el jefe de la aldea!

Su rostro se iluminó.

—¡Noam! ¡Qué placer volver a verte!

Metamorfoseada, pareció feliz y, deslizando una mano bajo mi codo, prosiguió su camino, apoyándose con familiaridad en mi brazo.

—¡Qué alivio que nos instalemos aquí! En otros lugares no he visto más que gañanes. ¡Un horror!… Muertos de hambre, feos, lisiados. Ni siquiera he tenido que convencer a papá, a él, que tanto le cuesta decidirse; esta vez estuvo de acuerdo conmigo. ¡Uf, de buena nos

hemos librado!

Hablaba por los codos, en un monólogo delicioso, chispeante, cantarín, tan variado como el trino de un ruiseñor.

Tan desconcertado estaba por su acogida que permanecí en silencio. ¿Cómo? ¿No se acordaba de mí, solo recordaba al hijo del jefe? Mi posición nunca me había parecido tan envidiable porque me permitía captar la atención de Noura, ganarme su respeto, pavonearme con ella del brazo. El contacto, aunque tenue, me daba escalofríos, sobre todo cuando sus dedos rozaban el vello de mi brazo.

Yo asentía a todo lo que afirmaba. Y otra vez me hacía parecer tonto, tonto pero feliz. Es más: olvidándome de que caminaba por mi propia aldea, me sentía privilegiado por pasear a su lado. Una diosa me había sacado del fango y me elevaba a su nivel. Noura poseía el arte de invertir las posiciones.

—¡Qué piel tan suave tienes! —exclamó.

Deteniéndose, contempló las venas marcadas, violáceas, densas, vigorosas, que serpenteaban hacia mi muñeca. Siguió el trazado de una con el dedo índice. Me estremecí. Noura me paralizaba: ninguna mujer se había comportado así conmigo; me convertí en un pedazo de carne deseable.

Consciente de mi azoramiento, esperó unos segundos y luego reanudó la marcha como si tal cosa. Cuando pasamos delante del alfarero, yo ya no escuchaba su parloteo, ocupado en recuperar la calma a base de inspiraciones profundas.

Le mostré la casa nueva que mi padre les ofrecía. Elogió cada detalle: el ajuste adecuado de las piedras, la urdimbre de varas de sauce del tejado, el sobradillo que servía de granero, la sofisticación del adobe que presentaba la apariencia de una sustancia untuosa y única, aunque se tratase de una mezcla de barro, paja, crin y pelo.

Cuando apareció Tibor cargado de sacos, acompañado de una mula que se derrengaba bajo los bultos, Noura chilló, como escandalizada por la situación:

—Oh, papá, déjame ayudarte.

Con un gesto perentorio, me ordenó que bajase dos grandes alforjas de la espalda de su padre y luego ella cogió una calabaza.

—Así mejor.

Bajo aquel manto oscuro, amplio, provisto de múltiples bolsillos, cualquiera diría que Tibor cargaba con un cuerpo fornido, cuando en realidad era delgado y enjuto. Con su barba y sus majestuosos cabellos de ébano, entreverados de hilos blancos, presentaba un rostro demacrado de frente abombada, estructurado en torno a una prominente y afilada nariz, levantada en la punta, y sobre todo unos

ojos ojerosos y grises que dispensaban una atención ardiente. Las manos, tan inteligentes como el rostro, atraían la mirada, largas, delgadas, fuertes, con las uñas impolutas.

A semejanza de su hija, era un hervidero de fuerzas contradictorias: vivaz y cansado, apasionado y desabrido, curioso y hastiado. A diferencia de Noura, predominaba en él un estado de ánimo: una morosa nostalgia. Parte de su mente vivía en el pasado, rumiando su pérdida; se veía en la mirada, perdida en la lejanía, en el gesto que dejaba suspendido, en la frase que no finalizaba. ¿Aquella desolación era consustancial a su temperamento o era el resultado de su reciente tragedia, la desaparición de su esposa y de sus hijos?

Creía que todos aquellos bultos contenían la utilería que Tibor usaba para curar, pero descubrí que lo que había salvado del corrimiento de tierras ocupaba un único saquito de tela, mientras que los demás estaban repletos de vestidos, echarpes y calzado.

—¿Vuestras ropas se salvaron del barro? —pregunté de buena fe.

—No —respondió Tibor—, lo perdimos todo. Estas son las prendas que he adquirido para Noura durante nuestro viaje.

No oculté mi sorpresa. Él bajó los ojos. Por aquel entonces, una mujer de rango superior como mi madre disponía de cinco atuendos, adaptados a las estaciones o a determinadas ocasiones, ni más ni menos. Tibor parecía no solo tolerar la excentricidad de su hija, sino también alentarla. ¿Lo distraía de su pena?

Sacó de un bolsillo un pedrusco de antracita, se acercó a la casa, estudió una pared, la palpó, luego extrajo una piedra con un cincel de pedernal y, en el hueco practicado, encajó su roca.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Incrusto una piedra de rayo.

—¿Una qué?

—Una piedra de rayo. Es una piedra que ha recibido el rayo y ha capturado sus poderes. Los Espíritus moran en ella. Calienta y protege como el fuego. Por ejemplo, cuando tienes dolor de riñones, la aplicas en la parte baja de la espalda y mitiga el dolor. Aquí, la incrusto en la pared para proteger la casa.

—¿Cómo sabes que el rayo cayó sobre tu piedra?

—La recogí una mañana al pie de una aguja rocosa que había sido destrozada por un rayo durante la noche.

Desde ese día, adquirí la costumbre, como me había ordenado mi padre, de visitarlos a diario para asegurarme de que tuvieran todo lo que necesitaban.

Noura mostraba cada día un estado de ánimo diferente, con continuos cambios de humor. Cuando cruzaba el umbral de su casa,

jamás sabía lo que me esperaba. A veces se precipitaba hacia mí, radiante, proponiéndome dar un paseo; en ocasiones me saludaba como una abuela hogareña, deseosa de que probase sus guisos hasta atracarme; más de una vez me recibió con un mohín haciendo ver que la molestaba; y otras ni siquiera levantaba la cabeza, ausente, postrada, abismada en su interior.

Cambiaba continuamente de atuendo —vestidos o túnicas de refinado tejido de ortiga blanqueado o enrojecido; la tela de ortiga resultaba más suave, menos recia que la tela de cáñamo—, que Noura embellecía con adornos, incluso con piedras de colores y conchas. Yo comprendí rápidamente que no bastaba con que los observase, debía hablarle de ellos. Le encantaban mis comentarios, siempre halagadores, y un momento después suspiraba con un deje de lástima en su tono:

—Pobre Noam, no tienes ni idea.

Yo miraba a Tibor, implorando ayuda, y ella reiteraba:

—Él tampoco sabe nada de esto. ¡Los hombres no sabéis nada de nada!

Luego reía. Una mañana me atreví a preguntarle:

—¿Y las mujeres?

—Las mujeres tampoco. ¿Has visto alguna mujer elegante en la aldea? Aparte de tu madre, por supuesto.

No paraba de reír. Fruncí el ceño.

—Noura, explícame una cosa: si no te vistes para los hombres ni para las mujeres, ¿para quién lo haces?

—¡Para mí! —replicó, indignada por mi ceguera ante lo evidente.

Su razonamiento me desconcertó. Nadie actuaba para sí mismo en el seno de nuestra comunidad. Pero ¿de dónde había salido aquella mujer?

Noura enfermaba a menudo. No de gravedad, no siempre de la misma dolencia, pero sí a menudo. Entonces me recibía tendida sobre cojines, conversaba con voz tenue, con gestos lentos, dando a entender que quizás la viese por última vez. ¿Cómo podría un físico tan perfecto y en apariencia tan sano sufrir tantos achaques? Un día sus sienes ardían, otro su estómago estaba flojo, otro día le dolían las articulaciones, otro le raspaba la garganta, otro le zumbaban los oídos, otro tenía un ojo hinchado, otro se le secaba la boca… Jamás habría imaginado que un cuerpo pudiese presentar tantos padecimientos, y menos aún que una persona los sufriese sucesivamente.

Esos días, Tibor recorría el territorio en busca de plantas y me invitaba a acompañarlo. Aceptaba de muy buen grado, ansioso por aliviar a Noura con sus remedios.

Durante nuestros paseos, Tibor me enseñaba una dimensión desconocida de la Naturaleza que resultó ser mucho más rica y compleja de lo que yo suponía. Yo sabía, desde siempre, que reinaban los Espíritus, el Espíritu del lago, el Espíritu de los arroyos, el Espíritu del viento, el Espíritu de la tormenta, pero me había estancado en un conocimiento somero, hasta que Tibor, sabio eminente, mago sutil, hábil conocedor de los poderes espirituales, me enseñó que los Espíritus acechan en cada árbol, en cada piedra, en cada planta, y que vienen en nuestra ayuda si los comprendemos. Me enseñó a descifrar el universo.

—Fíjate en el Tilo, Noam, sin ir más lejos, el Tilo bajo el cual tu padre gobierna la aldea e imparte justicia. En su corteza habitan Espíritus muy activos. ¿No has notado que la gente se calma cuando se acerca al Tilo? Sienten la influencia de los Espíritus. Los Espíritus que habitan en el hueco del tronco liberan un poco de su poder en el aire, por supuesto, y también en las hojas, en las flores. Observa la hoja del Tilo, ¿qué forma tiene?

—La forma de un corazón.

—¡Exacto! Por eso calma. Cuando haces un brebaje con estas hojas, obtienes un líquido que te reconforta, incluso te adormece, como la nana que se canta a los niños para dormir. Y ahora observa la flor. ¿Ves la huella de los Espíritus? ¿Qué te inspiran?

—Hum…

—¿Con qué comparas esta flor?

—Tan diminuta…, parece… No, es una tontería…, parece un mechón de pelo… ¡Como los pelos de la nariz!

Al acercarla a la nariz, estornudé. Los ojos de Tibor brillaron. Aquel hombre austero me sonreía cuando me interesaba por los misterios.

—¡Muy bien! ¡Has comprendido lo esencial! La flor presenta una bola de pelitos como los que recubren nuestra nariz. Pues resulta que una infusión de estas flores combate los flujos de moco que tanto nos molestan y perturban nuestras fosas nasales en invierno.

—¡Vaya!

—Sí. Mi abuelo y mi padre lo probaron. Te lo demostraré administrando una tisana a Noura.

Yo estaba fascinado con los horizontes que me abría.

—Entonces, ¿los Espíritus no solo tienen poderes, sino que proporcionan pistas?

—Has dado en el clavo, Noam. Un curandero es un ojeador espiritual. Va en busca de huellas; su arte consiste en observar bien.

—¿Con los ojos?

—Con los ojos, con la nariz, con la lengua, con los oídos y con los

dedos. También con la imaginación.

—¿La imaginación?

—Sí.

—¿Observar con la imaginación?

—La imaginación es el lenguaje que hablan los Espíritus para dirigirse a nosotros.

Para iniciarme en los poderes necesarios de la imaginación, Tibor interrumpió nuestro paseo, nos sentamos a la sombra de una encina y me explicó los rudimentos de la ensoñación.

—Nada como la ensoñación para conocer el mundo. ¡Ojo! ¡No se trata de dormir, sino de velar! ¡No es sueño, sino ensueño!

—¿Cómo?

—Deja de considerar las cosas en función de su utilidad, olvida lo que te sirve, lo que te alimenta, lo que te cobija. Contempla.

—No es fácil.

—Despójate de tus necesidades, de tus deseos, de tus expectativas. No razones más. Despégate de tu relación con el mundo. Respira lenta y profundamente. Déjate penetrar.

Las primeras veces me irritaba tanto fallar que me aconsejó valerme de intercesores.

—¿Intercesores?

—Seres que te permitirán salir de ti mismo, acercarte a los espacios del sueño y unirte a los Espíritus.

—¿Por ejemplo?

—El fuego. El agua.

Una noche, me mostró que, si miraba fijamente una llama que ondeaba, esta se hinchaba, menguaba, se estilizaba, se ahilaba hacia la luna, volvía a lamer el leño, pespunteaba la madera con sus bucles rojos, chisporroteaba, se revestía de brasas y luego explotaba en una impetuosa pared de fuego, yo, fascinado, acababa cayendo presa de la llama; ya no pensaba por mí mismo, pensaba por ella, mejor dicho, ella me hacía pensar.

—Exactamente, los Espíritus se expresan.

Al día siguiente, me sometió a un experimento idéntico con el agua.

—El agua que fluye es una llama líquida.

Fijando la mirada en un torrente, en su espuma, en su constante reverberación, logré sentir la energía de la fuente, llegué a intuir la danza de los Espíritus del aire sobre las olas.

—Tibor…, estoy perdiendo el control…

—Mientras te controles, solo verás lo que quieres ver, solo oirás lo que dices. En cambio, si te abandonas a lo que está sucediendo, los Espíritus aparecerán.

Tibor practicaba la hipnosis por medio de los elementos —la llama que parpadea, el agua que fluye, el viento entre las hojas— para llegar al ensueño; una vez instalado en ese territorio, abrazaba la verdadera textura del mundo, su organización, sus vínculos, el poema que escribían los Espíritus desde siempre y que nosotros, miserables humanos, no acertamos a desvelar.

—Somos ciegos al mundo por habernos cegado nosotros mismos. Somos sordos al mundo por habernos ensordecido nosotros mismos. El ensueño nos salva devolviéndonos al mundo.

—¿Qué encontraré?

—La verdad está en los resquicios. En lo que carece de claridad, de nitidez, de lógica. En la sugerencia, en la imagen, en la diferencia. Fue así, a través de la ensoñación, como descubrí el remedio del que estoy más orgulloso.

Tibor sacó de sus bolsillos una caja de hueso labrado, la abrió y señaló un polvo oscuro.

—Baja la fiebre, absorbe las migrañas, disipa los dolores del cuerpo, proporciona alivio a las articulaciones. ¿Recuerdas que se lo administramos a Noura la semana pasada? Estaba decepcionada por haberse curado tan rápido; si por ella fuese, se hubiera aprovechado de su condición de enferma todo el día.

Sonreí, aliviado, por la ironía con que Tibor se refería a su hija; yo sería incapaz.

En cuanto al polvillo oscuro, lo recordaba perfectamente, pues se lo había llevado aquella misma noche a mi madre, propensa a los dolores de cabeza, y se había recuperado rápidamente.

Tibor me contó cómo lo había descubierto:

—Un día de sol radiante, en que descansaba en la orilla del agua, apoyado en un sauce, ese árbol extraño, ese solitario que huye de los bosques y elige los vanos de la Naturaleza: remansos de ríos, riberas de marismas, terraplenes húmedos. Había comido demasiado. En buena disposición, entré en un ensueño y los Espíritus me interpelaron. «Residimos en lo más profundo del tronco», repetían. «Vivimos bajo la corteza cenicienta, el único lugar del sauce que no llora.» De hecho, las ramas lloraban, lacias, colgantes; las hojas lloraban finas lágrimas plateadas; el sauce derramaba su pena en el lago, salvo el tronco, que se erguía decidido, robusto. Los Espíritus insistieron: «Nuestros poderes residen en él. El tronco no sufre y evita que el árbol se hunda». Me acerqué, rasqué la corteza y, de regreso en casa, preparé este polvo, una decocción de sauce blanco. Es muy amargo, pero no importa: utilizado en la cantidad adecuada —he hecho muchas pruebas— alivia eficazmente. Los Espíritus me habían

dicho que dentro del sauce llorón había una sustancia que impedía llorar[4].

Recorrer los senderos, caminar campo a través, internarme en el bosque era fascinante con Tibor: aprendía a percibir la Naturaleza y a soñarla, con los ojos abiertos y con los ojos cerrados. Se descubre tanto en el exterior como en el interior de uno mismo, los Espíritus penetran por todas partes.

Merced a nuestras cataplasmas, nuestras decocciones, nuestras infusiones de hierbas, Noura se fue recuperando. Algunos días nos acompañaba. Al principio pensé que se había despertado en ella el interés por las actividades de su padre, pero se inclinaba sobre la tierra, las flores, las hierbas y las cortezas por una razón bien distinta: buscaba aromas con la intención de fabricar perfumes.

Qué enorme decepción para Tibor, que hubiera preferido que su hija encontrase con él las propiedades curativas de las plantas. Yo fingí ayudarla, solo para crear una complicidad con ella.

Por desgracia, solicitaba mi parecer únicamente para humillarme. Al igual que con la ropa, decía que yo no tenía ni idea y que confundiría el olor del turón con el de la madreselva. Aunque no era verdad, no protesté; quienquiera que se atreviese a demostrar a Noura que estaba equivocada, se exponía a sus cóleras devastadoras o a que cayese enferma y, más retraída que un erizo, mostrase una fría indiferencia durante una semana.

Sea como fuere, la llegada de los dos extranjeros significó un revulsivo para mí. Nunca me había divertido tanto como en su compañía, aun cuando Noura se enfurruñase conmigo, aun cuando Tibor, sin importarle mi presencia, se ausentase —los ojos extraviados, la tez lívida—, masticando una planta, un poderoso intercesor que se negaba a compartir conmigo.

Por la noche, regresaba a casa con Mina, que parecía haber mejorado desde que volvimos a hacer el amor. No sé si estaba encinta, pero, por las miradas que me dirigía, por el estremecimiento con el que me recibía, notaba que todo su cuerpo tenía el apetito del embarazo.

Todas las noches después de cenar nos retirábamos y cerrábamos la puerta. Una vez concluida la cópula, se dejaba caer exhausta sobre la espalda, mirándome con gratitud. Yo me acostaba de medio lado, con la cabeza hacia ella, con el placer animal de compartir nuestra estera. Entonces Mina miraba fijamente al techo y, mecánicamente, enroscaba los dedos en sus mechones, un gesto que repetía desde niña. Yo me dormía preguntándome si Noura, después de haberse acostado con un hombre, haría aquellos estúpidos gestos infantiles.

Seguramente no…

*

—¿Por qué no sonríes nunca?

Noura llamaba la atención, irradiaba luz, pero, a diferencia de otras mujeres, nunca entrecerraba los ojos ni esbozaba una sonrisa.

—Sonreiría si fuese fea.

En aquel momento, su respuesta demoledora me dejó sin palabras, antes de comprobar, al cabo de unos días, que estaba en lo cierto: algunos rostros necesitan de la sonrisa para brillar; los más bellos no. Mina sonreía mucho para armonizar sus rasgos, para hacerlos atractivos. Noura se limitaba a aparecer.

El humor de mi padre, en cambio, era más sombrío cada día. Las refriegas con los Cazadores dedicados al pillaje aumentaban en frecuencia y animosidad. Habían matado a tres soldados, molido a palos a un anciano, herido a mujeres y niños, saqueado cinco graneros, descuartizado un uro y robado muflones y cabras.

—Los asaltos se intensificarán este invierno, cuando se vayan los Cazadores. Flaco favor nos hace nuestra reputación: los ladrones vienen directamente aquí, atraídos por nuestra riqueza.

Las preocupaciones de mi padre eran proporcionales a nuestra opulencia. Una mañana, sentado bajo el Tilo de la justicia, no ocultó su ira:

—Cuanto más éxito tengamos, mayor objetivo seremos. Habrá que sacar a muchos hombres de los campos y formarlos para luchar.

Meneó la cabeza y miró el lago.

—Y si el problema se redujera a eso…

Guardó silencio. Me acerqué.

—¿Cómo? ¿Ocurre algo más?

—No.

Posé mi mano sobre la suya y, cuando nuestras pieles se tocaron, lo noté tenso, frío.

—Padre, no lo entiendo: todo está bien, nos has armado contra los peligros futuros, pero tú pareces angustiado.

Me miró pensativo.

—Dudo si decírtelo, Noam.

—Dímelo.

—Mi papel como jefe es cargar con nuestras preocupaciones.

—Un día tu hijo dirigirá el poblado.

Se relajó.

—Prepárate. Salimos de viaje. Quiero verificar mis temores antes

de confiártelos.

Cuando le conté a Tibor que emprendíamos un periplo, me preguntó si podía unirse a nosotros: le permitiría recolectar hierbas, flores y frutos desconocidos. Abogué por su causa ante mi padre, que accedió de buen grado.

En los días previos a la expedición, Pannoam la organizó visitando a Dandar, su hermano de leche, quien, después de haber participado en el crecimiento del poblado como alfarero, se beneficiaba de su éxito. Cada año ampliaba su obrador, creaba utensilios innovadores, añadía anexos a su casa —rodeado de tres esposas y quince hijos, necesitaba espacio y prosperidad—. Sus hijos trabajaban con él, uno en la mezcla de arcilla, otro en el acarreo del agua, alguno en la elaboración de las piezas, los demás en el fuego, la madera o la pintura. Diariamente salían de sus manos distintos platos, ollas y ánforas de terracota.

Tiempo atrás, Dandar había tenido que desplazarse para localizar las arcillas adecuadas, lo que lo había convertido en un hombre informado. Le explicó a mi padre cómo llegar al acantilado de los Escultores, el lugar que le interesaba.

—¿Por qué allí? —pregunté a Dandar una noche en que mi padre conversaba con los hijos.

—Realmente no lo sé. Tu padre quiere llegar al acantilado de los Escultores y no me da explicaciones.

Me encantaba ir con Pannoam a casa de Dandar porque, además del pulular de clientes, las tres mujeres y los quince hijos del alfarero andaban de aquí para allá, increpándose de la mañana a la noche, creando una incesante algarabía.

Esa noche, mi padre salió del alfar con semblante alegre pero cansado. Enarcó las cejas y suspiró:

—¡Qué barbaridad! ¡Acabaría sordo si tuviera tres mujeres!

—Dandar no parece infeliz.

—Y no lo es. A él le gusta el movimiento a su alrededor, de manera que está a sus anchas.

—Tres mujeres…

—Las familias con varias esposas rara vez funcionan sin problemas. Aquí, la armonía proviene del hecho de que sean hermanas. Se casó con la mayor. La más joven se unió al hermano de Dandar, pero, cuando este murió durante una escaramuza con los Cazadores, Dandar, por lealtad a su hermano y por el futuro de sus sobrinos, la tomó como segunda esposa. Finalmente, cuando la tercera hermana alcanzó la edad adulta, las otras dos le aconsejaron unirse a este

hombre. Con razón.

—¿No se tiran los trastos a la cabeza por celos?

—¿Conoces a alguna hermana libre de celos?

Nos reímos con ganas al pensar en mis hermanas peleándose. Pannoam se rascó la oreja.

—Las tres hermanas se criaron sin rivalidades, cosa que tu madre y yo fuimos incapaces de… Las tres esposas de Dandar quieren a su marido y las tres se aprecian mutuamente. Un caso de concordia excepcional.

—Y tú, padre, ¿nunca has pensado en una segunda esposa?

Pannoam se detuvo, reflexionó, miró fijamente el lago, dudó y luego se volvió risueño hacia mí.

—¿Acaso no has visto a tu madre en pie de guerra cuando acaricio un perro? Imagina el cataclismo si tocase a una mujer…

Nos reímos los dos a mandíbula batiente.

La mañana de nuestra partida, fui a recoger a Tibor, que había duplicado su volumen llenando los bolsillos de su manto con sus utensilios. Noura, muy pálida, con labios purpúreos y el ceño fruncido, acompañó a su padre hasta la puerta, lo besó y luego se acercó a mí:

—Tráeme a mi padre de vuelta.

Me conmovió que me mostrase tanta estima.

—Confía en mí, Noura. Me dejaría matar antes de permitir que nadie toque a Tibor.

—Gracias. Y preferiría que tú también volvieras con vida.

Una lágrima afloró a sus ojos. Se giró rápidamente y nos saludó con un ademán desde lejos.

Pannoam había reunido su manada de perros y reclutado a un escuadrón de diez hombres —tres porteadores y siete guerreros—. Ya en camino, le pregunté a mi padre el motivo de una dotación tan nutrida. Me respondió con el ceño fruncido:

—Trato de compensar el error que cometemos, Noam.

—¿Qué error?

—Viajar juntos. El jefe actual y el futuro jefe desplazándose uno junto al otro, a merced de los Cazadores. Si sucumbiésemos a un ataque, la aldea perdería a sus dirigentes.

Por la noche acampamos bajo las estrellas, en lugares cuidadosamente elegidos por mi padre, claros protectores pero abiertos, que multiplicaban los puntos de huida, brechas donde los atacantes no nos arrinconarían. Los guerreros se turnaban para vigilar el vivac, los perros permanecían alerta.

De momento, los únicos enemigos que encontramos se reducían a los mosquitos que zumbaban cerca del lago, entre las cortinas de

juncos, pero Tibor esparcía todas las noches una planta a nuestro alrededor que los mantenía a raya.

Estrujando aquellas hojitas ovaladas y en relieve, noté que desprendían un aroma fresco y amarillo.

—Su perfume repele los mosquitos —aseguró Tibor.

—¡Pero si esto huele muy bien!

—Tú no tienes los mismos gustos que los mosquitos.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Porque las abejas se vuelven locas con él. Frota una rama con esto y las convencerás de que instalen allí su enjambre. Un día, durante un ensueño, oí la lógica de los Espíritus: «Lo que procuremos para la abeja, no lo procuremos para el mosquito». Dado que los Espíritus habían reservado estas hojas y flores para las productoras de miel, lo lógico es que hubiesen dispuesto en ellas un repelente para los chupadores de sangre. Solo tuve que comprobarlo.

Por la mañana, el curandero y yo recogimos la hierba de abeja[5] depositada en los aledaños de nuestro campamento y guardamos las preciadas hojas en una bolsa, para volver a utilizarlas por la noche. A quienes habían sido picados pese a las precauciones, Tibor les aplicó extractos de mirto, que al tensar la piel aliviaban la irritación.

Después de una semana de caminata, divisamos nuestro objetivo: el acantilado de los Escultores.

A medida que nos aproximábamos, Pannoam nos explicó en qué consistía la rareza del lugar. Allí no había más que roca. El agua lamía los gigantescos conglomerados marrones que se extendían mucho más allá del lago y no permitían crecer ni una flor, ni una brizna de hierba, ni un árbol por falta de humus. Lo mineral lo había arrastrado todo. La piedra había expulsado la vida.

—En otro tiempo hubo hombres que vivieron aquí. Se ocultaban en cavernas, de las que aún quedan algunos vestigios, a lo largo del sendero que habían excavado. Por esa razón, el lugar se llama el acantilado de los Escultores. Hoy no queda nadie.

Cuando nuestros pasos alcanzaron el lugar, comprobamos que Pannoam tenía la información correcta. Entre las hendiduras, los cabos y promontorios, nuestros antepasados habían tallado un camino lo suficientemente ancho para que un viajero y una mula pudiesen acceder a él, bordeado de barrancos por un lado y paredes rocosas por el otro. No salía de mi asombro, imaginando la dificultad de la empresa. Y, aun cuando el trazado del camino seguía las vueltas y recodos del relieve, ¿cuántos meses o años se habían necesitado? ¿Cuántos artesanos para romper unas piedras contra otras? ¿De dónde habían sacado los recursos divergentes que exigía tamaña empresa, el

empeño y la paciencia?

Hicimos un alto en aquella árida costa para restaurar fuerzas. El aire era tan puro que se diría que hubiese desaparecido, privado de densidad, hasta el punto de sorprenderme de que un ave rapaz apoyase en el cenit sus alas en un vuelo amenazador. Aproveché el momento en que los porteadores y los guerreros dormían una siesta para preguntarle a mi padre:

—¿Hemos caminado una semana para esto?

—Sí.

—¿Qué te preocupa, padre?

Me volví hacia Tibor, quien aprobó mis palabras con expresión dubitativa.

Pannoam se puso de pie.

—Necesito confirmaciones. De momento, me baso en relatos de viajeros cuyos elementos trato de relacionar, porque con los viajeros ya se sabe: unas veces se equivocan y otras exageran.

Nos indicó que lo siguiéramos. El sendero, pavimentado de cantos rodados, nos obligaba a extremar las precauciones antes de poner un pie; a veces costeaba masas redondeadas, a veces se deslizaba por estrechas hendiduras. Finalmente, los bloques se espaciaron y llegamos a la orilla.

—¿Os habéis fijado en el lugar en donde el sendero se une al lago?

Nos inclinamos sobre la onda cristalina que dejaba ver la prolongación del sendero.

—Mirad, continúa.

Pannoam entró en el agua y descendió gradualmente.

—¡Escalones!

Aunque los primeros eran visibles, los siguientes desaparecían en la oscuridad lacustre. Se hundió cuanto pudo y luego nos tendió el brazo cuando su cabeza desapareció.

—¿No es raro tallar escalones bajo el agua?

—¡Menuda idiotez! —exclamé—. Aparte de que no sirve para nada, ¡qué desafío técnico!

—Estoy de acuerdo contigo, Noam. ¿Por qué nuestros antepasados iban a emprender trabajos tan incómodos y desprovistos de interés?

—Unos cretinos…

Pannoam me miró sin ocultar su decepción.

—Acusar de estupidez a los que no entendemos equivale a declarar la propia.

Traté de no darme por aludido.

Señaló, al otro lado de la tranquila superficie de las aguas, la orilla que vislumbrábamos a lo lejos, teñida de rosa por el sol poniente.

—La siguiente pista está allá. Para encontrarla, nos quedan por delante cinco días de trayecto.

Según la información de que disponía, estábamos en una lengua del lago; costeándolo, terminaríamos enfrente.

Lamenté que no usásemos canoas.

—¿Y qué cambiaría? —replicó Tibor—. Las canoas siguen la costa y se mueven más lentamente que un caminante.

—Las canoas nos llevarían directamente allí.

—En absoluto. Las perchas tocan el fondo, pero resultan ineficaces en medio del lago. Si se pudiese atravesar, en nuestra aldea atracarían más intrusos. Necesitaríamos más seguridad. Habría que vigilar tanto la tierra como el agua. Normalmente, el peligro no llega del agua.

Pannoam lo miró largo rato y suspiró repitiendo en eco:

—Normalmente…

La angustia demudaba su rostro. ¿En qué estaba pensando?

Después de cinco aburridos días de marcha —rocas, zarzas, guijarros y más zarzas, desembarcamos en una costa carente por completo de vegetación, que se alzaba frente a la que habíamos cruzado.

—Busquemos el camino.

—¿Qué camino?

—No el que discurre junto al agua, sino el esculpido que acaba en ella.

Al mismo tiempo que Pannoam decía estas palabras, Tibor exclamaba:

—¡Allí! ¡Allí!

Corrimos hacia él. Había descubierto el camino excavado que descendía de las alturas y terminaba en el lago.

Mi padre no vaciló. A pesar de la incomodidad de la orilla, saltó al líquido azul oscuro, luego, avanzando con cautela, trató de detectar los escalones labrados.

—¡Los noto perfectamente! Son como pasos.

—¡Extraordinario! —murmuró Tibor animadamente—. ¡Un trabajo idéntico al del lado opuesto!

—¿Qué? —pregunté—. ¿Otros ancestros han hecho aquí lo mismo? ¿Por qué?

Pannoam me miró.

—Sobre todo, cómo. No se talla la piedra bajo el agua, y mucho menos cuando falta visibilidad. La escalera continúa debajo de mí, pese a mi altura.

Lo ayudamos a volver a la orilla. Se dejó caer sobre un montículo.

—Está pasando lo que me temía.

—¡Vamos, padre! No hay por qué preocuparse. Estaban tan locos en este lado del lago como en el otro.

Pannoam miró al suelo y dijo con las mandíbulas apretadas:

—En primer lugar, no estaban locos. Y luego, no eran diferentes estos de los del otro lado: eran los mismos.

—¿Cómo?

—No había orillas.

—¿Cómo?

—No había lago.

—¿Qué?

Pannoam se irguió y continuó con gravedad:

—Allá, a varios días de marcha, comenzaba el camino esculpido en la roca y terminaba aquí. Una sola vía despejada por nuestros antepasados al aire libre. La recorrían a pie enjuto. No caminaban por un lago, sino por un valle pedregoso. Las aguas cubrieron el territorio. El proceso que muchos de los nuestros niegan y que creemos reciente comenzó hace mucho tiempo… No estamos viendo el comienzo, sino la continuación.

—¿Qué quieres decir?

—Que el agua sube.

Sus ojos parpadearon, buscaba aire ansiosamente. Temí que flaquease; pero permaneció erguido, frente al lago infinito, susurrando:

—Si el agua sigue subiendo, ¿hasta dónde será capaz de llegar?

Y de repente compartí la angustia de mi padre.

*

A nuestro regreso, los lugareños nos recibieron como héroes. Los niños corrían hacia nosotros, las mujeres proferían gritos de júbilo, los hombres marcaban ritmos con sus herramientas, formaron una guardia de honor y luego golpearon el suelo con los pies, inclinándose ante nosotros hasta la casa de Pannoam.

¿Qué habíamos logrado? ¿Qué tenía de extraordinario? Mi padre y yo llegábamos a casa con un enigma, Tibor con tres sacos de hierbas: nada fuera de lo normal, nada que pudiera tener una consecuencia inmediata…

El poblado había sufrido varios ataques de los Cazadores, tanto solitarios como organizados en bandas; agotados, ansiosos, todos se alegraron de que los siete soldados volvieran a sus puestos y el jefe se reintegrase a su posición. Solo con verlo se tranquilizaron. Pannoam encarnaba el éxito, el arrojo, la solidez de nuestra comunidad; su

ausencia los había alarmado sobremanera. Mientras caminaba detrás de mi padre, que abría el cortejo, comprendí que sucederlo un día representaría un peligroso desafío.

Mina me recibió con placer, se acurrucó contra mí, me ofreció los refinados platos que había preparado: panecillos rellenos de avellanas, cocidos en una piedra caliente, y compota de escaramujo. Le conté algunos episodios de nuestro periplo, que escuchó sin decir una palabra; asentía con la cabeza sin atender apenas, más pendiente de que nos arrastrásemos hasta la estera para intentar, una vez más, concebir hijos. Consentí mucho más fácilmente, ya que había soportado tres semanas de castidad forzosa.

Qué diferencia con Noura, quien, al día siguiente, multiplicó sus reacciones, exigió detalles, razonó en voz alta, me acribilló a preguntas, volvió sobre tal o cual punto, discutió otros, incluso me obligó a darle información que se suponía confidencial. Con Mina, el relato de mi viaje había producido un breve y sofocado monólogo, interrumpido por una mano que me servía más comida o bebida; con Noura entablé un diálogo ardiente, apasionado, apasionante, que duró un día y nos dejó, al anochecer, emocionados, con la cabeza bullendo de ideas.

Debo admitir que volví a casa arrastrando los pies, imaginando lo que me esperaba —Mina, su docilidad, sus miradas lánguidas, su blanda postración, el ritual que tanto me fastidiaba. Si mi expedición ya me había iluminado sobre lo insulso de nuestra vida matrimonial, nuestro reencuentro acentuó dicho malestar.

Me presenté en casa de mi padre y le pedí una entrevista urgente.

—¿Aquí?

—¡Qué más da, padre! Donde solo estemos tú y yo.

En un acto reflejo, me llevó bajo el Tilo de la justicia. Alrededor, las colinas, ensombrecidas por la noche, parecían animales agazapados, listos para atacar. Un azul oscuro y nebuloso cubría el lago sobre el que colgaban nubes torturadas. Rompiendo el silencio, una lechuza ululó a lo lejos.

Fui directo al grano:

—Padre, me gustaría tomar como segunda esposa a la hija de Tibor.

Abrió los ojos de par en par. Obsesionado con la crecida de las aguas, no había imaginado que yo sacaría a relucir problemas domésticos; me miró con condescendencia, como si, cual parásito, lo alejase de lo esencial.

—¿Por qué quieres una segunda esposa?

—Ya lo sabes, padre.

—¿Yo?

—Aunque no hayas sacado nunca el tema.

—¿Cuál?

—Mina no me da hijos.

La hostilidad de mi padre desapareció. Soltó los hombros, se relajó. Había tocado el punto doloroso.

—Nunca me culpas, padre, y te lo agradezco. Mamá, en cambio, no se priva. Detesta a Mina.

—Lo sé.

—Tiene buenas razones para despreciarla: Mina no logra asegurar nuestra descendencia. ¿De qué sirve, padre, que recoja tu experiencia si no la transmito a mi vez? ¿Para qué sirve gobernar con acierto, tú y yo, como jefes meritorios si nuestro linaje desaparece mañana? Si fuese cosa de un Espíritu, ¿el pueblo te aprobaría?

Pannoam guardó silencio. Supuse que mi padre había pensado mil veces lo que le estaba diciendo. Al cabo de un rato, aventuró una pregunta:

—¿Estáis tú y Mina haciendo lo necesario?

—Cada noche.

—Bien…

—Mina se queda embarazada, cumplo con mi deber. Pero sus hijos no tienen salud.

No lamentaba haber dicho «sus hijos» en lugar de «nuestros hijos», tan convencido estaba de que su deficiencia venía de Mina. Mi padre posó una mano en mi rodilla.

—Me siento culpable, Noam. No elegí bien. Me conformé con el hecho de que su padre dirigía el tercer poblado subiendo hacia poniente, no comprobé el vigor de su sangre. Pensé como jefe, no lo bastante como padre.

—Tu razonamiento sigue siendo válido. No te propongo repudiar a Mina, solo tomar una segunda esposa que perpetúe nuestra familia y te dé nietos fuertes.

—¿Por qué la hija de Tibor?

Guardé un largo silencio sin saber por dónde empezar —Noura poseía mil preciosas cualidades—. Mientras las ideas desfilaban por mi mente, mi padre tomó la palabra de nuevo:

—No es una mala elección… Un curandero es vital en una comunidad. Con esa unión, aumentaríamos nuestras posibilidades de retenerlo. Tibor parece muy unido a su hija, ¿no?

—La adora.

—Perfecto.

Creyendo que aprobaba mi deseo, me puse de pie; me temblaban las piernas.

—¿Estás de acuerdo?

Con un gesto autoritario, Pannoam me invitó a sentarme de nuevo.

—Te responderé dentro de unos días, Noam.

—¿Por qué?

—Debo reflexionar.

—¿Reflexionar sobre qué?

—Me precipité con Mina. No cometeré el mismo error.

—Pero…

—Y además, me dan miedo los hogares con varias esposas.

—Tu hermano de leche…

—Dandar no es un ejemplo, sino una excepción. Cuando imparto justicia bajo el Tilo, no me forjo muy buena opinión de los hogares con varias esposas, ¡quia! O bien las mujeres le hacen la vida imposible al hombre, o bien el hombre las trata mal, o las mujeres andan a la greña, o se pelean a través de sus hijos. Un nido de víboras me parece más tranquilo.

—Pero…

—¡No hay pero que valga! Dale descanso a tu lengua y a mis oídos. Dentro de unos días te comunicaré mi decisión.

Él me ordenaba callarme. A mí me correspondía obedecer. La impaciencia me consumía y pensé en la forma de acelerar su veredicto.

—¿Te gustaría conocerla, padre?

—¿A quién?

—A Noura.

Estaba convencido de que, tratándola, observando su gracia, su viva inteligencia, su elegancia, mi padre llegaría a la conclusión de que se trataba de la propuesta correcta. Repitió sin comprender:

—¿Noura?

—La hija de Tibor.

Me estremecí. Me parecía imposible que hubiese prestado tan poca atención a la joven… ¿De qué pasta estaba hecho? Bastaba ver a Noura una vez para recordarla, incluso para quedar prendado.

Levantándose, me examinó con una pizca de lástima.

—No serviría de nada. Eso no influye en mi reflexión. Pronto te comunicaré mi decisión.

Sin más palabras, volvió a su casa.

Aquella noche, en nuestra estera conyugal, conseguí rechazar a Mina, pero las escenas que presentaban a Noura en mi nueva existencia me impidieron dormir, creando la alegría en un instante y la tristeza al siguiente, ya que ignoraba si llegaría a disfrutar de ellas. El placer sucedía a la pena, la pena al placer; mi cabeza era un

hervidero de pensamientos contradictorios.

Qué lento fue el tejer del alba…

Tan pronto como me levanté, me pareció estar en las nubes. Por un lado, quería ir a casa de Noura y revelarle mi petición, por otro, me controlaba. Primero, debía informar a Tibor, las uniones dependen de los padres. Ahora bien, si Pannoam se negaba, yo quedaría en ridículo ante Noura, que se cebaría con crueldad; sí, en caso de que Pannoam respondiese negativamente, quedaría como un tonto, me tomarían por un niño en lugar de un hombre, sufriría su desconsideración… Por primera vez, el poder paterno pesó en mí como una losa, en el hijo fiel que veneraba a su padre.

De repente, hui de Noura, pretextando trabajos en los campos.

Fui a nuestras tierras para dar credibilidad a mi farsa y me puse a cortar leña con desgana. Cuando el sol comenzó a descender, vislumbré a Tibor y a su hija caminando por un sendero próximo. Me hicieron señas. Sin dudarlo, corrí hacia ellos, hacha en mano.

Me saludaron con entusiasmo, satisfechos ambos de sus respectivas cosechas: Tibor con un helecho rojo que aún no había estudiado, Noura con narcisos, cuyo perfume le encantaba. Estaba radiante.

Cuando Tibor se alejó diez pasos para desenterrar una seta que había visto bajo un roble, le confié a Noura:

—Hablé con mi padre ayer.

Noura se echó a reír.

—Ya, porque habitualmente qué haces, ¿relinchas?, ¿ladras?, ¿balas?

—No te burles, Noura. Le hablé de ti.

Noura dejó de reír.

—¿De mí?

—Sí.

Me miró, tensa, atenta.

—¿Y qué le dijiste?

—Pues…

—¿Sí?

Estaba a punto de explicarle mi petición cuando escuchamos un grito desgarrador. Alguien estaba siendo atacado. Se oyeron los ladridos de los perros, furiosos, impetuosos, agresivos. Se estaba librando una encarnizada pelea tras la cortina de árboles.

Me estremecí, adivinando lo que ocurría…

Blandiendo mi hacha, corrí guiado por el ruido.

Cuando llegué al claro, distinguí a lo lejos a mi padre. Estaba tirado en el suelo, rodeado de sus perros; los animales lo defendían de cinco Cazadores que, armados hasta los dientes, habían venido a robar

nuestros muflones.

Los Cazadores mataban a los perros uno a uno y se disponían a acabar con mi padre.

—¡Socorro! —grité—. ¡Socorro! ¡Ayuda!

Corrí como una exhalación. Los campesinos acudieron en tropel, provistos de picas y garrotes, pero, dada la distancia que aún teníamos que salvar, ninguno de nosotros llegaría a tiempo.

A pesar de mi frenética carrera, veía perfectamente la horrible escena. Los Cazadores, sorteando los cadáveres de los perros, se acercaban a mi padre, que yacía herido, ensangrentado, blandiendo una pica para protegerse. Uno de ellos enarboló su arma para rematarlo.

—¡No! —grité.

El arma caía sobre mi padre cuando una masa surgida de la nada empujó al Cazador y, de un hachazo, le arrancó la cabeza. Los otros cuatro Cazadores se giraron y descubrieron a un coloso. En un acto reflejo, se pusieron en posición de enfrentarse a él. Apenas se habían movido cuando el coloso los cortó en dos.

¡Cinco cadáveres!

Cinco cadáveres en un abrir y cerrar de ojos…

El coloso vio que subíamos y nos dirigíamos hacia él y, sin dudarlo, se alejó corriendo a largas zancadas.

Fui el primero en llegar, sin aliento, y me abalancé sobre mi padre, tendido en un charco de sangre, al lado de sus enemigos y de los perros que yacían inertes con el cráneo destrozado. Pannoam se agarraba la rodilla, el rostro crispado por una mueca de dolor, los ojos vidriosos, sin aliento, incapaz de hablar, aislado en su sufrimiento. Me incliné hacia él cuando Mamá, jadeando, presa del pánico, saltó a mi lado y se arrojó al suelo desmadejada.

—¡Pannoam!

Recorrió el cuerpo de Pannoam con la mirada y lanzó un aullido: desviado por el garrotazo, el pie de mi padre era un muñón sanguinolento y la tibia estaba hecha trizas. Los Cazadores le habían descoyuntado la pierna.

Mi padre cerró los ojos y, dejando caer la cabeza, exhaló un suspiro.

Mamá lo sacudió.

—Está muerto…

Creí morir. Solo la perplejidad me impidió tambalearme.

Todo el poblado nos rodeó, angustiado. Tibor se agachó, palpó la muñeca del herido, le olió las fosas nasales y acercó el oído al pecho de Pannoam.

—No está muerto.

Mamá articuló con dificultad:

—Pero ¿va a morir?

—Por el flujo de sangre o la infección de la herida.

Mamá repitió a voz en grito:

—¡Pannoam va a morir!

Tibor la agarró de la mano.

—A no ser que lo opere.

—¿Qué?

—¿Me das permiso?

—Sí.

Tibor se dirigió a mí:

—¿Y tú, Noam?

Respondí como mi madre. Tibor desgarró rápidamente uno de sus enormes bolsillos, envolvió el tejido alrededor de la rodilla para bloquear la efusión de sangre y miró a su alrededor en busca de su hija. De pie al lado del cuerpo, con la cara más blanca que el mármol, Noura miraba a su padre, que le comunicó:

—Vamos a cortarle la pierna.

Al levantar la cabeza, creí percibir la silueta del coloso en lo alto de la colina. ¿Quién era aquel titán que había salvado a mi padre? ¿Por qué un Cazador salvaba a un Sedentario? ¿Por qué clase de aberración aquel gigante solitario huía de todos, de nosotros o de sus semejantes?

Ignoro si sintió mi mirada, pero en ese momento desapareció.

*

Depositamos delicadamente el cuerpo sobre una mesa de piedra dispuesta por Tibor en la parte trasera de su casa. Mi padre no reaccionaba, pero respiraba.

Tibor se volvió hacia los lugareños que se apiñaban dentro de la casa y en los alrededores.

—Pannoam está inconsciente. Tan pronto como practique una incisión en la carne, el dolor lo despertará. Necesito cuatro hombres para dominarlo en caso de que se debata.

Mis compañeros dieron un paso adelante.

—¡Los demás, que se vayan!

Insté a mis hermanas a que se llevaran a nuestra madre. La habitación se vació. Tibor ordenó a mis compañeros:

—Uno en cada miembro. El que se ocupe de la pierna herida se encarga de inmovilizar el muslo por encima de la rotura.

Así lo hicieron.

Tibor me agarró por la muñeca, me condujo hasta un cofre de madera, se agachó y me susurró al oído:

—Te encomiendo una misión, Noam. Trata de hacerle tragar una bebida en la que antes habrás diluido este polvo.

Me mostró un tarro que reconocí.

—¿Es el polvo que absorbes algunas tardes? ¿La intercesión?

—Sí.

—¿El que me prohíbes tomar?

—Te lo prohíbo por tu bien.

—¿Por mi bien? ¿Y me pides que se lo administre a mi padre?

Había elevado el tono. Me aconsejó susurrar.

—Entiéndeme, Noam. El polvo te alivia, sí, pero luego no puedes prescindir de él.

—¿Ni siquiera con fuerza de voluntad?

—El polvo anula tu voluntad. Te crea la necesidad de volver a tomarlo. Crees ser el amo, cuando en realidad entras a su servicio. No caigas en esta trampa en la que yo languidezco desde hace años.

—¿Y mi padre?

—Una dosis, solo una, no creará costumbre. Además, no tengo elección.

—¿Y qué es?

—Cáñamo[6].

Cogió una caja que contenía un polvo marrón.

—Y aquí hay adormidera. Impregnas con ella un paño húmedo y, en cuanto oigas gemir a tu padre, se lo aplicas en la nariz. Sin asfixiarlo. ¿Entendido?

Acto seguido, empapado en sudor, corrió hacia Noura.

—Y tú, Noura, como hacían tus dos hermanos, ¿te acuerdas? Me pasas los útiles y los sostienes en el aire sin posarlos cuando no los estoy usando. ¿Lo has entendido?

Noura asintió, concentrada ya en su tarea.

Guardo pocos recuerdos de la operación, pues en muchas ocasiones no tuve estómago para mirar.

Tan pronto como los utensilios de piedra lustrada de Tibor golpearon el hueso en carne viva, mi padre recuperó la conciencia. Aulló de dolor. Rugió. Fueron necesarias las fuerzas combinadas de mis compañeros para mantenerlo inmovilizado contra la mesa. Mis compresas de adormidera le proporcionaban un alivio temporal, pero Tibor tardó tanto tiempo en cortar tendones, seccionar músculos, pulir los extremos de los huesos y suturar la herida que mi padre volvió a gritar bajo el impacto de un dolor infernal.

Al borde del pánico, Mamá entraba y salía de la estancia,

convencida de que mi padre estaba exhalando su último grito, y cada vez Noura se interponía con serena autoridad, la tranquilizaba y la obligaba a salir.

Cuando hubo acabado la operación, Tibor aplicó hierbas y ungüentos en la piel para controlar la infección y cerrar las heridas.

—¡Listo! Dejadlo aquí. Atenuaré sus crisis.

Agotados, bañados en sudor, mis compañeros y yo dejamos la casa del curandero.

En el umbral de la casa, Noura, con semblante fatigado pero firme y despejada, nos dio de beber. Cuando me sirvió, sus ojos suplicaron por el resto de mi historia: ¿qué le había dicho a mi padre sobre ella?

Sin fuerzas para complacerla, le dije que le respondería más tarde. Bajó la cabeza y regresó para ayudar a Tibor.

Mi padre recuperó la conciencia y Tibor utilizó los calmantes con moderación —en dosis altas, la corteza de sauce desgarraba la pared del estómago e impedía que la sangre formara postillas, lo que dificultaba la cicatrización.

Pannoam permaneció una semana en casa de Tibor. Mi madre, mis hermanas y yo lo visitábamos a diario. Noura no se apartaba de su lecho, haciendo gala de una admirable paciencia.

A medida que mi padre volvía a su ser, las lenguas se fueron soltando. Al principio, la preocupación por su jefe había dejado a los aldeanos sin palabras, pero ahora evocaban al extraño coloso que lo había salvado. Todos se preguntaban quién era. Nadie lo conocía. Algunos afirmaban, sin embargo, haberlo visto otras veces a lo lejos; los más viejos del lugar aseguraban que llevaba años deambulando por la zona, si no décadas. El misterio propicia los relatos: según unos, era el Dios de las colinas, que había venido a proteger a un valeroso habitante; en opinión de otros, era el Espíritu del poblado, que venía a preservar su comunidad; para mis hermanas, era el fantasma de mi abuelo Kaddour, nuestro jefe anterior, que había venido para preservar su linaje. Pese a nuestro interés por identificarlo, nadie siguió sus huellas, ni siquiera yo; estábamos convencidos de que aquel ser sobrenatural abandonaba su apariencia humana cuando no necesitaba mezclarse con los hombres.

Mi padre descubrió a Noura. Su mirada la buscaba cuando tenía dolor, sed o hambre, dándole las gracias tan pronto como lo satisfacía.

—¡Qué lástima que a Noura no le interesen las plantas! —suspiró Tibor en mi presencia—. Tiene mucha más mano que yo con un enfermo. Posee la sangre fría, la resistencia, la dedicación y la amabilidad que aseguran el éxito de los cuidados.

Un día, aunque dolorido, mi padre se levantó. La fiebre había remitido.

—Te propongo una ayuda —dijo Tibor.

—Ya la tengo: tu hija.

Noura y yo sonreímos.

—Pensaba en otro tipo de ayuda —precisó Tibor—, que vi en casa de un curandero del norte. Se puede tallar un hueso de ciervo del tamaño de la media pierna que te falta, acoplarlo a tu muslo con bandas de cuero y permitirte así que te apoyes en él. No podrás correr, caminarás mal, pero te mantendrás de pie sin fatiga. ¿Qué te parece?

—Te has ganado mi confianza y seguiré tus consejos. Me has salvado.

—Gracias. Consultaré a los mejores canteros para que tallen tu media pierna. Nada más duro que la tibia de un ciervo.

Mi padre volvió a casa. Tibor sugirió que Noura fuese a su casa para cambiar vendajes y limpiar la herida, cosa que mis padres aceptaron de buen grado. Nadie más dotado para ocuparse de los hijos como mi madre, mas para los enfermos carecía de la experiencia de Noura, quien durante años había visto a su padre cuidar heridos y les prodigaba dulzura, constancia y rigor. Yo observaba, feliz, que conquistaba a mi familia.

—Padre, ¿quién era el coloso?

—¿Qué coloso?

—El que derrotó a los Cazadores, el que te salvó.

—No lo sé. Había perdido el conocimiento.

Le conté la increíble escena. Apartó la mirada con frialdad.

—¿Estás seguro?

—Todo el pueblo te lo confirmará.

—¿Y qué dice la gente?

—Que es el Dios de las colinas. O el Espíritu del pueblo.

—Sí, es posible…

—O el de Kaddour, tu padre.

Me miró irritado.

—¿Por qué iba a ser Kaddour?

—No sé. Es lo lógico… Su fantasma bajó para ayudarte.

—¿Ah, sí? Lógico… ¿Nada más?

—Pues… no.

Mi padre se encogió de hombros. Cada vez que le mencionaba al coloso, se sumía en un silencio hostil. ¿Acaso su orgullo no podía soportar que alguien, ya fuera un Dios, un Demonio, un Espíritu o un fantasma lo hubiera salvado? Cuando le hice la pregunta, respondió con acritud:

—Fue Tibor quien me salvó.

Y, tras una pausa, añadió:

—Y su hija.

Salí de allí contentísimo. Los acontecimientos habían favorecido mi causa. Ahora que mi padre se recuperaba, mi confianza en el futuro renacía. Seguro que accedería a mi petición de tomar a Noura por segunda esposa.

Durante su convalecencia, más de una vez estuve a punto de abordarlo para preguntarle: «Entonces, ¿qué?». Por respeto, para no importunarlo, me abstuve de hacerlo.

Una mañana recibió el hueso de ciervo tallado. Tibor se lo ató debajo de la rodilla y comenzó a caminar. Noura lo sostenía, paciente, animosa, tan delicada, tan pequeña a su lado; frágil y sin embargo capaz de sostenerlo cuando trastabillaba, de reanimarlo si se venía abajo. Noura se doblaba, pero no se rompía, como un junco durante la tormenta. Aquella visión me conmovió: la mujer de mi vida ayudaba al hombre de mi vida. Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¡Qué suerte conocer y amar a aquellos dos seres! ¡Y qué dicha que se apreciasen! El futuro se pintaba de magníficos colores.

Tan pronto como interrumpieron la sesión, me uní a ellos. Noura estaba dando de beber a Pannoam.

—Padre, tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De Noura.

Ella levantó la cabeza como si la hubiera picado un insecto.

Pannoam alzó la vista y me miró tranquilamente.

—Tienes razón, es hora de hablar de ello. Ya he tomado una decisión.

Me estremecí ante la perspectiva de la felicidad que estaba a punto de inundarme.

—Me casaré con Noura —anunció mi padre—. Se convertirá en mi segunda esposa.

---

[1] Yo ignoraba la existencia del agua salada. Para nosotros, que vivíamos lejos de los mares y los océanos cuya existencia ni imaginábamos, la distinción entre las aguas se hacía de otro modo. Teníamos el agua viva de las fuentes, el agua durmiente del lago y el agua caída del cielo. Las aguas expresaban Deidades separadas: las Ninfas benévolas, el Lago protector, los Espíritus del cielo, y no establecíamos ningún lazo entre ellas. Además, no tenían el mismo sabor… Tan diferentes en calidad como en cantidad, las tres aguas ejercían diferentes funciones: el agua viva nos daba de beber, el agua durmiente proporcionaba comida, el agua caída, más ambigua, nos aportaba ora una recompensa, ora un castigo, dependiendo de cómo los Dioses, padres sagaces, reaccionasen a nuestro comportamiento. Nunca hubiéramos supuesto que se trataba de un líquido idéntico, evaporado del lago para componer nubes, las cuales, lanzando sus chubascos sobre la superficie de la Tierra, creaban capas freáticas de las que brotaban manantiales que, a su vez, alimentando arroyos y ríos, venían a formar el lago.

Esta continuidad se nos escapaba. Nosotros clasificábamos las cosas según su apariencia y su utilidad. Hoy, este flujo de fluidos, acreditado por los científicos, me lleva a un vértigo aún más sorprendente. ¿Quién lo ha concebido? ¿Qué mano superior desbarata las trampas y logra construir esta armonía? Si es el azar, ¡el azar es un genio! (*Nota del autor.*)

[2] Las madres amamantaban durante mucho tiempo a sus hijos, lo que reducía sus posibilidades de volver a quedarse embarazadas. (*N. del A.*)

[3] Las aldeas lacustres fueron sin duda los primeros focos de sedentarismo permanente, porque el lago proporcionaba alimento casi constante sin que hubiese necesidad de desplazarse. (*N. del A.*)

[4] He utilizado y transmitido el polvo de Tibor durante milenios. En la Edad Media, los médicos abandonaron su uso, sin duda por los fuertes dolores de estómago que en ocasiones provocaba. Hallándome en Inglaterra hacia 1750, sufrí un molesto contratiempo: la diligencia que me llevaba a Chipping Norton se atascó y obligó a los viajeros a esperar al borde del camino. Uno de ellos, rubicundo, bien entrado en carnes, me contó sus preocupaciones. Las fiebres se habían propagado por la campiña inglesa, matando a niños, mujeres e incluso a los tipos más duros. El reverendo, hombre de espíritu y experiencia a partes iguales, tan científico como práctico facultativo, buscaba con ahínco mejorar la vida de sus contemporáneos. Razonaba como adepto de la teoría de la firma —según esta doctrina, el remedio de una enfermedad nunca está lejos de sus causas. Comoquiera que me contase su sufrimiento, sus fracasos y su desesperación en un camino que lindaba con una laguna, quise ayudarlo y le señalé un sauce frente a nosotros. «Dado que las enfermedades febriles abundan en lugares húmedos o pantanosos, la solución debe encontrarse allí, reverendo. ¿Cuál de entre las plantas sobrevive en ellos fácilmente?» Siguió la indicación de mi mano y vio los sauces llorones. Lo llevé junto a un espécimen, metí el dedo en uno de los diminutos agujeros que acribillaban el tronco y lo chupé. «Tal vez esta sustancia amarga de la corteza proteja al árbol de las enfermedades que podría atrapar con los pies metidos en agua fría.» El reverendo, a su vez, introdujo el dedo meñique, probó el sabor, arrancó unas hojas y las masticó, haciendo una mueca. «¿Por qué no? El amargor me recuerda al polvo de los jesuitas, esa hierba del Perú que modera las fiebres de los pantanos. Aquí solo se obtiene de contrabando —jesuitas y anglicanos no hacen buenas migas…—. Gracias, amigo mío, seguiré esta pista.» El 25 de abril de 1763, Edward Stone presentó al conde de Macclesfield, presidente de la Royal Society of Medicine, un informe sobre el tratamiento eficaz de las fiebres a base de corteza de sauce, secada en un costal colocado cerca de un horno de pan y luego pulverizada, que había administrado a cincuenta pacientes. Posteriormente, un farmacéutico italiano aisló el principio activo contenido en la corteza, la «salicina», luego un farmacéutico francés extrajo de ella cristales solubles, la «salicilina». Finalmente, en la Prusia renana, Felix Hoffmann, un químico deseoso de tratar a su padre, que sufría de reumatismo y no digería el medicamento, obtuvo ácido acetilsalicílico puro en 1899. El laboratorio de tintes donde trabajaba no registró una patente —porque los franceses lo habían precedido—, sino una marca que permitiría la explotación comercial: Aspirina. Bayer se convirtió así en el gigante de la industria farmacéutica, el único distribuidor mundial de aspirina hasta 1919. (*N. del A.*)

[5] Melisa. (*N. del A.*)

[6] Cannabis. (*N. del A.*)

2

El oso me miraba fijamente.

Marrón, poderoso, fornido, membrudo, se había alzado frente a mí, me doblaba en altura, me triplicaba en anchura, era cuatro veces más pesado y cinco veces más maloliente. Su brillante nariz se contraía para identificarme. De momento, se preguntaba por mí. ¿Qué decidiría? ¿Enemigo? ¿Amigo? Como abatiese una de sus patas, podía darme por muerto.

Me encogí aterrorizado. Tenía la boca seca, el cuello rígido y la espalda helada. ¡Lo que daría porque me tragase la tierra! El oso me aplastaba con su presencia, percibía su aliento cálido y hostil, su fuerza palpitante retenida bajo el grosor de su pelaje. Detrás del largo hocico, los ojos negros me imponían la inmovilidad. Las orejas, tan separadas en la parte superior de su cara redonda, vibraban para captar los sonidos que yo emitía.

Bañado en sudor, yo ni siquiera respiraba; el único signo de vida eran los temblores que me atenazaban las extremidades.

El oso abrió la boca, una cavidad de un rosa sorprendentemente delicado, cuyas mandíbulas alineaban caninos arqueados, molares fuertes, y emitió un grito que me traspasó.

Para mi sorpresa, el gruñido, ni feroz ni amenazador, reflejaba aburrimiento; incluso contenía un ligero toque de decepción.

El oso giró la cabeza con desdén, dejándose caer suavemente al suelo y, como si yo ya no existiera, continuó su camino con el andar bamboleante e indolente de quien dispusiese de todo el tiempo del mundo. Cuando salía del claro, al rebasar los arbustos, se detuvo y me miró interrogante: «¿Vienes o qué?».

Su cabeza plana y obtusa me decía que no se negociaba con él: se le obedecía o se moría.

De modo que seguí sus pasos a una distancia prudente.

Ahora que estaba seguro de que lo escoltaba, fingió haberse olvidado de mí.

En la orilla del río apagó la sed, se empapó la nuca gibosa, sacudió las fosas nasales, movió los belfos, estornudó, escupió y luego se sumió en la contemplación de la corriente de agua. De pronto, su pata izquierda se estiró, penetró en el agua y emergió blandiendo entre sus

garras un salmón que se retorcía aterrorizado; las escamas brillaban con todos los colores del arcoíris. ¿Quién hubiera sospechado que una masa tan patosa fuese capaz de actuar con semejante rapidez? El oso lanzó el pez al aire, lo contempló girando por encima de él y luego lo recibió en sus fauces abiertas. Con tres dentelladas, lo troceó y lo envió al fondo de la panza.

Cansado, abandonó el río, emprendió el camino trazado por la espuma a lo largo de la orilla y trepó a un montón de rocas, por donde desapareció.

¿Qué hacer? Dudé. En ese momento podía huir, aprovechar la corriente a favor y nadar a toda velocidad.

Lentamente, con precaución, escalé por las rocas a mi vez; al llegar a la cima, descubrí debajo de mí una hoya circular de granito.

No podía creer lo que veían mis ojos… Una joven desnuda, frágil, temblorosa, maniatada con finos lazos, cuya rubia cabellera le caía sobre los hombros, la espalda y el pecho, se hallaba allí acurrucada, cautiva. El oso avanzó hacia ella. La expresión de la joven se transformó. Con la mirada fija en la del oso, la joven sonrió, se tendió en el suelo, abrió las piernas, levantó los brazos para agarrar la cabeza del mastodonte y aproximó sus labios al hocico. Se besaron.

El beso se prolongó, lascivo, profundo, penetrante, y luego el oso, como si no pesara, cubrió a la mujer de menudos miembros, la cual no solo lo toleró, sino que lo invitó a continuar. Copularon.

Me volví, disgustado por haber presenciado la cópula, cuando, a mi derecha, un perro aulló a la muerte. Girando para instarlo a que se callara, resbalé sobre una roca, perdí el equilibrio y… desperté.

A mi alrededor, nuestra casa.

A la derecha, detrás de la pared, el perro que gemía.

Al alcance de la mano, a mi izquierda, Mina dormida.

La noche lo envolvía todo.

Me senté. ¿El oso? ¿Qué me enseñaba?

Turbado, desconcertado, me recosté y, pensando en la escena, renuncié al sueño.

Por aquel entonces, dábamos mucha importancia a los sueños: representaban la hospitalidad de lo humano para lo que no es humano. En ellos se nos aparecían Dioses, Espíritus, Demonios y Muertos. Aunque durante el día se erigía un muro infranqueable entre ellos y nosotros, la noche liberaba las puertas por las cuales se infiltran las entidades espirituales. Orejas, boca, ojos, fosas nasales, intersticios privados de vigilancia, se abrían; se establecía la circulación del exterior al interior. Cada sueño nos ligaba al mundo, a la Naturaleza, a las almas, a las fuerzas. El sueño nos agrandaba.

Mientras el sol nos limitaba, la oscuridad nos entregaba a lo inmenso.

Durante nuestro encuentro, el oso me había respetado, me había instado a que lo siguiese y me había mostrado los placeres que lo aguardaban: el salmón, la joven. ¿Qué deducir?

Al amanecer, engullí las gachas de cereales que me había preparado Mina, que saltaba, reía, canturreaba con los ojos brillantes de contento. Hacía varios días que exhibía una emoción infantil que fingí no ver. Insistió, espió mi mirada, imploró con la suya, deseosa de llamar mi atención. ¿No se daba cuenta de que me horripilaba? Ella pertenecía a mi pasado, no a mi presente. Noura me había deslumbrado y yo tenía que soportar a Mina; no veía más que la ingratitud de sus formas, la mediocridad de sus rasgos achatados, la monotonía de su conversación, la opacidad de su inteligencia. Ahora que, constreñido y forzado a ello, renunciaba a una segunda esposa, la primera me exasperaba.

La primera y la única…

Me levanté, crucé el umbral y me alejé a grandes zancadas.

—Noam, tengo que decirte una cosa —gritó desde la puerta.

—¡Más tarde!

Nada me interesaba menos que los pensamientos de Mina. Preocupado por mi sueño, decidí reunirme con Tibor en el sendero por donde acostumbraba a recoger plantas a diario.

En el cielo matutino se desperezaban unas nubes plácidas y algodonosas, medio rosadas, medio azules, que contrastaban con el verde oscuro del bosque. Aromas, luz, trinos de pájaros, todo iba despertando mansamente. Incluso la corriente del río remoloneaba ante la perspectiva de reanudar su flujo torrencial.

Surgiendo de entre las zarzas, envuelto en su voluminoso manto de múltiples bolsillos, el curandero me miró apesadumbrado.

—Lo siento, Noam. No pude evitarlo.

—¿De qué hablas?

—Noura… Me parecía…

—¿Qué?

—Habría jurado que tú y Noura, vosotros… Bueno…, que tú…

Me puse tenso, apreté los puños y murmuré, con la mandíbula contraída:

—¡No sé a qué te refieres!

Tibor tartamudeó:

—Pensé que querías unirte a Noura.

—Ya tengo esposa.

—Tu padre también: eso no lo detiene.

—Mi padre es mi padre. El jefe es el jefe.

Tibor me observó y luego se disculpó:

—Perdona, Noam. Siempre me paso de listo… Te comportas con mucha más sensatez que yo.

Asentí, superado. Deseaba que se maravillase con mi sumisión, quería que todo el mundo admirase mi servilismo. Lo que quiera que mi padre exigiese, yo lo obedecería. Si conseguía disfrazar mi amargura de sublime abnegación, si la revestía de moralidad, salvaría las apariencias, seguiría siendo el Noam que todos conocían, evitaría el despecho, la humillación, la desesperación. ¿De qué otra manera podría soportar lo insoportable?

Tibor apretó mi muñeca.

—Demuestras una extraordinaria cordura, Noam.

Una gran cordura, ¡exactamente! Cubrirse de virtudes, de heroísmo, ofrecerse en el ara del sacrificio. Una extraordinaria cordura…

Sin embargo, una parte de mí se contenía para no gritar todo lo contrario: odiaba a mi padre por casarse con Noura, odiaba a Noura por aceptar, odiaba a Tibor por asentir, odiaba a Mamá por aguantar, odiaba mi lealtad, mi fidelidad, mi cobardía, mi derrota.

Cordura… ¿Qué cordura? No había nada que detestase más que mi cordura. Mi cordura me estaba volviendo loco.

Caminé en silencio junto a Tibor, el tiempo necesario para calmarme. Luego le conté mi sueño y le pedí que lo interpretase.

—¿Era la primera vez que el oso se te aparecía en sueños?

—No.

—¿Te has encontrado con el oso en la realidad?

—A menudo. De lejos. Nunca he escapado de él. Siempre lo he admirado… El oso me fascina. Jamás temí que me atacase. Cuando era niño, Pannoam censuraba mi imprudencia.

—La explicación me parece obvia: el oso es tu animal, el oso es tu tótem.

—Te equivocas. El tótem de nuestra familia es el lobo.

—El tótem de tu padre, no el tuyo.

—¿Qué? ¡Imposible que yo tenga otro tótem!

Tibor se detuvo y me pasó su brazo sobre los hombros.

—No pienses solo como hijo. Piensa por ti mismo.

—¿Cómo?

—Noam no es Pannoam.

—Explícate mejor.

—Noam no se reduce a una parte de Pannoam. Un fragmento de Pannoam. El nombre que tu padre te ha dado te tiende una trampa.

—¿Una trampa?

No me hallaba en condiciones de entender, ni siquiera de

vislumbrar lo que Tibor sugería. Exhaló un suspiro, pero se abstuvo de aclarármelo y recondujo la conversación:

—Si el oso fuerte y solitario es tu tótem, tú posees sus características[7]. La fuerza ya la has probado, todo el pueblo es testigo: eres veloz en la carrera, nadas bien, tienes buena puntería, peleas como nadie.

—Sí, pero ¿y la soledad? ¿Yo, solitario?

—Ese es el elemento nuevo. El oso vino a indicártelo anoche, en el momento en que tomar conciencia de ello se vuelve útil para ti…

Bajé la cabeza. Efectivamente, el dolor que me infligían las nupcias de Noura y mi padre me aislaba.

Alcé los ojos hacia Tibor.

—¿Se puede sufrir soledad en medio de los tuyos?

Se estremeció y susurró, melancólico:

—Tal es el destino del hombre que piensa por sí mismo.

Por su mirada velada, por esa especie de fragilidad que sus palabras traslucían, comprendí que hablaba tanto de sí mismo como de mí.

¡Qué diferente era de mi padre! Pannoam se limitaba a decisiones, órdenes, actos, mientras que Tibor vibraba con mil preguntas. En ese instante, me sentí muy cercano a él.

—¿Tu animal también es el oso, Tibor?

Me sonrió.

—Mi animal es el búho, Noam.

—¡Pero tú no eres nocturno!

El búho participa en los otros mundos, en el invisible, en el de los Dioses, en el mundo de los Espíritus y los Muertos. Igual que él, busco lo que está oculto a la mayoría de la gente, quito el velo de las apariencias.

—Un tótem excelente, el búho, ¿no? Un tótem que te hace más feliz que el oso solitario…

—¿Se puede ser feliz cuando ya no se tienen ilusiones?

Tibor me dejó con estas palabras.

Bajé hacia el lago. El cielo se despejaba. El poblado, que no podía ver desde allí, existía por sus ruidos: gritos, bramidos, cacareos, balidos; también por los sonidos que provocaba la talla de las piedras, el clavar de estacas, el afilado del pedernal, el triturar de los granos, la molienda de la cebada, el amasar del barro, el crujido sordo de las pieles curtidas enrolladas y desenrolladas; y, finalmente, por las instrucciones que se daban los artesanos, los gritos de los niños y el parloteo de las mujeres.

Accedí a la calle principal para dirigirme a la plaza donde mi padre impartía justicia. Instalado bajo el Tilo, frente a dos familias, Pannoam

lidiaba con un asunto de caza robada.

Al observarlo de lejos, sentí que un hacha me escindía en dos mitades: por un lado, el cariño que le profesaba; por otro, el deseo furioso de golpearlo latiéndome en los puños. En mi mente se superponían imágenes incoherentes, a veces la de un apuesto hombre íntegro, comprensivo, y otras, la de un tullido de rictus huraño. ¿Dónde estaba la verdad? ¿Cómo alejar al mal padre y quedarme solo con el bueno?

Noura apareció con la cabeza bien alta, me vio, comprobó que Pannoam seguía ocupado y corrió hacia mí. Sus ojos impacientes, de un verde dorado fulgurante, expresaban su alegría.

—¡Felicidades, Noam!

Una mordedura de víbora no me habría producido mayor sobresalto.

—¿Cómo?

—¡Felicidades!

Sonreía, radiante, sincera, contenta. Como la mirase ceñudo, añadió:

—¡Qué buena noticia para ti y para Mina!

Mil reproches cruzaron por mi cabeza. ¿Cómo? ¿Pensaba que su matrimonio con mi padre era una buena noticia? Bueno, para Mina, sin duda alguna…, pero ¿para mí?

La miré con frialdad.

—¿Cómo te atreves?

—¿A qué?

—¡A burlarte de mí!

Tartamudeó, poco o nada habituada a sufrir mi desprecio:

—Pero…, Noam…, cualquier hombre… Siempre has dicho que…

—¡Noura! ¡Bastante me duele la situación para tener que aguantar tu cháchara y tus burlas! Por mucho que te divierta.

Su rostro palideció y, frunciendo los labios, me gritó:

—¡Ni me divierto ni me burlo! ¡Me alegro de que Mina esté encinta!

La miré boquiabierto.

A continuación, creyendo que no la había entendido, precisó:

—Me alegro de que estéis esperando un hijo.

Ante mi estupefacción, abrió mucho los ojos, resopló y se tapó la boca muerta de risa.

—¡Vaya! ¿No lo sabías?

Rompió a reír.

—¿No te habías dado cuenta?

Negué con la cabeza. Se rio todavía más, ahora alegre y

francamente, mirando a su alrededor en busca de testigos.

—¡Cualquiera lo ve, Noam! Mina luce una barriguita que se redondea desde hace tres lunas… ¡Caray, Noam, cualquiera diría que no miras mucho a tu mujer!

—¡Ni mucho ni poco, no la miro en absoluto!

Mi voz había resonado en el centro de la aldea. Por suerte, nadie deambulaba por allí; solo mi padre, a lo lejos, alzó la mirada, aunque la distancia le impidió captar mis palabras.

Estaba muerto de vergüenza, no por haber dicho lo que dije, sino por no haber sabido controlarme.

Noura me miró. La vehemencia de mi tono cortó la chanza. Permanecimos un rato en silencio. Luego señaló el tocón de un roble.

—Sentémonos.

Nos sentamos uno al lado del otro, frente al lago que extendía su tranquilidad hasta el infinito, confundiendo su azul con el del cielo. Un bando de patos en vuelo triangular pasó por encima de nosotros, propulsados por una misteriosa urgencia. Bajo el Tilo de la justicia, mi padre recibía a los agricultores para la segunda queja.

Noura cogió mi mano. Por despecho o por rabia, traté de rechazarla, pero el contacto de su piel, tan suave, tan cálida, venció mi resistencia. La miré con disimulo. Mis ojos acariciaron el perfil de su mejilla, carnosa, suave, aterciopelada, luego se detuvieron en el brillante y espeso cabello, que llevaba recogido en lo alto de la cabeza, en algunos mechones sueltos que cosquilleaban su frente, en sus sienes, en sus bonitas orejas, acentuando la pureza de su cutis.

Noura aspiró el aire puro de la mañana, bajó sus largas pestañas sobre el paisaje y me confesó:

—He tenido mi parte en la concepción de vuestro hijo. Una parte importante. Me felicito por mi contribución.

—¿Cómo?

—Ayudándoos.

¿Ayudándonos? ¿Ayudándome? ¿Es que no era consciente de su crueldad? ¿Elegía las expresiones más hirientes a propósito o procedía con inconsciencia? Añadió, satisfecha:

—Le aconsejé a Mina que rezase a la Diosa Madre, la Fuente de las fuentes, ofreciéndole estatuillas barrigudas. Y, sobre todo, le llevé las mejores hierbas, las que favorecen la fertilidad. Mina me obedeció.

—Ah, ¿eres tú quien le ha prescrito la infusión de ortiga?

—Sí. En fin… Tibor a través de mí.

—¡Me la ha servido todos los días!

—También fortalece al hombre. A propósito, ¿bebiste la pócima de trébol?

—No.

—¿La tisana de frambueso?

—Tampoco.

—Perfecto. ¡Ah, me olvidaba! Según Tibor, Mina debe suspender ya la tisana de frambueso. Ignoro la razón, me lo ha recomendado esta mañana. Díselo a Mina, por favor.

Su mano derecha palmeó el dorso de la mía. La tersura de su brazo, de un blanco rosado, contrastaba con el mío, pardusco, venoso, atormentado.

—¿Estás contento?

Estaba furioso. ¿Cuánto tiempo iba a durar aquella conversación de circunstancias? ¿Por qué evitábamos lo esencial?

Agotado, decidí desahogarme:

—No, no estoy contento. Porque me importa un bledo lo que le pase a Mina. Porque Mina me irrita. Porque Mina me aburre. Porque Mina no representa la mujer que yo quería, sino la mujer que me impuso mi padre.

Miró preocupada hacia Pannoam para asegurarse de que no nos espiaba.

—¿Se equivocó?

—Razona a su manera, razona como jefe.

Le temblaron los labios, se le oscureció la mirada e insistió:

—¿Se equivocó?

—Mi padre ligó a su familia con la familia de un jefe vecino. Quiénes fuésemos Mina y yo, qué esperábamos, qué nos gustaba, qué nos unía o qué nos enfrentaba, no contaba para él. Importan los pueblos, importan la paz y los acuerdos comerciales, los individuos no importan.

Me miró obstinadamente:

—¿Se equivocó?

—Como jefe, no. Como padre, sí.

—¿Cuál es la diferencia?

—Un padre quiere la felicidad de su hijo. Un jefe pretende la felicidad de su comunidad.

—Pero tu padre es jefe. Y tú eres hijo de jefe.

—Sí…

—Entonces, ¿cómo te permites criticar a tu padre?

Me levanté, dolido.

—No le des más vueltas, Noura, ¡para qué andarnos con rodeos! No hablamos de ella, hablamos de ti. No culpo a mi padre por haber elegido a Mina para mí, lo culpo por haberte elegido para él.

Se levantó roja de ira. La irritación afilaba sus facciones, marcando

las sienes, el puente de la nariz. Su rostro se volvió tan duro como femenino.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

—¡Pannoam te robó!

—¿Cómo?

—¡Te robó de mí! ¡Me robó!

—¿Te robó? ¿Acaso te pertenezco?

Desconcertado, me arrodillé y, en un torrente tumultuoso de palabras que salían a borbotones, sin orden ni concierto, entre la exaltación y el dolor, se lo confesé todo, la pasión que me consumía, mi deseo de desposarla, la petición a mi padre, la espera después de la agresión de los Cazadores, mis esperanzas durante su convalecencia y luego mi angustia, el día anterior, al enterarme de que pisoteaba mis deseos y de que se quedaba con Noura para él.

—¿Por qué no me lo dijiste? —susurró, pálida, con las aletas de la nariz temblorosas.

—Según la regla, primero se habla con los padres y luego con los padres de la mujer.

—¡Yo soy la primera interesada!

—Intenté decírtelo, Noura, estaba a punto de contártelo cuando oímos los gritos de Pannoam y los ladridos de los perros. ¿O no te acuerdas? Se interrumpió la conversación y eché a correr.

—Sí, lo recuerdo. También recuerdo que esa noche, después de la operación de la pierna, te propuse acabar nuestra conversación.

—Lo siento, me moría de cansancio, la amputación me había destrozado.

—¿Y los días siguientes?

—Estabas cuidando a mi padre. Supuse que eso nos convenía.

—¿Nos?

—Para que diese su consentimiento.

Al escuchar mis propias explicaciones, me daba cuenta de que, sin haberle dicho una palabra, había dado por sentado que Noura compartía mis pensamientos, que Noura me aprobaba, que Noura deseaba nuestra unión tanto como yo.

Resumió mi confusión frunciendo la boca en un hermoso mohín de reproche:

—Jamás exteriorizaste que soñases con desposarme, jamás me confesaste que tenías sentimientos hacia mí, ni siquiera atracción. ¿Confías solo en el silencio?

—¡Venga, Noura, pero si es evidente!

—¿El qué?

—Que cualquier hombre que te conozca se vuelve loco por ti.

Un destello cruzó el iris de sus ojos; luego me hizo incorporarme y me pidió que me sentase de nuevo, aliviada de que Pannoam no se hubiese percatado de nuestra discusión.

Me giré con tristeza hacia ella.

—¿Habría cambiado algo si te lo hubiera dicho?

Sus ojos se llenaron de lágrimas y se fue corriendo.

*

Así que era culpa mía…

Por haber tardado meses en darme cuenta de mi admiración, por haberla ahogado después, Noura y yo no nos uniríamos.

Dicha constatación, aun destrozándome, me revelaba una verdad hasta entonces ignorada: yo poseía cierto poder. Sí, tenía el poder de intervenir en mi vida en lugar de sobrellevarla; al menos había descubierto eso. Descubrí que podía ser yo, antes que otro; por primera vez reparaba en una parte indeterminada de mi existencia, una falla, una zona imprecisa, un vacío que no supe calificar y que, milenios después, los filósofos llamarían «libertad». Desgraciadamente, la distinguía tras haber recibido el golpe; esa conciencia, lejos de aliviar mi amargura, la agravaba: no me casaría con Noura.

En el mundo en el que había nacido, la libertad no solo no tenía nombre, sino que no se practicaba. Sin embargo, Noura decidía, Noura la insolente, Noura la extraña, la que imponía las costumbres. A su edad, ya debería estar casada y ser madre. Por añadidura, la belleza y formación de quien se casaba ahora con Pannoam la habían elevado al rango de un excelente partido. ¿Por qué lo había retrasado tanto? ¿Cómo había logrado esquivar anteriormente su destino de esposa? Ignoraba el porqué. Había comprendido el cómo: Noura había impuesto su carácter a Tibor, que temía sus cambios de humor, sus rabietas, sus lágrimas y gozaba con su alegría. Mi madre decía que bailaba al son que ella tocaba, que le había robado la voluntad; sobre todo, le había robado el corazón. Él la quería. Ella había creado un vínculo que iba más allá de la responsabilidad paterna. Pendiente de no contradecirla ni enfadarla, la observaba, prestaba atención a sus deseos y la estimaba como su igual.

Noura había instaurado una relación similar conmigo: yo discutía, la escuchaba, tratábamos temas masculinos o femeninos, me preocupaba por su opinión, argumentaba, admitía mis errores, nunca la menospreciaba.

Entre los lugareños, Noura inspiraba respeto. Llegada de otro lugar, sin parientes conocidos, vistiéndose, expresándose, comportándose a

su manera, imprevisible, a veces altiva, a veces simpática, risueña al alba, melancólica en el crepúsculo, encantadora, servicial, egoísta, vulnerable, sensible, insensible, la envolvía una aureola de misterio. Si un hombre la hubiese desposado, los habitantes de la aldea la habrían entendido mejor, pero su condición de virgen intransigente y soberbia acentuaba su rareza. A todos les parecía una reina. Una reina indiscutible.

La reina indiscutible de un reino desconocido…

De hecho, aquel reino era ella misma: Noura se gobernaba, se ponía de acuerdo y se obedecía.

Me contagié de esa orgullosa independencia… Ahora ya no me plegaba a las ideas ni a las decisiones de mi padre. Me desligaba de él. Por supuesto, no llegaba al extremo de la ruptura, pero emprendía el camino que conduce a ella, el de la duda. ¿Tenía razón mi padre al tomar una segunda esposa cuando había fundado una familia numerosa lista para sucederlo? ¿Tenía razón en pisotear mis deseos, en dar primacía a los suyos? ¿Tenía razón al arruinar nuestra extraordinaria compenetración?

Noura nos individualizó: Pannoam y yo; su presencia despertó en nosotros oscuras pulsiones que instituían nuestra singularidad, hasta el punto de transgredir las reglas. Sin embargo, al individualizarnos, Noura sembró la discordia entre nosotros: separó al padre del hijo, opuso el hijo al padre. Antes de ella, uno más uno era igual a uno. Después, uno más uno eran dos.

De poco me servía a mí ese contagio libertario. Lejos de fortalecerme, me afligía. ¿Qué sentido tenía apartarme de la norma si me costaba la paz?

Aquel día regresé a casa decidido a volver a ser el Noam de antes. Noura había enturbiado el agua pura y tranquila de mi existencia. Hasta hacía poco, yo chapoteaba inmóvil, y ella me había precipitado a las cascadas, a las cataratas, a los arroyos y torrentes; mientras yo me contentaba con un charco, ella me había condenado a la vorágine; volvía a mi charco. Adiós, Noura; hola, Mina. ¿Acaso no era esta mi vida? ¿Con qué derecho iba a reclamar más? Tenía esposa, pronto recibiría un heredero y sucedería a mi padre al frente de la aldea.

Cuando crucé el umbral, dejé que Mina canturrease, se pavonease, bailase y luego, haciéndome el inocente, le pregunté a qué venía tanta alegría.

Mina fingió dudar, multiplicó las zalamerías, gozando lo indecible por preservar su secreto; finalmente, en vista de que yo fruncía el ceño ante tanta dilación, me anunció la llegada de un hijo. Bajo su frente roma, sus ojos oscuros, alegres y tímidos, esperaban mi reacción.

Acariciaba orgullosamente su vientre con sus manitas callosas, deformadas por el trabajo, como si hubiera triplicado su volumen. Sacudí la cabeza para ahuyentar los pensamientos negativos, rechacé la sensación de haber vivido ya esta escena e ignoré el número de veces que me había ilusionado en vano; tratando de convencerme de que Mina me prometía un nacimiento en lugar de un entierro, fingí embeleso.

Mina no sospechó ni de mi fingimiento ni de mis esfuerzos, cegada por su felicidad.

El día avanzó con este envite. Hubo que comunicar oficialmente a todo el mundo lo que todos, excepto yo, habían adivinado. Cogida de mi brazo, amorfa, ronroneando, Mina saboreaba las falsas exclamaciones de sorpresa, aspiraba los cumplidos habituales, se impregnaba de las felicitaciones que recibíamos, henchida de orgullo: ¡cualquiera diría que acababa de inventar la gestación! Nunca le había dirigido una mirada tan despectiva… Exhibía un rostro exento tanto de fealdad como de belleza, vestía torpemente un cuerpo desprovisto de atractivo y decía palabras que valían menos que su silencio.

Por la noche se acurrucó satisfecha contra mí, con la cabeza apoyada en mi pecho, y se durmió rápidamente. Se me escapó una sonrisa, la única sincera desde la mañana: Mina ya no me obligaría a fecundarla.

La noche se cerró sobre nosotros.

Las semanas siguientes, la vida reanudó su curso, en apariencia normal.

Aunque cojease con su pata de hueso de ciervo, Pannoam seguía caminando por las calles conmigo. Charlábamos con la gente, consultamos a los jefes de las aldeas vecinas, organizamos la consolidación de nuestras reservas y reforzamos la brigada de guerreros y perros destinados a protegernos de los Cazadores. Más que nunca, pese a sus achaques y la pata coja, Pannoam me preparaba para el relevo. ¿Tan repentina muestra de atención obedecía al remordimiento?

Mamá había perdido su alegría, pero aún no se daba cuenta; de momento, no salía de su asombro. Ella, que siempre había vivido en el optimismo conyugal, no se acostumbraba a la idea de que su esposo le impusiese oficialmente y sin discusión una joven rival. Confundida, comenzó a mirarse de otra manera, a juzgar su cuerpo, que transpiraba la nostalgia de la perfección perdida, avergonzada por un nuevo enemigo que le inspiraba desconfianza y sobre el que no triunfaría: el tiempo. En ese momento descubría que su postrera

elegancia había enmascarado inconscientemente una hecatombe, que apilaba collares para disimular el grosor de su cuello, más fofo y voluminoso por los músculos distendidos, que se ponía vestidos holgados. Me inspiraba lástima. Sus arrugas, los surcos que seguían el arco del párpado hasta el rabillo del ojo, ya no se alzaban, sino que caían; su rostro se abotargaba; el rojo de sus mejillas ya no reflejaba vitalidad, sino únicamente sofoco.

Cuando Pannoam y yo nos quedábamos solos, no pronunciábamos ni una palabra. Fuera de las tareas públicas, ya no compartíamos nada. Ni él ni yo abordábamos el asunto que nos desgarraba a ambos, las cuestiones personales habían desaparecido, ya fuese la gestación de Mina o la salud de Mamá, cuyas migrañas aliviaba el curandero Tibor. Charlar, bromear, simpatizar, esa animada vida cotidiana se había vuelto imposible.

Cuantos más días transcurrían, más pesaba el silencio. Si al principio nos había liberado, ahora nos aplastaba. Pannoam y yo no teníamos fuerzas para desembarazarnos de él. Ocurrió lo que jamás habría imaginado: me aburría al lado de mi padre.

Sufrí por ello.

Sufrí por ello pensando en el pasado, iluminado por la luz inocente del cariño; sufrí por ello pensando en el futuro, esa sombría planicie por donde ya no anhelaba avanzar.

No descarto que Pannoam sufriese igualmente. Sin embargo, en su rostro torturado, desgarrado por dolores constantes, yo no discernía lo que pertenecía al cuerpo o al alma.

El mal es la división. Su filo había lacerado la pareja que formábamos mi padre y yo, pero también me había escindido a mí. En mí se debatían seres antagónicos, un buen y un mal hijo, uno sumiso y uno rebelde. Si me mordía la lengua, el insurgente masacraba al dócil. Si protestaba, el dócil amordazaba al insurgente. Doble y desavenido, libraba un combate continuo. No había pulsión, palabra o frase que no reprimiese. La misma tensión en sentido inverso: no había mordaza, sofoco o vejación que no me reprochase. Yo era el escenario de una división, era la división, era el mal… y sufría.

Una mañana, Pannoam me ofreció que me sentase a su lado bajo el Tilo de la justicia frente a los demandantes. Por lo general, exigía audiencias confidenciales, argumentando que la presencia de público modificaba las declaraciones de los litigantes.

—Quiero que aprendas a juzgar, Noam.

Se presentaron dos lugareños, uno gordo y otro delgado. El gordo Puror estaba indignado porque un perro había matado cinco de sus gallinas.

—Lo único que tienes que hacer es proteger mejor tus gallinas —vociferó Fari, el vendedor de ocre.

—No voy a encerrar mis gallinas para evitar a tu perro. Si no, ¿cómo se alimentarán? Mata tú a tu perro.

—¿Matar a mi perro?

—Pues amárralo.

—¿Y de qué me sirve a mí un perro amarrado? Tiene que vigilar la casa, ahuyentar a los intrusos, trincar zorros, ratas y hurones.

—Tu perro mató mis gallinas. Si no lo amarras, lo mato.

—¡Toca un pelo de mi perro y te estrangulo!

Pannoam les permitió descargar su ira. Cuando se volvieron hacia él, le dijo pacíficamente al gordo Puror:

—Mete tus nuevas gallinas en una cerca lo suficientemente alta para que los perros no entren allí. Así disfrutarás de tus gallinas y Fari sacará provecho de su perro. Todos los animales harán su trabajo.

—¡Sabia sentencia! —suspiró el delgado.

—¡Que me resarza por mis gallinas muertas! —gritó el gordo—. ¡Que me dé cinco gallinas! ¡O que me traiga huevos todos los días!

—Nada de eso —gruñó Pannoam—. Tenías que haber tomado precauciones.

—¡Él es quien destruyó todo, no yo! ¡Él y su perro!

—¡He dicho! —sentenció Pannoam, poniéndose en pie, con expresión severa—. Has venido a pedir justicia y la has recibido. Ahora, volved a casa.

Los dos hombres se alejaron, el flaco contento, el gordo echando pestes.

Pannoam se inclinó hacia mí.

—¿Lo habrías juzgado así?

Negué con la cabeza y luego, viéndolo expectante, me arriesgué:

—No. Hubiera requerido una compensación por las gallinas. Puror vino a quejarse de la ruina que le supuso la muerte de sus animales. Él es la víctima. Sin embargo, marcha culpable. Peor aún, se va más arruinado todavía, pues tendrá que construir una cerca.

—¿No te parece justo?

—No.

—¿Por qué he fallado de esta forma? Porque me parece lo mejor para nuestro futuro. El número de perros crece día a día en el poblado y estos incidentes volverán a producirse, a menos que se encierren las gallinas.

—Apruebo que establezcas esa regla. Sin embargo, no se aplicaba cuando se produjo el incidente. Es desleal castigar a quien…

—Hay que asustar a los criadores de pollos, no a los dueños de

perros.

—¿Asustar? Creía que te ocupabas de lo justo y de lo injusto.

—Noam, estos incidentes también sucederán con nuestros perros.

—Ah, ya veo: ¡no dictas justicia, dictas *tu* justicia!

Me fulminó con la mirada.

—¡Cállate! La justicia es lo que yo decido bajo este árbol.

—¿Ah, sí? ¿Decides? Tú no dictas justicia, tú la fabricas.

—¡Basta!

Me miró sofocado, rojo de ira, temblando sobre su pierna izquierda. Por primera vez, me volvía contra él, y esa revuelta se había producido de manera visceral, sin darme cuenta siquiera. Yo estaba tan sorprendido como él ofendido.

Regresó el silencio. Desde hacía semanas no habíamos intercambiado tantas frases.

Pannoam volvió a sentarse, se frotó las mejillas, la frente obstinada, la mirada fría.

—Prepara mi boda.

—¿Cómo?

—Organiza las celebraciones: la ceremonia, las flores, el banquete. Tu madre está enferma.

En lugar de reconocer «Tu madre está dolida» o «Tu madre se niega a hacerlo», pretendía hacerme creer que estaba enferma. Cada vez soportaba menos su fatuidad.

—¿Por qué yo?

—Eres mi hijo, mi primogénito.

—Tienes hijas, es el momento indicado para acordarte de ellas.

—¿Qué?

—Para preparar tu boda, creo que voy a estar tan «enfermo» como Mamá.

—¿Cómo te atreves?

Sin amilanarme, acerqué mi rostro al suyo y articulé, con los dientes apretados y los músculos de la mandíbula tensos:

—¿No te has asegurado bastante de mi sumisión? ¿No te llega con pisotearme? ¿Quieres pulverizarme, aplastarme?

Frente a mi arrebato de ira, se estremeció. Añadí:

—Confía esa misión a mis hermanas, no a mí.

—¿Y por qué?

—¿Necesitas que te lo explique?

Conmocionado por mi dureza, se reclinó en su asiento y murmuró, extraviado, balbuciente:

—No sé. No dices nada. ¿Cómo voy a adivinar lo que piensas?

Su repentina debilidad no hizo que me ablandase.

—Sabes muy bien que esperaba casarme con Noura.

—Ah, esa vieja historia… —masculló con desprecio.

En ese momento, comprendí la distancia que nos separaba. Una vez que me había negado la mano de Noura y se la había quedado para él, dio el asunto por zanjado. Y ahora lo aburría recordándole una anécdota vieja y enterrada… ¡Hasta ese punto era un desconocido para mi padre! ¿Cómo prestaba tan poca atención a mis ideas, a mis sentimientos? ¿Creía que sus directrices cambiaban la realidad de las mentes y los corazones? Sin duda tenía esa ingenuidad…, esa fatuidad…, ese egocentrismo…

Me habló como si se dirigiese a un niño:

—Así es la vida, Noam. Se compone de placeres y de mujeres, a los que a veces accedemos y a los que frecuentemente renunciamos. Nada del otro mundo.

—¿Nada del otro mundo?

—¡Nada del otro mundo!

—¿Renunciar a una mujer no es nada del otro mundo?

—Por supuesto que no, Noam.

—Pues, entonces, renuncia a Noura.

Retiró la mano, acusando el golpe. Sus ojos buscaron nuevos argumentos a su alrededor, a derecha e izquierda, en el cielo, en el suelo; luego, se posaron en mí.

—Te he consagrado mi vida, Noam.

—No, se la has consagrado a la aldea.

—Nunca dediqué tiempo a tus hermanas, nunca salí de caza ni discutí con ellas. Te he privilegiado.

—¿Por qué?

—Porque tú eres mi doble.

Insistió:

—Tú eres mi obra, eres mi sucesor.

Por mi mente cruzó un pensamiento cruel.

—Es a ti a quien amas en mí, no a mí.

Frunció el ceño perplejo y, obviando la agudeza de mi observación, perseveró en el tono condescendiente que había adoptado:

—No nos vamos a enfadar por una mujer.

—Por supuesto, padre. Renuncia a Noura.

Esta vez, la exasperación contrajo sus facciones. Sus labios temblaron de indignación. Me miró y dijo:

—Ya tienes una mujer.

—Tú también. Una mujer excelente.

—¡La defiendes porque es tu madre!

—Mamá te ha dado once hijos, padre, once hijos sanos. Mina,

ninguno. Mamá se comporta como la compañera de un jefe, siempre a la altura, siempre a tu lado. Mina es incapaz.

Llevado de la cólera, Pannoam quiso replicar defendiendo la causa de Mina. Su inteligencia le recordó que se enredaría. Se masajeó el muslo dolorido.

—Soy viejo, Noam.

—Exactamente. Noura es demasiado joven para ti.

Sus ojos se nublaron y exclamó, con una sinceridad desgarradora:

—¡Me da la vida!

Decía la verdad, yo lo sabía mejor que nadie porque Noura producía ese efecto sobre mí. Agarré cariñosamente el brazo de mi padre y le susurré:

—Cuando nos hayamos casado, la verás todos los días, mimarás a nuestros hijos. Seguirá dándote ganas de vivir.

Pannoam se mordió los labios, sus ojos parpadearon y luego, tranquilamente, apartó mi mano.

—Soy el jefe. Hago lo que conviene a un jefe.

—También eres mi padre.

—Sí.

—Pero ¿prefieres ser un jefe?

Era mi turno de tener los ojos empañados. Retrocedí esperando su respuesta. Impasible, se mantuvo firme. Me miró sin pestañear y concluyó con voz clara:

—Sí.

Me volví para ocultar mi dolor y, antes de irme a grandes zancadas, le grité:

—Hoy, el jefe ha matado al padre.

*

—¿Noam?

No me molesté en reaccionar. Permanecí inmóvil, con los ojos fijos en el lago, sentado con las piernas cruzadas en el interior de nuestra casa, frente a la puerta abierta. Una montaña reaccionaría de la misma forma si le ordenasen levantarse. Igual que las nubes que velaban el horizonte, mi humor sombrío tiñó mis palabras y mis actos, expresándose con encogimientos de hombros, propensión a suspirar y un silencio compacto frente a las preguntas. Mi mal humor alcanzó a Mina. Refugiada en la penumbra, no se atrevía a moverse ni a hablar.

El trueno retumbó a lo lejos. Surgiendo de los sauces, áspero y solitario, el grito de un pájaro anudó un sollozo en mi garganta. Una suerte de desesperación latente tornaba plomizo el paisaje,

empañando los colores, paralizando los juncos, fijando las olas. La Naturaleza contenía la respiración.

El estruendo perseveró, el día se oscureció y, de repente, cual horda de atacantes, la lluvia se abatió sobre nosotros. El rayo nos laceraba, las gotas caían como venablos, acribillaban el camino, perforaban el tejado de paja, bajaban por las paredes.

Mina gritó. Temerosa de los Dioses que desataban su furia, se deslizó bajo la estera con los ojos cerrados y las manos pegadas a las orejas, mientras yo, inmóvil, contemplaba la embestida de las aguas.

Me temblaban las aletas de la nariz, disfrutando de aquellas sacudidas cuya violencia saboreaba. La tormenta era el eco de mi pena. Al unísono con los relámpagos, mi cuerpo era recorrido por escalofríos; mi corazón latía al ritmo de las detonaciones; inspiraba el aire húmedo para inundar mis pulmones. ¡Ojalá nos aplastasen las capas de agua!, ¡ojalá se abriese la tierra bajo las avalanchas armadas del cielo!, ¡ojalá torrentes de barro se llevasen a los hombres, sus casas, sus bienes, sus familias, sus preocupaciones, sus desdichas! Feroz, sordamente, imploré a los Dioses que nos aniquilasen. ¡Solo el fin del mundo ahogaría mis penas!

Ebrio de apocalipsis, saboreaba intensamente la noche fugaz de la tormenta, anhelando que la noche real nos engullese. Que los demás se me unieran en la caída. Había perdido lo esencial. A mi padre. A Noura. Todo lo que importaba.

La lluvia cesó.

Se hizo el silencio.

Un silencio atónito.

Un silencio que parecía enorme, proporcional al estruendo que acababa de interrumpir.

Tímidamente, sonaron unas gotas, completando su trayecto hacia el suelo. El tejado gimió como si restañase sus heridas. De nuevo se hizo la claridad.

Parpadeé, deslumbrado por aquella luz blanquecina. Mi estado de ánimo cambiaba. ¿Había sobrevivido a esta tormenta e iba a dejarme dominar?

Me levanté y eché a andar.

Al llegar a casa de Tibor, vi a Noura que daba un pequeño paseo temblando de frío. ¿Me estaba esperando? Corrió hacia mí.

Abrí los brazos, se precipitó en ellos y permanecimos abrazados, supervivientes trémulos que han vislumbrado la muerte, cada uno acurrucado en el calor del otro. Aspiré el aroma de sus cabellos, que olían a avellana, acaricié la suave piel de la nuca, emocionado por tener aquel cuerpo contra el mío, aquel cuerpo tan frágil, aquel cuerpo

que tanto me impresionaba cuando me acercaba a él y que, pegado a mí, parecía endeble, delicado, precioso.

Le susurré al oído:

—Recházalo, Noura, recházalo.

Se desprendió de mi abrazo, me miró, cerró los ojos como un gato que, al lamer, teme salpicar, y luego me miró fijamente.

—¿Cómo negarme? Nadie me ha consultado.

—Recházalo.

—¡Me obligarán! Soy una mujer, Noam, no tengo ningún poder.

—Eres una mujer: quítale las ganas de que quiera casarse contigo. Muéstrate desagradable, odiosa, indiferente. Quítale todo deseo por ti.

Sonrió con tristeza.

—¿Quieres que me vuelva fea?

—¡Eso es imposible! Noura, aléjalo de ti, te lo ruego, ¡haz que se canse de ti!

La abracé de nuevo. Después de abandonarse entre mis brazos, se soltó y alzó la barbilla.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Por nosotros.

—¿Nosotros?

—¡Nosotros!

Me dirigió sus reproches con el semblante crispado a causa de la irritación:

—Nunca ha habido un nosotros, Noam. Nunca ha existido. No fuiste capaz de declararte a tiempo.

—Lo sé, y lo siento, me doy cuenta de ello. Pero te lo digo ahora: quiero vivir contigo, Noura.

Me apartó y retrocedió un paso, mortalmente pálida.

—¿Ah, sí? ¿Te has preguntado alguna vez si yo aceptaría ser tu segunda esposa? ¡Segunda esposa! ¿Acaso no merezco algo mejor?

Desconcertado, balbuceé:

—Yo…, yo… Me asignaron a Mina antes de conocernos…, yo no decidí nada… Demasiado tarde…, no puedo…

—¿Matarla? No, claro, pero sí repudiarla.

—¿Repudiarla?

Inmediatamente sentí compasión por Mina, su carne flácida, sus ojos lánguidos, su desasosiego de niña perdida entre mujeres.

—Está embarazada, Noura.

—¿Y qué?

Noura me retaba, dura, sagaz, punzante. ¿Por qué sufría Mina semejante castigo? Si nuestros hijos perecían, los Dioses…, los Demonios…, un Espíritu…, qué sé yo… En cualquier caso, ningún

vicio, ninguna maldad, ninguna agresividad anidaba en la torpe e inocente Mina. Yo no podía cometer semejante tropelía.

Los ojos de Noura brillaron acusadores.

—A veces hay que golpear y derramar sangre para lograr tus fines. ¿Qué quieres? ¿Qué quieres realmente? ¡Todo! Es decir, nada. Tienes que elegir.

—Noura, trata de entenderlo…

—¿Yo, segunda esposa? ¡Jamás! Valgo bastante más que eso.

Nos miramos desafiantes.

Presa de una cólera sorda, murmuré entre dientes:

—¡Deja de fanfarronear, Noura! En pocas lunas te convertirás en una de ellas, en la segunda esposa.

—¡La primera es vieja!

La miré boquiabierto. ¿Había oído bien? Noura no solo despreciaba mis sentimientos, pisoteaba mis escrúpulos y estigmatizaba a Mina, sino que ofendía a mi madre. ¿Mamá una vieja?

Pareció burlarse de mi asombro y asintió, decidida a morder.

—Yo soy joven, ella es vieja. Tengo toda la vida por delante, la suya ha quedado atrás. Para tu padre no seré una segunda esposa durante mucho tiempo.

—¿Qué? ¿Esperas que muera mi madre?

—No, es la muerte la que la espera.

Le di una bofetada.

Noura me la devolvió.

Nos quedamos de pie, frente a frente, temblando de rabia, fulminándonos con la mirada, retándonos, como dos luchadores preparándose para el próximo golpe. Ella atacó de nuevo:

—Dentro de unas lunas me casaré con Pannoam, no contigo.

—Recházalo, Noura, y ten paciencia.

—¿Por qué iba a sacrificar una unión sólida por unas palabras que se lleva el viento?

—¡Por favor!

—Suponiendo que lo consiga, ¿qué gano? Por despecho o por celos, Pannoam se opondrá a que me case contigo.

—Sufre, se está consumiendo, Noura. Morirá pronto.

—Y Mina, ¿también estará muerta para entonces? ¡Qué imaginación tienes, Noam!, ¡qué infeliz! ¿Crees que el futuro va a librarte mágicamente de todos tus problemas?

Tragándome la rabia, insistí con dulzura:

—Mi padre no es eterno.

—¿Y eso qué significa?

—Recházalo y espérame.

—¡Estás soñando! ¡Puede durar un año, cinco años, diez años!

—Pannoam no es eterno.

—¡Yo tampoco lo soy!

Su furia estalló, ahora sin ningún muro de contención:

—¿Por qué debería plegarme siempre a lo que deciden los demás, a lo que quieren los hombres? No he venido al mundo para obedecer. Me las he arreglado siempre para mandar. Dentro de un mes seré la esposa del jefe.

—Le obedecerás.

—¡Eso ya lo veremos!

—Pero, entonces, ¿qué es lo que quieres? ¿El puesto del jefe?

—¿Por qué no?

—¿A cualquier precio?

—Al mío: me entrego al jefe. Al actual jefe y al futuro jefe cuando vuelva a pedírmelo…

—No tienes sentimientos… ¡Solo tienes ambición!

—Allá tú, Noam, sigue diciendo lo que te plazca.

—¿Quién te crees que eres, Noura?

—Tu padre es jefe y algún día tú serás jefe. Bueno, pues yo soy la que vuelve loca a los jefes.

Luego me agarró por el cuello y empezó a apretar.

—¿Te interesas por mí? Bueno, pues te explicaré el proceso: me casaré con tu padre y, cuando desaparezca, me casaré contigo. Eres tú quien me esperará.

—¡Jamás!

—¡Sí, claro que me esperarás! Primero seré la esposa de tu padre, luego seré la tuya.

—No pienso ir después de él.

—¡Cuánto orgullo! Por supuesto que irás después de él. Y te darás con un canto en los dientes. Y me lo agradecerás.

—¡Estás loca!

Sus dedos dejaron de estrangularme y pasaron a acariciarme la mejilla.

—Sé que me obedecerás, Noam. Cuando silbe, vendrás como un corderito y comerás de mi mano.

Fuera de mí, la empujé furioso. Se tambaleó, resbaló sobre el barro, perdió el equilibrio, pero, con un impulso de rabia, logró mantenerse en pie. Acto seguido, me miró triunfante, hostil, soberbia, tan hosca como magnífica. La violencia se redobló entre nosotros. No sabía si quería morderla o besarla.

Ella percibió mi atracción. Una sonrisa sardónica alargó sus labios y rompió a reír.

Cuanto más crecían sus carcajadas, más me avergonzaba de mí mismo, de mi enajenación, del imperio que ejercía sobre mis pensamientos. Su arrogancia, su sarcasmo, sus burlas, me indignaron de repente.

Bajé el sendero, resuelto, y dije:

—Gracias, Noura. Gracias por tu crueldad y tu egoísmo. Me ayudarán a no amarte más.

Ella dejó de reír.

—¡A tu disposición, Noam!

—Incluso me incitan a odiarte.

—¡Vuelve cuando quieras!

Girando sobre sus talones, regresó a su casa. Tan pronto como entró, se dirigió a Tibor con mimos y pamemas, alzando la voz lo suficiente como para que la oyese. Con tal derroche de zalamerías, me estaba diciendo que nuestra escena no la había afectado, que prescindía sin problema de mí, incluso que era verdaderamente dichosa sin mí.

*

Mina se convirtió en mi refugio. Todo era sencillo en su compañía, la menor de mis atenciones la hacía feliz, una caricia maquinal, un cuenco de agua, un brazo que acompaña. Incansable, se extasiaba con los frutos que recogía para ella y consideraba que la liebre o la nutria traídas de mis cacerías eran las mejores que nunca habíamos comido. Una palabra equivalía a una conversación, una sonrisa a la euforia, una risa a una carcajada. Frente a sus reservas de entusiasmo, yo representaba mi papel y ella me recompensaba con creces.

Contra todo pronóstico, me sentí bien a su lado, en nuestra casa, en la morada que ella había acondicionado durante años. Tardé en descubrir sus talentos domésticos. Nunca dejaba que se apagaran las brasas de nuestro hogar, a diferencia de tantas atolondradas que descuidaban el fuego en la casa y tenían que ir a mendigarlo a los demás. Serones redondos, trenzados por sus manos, nos facilitaban almacenar nuestras provisiones, nuestra ropa y nuestras herramientas. Cuando nos sentábamos a almorzar, colocaba esteras de colores en el suelo, que limpiaba con frecuencia. En cuanto a las paredes, de ocre rojizo, las había ido adornando día tras día con frisos geométricos —sucesión de olas, dibujos de raspas—, copiándolos de las vasijas de Dandar. Gracias a su tenacidad, el interior de nuestra casa gozaba de un ambiente cálido y alegre, mientras que nuestros vecinos, viviendo en una casa idéntica, parecían morar todavía en una cueva[8].

Mina practicaba la alegría: se regocijaba de ser y se asombraba por tener lo que tenía. A diferencia de Noura, no deseaba más. Su falta de ambición, de perfeccionismo, la mediocridad que una vez denigré, ahora me parecían el colmo de la inteligencia. ¿Por qué mirar lo vacío en lugar de lo lleno? ¿Qué ventaja tenía? ¿Qué consecuencia sino la frustración? Al vacío del deseo, Mina prefería la plenitud del placer.

Me esforcé por alcanzar esa sabiduría plena: permaneciendo en mi función de heredero del jefe; entregándome a mi deber de obediencia al padre; cumpliendo con mi responsabilidad de fundar una familia; quedándome con mi mujer… Poco tiempo antes, mi existencia me desagradaba porque, en mi opinión, se componía solo de elementos desechados; ahora que los aceptaba, mi vida mejoraba. No había cambiado, pero sí la mirada sobre ella.

Por prudencia, hui de Noura. También evité a Mamá, cuya melancolía habría despertado la mía. Con respecto a mi padre, me comportaba como si ninguna disputa nos hubiera enfrentado. Noam y Pannoam se habían concedido amnistía mutua: la amnesia.

Decidí organizar la ceremonia.

Pannoam deseaba una fiesta que eclipsase en riqueza, esplendor y fasto a todas las anteriores, un acontecimiento que demostrase, a través de su jefe, la preponderancia y prosperidad de nuestra comunidad. En consecuencia, no nos limitaríamos a invitar a los habitantes del poblado, sino que recibiríamos a los clanes más influyentes de las aldeas del Lago. No esperábamos menos de cuatrocientas personas, que, en aquellos tiempos, representaban una multitud sin precedentes.

Cortamos árboles para ensanchar el claro y pulimos los troncos para transformarlos en bancos que colocamos en círculo. En el centro, danzaríamos. Alrededor, cantaríamos. Detrás, devoraríamos la comida dispuesta en tablones. Recluté músicos ambulantes en el mercado, tres flautistas y cuatro tambores, quienes me recomendaron a uno que tocaba el cuerno, del que obtenía sonidos graves equilibrando ingeniosamente los agudos de las flautas; lo encontré y lo contraté. Para cada detalle —flores, guirnaldas, atuendos, bebidas, comida— recurrí a Mina y sus sugerencias se convirtieron en mis decisiones. Por último, durante varias lunas, encargué presentes a los artesanos de nuestra aldea.

Por aquel entonces, en las ceremonias de boda no se repartían regalos a los esposos, sino a los invitados. El prestigio de la pareja dependía de ello: la calidad y la cantidad de las ofrendas forjaban o destruían una reputación. Nada costaba más que unos esponsales y muchos prescindían de ellos montándose sin ritos, como animales.

Llegó el día de aquella unión tan preparada.

Apenas despuntó el alba, el claro se oscureció. Las familias llegaban de todas partes, tan excitadas como intimidadas. Los niños de la aldea correteaban entre los convidados, enarbolando calabazas. El vino de arándanos corría como agua y los gaznates se llenaban rápidamente; no importaba, habíamos dispuesto bebida en abundancia. El entusiasmo subía con el sol. Cuerpos y corazones se calentaban. El rumor, las voces, las carcajadas estruendosas, las felicitaciones, los empujones en broma, todo auguraba que habría hartura de alcohol, de cordialidad, de danzas. La gente hablaba cada vez más alto, se movía inquieta, se perseguía y entonaba cánticos. La impaciencia aumentaba. Las mejillas brillaban barnizadas de sudor.

Cuando el astro tocó el cenit, resonaron los tambores.

Pannoam surgió en lo alto del camino. Noble, poderoso, ancho de hombros, se había puesto un manto de piel realzado con apliques de conchas, un atuendo ceremonial que lo hacía más alto y disimulaba la pierna amputada. Fue recibido con aclamaciones.

De repente, en el otro extremo, las flautas tocaron una melodía y nos dimos la vuelta: Noura apareció a su vez, flanqueada por un cortejo femenino. Un murmullo de admiración recorrió la multitud. Vestida con un traje de lino plisado, casi transparente, resplandecía de belleza, juventud y vigor. Siguiendo la música, bajó el sendero, plena de viveza y gracia, etérea al lado de sus fornidas damas de honor. Sus movimientos evocaban una danza. Una corona de lirios inmaculados se entrelazaba con el cabello trenzado, bajo el cual lucía un collar y brazaletes de flores frescas. Delicados pigmentos habían agrandado los ojos de esmeralda, perfilado las cejas, enrojecido los labios.

Noura tenía una tez increíblemente luminosa, más clara que la de todas las mujeres que la rodeaban. Nuestras mujeres, ocupadas en lavar, recolectar, cavar o raspar, afrontaban la canícula, el rocío, la llovizna y la nieve, de modo que, al cabo de pocos años, las pieles que el frío no había agrietado eran quemadas por el sol; Noura conservaba la tez de una niña; no sé por qué clase de milagro, los rigores del clima y el trabajo la habían perdonado.

Los novios se encontraron al final del camino. Él le ofreció el brazo, ella deslizó la mano y caminaron hasta el claro. Allí, un brujo enmascarado, mitad lobo, mitad búho, cubierto de pieles y plumas, los recibió con fórmulas rituales.

Aunque al principio seguí el cortejo, luego me detuve en la linde del bosque. Los festejos transcurrían a pedir de boca, mi trabajo estaba dando sus frutos, lo había previsto todo menos lo que me ocurría a mí: las náuseas que sentía.

Tuve que apoyarme en un nogal para no derrumbarme, traté de tragar, de regular la respiración, de ralentizar los latidos de mi corazón, pero algo superior a mi voluntad me revolvía el estómago. Vomité.

Una vez regurgitados los alimentos, sobrevino la lucidez golpeándome sin piedad. Hasta entonces, los miles de detalles por resolver habían ocultado la finalidad de la fiesta, de la que ahora era muy consciente: ¡Noura se casaba con Pannoam!

En el centro, el hechicero presentó dos cántaros de barro a los contrayentes; Noura y Pannoam los rompieron para significar que rompían con su vida anterior. A continuación, el hechicero les entregó una cuerda de cáñamo; la enlazaron entre sus muñecas, simbolizando el vínculo que habían aceptado.

Con lágrimas en los ojos, volví la cabeza y detrás de mí descubrí a Mamá apoyada contra un roble, envejecida, ajada, con el rostro descompuesto.

No necesitábamos hablar entre nosotros. Nos abrumaba la misma desazón. Me hubiera gustado distraerla piropeándola; sin embargo, contrariamente a su costumbre, mi madre no parecía mi madre, la agradable e impetuosa mujer que exhibía complaciente sus curvas y lucía sus joyas con estilo. La mujer que tenía ante mí parecía una caricatura de sí misma, una matrona pesada, gastada, una mujer amargada cuya belleza había desaparecido.

Con un gesto adusto, me entregó una calabaza.

—¿Un poco de vino?

Por su elocución pastosa, me di cuenta de que ya había bebido mucho.

Agarré la calabaza y grité:

—¡Desde luego! ¡Para lo que hay que hacer!

Bebí un trago. El vino de arándanos me proporcionó el calor que me faltaba. Así que volví a beber. Mi madre lo aprobó:

—Bébetelo todo. Yo tengo una buena provisión.

Se rio, masculló palabras ininteligibles dictadas por el descontento y concluyó:

—Al fin y al cabo, sigo siendo la primera esposa del jefe.

Bebí otro trago y señalé a mi padre a lo lejos.

—¿Crees que Pannoam nos espera ahí abajo?

—Desde aquí se ve muy bien, ¿no? ¿No lo ves? ¿No ves al viejo que se casa con la joven?

—Sí, madre.

—En cambio, desde aquí no se distingue muy bien que ha perdido una pierna, el lisiado cojitranco.

Recuperó la calabaza y bebió un largo trago.

—¡Qué chica tan rara! Casarse con un viejo tullido… Yo, a su edad, lo habría rechazado.

No le señalé la incongruencia de su afirmación: según la costumbre, a Mamá la habían casado sin pedirle su opinión.

Ella continuó escupiendo su despecho:

—¡No hubiera tolerado el estatus de segunda! ¡Jamás! Yo no compartía. Además, sigo sin compartir. Te diré una cosa, Noam, y lo siento si te sorprende: si tu padre me viene con que quiere dormir conmigo, ¡lo mando a tomar viento!

Miré a mi madre, derrotada, pensé en la espléndida Noura y, aunque era poco probable que tal cosa ocurriera, asentí. Envalentonada por mi comprensión, volvió a murmurar:

—Pero ¿qué se cree?

Luego se deshizo en llanto. Bajo su rostro abotargado se agitaba la indignación de una joven ingenua y vejada. Me acerqué a ella, la protegí entre mis brazos. Gritó, sacudida por los sollozos:

—¿Qué le veis a esa Noura, eh? ¿Qué le veis?

¿Debía responder a semejante pregunta? Me fui por la tangente:

—Tú eres la mujer de su vida, Mamá. Es a ti a quien Pannoam ha querido durante años, has sido tú quien le ha dado hijos. Noura es… ¡un capricho!

Se agarró a mí.

—¡Maldito accidente! Más valía que hubiese perecido bajo los golpes de los Cazadores. Yo habría sufrido, sí, pero habría echado de menos al hombre que había conocido. ¡Ha cambiado, es otro! ¡Un débil, un lisiado, un vejestorio! No tiene pierna ni cabeza. Maldito accidente…

Mi madre achacaba todos los sinsabores recientes al ataque del que Pannoam había sido víctima, creyendo que Noura no tenía nada que ver en el asunto. Si el estado de mi padre no hubiera requerido un atento cuidado, no se habría fijado en Noura. Si no se hallase disminuido por el dolor y la cojera, no habría experimentado una necesidad imperiosa de juventud. ¿Tenía razón o pensaba como una mujer que minusvalora a su rival?

—El curandero —murmuró Mamá.

—¿Qué pasa con el curandero?

—Hechizó a tu padre.

—¡Tibor lo salvó, Mamá!

Roja de ira, con los ojos fuera de las órbitas, manoteando en el vacío, replicó indignada:

—Tibor ni lo salvó ni lo curó, ¡le impidió morir! En realidad, se

excedió en su función. Un curandero no actúa contra la Naturaleza, la sirve. La Naturaleza quería que tu padre desapareciese después de los golpes que había recibido. ¡No debemos contrariar a la Naturaleza!

Se mordió los labios y farfulló:

—¡Si hubiera muerto ese día, me habrían quedado recuerdos maravillosos! Lo hubiera llorado con lágrimas sinceras, lágrimas que se hubieran derramado como testimonio de amor a un marido excepcional. En lugar de eso…

Mi madre no acabó la frase. En un arrebato de ira, golpeó la corteza del árbol con los puños.

—Tibor lo maquinó todo. Le amputó la pierna a Pannoam para secuestrarlo en su casa y acercarlo a su hija, le administró brebajes durante la convalecencia para que se enamorase de ella. ¡Es él, Noam, él es el culpable de todo!

No repliqué, consciente de que Mamá alimentaba una obsesión: eliminar a Noura de la historia, borrar sus atractivos. Mamá se negaba a convertirse en la víctima de una rival, prefería inventar un curandero demoníaco.

En el claro, entretanto, el hechicero entonaba una cantinela gangosa que fue coreada por los convidados. Sonaron los tambores. La ceremonia estaba finalizando. Se lanzaron pétalos a los recién casados, que paseaban, majestuosos, lentos y cordiales, entre los jubilosos grupos.

Pronto comenzaría el baile y el banquete. Más tarde, la pareja de recién casados se retiraría a la casa que les habíamos construido detrás de los árboles, cerca del río…

Mamá alzó la frente hacia mí.

—¿Cómo está Mina?

—Bien.

—¿Lo logrará esta vez?

—Eso espero.

—Recé por ella a los Espíritus.

—Gracias.

—Sé cómo te sientes, hijo. Sé que Tibor te manipuló, que te ligó a su hija y, en el último momento, la unió al jefe en lugar de unirla al futuro jefe. El mal está hecho. Los celos envenenan tu corazón, como el mío, ¡pero te admiro porque luchas! Respetas tus compromisos, respetas a tu esposa, incluso respetas a tu padre. Prométeme una cosa.

—¿Qué?

—Que no respetarás a tu madrastra.

Tras un momento de tensión, se echó a reír. Yo también. La abracé largo rato. Enjugó la nariz en mi hombro y luego me empujó hacia la

multitud con la mano.

—Cuida de Mina. Y, cuando te canses, te vienes conmigo. Hay varias tinajas de vino en casa… Beberemos tú y yo hasta el olvido.

Se alejó, vacilando, tambaleándose sin caer, porque la rabia y el orgullo se lo impedían.

Al ver que Mina me estaba buscando, bajé al claro, me deslicé detrás de ella y la abracé.

—La boda más hermosa que he visto —murmuró, extasiada, abandonándose contra mí.

Los músicos atacaron piezas pegadizas y los invitados pronto se lanzaron a la pista. Algunos torpemente, sin saber qué hacer con su cuerpo, mientras que los más diestros improvisaban variaciones de los pasos básicos; detecté una relajación y una destreza insospechadas en hombres y mujeres con los que me había cruzado.

Alrededor, en círculo, muchos se balanceaban en su sitio, esperando que el trance les imbuyese la audacia de bailar. Los músicos tocaban las piezas sin pausa para que la alegría no decayera.

Con una mirada insistente, Mina me pidió que bailara con ella. Me inquieté, señalando sus redondeces:

—¿Puedes?

—Me muero de ganas.

Nos mezclamos con la multitud. Poco acostumbrado a bailes, traté de adaptar mis gestos a la percusión, pero siempre llegaba demasiado tarde. El ritmo no entraba en mí, ni en mi piel ni en mi sangre, se quedaba en el exterior. Mina, en cambio, respiraba la música. Era increíble la facilidad con que se movía a pesar de su vientre abultado. Cuando percibió por el rabillo del ojo mi admiración sincera, redobló su alegría y, estimulada, encadenó un baile tras otro.

Agotada, se colgó de mi brazo.

—Vámonos.

La ayudé a cruzar entre la multitud y, luego, sosteniéndola, a tomar el camino a casa. Gimió:

—He cometido una estupidez.

—No.

—He agitado a nuestro bebé.

—A nuestro bebé le ha encantado. En tu vientre ha descubierto que su madre baila bien.

Mina se sonrojó y se calmó. Tan pronto como llegamos a casa, se dejó caer en la estera.

—Hum…, sueño…

—Te haré compañía.

—Vuelve a la fiesta y luego me lo cuentas todo.

Asentí, fingí dirigirme al claro y, tan pronto como escapé de la mirada de Mina, me desvié.

Mamá se hallaba sola en casa, tumbada; había bebido más de la cuenta. Desde la axila hasta la cadera, su curva se veía cada vez menos marcada. Sin pronunciar una palabra, me indicó que me tendiese a su lado y me entregó un cuenco de vino. Lo apuré hasta las heces.

La orquesta, a lo lejos, se reducía al pulso febril de la noche, un pulso que ya no latía dentro de nosotros.

Tumbándome a su lado, susurré:

—Que descanses.

Farfulló una réplica y, a continuación, unas cuantas inspiraciones después, mezclándose con la música y las risas amortiguadas, sus ronquidos se elevaron al techo.

Era noche cerrada cuando me desperté con la boca pastosa y la lengua seca. Mamá, sepultada en un letargo que la preservaba de las ingratitudes, no se movía.

Me desperecé, mis miembros estaban molidos, sin tono, y me costó horrores llegar a nuestra casa. Mina me oyó medio dormida.

—¿Has bailado?

—Un poco. Me duele todo.

—¿Estás orgulloso?

—¿De qué?

—De la fiesta, eres tú quien la ha organizado.

Me estremecí molesto y confundió mi malestar con modestia. Se levantó y me cogió de la mano.

—Vamos a dar un paseo, ¿quieres?

La noche era serena y fresca, atravesada por una brisa suave. Las montañas oscuras, como perros acostados, parecían dormidas a la orilla del lago. Decidimos caminar lejos de los senderos, a salvo del bullicio, bajo los árboles que alineaban sus columnas de sombra en el manto musgoso. Percibimos el susurro sedoso de nuestros pasos en la hierba y el olor vivo de la menta aplastada. Luego nos atrajeron los clamores y desembocamos en lo alto de un montículo que dominaba el claro. A nuestros pies música, hogueras, gritos, cantos y bailes ofrecían una noche distinta, animada, turbulenta, en la que triunfaba la exaltación de vivir: crepitaban varios fuegos donde se asaba carne; algunos muchachos peleaban, otros se divertían, a veces ambas cosas; aunque la mayoría de los convidados bailaban, algunas parejas comenzaban a retirarse.

Traté de ver si Pannoam y Noura seguían presidiendo el banquete,

pero la distancia me lo impedía. La idea de que ya estuvieran copulando me heló la sangre.

Mina posó su mano sobre la mía, la levantó y la llevó hasta su ombligo.

—¿Lo notas? Se mueve.

Pude discernir bultos en movimiento detrás de su piel cálida.

Ella me sonrió feliz. Le correspondí con una sonrisa idéntica. En el fondo, teníamos de qué alegrarnos. Qué más daba ese matrimonio… Casi disfruté de la situación: abajo, un esposo mayor que yo —mi padre— se disponía a seducir a una esposa mayor que mi mujer —Noura— y, sin embargo, Mina y yo representábamos la vieja pareja, la pareja sólida, la que había superado las pruebas, la que observaba aquel engendro con la distancia de la madurez.

Mina lanzó un grito:

—¡Allí!

Señalaba una lechuza en lo alto de una rama. Su máscara estaba vuelta hacia nosotros, la palidez de sus plumas atrapaba los rayos de luna, sus ojos brillaban con las hogueras cercanas.

—No tenemos nada que temer, Mina, la lechuza no ataca a los humanos.

Se estremeció.

—¿Por qué nos mira así?

—Lo ignoro…

Dos discos de plumón agrandaban los ojos del pájaro, ocupando la totalidad de su cara plana. La parte superior de las alas dibujaba en la lechuza hombros de mujer y su pecho, de un blanco rojizo salpicado de marrón oscuro, se imponía con gravedad intransigente. Reconocí a la dama blanca, la cazadora de vuelo silencioso, la temible enemiga de topillos, ratones de campo, musarañas y hasta de comadrejas y conejos.

Mina murmuró:

—Me dan miedo los animales sin sombra.

Se irguió, dio varios pasos, retrocedió, torció a la izquierda, luego a la derecha. La cabeza de la lechuza giraba sin que su cuerpo se moviese. Mina exclamó afligida:

—Me está mirando. Me mira a mí.

Al levantarme y moverme, admití que tenía razón. La lechuza, fascinada, clavaba sus pupilas en los movimientos de Mina. Entre una maraña de plumas, su mirada persistía, intensa, inexpresiva, insondable.

Mina se acurrucó contra mí para esconderse de la dama blanca.

—¿Qué significa? —susurró.

—La lechuza presagia el cambio. Predice las metamorfosis.

—Tengo miedo.

El pájaro chasqueó el pico. Muy fuerte.

Mina tembló. Le quité importancia y para tranquilizarla le froté la espalda con palabras de ánimo:

—¡Pero, Mina, reflexiona! Vamos a convertirnos en padres, viene un niño en camino. Ese es el cambio que nos anuncia.

—¡No estoy tan segura!

A pesar de su optimismo bonachón, Mina podía desesperarse con temores pueriles.

—¿Por qué iba a odiarte la lechuza?

—Los Dioses y los Espíritus me odian.

—¡Mujer!

—¡Sí! Nunca han permitido sobrevivir a mis hijos. Me maldicen.

—¡Mina! Lo único que pasa es que el parto está próximo y te preocupa. Todo saldrá bien.

La cubrí de besos y caricias y se calmó; o tal fue mi impresión.

De vuelta a casa, ya en nuestra estera, se acurrucó contra mi pecho, buscando mi contacto. La abracé. Dos soledades inquietas tratando de olvidarse en el calor animal, esa era nuestra ternura…

*

Al alba, para evitar encontrarme con Noura y Pannoam, tragarme su expresión satisfecha, ver en sus rostros las ojeras, los párpados hinchados, los labios distendidos, esa laxitud que acompaña a una noche de bodas, le anuncié a Mina que iba a cazar y me fui sin darle la oportunidad de sorprenderse o de quejarse.

Una fina niebla traslúcida bañaba el paisaje y disminuía la inmensidad. El lago y las montañas habían desaparecido. A través de la difusa neblina, el sol se reducía a una luna, los sonidos se amortiguaban. Solo el ronco grito de un grajo traspasó el torpor.

La suerte me sonrió: capturé tres liebres con mi honda en un tiempo récord. El resto del día me pertenecía.

Cuando vi que el cielo se despejaba, decidí visitar el árbol mágico.

Aprovecho estas páginas para hacer una confesión: durante milenios, me he encontrado con árboles con los que he entablado relaciones —hablaré de ello a su debido tiempo—, pero nada hubiera pasado si no hubiese conocido el Haya.

La descubrí una mañana de mi niñez porque una ardilla me había llevado hasta allí. Desde ese día, recuerdo cada detalle —siempre recordamos la primera vez, la que inaugura un ciclo, el momento

iniciático, revitalizado por los que lo suceden en el curso de la existencia.

Acechando el jabalí con mis compañeros, me había alejado de nuestro grupo por alguna inexplicable razón —tal vez el deseo de soledad— y había desembocado en una arboleda salvaje sin senderos ni puntos de referencia. Sobre un tronco colonizado por ramilletes de setas de color naranja, se sentaba una ardilla con la cola a modo de parasol, mordisqueando una bellota que sostenía entre las patas delanteras. Olfateando mi presencia, levantó la cabeza, aliviada al verme, y con un rápido movimiento del hocico me hizo señas de que me moviera. Seguí al decidido y elástico animalillo rojo, que se desplazaba en zigzag. Demasiado ligera para caminar, saltaba y brincaba velozmente, hacía un alto en el camino, me esperaba, llamaba mi atención y luego, tranquilizada, partía de nuevo. No estaba huyendo de mí, se aseguraba de que la siguiese.

Dejando atrás la arboleda, la ardilla había llegado al Haya aislada, se había parado, se había vuelto hacia mí y había trepado por la corteza. Una vez más, se detuvo a media altura, mirando hacia abajo con ojos brillantes, solo para comprobar que seguía sus pasos.

Yo había subido a mi vez, muy despacio, con precaución, con la impericia de un humano que no está dotado de afiladas uñas. Mi torpeza la regocijaba. Cuando alcancé sin aliento las ramas superiores, la ardilla se había esfumado.

Entonces el árbol entró en contacto conmigo. Infundiéndome una sensación de bienestar, deleitando mis fosas nasales con un perfume suave y dorado, el Haya me había susurrado: «Acuéstate». Me tendí bocabajo, con las piernas y los brazos colgando, sobre una gran rama cuya suave corteza no parecía más gruesa ni menos suave que la piel. El Haya había insistido en que cerrase los ojos. Sumiso, me había quedado dormido y el árbol me había procurado sueños maravillosos: había viajado por el aire, convirtiéndome en pájaro, en polen, en nube, en viento, en todos los Espíritus que custodiaban el Haya.

Descendí reconfortado de la rama, enriquecido, colmado de las revelaciones del Viviente, de la Gran Alma, la que engloba a los humanos, los animales, las plantas, las aguas, las piedras, la que, a través del árbol, me había juzgado digno de sus dones.

Feliz, había alcanzado a mis camaradas absteniéndome de contarles nada. ¿Qué podrían haber dicho mis rudimentarias palabras?

A partir de entonces, me uní al árbol con frecuencia. Las hojas del Haya emitían un frufrú cuando yo aparecía, las ramas se ensanchaban, el tronco me acogía. Me acurrucaba allí durante horas.

Tendría yo unos once años cuando el Haya me inició en un

misterio. Confiaré a este libro el más íntimo de mis secretos.

Asombrado por los pelos de la barbilla, orgulloso de la pelusa aterciopelada de las mejillas, me sentía lleno de un vigor nuevo, una energía que me hacía correr, saltar, nadar, abatir troncos, levantar piedras, luchar. Había tanta savia bullendo en mi interior que necesitaba gastarla. Sin embargo, cuanto más me agitaba, más me devoraba la insatisfacción.

Una tarde primaveral, el Haya me recibió en aquel estado de euforia. Me invitó a posarme y, mientras me movía de rama en rama, me dio un regalo: sentí una ola de placer propagándose por mis muslos y mi vientre, una ola que se amplificaba, se extendía, inundaba mi pecho, me cortaba la respiración, me aceleraba el corazón. Cada vez que creía que iba a atenuarse, el placer crecía. La intensidad de aquella euforia me asustaba, pero no opuse resistencia. El cuello se me hinchaba, se acaloraba. Los labios se me inflamaban. Las orejas me ardían. Me arrastré por la rama principal con las piernas colgando y, de temblor en temblor, de tremolar en roce, me abrí paso hacia lo desconocido, perdí progresivamente el control, preguntándome dónde culminaría el placer. De repente, el gozo me dejó sin aliento, algo se rompió dentro de mí. Brotó un líquido cálido que me inundó el bajo vientre. Apenas tuve tiempo de gritar y me desmayé.

Cuando volví a abrir los ojos, desperté en un mundo diferente, un universo agrandado, cautivador, inquietante, en el que los cuerpos se prodigaban aquellos placeres vertiginosos. Acaricié el árbol, lo abracé. Acababa de nacer el Noam adulto. Aquí y allá, en las ingles, en los muslos, a lo largo de mis costados, todavía repercutían algunas sacudidas, como recuerdos felices que no querían morir. Pegado a mi ombligo quedaba un rastro de felicidad, una mancha calcárea, seca, que se pulverizó entre mis dedos. Abrazado al Haya, le di las gracias: nunca había experimentado un goce semejante.

Permanecí así durante mucho tiempo, dichoso, extasiado, hasta que ya no sentí nada, excepto fatiga. Los brazos y las piernas, que me pesaban una enormidad, me devolvieron al suelo.

Volví a menudo para restregarme contra el tronco. Los olores me transportaban, los de las hojas, el de la madera rezumando humedad, el de la yesca, que me embriagaba. Al principio frecuentaba aquel misterio sin comprenderlo, a veces sin volver a encontrarlo, pues las convulsiones sensuales se demoraban, se interrumpían o incluso faltaban, en cuyo caso interrogaba al Haya: ¿de qué me culpaba? Finalmente aprendí —el Haya me enseñó— a determinar mejor lo que pasaba entre nosotros, cómo se estremecía mi piel contra su piel de árbol, cómo la oscilación que imprimía debía ser delicada, cómo la

caricia de la corteza hinchaba mi sexo y cómo explotaba, volcánico, soltando su semilla.

Lo que los hombres llaman «placer solitario» no lo fue para mí: era placer con el árbol. El Haya me había enseñado la voluptuosidad.

Huelga decir que, una vez casado, no saboreé aquella felicidad durante mis abrazos con Mina. Jamás. Nuestras relaciones guardaban un carácter forzado, laborioso, utilitario, hasta el punto de que su fin me liberaba de un espasmo muscular y un deber. Para alcanzar el éxtasis de los sentidos, tendría que esperar hasta… Calma, no adelantemos acontecimientos.

Como decía, al día siguiente de los esponsales, el día que escapé de mi esposa, cuando evité a Noura y a Pannoam, me refugié en el frondoso corazón del Haya y me contenté con soñar allí despierto. Cuando el sol se puso, caminé hacia la aldea.

El Haya había borrado mis preocupaciones: en su silencio, en su luz, todo lo que se revelaba humano, única y exclusivamente humano —despecho, envidia, insatisfacción de hijo, frustración de amante—, se había desvanecido. La jornada pasada en el árbol me había desembarazado de mi carga social trayéndome de regreso a un cuerpo, un simple cuerpo en medio de los cuerpos, un elemento natural en el seno de la Naturaleza munificente. Me había desembarazado de mi importancia y, ligero, me nutría de existir.

A un tiro de piedra de las viviendas, un niño miraba el sendero. Tan pronto como me vio, corrió hacia mí.

—¡Noam! ¡Mina está de parto!

Me detuve contrariado. Aunque la barriga de Mina se estuviese redondeando, no me parecía lo suficientemente gruesa para parir.

El niño insistió:

—Pregunta por ti. Tu madre también. Las mujeres están allí.

Esto último me extrañó. Que Mamá estuviera con Mina se explicaba —tenía que ayudarla a dar a luz—, pero que otras mujeres asistiesen a un acontecimiento que normalmente se desarrollaba en las sombras y en la intimidad, eso ya era preocupante.

Corrí a casa y al fondo, entre la aglomeración de mujeres, vi a Mina tumbada, de espaldas al suelo, con los muslos abiertos entre telas sucias. ¿Por qué estaba bocarriba?

Entre nosotros, las mujeres parían en cuclillas. Con la pelvis hacia adelante, adoptaban una postura que permitía una rápida expulsión, de modo que el niño encontraba la salida solo; ellas se dejaban ir en un vaivén. Para evitar el agotamiento, se agarraban a una viga baja o confiaban en la ayuda de su compañero, el cual, colocado detrás de ellas, las sujetaba por las axilas. Mina también se había entrenado las

últimas lunas para este esfuerzo, fortaleciendo las rodillas, trabajando diariamente en sentarse sobre los talones y levantarse suavemente.

El parto tenía que ir muy mal para que la madre se acostase bocarriba con las piernas abiertas. Entonces venían los gritos, el llanto, los gemidos, las matronas animando a la infortunada a empujar, y aquello devenía en drama.

Mina, pálida, con los ojos cerrados, casi inconsciente, gemía entre mujeres silenciosas.

—¿Qué ocurre?

Al oír mi voz, despegó los párpados. Un rayo de esperanza iluminó sus ojos enrojecidos.

—¡Noam!

Me arrodillé para acariciar la frente sudorosa, mortalmente pálida. Cerró los ojos exhausta, mientras sus labios azulados esbozaban una sonrisa.

Mamá se me acercó.

—Las contracciones se adelantaron.

—¿Es buen o mal augurio? —grité, desconcertado.

Mamá ordenó a las mujeres que se retirasen. Se alejaron cabizbajas, en silencio.

Apretándome la mano, mi madre me instó a seguirla y me condujo a un rincón de la casa. Allí, en el suelo, señaló una masa oscura cubierta de costras, entremezclada con trapos sanguinolentos.

—Eso es lo que expulsó. Ya estaba muerto en su vientre.

Me apoyé en la pared. Sudaba a chorros. Balbuceé despavorido:

—Mina tiene razón. Estamos malditos.

Mamá me secó las sienes y precisó con rotundidad:

—*Ella* es quien está maldita, hijo mío, no tú.

—¡Sí!

—¡No! ¿Quieres la prueba?

Miré a mi madre desconcertado. Señaló a Mina con la barbilla.

—Está perdiendo sangre. Llevamos horas intentando limpiarla, pero sigue vaciándose. Dentro rezuma una herida.

—¿Qué?

—Está expirando, hijo mío. Ya habría exhalado su último suspiro si no te hubiera esperado.

Me arrojé al suelo sin pensarlo y sostuve las mejillas marmóreas de Mina entre las manos.

Abrió los ojos, rota, y me miró con toda la intensidad de la que aún era capaz. La tristeza y la vergüenza asomaron a sus ojos.

—Perdón…

—¿Perdón por qué, Mina? Lo haremos de nuevo, lo conseguirás.

Sus rasgos dibujaron una expresión ambigua, que significaba: «No soy tonta, no creas que me engañas, pero gracias por mentir».

Buscó mi mano y la agarró con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Tengo miedo… —susurró.

Posé mi boca en su frente y, al tocar aquella piel fría, comprendí nuestra relación: Mina era una niña que me había sido confiada para que se convirtiese en mujer; una vez ligada a mí, se había aplicado a sus tareas: unirse a su marido, quedar embarazada, criar bebés, todo ello con torpeza, sin facilidad, sin hallar nunca la evidencia. Había fracasado en todo y dedicaba sus últimos instantes a cuantificarlo.

Incliné la cabeza y le susurré al oído:

—Me has hecho feliz, Mina.

¿Por qué le decía eso? Era falso, diametralmente opuesto a la realidad, aunque desearía que fuese verdad. Se estremeció. Se lo repetí:

—Me has hecho muy feliz.

En su rostro, muy cerca del mío, surgió una emoción nueva: la alegría. La alegría la transportaba por encima de los remordimientos y la angustia. La alegría brillaba con un resplandor insoportable.

Le sonreí y mi sonrisa la llevó montaña arriba.

Un estremecimiento y su mano se puso rígida.

—¡Mina!

Su boca exhaló un suspiro.

—¡Mina!

Le froté los dedos para hacerlos reaccionar.

—¡Mina!

Mamá me rodeó con sus brazos.

—Ha iniciado su viaje al otro mundo, Noam.

Miré aquellos ojos abiertos que ya no me veían.

Mamá susurró:

—Su alma azul ha escapado del pecho, se ha elevado por encima de nosotros y ha dejado la casa para dirigirse al Lago.

Aturdido, me tendí contra el cuerpo inerte de Mina. Por su quietud, por el frío que se adueñó de sus miembros, sentí que ya no estaba, que ahora caminaba sola, que ya no podía contar conmigo; sin embargo, necesitaba retener algo de ella, abrazarla, abrazar su recuerdo al menos.

Lloré. No me duelen prendas confesarlo. Lloré durante mucho tiempo.

Mis lágrimas tenían el color del sentimiento que le había prodigado a Mina: el color de la piedad. En los impulsos que había despertado en mí, en la ternura que yo le había mostrado, solo había compasión, esa

simpatía por alguien más débil que tú, esa caridad hacia un ser necesitado. Siempre había sentido lástima por Mina; me había quejado de que fuese miedosa, torpe, sin gracia, amante tímida, madre fracasada; me había quejado de que luchase por cumplir su destino; me había quejado de esa lucha; me había quejado de sus derrotas; la estaba compadeciendo ahora por su fracaso final, sucumbir en el parto, morir tan joven… Y esa lástima era —lo comprendía ahora acurrucándome contra su cadáver— no solo una aceptación perfecta de ella, sino también una suerte de amor. Un amor amargo, punzante, lúcido, infeliz, pero amor al fin…

Contrariamente a la costumbre, agilicé el ritual.

La tradición exigía que el cuerpo fuera expuesto durante un día para que todos le rindiesen homenaje, y luego se enterraba. Pero yo sabía que nadie rendiría homenaje a Mina, la niña perdida en el mundo de los adultos. Salvo a mí, puesto que su familia había desaparecido, no le importaba a nadie.

Le comuniqué a Mamá que la enterraría por la noche. Ella exclamó:

—¡Avisaré a tu padre!

—¿Para qué?

—Como jefe de la aldea…

—¡No quiero verlo delante! ¡De ninguna manera! ¡Ni a él ni a Noura! ¿Entendido, Mamá? ¿Entendido?

Mi madre respondió con voz lúgubre:

—¿Quién va a entenderlo mejor que yo?

Envolví a Mina, aderezada con su collar de conchas, en un lienzo; hice lo mismo con el niño y me interné por los oscuros bosques, con los dos cadáveres a mis espaldas. Mamá me siguió a una distancia respetuosa, pendiente de que no me quedara solo.

Con la ayuda de un hacha enmangada, practiqué un agujero cerca de un roble nudoso y cubierto de musgo. Decidido a proteger a los míos de los animales hambrientos, negándome a que fuesen pasto de las aves rapaces, cavé hondo en la arcilla suelta durante mucho tiempo. Cuando hube acabado la fosa, fui al claro donde habíamos celebrado la fiesta y, con la ayuda de mi madre, recogí ramos de flores y los arrojé al fondo.

A Mina le gustaban mucho los lirios y le encantaba su aroma. Los ramos la acompañarían en su camino.

Finalmente, le di la postura de un niño dormido para preparar su próximo nacimiento. La operación implicó dificultades; ya rígidas, las extremidades se resistían a la flexión; me empeñé en ello, forzando sus rodillas a encontrarse con la barbilla, porque, según nuestras creencias, solo renacería de esta manera, en posición fetal, en la tierra.

Cuando lo hube logrado, puse el feto contra su vientre.

Mamá me tendió el tarro de ocre que había traído. Esparcí el polvo rojo —la sangre de los muertos y la resurrección— en ambos cuerpos; luego, tracé un tenue surco de ocre saliendo de la nariz para indicar al aliento el sentido de la vida.

Rellené la excavación y aplané el túmulo. ¡Cómo reconforta el esfuerzo físico! Cavar, llenar, recubrir, fueron tareas que logré ejecutar y me mantuvieron alejado de mi dolor.

Una vez cubierta la sepultura, me postré en el borde de la tumba y pasé la noche pidiendo a los Espíritus que acogiesen a Mina y a mi hijo. Mamá, detrás de mí, también oraba. Mentalmente, le envié besos de despedida a la chiquilla con la que me había casado, una niña que apenas había sido amada cuando ella daba tanto amor.

Estaba amaneciendo. Como la aldea, el lago aún dormía. Un cielo pálido extendía sobre él su débil reflejo. Mi mirada se deslizó sobre aquella plácida extensión. El aire, el agua, los bosques se abandonaban al mismo silencio.

Una curruca aterrizó sobre la tumba.

La observé. A diferencia de sus congéneres vivos y nerviosos, mostraba una lentitud perezosa. Me miró fijamente.

—¿Mina?

La curruca no huyó, al contrario, me miraba obstinadamente. ¿Estaba soñando? ¿Estaba tan falto de sueño que me había quedado dormido de pie? Me parecía que el pájaro se asemejaba a Mina, por su somero plumaje, su falta de brillo, su mansedumbre.

Al cabo de un rato, la curruca alzó el vuelo y se posó en el roble.

Me volví hacia Mamá.

—Me voy.

Mi madre tuvo un sobresalto.

—¿Cómo?

—Dejo el poblado.

—¿Hasta cuándo?

—Para siempre.

Mamá corrió hacia mí y me agarró del brazo.

—¡No, Noam! Nadie puede sobrevivir fuera del poblado.

—Me haré Cazador.

—Noam, acuérdate de los desterrados. Los encontraron muertos.

Se refería a los dos hombres que Pannoam había condenado al exilio hacía varias lunas: ambos habían sido encontrados sin vida bajo un árbol, sin rastro de lucha o violencia, como si, cual flor cortada, se hubieran podrido sobre el terreno.

—No es lo mismo, madre. Fueron expulsados por la fuerza, castigados por sus crímenes. Yo me retiro voluntariamente. Lo hago porque quiero, porque lo necesito.

—¡Huyes!

—Tal vez…

Mi madre guardó silencio y me miró interminablemente, los ojos atravesados por hilillos rojos.

Luego murmuró con sencillez:

—Si fuera joven, me iría contigo.

A continuación, me tomó entre sus brazos, me estrechó contra su pecho y, volviendo la cabeza para que no pudiera ver sus lágrimas, caminó hacia la aldea con grandes zancadas.

Jamás me había dirigido una palabra más alta que otra o un gesto desabrido. Jamás me había fallado. Yo había dedicado mi vida a idolatrar a mi padre y ahora caía en la cuenta de que mi madre merecía mi cariño mucho más. Decididamente, no entendía a las mujeres.

¿A los hombres?

A mí…

Cuando hubo desaparecido, me fui a casa, metí mis cosas en un zurrón y me colgué el arco al hombro.

¡Adiós, clan! ¡Adiós, padre! ¡Adiós, Noura! Abandoné el poblado sin que nadie lo advirtiese.

Al atravesar el bosque, volví a pasar junto a la tumba de Mina.

Desde su rama, la curruca se quedó inmóvil al verme.

Luego, como yo prosiguiese mi camino, desplegó las alas y me siguió.

---

[7] El oso nos parecía, sin ningún género de dudas, el rey de los animales. Ni una manada de lobos hambrientos ni una piara de jabalíes furiosos se le podían comparar. No solo ningún depredador destronaba a aquel gigante invencible, sino que su valor nos subyugaba, su soledad era engañosa. Reinaba de lejos, sin relacionarse con sus súbditos.

Nos enorgullecemos de nuestros pequeños puntos en común con él. Como él, sabemos sentarnos, tenernos de pie, trepar, bailar, nadar; como él, apoyamos todo el pie en el suelo hasta el talón; como él, comemos tanto carne como verduras. ¡Con pelo, seguro que nos habríamos parecido a él! Por lo visto, nuestro semen tenía la misma consistencia que el suyo y nuestra carne, el mismo sabor que la suya —aunque, yo no conocía a nadie que lo hubiese verificado.

El oso no sufría la reputación con la que carga hoy, la de un plantígrado glotón, estúpido, torpe y perezoso. Dichas maledicencias proceden de la Iglesia cristiana, que se dedicó metódicamente a suprimir la inmensa y milenaria consideración del oso, una reverencia que algunas tribus llevaban hasta la adoración. La Iglesia se entregó a la caza del oso pagano, tanto en los bosques como en las mentes. Nada debía competir con el único Dios.

¿Cómo se arreglaron para conseguirlo? En primer lugar, metiendo de matute otra fiera en el

trono. Como religión surgida en Oriente Medio, el cristianismo importó un soberano de Oriente Medio: el león. El rey del sur destronó al rey del norte. Al león se le podían atribuir mejor todas las cualidades, porque era un animal literario, no un animal concreto —no lo había en la Europa latina ni en la celta, la germánica, la eslava o la escandinava—, excepción hecha de los Balcanes. Para justificar dicha sustitución, a partir de ese momento el clero solo habló de los vicios del oso, de su fuerza ciega, de su lentitud, de su pesadez de cuerpo y mente, de su glotonería y de su pereza. ¡Incluso se las arregló para hacerlo pasar por miedoso!

A continuación, se eliminó el oso multiplicando las batidas, lo que lo redujo al rango de caza mayor.

Finalmente, se lo ridiculizó domesticándolo. De majestad solitaria fue rebajado a bufón público. Propiedad de los vagabundos que la Iglesia despreciaba, se le exhibió encadenado y amordazado en ferias y mercados, entre malabaristas, juglares y rateros. Este triste payaso se ganaba su pitanza ejecutando, a la fuerza, un par de acrobacias y tres torpes pasos de baile.

Para un hombre del Lago, asistir a tal degradación era tremendo. Me sentí casi tan humillado como él. Al pisotear su dignidad, pisoteaban mis creencias. Definitivamente, cualquiera que no respete la vida tampoco me respeta a mí. (*N. del A.*)

[8] Cada época tiene su color. La mía, el rojo. Todos mis recuerdos están bañados en escarlata. Sabíamos extraer los ocres del suelo y habíamos aprendido a prepararlos. Aunque sus tonalidades fuesen del amarillo al violeta, predominaba el rojo. Ora la Naturaleza ofrecía el ocre rojo en estado puro, ora lo obteníamos tostando el ocre amarillo. Raro entre la flora y la fauna, el rojo nos distinguía a los humanos; marcaba nuestra superioridad. Con él untábamos las armas y las herramientas, la ropa, las paredes, a veces el cuerpo, en parte o por completo.

En el siglo XVIII, se despertó el interés por los tiempos antiguos, sin duda porque la Biblia perdió su condición de manual científico: los sabios se preocuparon por la prehistoria. A falta de textos, excavaron humus, mor y limo. Y no han parado hasta hoy. A partir de las huellas, reconstruyeron nuestro mundo. No es cuestión de extenderse aquí sobre sus aciertos o sus errores, me limito a señalar una constante: para ellos, el Neolítico es marrón. En las películas, en las ilustraciones de libros, en las vitrinas de los museos, siempre domina el marrón. ¿Por qué? ¿Consideran la prehistoria de color tierra por el hecho de encontrar sus vestigios en la tierra? (*N. del A.*)

3

Los Dioses y los Espíritus me odiaban. Pese al no rotundo e indignado de mi madre, que había transferido todo su rencor a Mina, ya no me hacía ilusiones: Dioses y Espíritus se negaban a que me perpetuase. Mina se revelaba no el objeto, sino el instrumento de su venganza; me apuntaban a mí a través de ella. ¿Por qué?

Tras una hora de marcha, me detuve, me senté bajo un árbol, sacié la sed y casqué algunas nueces.

Desde allí dominaba el paisaje.

El lago estaba en calma, ninguna corriente perturbaba la superficie. El bosque se reflejaba en ella, puro, claro, inmóvil. Ni un soplo de aire. Ni un chapoteo. Ni un mugido de avetoro. Una garza parda batió penosamente las alas, pero, como sus plumas patinaban en el aire, renunció a despegar, se quedó inmóvil, reducida a una rama plantada en el agua.

Traté de averiguar por qué me reprendían los Dioses y los Espíritus. ¿Había mancillado algún manantial bañándome en él? ¿Había privado a la tierra de uno de sus frutos —raíz, trufa, nabo— sin darme cuenta? ¿Había penetrado en un círculo sagrado inconscientemente? ¿Había pronunciado palabras impías? Me devanaba los sesos sin resultado. La cólera de los Dioses y de los Espíritus se remontaba a varios años, puesto que el castigo me había sido infligido desde mi matrimonio con Mina…

La curruca castaña revoloteó, vaciló y luego se posó por encima de mí. Aunque evitó mi mirada, no me dejó. Cuando la miraba, inclinaba la cabeza, vergonzosa, tímida, igual que Mina. Su intrigante presencia me animaba: si el alma de Mina alojada en el pájaro me escoltaba, es que todavía tenía algo que hacer. Tenía que pasar una prueba, en lugar de languidecer en un agujero. Tal vez mi infortunio no siguiese un curso irreversible…

—Noam, necesito hablar contigo.

Vi que Tibor, envuelto en su voluminoso manto, irrumpía frente a mí.

—Me enteré por las mujeres de la desgracia que le había ocurrido a Mina y esta mañana, apenas había comenzado a recoger hierbas, observé tu partida. Perdóname por espiarte. Quería manifestarte que

siento tu tribulación y que haré todo lo posible para ayudarte. Eres un hombre insustituible, Noam.

Aquel inesperado cumplido, en el momento en que me preguntaba sobre mis errores, me conmovió.

—Soy mediocre.

—Noam, eres inteligente, curioso, atento, compasivo. A cualquiera que me dijese que has ofendido a alguien, le respondería que estaba mintiendo.

—Los Dioses y los Espíritus no comparten tu opinión. Creen que los ofendí. Durante años me han castigado impidiéndome fundar una familia.

Tibor se sentó a mi lado. Separó las piernas y se balanceó de un lado a otro.

—No saques conclusiones precipitadas, Noam. En los últimos años, la Naturaleza te ha mostrado su sabiduría.

—¿Cómo?

—Deja que te cuente algo. A mí, como a tu padre, me gustan los perros. En mi aldea natal, antes de que el barro se la tragase, criaba una perra. Una noche parió cinco cachorros. A medida que salía cada cachorro, la perra agarraba delicadamente la placenta, la desgarraba con sus finos dientes, lamía el cachorro recién parido y luego lo colocaba contra sus pezones para que mamase. De repente irrumpió un sexto. La perra lo miró fijamente, suspiró y lo abandonó en el suelo. Conmocionado, lo recogí, rompí la bolsa de la placenta y se lo presenté a su madre, que, exhausta, le dio tres lametazos que de inmediato lamentó y se apartó. En ese momento, su comportamiento me indignó. Sin embargo, dos lunas después, medí su sagacidad. Obligada a mantener semejante camada, había dilapidado sus fuerzas y entrado en agonía, incapaz de asumir su papel. Si yo no hubiera ejercido mis poderes de curandero, si no hubiera alimentado a los cachorros y cuidado a la perra con hierbas que vigorizan la sangre, todos habrían muerto.

—¿Qué insinúas?

—La Naturaleza es sabia. Cuando la perra rechazó el sexto cachorro, la Naturaleza presentía que sería capaz de alimentar cinco, no seis. La Naturaleza consideró que era mejor que muriese uno para que los demás y la madre subsistieran. La Naturaleza anticipa, calcula, prevé. Nosotros, con la nariz pegada al presente, permanecemos ciegos al futuro.

Me apretó suavemente el hombro.

—Si tu hijo murió prematuramente, es que no tenía ni el poder ni la vocación de vivir. Este rechazo espontáneo expresa la sabiduría de

la Naturaleza.

—¿Y Mina? —grité—. ¿Su muerte también proviene de la sabiduría?

Tibor prosiguió en tono más sosegado:

—¿Cuántos abortos tuvo?

—Tres.

—¿Cuántos bebés no pasaron de un año?

—Cuatro. No, cinco.

—Eso demuestra que tu esposa no podía llevar a cabo su destino como mujer.

Bajé la cabeza, resistiéndome a su razonamiento, resentido porque se criticase y menospreciase a Mina.

Tibor continuó pausadamente:

—Nos volvemos injustamente contra los Dioses y los Espíritus. Como no conocemos sus designios, los imaginamos absurdos, violentos, ilógicos, arbitrarios, coléricos, caprichosos, vengativos. Al contrario, deberíamos concederles clarividencia. Ellos no muestran maldad ni estupidez, ellos prevén. No dudemos de su inteligencia, dudemos de la nuestra, que alcanza enseguida sus límites.

Cubrió mi mano con la suya.

—Si Dioses y Espíritus eliminaron a tu mujer y a tus hijos, es que aspiran a lo mejor para ti. Te lo demostrarán algún día.

La curruca, ocupada en limpiar su plumaje, no nos escuchaba. Pensé en Mina, en su sigiloso paso por la tierra, en su breve existencia llena de sufrimiento y esperanzas frustradas.

—¿De dónde sacar fuerzas para seguir adelante?

—Todos los vivos son supervivientes, Noam. Los vivos han sobrevivido al nacimiento, a las enfermedades infantiles, a las hambrunas, a las tormentas, a las reyertas, al frío, al dolor, a la separación, a la tristeza, a la fatiga. Los vivos están poseídos por la fuerza de seguir adelante.

—¿Seguir adelante para qué?

—Para vivir. La vida constituye su propio objetivo, Noam. La Naturaleza lo prueba en todo momento. Yo, como curandero, no me opongo a la Naturaleza. Cuando curo a alguien, imito a la Naturaleza.

—Sin embargo, luchas contra la muerte.

—No lucho contra la muerte, lucho por la vida.

—¿Aceptas la muerte?

—La Naturaleza necesita la muerte a fin de perpetuar la vida. Mira a tu alrededor. Este bosque siempre ha existido y se alimenta de sí mismo. ¡Fíjate! Nada se desperdicia. Nada es inútil. Ni los excrementos, ni los cadáveres, ni la podredumbre. Las ramas caídas

han enriquecido la tierra. Cayeron árboles cuyo enmohecimiento engordó plantas, hongos y gusanos. Cayeron animales cuya carne, pelaje y huesos dieron de comer a los de su misma especie. Cuando caminas entre matorrales, brezos y retoños entrelazados, tus pies pisan los mil bosques precedentes. Las hojas muertas forman hojas vivas, el tallo joven brota de una descomposición. Cada caída produce un brote, cada desaparición engrosa el ser. No hay derrotas. La Naturaleza no conoce principio ni fin porque recicla encadenando formas nuevas. La muerte es el medio por el que la vida renace, persevera y se desarrolla.

—¡Tú te opusiste a la muerte de mi padre después de su accidente!

—Me culpas porque eso te separó de Noura. Pero yo no he suprimido su muerte: Pannoam morirá algún día. Prolongué su vida utilizando las fuerzas de la vida a su disposición y la mía.

Se hizo un silencio. El lago, indiferente, se extendía ante nosotros bajo el sol primaveral.

Tibor señaló mi zurrón.

—¿Qué vas a hacer?

—Vivir.

—Bien.

—Lejos del poblado.

—¿En otra aldea?

—En el bosque.

Carraspeó.

—¿No temes a los Cazadores?

—Me convertiré en uno de ellos.

Guardó silencio durante largo rato, luego se levantó y se sacudió el polvo de la ropa.

—Me hubiera gustado tanto perpetuar mis conocimientos, transmitirte los secretos de la Naturaleza que he recibido o descubierto. Tenía puestas mis esperanzas en ti como discípulo.

Movió la cabeza dubitativo.

—Para alcanzar el final de tu instrucción, habría sido necesario que mi hija…

Se sonrojó y dejó en suspenso sus palabras, buscando mi aprobación. Se la di. Musitó, mordiéndose los labios:

—Ah, Noura… Noura…

Cuando se dio cuenta de su queja, se interrumpió, culpable. Noura se revelaba fatal para él, para mí, para mi padre, para mi madre. Tragó saliva mirando en lontananza.

—Sigues siendo el hijo que hubiera deseado, Noam. O el yerno. Vendré aquí con regularidad. Si algún día me necesitas, aquí me

tendrás.

Se fue sin mirarme, descendió el talud que se curvaba bordeado de helechos. La alta y noble silueta del que hubiera preferido como padre desapareció.

Me levanté, recogí mi zurrón y reanudé mi camino.

Unos instantes después, la curruca me adelantó planeando, con la mirada perpleja, como diciendo: «¡Vaya! ¡Mira que largarte sin mí! ¿Me habías olvidado?».

No cabía duda: Mina vivía en la curruca, puesto que la había olvidado por completo.

Los primeros días me trajeron una distracción saludable. Caminaba, cazaba, recolectaba; cada noche probaba un lugar diferente para dormir. La diversidad de actividades me preservó del cansancio.

Me gustaba que mi cuerpo joven perteneciese a la Naturaleza eternamente joven. Todo en ella me maravillaba: el amanecer perfecto, el sol inclemente, las nubes saturadas de luz, el azul brillante, los riachuelos cantarines, las cortinas de aguaceros, el murmullo de los arroyos, el canto áspero y viril del viento, la dulzura del crepúsculo, los interrogantes de las tinieblas, las estrellas reconfortantes, la luna coqueta teñida de cobre o plata. Desde que moraba allí, me había sido devuelto el esplendor del universo, allí me establecía y celebraba nuevas bodas.

Por extraño que parezca, no me crucé con ningún Cazador. Mientras nuestro poblado pagaba una tropa destinada a protegernos de saqueos y ataques, yo caminaba a mis anchas por bosques y prados poblados exclusivamente de animales. Apenas me pareció ver en una ocasión una sombra inquietante, la de un individuo desmesuradamente alto, que se desvaneció de inmediato; llegué a la conclusión de que lo había soñado, sobre todo porque se parecía vagamente al coloso que había librado a Pannoam de sus agresores.

Me sorprendió mucho un descubrimiento: bastaban dos horas para satisfacer todas mis necesidades. En un abrir y cerrar de ojos, me lavaba en el río donde había enjuagado mis harapos[9]. Alimentarme requería poco esfuerzo, los matorrales reventaban de caza, los torrentes de peces, los árboles de frutos. ¡Qué contraste con mi empleo del tiempo en el poblado! No más campos que cultivar, ni rebaños que apacentar, ni perros que domesticar, ni objetos que intercambiar, ni casa que reparar; por no hablar de los imperativos vinculados a mi padre, discutir, aconsejar, pacificar, impartir justicia, supervisar nuestra milicia. Tenía el día entero para mí.

Eso me alivió al principio; liberado de obligaciones, disfruté de

aquel tiempo virgen. Después me pesó sobremanera; la vacuidad de aquella calma me abrumaba y sospechaba que los hombres habían inventado la división del trabajo y la vida comunitaria para disipar el aburrimiento.

Algunas mañanas sentía nostalgia. Bajo un cielo despejado, la perspectiva de un día sin tareas me oprimía y temía su transcurso. En la aldea, habría dudado entre varias obligaciones; aquí podía elegir entre lo inútil, lo gratuito y lo superfluo. Generalmente, caminaba hasta el árbol mágico, trepaba por el tronco, me acostaba en sus ramas y mezclaba mis caricias con las suyas. Aquellos éxtasis seguidos de siestas, repetidos dos o tres veces, me deleitaban, por supuesto, pero me cansaban. Aunque el placer no se agotaba, mi cuerpo sí. Acabé por imponerme la abstinencia.

Por la noche, la melancolía me afectaba más. Las estrellas se iluminaban, la luna se enseñoreaba del cielo y frágiles nubecillas se arrastraban hacia ella, deseosas de rendirle pleitesía: entonces me consideraba minúsculo, miserable.

El orgullo, sin embargo, me impedía regresar. ¿Cómo? ¿Retroceder cuando solo había avanzado un paso? ¿Volver al redil inmediatamente después de haberme liberado? ¡De ninguna manera! Por supuesto, todos me recibirían cordialmente, nadie me reprocharía mi ausencia, a lo mejor incluso me agasajaban. Pero yo solo valoraba al Noam que había abandonado la aldea, el que había afirmado su fortaleza atreviéndose a tomar tan arriesgada decisión; solo él merecía mi respeto. En cambio, despreciaba al Noam que quería volver. En mí se produjo un duelo entre el salvaje y el aldeano, entre el libre y el prisionero, entre el Noam sin padre y el Noam sumiso.

Prefiriendo la dualidad a la cobardía, continué mi vida en el seno de la Naturaleza.

Una tarde, mientras los cerezos ofrecían su fruto carmesí, yo preparaba mi material sentado en un talud. Desde el amanecer, había cortado ramas de madera seca para hacer flechas, había afilado puntas de pedernal que había ensartado en el extremo y reforzado la cuerda de mi arco engrosándola. Ahora rellenaba con hojas de arce el cuerno hueco en el que conservaba permanentemente las brasas.

Las nubes habían ido apareciendo, primero grises, negruzcas después, amenazantes; formaban un ejército en movimiento que se dirigía hacia el lago. Mudas, disciplinadas a pesar de sus volúmenes dispares, expulsaban el sol e invadían el panorama. Su parsimonia auguraba algo terrible e inexorable, la oscuridad se revelaba tanto más temible cuanto más se hacía esperar.

Apiñadas, compactas, las nubes aguardaban pacientemente.

Contenían la respiración. Apretándose unas contra otras, habían cambiado de consistencia; de nubes, habían pasado a pesadas fumatas, carbonosas, espesas…

Un relámpago estalló a mi izquierda.

Siguió el silencio, el de los soldados que se concentran, listos para el asalto.

Retumbó el trueno.

Un segundo relámpago desgarró el horizonte.

De repente, las nubes rompieron. Trombas y trombas de agua se derramaron como sangre brotando de una herida.

Recogí mi arco, mi carcaj y mi zurrón y me refugié bajo un roble monumental.

Brilló el tercer relámpago.

El Viento acudió como si obedeciese al rayo. Se dividió en ráfagas desatadas que acamaban la hierba, zarandeaban los arbustos, sacudían los árboles y se metían entre los matorrales. El viento rugía. La furia lo llevaba a la incoherencia, a lanzarse ora en una dirección, ora en otra, a elevarse, a descender, a chocar consigo mismo, a arremolinarse[10].

Yo tiritaba. ¡Qué cólera tan espantosa! ¿Qué reprochaban los Dioses y los Espíritus a los hombres? ¿Qué ley habían infringido los pueblos del Lago para merecer semejante exacerbación?

Aun acurrucado, no conseguía protegerme de las frías gotas ni de las rachas de viento.

El ruido de los truenos aumentó, los relámpagos se multiplicaron, el caos estaba en su apogeo. Me encontraba en el corazón de la tormenta. El temporal se dirigía hacia mí.

Cerré los ojos con la esperanza de hacerme invisible.

Pero el estruendo fue en aumento, impetuoso, feroz, implacable, tanto que por un momento pensé que me iba a aplastar. Abrí los ojos de nuevo.

Un destello me cegó.

El rayo cayó sobre el roble.

El árbol crujió bajo el golpe, como un hombre que grita, luego se partió emitiendo un quejido desgarrador. Caía sobre mí.

De un salto me libré del aplastamiento y me escabullí a través del bosque. ¿Dónde refugiarme? ¿Existía un refugio?

Corrí desesperado, angustiado. Patiné varias veces en el suelo empapado. Estaba cubierto de barro. El frío, la humedad, el miedo, me provocaban escalofríos. Me castañeteaban los dientes. Erraba, desvariaba, vociferaba. ¡Como si sirviese de algo desgañitarse durante una tormenta!

Miles y miles de implacables gotas me asediaban mientras el viento

azotaba los chaparrones con ataques a diestro y siniestro, que mojaban, pinchaban, diluían, empapaban, raspaban, desgarraban, goteaban, ahogaban.

Fui a parar a una zona en la que observé unas rocas. Corrí hacia ellas y vi una abertura oscura. ¡Una gruta!

Entré en ella. Creyendo que me había salvado, me lancé contra la pared del fondo y, al pasar, tropecé con algo caliente.

Resonó un gruñido.

El gruñido se transformó en un grito ronco, luego en un bramido cavernoso.

¡El oso! El oso ocupaba la gruta. Sin duda, lo había despertado…

Reculé.

El oso se alzó sobre sus patas y miró a su alrededor.

Lo había dejado tan sorprendido que tardó en darse cuenta de que un intruso se había colado en su casa; en cualquier momento pasaría al ataque.

Presa del pánico, me largué de allí y corrí despavorido a lo largo de las rocas, con la respiración cada vez más entrecortada.

Se me enganchó un pie en una raíz que emergía de la tierra fangosa y caí de bruces. No me cabía duda: había llegado mi último momento.

Sin embargo, cuando me di la vuelta, solo vi las gotas de lluvia, espesas hasta la opacidad. El oso no me perseguía. ¿Debido a los truenos y los relámpagos? ¿Se había quedado temblando en el fondo de la gruta?

Me levanté y comencé a caminar por el risco. Detecté una anfractuosidad demasiado estrecha para el oso. Me deslicé lentamente, esperé a que mis ojos se acostumbrasen a la penumbra y, cuando me convencí de que allí no vivía ningún animal, me colé por la grieta y me dejé caer sobre la roca.

*

Permanecí allí dos días y dos noches.

Solo salía sigilosamente para beber o aliviarme. La lluvia persistía, inclemente, pertinaz. En dos días descargó lo que solía en varias lunas. Su siseo monótono y desolador tapizó las húmedas tinieblas de la caverna de un vasto y plomizo bloque de aburrimiento.

Partir hubiese sido imprudente. No solo ignoraba dónde me hallaba, sino que las pertinaces trombas de agua volvían el suelo peligroso, el paisaje opaco. Todo estaba borroso y confuso; el mundo se licuaba. Con el corazón encogido, pensé en mi arco, mi carcaj y sobre todo mi zurrón, que contenía los instrumentos de mi

supervivencia, cuchillos de pedernal, cuerdas, pieles, mis útiles de fuego. Me urgía recuperarlos.

La tercera mañana dejó de llover.

Hambriento, asomé la cabeza fuera, comprobé que no había rastro del oso y luego salí de mi guarida.

¿Dónde estaba?

Traté de reconstruir mis recuerdos de la huida para decidir qué dirección tomar. Por desgracia —¿fallo de memoria o efecto del agotamiento?—, fracasé. Nada me recordaba nada. Zigzagueando bajo la tormenta, había llegado sin querer a un territorio desconocido.

La inquietud acentuaba mi depauperación. Si no encontraba pronto mi zurrón, no resistiría.

Busqué febrilmente algo que comer. Aquella parte del bosque estaba compuesta solo de robles, hayas y arces, ningún árbol daba fruto; en cuanto a la caza, sin mi arco y mis flechas no lograría atrapar nada.

Mi situación era desesperada.

Animadas por una tenacidad instintiva, mis piernas seguían avanzando. Más inteligentes que yo, seguían la pendiente, es decir, el camino del lago. ¿Quedaba a pocos pasos o a un día de distancia?

Hacia el mediodía, temblando de hambre y rabia, me senté al pie de un tronco.

No podía creer lo que veían mis ojos.

Delante de mí se balanceaba una liebre. Atrapada por un lazo enganchado en un arbusto, había sucumbido asfixiada. Sin preguntarme quién había tendido la trampa, desenganché la presa.

Por fin iba a comer. ¿Cruda? ¡Qué más daba! Una vez que la hubiese despellejado, me alimentaría de su carne.

Rebuscaba a cuatro patas en el terreno para encontrar una piedra afilada que cortase el pelaje del animal cuando noté una sombra que me tapaba.

Me di la vuelta, levanté la cabeza y allí estaba él: ¡el coloso!

El Cazador, furibundo, enarbolando una maza, se disponía a romperme la crisma.

Grité:

—¡No!

Comenzó a bajar la maza.

—¡Pannoam!

El arma me esquivó en el último momento y golpeó el musgo, justo al lado de mi cabeza.

El gigante, que no salía de su asombro, me miró con exasperación.

—¿Por qué gritas «Pannoam»?

Por su pregunta, me di cuenta de que había pedido socorro llamando a mi padre. Repitió en tono hostil:

—¿Por qué «Pannoam»?

Bajé la cabeza, demasiado avergonzado para confesar.

El coloso blandió su maza de nuevo, con el rostro rojo de ira.

—¡Lo llamas porque es tu jefe, gusano inmundo! Bueno, pues tu jefe no te salvará. Me has robado y vas a morir.

Cogió impulso y descargó la maza.

—¡Es mi padre!

La maza me rozó la mejilla y pulverizó un pedrusco en el suelo.

—¿Qué? —rugió el coloso.

Y luego dejó caer el arma al suelo.

—¿Qué haces tan lejos de tu aldea?

—La he dejado.

Una luz cruel brilló en sus ojos.

—¿Por qué?

—No puedo más.

Me miró fijamente y, durante su examen, deduje que, postrado y famélico como me hallaba, no tendría ni el impulso de huir ni la fuerza para luchar contra aquella montaña de músculos que clamaba venganza. Su puño era el doble del mío y sus brazos, el triple de mis muslos. Me preparaba para mi ejecución cuando el gigantón exclamó:

—¡Querido sobrino!

El coloso me levantó, estrechándome vigorosamente contra su pecho.

—¡Querido sobrino!

Mientras mis pies pateaban en el vacío, mi cabeza se pegaba a su cabellera enmarañada, a su barba hirsuta, cuyos pelos se introducían entre mis labios. Como su olor, su abrazo fue tan poderoso que no reaccioné, pendiente de no asfixiarme.

Me dejó en el suelo, dio un paso atrás y me estudió con una mirada pícara y una sonrisa rubicunda.

—¡Qué chicarrón!

Y me dio un manotazo en la espalda. Tuve que hacer acopio de fuerzas para no caer.

No había duda. Lo reconocí: tenía frente a mí al Cazador que había matado a los agresores de mi padre, el que se había llevado por delante cinco vidas en un abrir y cerrar de ojos.

El gigantón había impresionado tanto a los habitantes del poblado que alimentaba nuestros sueños. Sus identidades variaban: el Espíritu de la aldea, el Dios de las colinas, incluso el fantasma de mi abuelo Kaddour, nuestro jefe anterior. Los ancianos afirmaban haberlo visto

merodear en torno al lago desde hacía tiempo, mientras que yo solo lo había visto durante el ataque contra mi padre. Ahora que lo tenía cerca, me daba cuenta de que se trataba de un hombre, sin duda fuera de lo común, fornido, musculoso, como una roca, desgreñado, gigantesco, pero un hombre.

Murmuré:

—¿Quién eres?

—Tu tío Barak.

—¿Mi tío?

—El hermano de Pannoam.

Mi padre nunca había mencionado a un hermano; solo hablaba de sus hermanas, todas casadas con jefes de poblados lejanos, tías a las que nunca había conocido.

Se rio a carcajadas ante mi expresión pensativa.

—¿Ese cerdo nunca te ha hablado de mí? No me sorprende… No solo se cree superior, sino que se cree único. A veces creo que lamenta no haber estado solo desde su origen, el haber dependido de padres para nacer, el no haberse parido. ¡Maldito seas, Pannoam!

Hablaba con crueldad de mi padre, aunque su tono estaba teñido de cierta ternura. Precisó:

—Soy el segundo. En fin, el segundo varón… Entre él y yo hubo tres hermanas y dos abortos. Sí, sí, no te rías: ¡soy el hermano pequeño de tu padre!

El gigante, risueño, se golpeó el pecho, que retumbó con un potente sonido sordo y hueco.

Lo miré de hito en hito.

—¿Fuiste tú quien lo salvó de aquellos cinco Cazadores?

Desvió la mirada, deseoso de esquivar el tema.

—¿Fuiste tú? —insistí.

Chasqueó la lengua y suspiró.

—Debería haber intervenido antes. Le dieron una buena tunda.

Me miró a los ojos.

—¿No?

Asentí con la cabeza y le conté que Tibor había curado a Pannoam amputándole la pierna y luego esculpiéndole una en hueso de ciervo.

El coloso se estremeció con los detalles, como si las manipulaciones anatómicas repugnaran a su alma sensible. A continuación, escupió.

—Y tú —preguntó—, ¿cómo te llamas?

—Noam.

—¿Eres su hijo mayor?

—Su único hijo varón.

—¿Su sucesor?

—Sí.

—¿Y qué haces aquí?

Sacudí la cabeza.

—Es una larga historia…

—Tengo tiempo.

La comezón me nublaba la vista; permanecer de pie era un suplicio; en cuanto a mi estómago, aullaba de dolor. Sintiendo la presión de su curiosidad, confesé con voz apagada:

—Estoy muerto de hambre. No he comido desde hace tres días.

Rompió a reír contentísimo.

—¡Por supuesto, mi ladronzuelo es un muerto de hambre! Venga, chaval. Vamos a cocinar la liebre que estabas a punto de robarme. Y, mientras, para engañar el hambre, te daré a roer unas nueces y unas avellanas.

Confesar mi indigencia me humillaba; sin embargo, ante su bonhomía, toda la vergüenza se desvaneció.

Subió la ladera del bosque. Me costaba seguirlo. Sus zancadas, apenas más rápidas que las mías, pero mucho más largas, se tragaban el doble de terreno, dejándome atrás sin cesar. Tan pronto como me daba la espalda, yo trotaba con paso vivo de manera ridícula para recuperar mi retraso y luego, tan pronto como él se daba la vuelta, yo adoptaba una postura digna. Desde mi infancia, jamás me había sentido tan minúsculo.

Llegamos ante un muro de espinos. Lo rodeó, se inclinó para pasar entre arbustos no espinosos, forzó el acceso empujando el ramaje y desembocamos en una cabaña escondida, construida con ramas y pieles de animales.

—Bienvenido.

Sacó una bolsa llena de frutos secos.

—Que aproveche.

Luego, desentendiéndose de mí, empuñó un cuchillo de pedernal centrando su atención en la liebre.

Me lancé sobre las nueces.

—Mastica despacio —gruñó—. De lo contrario, vomitarás.

Mientras yo comía, despellejó el animal, lo descabezó, lo destripó y lo descuartizó. Luego presionó cada tajada entre dos piedras.

—Así cocerá más rápido.

Me miró contrariado.

—Un fuego después de tres días de tormenta… Nos va a costar dios y ayuda… ¿Tienes brasas?

Le expliqué que había perdido el cuerno de las ascuas con mi zurrón —así como mi arco y mi carcaj— cuando la tormenta fulminó

el árbol.

—¡Cómo! ¿Te refugiaste bajo un roble?

—Sí. Era un roble enorme, pero eso no le impidió ser golpeado por el rayo.

—Más bien provocó su fulminación. Los rayos se sienten atraídos por los puntos prominentes.

—Ah, ¿sí?

—Si, por ejemplo, nos ponen a los dos en medio del campo durante una tormenta, seré yo el que pesque el rayo, querido sobrino, no tú. Y adiós tío Barak.

Cloqueó divertido y luego frunció el ceño.

—¿No te han enseñado eso en la aldea?

Alzando sus voluminosos hombros, observó las diversas bolsas diseminadas por la cabaña.

—¿Dónde habré puesto mi encendedor?

Las registró irritado una por una, echando pestes por la boca, hasta sacar sus útiles de fuego de la quinta bolsa.

—¡Manos a la obra!

Me di cuenta de que aquel ser solitario hablaba sin parar. ¿Era porque yo compartía su refugio? ¿Había adquirido la manía de hablar solo? Cuanto más lo observaba, más me inclinaba por esta hipótesis en la medida en que sus comentarios, sus imprecaciones, rara vez demandaban una respuesta.

Frotó el pedernal con pirita —una roca metálica—, saltaron chispas y se esparcieron sobre el material que había dispuesto debajo y alrededor, una mezcolanza de estopa y yesca que, de momento, no prendía.

Yo lo miraba divertido. Su técnica no me enseñaba nada nuevo, en el poblado todos la conocíamos, pero ya no la practicábamos. Si alguien dejaba que las brasas se apagasen accidentalmente en su casa, se las pedía prestadas al vecino. Nos pasábamos el fuego unos a otros, nadie perdía el tiempo haciéndolo.

Por fin, la chispa se convirtió en llama: mi tío lo había logrado. Echó mano de una bolsa de cuero que contenía astillas secas y de otra con madera.

—Escaparon del diluvio, arderán sin ahumarnos.

Formó un hogar en el centro de la choza y la combustión comenzó.

—¿Cómo quiere la carne mi sobrino? ¿Al espeto o a la piedra?

—Elige tú.

—¡A la piedra!

Una vez activado el hogar, colocó grandes lajas sobre él, y tan pronto se hubieron calentado, extendió sobre ellas las piezas de caza.

—Y ahora olfateas y esperas tranquilamente. Mientras aguardamos el festín, cuéntame lo que te trae por aquí.

Yo, tan poco dado a explayarme, se lo conté todo. Mi devoción por mi padre. Mi casamiento. La llegada de Tibor y su hija. Mi rechazo de Mina tras la irrupción de Noura. Mi deseo de tomar a Noura por segunda esposa. La herida de Pannoam, su convalecencia, su decisión de casarse con Noura.

En este punto del relato, Barak no pudo contenerse.

—¡Ah, esa víbora! ¡Es como la tiña! ¡Será vicioso! Muy propio de él. No presta atención a nada ni a nadie, a no ser que le señalen a alguien que… ¡Ha vuelto a hacerlo!

—¿Qué es lo que ha vuelto a hacer?

Mi tío se detuvo furioso.

—Nada. ¡Continúa!

Seguí hablando de mi docilidad, de mi regreso a Mina, de mis esfuerzos por aceptar la situación. Finalicé con la muerte de Mina y de nuestro hijo.

—Nada me retiene en el poblado. Y sobre todo no quiero verles las caras de felicidad a Pannoam y a Noura. ¡Es superior a mis fuerzas!

La manaza de mi tío aplastó la mía.

—Te entiendo, muchacho.

Luego escudriñó la parte superior de la cabaña como si buscase algo, vaciló y musitó:

—¿Y tu madre está muy triste?

—No hace más que llorar. Tiene bastantes razones para desesperarse. Todo el mundo la abandona: mi padre, yo.

—¡Ah!

Parecía conmovido. Le pregunté:

—¿Conoces a mi madre?

—No, no conozco a tu madre.

Taciturno, como abrumado, bajó la cabeza y no dijo una palabra más hasta que la carne estuvo lista.

Terminada la comida, la necesidad de reposo fue tan expeditiva como un golpe en la nuca. Durante dos días y tres noches, agazapado en la gruta, no había pegado ojo, desconfiado, vigilando al oso, pendiente del final del huracán. Después de un bostezo lastimero me tendí en la estera de Barak, aparté algunos excrementos de ratón y me quedé dormido como un tronco.

Cuando desperté, nos rodeaba la penumbra. Barak estaba mirándome.

—Hablas en sueños —aseguró.

—¿Con quién?

—Hablabas con un pájaro… Tratabas de atraparlo…, le suplicabas que volviese.

Me incorporé sobresaltado. ¡Mina! ¿Qué había sido de Mina? O más bien qué había sido de la curruca a la que había emigrado su alma. Me di cuenta de que la había perdido de vista en el momento en que había estallado la tempestad.

—¿Qué hacen los pájaros en una tormenta, tío?

—Lo mismo que nosotros: protegerse. Algunos lo consiguen y otros no. Esos perecen…

Recordé a Mina durante nuestra vida juntos; Mina aterrorizada por el oscurecimiento del cenit, el retumbar de los truenos, el estallido de los relámpagos, las ráfagas de viento; Mina encerrándose en nuestra casa; Mina escondiéndose bajo una estera; Mina, que seguía temblando, aunque hubiese salido el arcoíris. ¿Había resistido semejante desenfreno de la Naturaleza? ¿Había huido? ¿Se había refugiado en el roble? Si es así, ¿la habría alcanzado el rayo? ¿Yacía achicharrada con el tronco?

Me estremecí. Suponiendo que hubiese sobrevivido, el pajarillo me había perdido en mi huida por el bosque. Me imaginé la curruca chiquitita, bien muerta, bien abandonada, y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Tú me ocultas algo —dijo mi tío.

No respondí.

Barak se puso de pie, bostezó, se desperezó. Sus articulaciones crujieron. Nunca había conocido a un hombre como aquel; cabían en él tres como yo.

—¡Venga, vamos a ver el crepúsculo! —me ordenó.

Salió y lo seguí.

Tras salvar el muro de zarzas que camuflaban su cabaña, exigió que camináse mos a cierta distancia el uno del otro.

—Recuerda esta lección, Noam —precisó, saltando por encima de unos helechos—, ninguna marca debe señalar la cabaña. Siempre busco una ruta diferente para volver a casa, no hay que pisar las mismas hierbas ni aplastar los mismos musgos ni pisotear la misma tierra.

—¿No te pierdes?

—La ruta está indicada.

—No.

—¡Sí!

Observé el frondoso tapiz del bosque. Ni rastro de un camino.

Se rio.

—Levanta la cabeza, muchacho.

Escudriñé las ramas, en ese momento sin un color definido por la hora tardía.

—¿Lo ves? —insistió.

Señaló con el dedo una liana, visible a pesar de que el día declinaba. Luego otra. Y otra más.

—No tracé el camino en el suelo, lo he inscrito en el cielo. ¿Qué te parece?

Celebré su ingenio.

Desde aquel dosel arbóreo, las aguas continuaban goteando, infundiendo a la vegetación nueva vitalidad; la ortiga se elevaba hasta la altura de mis hombros, las enredaderas trepaban por los troncos. El bosque se oscurecía a cada paso y el desnivel que subíamos —a veces resbalando— se hacía más denso.

Pregunté a Barak el porqué de tantas precauciones.

—Con la fuerza que tienes, nadie se arriesgaría a enfrentarse a ti. Hasta un oso dudaría.

—¡Y que lo digas! Una vez me atacó uno y se arrepintió. Yo no: ¡menuda cobertura para el invierno!

—Entonces, ¿por qué te escondes?

—Para algunos, los Cazadores representan un peligro.

—¡Pero si te cargaste a cinco de golpe!

Se rio entre dientes, consciente de la ironía. Insistí:

—¿De qué tienes miedo, tío?

—¡Venga, camina! —me ordenó, con el ceño fruncido y un tono que no admitía réplica.

Llegamos a un enclave herbáceo, un boquete en el bosque que se abría al cielo. En lo alto, las estrellas. Abajo, el lago. Lo reencontré con alivio, como si fuese un miembro de mi familia, y exhalé un suspiro de gozo.

Barak me entendió, porque musitó:

—Aunque ya no soy de la aldea, sigo siendo del Lago. Igual que tú, supongo.

Asentí, hundiendo la cabeza entre los hombros. Experimentábamos la misma quietud, la misma unión indefinible.

El sol había desaparecido. El aire refrescaba. El aullido de un lobo saludó el descenso de las tinieblas. Su lúgubre e interminable lamento ponía de relieve la inmensidad de la Naturaleza.

Por encima de la tersura del lago, sólida, casi mineral, la luna parecía líquida. De ella manaban ondas de claridad que rielaban en la superficie, se extendían fluidamente y cubrían las orillas y los bosques contiguos, nimbando el paisaje con un barniz misterioso.

Me volví hacia mi tío.

—¿Por qué subiste un día al bosque para no bajar nunca más?

Se mordió los labios, tragó saliva y refunfuñó.

—Es una vieja historia…

Respeté sus reticencias. Desde la mañana, aquel ser solitario había hablado por los codos, más que en toda una estación. Me quedé absorto en la contemplación de las estrellas.

Ahora, el aullido del lobo emanaba desde los confines hasta los límites del mundo, en las fronteras del oído humano. Por lejana que fuese la voz sepulcral del carnicero, no me la quitaba de encima, ignorando si todavía la percibía o la soñaba.

Barak tomó la palabra de repente:

—Mi primer recuerdo es el de mi hermano Pannoam. Un recuerdo feliz. Veneraba a mi hermano mayor, admiraba su aplomo, su carácter, sus conocimientos, su inteligencia. Caminar a su lado me llenaba de orgullo. En cualquiera de las imágenes que vienen a mi cabeza, ya sean de ayer o de hoy, Pannoam es hermoso. En todas las épocas de su vida —tanto de niño como de adolescente, de joven o de hombre maduro— se mostró como un seductor. Si los Dioses le conceden salud, algún día nos enseñará a qué se parece un anciano magnífico. Yo, que de niño parecía un tallo esmirriado, estaba convencido de que su esplendor, al iluminarme, me avivaba, me fortalecía, incluso me embellecía. Como lo imitaba en todo —al jugar, al expresarme, al comer, en el comportamiento—, me atraía hacia él, es decir, hacia lo alto, cosa que le agradecía en silencio. Lo idolatraba. Necesitaba su presencia tanto como el beber. El trazado de mi existencia me parecía claro: quedarme al lado de mi hermano mayor hasta el fin de mis días. Desgraciadamente… Debería haber reflexionado.

Hizo una pausa, limpiándose el dedo gordo del pie. Temiendo que perdiera las ganas de seguir hablando, le pregunté:

—¿Sobre qué?

—Sobre si Pannoam me quería.

Me miró fijamente.

—Yo le profesaba un amor sincero, absoluto, sin reservas, pero ¿me quería él a mí?

Bajé la cabeza, abrumado por el eco que su pregunta suscitaba en mí; durante nuestro conflicto por el asunto de Noura, la dureza de Pannoam me había llevado a dudar de la sinceridad de su afecto.

Mi tío continuó:

—Pannoam inspira tanto amor que suponemos que él también lo siente. Pero el suyo es un caso peliagudo.

—¿Qué quieres decir?

—Pannoam quiere cuando y como le conviene.

Me estremecí ante lo acertado de sus palabras.

—Quiso a su hermano mientras ese vínculo lo satisfacía. ¿Qué mejor compañía, de hecho, que un niño que lo reverenciaba, que aprobaba sus palabras, sus actos, sus decisiones? Sin embargo, en la adolescencia, el pequeño resultó ser menos fácil de amar.

Barak señaló su cuerpo fornido.

—¡Mira el monstruo que surgió del mocoso que era! Nadie se lo esperaba, ni él, ni mis padres, ni yo. Aquel quejigo se convirtió en un roble. No paraba de crecer por todas partes. ¡Yo, que me había maravillado de la fuerza de mi hermano mayor, triplicaba la suya! Cada día le infligía la conciencia de su inferioridad.

—¿Celoso?

—Pannoam pertenece a esa clase de orgullosos a quienes no les afectan los celos. Se quiere tanto a sí mismo que no aspira a convertirse en otro. En cambio, detesta a todo aquel que lo eclipsa. En cuanto me di cuenta de que lo sobrepasaba, hice todo lo que pude para dejar de crecer y fortalecerme: ayuné, evité el ejercicio, me até con pieles, recé a los Dioses y a los Espíritus. Por prudencia, hice trampa en nuestras competiciones de hermanos: cuando corríamos, me las arreglaba para caer; cuando nos lanzábamos al lago, tragaba agua para nadar mal; cuando cazábamos, escondía parte de mi botín —con la musculatura de mis brazos y de mi espalda, mis flechas llegaban muy lejos y abatían presas de caza mayor—. En resumen, procuraba por todos los medios no dejarlo quedar mal. Por desgracia, la Naturaleza y los Dioses habían decidido otra cosa…

—¿Por eso te fuiste?

Carraspeó. Mi pregunta lo había desconcertado.

—Nunca me hubiera ido por eso. Primero, porque no podía creer que mi hermano dejara de quererme. En segundo lugar, porque lo quería con locura.

—¿Entonces?

Clavó sus ojos en la luna plateada y pareció no ver otra cosa. La luna iluminaba su gigantesco rostro granuloso.

Protesté:

—Barak, he sido sincero contigo. ¿No me merezco que tú lo seas conmigo?

Se aclaró la garganta, hizo un signo de despedida a la luna, me miró avergonzado, exhaló aire y, finalmente, acabó diciendo:

—Tu madre.

—¿Cómo mi madre? ¿No me has dicho que no la conocías?

Carraspeó de nuevo.

—Es que…

—¿Me has mentido?

—No te he mentido. Ganaba tiempo…

—¿Cómo?

—He dicho que no la conocía… como tu madre. La conocía… como Elena.

Su rostro se iluminó al pronunciar su nombre.

Lo miré estupefacto. Hacía años que no oía el nombre de mi madre. Nosotros, tanto su hijo como sus hijas, la llamábamos «Mamá», mi padre «mujer» y el resto de la aldea «jefa». «Elena» me turbaba, me la mostraba diferente, ajena, desnuda; «Elena» le confería una vida oculta, una consistencia inesperada. La forma en que Barak pronunció la palabra sonrojándose no evocaba a una chiquilla, sino a una mujer. Susurrar «Elena» con aquellos labios carnosos equivalía a besar.

Sonrió y, con la mirada perdida y los ojos entrecerrados, mirando al suelo en apoyo de su ensoñación, se sumergió en su pasado.

—Me había aventurado lejos, muy lejos del poblado, para pescar. La pesca me servía de pretexto. Con este cuerpo de mastodonte que me invadía y ante Pannoam, que se ponía tenso en mi presencia, me sacudían nuevas emociones que me inclinaban a la soledad. Intentaba aprender a vivir sin pegar mis pasos a los de mi hermano, mis palabras a sus expresiones, mis pensamientos a los suyos. Intuyendo su irritación, me odiaba por mi corpulencia, me reprochaba por ser yo, huía. Cada expedición me llevaba más lejos, exploraba riberas desconocidas, me bañaba en riachuelos escondidos. Ese día había seguido a unas garzas que se estaban dando un festín entre los juncos, señal de que allí pululaban truchas o lucios. Mientras avanzaba medio agachado, inspeccionando el suelo cenagoso, escuché una canción y luego descubrí una escena encantadora: Elena estaba lavando la ropa. Su voz, clara y fresca como el agua, se elevó por encima de los juncos y alcanzó el cielo. Me escondí emocionado entre las plantas. Contuve la respiración. Su rostro, igual que el timbre de su voz, rotundo, puro, seductor, me fascinó. El juego de los brazos, de aquellos hermosos brazos blancos y los hombros redondos, hizo subir la sangre a mis mejillas. Se me escapó un suspiro sin querer. Ella alzó la cabeza. Me puse de pie y, en lugar de gritar de miedo frente al gigante que surgía del agua, sonrió. Una inmensa sonrisa. Una sonrisa de sus labios rojos y sus dientes perfectos. No hubo necesidad de palabras. Fue amor a primera vista.

Barak bajó la voz, como si temiera que lo espiasen.

—Solíamos encontrarnos a la orilla del agua, un hábito que

rápidamente se volvió esencial para nosotros. Por aquel entonces, se planificaba el matrimonio de Pannoam, no el mío. Kaddour había elegido a Isa, la hija de Mardor, un jefe vecino. La elección satisfizo a Pannoam, pues su prometida era una joven bonita, limpia, tal vez algo fría, bien dotada, procedente de una familia rica que gobernaba una aldea de veinte casas. Pannoam me hablaba de ello con sereno placer, sin acaloramiento, instalado ya en la comodidad de una alianza ventajosa. A mí me daba miedo romper las reglas eligiendo yo a mi prometida, de modo que urdí una artimaña. Aproveché la fiesta de las luces, la que solemnizaba el día más largo del año, durante la cual los pueblos del Lago se reunían tradicionalmente en la llanura de los Caballos, donde, en tiempos pasados, había tenido lugar la batalla de Ilodé. Dicha celebración brindaba la oportunidad de comer y beber, de danzar y, sobre todo, de encontrar un esposo o una esposa. Me las arreglé para presentarle a nuestro padre la familia de Elena, que era hija de jefe, bueno, un pequeño jefe, o por decirlo mejor, el jefe de una pequeña aldea. A juicio de Kaddour, Elena no constituía una unión ventajosa para Pannoam, su primogénito y heredero; sin embargo, era suficiente para el hijo más joven. A la gente le hacía gracia vernos uno al lado del otro; yo, el gigante y ella, la encantadora chica del Lago; y, entonces, no sé si por efecto del vino o del calor, nuestros padres llegaron a un acuerdo en un santiamén. Nuestra estratagema había dado resultado y fingimos iniciar la relación. Esa noche, Pannoam y Elena se conocieron y volvieron a coincidir muchas otras después. La relación se desarrolló de manera cordial y educada. Cuando conversaba con Elena, nunca detecté un destello en los ojos de Pannoam que pareciera decir: «Es muy superior a Isa, me gusta más». Mi hermano ni siquiera imaginaba lo mucho que valía.

Se rascó la cabeza pensativo.

—Y ahí fue donde cometí una estupidez.

Atusándose la barba, con mirada apenada, murmuró:

—¡Qué imbécil!

Se dio un puñetazo en el pecho.

—Sí, a tiro pasado, descubrí mi error.

—¿Qué error?

Su rostro se demudó.

—Paso a paso, abrí mi corazón a Pannoam. Le confesé mi dicha, mi euforia, mi entusiasmo, nuestras citas, que me aceleraban el corazón, la dulzura de nuestros besos, el arrebato de nuestras caricias —aunque aún no hubiésemos yacido juntos—, mis sueños magnificados por la imagen de Elena, mi despertar en el que le dirigía tiernas palabras. A partir de ahí, Pannoam confundió…

Barak hizo una pausa. Lo animé a seguir:

—¿Qué confundió?

—Su caso y el mío. Como él no sentía por Isa lo mismo que yo por Elena, llegó a la conclusión de que no era culpa suya, sino de Isa. Supuso que Isa no inspiraba amor, mientras que Elena sí lo inspiraba. Como quería sentir lo que yo sentía, me robó a Elena.

Lo miré boquiabierto. Elena…, Noura… Veinticinco años después, mi padre se había comportado de la misma forma. Ahora comprendía la furiosa exclamación de Barak durante mis confidencias: «¡Lo ha vuelto a hacer!». Rapiñar a su hermano… Timar a su hijo… Pannoam no miraba a una mujer, miraba la mirada de un hombre sobre una mujer. No elegía ni palpitaba por sí solo: le hacía falta el deseo de un ser querido para fijarse en la elegida y, por mimetismo, insuflarse de pasión.

Adivinando lo que pasaba por mi cabeza, Barak me dejó rumiar los pensamientos que me inquietaban. A medida que lo trataba, me daba cuenta de que aquel feroz gigantón estaba dotado de una sensibilidad exquisita, propenso a la exaltación, sin duda, pero delicado en sus sentimientos, atento a no herirte.

Sentados en un ribazo, rodeados de un silencio en el que el vuelo de una rapaz, el leve roce de una hoja, el más tenue ulular de un búho subrayaban su intensidad, pensamos, abrumados, en la violencia del pasado.

Se oyeron los aullidos del lobo. Sentimos escalofríos. Estaba cerca. Su ronco canto anunciaba la caza, la captura, la muerte, las entrañas de la presa arrancadas del vientre por dientes asesinos.

—Mi padre…, ¿cómo te… robó a mi madre?

Barak se levantó y empezó a dar vueltas.

—Al principio, no sospeché de su plan.

Se quedó quieto y me miró fijamente.

—Esta historia puede resultarte desagradable, Noam.

Titubeó, contuvo la respiración, se rehízo y se decidió a hablar:

—Kaddour nunca habría cambiado de opinión: Pannoam se casaría con Isa, la hija de Mardor, una unión necesaria para el poder, la riqueza y la paz. Kaddour no transigía en nada concerniente a la sucesión. Mientras que a mí me permitía fantasías, exigía obediencia ciega a Pannoam, una entrega acorde con la tarea que heredaría. Pannoam no debería desviarse de su destino como jefe.

—¿Entonces?

—La aldea que gobernaba Mardor decayó. Fue objeto de invasiones, saqueos, pillajes, raptos. Los Cazadores concentraron sus ataques en el poblado. En pocas lunas, se empobreció en reservas, en

rebaños, en huertos, en pastos y luego en hombres, porque las hostilidades acabaron en derramamiento de sangre. A Mardor lo degollaron durante una reyerta; de todas formas, para entonces, lo único que le quedaba por perder era la vida.

—¿E Isa?

—No era necesario que muriese.

—¿Cómo?

—Furioso como nunca lo había visto, Pannoam acusó a Kaddour de obligarlo a casarse con una huérfana indigente que llegaba de una aldea arrasada. Kaddour se disculpó. Pannoam aprovechó ese momento de debilidad para pedirle a Elena. Mi padre me llamó —yo volvía de las colinas, donde había abatido mi primer oso— y, sin darme tiempo para presumir de mi hazaña, me explicó que la primogenitura me obligaba a ceder a Elena a mi hermano.

—¡Los Dioses y los Espíritus siempre han favorecido a Pannoam!

—Los Dioses y los Espíritus no tienen nada que ver con eso.

—Aun así… El poblado de Mardor reducido a la nada…

—No invoques ni a los Dioses, ni el azar, ni las circunstancias. Pannoam lo organizó todo.

—¿Cómo? ¿Insinúas que mi padre…?

—No estoy insinuando, tengo pruebas.

—¿Qué pruebas?

—El testimonio de los Cazadores.

—¿Qué Cazadores?

—Aquellos a los que pagó para destruir, robar y matar.

—Los Cazadores viven aparte y…

—Algunos se venden al mejor postor. Recorren el mundo en grupo. Su odio a los Sedentarios puede más que sus escrúpulos. Si se les indica dónde intervenir, cómo entrar, qué coger y a quién apuntar, cuestan poco. Por unos sacos de trigo, te destripan. Por aquel entonces, yo era tan inocente como tú y jamás habría sospechado semejante maniobra. Pensé que me enfrentaba a una orden abusiva de mi padre. A mis ojos, Pannoam seguía siendo inocente. O incluso una víctima.

—¿Qué le respondiste a Kaddour?

—No supe qué decir. Me quedé petrificado.

—¿Tú?

—Los músculos no llevan aparejada inteligencia. La mía es muy lenta.

—¿No defendiste tu causa?

—Estaba en un brete. Por un lado, amaba a Elena; por el otro, quería a Pannoam. Deseaba su felicidad. Y debía obediencia a mi

padre.

—¿Y qué hiciste?

—Esa noche me fui sin hablar con nadie.

—¿Sin ninguna explicación a Pannoam ni a Elena?

—Al día siguiente, recibieron una explicación: mi muerte.

Lo miré, desconcertado.

—Busqué un claro cercano al poblado e hice creer que había luchado. Un simulacro. Derramé sangre de jabalí en el suelo, en las piedras, en los troncos. En varios lugares, colgué jirones de ropa, como si un depredador me la hubiera desgarrado. Luego sugerí un camino por donde habría huido, abandonando mi zurrón, mi arco roto, mis flechas destrozadas, deshaciéndome de los objetos que llevaba encima junto con mi ropa hecha trizas. Acabé desnudo en las rocas que dominaban el lago, donde, el día anterior, había ocultado el cadáver del oso del que tan orgulloso me sentía. Al amanecer, cuando los pastores aparecieron por las laderas, llamé su atención a grito pelado y, levantando el cuerpo del oso, fingí un enfrentamiento con él. Me golpeaba, me aplastaba, gruñía, rugía mientras yo simulaba la derrota, el agotamiento. Finalmente solté un grito de angustia y rodé por el acantilado, abrazado a la bestia. La corriente nos arrastró a ambos, al oso y a mí, porque en ese lugar la irrupción de un arroyo torrencial creaba un fuerte remolino. Soy buen nadador, así que me hice el muerto y me dejé llevar por el agua. A lo lejos, vi a los pastores agitándose nerviosos, señalando los dos cadáveres a la deriva… Y así es como me declararon muerto por el ataque de un oso.

Se golpeó las piernas con los puños. Incluso años después, su historia seguía enfureciéndolo.

—Por la noche, dejé caer el cadáver en medio del lago y nadé hasta desembarcar aquí, desnudo, sin nada conmigo. Desde entonces, vivo en este lugar.

—Pero ¿por qué lo hiciste, Barak?

—Quería que Elena se sintiera libre de casarse con Pannoam. Conmigo vivo, nunca lo aceptaría. Conmigo vivo, Pannoam no la desposaría, la violaría. Estando yo vivo, su matrimonio se convertiría en un suplicio. Conmigo vivo, ni Elena ni Pannoam conocerían la felicidad.

Examiné la silueta sentada a mi lado, doblada, encogida. A pesar de la oscuridad, noté que sus párpados temblaban. Barak luchaba contra la emoción.

—Solo pensé en ella. Solo pensé en él. Desaparecí.

Resopló, inspiró aire, lo exhaló y luego miró a la luna con lágrimas en los ojos.

—Incluso albergué la esperanza de que, llorando mi muerte, Elena hallaría una suerte de fidelidad casándose con mi hermano.

*

Barak me enseñó la vida salvaje. Sin que ninguno de nosotros lo propusiera, nos quedamos juntos, compartiendo nuestras cacerías, nuestra pesca, nuestras comidas, nuestras siestas, el sol, los chaparrones, la choza de pieles erizada de zarzas. El acercamiento se impuso como una evidencia. Estábamos unidos por lazos de sangre, por supuesto, pero nuestra auténtica familiaridad provenía de un destino común, el de ser ambos víctimas de Pannoam.

Sin embargo, al que nos había robado nuestras promesas condenándonos a la reclusión, no lo incriminamos. ¿Por qué?

—Cuando amas, nunca dejas de amar. El amor se transforma, no se va.

Barak me planteó esta reflexión un día y estuve de acuerdo con él. Podíamos reprochar a Pannoam su conducta, pero no lo odiábamos. Más que rencor, experimentábamos una decepción preñada de tristeza. En ese desengaño, asumíamos nuestra parte de responsabilidad: si Pannoam caía, era porque lo habíamos encumbrado. Para recuperar la sobriedad es necesario haberse emborrachado. Cegados por su encanto, incapaces de mostrarle un afecto equilibrado, sensibles a su soberbia, pero inconscientes de su egoísmo, nos había faltado cordura. Por su parte, al considerarnos insignificantes, Pannoam no había cambiado, se había revelado.

Nosotros habíamos cambiado. Él no.

Decepcionados, cifrábamos nuestra convalecencia en alejarnos de los envites sociales que simbolizaba Pannoam. ¿Que nos habían traicionado los hombres? ¿Que las mujeres se nos escapaban? ¡Qué más da! La Naturaleza se convertía en nuestra compañera, nuestra fuente de admiración, nuestra dicha. En mi opinión, mi tío y yo éramos iguales: buscábamos el encantamiento.

Por eso parloteaba Barak. Venerando a los pájaros, deleitándose con los frutos, arrojándose al agua, enraizaba su elección del exilio. Con las palabras del viejo mundo, justificaba su nuevo mundo. Empujado por una propensión innata al placer, acabó creyendo que había elegido la mejor opción, llegando incluso a agradecerle a su pasado el haberle obligado a romper con todo.

—¿No vivimos mejor aquí que en la aldea, muchacho? Si tengo sueño, duermo. Si me apetece correr, corro. Si me entra hambre, extiendo el brazo.

Veía su soledad como una liberación, no como una privación.

—Acuérdate de tus días en el poblado: se componían únicamente de tareas. Tenías que trabajar como un burro para que tus compañeros trabajasen. La cosa funciona así: se divide el trabajo para aligerarlo, y resulta que esa división lo agrava. Cada uno acaba prisionero de su carga, cada uno obliga a sus vecinos a un confinamiento igual. Se vive para trabajar, en lugar de trabajar para vivir. ¿Qué has ganado viniendo al bosque? Disponer de todo el día para ti.

Yo asentía. De vez en cuando, me preguntaba si no exagerábamos —el hilo que separa la sinceridad de la jactancia a veces es muy fino —, pero me convenía más fingir que había decidido aquello por lo que estaba pasando.

Barak me emborrachaba con palabras. Nunca había conocido un conversador más locuaz que aquel ermitaño. Parloteaba de la mañana a la noche, describiendo el panorama, las nubes, el estado de la vegetación, su digestión, detallando lo que estaba haciendo o lo que estaba a punto de hacer, entablando discusiones sobre mil y un asuntos. ¿Compensaba con ello sus años de silencio? ¿Recuperaba el tiempo aprovechando que tenía un compañero? Sea como fuere, descubrí que, a pesar de sus negaciones, nada repugnaba tanto a su temperamento sociable como la separación.

A fuerza de conciliar contrarios, Barak acabó convertido en un paradigma de tensiones: solitario, amaba la compañía; aislado, hablaba por los codos; ardiente, se derretía de dulzura; violento, irradiaba ternura.

De igual modo, oscilaba entre el pudor y el impudor. Hábil para disimular sus sentimientos —sobre todo su delicadeza—, en cambio exhibía su cuerpo. Lo veía desnudo, al despertar, al acostarse. Ninguna función física interrumpía su parloteo; ni con el pene en la mano, dirigiendo su poderoso chorro de orina, dejaba de responderme; incluso en cuclillas, empujando el excremento reacio hasta ponerse púrpura, seguía hablando.

Su actitud, aunque tosca, tenía un carácter sano que me obligaba a interrogarme sobre nuestros comportamientos. ¿Por qué avergonzarse del cuerpo? ¿Por qué, por vergüenza, ocultar lo elemental? Al orinar o defecar frente a mí, mi tío me sorprendía, no me disgustaba. De su ausencia de vergüenza emanaba incluso cierta sabiduría: «Soy un ser natural en el seno de la Naturaleza», parecía afirmar. Me enseñó que el pudor era una convención artificial. ¿Los hombres se creen hombres por respetarla? No actúan como hombres, solo como seres sociales. Aprendí a comportarme de una manera más desprejuiciada.

En cambio, la franqueza erótica de Barak me molestaba. Ya no es

que se pasease con el sexo al aire, es que lo lucía en ristre. No sé cuántas veces le oí comentar con asombro su erección. Mañanas sin cuento.

—¡Anda que no estamos en forma! —no se cansaba de decirle a su verga, muerto de risa.

No contento con ello, me tomaba por testigo enseñándome su glorioso artefacto —«Fíjate, chaval, mira lo que me pasó esta noche: ¡pegué el estirón!»—, y salía de la cabaña para aliviarse. Tampoco es que se alejase mucho, pues distinguía la agitación de su mano, sus jadeos, luego espasmos y gruñidos y, finalmente, un rugido atronador. En Barak todo era desmesurado… A su regreso, se empeñaba en comentarlo:

—Uno no se cansa nunca de esto. Cada vez es como la primera. ¡Qué felicidad!

Después de unas cuantas veces, no tardó en preguntarme:

—¿Tú no te masturbas, muchacho?

Me miraba jovial, animándome, un tanto preocupado.

Me azoré, tal vez debería haber confesado lo inconfesable, lo más íntimo, mis abrazos con el Haya. Pero me cerré en banda.

Él se encogió de hombros.

—Échale una mano a la Naturaleza cuando te pida ayuda. Es bueno para ti, para tu estado de ánimo, para tu salud.

Reaccioné de forma odiosa; en lugar de decir la verdad, adopté una expresión docta, severa, la de un adulto que castiga a un mocoso, explicándole que yo hacía el amor con una mujer desde los trece años y que no me esparcía inútilmente.

—Ah, ¿necesitas una mujer? —replicó con calma—. Normal. Lo entiendo. Si es eso, conozco… ¿Quieres eso? Pues no se hable más. Eso corre de mi cuenta.

—¿A qué te refieres con «eso»?

—A una mujer.

—Cualquiera diría que me ofrecieses una manzana.

—Una manzana solo se puede morder una vez.

Me lanzó una mirada de complicidad antes de dejar la cabaña.

—Hablamos de eso cuando quieras…

Barak me enseñaba a dejar de lado mi punto de vista aldeano, mi actitud a la defensiva.

Por ejemplo, mientras que los Sedentarios la aborrecían, él disfrutaba de la tormenta. En su opinión, más que venganza, la lluvia reflejaba la mansedumbre de los Dioses y los Espíritus. «Lo que es bueno para las plantas, los árboles y los animales es bueno para mí.»

Juntos, aspirábamos la suave e imperceptible bruma que vaporizaban las gotas. Barak me ayudaba a admirar la lúgubre nobleza con que el aguacero adornaba el paisaje, a apreciar la desaparición del cielo, el desvanecimiento de las sombras, la simplificación de los colores. La lluvia alargaba los objetos mientras que el sol los aplastaba; su delicada penumbra aportaba consistencia a los troncos, a las ramas, a las rocas, como si se rehidrataran instantáneamente. Todo aparecía en plenitud.

Cuando terminaba la tormenta, apreciábamos sus efectos retardados, la exaltada fragancia de la tierra, la corriente danzarina del arroyo, el ascenso de la savia, la hierba que se erguía, las flores abiertas, las hojas relucientes, la viveza de los pájaros, el azul celeste que exhalaba un hálito purificado.

Una mañana me dijo que nos íbamos a caminar.

—¿Adónde, tío?

—¡Qué pregunta más tonta!

Avanzaba con zancadas tan largas que lo seguí sin rechistar.

Al cabo de un rato, en una loma pelada desde la que se contemplaba el lago hasta el infinito, volví a hacerle la misma pregunta:

—¿Adónde vamos?

—Caminamos. ¿No te has dado cuenta?

Y se internó en el laberinto vegetal.

Después de un interminable descenso, señaló un roble que se había derrumbado. La corteza nos ofrecía asiento.

—Hagamos un alto.

En aquella arboleda de lisas columnas, los rayos del sol penetraban a través del follaje, pintando franjas oblicuas en las que danzaban los insectos. Millones de alas batían en el letargo del día. El bosque, tupido y vivo, era una zarabanda de trinos, de zumbidos, de chirridos, de graznidos, de revoloteos.

La repentina luminosidad reveló un calvero detrás de los troncos. Allí acudía un grupo de esbeltas ciervas de ojos perfilados, gráciles, elegantes, la pata fina y ligera. Su gracia lenta daba la impresión de que el tiempo se había detenido para que nos deleitásemos con el espectáculo.

Llegaron dos machos. Temblores en el harén. Los adversarios se colocaron en posición de lucha, apuntaron sus astas uno hacia el otro y se retaron. La rivalidad brillaba en sus pupilas oscuras, los ollares palpitaban de rabia. ¿Por qué hembra competían?

Barak me sonrió.

—Hombres, animales: ¡las mismas preocupaciones!

No siempre se entablaba el combate, solía quedarse en intimidación. Las pezuñas marcaban el suelo, imprimiendo la furia de una sangre feroz.

Uno de los ciervos bramó, pateó, dispuesto a cargar. El segundo dobló la cerviz, inclinó la cabeza hacia la derecha y, luego, con un salto brusco, como quien no quiere la cosa, emprendió la retirada de costado hacia el lindero del bosque. Renunciaba. El primero hinchó el majestuoso pecho y miró triunfante a las hembras.

A Barak se le congeló la sonrisa en la cara. Acababa de identificarse con el que abandonaba el asalto. Cuando se volvió hacia mí, me di cuenta de que también me había reconocido en el vencido.

De los arbustos brotó un crujido y, de repente, cual agua que se turba, las ciervas huyeron como por ensalmo. El claro quedó vacío. Casi podríamos dudar de haber visto aquellos sedosos animales; parecían un secreto bien guardado que el bosque mostraba y hurtaba.

—Comamos unas nueces —dijo Barak.

Disfrutamos de aquel acogedor remanso bajo la cubierta vegetal. Todo allí saludaba a la vida, los pimpollos de los robles, los enhiestos chupones, las matas de tallos que crecían en el tocón del árbol abatido.

—¡Qué esplendor! —susurré—. ¿Querías enseñarme este rincón?

—En absoluto. No sabía adónde íbamos a llegar.

—¡Vaya!

Se levantó, listo para regresar.

—Camino para saber adónde voy.

A medida que deambulábamos por el bosque, me daba cuenta de que Barak no mentía. No preveía adónde lo llevaban sus pasos, avanzaba porque sí, por el puro placer del gasto físico, por el placer del descubrimiento.

—Tan pronto como te diriges a un punto, ya no ves nada. El trayecto se vuelve aburrido.

Me invitó a dejarme sorprender, a acoger lo que nuestro deambular nos procurase.

—Ahí radica lo esencial: saborear. Cuando sabes adónde vas, te conformas con seguir tu camino.

Vivir el instante. Poner la meta en segundo plano. Las lecciones de Barak se contraponían por completo a las de Pannoam.

La luz disminuyó.

—Regresemos, tío. Indícame el camino.

—No. Es tu turno.

—Pero…

—Si te lo indico, te privo de la posibilidad de perderte.

Me rogó que lo precediera. Desconcertado, deseoso de no parecer ni torpe ni irresoluto, avancé con firmeza en una dirección arbitraria.

La noche se nos echó encima.

Me detuve.

—Creo…, creo que me he perdido.

—No pasa nada —replicó.

Tomó las riendas y, en menos de lo que canta un gallo, encendimos un fuego y repusimos fuerzas. Luego, allanó el suelo para formar dos lechos.

Manifesté mi preocupación:

—¿Encontrarás el camino?

—No lo recuerdo en absoluto.

—¿Y qué haremos entonces?

Se inclinó hacia atrás.

—Levantar la cabeza.

Señaló la bóveda negra salpicada de estrellas.

—Los Dioses del cielo nos ayudarán.

Las estrellas ofrecían puntos de referencia a quien las observaba: la constelación del Pequeño Renacuajo y la del Gran Renacuajo, cuya cola terminaba con la estrella más brillante[11].

—Esa indica lo alto del lago.

De este examen, sacó una conclusión:

—Mañana iremos en esa dirección.

Barak tenía razón. Por partida doble.

En primer lugar, su intuición nos llevó a casa. En segundo lugar, fijar un destino le quitaba interés al viaje. A diferencia del día anterior, concentrado en el regreso, no me deleité con los distintos lugares que cruzamos.

Llegamos a la cabaña al anochecer. Mientras me untaba de grasa los pies ardientes de ampollas, miré a Barak, que deambulaba desnudo de aquí para allá sin dejar de canturrear con su voz áspera y poderosa, luego, se frotó la piel llena de cicatrices y se masajeó los genitales.

Me asaltó una sospecha. ¿Sería él? ¿Sería él el monstruo?

Lo que había dicho durante nuestra discusión me martilleaba en la cabeza: «¿Necesitas una mujer? ¿Quieres eso? Pues no se hable más. Eso corre de mi cuenta».

Corría un rumor por el Lago: el oso raptaba a las jóvenes. Le encantaba unirse a ellas. Se decía que las encerraba en su guarida y las poseía. Cuando parían, el recién nacido era mitad hombre, mitad oso, un bípedo completamente peludo y dotado de un poder excepcional.

A causa de su intrigante reflexión, me pregunté si no sería él quien se escondía detrás de las desapariciones. ¿No sería Barak el oso que secuestraba a las jóvenes durante la noche? De lejos, a la luz de la luna, cualquiera podía equivocarse y confundir su silueta con la de un oso…

—Tío, ¿has oído hablar del oso que secuestra a las mujeres del Lago?

Rezongó sin mirarme:

—Sí.

—¿Y tú qué piensas?

—¿Yo?

Dejó de rascarse y me miró fijamente.

—Estoy harto de oír esa tontería desde que era niño.

Y, con una risa sarcástica, concluyó:

—Ya me gustaría a mí conocer al primero que vio el oso.

Comoquiera que no lo entendiese, insistí:

—¿Por qué?

—Ese tipo tuvo un desliz y luego disfrazó su fechoría denunciando a un culpable que aterroriza a los habitantes de los poblados. Después, otros cabrones de la misma calaña repitieron y se aprovecharon de su mentira. ¿Cuántas generaciones hace que dura esto?

Hizo crujir los dedos.

—El oso no codicia a nuestras hembras, lo he observado. El oso solo se aparea con la osa y, aun así, nunca en exceso, una vez cada dos años y para de contar. No lo dudes: los Sedentarios que raptan y violan son los que han inventado la historia del oso. ¡Qué villanía! Me dan asco.

Me había convencido, pero quería despejar mis dudas.

—Tío, ¿tomas a una mujer sin que ella lo acepte?

—¿Qué?

—Si sientes ganas…

—Noam, si tengo ganas, ¡me alivio! ¡Yo solito! Pensé que lo habías notado porque todas las mañanas me ves irme y volver tan runflante. A ver, chaval, ¿para qué crees que nos ha dado manos la Naturaleza? Incluso llega con una.

—Si tuvieses ganas de… No en general, sino de una mujer en particular…

—Pues qué…

—¿La forzarías si ella te rechazara?

—Eso ya me ocurrió.

—¿Qué?

—Ver el horror en los ojos de una mujer. Y se me quitaron las

ganas.

—Ah…

—Es más, perdí las ganas durante mucho tiempo. Compartí su opinión: me encuentro monstruoso.

—Pero, tío, tú puedes… gustar.

Pestañeó, resopló y tosió, incapaz de ocultar su emoción.

—Ya lo sé… Le gustaba a tu madre… No habría necesitado a nadie más en toda mi vida.

De pronto, dejó de soñar y me apuntó con el dedo.

—Ah, ya sé por qué me haces estas preguntas… Es porque me ofrecí a proporcionarte una mujer ¿no?

Bajé la cabeza, avergonzado. Se echó a reír dándose palmadas en los muslos.

—Ay, sobrino…, sobrino…, quería decir «llevarte a ver a una mujer», una mujer que estaría dispuesta a acostarse contigo. Sé dónde buscar.

—¿Cómo?

—Sé de unas Cazadoras que…

Retrocedí espantado. ¿Había oído bien? ¿Mi tío me sugería un coito con una Cazadora?

Él interpretó que mis ojos desorbitados expresaban deseo.

—Iremos. Aunque antes habrá que sacrificar una cierva, y un jabalí, un regalo a la altura porque…

—Pero, Barak, ¡una Cazadora no es una mujer!

—Ah, ¿no? ¿Y qué demonios es entonces?

—Un animal.

—Pues como tú y como yo, sobrino, que también somos animales.

—Hay razas superiores y razas inferiores.

—¿De dónde sacas eso, chaval? Si algo he aprendido en los últimos años es que los prejuicios de los Sedentarios respecto a los Cazadores y las Cazadoras son parecidos a los cuentos para dormir. Sirven a los intereses de algunos. Cuando lo que se pretende es encadenar a la gente con cuerdas invisibles, se recurre a ese tipo de leyendas. ¡Superior, inferior! ¡Humano, no humano! ¡Civilizado, bárbaro! Patrañas… El charlatán se las da de sabio y el incauto traga y agradece. Si tu padre no hubiera utilizado el miedo y el desprecio a los Cazadores, habría logrado…

Dejó la frase en suspenso.

—Bueno, será mejor que me calle.

—Eso sí que es raro… Que tú te calles.

—Me callo por tu bien. Mejor dicho, por las ilusiones que te quedan…

Pese a su locuacidad, mi tío guardaba secretos. Ante mi porfía, me prometió revelármelo más adelante.

—¿Por qué no ahora? —insistí.

—Cuando seas capaz de entenderlo.

—O cuando tú seas capaz de decírmelo…

Guardó silencio: había dado en la diana.

Disfruté enormemente durante el tiempo que pasé con Barak. Mi tío había elegido el lado luminoso de la vida. Como era melancólico y alegre a la par, prefería la alegría. Siendo activo y perezoso a la vez, cultivaba la ociosidad. Aquel encantador compañero, aunque sanguíneo, jamás perdía el humor. Si me burlaba de sus manías —masturbarse mirando al lago, bañarse a diario en agua fría bramando como un ciervo, borrar toda huella de acceso a su cabaña—, nunca se ofendía, y respondía:

—¡Un poco de respeto, chaval! No olvides que estás hablando con un muerto.

Él, tan clarividente, se fingía invisible. Incluso veinticinco años después, se empeñaba en acreditar la idea de su desaparición.

—¿Por qué no te instalas más lejos, Barak? Así no tendrías que esconderte.

Suspiró, molesto por la pregunta, pero aliviado de que se la hubiese hecho.

—Lo he intentado…

Me contó su intento, dos años después de su exilio, cuando pensaba haber completado el duelo de su amor por Elena. Sin darse cuenta, había caminado varias lunas, en sentido contrario de la estrella brillante, más allá de los horizontes que percibimos desde aquí.

—Me detuve en una aldea. Me aceptaron. Para mi sorpresa, me trataron estupendamente. Mi apariencia impresionaba a aquellas gentes. Exhibir un coloso les parecía una sabia protección. No tenía que hacer nada, excepto mostrar que vivía allí, deambulando entre las casas. Un día, el jefe decidió concederme a su hija. La rechacé.

—¿Por fidelidad a Elena?

Me miró asombrado: no se le había ocurrido. Rechazando la idea, reflexionó sobre lo que siempre había pensado.

—Adondequiera que fuese, mi aldea iba conmigo: la nueva siempre me parecía peor que la mía. Cuando me fui, llevé a mi prometida conmigo: la nueva no le llegaba a la suela de los zapatos. Todo parecía ser menos. Puestos a unirme a una mujer, prefería a Elena. Puestos a vivir en un poblado, prefería el mío. Aquel se parecía mucho, pero no lo bastante. Eso me amargaba la vida. Llegué a la conclusión de que

solo me casaría… con la vida salvaje.

Dejó resbalar un poco de arena entre los grandes dedos agrietados.

—Noam, si te propusiese largarnos, para instalarnos en otro lugar a muchos días de marcha, ¿me seguirías?

—Pues… ¡qué sé yo!

—¡Venga, nos vamos ahora mismo! ¿Vienes?

En mi fuero interno sabía la respuesta. Y me angustiaba. Mi decepción era tal que escarbé en lo más profundo de mí para encontrar un deseo de lo desconocido. Por desgracia, el no se impuso, terco e imperioso, y acabé confesándolo. Mi tío asintió, poco sorprendido.

—Necesitas estar cerca de ellos.

—¿De quién?

—No se deja aquello de lo que se huye. Solo nos alejamos de ello.

Barak me llevaba a recolectar y a cazar casi a diario. Nada le desagradaba más que la previsión.

—¿Provisiones? ¡Qué horror! Así es como hizo Pannoam dependientes a los habitantes del poblado. Producir, apilar, conservar, vigilar, distribuir, planificar, ese es el camino de la esclavitud. Se convencen de que poseen cosas cuando son las cosas las que los poseen. Antes no era así.

—¿Antes?

—Pannoam nos hace lo mismo que a los muflones, las cabras, los uros y los perros: nos transforma en dócil rebaño. Al mismo tiempo que el animal doméstico, inventa al hombre doméstico. La sumisión gana terreno. Nadie vive libre. Cada niño nace con trabas de leyes, reglas, obligaciones, en las que ha de encajar. ¿La única salida, Noam? Irse, borrar todo lo que nos enseñó. Por lo tanto, yo no practico la previsión y nunca la practicaré, como exige la vida salvaje.

—Sin embargo, cuando te conocí, estabas levantando trampas, Barak.

—¡Poner trampas es cazar!

—Poner trampas es prever.

—La tormenta me impedía salir, tenía que…

—¡Preverlo!

—¡Un respeto, chaval! No olvides que estás hablando con un muerto.

Obstinado, Barak oponía el mundo de ayer al mundo de hoy. El antiguo le parecía natural, el de ahora desnaturalizado, los hombres habían cobrado demasiado protagonismo en él. En vez de liberarse de las trabas físicas, al fin y a la postre fáciles de satisfacer, habían creado trabas suplementarias, sociales, morales, espirituales,

numerosas y pesadas trabas que los encerraban en la aldea como en una prisión[12].

Un día en que nos sonrió la suerte, logramos una caza extraordinaria, mucho más de lo previsto: cuatro jabalíes fuliginosos de gran porte, cuatro imponentes jabalíes cuyos colmillos cruzaban el hocico carbonoso, cuatro jabalíes que, aun tiesos, parecían dispuestos a embestir. Barak estaba exultante:

—¡Qué gran día, muchacho! Buen tiempo, buena caza, ¡menudo festín! Nos merecemos una mujer, ¿no?

Me soltaba esta frase cada vez más a menudo. Yo siempre fingía no haber oído y él se divertía muchísimo.

—Mi sobrino se vuelve sordo tan pronto como se pronuncia la palabra *mujer*. Es una extraña enfermedad… El problema es que solo se cura con una mujer.

Ese día me pinchó todavía más:

—¡Vaya, vaya!, juraría que tu sordera está mejorando.

Refunfuñé. Se rio todavía más y añadió:

—No espero una respuesta inmediata, Noam. Ya volveré a preguntarte.

Después de una siesta bajo un árbol, gritó, desperezándose:

—Hay un torrente cerca. Voy a bañarme. ¿Vienes?

Preferí quedarme tumbado tranquilamente sobre el musgo, contemplando las interminables procesiones de hormigas. Se alejó canturreando.

La tarde avanzaba, pacífica, fragante. Barak volvió enseguida, completamente seco, y se sentó a mi lado.

—Noam, ¡por poco me descubren!

—¿Quién?

—Un hombre al que he visto otras veces merodeando por la aldea.

—¿Cómo era?

—Un hombre con un manto, un enorme manto negro.

—¿Pelo gris, demacrado? ¿Hurgando en las zanjas y los taludes?

Me di una palmada en la frente y exclamé:

—¡Tibor, el padre de Noura!

Sin saber muy bien por qué, la presencia de Tibor me conmovió.

Barak se hizo cargo de la novedad asintiendo con la cabeza y luego preguntó desconfiado:

—¿Por qué anda husmeando por aquí?

—Recoge plantas medicinales.

—¿Tan lejos del poblado?

—Es raro, sí, pero tampoco tanto.

Mentí deliberadamente. Tibor regresaba de sus expediciones al anochecer, lo que limitaba su campo de investigación. Una idea se abrió paso en mi mente: Tibor me estaba buscando. La idea me disgustó, así que la rechacé.

Barak concluyó:

—Me escapé de él. De todas formas, no creo que me hubiese reconocido.

Mi tío me parecía enternecedor cuando se mostraba preocupado por la discreción.

—No te preocupes, Barak, tu desaparición fue un éxito. Jamás me habló nadie de ti. Aparte de que el asunto atormente tanto a mi padre como a mi madre, te suponen muerto.

Me miró indeciso. Insistí en calmarlo:

—Solo yo conozco la verdad.

Chasqueó la lengua varias veces, frunció los labios y luego murmuró:

—Te equivocas.

—¿Cómo?

—Alguien más la conoce: Pannoam.

Aturdido, miré el rostro granuloso de mi tío. Desvió la mirada.

—Mi hermano supera a sus semejantes en inteligencia. Nada que los engañe a ellos puede engañarlo a él. Mis pistas, mis huellas, mi grito en el momento en que los pastores podían verme, mi caída en un paraje en donde nadie podía socorrerme… Era tan evidente, tan pensado, tan perfecto que por fuerza tuvo que desconfiar. Ocurría en el momento oportuno. Sospecho que adivinó mi estratagema y que la aprobó fingiendo creer en mi muerte. Ganaba mucho con ella. Una mujer y la felicidad.

—Barak, todo eso es producto de tu imaginación.

—Quizás. Pero, de todas formas, ahora lo sabe.

—Bah…

—Me vio cuando lo libré de los cinco Cazadores que lo atacaban. Lo delató el pánico que vi en sus ojos. Mientras se defendía de sus agresores, expresaban la angustia del que va a morir. Tan pronto como intervine, reflejaban un miedo diferente, el de encontrarse con un aparecido, un fantasma del pasado. Lanzó un grito de pánico y se desmayó.

Cada vez que le mencionaba a su salvador, al misterioso coloso, Pannoam me repetía que había perdido el conocimiento; cuando insistía, se encerraba en un hosco silencio, que solo rompía para decir secamente: «Tibor me salvó». Dicho comportamiento podría ocultar la verdad que desvelaba mi tío. Cuantos más detalles contaba Barak, más

me percataba de que mi padre guardaba un sinfín de secretos, incluso secretos abyectos.

—¿Qué estabas haciendo en las afueras de la aldea ese día?

Barak estuvo a punto de responder, pero se mordió la lengua.

—Esa es otra historia…

Se levantó.

—Bueno, basta de cháchara. ¡Qué día tan maravilloso, sobrino! Nos merecemos una mujer, ¿no crees?

Me sonreía, con los ojos entrecerrados, instándome a seguirlo con un ademán.

—Todavía no…

Se echó a reír.

—Vaya, todavía no… Estamos progresando, muchacho. ¿Algún día le dirás que sí a tu difunto tío?

—Tal vez.

Levanté la cabeza y le sonreí a mi vez.

—Ve. Soy consciente de tu frustración. Ve tú. No me necesitas. Haz lo que solías.

—¿Seguro?

—Te mereces una mujer.

Aplaudió, aliviado por mi reacción, y agarró el jabalí de las cerdas espesas.

—¡Aquí tenemos el regalo perfecto! Un baño y me largo. No hay que hacer esperar a la Cazadora. Que pases una buena noche, sobrino. No me desees lo mismo, porque la mía va a echar chispas. Hasta mañana.

Se alejó silbando, el pecho hinchado, la cadera flexible, la espalda arqueada, y me dio la impresión de que le costaba no echarse a correr.

Cuando se hubo borrado su silueta, me acurruqué perturbado. Las mentiras de Pannoam… La presencia de Tibor… Por mucho que quisiese entretenerme, distraerme o luchar contra el pasado, la aldea perduraba en mis recuerdos y en mi imaginación. Peor aún: como el gusano en la fruta, roía mis pensamientos y engordaba.

Tibor tenía algo que decirme. Debía de ser importante para correr tantos riesgos aventurándose hasta aquí.

Pero ¿qué?

*

Mi tío regresó feliz y contento al día siguiente. Las fosas nasales dilatadas, los labios hinchados y los párpados turgentes eran testimonio de su felicidad. El florecimiento de los sentidos cortaba su

parloteo, exhibía una sonrisa constante en el rostro y asentía a cualquier cosa que le propusiese.

Durante la cena le confesé la preocupación que me atormentaba desde la víspera, sin mencionar a Tibor.

—Tío, quiero volver a la aldea.

—¿Cómo? ¿Abandonas la vida salvaje?

—¡No! Sigo, me quedo contigo. Sin embargo…, me gustaría… volver a verla…, de lejos, por supuesto… Es que…

—Comprendo. Haz lo que quieras.

No le pedía permiso, es que no sabía cómo llegar a la aldea. Durante la tormenta que había derribado el roble bajo el que me había refugiado, había errado a lo loco, durante mucho tiempo, sin fijarme en nada de lo que me rodeaba. En realidad, le estaba pidiendo ayuda.

Prometió acompañarme: nos iríamos al amanecer. Como quien no quiere la cosa, dijo:

—Aprovecharé para mostrarte algo que te será de utilidad.

Esta vez, anoté cuidadosamente por dónde pasábamos, memorizando todo lo que pudiese constituir una señal, como desprendimientos rocosos, claros, arroyos, pendientes. Depender de Barak para ir a la aldea coartaba mi libertad; por mucho afecto que le profesase, me resistía a semejante servidumbre —que, además, a él le hacía tan poca gracia como a mí.

Avanzamos a paso rápido —Barak solía recorrer esa distancia en un día—. Aunque mi fuerza y mi resistencia habían mejorado a su lado, solo podía seguir su ritmo apretando los dientes.

Muerto de cansancio, saturado de información desde el amanecer, apenas era capaz de retener nada cuando salimos a un cerro que me resultó familiar. Abrí los ojos como platos ante el espectáculo.

El solitario roble que me había servido de refugio al comienzo de la tormenta yacía sobre la hierba como un herido en combate.

El hacha gigante del rayo había atravesado el tronco y lo había hendido por el centro. El golpe había descendido hasta diez pies, destrozando las fibras; luego las dos mitades habían cedido bajo el peso de las ramas y se habían derrumbado. Hoy, el roble se reducía a una estaca maciza, desprovista de ramas y hojas, con el corazón leñoso, visible y afilado. En el suelo, los despojos de su antiguo esplendor se habían secado o podrido, ofreciendo un banquete a hongos e insectos parásitos.

—Mantente alejado, Noam. El daño llega a las raíces. El fuego consumió todo el interior, incluso en la tierra. Lo que queda en pie puede derrumbarse en cualquier momento.

Había tenido la inmensa fortuna de escapar de la catástrofe…

Desde mi infancia, me había cruzado con árboles fulminados. La mayor parte sobrevivían mostrando marcas en espiral, pues el rayo solo había rozado la corteza, dejándoles una cicatriz. A veces, el rayo entraba hasta el centro del tronco y lo calcinaba, perforando una cavidad sin matar el árbol, un hueco en el que mis amigos y yo escondíamos nuestros tesoros. El árbol rara vez se quemaba por completo, puesto que las llamas requerían el cese de las lluvias. En este, el rayo había producido el máximo daño.

—Sentémonos al borde del bosque, comamos y durmamos —sugirió Barak—. Verás la aldea mañana.

Nos desembarazamos de nuestros zurrones y nos tumbamos en la hierba. A nuestras espaldas, la sombra malva ascendía mientras que de frente el cielo se tornaba ambarino.

Sentí un repentino batir de alas acercándose a mí y cerré los párpados por reflejo. Cuando volví a abrirlos, vi una inquieta curruca, que, con aleteo de plumas y el pico abierto, trinaba alegremente.

—¿Mina?

Impulsada por una alegría que la sobrepasaba, ganó una rama, me saludó, dibujó una pirueta, se lanzó en picado desde su percha, ascendió de nuevo y, tras un corto vuelo, se posó no muy lejos de allí.

Gorjeaba punteando con el pico. Sus ojos brillaban y me miraba.

Me estremecí de emoción. Con el pajarillo, mi pasado se desplegaba ante mí, un pasado que doraban, cual llama discreta, la pequeña y torpe Mina, su angustia constante, su triste resignación. Las lágrimas brotaron incontrolables. Repté lo más cerca posible del vivaracho pajarillo y susurré:

—Me alegro de verte, Mina.

Oí una voz profunda:

—Vaya, ¿ahora hablas con las currucas?

Sobresaltada, la curruca alzó el vuelo y se acurrucó en el hueco de una rama. Barak sorprendió mi llanto. Estremeciéndome, le confesé:

—No hablo con las currucas, hablo con una curruca en particular. La que había perdido.

Con la boca redondeada y los ojos muy abiertos, asintió como si entendiera, demostrándome así que realmente quería entender. Entonces le conté la sensación que había experimentado la mañana del entierro tan pronto como la curruca había aparecido en la tumba de Mina; luego, mi tristeza por haberla perdido y, finalmente, mi desgarradora alegría por encontrarla.

Barak asintió con la cabeza y miró al horizonte, donde las currucas gorjeaban, aleteaban y revoloteaban en la atmósfera crepuscular.

—Las currucas viven en grupo. La tuya, no. Tienes razón,

muchacho.

Me ofreció unas nueces.

—¿Te queda algo de energía después de la cena?

Suspiré.

—No mucha, Barak. Yo no soy un coloso.

—Te revelaré uno de los secretos de tu padre.

—¿Y tiene que ser esta noche?

Insistió:

—Es noche de poca luna. Apenas ilumina. Aprovechémoslo. Quizás incluso, con un poco de suerte… ¡No! Mejor no te digo nada más.

Aplastó los brotes y los tallos detrás de mí.

—Descansa. Te despertaré una vez que el bosque y la aldea se hayan dormido.

En mitad de la noche, mi tío me sacudió y me susurró que era el momento adecuado.

Nos desplazamos a tientas. El cielo y la tierra se habían sumido en la oscuridad; solo algunas rapaces de agudos gritos se aventuraban en las tinieblas.

Barak me había ordenado que guardase silencio, que no me separase de él y siguiera sus pasos lo más de cerca posible. Sabía el camino de memoria.

Nos acercamos a una pared rocosa situada mucho más arriba del poblado. Nadie subía a ese lugar, porque se decía que allí hibernaban los osos. Estaba a punto de contárselo a Barak cuando escuchamos voces. Nos agazapamos detrás de un bosquecillo.

Por debajo de nosotros, un grupo de sombras trepaba por el accidentado sendero. Cuando una nube despejó brevemente la luna creciente, conté cinco hombres. Apenas se los distinguía, pero identifiqué de inmediato a los Cazadores.

Avanzaban con dificultad, jadeando, quejándose. Sin duda cargaban fardos…

—¡Sígueme! —susurró mi tío, una vez que hubieron pasado el recodo donde estábamos escondidos.

Barak tiró de mí agarrándome de la muñeca y, con una agilidad y ligereza pasmosas, me condujo por encima de la pared rocosa. Allí pudimos arrastrarnos hasta el borde y ver, abajo, el grupo avanzando.

Tan pronto como estuvieron cerca de la pared, se destacó una sombra que se detuvo frente a ellos dándoles la bienvenida.

—Dejadlo todo ahí.

Me estremecí. Parecía… No…, imposible…

—Y, ahora, vamos a echar cuentas.

No había ninguna duda: la que oía era la voz de mi padre. Volví la cara hacia Barak, quien asintió en silencio.

Los Cazadores descargaron los fardos de trigo, cereales y garbanzos. Mi padre los contó y luego trazó una línea divisoria en el suelo.

—Eso para vosotros. Esto para mí.

Los Cazadores cargaron su parte refunfuñando.

—Le doy un saco a quien me ayude a guardar los míos —anunció Pannoam.

Un Cazador achaparrado corrió hacia él. Siguiendo sus instrucciones, movió una piedra. Mi posición me impidió ver nada; sin embargo, la escena parecía clara: guardaban las provisiones en el escondite de mi padre.

Terminada la operación, el Cazador se fue a toda prisa para alcanzar al grupo que se alejaba. Mi padre esperó un momento. A pesar de su cojera, emprendió el descenso lenta y concienzudamente.

En silencio, en la restallante oscuridad, Barak y yo regresamos a nuestro vivac. Estaba desorientado, trastornado, con la mente confusa por demasiados pensamientos nuevos. Este episodio pulverizaba décadas pasadas enalteciendo a mi padre.

Cuando nos hubimos acostado, sacié mi sed, le tendí la calabaza a Barak y le pregunté:

—Mi padre…, los Cazadores… No lo entiendo.

—Lo has entendido, Noam, pero rechazas la evidencia. Como yo en el pasado… Pannoam mantiene relaciones con los Cazadores. Piensa: ¿en qué basa su dominio? En sus competencias y en la protección que ofrece. Las competencias las ha desarrollado. Pero, para justificar la protección, debe mantener un sentimiento de inseguridad entre los lugareños. Tan pronto como tu padre notó la disminución de los Cazadores, confabulado con unos cuantos, decidió organizar pillajes regularmente, sobre todo, en noches de luna nueva. Merodeadores que no derraman sangre y, sin embargo, requieren un poder firme…

—Hubo heridos… ¡Incluso dos muertos!

—Eso añade credibilidad.

—¿Quieres decir que mi padre prepara ataques contra su propio pueblo?

—Ataques y robos. No todos, ya que los Cazadores, los reales, existen. Él compra a otros.

—¡Monstruoso!

—Inteligente, sobre todo. El jefe indiscutible es el que elige bien a sus enemigos, puesto que los favorece en tanto que mejores enemigos.

Me rasqué la cabeza, pensativo. Yo, que consideraba a mi padre honrado y noble, descubría que era tramposo, cínico y manipulador.

Un detalle me indignó:

—¿Y por qué se queda con una parte de las ganancias? No lo necesita. Tiene más que suficiente.

—Acabas de definir la riqueza: poseer más que tus necesidades. Tu padre siempre soñó con la opulencia.

—¡Absurdo!

—El destino nos ofrece tres posibilidades, Noam: rico, pobre, feliz. El rico posee por encima de sus necesidades, el pobre por debajo, el feliz a la altura de sus necesidades. Escucha a tu tío, que ha observado a su hermano: Pannoam nada en la abundancia, porque este tráfico dura desde hace mucho tiempo. Por otra parte, eso es lo que me permitió salvarlo… Me dediqué a espiar las conversaciones de los cinco Cazadores con los que se había conjurado en ese momento. Se quejaban de que tu padre los timaba, de que les correspondía una parte ínfima de las rapiñas cuando eran ellos los que corrían con todos los riesgos. Habían exigido en varias ocasiones una parte mayor a Pannoam, que se la había negado con desdén: «Si el trato no os conviene, conozco a otros Cazadores. ¡No creeréis que sois insustituibles!». Más que su negativa, lo que no soportaron los Cazadores fue su arrogancia. En opinión de los matones, el arrogante Pannoam no solo los timaba, sino que también los despreciaba. La humillación los reconcomía, el odio anidaba en ellos. Presintiendo que recurrirían a la violencia, me puse a espiarlos… Me imaginé que actuarían de noche; sin embargo, tenían tanto miedo de fallar el golpe que, el día que vieron a Pannoam solo con su rebaño de muflones, no dudaron, pese a los perros, en lanzarse al asalto. En el instante en que se abalanzaron hacia él, yo corrí a mi vez. Desafortunadamente, me llevaban ventaja y, cuando llegué…

—Lo iban a ejecutar. Lo salvaste…

—Sí, pero…

Obstinado, Barak se culpaba de su tardía intervención. Lo que me desvelaba me producía vértigo… La traición de mi padre… La fidelidad de Barak…

Agarré su mano grande y áspera.

—¿Por qué lo salvaste? No eres el guardián de tu hermano.

—Te equivocas. Él fue mi guardián cuando yo era muy pequeño. Y me convertí en su guardián cuando me hice demasiado grande.

El corazón puro de mi tío me desarmaba.

—¿Quieres a Pannoam a pesar de todo, Barak?

—Desde luego.

—No se lo merece.

—No importa. De niño le profesaba un amor ciego; de adulto, un

amor lúcido; sigue siendo amor.

—No es justo.

—El amor no tiene nada que ver con la justicia, Noam.

*

Dormí hasta muy tarde aquella mañana y me levanté con la impresión de no haber soñado. En cambio, las revelaciones de la noche, así como las agujetas, me atenazaron al despertar; me sentía pesado, rígido, agotado.

Comencé sin ánimo alguno mi primer día de hijo desilusionado.

La doblez de Pannoam me dejaba atónito. ¿Cómo era capaz de guiar a un pueblo, de hacer justicia, de encarnar la rectitud, de imponer la virtud, comportándose tan mal solapadamente? Aunque siempre había percibido su deseo de poder, lo había confundido con un afán de responsabilidad, un ideal de templanza. Pero aquella perversidad, aquella hipocresía, aquella rapacidad…

Y yo era el hijo de aquel hombre…

Y lo había admirado…

Incluso lo había querido…

Quizás aún lo quería.

Pensé en Tibor, que se había aventurado tan lejos tras mis huellas; medir la distancia entre su conducta y la de mi padre avivaba mi deseo de reunirme con el curandero. ¿Acaso no había emprendido este viaje por él?

Tendido a mi lado, inmenso entre sus pieles de animales, mi tío roncaba como un oso. Fue un alivio ver que también se sentía cansado después de la expedición del día anterior. Me incliné y le dije al oído:

—Barak, volveré cuando el sol esté alto.

El amasijo de pieles gruñó algo que interpreté como una aprobación.

Esperaba que Tibor también se dirigiera al lugar en donde me había citado con ocasión de nuestra despedida. Mi espera se vio recompensada cuando divisé el gran manto negro. De rodillas, el curandero examinaba un arbusto, cuchillo en mano. Lo llamé. Se volvió. Su rostro se iluminó.

Corrimos el uno hacia el otro e intercambiamos un largo y cálido abrazo. Apreté con emoción aquel cuerpo huesudo contra el mío.

Dio un paso atrás para mirarme. Nos sonreímos. Disfruté redescubriendo sus rasgos nítidos y precisos, esculpidos en una piel bronceada, la nariz fina y poderosa, los mechones ondulados de su cabello ceniciento. Susurró con voz de ultratumba:

—Estás bien. Me alegro.

—¿Y tú, Tibor?

Palideció, sus ojos grises se empañaron.

—Oh, yo…

Aquel hombre nunca me había hablado de sí mismo ni de sus sentimientos, charlábamos de plantas, de árboles, de anatomía, de brebajes, de venenos, de sanación. Pese a los días y días de conversación, lo ignoraba todo de su intimidad. ¿Debería haber insistido?

A pesar de sus evasivas, traté de descifrar su máscara. Como si me adivinase el pensamiento, se quedó inmóvil, mirándome fijamente.

—Te creía muerto, Noam. Un día, encontré tu zurrón, tu arco y tus flechas en el fondo de una vaguada inundada. Me preocupó. Confieso que he estado buscándote. Un poco.

—¿Un poco?

—Mucho.

Me abstuve de decirle que lo había sospechado cuando Barak lo vio a una buena distancia de la aldea. No me atreví a preguntarle si había investigado por iniciativa propia o si su hija se lo había pedido, porque me resistía a mencionar a Noura. Los sobreentendidos arruinaban la conversación. Tibor puso una mano tranquilizadora sobre mi hombro.

—Hay cosas que tú y yo no deseamos decir, otras que no queremos escuchar. Cuéntame lo que quieras y como quieras, Noam.

Sereno, casi autorizado a mentir, le conté mi partida, mi existencia actual, la vida salvaje. Ahora bien, aquella historia, despojada de la curruca, de Barak, de las revelaciones sobre mi padre, de mis pensamientos recientes, resultaba anodina.

Me escuchó con atención y supuse que comprendía lo que que callaba y guardaba para mí. Sobrevino un silencio.

Frunció el ceño.

—Tu zurrón, tu arco, tus flechas, lo he conservado todo cuidadosamente. ¿Te lo traigo?

—No gracias. No me hacen falta. Me las arreglo.

Volvimos a quedarnos en silencio. Un diálogo con mordazas es fatigoso.

Tibor me miró de soslayo.

—¿Quieres noticias de la aldea?

—No sé —respondí, cerrándome en banda.

—Comprendo —admitió en voz baja—. Partir es decidir ignorar.

—Exacto.

Nos miramos en silencio. En nuestra mente se agitaban mil frases

que no dejaríamos salir. Nos observamos mutuamente, al mismo tiempo víctimas y cómplices de lo que nos abrumaba, reafirmando nuestra solidaridad con una mirada de lastimosa simpatía.

—En cualquier caso, te echaré de menos como ayudante —aseguró Tibor—. Has nacido con extraordinarias dotes para aprender, retener y descubrir las propiedades de las plantas. Me hubiera gustado transmitirte mi saber, lo habrías perfeccionado hasta hacerlo más fructífero. ¡Lástima! Mis conocimientos morirán conmigo.

—No todo está perdido —objeté.

—¿Cómo?

—Se los comunicarás a tus nietos.

—¿Mis nietos?

—Los hijos de Noura…

Me estremecí. Aunque había logrado articular su nombre, pronunciar las palabras «los hijos de Noura y Pannoam» era superior a mí.

Tibor negó con la cabeza, pensativo. Busqué información en sus gestos, en su semblante, pero deliberadamente adoptó una expresión evasiva. ¿Había fructificado la unión de Noura y Pannoam? ¿Ya estaba esperando un hijo? ¿Todavía no? Estas preguntas torturaban mi mente y no salieron de mi boca.

De nuevo nos atenazó un enojoso silencio, mucho más insoportable cuando tanto teníamos que decirnos.

—Adiós, Tibor.

Cobardemente, giré sobre mis talones y me alejé, avergonzado, decepcionado, molesto.

La voz de Tibor resonó:

—¡Noam! ¡Noam!

Recorrió a toda prisa los pasos que nos separaban.

—Noam, ¿puedo pedirte un favor?

—Siempre a tu servicio, Tibor.

Por fin había pronunciado una frase sincera. Nada me complacía más que mostrar el afectuoso respeto que profesaba a Tibor.

Frunció el ceño, se rascó la nuca y lanzó una mirada febril a su alrededor, como si estuviera a punto de surgir un enemigo.

—La aldea está en grave peligro, no pretendo abrumarte contándote más. Solo quiero asegurarme de que podré hablarte de ello en caso de que se precipiten los acontecimientos.

—Tibor, me fui. El poblado ya no me interesa.

—Por tu madre, por tu padre, por Noura…

—¡No!

Había gritado. Imperturbable ante mi desaire, Tibor me agarró del

brazo.

—Sabes que soy un hombre prudente, Noam, me conoces bien. No me asusto con facilidad, pero esta vez tengo miedo. Prométeme que volveremos a encontrarnos aquí con la luna llena.

Me puse tenso y traté de soltar su mano. Me sujetó con más fuerza, el rostro crispado, la mirada suplicante.

—Te emplazo a ello, Noam.

A regañadientes, molesto por tan desagradable escena, claudiqué:

—Te lo prometo a ti, Tibor, no a la aldea.

Ante mis palabras, sus rasgos se distendieron. Tibor me soltó, suspirando aliviado.

—Gracias, Noam. Nos veremos la mañana de luna llena.

Me retiré rápidamente, sin conseguir aplacar mi cólera. Me repugnaba la promesa que me había arrancado.

*

Hay algo peor que no saber, es imaginar…

Como había rehusado cualquier detalle concerniente al poblado, imaginaba atroces calamidades; privado de elementos para nutrir mi reflexión, rumiaba, rebinaba, repensaba hasta la náusea.

¿Qué ocultaban los silencios de Tibor? ¿Qué escondían sus preocupaciones? A pesar de un sinfín de tragedias —la muerte de su esposa, la muerte de sus hijos, la desaparición de su aldea bajo el barro, la pérdida de sus bienes—, había conservado su serenidad, su energía altruista, su fascinante curiosidad, su preocupación por proporcionar socorro y alivio a la gente; nunca se había extraviado ni se había envanecido. A diferencia de mi padre, no disimulaba zonas de sombra, sino sus dolores íntimos. Y ahora aquel sanador, tan fuerte, tan íntegro, había confesado temblar. Hasta el punto de suplicarme. ¿Qué ocurría?

Aquello de lo que huimos nos atrapa siempre. La aldea y sus habitantes no me dejaban.

La curruca también me había seguido. Me escoltaba tozudamente a una distancia de pájaro cauteloso.

Mi tío era un derroche de alegría. No cabía de contento. ¿Era porque, tras una fugaz deserción, había regresado con él a la vida salvaje? ¿Era porque se había liberado de los horribles secretos de su hermano? ¿Era porque ahora cada vez que gritaba con picardía que «se merecía una mujer» yo ya no ponía mala cara?

Se escabulló en varias ocasiones, regresando al día siguiente exultante y exhausto.

—Ah, muchacho, ¡cómo envidio a los animales! Solo se acoplan en época de celo. El resto del tiempo, da igual lo que hagan, vagar, dormir, que el culo los deja en paz, ¡qué descanso! Mientras que nosotros…, en celo todo el año, calientes en todas las estaciones. ¡Qué ajetreo! De vez en cuando preferiría ser un oso.

—¿Estás de broma?

—¡Claro, sobrino! Estoy muy contento de que me hierva la sangre. Nunca me canso.

—¿De qué te hartarías, tío?

—De nada que dé placer. La próxima vez, te llevo.

—Quién sabe…

Mi «quién sabe» entusiasmó a Barak. En su opinión, no me recuperaría por completo hasta que lo hubiera acompañado. Mis reticencias le parecían puerilidades mórbidas.

La luna medraba. Observaba su crecimiento con una mezcla de angustia e impaciencia. ¿Qué me depararía la cita?

Cuando juzgué que el astro había alcanzado su tamaño máximo, advertí a Barak que desaparecería durante dos días. Barruntó mi destino, porque no me pidió explicaciones.

Recorrí el camino con la misma rapidez que él, la celeridad de un coloso de grandes zancadas, que me cansó mucho menos que antes. Por la noche, me quedé dormido no muy lejos del tocón hendido por el rayo y por la mañana temprano caminé hacia el altozano donde el curandero y yo debíamos encontrarnos.

Cuando vi tres siluetas, el corazón me dio un vuelco.

En el promontorio me esperaban Tibor, Mamá y Noura.

---

[9] Los hombres siempre han procurado la limpieza. Es una pasión humana. Aunque he conocido individuos negligentes, nunca conocí una época sucia, una sociedad que reivindicase la mugre.

El deseo de limpieza no cambia. Sin embargo, la definición de limpieza ha variado miles de veces. A lo largo de la Historia, por ejemplo, el agua ha tenido mejor o peor reputación. En mi juventud, creíamos en las virtudes del agua viva, nos lavábamos en ríos y torrentes, desconfiando del agua estancada. Posteriormente griegos y romanos apreciaron el agua inmóvil de las piscinas, primero fría y luego caliente; las gentes de la Edad Media adoraban el vapor. En cambio, en el Renacimiento, después de tantas epidemias de peste, se acusó al baño de abrir los poros y favorecer la introducción de gérmenes nocivos en el cuerpo. En consecuencia, se practicó el aseo seco, con polvos, hojas, alcoholes, vinagres o soluciones florales. Un fuerte olor corporal era prueba de excelente salud, con la única diferencia de que los aristócratas, jactándose de poseerla, la enmascaraban con perfumes. Dicha costumbre que, a los ojos de hoy, hacía a esos hombres astrosos era en realidad preocupación por la higiene. En fin, el agua ha vuelto… Actualmente, los conocimientos sobre bacterias y virus han ampliado el territorio de lo sucio y prescriben nuevas exigencias.

La limpieza perdura, la suciedad evoluciona. (*N. del A.*)

[10] Nada más huidizo que el viento. Quien quiera observarlo ha de sufrir sus caprichos: hay que esperar a que se levante, descubrir de dónde surge, estimar su intensidad, su temperatura, su humedad, su violencia. Tanto si el viento sopla como si amaina, se escapa.

Para nosotros, los pueblos del Lago, había seis Dioses del Viento. Los seis se distinguían por su dirección y su temperamento. Del norte descendían dos Dioses, uno amigable y otro belicoso, Bor el fresco y Kek el furioso. Del este venían asimismo dos Dioses gemelos, Zof el dulce, que despertaba con la estrella vespertina y nos traía la primavera, y Zef el loco, que lo destruía todo. Finalmente, del oeste venía Meuro, y Noto, del sur. Al parecer, los griegos perpetuaron mucho después esta observación explicando que Eolo, el Dios que rige los vientos, poseía seis hijos.

Nosotros no sabíamos si estos Dioses vivían en el cielo o en las montañas. A pesar de su carácter intransigente, aunque a menudo considerásemos su brutalidad sin un propósito o razón, intentábamos apaciguarlos por medio de oraciones y ofrendas. En cambio, nunca se nos ocurrió utilizarlos. Vivíamos con ellos, nos dominaban. Eso sí, de vez en cuando aprovechábamos la presencia de alguno para secar rápidamente la ropa, pero lo hacíamos a escondidas. Los temíamos en la misma medida que no los conocíamos.

Cuando más tarde los hombres se sirvieron de los vientos, primero me sorprendió y luego me entusiasmó. Que los veleros jugasen con los soplos para avanzar me maravilló y comprendí entonces por qué marineros, sabios y comerciantes sentían la necesidad de conocerlos mejor. En cuanto a los molinos que explotan sus grandes músculos, los he visto aparecer y los he admirado durante siglos. Lamenté su reciente desaparición; sin embargo, hoy los veo de vuelta en forma de aerogeneradores destinados a la producción de electricidad y no puedo sino congratularme. (*N. del A.*)

[11] La constelación de la Osa Menor, la Osa Mayor y la Estrella Polar. (*N. del A.*)

[12] Con Barak descubrí por primera vez una oposición que hallaría constantemente a lo largo de los milenios: la querella entre los antiguos y los modernos. Los antiguos desean conservar, los modernos transformar. Bueno, eso dicen ellos…, porque un examen más detenido revela otra cosa.

Los antiguos quieren salvar el mundo no como es, sino como fue. En su opinión, el presente, ya pervertido, provoca indignación. Sin vacilar, señalan el modelo adecuado en un pasado que no conocieron. Mi tío Barak, en pleno Neolítico, esgrimía un pasado maravilloso, una edad de oro perdida, en la que los hombres no vivían en sociedad. Nostálgico, intentaba, por sí solo, resucitar esa época mítica. Utopía melancólica.

Los modernos, valorando la innovación, se consideran racionales, pragmáticos, mientras juegan con fuego y se vuelven incendiarios. No solo destruyen lo que existe, sino que instalan elementos cuyo futuro y perjuicios son insospechados. Mi padre, Pannoam, introdujo la agricultura, viéndola como un progreso. No imaginaba que, para la humanidad, una vida enteramente centrada en el suelo conduciría a trabajar más, a asentarse de manera permanente, a quemar bosques, a suprimir la diversidad de la flora y la fauna, a padecer hambrunas, a empobrecer la alimentación, a generar razias y guerras, a superpoblar la Tierra. El progreso no es solo la historia del conocimiento, sino también la historia de la ignorancia: practica la ceguera en cuanto a las consecuencias. Utopía prospectiva.

A primera vista, en este duelo todo gira en torno al saber: el antiguo se aferra al saber anterior, el moderno inventa un saber nuevo.

En realidad, el antiguo fantasea sobre lo que cree saber, mientras que el moderno fantasea sobre lo que sabrá. Así que me temo que todo gira en torno a la ignorancia. (*N. del A.*)

4

Mamá me abrazó estrechamente. Se resistía a soltarme. Éramos un bloque. Como en otro tiempo. Como antes de mi nacimiento. Como después. Envolviéndome en su aroma, lloraba en mi cuello, discreta, delicadamente, y mis ojos se humedecieron contagiados por los suyos. Su calor, su piel sedosa, su carne tierna y redonda, su dulce perfume de rosa, todas esas emanaciones me embriagaban, aboliendo el instante presente para llevarme a un tiempo aparte, puro, apacible, luminoso, incorruptible, donde palpitaba el cariño de una madre y de su hijo. ¿Cómo había podido alejarme de ella?

Acariciando su espalda, su cintura, mis manos la acaparaban toda para mí. Con los ojos cerrados, sin decir una sola palabra, trataba de expresarle a través del contacto que la quería más desde que conocía su juventud, su cariño por Barak, su felicidad truncada, su luto, y luego la reconstrucción de su vida al lado de mi padre, sin quejarse, valientemente. En su cuerpo, cargado por la edad, descubría ahora el peso de las penas, de los abandonos, de los compromisos, de las decisiones, y eso me conmovía infinitamente.

Al fin se apartó. Nos miramos el uno al otro. Mamá me parecía humana y femenina. Por primera vez, no le dirigí una mirada de niño, sino la mirada de un hombre.

—Has adelgazado —dijo, rozando mis mejillas.

Noura se acercó.

—Hola, Noam.

Me estremecí. Ver a Noura, viva, tensa como la cuerda de un arco, oír el timbre aterciopelado de su voz, me turbaba. Como de costumbre, no sonreía; su rostro perfecto brillaba de forma natural.

Tibor me miró incómodo.

—Disculpa mi iniciativa, Noam. No deseaba traicionar tu confianza, pero la crisis lo exige.

Los tres me miraron con gravedad, lo que significaba que el momento del reencuentro había terminado.

—¡Te necesitamos! —exclamó Mamá.

—Solo tú puedes salvarnos —añadió Noura.

En ese instante, estaba más confuso que preocupado. El vínculo que percibía entre Noura y Mamá me desconcertaba: lejos de rivalizar,

hablaban con una sola voz; no se detectaba amistad entre ellas, pero tampoco se percibía enquina; la solidaridad frente al peligro había relegado el litigio.

—¿Qué ocurre?

Mamá se volvió hacia Noura.

—Explícale la situación.

Noura le dio las gracias con un movimiento de barbilla.

—Un tal Robur vino a nuestra casa, rodeado de unos asquerosos matones. No son Cazadores, pero tampoco son mejores que ellos, son garrapatas que viven a expensas de los demás. Se habrían ido si no se hubieran olido el jugoso negocio: nuestra aldea se ha desarrollado prósperamente y su jefe…

Vaciló.

—Es un tullido —terminó la frase Mamá.

Noura aprobó con un pestañeo y continuó:

—Cuando Pannoam les ordenó a él y a su horda que se largasen, Robur se rio a carcajadas.

—Peor —agregó Mamá—. Robur anunció que se convertiría en el jefe.

—¿Con qué derecho? —pregunté.

—El derecho del más fuerte —respondió Tibor.

El curandero retorcía las manos sarmentosas.

—Robur se plantó frente a Pannoam bajo el Tilo de la justicia y lo desafió públicamente: «Si quieres proteger a tus aldeanos, demuestra que puedes». Y ahora van a batirse.

Durante mi infancia, unos intrusos acompañados de carroñeros habían discutido la legitimidad de mi padre y exigido la dirección de la aldea; Pannoam se había medido con los insolentes y los había degollado. La sangre resolvía este tipo de cuestiones.

—¿Debemos temer al tal Robur?

Mamá se abalanzó hacia mí.

—Hace unos años, tu padre se lo habría comido de una sentada. Ahora le falta una pierna, ha envejecido, ya no se adiestra, sus reflejos se embotan. Me temo que ya no sea capaz.

—Es incapaz —corrigió Noura fríamente.

Mamá, indignada, le dirigió una mirada incendiaria; hoy, como ayer, no soportaba que se criticase a Pannoam; sin embargo, decidió pasar por alto la afrenta, porque la urgencia del momento lo exigía.

—El combate acabará mal —murmuró.

—¿Pannoam es consciente?

Obtuve la callada por respuesta. Nadie se atrevió a emitir una opinión. Mamá consultó a Noura con la mirada, quien, a su vez,

consultó a Tibor. Suspiraron al unísono.

Mamá, por fin, rompió el silencio:

—Aunque él lo ignore, lo sabemos nosotros. ¡Y Robur también! Saldrá triunfante del duelo, matará a tu padre.

—Y gobernará la aldea —terció Noura.

Traté de distanciarme un poco.

—¿Cómo responden las gentes de la aldea?

La cara de Noura se torció en una mueca de desdén.

—Los aldeanos no entienden otro gobierno que el del miedo. ¿Qué es lo que más temen, la decrepitud de Pannoam o la violencia de Robur? Dudan. No hay que contar con una intervención de esos animales pasivos. ¡Cuando pienso que Pannoam moriría por ellos!

Mamá confirmó sus palabras con un bufido de exasperación.

Corregí su afirmación, hablando para mi capote: Pannoam no se batiría por ellos, sino por él. Por orgullo, por amor propio, por ansia de poder. En mi fuero interno, no concedía ningún crédito al altruismo de mi padre.

Lejos de imaginar mis pensamientos, los ojos de Mamá, de Noura y de Tibor me imploraban. ¿Qué esperaban? ¿Qué solución se suponía que debía darles? El objeto de su muda plegaria se me escapaba.

Disipé cualquier ambigüedad:

—Dejé la aldea.

—¡Es tu aldea! —exclamó Mamá indignada.

—Ya no vivo allí.

Me miró roja de ira.

—¿Borras años de tu vida en unas pocas lunas? ¿Ya no te importa lo que les pase a los tuyos? ¿No tienes familia? ¿Acaso no soy tu madre? ¿Y tú has dejado de ser mi hijo?

Bajé la cabeza.

—¿Qué puedo hacer yo? —murmuré.

Mamá se plantó frente a mí, me levantó la barbilla, me miró y me conminó con firmeza:

—Volver al poblado y decirle a Robur que Noam, el hijo del jefe, no se dejará robar la sucesión.

Noura la respaldó con ardor:

—Ese idiota no es ninguna lumbrera, pero comprenderá enseguida lo que arriesga al atacarte. Robur calcula rápido.

—Vuelve a tu puesto, hijo mío —exigió Mamá, posando las manos sobre mis hombros.

No conseguía razonar, en medio de un claro abierto a los vientos y azotado por ráfagas contrarias. ¿Qué hacer? ¿Socorrer a Mamá o volver a la vida salvaje? ¿Complacer a Noura o unirme a Barak?

¿Salvar la aldea o salvarme de la aldea? Estos deseos me constituían y no concordaban. Una vez más, los acontecimientos me escindían. ¿Quién era yo? ¿Qué Noam respondería?

La presencia de tres seres a los que quería, su angustia, su insistente súplica, la esperanza que albergaban sus corazones prevalecieron.

—De acuerdo.

Sus rostros se iluminaron. Enfadado conmigo mismo, empecé a recriminarme mi decisión: no había elegido, había cedido.

—¿Cuándo se celebrará el combate?

—¡Esta misma mañana! —exclamó Tibor.

Y, sin un momento de respiro, el curandero, Noura y Mamá me condujeron al poblado.

A lo largo del trayecto, la cabeza me daba vueltas en torno a una pregunta. ¿Cómo comportarme frente a Pannoam? Ahora que Barak me había desvelado su doblez, iba a encontrarme con mi auténtico padre, no con el que había imaginado cándidamente durante años. Presentí que mi desprecio se transformaría en aversión.

Una vez en la aldea, no nos dirigimos a la casa edificada con ocasión de los esponsales, destinada a cobijar los amores de Noura y Pannoam, sino a la antigua casa familiar, en la que había vivido hasta mi matrimonio.

Cuando entré en la pieza principal, Pannoam, ocupado en prepararse, estaba aguzando el sílex de su espada. Encorvado, semidesnudo, con los ojos entrecerrados, no me oyó llegar y, en ese breve espacio de tiempo, comprobé cuánto había cambiado. Sus músculos se habían atrofiado, la piel de los brazos le colgaba bajo los bíceps empequeñecidos, los huesos se le marcaban en hombros y codos, la cintura se había ensanchado alrededor de un vientre flácido. Simultáneamente engrosado y enflaquecido, su cuerpo había perdido coherencia.

Consciente de mi consternación, Mamá susurró:

—Casarse con una joven no lo ha rejuvenecido.

Su crueldad daba en el blanco. Pannoam ya no lucía aquel torso arqueado y victorioso, de fuertes espaldas, que por sí solo garantizaba su estatura de jefe. La edad lo había encorvado. En las sienes, y en medio de la cabeza, los cabellos blancos se mezclaban con los negros, dando a su cabellera un aspecto sucio y descuidado. Además de las arrugas, la tez amarillenta hablaba a gritos de aislamiento, de falta de ejercicio, de ausencia de caminatas al aire libre, de tedio.

La noche en la que traficaba con mercancías, lo había identificado por su voz, la misma de siempre, pero no había percibido su

decadencia; a la luz del día su deterioro físico me causó desazón. Un sentimiento inesperado se apoderó de mí: la compasión. El padre al que había idealizado mientras permanecí a su lado, el padre al que vilipendié desde que había huido de él, ahora me dolía. Deseaba consolar a aquel hombre devastado por la amputación y los estragos de la vejez.

Alzó la cabeza.

Su rostro se transfiguró con una alegría sincera.

—¡Noam! —exclamó.

Me abrió los brazos impulsivamente y me precipité en ellos.

—Hijo mío —repitió, abrazándome contra su pecho.

Cómo nos desconciertan los sentimientos… Llevan una vida aparte de nuestras vidas, como si poseyesen una existencia desvinculada de cualquier contexto. Abandonando el presente, de pronto tenía siete, doce, veinte años, ya no era el Noam duro y decepcionado que se había enterado de la tortuosa deshonestidad de su padre, era el eterno niño, el hijo fiel, inquebrantable, cariñoso, desde el primer momento.

Me miró con ternura y susurró:

—Te perdono.

Mi entusiasmo se esfumó en un segundo.

¡Me perdonaba!

Humedecidos por la euforia, sus ojos brillaban de clemencia contemplándome. Me perdonaba… ¿Por haberme ido? ¿Por haber vivido sin él? ¿Por haber cometido el crimen de leso Pannoam? Desde su perspectiva, volviendo al redil, me arrepentía de mi falta y refrendaba que solo se subsistía a su lado.

Me perdonaba… ¿Por librarme de su egoísmo, de su autoritarismo, de sus traiciones?

Me perdonaba… Por aquellas palabras entendí que Pannoam, capaz de todo, de lo peor y de lo mejor, siempre se daba la razón. Hiciera lo que hiciera, lo consideraba justo, legítimo; por encima e independientemente de sus actos, se consideraba bueno. Su fuerza provenía de la alta estima en que se tenía.

Me perdonaba… ¿Se le había pasado por la cabeza que yo tenía bastante más que perdonarle a él? No, por supuesto.

Su rostro derramaba generosidad. ¿Podía haber algo más intolerable que esa generosidad? Cualquiera podría pensar que me quería, cuando en realidad amaba quererme. Mejor dicho, se amaba a sí mismo por quererme.

Eché un vistazo detrás de mí. Mamá, Noura y Tibor, satisfechos con la acogida de mi padre, me instaban a seguir adelante para solucionar el problema. Decidí soltar la retahíla que habíamos preparado:

—Padre, vengo a ocupar mi puesto. Si me aceptas —añadí, bajando la cabeza.

Pannoam me revolvió el pelo.

—Bienvenido, hijo mío.

A continuación, abordé el asunto urgente:

—¿Quién es ese Robur?

Mi padre se puso de pie. Parecía otro. De excelente humor, se golpeó el pecho, empuñó la espada y señaló el borde afilado.

—El hombre al que hoy mismo voy a matar.

Alegre, victorioso, pagado de sí mismo, comenzó a caminar erguido a través de la estancia, olvidado de la pata de hueso, con paso y gestos ampulosos. Fanfarroneaba. Me explicó —y al resto de los presentes en general— que al engendro que lo había provocado le esperaba la misma suerte que a todos los de su calaña: lo degollaría con sus propias manos. Evocó en tono legendario sus múltiples triunfos, convencido de que ampliaría la lista.

—¡Siempre vencedor, Noam, jamás vencido!

¿Cómo insinuarle siquiera que, en sus condiciones, pasaría sin transición del estado de invicto al de cadáver? Locuaz, hablando demasiado y demasiado alto, Pannoam se embriagaba con su leyenda, con sus hazañas pasadas y sus proezas futuras; interpretaba un papel, el del héroe, compensando con energía fingida lo que le faltaba de energía real. Todo parecía forzado. Y, consciente de ello, exageraba irritado.

Una vez más, me dominó la compasión, pero esta vez una compasión desprovista de ternura, una compasión reprobatoria: me parecía patético que un viejo gran jefe se caricaturizase por vanidad.

Interrumpí su monólogo:

—Te dejo que te prepares, padre. No molestemos a nuestro campeón antes de la prueba. Celebraremos tu éxito juntos.

Se detuvo en medio de su perorata, acababa de dejarlo con la palabra en la boca y me miró con vergüenza, desconcertado por haberme persuadido.

Luego, el destello de lucidez se desvaneció y Pannoam se dirigió pavoneándose al otro lado de la estancia, en busca del arma idónea.

Nos retiramos. Una vez fuera, Mamá, Noura y Tibor se abalanzaron sobre mí.

—¡Tenías que haberle propuesto hablar con Robur!

—¿En su lugar? —repliqué.

—¡Sí! ¡Y sugerirle enfrentarte a Robur!

—¿En su lugar? Sois tan ilusos como él. Habéis visto, como yo, que se considera en forma. Habéis observado, como yo, que preferiría

morir antes que recular. Sobre todo, ante nosotros. Ya no vive en este mundo, vive en un mundo desaparecido donde un joven y vigoroso Pannoam lo dominaba todo.

Agarré a Tibor del brazo.

—Tiene que ser él quien ordene que lo sustituya. Él y solo él. Por eso, habrás de ayudarme.

—¿Yo?

—¿Tienes arraclán?

Tibor me miró. Sus ojos brillaron risueños.

—Sabía que eras mi mejor discípulo, pero ahora el alumno supera al maestro.

Se echó a reír y me uní a sus carcajadas.

A Mamá y a Noura no les hacía ninguna gracia aquella complicidad que las dejaba al margen.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó Noura suspicaz.

Tibor se volvió hacia ella y, por una vez, la dejó con un palmo de narices:

—Te he señalado ese arbusto un montón de veces, hija mía. Sin embargo, como de costumbre, ni escuchaste ni retuviste mis observaciones. Sus bayas color amapola, que les encantan a los corzos, aumentan la combatividad; la corteza, seca y servida en tisana, combate el estreñimiento.

—¿Y qué? —replicó, poco dispuesta a reconocer un error.

—Nuestro amigo Noam quiere brindar con su padre.

—¡Exacto! —confirmé.

—Un cuenco de vino con mucho cuerpo, muy aromatizado, porque el polvo de arraclán que vamos a verter en él desprende un olor desagradable. Para consolidar su efecto incorporaré semillas de lino.

Tomé la palabra y concluí la explicación dirigiéndome a mi madre y a Noura:

—Con las tripas en desbandada, Pannoam se verá obligado a capitular. Tomará una decisión.

Mamá me besó espontáneamente y me susurró al oído con voz cansada:

—Ojalá sea la correcta.

Pannoam no se olió la jugarreta. Brindó conmigo, sin dejar de multiplicar las poses triunfales. Poco a poco, a medida que avanzaba en los preparativos, vi que se retorcía con algunas contracciones en el abdomen y sus mejillas demacradas también se contraían con muecas de dolor. Su fuerza de voluntad, sin embargo, pugnaba con las amenazas de sus entrañas; incluso redobló sus bravuconerías. De

repente, su rostro palideció más si cabe y salió disparado como alma que lleva el diablo.

Regresó al rato, con la misma palidez mortal, pero fingiendo haberse recuperado, hasta el momento en que nuevos y violentos espasmos lo obligaron a huir.

Esta vez, su ausencia duró más. Regresó febril, empapado en sudor, sacudido por escalofríos.

—Noam, no voy a poder batirme.

—Pospón el combate, padre.

Me fulminó con la mirada.

—Si pido un aplazamiento, le doy la razón a Robur. Le concedo la victoria sin luchar y se apoderará de la aldea.

Se enjugó el sudor de la frente.

—Tengo una idea.

Me tendió el ostentoso collar de conchas nacaradas que rodeaba su busto, la insignia del poder.

—Te nombro jefe. Al fin y al cabo, llevo toda la vida formándote y estás listo. Te enfrentarás tú a Robur. Le harás morder el polvo.

—Padre, no sé…

—¡He dicho! No hay más que hablar.

Puso su mano en mi hombro, mientras se apoyaba contra la pared, tambaleándose, alterado.

—Te confío el poder. Te quiero, hijo mío, y estoy orgulloso de ti.

*

Cuando salí, transfigurado, investido con la insignia del poder y empuñando la espada, Mamá, Noura y Tibor adivinaron de inmediato lo sucedido. En absoluto silencio, para que Pannoam siguiera ignorando nuestra conspiración, Mamá me besó, Tibor me felicitó y Noura me sonrió.

Un rumor se propagaba por todo el poblado.

Entre las casas se elevaba una sucesión de ruidos y gritos acompasados. Los habitantes de la aldea golpeaban el suelo con palos, se salmodiaban fórmulas rituales, las mujeres ululaban, los hombres emitían chasquidos con la lengua. Aquel revuelo apelaba a la muerte, al gusto de la sangre.

Tibor corrió hacia el origen del tumulto.

—¡Rápido! Robur se pasea por la plaza desde hace un rato. Se está impacientando. Los lugareños están allí reunidos y ese cerdo los pone de su parte insultando a tu padre, burlándose de su tardanza.

Seguí sus pasos hasta acercarme al Tilo de la justicia.

Cesaron los clamores y la percusión.

Un murmullo de asombro recorrió la multitud. No me habían visto desde hacía varias lunas y lo que menos se esperaban es que apareciese con una espada y el famoso collar.

Planté cara a Robur. Era innecesario verificar su identidad. Achaparrado, tan ancho como alto, enjaezado con amuletos hasta el ridículo, luciendo un collar de colmillos, emperifollado con una cabeza de lobo en el cráneo, mostraba todos los indicios de quien pretende ser un guerrero aterrador. Incluso la suciedad de la barba y el pelo desgreñado gritaban: «Temedme».

Me pareció grotesco, no porque le faltasen argumentos físicos —un cuello de toro de poderosas venas, músculos abultados, puños apretados, piernas cortas que le aseguraban equilibrio y rapidez—, sino porque la frente estrecha cortada por dos grandes pliegues, los ojos inyectados en sangre, las temblorosas aletas de la nariz, la actitud recelosa, todo en él expresaba la estupidez, la terquedad obstinada de quien confunde su agresividad con valentía, su pretensión con envergadura.

Señalando mi collar y mi espada, me preguntó:

—¿Y tú quién eres?

—Noam, hijo de Pannoam.

Gruñó:

—Pannoam no tiene ningún hijo.

—Estás mal informado.

Me dirigí a los aldeanos:

—¿Soy Noam, hijo de Pannoam?

Todo el poblado gritó «Sí» a una sola voz, lo que contrarió a Robur, que sintió que el viento viraba a mi favor.

Golpeó el suelo con el pie, imperioso, babeando ligeramente.

—¿Dónde está Pannoam?

—En su casa.

—¡Se niega a batirse!

—¿Con quién?

Robur se atragantó de indignación ante mi respuesta.

—¡Con quién va a ser! ¡Conmigo!

—¿Por qué?

—Porque lo he retado. Si gana, seguirá siendo jefe. Si pierde, lo seré yo.

Nuestra conversación lo irritaba sobremanera, al mismo tiempo que lo sumía en la inseguridad. Se había imaginado una victoria fácil, pero su plan no se desarrollaba según lo previsto. Continué tranquilamente, sabiendo que mi calma terminaría de impresionarlo:

—Creo que te equivocas, Robur. ¿Pretendes batirte con el jefe de la aldea? Yo soy el jefe de esta aldea.

—¿Desde cuándo? —vociferó.

La vehemencia de aquel cavernícola me probaba tanto su estulticia como su temor a la derrota.

—Desde hace veinticinco años y unos instantes. Mi padre acaba de entregarme su legado.

Le señalé el collar al que el sujeto no le sacaba ojo desde el principio de nuestra confrontación. Lo observó con mirada torva. Para reforzar mi autoridad, le pregunté con sorna:

—¿Y tú quién eres?

—¡Robur!

—Muy bien, Robur, pues te aconsejo que sigas tu camino.

El poblado apoyó mis palabras con algarabía. A sus ojos, yo encarnaba al jefe legítimo; o, más bien, de acuerdo con el razonamiento de Noura, consideraban que el poder protector estaba de mi lado.

Robur vaciló. Una parte de él quería largarse, la otra no toleraba la humillación pública. Cuando se volvió hacia sus secuaces para consultarlos, ellos, malhumorados y coléricos, le indicaron con rugidos y gestos desabridos que tenía que matarme. Como no corrían el riesgo de combatir, se dejaban llevar por el resentimiento, reconcomidos por el odio, espoleados por el deseo de una masacre, cada vez más furiosos por las dilaciones de Robur.

El matón, viéndose atrapado, se estremeció. No había escapatoria. O se enfrentaba a mí o se enfrentaba a sus hombres.

Tibor se acercó y me susurró al oído:

—Prepárate para el combate, Noam.

—Robur vacila…

—No por mucho tiempo. ¿Quién lo nombró jefe? Esos cavernícolas. Es prisionero de esos bravucones.

De hecho, Robur ya no se atrevía a acercarse tanto a los rufianes que lo abucheaban, amenazadores, hostiles, vengativos. Se volvió hacia mí y me lanzó una mirada asesina.

—¿Listo para luchar, aborto de cojo?

La banda de facinerosos coreó sus palabras.

—¡Listo! —exclamé, empuñando la espada.

Robur enarboló su hacha.

—¡Cagado! ¡Heredero de mierda! Te voy a cortar en pedazos y te comerás tus pelotas. Si es que las tienes… ¡A lo mejor tu padre, que las perdió con la pierna, no se acordó de dártelas! ¡Cobarde, pelele, capón! ¡Te voy a meter mi hacha hasta el fondo de tu cara bonita y la

vas a chupar bien chupada antes de palmarla!

Sus exabruptos, lejos de molestarme, me resultaron reveladores: si Robur era de esos guerreros que se animan con vituperios, es que carecía de verdadera confianza y auténtico coraje.

Levanté mi espada. Para mi sorpresa, me deleitaba con lo que se presagiaba. ¡Qué alivio! La cólera que se había ido gestando en mi interior desde la mañana, incluso durante lunas, podía estallar, y aquel felón del tres al cuarto me proporcionaría el alivio que necesitaba.

Proclamé bien alto, tratando de no mostrar demasiado mi impaciencia:

—Basta, Robur: ¡o te largas o mueres! ¡Ahora!

Blandiendo su hacha, se abalanzó sobre mí, la mirada encendida, el rugido en los labios.

Esquivé la primera embestida. Giró y atacó de nuevo. Me aparté ágilmente. Él persistió, empezando a creer que yo era un cobarde, a imaginarse dueño de la situación. Le permití saltar varias veces hacia mí sin devolverle ningún golpe, para que se confiara, se agotara y se desequilibrara.

En el octavo ataque, no lo esquivé, contrarresté su asalto, hice volar su hacha lejos y, sin la menor vacilación, le hundí la espada en el vientre.

Me miró con los ojos desorbitados y la boca de un palmo, sin dar crédito e, inmediatamente, cayó de rodillas. Aullando de dolor, trató de arrancarse la espada. Con cruel placer, la hundí todavía más, retorciéndola a fondo para desgarrarle las entrañas. Lloriqueaba.

Por fin, en el instante preciso, extraje bruscamente el arma.

Robur se derrumbó. La sangre se extendió bajo su cuerpo. Aulló brevemente, se estremeció, gimió y, luego, la rigidez de la muerte lo aplastó contra el suelo.

Vociferé, ordenando a sus secuaces:

—¡Sacadlo de aquí y largaos por donde habéis venido! De lo contrario, será vuestro turno.

Todo el poblado prorrumpió en una larga ovación en la que se mezclaban vítores y ululeos. Por su ardor y animosidad, cualquiera diría que hubiesen combatido…

A un lado, Mamá y Noura me contemplaban con admiración.

Para todos, me había convertido en el jefe de la aldea.

*

Al terminar el festín, pasé la noche en mi antigua casa, la que había

compartido con Mina.

Perturbado por la rápida sucesión de acontecimientos, no logré conciliar el sueño. El destino, después de mi retiro salvaje, recuperaba el tiempo ávidamente.

Para celebrar mi ascenso al poder, los lugareños habían improvisado una fiesta, unos aportando carne y ensartándola, otros encendiendo fuego, trayendo fruta u ofreciendo vino. En el banquete, Tibor estaba sentado a mi derecha; Mamá, a mi izquierda. Resplandeciente, volvía a ser la mujer del jefe, la única mujer del jefe. No solo había desaparecido mi esposa, sino que nadie podía reclamar ni arrebatarle su puesto de madre. Para mi alegría, le había encantado brillar a mi lado, tan orgullosa como satisfecha, soberbia, radiante.

Pannoam, ocupado en vaciar sus intestinos, se abstuvo de aparecer. Noura, por decoro, lo había imitado. Sin embargo, conservaba en mi memoria la mirada que me había dirigido cuando, sobre el cadáver humeante, me limpié las manos de la sangre de Robur. Más que admiración, descubrí una fascinación desenfrenada, engrandecida por una turbación física, tanto se habían enrojecido su rostro y su cuello. Muy a su pesar, había salido de su reserva, tal vez porque me había visto por primera vez como un hombre fuerte, no como el hijo sumiso de Pannoam. Yo, al mirarme en sus ojos, me había visto hermoso. Fugazmente.

Matar no me había repugnado. Me pareció una excelente solución. Después de la caza de pelo y pluma, le había quitado la vida a un humano. Al contrario que los animales, Robur me había atacado; a diferencia de los animales, Robur deseaba hacerme daño. Pensándolo bien, había encontrado más fácil matar a aquel despojo que a cualquier animal: había eliminado un peligro y acabado con la estupidez, la envidia, la ponzoña, consustanciales a aquel mamarracho.

Descansaba sin más, tumbado en la estera donde Mina y yo habíamos intentado tener hijos. Los recuerdos no me amargaban, me hacían languidecer. Mirando hacia atrás, solo recordaba la dulzura de Mina, su torpe dedicación, su empeño en hacerlo bien, olvidando el enojo que había experimentado con ella, el fastidio o la impaciencia. Mina se había convertido en un episodio de mi existencia que recordaba teñido de dulce melancolía.

Que mi padre hubiese conservado la casa intacta, desocupada, también me conmovió. Por lo general, ninguna permanecía vacía, el jefe la asignaba inmediatamente a una familia. En mi caso, Pannoam había pospuesto la reasignación, quería creer que en espera de mi regreso.

Mi opinión cambiaba. El hecho de que me hubiese entregado el poder disipaba mis dudas. Con su renuncia, había demostrado un agudo sentido de sus responsabilidades. Fiel a sus deberes, deseoso de lo mejor para su pueblo y para su primogénito, daba pruebas de coherencia. Habiendo cumplido su trayectoria de jefe y de padre, al cabo de tantas batallas, de tantas preocupaciones, por fin podría descansar.

Al alba, me recriminé mi falta de matices para con él. ¡Qué bruto! O lo admiraba o lo despreciaba. ¿Por qué no era capaz de obtener una visión acertada y equilibrada de él? ¿Por qué no admitir su complejidad? Pannoam poseía tanto los defectos más censurables como las cualidades más sublimes. Sí, sus virtudes iban acompañadas de vicios proporcionales, es decir, enormes, pero ¿acaso las perfecciones funcionan sin las imperfecciones? Sin duda, hay que amar con frenesí el poder para soportarlo… ¿Se puede consagrar uno al bien de los demás a pesar de ellos, a veces contra ellos, sin pensar jamás en sí mismo? Si Pannoam había fomentado el miedo, lo había hecho en pro de la paz y la cohesión del poblado. Cuando reclamaba su parte de las rapiñas de los Cazadores, les demostraba que seguía siendo el jefe. Estafaba a sus súbditos, sin duda, pero ¿acaso ellos no se comportaban como unos ingratos a la primera de cambio, como pude comprobar frente a las amenazas de Robur? Ya no apoyaban a un Pannoam debilitado, lo preferían muerto. ¿No era comprensible que pusiese a buen recaudo una parte del botín para garantizar su subsistencia, mejorar su vejez o contrarrestar los reveses de la fortuna? Reinar no impide la inquietud; garantizar la seguridad no preserva de la inseguridad.

Huelga decir que su comportamiento ocultaba sus faltas. Pero ponía su hipocresía al servicio del bien común. Si Pannoam solo llevaba a cabo una pantomima de la justicia, si no presentaba más que un simulacro de honestidad, esas apariencias constituían lo esencial. A pesar de su falsedad, proporcionaba un modelo al pueblo, encarnaba los valores necesarios que cada uno debía reproducir. En el fondo, ¡qué más daba que amparado en las sombras se mostrase diferente si nadie lo sabía! En su caso, ocultar sus secretos también formaba parte de una buena gobernanza.

¡Qué falta de sutileza la mía! Nunca había dejado de pintarlo uniformemente, o todo blanco, o todo negro; ahora lo aceptaría con sus múltiples aspectos.

De camino hacia la casa de mi padre, decidí contar con él en mis primeros pasos como jefe, consultarlo para la mayoría de mis decisiones, con el fin de dulcificar y suavizar su retirada.

Al llegar, prorrumpió en carcajadas.

—Ah, Noam, estoy mucho mejor.

—Me alegro, padre.

Me ofreció de beber.

—Noura me ha contado tu combate contra Robur. No te tembló la mano. Estoy orgulloso de ti.

—Hice lo que tenía que hacer.

—En efecto. Te felicito.

Pannoam señaló el collar del poder.

—Puedes devolvérmelo.

Quedé petrificado.

Seguro de sí mismo, caminó hacia mí y, sin presuponer la menor resistencia por mi parte, me quitó el collar del pecho y se lo ciñó al cuello.

Cuando me vio el rostro demudado, su boca se elevó hacia la izquierda, dibujando un rictus que parecía una sonrisa.

—No te lo habrás tomado en serio, ¿verdad?

—Pero…

—¡Noam! Te has prestado magníficamente al juego, gracias. Ahora que me he recuperado de la indisposición pasajera, todo ha vuelto a la normalidad.

—Tú…

Abandonó el tono bromista, se quedó inmóvil y me gritó:

—Una simple descomposición no me retira del poder. Ni te imbuye de él. No seas ridículo.

Me puse en pie, frío, tenso.

—Padre, recapacita, piensa en lo que has hecho.

—Ayer, hice lo que tenía que hacer el jefe de ayer. Hoy, hago lo que debe hacer el jefe de hoy. Mira, Noam, yo no podía luchar y sin embargo teníamos que defender la aldea: actué como jefe enviándote a matar a un bribón. Esta mañana he recobrado la salud: sigo actuando como jefe recuperando el poder.

—¿Me consideras incapaz de ejercerlo?

—Te he formado para ello. Pero todavía estoy aquí, hijo mío, tendrás que esperar a que muera.

Se reía, se burlaba de mi consternación, me trataba como a un niño. Su condescendencia, su jovialidad se me clavaban como puñales. Insistió tiernamente:

—Sí, Noam, esperar. Yo también tuve paciencia con mi padre, Kaddour.

—No es lo mismo.

—Ah, ¿no? ¿Y se puede saber por qué?

—Kaddour cayó muerto de repente en un camino. Los Espíritus y los Dioses lo recibieron en plena forma. Mientras que tú…

—¿Yo, qué?

—Las tripas ya no te molestan, padre, ¿serías capaz de luchar con una sola pierna? ¿Sin preparación previa? ¿Vencerías a Robur ahora? ¿No ves que te afectan los estados de ánimo que más tarde infliges a tus seres queridos? No estás bien, padre. Mejorarás tan pronto como descanses.

Pannoam guardó silencio. Repasaba mil pensamientos sin hallar uno que oponer a mis objeciones. Yo esperaba que, falto de argumentos, recobrase la lucidez.

Se levantó dirigiéndome una mirada incendiaria.

—¡Jamás!

Era tal su ira que su cuerpo lo acusó en forma de temblores. Dándose cuenta, se estremeció todavía más.

Deseoso de poner fin a aquella escena degradante, me acerqué para arrancarle el collar. Reteniéndolo, masculló con hostilidad:

—¿De verdad creíste que te había dado el poder? ¡Serás imbécil!

Dejé el gesto en suspenso y respondí con idéntica hostilidad:

—Tienes razón. Debería haber desconfiado y, sobre todo, haber recordado que acostumbras a robar lo que les pertenece a los demás.

—¿De qué estás hablando?

—Típico de ti… Robarle Elena a Barak. Quitarme a Noura. Y, ahora, el poder.

Al oír el nombre de Barak mi padre acusó el golpe. Se estremeció. Los ojos se le salieron de las órbitas. No entendía cómo me había enterado de aquello. Aproveché para darle la estocada:

—Por no hablar de tu tesoro… ¡Sí, tu tesoro! ¿O debo decir tu botín? Lo que le robas a la gente de la aldea con la ayuda de los Cazadores. ¡Venga, no te hagas el inocente! Sabes muy bien de qué hablo: los sacos que almacenas desde hace años en el barranco de los Osos. Me pregunto si alguna vez ha habido un solo oso por los alrededores… Mientes sobre todo y a todos desde hace mucho tiempo.

Pannoam se apoyó en la pared para no caer. No se atrevía a mirarme, sumido en el desconcierto.

Luego, apretó las mandíbulas. La rabia transformó su semblante. Separándose de la pared, aferró dos armas y me tendió una.

—Lucha.

—¿Cómo?

—Si quieres el poder, tendrás que arrebatármelo. Lucha como un hombre.

Retrocedí un paso.

—Jamás.

—¿Por qué?

—No pienso batirme contra mi padre.

—¡Lucha!

Apuntó la espada en mi dirección. Yo no reaccioné. La enarboló en posición de combate. Permanecí inmóvil. Rojo de ira, saltó hacia adelante y me asestó un golpe en el brazo.

Con la mano libre, apreté la herida para evitar que la sangre fluyese.

—¡Que luches! —vociferó.

Lo miré de arriba abajo. Articulando lentamente cada sílaba, repliqué:

—No lucharé contra ti.

—¿Por qué? ¿Por qué? —berreó, agitando su arma.

—¡Porque te ganaría!

Arrojé la espada a sus pies y me alejé corriendo.

Antes de dejar la estancia, lo vi en el suelo, gritando de rabia: ya no era nadie, solo odio, sufrimiento, despecho.

A medida que trepaba ladera arriba, sentía ascender en mí la embriaguez de la libertad. No huía de la aldea, regresaba a la vida salvaje, la que había elegido. Cada paso me proporcionaba más fuerza, mi cintura vibraba, mis muslos bullían, tuve que esforzarme para no echar a correr.

¡Se acabó! ¡Adiós a las intrigas, a las rivalidades, a las traiciones! Había terminado con la sociedad, esa red que atrapa, hiere y asfixia, y dejaba a un padre que me había educado para él, no para mí. Cuando Pannoam aseguraba haberme preparado para gobernar, mentía. Si el ejercicio del poder exigía fraudes y rapiñas, debería haberme informado y luego formado para ello. Había preferido criarme en la ignorancia porque me quería como espejo adulador. Brillar ante mí, adornarse de honestidad, pavonearse heroicamente, contaban más. El orgullo corrompía las cualidades de mi padre.

Lo había abandonado en el suelo, humillado, lloriqueante. Sabía que yo, perdida mi inocencia, desengañado, conocía su perfidia y Pannoam me maldecía por ello. Miel sobre hojuelas, me dije. ¡Que me odie, sí, que me odie profundamente! Su odio me libraría de él.

Caminé durante mucho tiempo y fui calmándome poco a poco. Aquellas últimas semanas, pese a que el sol seguía luciendo, cada día resultaba más acre y mordiente. Se anunciaba el invierno.

Anochecía cuando encontré a Barak en la cabaña.

Me recibió muy contento, sin imaginar lo ocurrido[13].

—Comamos fuera, muchacho, dentro de poco no podremos hacerlo.

Nos acomodamos en una elevación rocosa situada bajo una luna tenue. Las estrellas esparcían un brillo difuso, como si un velo se hubiera interpuesto humedeciendo las tinieblas.

—La rodilla derecha me da punzadas —murmuró—, la nieve no va a tardar.

Mientras encendía un fuego, le conté mi expedición. Me escuchó, desconcertado, sin otro comentario que la boca abierta.

Nada más reproducir la escena final, aquella en la que abrumaba a mi padre hablándole de Barak, de Elena, de sus trapicheos nocturnos, sus ojos brillaron y comprendí que mis palabras lo resarcían.

Cuando hube acabado, gritó:

—¿No te despediste de tu madre ni de Noura?

—No.

—¡Perfecto! Cuando nos despedimos, no nos vamos o nos vamos mal.

Fui presa de un arrebato de agresividad provocado por sus palabras.

—¡En cualquier caso, ellas consiguieron lo que querían!

—¿Cómo?

—Ellas no deseaban mi regreso, solo querían salvar a Pannoam y la aldea.

Espoleado por un dolor adicional, añadí:

—Y mantener su posición: mujeres de jefe. Me utilizaron. Como Pannoam.

Era consciente de que las denigraba en exceso, pero ¿las calumniaba realmente? Sin duda alguna, Noura trataba de conservar sus privilegios y Mamá, aunque me quisiese, había disfrutado en su papel de madre del jefe. Ambas eran ambiciosas y compartían el gusto por el poder. ¿Soportarían a Pannoam sin él? Por otra parte, ¿qué les gustaba de él?

De repente, mi papel me pareció menos glorioso. Creía haber actuado por voluntad propia y en realidad había cumplido con lo que Pannoam, Noura, Mamá e incluso Tibor esperaban, reducido a una herramienta que manipulaban. ¡Qué incauto!

Barak se inclinó hacia mí.

—¿Así que casi te pierdo?

Comprendió que podría no haber regresado y se reprochaba haberme esperado con tanta despreocupación. Lo miré: aquella masa de músculos, aquella carne rebosante de salud, aquellos cabellos lustrosos y aquella barba hirsuta ocultaban un corazón tierno. En el rictus contrariado de los labios, en las miradas implorantes, en los

pliegues de la frente, la sinceridad de mi tío me pareció tan evidente, a diferencia de las marrullerías paternas, que deseé abrazarlo.

Lo percibió. Tan impulsivo como entusiasta, me agarró y me estrechó entre los brazos. Aplastado contra su poderoso torso, sin resuello, no lo rechacé; me dejé envolver por el cálido afecto que irradiaba. ¿Por qué no me había tocado Barak como padre?

—Tío, solo tengo una cosa que decir.

—¿Sí, sobrino?

—Nos merecemos una mujer, ¿no?

Y nos echamos a reír.

*

El frío nos sorprendió.

Al alba vimos avanzar un pelotón de nubes cenicientas, muy despacito, que llevaban nieve en los flancos. Ocuparon lánguidamente el cielo hasta hacerlo desaparecer: luego, la luz se desvaneció. Los primeros copos revolotearon, indecisos, dubitativos, como avanzadillas incompetentes que exploraban el terreno; se desvanecían tan pronto como tocaban el suelo. Finalmente llegaron los batallones de copos de nieve, de creciente espesor, cargando la atmósfera de una opacidad blancuzca.

La nieve cayó durante varios días y varias noches. Para luchar contra el frío, nos habíamos enfundado nuestras pieles —mantos, calzas, manoplas— y mantuvimos encendidas las brasas en la cabaña. Para alimentarnos, recurrimos a las escasas reservas que habíamos guardado bajo unas piedras.

Cualquier acontecimiento meteorológico nos unía a mi tío y a mí. Imbuidos de una profunda reverencia, contemplábamos el espectáculo ofrecido por la Naturaleza, los Dioses y los Espíritus. Barak nunca se preocupaba: se limitaba a admirar. Aunque se hubiese enfrentado al peor de los huracanes, se habría deleitado con él.

Desde su niñez, me repetía, las tierras del Lago nunca habían dejado de calentarse, tanto en invierno como en verano. Reinaban temperaturas cada vez menos rigurosas.

—Antes, el lago permanecía helado durante cinco lunas, mientras que en nuestros días se hiela una o dos lunas nada más. ¡Cómo nos divertíamos, Pannoam y yo, patinando sobre el hielo, una capa espesa, sólida, en absoluto peligrosa! En ocasiones íbamos lejos. Un invierno, incluso, intentamos cruzar el lago; afortunadamente, el hambre nos trajo a casa seis días después.

Ignoraba cuánto había de exageración o de verdad, ya que a Barak

le encantaba recordar la época dichosa en la que él y su hermano corrían juntos explorando el universo.

—Nuestros antepasados afrontaron un clima más crudo que el de hoy. Por alguna razón, los Dioses y los Espíritus nos tratan mejor. Ya no estamos obligados como ellos a vivir todo el año en cuevas.

Una mañana, al abrir los ojos, fue como si me despertase en otro lugar. El tiempo se había detenido, el aire se había vuelto más denso, la quietud me aplastaba.

Cuando salí de la cabaña, descubrí que la nieve había dejado de caer.

Una luz resplandeciente llenaba el bosque, derramada por el cielo azul, ascendiendo del suelo inmaculado que refractaba el azur.

El silencio daba constancia de otro mundo. Ampliaba el espacio en proporciones vertiginosas, absorbiéndolo todo. Solo me oía a mí, los latidos del corazón, la nariz que silbaba. Cuando di unos cuantos pasos, me pareció que los crujidos amortiguados que salían de los pies perturbaban todo el bosque. Me detuve preocupado y agucé el oído. El más leve chasquido de una rama, unas alas batiendo a lo lejos, las menudas patitas de una ardilla deslizándose a lo largo de un tronco, cada sonido perturbaba la paz. En verano, los ruidos se funden en el silencio para constituirlo; en invierno, los ruidos se vuelven extraños al silencio.

Barak se acercó conmovido.

—Hay que ver lo que los Espíritus y los Dioses nos han preparado durante estos tres días. Qué hermoso trabajo.

Los árboles, forrados de blanco, ya no temblaban. La nieve había decidido resaltar los abedules pálidos y escamosos, transformando los robles o los álamos en simples fustes oscuros, desprovistos de gracia.

—Hay que mudarse, Noam, la cabaña no nos protege del frío.

—¿Y si tapamos los huecos y añadimos musgo?

—No es suficiente. De todas formas, nuestras huellas para llegar a la cabaña serán visibles. La nieve comprimida indica el camino.

—Barak, ¿de quién nos escondemos?

No respondió e hice la siguiente pregunta:

—¿Adónde vamos?

—A una gruta que conozco. No muy lejos de la Caverna de las Cazadoras.

—¿Quieres decir…?

—Sí, querido sobrino, las famosas Cazadoras a las que visitaremos, ya que, como dijiste la otra noche, nos merecemos una mujer.

Vaciamos la cabaña de lo indispensable y luego caminamos hacia nuestro refugio. La nieve ralentizaba la marcha. ¿Cómo era posible

que la ligera y fina nieve en polvo se hiciera tan pesada mientras nuestras piernas se hundían en ella? Entre el ardor del ejercicio y la quemazón del frío, sufría dos fuegos: en la parte inferior de mi cuerpo, el esfuerzo me inflamaba muslos y pantorrillas; en la parte superior, el hielo me pinchaba las manos, me anquilosaba los brazos y me quemaba la piel del rostro. Arrastrándome detrás de mi gigantesco tío, me veía obligado a respirar profundamente para mantener el ritmo.

—¿Estás seguro del camino, Barak?

Gruñó. Aunque la nieve hubiese borrado algunas referencias, había otras que no escapaban a su vista de lince. Parpadeé, deslumbrado por aquella luz tan intensa.

Recorrimos un paisaje que la nieve había suavizado y ondulado, marcando de arrugas aquí y allá, las estribaciones de las laderas.

Barak señaló un montón de rocas, parcialmente enterrado bajo ventisqueros.

—Esta es nuestra nueva residencia.

—No hibernarán los osos aquí.

—Cegué la entrada.

Al mismo tiempo que decía estas palabras, agarraba una piedra descomunal, luego una segunda y con la tercera, dejaba despejado el acceso al orificio.

—No me pidas que haga esto todos los días, Barak.

Incluso rodar una de aquellas piedras sobrepasaba mis capacidades.

El gigante replicó:

—Ya me encargo yo de estos pedruscos, muchacho. La Naturaleza nos ha concebido con mucho tino: tú puedes deslizarte, yo puedo cargar. A cada cual sus armas.

Y nos instalamos en la cueva para pasar varias lunas.

*

—Sobrino, tenemos que ponernos guapos para las Cazadoras, lo cual, en vista del tiempo, no deja de ser un problema…

Barak sufría al verse privado de agua por culpa de la helada. Quien pensase que la soledad en la que vivía lo había abocado a la suciedad se equivocaba de medio a medio. Aunque rara vez se cortaba la barba o la rebelde melena, Barak observaba una higiene rigurosa. Se raspaba con ceniza antes de lavarse, ya fuese con un baño completo en el río o una ducha bajo una cascada. Armado con una piedra porosa, raspaba regularmente la callosidad que le recubría los talones. Después de las comidas, se cepillaba los hermosos dientes blancos con bambú y luego se enjuagaba la boca con una decocción de menta[14].

Las tardes en que se disponía a visitar a las Cazadoras, había observado en él un toque de coquetería: se embadurnaba el cuerpo con miel, dejaba que se absorbiese un rato, se iba a nadar y regresaba luciendo la piel tersa y brillante. En el momento de dejarme, atusaba la melena con grasa animal, luego se frotaba las muñecas, la nuca y los tobillos con flores de tanaceto que guardaba en el fondo de un pote, esa planta amarilla que la mayoría de la gente llamaba «olorosa» porque desprendía un poderoso aroma alcanforado. Durante nuestros recorridos, Tibor me había indicado que el tanaceto mantenía alejados de las plantas a garrapatas y pulgones; y había llegado a la conclusión de que, si repelía las pequeñas bestezuelas, probablemente expulsaría a los pequeños humanos favoreciendo las contracciones de las parturientas.

A lo largo del invierno, Barak fue convirtiendo nuestra gruta en una sala de agua. Día a día almacenaba la nieve en troncos vaciados; cuando se derretía, los troncos se convertían en abrevaderos, algunos de los cuales se destinaban a beber, otros a cocinar y otros al lavado. Incluso limitado en sus abluciones, Barak no renunciaba a su ideal de limpieza.

—¿Listo, muchacho?

Habíamos previsto algunos presentes. Aunque apenas se veía caza mayor —la mayoría de los animales hibernaban—, dejaba huellas en la nieve tan pronto como se arriesgaba a salir. Menos rápidas, entumecidas, la liebre, la musaraña o la nutria caían bajo los proyectiles de nuestras hondas. Inútil recurrir a los arcos. Los cadáveres humeaban un instante en la nieve, luego el frío los dejaba tiesos y se volvían pardos; después de lo cual los conservábamos en el hielo fuera del refugio, tan eficazmente que una mañana de caza cubría nuestras necesidades durante varios días.

Mi tío había abatido un corzo para las Cazadoras. Cuando lo cargó con orgullo sobre los hombros, adiviné que tenía que mantener su reputación de gentil gigante.

Caminamos rozando la cima de las colinas. La Naturaleza desplegaba todas las tonalidades del blanco, el gris, el irisado, el azulado, el verdoso. A pesar de varias capas de prendas de abrigo, el frío me calaba hasta los huesos y temblaba castañeteando los dientes a espaldas de mi tío; pero Barak mantuvo un ritmo constante y acabé entrando en calor.

Llegamos al fondo de un pequeño acantilado. Barak lanzó un ulular modulado, tres veces seguidas —un código—. El mineral se agitó y lo que había tomado por arbustos ante una roca marrón resultaron ser unas ramas que camuflaban una cortina de cuero.

Apareció una Cazadora. Reconoció a Barak. Sus pupilas brillaron. Levantó el cortinaje y nos invitó a entrar.

La cavidad se reveló espaciosa, iluminada aquí y allá por lámparas de mecha. Mil efluvios me invadieron la nariz: jabalí ahumado, muflón asado, salitre, caldos de verduras, frutas podridas, estiércol. Algunos caballos dormitaban en la entrada, bayos, achaparrados, musculosos, que relincharon sin convicción a nuestro paso. Durante el trayecto, Barak me había informado de que las Cazadoras dominaban el arte de domar aquellos cuadrúpedos salvajes, de volverlos sumisos y montarlos a horcajadas.

—Ah, sobrino, ver galopar a una Cazadora, agarrada a las crines, con las piernas en torno a los flancos del animal…

Me había explicado que aquellas mujeres, las Cazadoras de la Caverna, vivían sin hombres. Les permitían acercarse cuando ellas lo deseaban, sin embargo, no compartían su espacio con ellos. Se negaban a ser tanto las hembras de antaño como las de hogaño. Entre los Cazadores tradicionales, la Cazadora pertenecía al grupo, ojeaba, acechaba, mataba; sus actividades no diferían, salvo cuando traía un hijo al mundo. No lo hacía a menudo —como mucho cada cinco años —, pero se ocupaba permanentemente de él, dándole de mamar durante varios años. Entre los Sedentarios, todo había cambiado: la mujer permanecía en el hogar, dedicada a limpiar, ordenar y parir una criatura al año. Las Cazadoras de la Caverna desdeñaban esa condición, en la que contaban poco, en la que los machos las sometían, en la que su vida se reducía a la de una esposa, una madre, una esclava doméstica.

—No lo entiendo, tío. ¿Son mujeres o Cazadoras?

—La diferencia solo existe en tu cabeza, sobrino. Te lo repito, Sedentarios o Cazadores, se trata de la misma raza, la nuestra. Ya lo verás.

Una imponente Cazadora vino a nuestro encuentro. Majestuosa, con brazos tan anchos como mis muslos y piernas como troncos, mostraba, bajo sus arreos de pieles, un pecho que se balanceaba sensualmente al ritmo de sus pasos. Las caderas, increíblemente voluminosas, acompañaban las zancadas con un suave balanceo. Izquierda…, derecha…, como si estuviese bailando. En su rostro, todo mejillas, se abrían paso dos diminutos ojos castaños, así como una nariz pequeña y respingona.

Barak se iluminó al verla.

—¡Malatantra, hermosa mía!

La sonrisa de la matrona reveló una fila de dientes preciosos. Barak depositó el corzo a sus pies. Ella soltó una risa estridente.

—Te presento a mi sobrino Noam.

Me estudió desde la raíz del cabello hasta la punta de los pies, como si le ofreciesen una nueva pieza de carne. La inspección debió de causarle una impresión favorable: dio unas palmadas y pronunció varios nombres de extrañas sonoridades.

Acudieron otras Cazadoras más jóvenes, más impacientes.

Barak me detalló el programa de la velada:

—Beberemos vino de diente de león, mordisquearemos unos tallos de apio[15], luego elegirás a la que te guste y a esperar que te apruebe.

Avanzamos hacia la Caverna, que se componía de varias zonas diferenciadas: tras el establo inicial, la zona donde se cocinaba, la zona donde se fabricaban las herramientas, la zona donde se dormía —cerca del fuego— y la zona donde depositaban los detritus.

La conversación floreció, amena gracias a Barak, que divertía a las mujeres, pero laboriosa porque compartíamos pocas palabras. No sé qué lengua manejaban las Cazadoras; utilizaban un idioma compuesto de términos tomados de otras lenguas, como recuerdos de viajes.

Malatantra, la voluminosa matrona, yacía junto a Barak y supuse que había venido por ella.

Una Cazadora había llamado mi atención. Su rostro oscuro e indomable exhibía una tez viva, una robustez de aire libre. Alta, de ancas nerviosas, hombros recortados, manos largas, desprendía un halo femenino y salvaje, una fuerza indómita. Aunque nos tendimos con languidez al amor de la lumbre, el vigor nunca se adormeció en su cuerpo; sus rápidos impulsos la llevaban a levantarse, a buscar vino, a servirlo, a ofrecernos nueces. Casi sin querer, mis miradas se dirigían a ella una y otra vez. A resultas de un giro, sus prendas revolearon y pude vislumbrar las costillas que mostraban bajo la piel el dibujo de sus arcos. Me excité inmediatamente.

Barak notó mi emoción. Sin apartar los ojos de mí, se inclinó hacia la matrona y le susurró algo al oído. Ella me miró, miró a la Cazadora y le gritó.

La Cazadora se agachó frente a Malatantra y respondió a sus palabras con gestos vehementes. Me inquieté.

Al ver que me estaba poniendo pálido, Barak me aclaró lo que ocurría:

—Es muda, sobrino. ¿No te importa?

¡Por eso era tan expresiva! Como la boca no hablaba, lo hacía todo su cuerpo. La contemplé, vibrante, intensa, discutiendo con la matrona, y la sangre se me subió a la cabeza con una oleada tan violenta que me impedía reflexionar. ¿Me aceptaba o me rechazaba? Era lo único que me preocupaba.

La Cazadora se levantó y me miró fijamente. Su mirada me dejó claro que me deseaba. Con un apretón apremiante, su mano me instó a seguirla. Me pareció delicioso que, siendo yo el demandante, ella fingiese dominar.

Se alejó a un rincón de la guarida, levantó un colgajo de cabra y señaló en el hueco su yacija de pieles.

Me recosté, bajó la cortina y se tendió lentamente sobre mí. Me imponía su ritmo, su proceder. Sus ojos se hundieron en los míos, posó sus labios en los míos. Me derretí. Nunca había experimentado nada similar. Nuestros fluidos se unían, se mezclaban, se enriquecían.

Se dejó caer de lado, de espaldas al suelo, y mimó un gesto que significaba que podía disponer de ella. Mis dedos acariciaron aquellas piernas ardientes, ganaron el vientre firme, luego, bajo la ropa, trataron de alcanzar los senos. Ella se apartó y se puso en pie de un brinco. Era tal el furor de su reacción que temí haberla ofendido; pero se arrancó la ropa y apareció desnuda. Me quedé mirándola boquiabierto. A diferencia de Mina, su cuerpo no tenía estrías; terso, limpio, puro, parecía haber sido creado esa misma mañana.

Satisfecha con mi admiración, se tendió a mi lado, sonrió y, cerrando los ojos, se ofreció por completo a mis dedos. ¡Qué dicha aspirar un olor de mujer, acariciar formas de mujer, provocar escalofríos en aquella piel dorada, remontar hasta los senos altivos, pequeños, cuya cúspide se endurecía cuando mi mano la rozaba!

Me estremecí cuando empuñó mi sexo. Sus ojos mostraban alegría por mi firmeza y me conminaban a penetrarla.

Abrió los muslos y levantó ligeramente la pelvis para permitirme entrar en ella. Nada más fácil, nada más cálido, nada más estimulante que hundirse en sus húmedas profundidades.

A medida que yo me movía, ella se abandonaba a mis movimientos, saboreando sus sensaciones. Todo en su cuerpo respondía a mi vaivén. Sus caderas se movían a la frecuencia de las mías, o viceversa, porque ella mandaba sutilmente. Mi miembro firme, envuelto en su carne ardiente e íntima, obedecía a sus solicitudes. Yo no hacía el amor para mí, sino para ella: sus reacciones me excitaban lo mismo, sino más, que mis propias impresiones; me convertí en el instrumento de un acontecimiento inmenso y mágico que le sucedía.

Comenzó a gemir. El más leve y ronco jadeo emitido por su garganta me transportaba, enseñándome qué hacer o no hacer. La servía con pasión, iniciándome en un fenómeno desconocido: el placer de dar placer.

De repente se estremeció, percibí en ella una liberación increíble, frenética. Y gocé con ella.

Salí de su cuerpo, me tendí a su lado y la estreché entre los brazos. Palpitando todavía, los dos nos quedamos dormidos.

*

Disfruté de aquel invierno. Mientras la tierra, cubierta con un manto blanco, parecía rígida como un cadáver, yo me sentía más vivo que nunca. Barak y yo íbamos regularmente a la Caverna de las Cazadoras, dejábamos la consabida pieza de caza mayor como ofrenda y luego pasábamos la velada con nuestras elegidas. Barak y Malatantra retozaban en su hueco con gozosos rugidos y yo me encerraba en compañía de mi Cazadora muda apurando nuestra fogosa juventud.

Cada noche, mi miembro la saludaba enhiesto varias veces. Después de un sueñecito, la Cazadora me invitaba a empezar de nuevo, aunque su misterioso olor me incitaba a ello por sí mismo, poderoso, imperioso, desbordante, inagotable. No sabría decir en qué consistía aquel perfume orgánico, no podría citar ninguno de sus componentes ni asociarlos a emanaciones conocidas; un olfato primitivo, subyacente a mi conciencia, se embriagaba de aquella criatura salvaje, precipitaba mi sangre hacia mi sexo y me empujaba a alojarlo en el suyo. Hoy, mientras escribo estas líneas, un recuerdo que burla las frases convoca sus efluvios y excita mi bajo vientre.

Mi Cazadora se llamaba Tita. O así es como la llamaban sus compañeras, a gritos, porque apenas oía. Vigorosa, bien formada, resistente, se había ganado el cariño del grupo; lejos de comportarse como una inválida, desplegaba más energía que las demás y no se arredraba ante ningún esfuerzo: la he visto cargar con corzos al hombro antes de despellejarlos, domar caballos recalcitrantes, mover peñascos, arrastrar sacos de nieve, reforzar apuntalamientos, acarrear ramas para el fuego. Realizaba el trabajo de cuatro Cazadoras durante el día y aún demostraba ser capaz de hacer el amor como cuatro Cazadoras por la noche.

Me había elegido. Malatantra me dijo que, hasta entonces, Tita había rechazado a casi todos los visitantes.

—Desde que has aparecido, solo cuentas tú —añadió la matrona, dirigiéndome una mirada de admiración.

Tita era diametralmente opuesta a Mina: alentadora, enemiga de la queja, dominante más que dominada, voluptuosa hasta el frenesí. Cuando las confrontaba, la comparación me aliviaba, creando la ilusión de una cierta fidelidad a Mina: no la engañaba, ni siquiera póstumamente, ya que frecuentaba a su opuesta.

Tita también representaba la antítesis de Noura. Tan fornida como

Noura delgada, no pronunciaba una palabra, mientras que la hija de Tibor, virtuosa del verbo, retenía a todos en las redes de su labia, de su ingenio, de su conversación. Había decidido no pensar más en Noura; para mí estaba muerta o al menos pertenecía a un mundo muerto, un universo al que jamás volvería.

¿La había olvidado realmente, cuando estaba tratando de borrarla con su antagonista? El invierno se eternizaba, riguroso. De vez en cuando, el frío remitía, dando una tregua a los animales, que asomaban el hocico fuera; sin embargo, implacablemente, los torbellinos helados reanudaban sus locos retorcimientos y los copos se transformaban en punzantes agujas de hielo.

Una tormenta brutal e interminable nos obligó a tresnevar con las Cazadoras; el viento era tan penetrante y violento que impedía cualquier salida, azotando fatalmente a cualquiera que se arriesgase a salir al exterior.

La Cueva rezumaba sexo. Su geografía presentaba rincones masculinos —salientes rocosos, relieves verticales, paredes empinadas — y femeninos —grietas, hoyos, celdas angostas, huecos húmedos. Las pinturas acentuaban la erotización del espacio, ofreciendo un sinfín de vulvas y algunos falos dibujados por las propias Cazadoras, algunas de las cuales destacaban por su habilidad en preparar la pared, alisarla, perfilar el grabado, dominar la impresión y distribuir los colores.

Pese al placer de quedarnos con Malatantra o con Tita, no nos gustaba demasiado aquella hibernación forzada; tampoco a los caballos, aterrorizados por el desgarrado ulular del viento y, por supuesto, a las Cazadoras, que rechazaban la presencia permanente de los hombres.

Gracias al confinamiento comprendí cómo había obtenido Malatantra su soberbio físico: se alimentaba casi exclusivamente de tuétano, médula pura, grasa y untuosa. Las Cazadoras hacían añicos para ella los huesos largos de los animales, fémures o tibias, los bañaban durante un día y una noche en agua fría para purgar y vaciar la sangre, y luego los asaban. Cuando Malatantra me permitió probarla, aquella sustancia cremosa con sabor a avellana me pareció un manjar. A partir de entonces, cada vez que la veía, imaginaba ingenuamente a Malatantra constituida por esa textura adiposa, suculenta, acaramelada, y envidiaba a mi tío.

Una mañana, las tormentas amainaron, el aire se calmó, los copos de nieve se espaciaron. Hacia el mediodía, revolotearon los últimos, ligeros, vivarachos, como bailarines rezagados que hubieran decidido no unirse al suelo, sino al aire.

Barak y yo nos pusimos en camino.

El paisaje parecía más lívido que blanco, hasta tal punto lo habían cubierto las precipitaciones. La Naturaleza se había simplificado: pálida, húmeda, mineral.

—¡Por aquí!

Afortunadamente, Barak lograba orientarse en aquel paisaje modificado. Caminábamos cada vez más lejos el uno del otro, incapaz mi zancada de igualar a la suya.

—¿Va todo bien, sobrino?

—¡Muy bien!

Nuestras voces, amortiguadas por la nieve, se quedaban sin eco. Costeamos el lago, como de costumbre, la única referencia fiable en aquellas circunstancias.

—¿Qué es eso? —gritó de repente Barak.

Su exclamación, repercutida por los hielos del lago, se perdió en la lejanía, pero su eco fue rebotando de valle en valle.

Señaló a lo lejos, hacia la orilla, una forma humana cubierta de harapos, sobre la que había caído un poco de nieve.

—Hay un cadáver. Un imprudente que se ha extraviado.

Bajó la pendiente y se acercó.

—Una mujer.

Se inclinó.

—¡Pobrecilla! Debe de haber muerto de frío. ¡Una auténtica temeridad, salir con un tiempo como este!

En mi afán por alcanzarlo, tropecé varias veces porque la nieve se me pegaba al calzado y me hundí dolorosamente en tres agujeros. Cuando, exhausto, alcancé a Barak, acababa de darle la vuelta al cuerpo.

—¡Qué tristeza! —se lamentó—. Una chica tan guapa, además.

Me incliné a mi vez: Noura yacía en medio de las conchestas heladas.

*

Una vez que mi tío la hubo llevado delicadamente a nuestra cueva, me precipité hacia ella, pegué mi oído contra su pecho y grité:

—¡Vive!

Escuché latir el corazón de Noura, muy rápido, demasiado rápido y, luego, poniéndole un dedo bajo las aletas de la nariz, comprobé que respiraba con soplos entrecortados, aunque su tórax permanecía inerte. Noura no estaba muerta, pero sí moribunda.

—Debe de haberse desvanecido justo antes de que la viéramos.

—Noam, ¿quieres que le dé unas friegas para reanimarla?

—¡Ni se te ocurra!

Me había negado instintivamente, temiendo la rudeza de mi tío, sin suponer que, varios siglos después, la medicina fundamentaría científicamente mi precaución: si por un contacto enérgico se aporta calor a la piel, se corre el riesgo de enviar la sangre periférica enfriada al interior del cuerpo, lo que provoca un paro cardíaco. Mi reticencia espontánea frente al coloso le había evitado a Noura un ataque al corazón.

Sin embargo, me veía incapaz de desnudarla, tanto la veneraba.

—Barak, quítale la ropa mojada. De lo contrario, seguirá congelándose. Te acercaré todas las pieles que tenemos.

Durante aquella operación, me di la vuelta, saqué las brasas que llevaba en mi cuerno y encendí los múltiples hogares que habíamos dispuesto en la guarida.

—¡Listo! —exclamó mi tío.

Me giré. Noura, exangüe, con las sienes azuladas, los ojos cerrados y el rostro crispado, desaparecía bajo un montón de pieles. Arrodillado a su lado, Barak, con sus collares entre las manos, estrujaba sus amuletos salmodiando las fórmulas rituales. Me uní a él, cerré los ojos e imploré a los Dioses y los Espíritus hasta perder la noción del tiempo.

Mi tío se levantó, calentó un poco de agua en un cuenco de roble, añadió miel y le habló solícito a Noura.

—Toma, preciosa, bebe.

No había forma de saber si nos oía. Barak la incorporó con infinita cautela, le entreabrió la boca y lentamente, gota a gota, fue introduciéndole la tisana.

—Dame tu gorro, ahora que sus cabellos se han secado.

Le entregué mi gorro de liebre, con el que rodeó la cabeza de Noura.

Yo no cesaba de vigilarla: me parecía que la piel recobraba el color, que la nariz se relajaba, que la respiración se ampliaba, pero, en cuanto me convencía de ello, dudaba, incapaz de sopesar lo que respondía a la realidad o a la esperanza.

Al final del día, Noura abrió los ojos. Sus pupilas dilatadas no me distinguían.

—Estoy aquí, Noura, no temas.

Ella balbuceó:

—Papá…

Su cuerpo se estremeció. Sus ojos se movían en todas las direcciones. Emitía gritos inarticulados.

Barak me susurró al oído:

—Está delirando.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada.

El agua tibia y azucarada le procuró algo de sosiego; cuando la hubo bebido, se quedó dormida.

Agarrando a Barak del brazo, lo llevé al fondo de la cueva, lo más lejos posible de la moribunda.

—Iré a buscar a su padre, Tibor, el gran curandero. Sabrá cómo cuidarla.

Barak se rascó la cabeza e hizo una mueca.

—Con esta nieve, tardarás dos días en llegar al poblado. Necesitarás otros dos para volver con el curandero. Eso, si no hay otra tormenta… Temerario e inútil. Su suerte se decide aquí. O entra en calor o nos deja.

—¡Tengo que hacer algo!

—Hacer, hacer, hacer… ¡Hacer estupideces, sí!

—¿Entonces, qué?

—Vigila y reza. Los Dioses y los Espíritus deciden. Mantengamos una buena temperatura en la gruta.

Noura pasó la noche y el día entre la vida y la muerte, a veces devorada por temblores, abriendo desorbitados unos ojos inexpresivos, pronunciando palabras ininteligibles, y luego se hundió en un sueño tan profundo que nos asustó. Y, por fin, se irguió, se sentó, miró a su alrededor, me vio y sonrió.

—¡Noam!

Me acerqué, conmovido.

—¡Noura! ¿Estás mejor?

Bajó los ojos avergonzada.

—Tengo hambre.

Un grito de victoria resonó desde el fondo de la gruta.

—¡Albricias!

Noura se sobresaltó al oír semejante berrido. Se dio la vuelta y descubrió a Barak, que se agachó a su lado.

—Un placer conocerte. Soy Barak, el tío de Noam.

Le expliqué lo sucedido a Noura, que balbuceaba desconcertada:

—Barak te vio en la nieve, te trajo hasta aquí y te cuidó. Te ha salvado, Noura.

El gigantón se echó a reír y tronó con su voz magníficamente timbrada:

—Me iba la vida en ello, hija mía, de lo contrario mi sobrino me habría arrancado la piel a tiras. ¡Menudo es él! Este muchachote se muere de preocupación por ti.

Y le guiñó un ojo —Barak se comportaba familiarmente con cualquier desconocido—. Noura se estremeció, notó que apenas iba vestida bajo las pieles, se ruborizó y, tratando de mantener la compostura, pestañeó en su dirección.

—Gracias.

Sus labios habían susurrado la palabra con tanta gracia y dulzura que Barak se derritió de placer, maravillado.

Noura me miró.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Dos días.

Ella asintió con la cabeza, reflexionando. Luego, sacando las manos de las pieles, las miró, notó las grietas, hizo un mohín y preguntó con tono perentorio:

—¿Tienes grasa?

—¿Grasa?

—Para mi piel.

Antes de que yo pudiese reaccionar, Barak le ofreció el tarro de grasa del que se servía para domar su cabellera antes de sus visitas a las Cazadoras.

Noura le sonrió débilmente y comenzó a untarse los dedos, las palmas de las manos, las muñecas. Todo volvía a la normalidad. Consternado y hechizado por igual, sentí llegar el momento en que la caprichosa y mandona Noura iba a dictarnos nuestro empleo del tiempo.

Le hice la pregunta que me obsesionaba desde el día anterior:

—¿Por qué caminabas por la orilla del lago?

Me miró fijamente, sorprendida de que no lo hubiese adivinado, y respondió con un timbre de voz cristalino:

—Para estar contigo.

Supuse que iba a reclamar de nuevo mi intervención para solucionar cualquier incidencia en el poblado. Hosco, decidido a declinar, me puse en guardia:

—¿Quieres decir que venías a buscarme?

Se encogió de hombros, posó el pote de crema, aplicó a los labios resecos el exceso de grasa que le cubría los nudillos, los contrajo, los mordisqueó, chasqueó la lengua y se volvió hacia mí.

—No, a estar contigo. No quiero quedarme con Pannoam. Vengo a vivir contigo.

Después de esta declaración, Noura mordisqueó nueces y avellanas, y luego se volvió a dormir.

Durante todo el día, mi tío me observó de reojo, ansioso por interrogarme. No se atrevió, pero imploraba en silencio, así que le di

la espalda, pretextando nuevos quehaceres, y me encerré en mi mutismo.

Por la noche, Noura se movió apenas, tragó, medio dormida, el cuenco de sopa que le habíamos preparado y, exhausta, permaneció tumbada con los ojos cerrados.

Barak me atrajo fuera, hacia una pálida oscuridad.

A nuestro alrededor, hasta donde alcanzaba la vista, se había disputado un combate, el de la nieve y la noche. La nieve reinaba invicta. La blancura del manto de nieve brillaba azulada a través de las ramas desnudas. Caminamos bajo la luz de las estrellas y el claro de luna.

Barak posó una mano en mi hombro.

—¿Contento, sobrino?

—¿Por qué debería estar contento? —repliqué en un tono malhumorado que no pude controlar.

—Noura, la mujer que deseas, viene a ti y te demuestra que te quiere.

Bajé la cabeza, vencido, dolido, incapaz de disfrutar de la situación. Se indignó:

—¡Si Elena se hubiera unido a mí, no habría puesto esa cara!

—Barak, ¿le habrías impuesto la vida salvaje a mi madre? Ella nació en una aldea y no ha conocido otra cosa. ¿Habrías vivido con ella en una gruta en invierno y en los bosques en verano?

—Yo…

—A ti y a mí nos gusta porque somos hombres, pero las mujeres…

—No son tan diferentes, ¿no?

Su rostro grande e ingenuo se hacía la pregunta con sinceridad y con la misma sinceridad temía la respuesta.

—Ellas son diferentes, Barak. Cuando llegó a nuestra aldea, Noura tenía unos treinta vestidos —¡y eso que la riada de barro se lo había arrebatado todo! Noura se pirra por la ropa, las joyas, el calzado, los objetos, los perfumes, los ungüentos. Ella pertenece al mundo de la aldea.

—Puede cambiar.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Por amor. Nosotros también hemos cambiado mucho.

—¡Cambiamos por amor frustrado! Para huir de nuestros fracasos y nuestro infortunio.

Barak pateó un rimero de nieve y suspiró. De repente, agarrando mis mejillas, susurró:

—Escucha lo que te dice Noura. Escúchala bien. No cometas el mismo error que yo, Noam, no eches a perder tu vida.

Y regresó con paso firme hacia la cueva.

Mi sorpresa fue mayúscula. En mi opinión, Barak no había echado a perder su vida. ¿Por qué lo decía? ¿Lo pensaba así?

«Escucha lo que te dice Noura. Escúchala bien.» Aquellas palabras resonaban en mi cabeza. Seguramente tenía razón… Escuchar bien a Noura. O simplemente escuchar.

Noura no habló durante dos días, como si su enfermedad hubiera calculado el tiempo que me hacía falta para analizar nuestra conversación. Yo languidecía.

La primera lluvia de primavera restalló aquella noche. Me despertó y escuché las mil y una gotas cálidas martilleando en los restos de nieve, repiqueteando sobre las ramas y los troncos y gorgoteando a lo largo de las piedras. Al amanecer me aventuré fuera y contemplé el paisaje que se enriquecía de formas, luciendo de nuevo los colores de las plantas y los minerales. Es cierto que presentaban una tonalidad enfermiza —los verdes amarillentos, los marrones grisáceos—, pero evocaban una convalecencia, en armonía con la de Noura, que me conmovió profundamente.

Me acerqué a ella y le di de beber.

—Cuéntame lo que pasó después de mi partida.

—Todo empeoró, Noam. Ignoro cómo se desarrolló vuestra última entrevista, la cólera de Pannoam jamás se aplacó. Despotrica, grita, nada le parece bien. Antes se mostraba prudente, ahora se manifiesta desconfiado. Le teme a todo y a todos, a los extraños que cruzan la aldea, a los visitantes el día de mercado, a los habitantes del poblado en todo momento. Cuando las cosas van bien, sospecha que le ocultan la verdad, que seguramente será mala. Detrás de cada frase, ve un deseo de hacer daño, el atisbo de una traición. Según él, solo se le acerca gente malintencionada. Dice que la aldea se ha vuelto una olla de conflictos que se cuecen a fuego lento, que maquinan, envenenan y preparan su muerte.

Concluyó con sencillez:

—No soy feliz.

Instintivamente, traté de resistirme a la ternura que me provocaba.

—¿Lo querías?

—¿El qué?

—Ser feliz.

Frunció el ceño. Se le marcaron dos arruguitas entre las cejas perfectamente dibujadas.

Insistí:

—Querías ser la mujer del jefe, no ser feliz.

Respiró hondo para asimilar mi réplica; luego se volvió hacia mí.

—Sí. Quería ser la mujer del jefe. Pero no de ese jefe.

Sus ojos brillaron. Me turbaban.

—¿Qué quieres decir?

—La esposa de un gran jefe, no de un jefe acabado, impedido, que de jefe solo tiene el nombre. Cada día menos vigoroso, cada día más irascible, tu padre nos pisotea, da órdenes absurdas, contradictorias, para que nuestra obediencia le permita confirmar que sigue dirigiendo el poblado. Oprime al pueblo, agobia a tu madre, me persigue. El único que se salva es Tibor, porque lo necesita. ¿Qué le dijiste antes de irte?

—Nada.

Mi reacción me sorprendió. ¿Por qué preservar a mi padre de nuevo, ocultando su naturaleza oscura a los demás? ¿Lo seguía queriendo? ¿O callaba por amor propio, avergonzado por descender de un ser tan perverso? Si el orgullo me incitaba a proteger a mi padre, yo también era devorado por el mismo orgullo. Tanto como él. Había heredado su tara…

—¿No le dijiste nada? —insistió.

—Nada especial.

Noura compuso una mueca escéptica. Me reproché mi falta de sinceridad, pero revelar la verdad me humillaba.

—De todas formas, asumir su decadencia lo ha vuelto abyecto. En lugar de tomarla consigo mismo, la emprende con los demás. Consciente de su debilidad, intenta fortalecerse debilitándonos. ¡Una táctica deplorable!

—Entonces huiste…

—No, no hui: he venido para estar contigo.

¿Por qué no conseguía creerla? ¿Por qué desconfiaba de lo que podía ser tan halagador para mí? ¿Estaba, como Pannoam, amargado, a la defensiva?

Noura me agarró del brazo y, como siempre, su contacto me puso la piel de gallina.

—Me equivoqué, Noam. Seguí a la razón en lugar de hacer caso al corazón. Cuando tu padre se encaprichó de mí, me convertí en la mujer del jefe, cosa que me tranquilizaba, me halagaba. ¡Qué estupidez! Si hubiera hecho caso al corazón, habría…

—¿Sí?

—Habría actuado según tu sugerencia: contrariar a Pannoam y disuadirlo de que me desposara. Solo que la razón me aconsejó ser ambiciosa…, mientras que el corazón…

—¿El corazón?

Me sonrió, aliviada, satisfecha.

—Estoy aquí, Noam. He arriesgado mi vida por ti.

Me cogió las manos, las apretó, las llevó a la boca para besarlas. Sentí tanta emoción que enmudecí.

Nos miramos con pasión. Un pensamiento cruzó por mi mente. Solté las manos de Noura, me levanté y me aparté de su lecho.

—¿Qué? —gritó, asombrada por mi brusquedad.

Necesitaba hacer la pregunta que martilleaba en mi cabeza. Contuve el aliento y le espeté con voz clara:

—¿No estarás encinta?

Los ojos se le abrieron como platos, los puños se le crisparon, su boca dibujó un rictus.

—¿Cómo iba a estarlo?

—¿Qué quieres decir?

—Cómo voy a estar encinta si…

Me miró severamente.

—La unión no se ha consumado.

Una vez más, me costaba darle crédito. Nuestra conversación me torturaba. Me arrodillé a su lado.

—¡Pannoam te desea!

Su rostro se endureció.

—Sí. Me colmó de regalos, pero…

Vaciló, rascó con el índice un extremo de la piel que la cubría, suspiró, buscó valor en las paredes circundantes, y por fin dijo:

—No solo perdió una pierna cuando estuvo a punto de morir a manos de los Cazadores.

—¿Qué? ¿Insinúas que mi padre… Que lo han… Que le falta…?

—No, lo conserva todo. Pero… ya no funciona.

Se mordió los labios frustrada.

—Ese descubrimiento lo reconcome. Desposándome, podía imaginarse joven y vigoroso; al no cumplir con sus deberes como marido, constató que no era más que un mísero inválido lleno de resentimiento. Las infusiones de ajedrea que le prescribió mi padre no surtieron efecto. Ya no se soporta. Se odia a sí mismo…

Me eché hacia atrás.

—Noura, ¿me estás diciendo la verdad?

—¿Sabes cómo se reconoce la verdad, Noam? Porque humilla. Te he confesado una verdad que me humilla.

Parecía sincera. Asentí varias veces y prosiguió:

—Nuestro matrimonio, tu partida… Pannoam es demasiado inteligente para no darse cuenta de que fue acumulando error tras error. Por vanidad obstinada, no lo admite y prefiere culpar al

universo entero antes que a sí mismo.

Gritó, repentinamente chispeante y ligera:

—¿Me aceptas?

—¿Aquí?

—Sí.

—Noura…, quedarse en esta gruta… no es vida para ti…, digna de ti…, yo no…

Me acarició la cara y apretó su boca contra la mía. Mi corazón latió con fuerza. Por fin se producía el más perfecto de los encuentros, el que lo dice todo cuando no se dice nada. Algo poderoso, supremo, nos inundó. Por la puerta de nuestros labios pasamos de un universo a otro, del mundo siniestro donde no nos habíamos besado al luminoso donde nos estábamos besando. Sentí de inmediato que estábamos unidos para siempre.

Se apartó un poco, con un dedo trazó un círculo alrededor de mi boca, me dio un beso rápido arriba, otro abajo, me estampó uno más húmedo y fresco en cada comisura, y luego exclamó, con los ojos muy abiertos de alegría:

—¡Qué sueño!

Y, tendiéndose graciosamente de costado, cerró los ojos y se durmió feliz.

*

A lo lejos, el hielo del lago se quebraba estallando en profundas y pesadas detonaciones que provocaban un revuelo de aves despavoridas.

Noura se curaba al ritmo de la tierra.

La primavera se retrasaba. Desembarazado de la nieve, el suelo arrastraba lodos que testimoniaban su fatiga, su desgaste. El sol, cuando brillaba, apenas calentaba, y el cielo, aunque menos pálido que en invierno, apenas se teñía de un azul claro. Los colores se avivaban sin alcanzar toda su intensidad.

Noura volvió a comer, a levantarse, a caminar.

Nuestro beso nos había prodigado la paz. Sin necesidad de ir más lejos, ni repetirlo siquiera, saboreamos su enorme efecto: la certeza de nuestra unión.

Una noche en que, acariciado por su voz, acerqué mis labios a los suyos, Noura me detuvo con una expresión muy seria.

—Soy la esposa de tu padre, Noam. Imposible continuar mientras…

—¿Mientras qué? Nosotros vivimos aquí.

—Papá debe de estar preocupadísimo. Y Pannoam ignora que lo he

dejado. A lo mejor se cree que he sido devorada por un oso.

Muerta de risa, aludía implícitamente a la rocambolesca desaparición de Barak. Aquellos dos, Noura y Barak, estaban a partir un piñón y se pasaban las tardes de cháchara.

En dos ocasiones, so pretexto de que quería dejarnos solos, Barak se ausentó para visitar a las Cazadoras de la Caverna; avergonzado por lo que Noura podía sonsacarme si hablábamos de ello, preferí que la mentira y el silencio rodeasen sus escapadas.

Al día siguiente de su segunda fuga, cuando salimos a cazar, Barak me dijo que a Tita le entristecía no recibir mis visitas.

—¿Qué excusa le diste?

—Que cuidabas de nuestros animales. Elegí el anzuelo que podía morder.

—¿Y lo mordió?

—Sí. Debes recordar que estamos domando tres briosos caballos y que has domesticado una pareja de lobos. ¡Nada menos! Y con esto no estoy diciendo que estén a la altura de Noura.

Se echó a reír a carcajadas. Yo, en cambio, no le veía la gracia por ningún lado.

—¿Tita me espera?

Barak asintió. Me sentí impotente. Cuando me había acostado con la Cazadora, lo había hecho por deseo, por supuesto, pero también por rabia. Enfrentado a mi padre, separado de la aldea, me había probado a mí mismo que no estaba condenado a la soledad, que el placer acompañaba y sazonaba mi vida. Y, si luego había vuelto fielmente junto a Tita, era porque me gustaba y porque creía que jamás volvería a encontrar a Noura. Pensando en mi indómita Cazadora, en aquel bloque de vigor y honestidad, me consideraba desleal.

—Ojalá no hubiera que preocuparse por nada ni por nadie —suspiré.

—Solo hay que preocuparse por la libertad.

Las liebres irrumpían por doquier, saltando, dando tumbos, haciendo piruetas, ejecutando una danza exaltada para recorrer los prados y la maleza que les devolvía la primavera. Barak, risueño, no se cansaba de ver sus traseros asomando aquí y allá. Mientras la mayoría corría, cediendo al puro placer de moverse, algunas pacían con voracidad, hipnotizadas por los tiernos brotes de hierba que tanto habían esperado; otras se frotaban la punta de la nariz, con las orejas gachas, absortas en un conciliábulo que pronto daría lugar a una camada de lebratos.

De común acuerdo, decidimos recolectar en lugar de cazar, por mor de respetar el júbilo animal.

—¡Mira! ¡Los rivales de Malatantra!

No entendí a mi tío, que señalaba hacia unos quebrantahuesos. Observé su comportamiento y comprendí lo que me decía. Lanzando agudos silbidos, las rapaces se repartían el cadáver de una cierva; a veces uno agarraba con sus garras un pesado hueso, alzaba el vuelo, planeaba alto y lo soltaba tan tranquilo. El hueso se rompía al tocar el suelo, porque el buitre barbudo apuntaba al borde de un barranco o contra un peñasco de esquinas puntiagudas. Después del seco crujido, el carroñero descendía, se posaba, atrapaba un fragmento astillado y se regalaba con el tuétano que se había vuelto accesible.

—Son los quebrantahuesos. También hacen eso con las tortugas: las arrojan desde arriba para romperles la concha[16].

Barak nos llevó a un lugar donde crecía la verdolaga. Recogimos los tallos frondosos que se arrastraban por el suelo, luego señaló un rincón plagado de nabos que desenterramos con facilidad. Los bulbos rosáceos se acumulaban en nuestra bolsa.

—¿Cuándo os vais a la aldea? —preguntó Barak abruptamente.

Me detuve, escandalizado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es lo que haréis.

Fui presa de la exasperación. Me oprimía un presentimiento idéntico y cada mañana me preguntaba cuántos días íbamos a aguantar, angustiado ante la inevitable perspectiva del regreso.

—Noam, las mujeres son diferentes. Noura vive con nosotros: no tiene otra opción, se está recuperando, te satisface. Pero tú y yo sabemos, y ella también lo sabe, que su estancia no durará. ¿No te explicó ya que quería aclarar la situación allí y decirle a su padre que todavía estaba viva? Si sus pasos no te llevan a la aldea, sus frases sí.

Dos liebres de pelo reluciente, lomo curvo, largas orejas gachas, se acariciaban y se hacían cosquillas con los bigotes. Barak las miraba con circunspección y ternura.

—Querido sobrino, yo me quedé aquí porque a tu madre, convencida de mi muerte, jamás se le ocurrió buscarme. Si hubiera aparecido, habría vuelto a la aldea y reclamado lo que me correspondía.

—¿Lo que te correspondía?

—Una vida a su lado. Una vida normal y feliz, no la de un fugitivo. Me he convertido en un fantasma, Noam. Los del poblado me toman por un Dios, un Espíritu, una aparición del pasado. No existo para nadie, solo existo para mí.

—Y para Malatantra…

—Y para Malatantra, mi sol perpetuo. ¿Has notado que al final del

verano es como una osa, bien cebada, lista para hibernar, pero que llega así a la primavera? ¡Siempre en forma, nuestra Malatantra!

Contento con la evocación de la embriagadora matrona, Barak se frotó las manos con apetito. Un gemido desesperado rasgó el aire. Las liebres pusieron pies en polvorosa. Un zorro famélico sacudía una de ellas entre las fauces, frenético, hambriento, violento hasta las últimas convulsiones del animal. Luego, ya tranquilo, se alejó con su presa atravesada en la boca, hasta internarse entre las sombras del bosque.

—Tú le importas a alguien —insistió Barak, soñador—. Tienes deberes.

—Pero…

—Hablemos claro: ¿quieres a Noura?

—La quiero.

—¿Deseas su felicidad?

—Sí.

—Entonces, sabes lo que debes hacer.

*

Partimos cuando el sol asomó en el horizonte. El aire se calentaba, pero en el ambiente persistía un frescor de rocío.

Subimos y bajamos sin descanso un valle tras otro. La Naturaleza había recobrado su salvaje grandiosidad. Las montañas, todavía con jirones de nieve en su cresta, desplegaban un vigoroso verdor. Sobre el lago de aguas de color añil se reflejaba una nubecilla, solitaria, susurrante, extraviada. Hacía mucho tiempo que no oía tantos pájaros; la multiplicidad de sus cantos —silbidos, piulidos, arrullos, zureos, graznidos, gorjeos—, que evocaban distintos plumajes, nos ofrecía un abigarrado concierto.

Noura viajaba a hombros de Barak. Charlaban como cotorras, sin escatimar exclamaciones, y su silueta, que me precedía, me hacía muchísima gracia: en virtud del contraste, el coloso parecía más monumental y la joven, más menuda, y tuve la impresión de seguir a un gigante que hubiese secuestrado a una niña.

Disfrutaba de aquella caminata por el campo virgen, presintiendo que se cerraba un episodio, el de mi vida feliz y despreocupada al lado de mi tío. Ignoraba lo que pasaría a continuación, pero comprendía que había terminado con la inocencia salvaje.

Anochecía cuando llegamos cerca de la aldea. Los árboles, rectos y delgados, en pleno crecimiento, parecían centinelas custodiando el Lago, donde algunas golondrinas de lustrosas alas negro azulado revoloteaban piadoras sobre los carrizales.

—Una noche de descanso y mañana estarás en casa, preciosa —anunció Barak, dejando a Noura en el suelo.

*

Mi padre dictaba sus sentencias bajo el Tilo de la justicia.

Caminamos hacia él en silencio.

Cuando nos vio, me miró con expresión hermética y, a continuación, cuando reconoció a Noura aferrada a mi mano, sus ojos centellearon. Con la boca crispada, las venas del cuello hinchadas y una sucesión de tics que le contraían las sienes, nos vio avanzar como si la lava incandescente de un volcán lloviese sobre él.

Me detuve a unos pasos de distancia.

—No eres bienvenido —gruñó.

—Hola, padre.

Decidido a no caer en su juego de provocación, mantuve la calma.

Señaló a Noura.

—Esa mujer tampoco es bienvenida a la aldea. Que se vaya inmediatamente.

No nos movimos.

Farfulló en dirección a Noura:

—Te creía muerta y me daba por satisfecho.

Noura, sosteniéndole la mirada, replicó:

—Yo también me creía muerta y me daba por satisfecha. Gracias a Noam, he descubierto que estaba viva y eso me complace mucho más.

—¡Cállate!

—Te compadezco, Pannoam. A fuerza de querer serlo todo, no eres nada.

Gritó, rojo de ira:

—¡Cállate, víbora!

Noura se acercó a él, porfiada, y apretó la frente contra la suya.

—Me callaré cuando me hayas repudiado.

—¡Largo de aquí!

—¡Repúdiame públicamente! ¡Repúdiame! Devuélveme mi vida y reanuda la tuya.

Los lugareños, avisados los unos a los otros, se apiñaban en la plaza, donde acababa de aparecer mi madre.

Pannoam masculló entre dientes:

—No haré nada que te plazca, víbora.

Noura se echó a reír en su cara y luego se dirigió a mí:

—¿Qué te parece, Noam? ¡Menuda declaración de esposo!

Fuera de sí, Pannoam la agarró por el cuello. Noura se estremeció,

pero, en lugar de rebelarse o defenderse, se mantuvo firme y lo miró a los ojos con desprecio.

—¡Venga! ¡Mátame! Con un jabalí o con un hombre, ya no puedes. Con una mujer, a lo mejor…

Mi padre, loco de rabia, intensificó su presa. Noura se estaba poniendo violácea. Me interpuse.

—¡Suéltala!

Devastado por una furia que ya no controlaba, Pannoam me empujó y siguió estrangulando a Noura. Me arrojé sobre él, lo golpeé en la cara, en el pecho, en los brazos hasta que dio con sus huesos en tierra.

Noura, con el rostro morado, trataba de recuperar la respiración.

Pannoam intentaba levantarse sin conseguirlo. Parecía uno de esos muflones lanudos caídos de espaldas, incapaces de incorporarse sobre las patas, que acababan muriendo asfixiados.

Le tendí la mano. Instintivamente, estuvo a punto de agarrarla, se arrepintió y me escupió en la cara.

—¡Jamás!

Mi madre corrió hacia Pannoam, me ordenó que no me moviera y lo ayudó a levantarse. Mientras tanto, Noura, jadeando, se masajeaba el cuello. Una vez en pie, Pannoam se sacudió el polvo y giró varias veces sobre sí mismo para recuperar la dignidad. Sufría tanto física como moralmente. Sentí lástima. En el fondo, no soportaba ver a mi padre perder su condición de héroe.

Me acerqué y le hablé en voz baja, de modo que solo él pudiera oírme:

—Vuelvo y aseguro tu sucesión, padre. Estás agotado. Déjame aliviarte de tu peso. Descansarás al fin. El gobierno de nuestra comunidad exige más de lo que puedes dar ahora. Ostentas todos los poderes, padre, incluido el poder de transmitirlos. Es el momento. Soy tu hijo, me has educado con ese propósito. Durante mi infancia creía que nunca llegaría a ser un jefe tan capaz como tú, hoy todavía lo dudo, pero no vacilemos más. Confía en ti. Confía en mí. Voy a intentarlo.

Sospechaba que aquel discurso, que había ido ensayando por el camino, no iba a ser eficaz; al pronunciarlo, me di cuenta de que emocionaba a mi padre, cuya fragilidad había subestimado. El cansancio, el hostigamiento, la consciencia de sus límites, abrían en él una vía hacia mi propuesta.

Titubeó. Dudaba. En su interior, la fatiga rivalizaba con el orgullo.

Señaló a Noura con el rabillo del ojo.

—¿Y ella?

—Se casará conmigo si la repudias.

Asintió, midiendo tanto el alcance de sus pérdidas como el alcance de su alivio. Bajo sus ojos tristes se dibujó una sonrisa irónica.

—¿Entonces me lo quitas todo, hijo?

La paz lo invadía. Aunque no lo hubiese dicho aún, aceptaba. Tanto él como yo lo sabíamos.

Una voz rabiosa tronó:

—No te está quitando nada, Pannoam. ¡Eres tú quien se lo ha quitado todo!

El reproche procedía de Noura, que había recobrado la respiración.

¿Una chispa enciende el fuego? La intervención de Noura enardeció a mi padre, que la fulminó con la mirada, la amenazó y se abalanzó contra mí.

—Lucha.

Murmuré más que harto:

—Padre, no empieces de nuevo.

Gritó, para mostrarme que teníamos que dejar de susurrar:

—¡Lucha!

Hinchó el pecho y empuñó la espada que llevaba a las sesiones de justicia. Se pavoneaba. Era una pose. Daba un espectáculo para los habitantes de la aldea, incorregiblemente enamorado de sí mismo.

—Busca un arma y pelea.

—Jamás me batiré contra ti.

Ante mi negativa, exclamó a grito pelado:

—¡Incapaz de luchar! Ya veis, amigos míos, la clase de jefe que os impondría, si le transmitiese mis poderes.

Seguí hablando en voz baja, aun sintiendo que la serenidad me abandonaba:

—¡Qué rápido olvidas: fui yo quien aniquiló a Robur!

—Tú también olvidas rápido: ¿ya no sabes batirte?

Descendiendo de las alturas de la aldea, un chorro de voz atronador resonó entre las casas:

—¡Pannoam, es contra mí contra quien tendrás que pelear!

Todo el poblado se volvió: Barak, el coloso, bajaba el sendero en todo su esplendor: anchas espaldas, músculos tensos, torso amplio, pierna imperiosa, cabellos recogidos hacia atrás esculpiendo una melena de tupidos tirabuzones. Su aparición aterrorizó a los aldeanos, que desgranaron una letanía de plegarias acariciando sus amuletos.

Mamá dio un paso hacia adelante, atónita, conteniendo la respiración, sin atreverse a creer lo que veían sus ojos. ¿Cómo? ¿El prometido de su juventud, vivo? Pensó que su cabeza le estaba jugando una mala pasada. Se llevó la mano a la frente, se mordió los

puños y luego, al comprobar que Barak seguía avanzando, en el colmo de su belleza viril, se volvió hacia mí, presa del pánico.

Con una sonrisa cautivadora, le dije:

—Sí, es Barak.

Sus labios repitieron en silencio «Barak» y se llevó las manos al pecho. Temí que su corazón no pudiera resistir el impacto y corrí a sostenerla.

Barak, por su parte, hacía denodados esfuerzos para no mirarla, por miedo a las emociones, sin duda —la de Mamá, la suya—, y siguió caminando, el porte altivo, con determinación, derecho hacia Pannoam.

Este último lo había comprendido todo: el regreso de su hermano, la conmoción de Mamá, su amor intacto. Con las mandíbulas contraídas y la mirada pétrea, hacía acopio de energía para no vacilar.

Barak se detuvo frente a él.

—¡Lucharás contra mí!

Mi padre se estremeció y en un acto reflejo protegió su collar de jefe. La risa sardónica de Barak le mostró hasta qué punto lo consideraba ridículo.

Barak se dirigió a los presentes:

—¡El hijo no quiere herir al padre y eso le honra! En su lugar, el hermano se enfrentará al hermano sin escrúpulos.

Mostró su hacha.

—Estoy listo.

Añadió con una sonrisa burlona:

—¡Por fin!

La incongruencia de la situación paralizaba a mi padre. Lo conocía demasiado bien como para no adivinar que, obsesionado con mantener su rango y guardar las apariencias, iba a saltar.

Dejando a Mamá, corrí hacia mi tío.

—¡Barak, no provoques a mi padre! La lucha sería desigual; ¡lo matarías!

Mi tío hizo una mueca mientras examinaba la pata de hueso de ciervo que sostenía a Pannoam y tronó:

—¿Qué dice mi querido sobrino? ¿Que Pannoam solo tiene una pierna y yo dos?

Se echó a reír y se acercó a Tibor, que acababa de llegar y estrechaba a Noura entre los brazos.

—Supongo que tú eres el curandero que le amputó la pierna y le hizo otra.

—Exacto.

Barak aprobó con la cabeza y luego regresó al centro de la plaza,

frente a Pannoam. Poniendo por testigo a los presentes, declaró:

—Lo que Tibor ha hecho puede volver a hacerlo.

Diciendo estas palabras, Barak emitió un bramido, enarboló el hacha por encima de la cabeza y la hundió en la pierna derecha.

La multitud gritó, Mamá se desvaneció.

En el suelo, con el rostro contraído de dolor, a punto de perder el conocimiento, Barak apretaba con fuerza el muslo a modo de torniquete. Pero sus manos ya no podían contener el flujo de sangre. Dirigiéndose a Pannoam, declaró:

—Ahora estamos en igualdad de condiciones, hermano. Tan pronto como el curandero me haya cortado la pierna, nos batiremos.

*

El período que siguió permanece borroso en mi mente, sin duda porque entre nosotros reinaba la confusión.

Después de la amputación, acogí a Barak en mi casa. Apenas habíamos transportado su cuerpo allí cuando Mamá se plantó frente a mi puerta, con un hatillo a sus pies.

—Me mudo a tu casa, Noam.

—Te acojo de buen grado. ¿Acaso Pannoam…?

—¡Me importa un bledo Pannoam! Me instalo aquí para cuidar a Barak. Cuando tu padre trató de detenerme, le dije que por mí podía tirarse al fondo del lago.

Se acercó a Barak, que dormía bajo los efectos de las drogas. Sus manos le soltaron el pelo, le acariciaron la cara, le rozaron la boca, lo arroparon con el cobertor y le cruzaron los brazos en el pecho. Se ocupó de él con la delicada atención que se prodiga a un recién nacido, solo que en este caso la criatura era un coloso. El sueño de Barak permitió a mi madre restablecer el contacto, posar sus ojos en él sin recato, atreverse a gestos y caricias que en otras circunstancias habría reprimido. Mamá me pareció mucho más joven.

—Es tan guapo como antes.

Lo contemplaba locamente enamorada. De repente, se estremeció avergonzada y me preguntó:

—¿Te ha contado nuestra historia?

—Sí.

Se sonrojó, orgullosa y emocionada. La agarré por los hombros y le hablé con mimo.

—Todavía te quiere, Mamá. Nunca ha querido a nadie más que a ti en toda su vida.

Dejando que las lágrimas corriesen libremente, replicó conmovida:

—¡Creí que había muerto!

—Él quiso que lo creyeras…

Asintió con la cabeza, desgarrada, intrigada.

—Sabes más que yo…

Le sonreí.

—Tenéis muchas cosas que recuperar. Instálate y dispón de la casa a tu gusto.

En ese momento, una sombra se recortó en la entrada. Apoyada en el quicio, Noura traía los ungüentos y pociones recomendados por Tibor. La escena evocaba su llegada a casa de Pannoam durante su convalecencia, el calamitoso acontecimiento que había desencadenado los dramas. Temí un escándalo: Mamá la tomaría con ella y, dado el carácter de ambas mujeres, el enfrentamiento prometía ser tremebundo.

Mamá miró a Noura, la invitó a pasar y le pidió con voz tranquila:

—Enséñame cómo cuidarlo, Noura, y me encargaré de hacerlo.

Noura asintió. Amable, paciente, con abnegación, le explicó a Mamá el tratamiento.

—Si te quedas más tranquila —concluyó—, pasaré con frecuencia.

—Gracias, Noura, pero mantén la distancia. Lo de la última vez no volverá a suceder.

Noura no pudo reprimir una sonrisa:

—No hay peligro. Desde que nos conocimos, Barak me ha hablado de ti hasta la saciedad.

Mamá recibió el comentario como una chiquilla a la vez turbada y confusa. ¿Inspiraba todavía amor a Barak? Noura y yo se lo habíamos asegurado, pero ella no lo había oído de labios del propio Barak, pues, de momento, no habían intercambiado una palabra.

—Papá quiere hablar contigo —me susurró Noura.

La seguí hasta la casa de Tibor, donde ella había retomado su rutina, abandonando a Pannoam.

Tan pronto como llegamos, Tibor, con un cuenco de vino en la mano, me habló de la operación. Serrar un hueso como aquel, seccionar semejantes tendones, cortar tamaños músculos lo habían agotado. Nunca había practicado una intervención tan difícil, sobre todo, porque tan pronto como Barak se despertaba, hacían falta diez jóvenes corpulentos para dominarlo e ingentes cantidades de sedantes.

Me propuso que lo acompañase a dar un paseo. Por su mirada comprendí que deseaba hablar conmigo a espaldas de Noura.

—Muy bien, Tibor, estaré encantado de que me muestres las nuevas plantas que has descubierto.

Noura levantó los ojos hacia el techo y dijo que se quedaría en

casa. Por alguna razón que se me escapaba, consideraba irrelevantes las investigaciones de su padre.

Descendimos hacia el lago, cuyas suaves y tranquilas aguas ofrecían un espejo al cielo sin nubes, de un azul deslumbrante. En las orillas, el oscuro reflejo del bosque daba a la superficie una profundidad misteriosa.

Sacudido por una alegría impaciente, sentí que llegaba por fin el diálogo esperado, el del suegro con su futuro yerno. Mientras Tibor disertaba sobre las virtudes de los cardos, tomé la iniciativa:

—¿Quieres que hablemos de Noura?

—No.

Mi sorpresa fue mayúscula. A él le hizo gracia.

—Mi hija nunca me concedió ningún poder sobre ella, tal vez sea esa la razón por la que la quiero tanto.

Me miró de hito en hito.

—Sé lo que va a ocurrir: Barak vencerá a Pannoam, tú te convertirás en jefe y te casarás con Noura. ¿Me equivoco?

—Es lo que deseamos.

Se desentendió del asunto como si ya perteneciese al pasado y no mereciese la pena dedicarle su tiempo. Me confesó que nunca se había alarmado por Noura, ni siquiera durante su reciente desaparición. Sabía que estaba dotada de un espíritu, una disposición, una inteligencia y una determinación fuera de lo común.

—Aunque todo el mundo tuviese que morir, Noura sobreviviría. No conozco un apetito vital más fuerte. Te lo aseguro, ¡roza la monstruosidad!

—¡Tibor!

—¿Por qué avergonzarme de haber engendrado una hija excepcional? Me precio de ello. Me enorgullece que no me necesite.

—¡No es óbice! Cuando deliraba, casi congelada, te llamaba.

—¿Cómo?

—«Papá»…

Tibor carraspeó, alzó la cabeza para mirar el azul celeste y parpadeó. Mi anécdota lo sorprendió. La risa de un pájaro rebotó sobre las olas, perdiéndose en cada ondulación hasta los límites de lo audible. Más abajo, unos adolescentes de cuerpos esbeltos se purificaban con abluciones.

—Quería hablarte de un sueño, Noam. Un sueño que se repite constantemente. Me asusta.

—¿Sí?

—Nos hallamos en esta orilla y somos engullidos por las aguas.

—¿Quiénes?

—Tú, yo, Noura, tu madre, la aldea. Todos los pueblos del Lago, incluidos los animales y los bosques. Nada subsiste. Una catástrofe.

Tenía un gran respeto por Tibor, pero, consciente de su tendencia a abusar de las sustancias inspiradoras, confiaba en traerlo de regreso a lo cotidiano. Me interrumpió:

—Tengo miedo.

—Vamos, Tibor, no todos nuestros sueños anuncian el futuro.

—¡Sí! Salen de él. Nos avisan de lo que va a ocurrir en él. La ensoñación es la única puerta que cruza el futuro para revelarse ante nosotros.

—Yo tuve sueños que no se cumplieron.

—Aún no has vivido lo suficiente. Todos mis sueños se han hecho realidad. Por eso la ausencia de Noura no me atormentaba: mis sueños me habían anticipado su regreso.

El sol ascendía y calentaba. Sin movernos siquiera, chorreábamos de sudor.

—He visto las aguas anegar nuestro mundo.

Una afirmación como aquella desentonaba en el apacible paisaje y el silencio radiante. No conseguía tomarme en serio las palabras de Tibor.

—Estamos muy lejos de eso. Sobre todo, hoy. No ha llovido desde hace media luna.

—En mi sueño, el agua no cae del cielo, viene de la tierra.

—¿Y cómo se las arregla? —pregunté burlonamente.

—No te hagas el tonto, Noam. El agua de lluvia forma los charcos, no los lagos. El agua que se extiende ante nosotros brota de la tierra a través de los manantiales, los manantiales nutren los arroyos, los arroyos alimentan los ríos, los ríos desembocan aquí.

—De acuerdo…

—En mi sueño, el Lago monta en cólera. Crece. Escupe. Eructa.

—Le ha pasado antes. El estiaje sucede a las crecidas.

—En mi sueño no se calma. Muere.

—¿El Lago muere?

Ninguna frase podría sonar más absurda que aquella en nuestro universo de entonces. El Lago era la Vida, el origen de la Vida, una Divinidad intocable eternamente por encima de las demás. ¿Cómo imaginaba Tibor que…?

—Cuando ocurra eso, pereceremos. A no ser que…

Se volvió hacia mí.

—Cuando te conviertas en nuestro jefe, habrás de protegernos.

Lo miré boquiabierto. Se dio cuenta de mi incredulidad y frunció el ceño.

—¿Alguna vez he dicho estupideces, Noam?

Reflexioné y afirmé con rotundidad:

—Ni una sola, Tibor. O sabes o te callas. Tu palabra es tan certera como tu silencio. Nunca divagas.

—En honor a ello, créeme —me suplicó, angustiado.

Le respondí, más para tranquilizarlo que por convicción:

—Tendré en cuenta tu advertencia, Tibor. Mantén en secreto tu premonición, por favor, no digas que la he escuchado.

Estuvo de acuerdo y entrecerró los ojos señalando hacia levante.

—Conozco una familia, a unas jornadas de aquí, que construye barcos. Los más grandes del entorno del Lago. Busca a esas gentes y pídeles que trabajen para nosotros.

Me rasqué la cabeza pensativo. ¿Iba a inaugurar mi mandato con una exigencia como aquella?

—Noam, ¿me crees?

Miré el noble rostro de ojos saltones y mejillas surcadas por profundas arrugas.

—Eres la única persona a la que estoy dispuesto a creer, Tibor.

Barak había recobrado la conciencia, la herida cicatrizaba, se reponía. La primera vez que se halló a solas conmigo —Mamá y Noura se habían ausentado— exigió con voz gimiente:

—¡Querido sobrino, sálvame!

Me acerqué a él para tranquilizarlo, pero no me dejó decir una palabra.

—Coge mi morral, rápido. Y saca la estatuilla.

Rebusqué entre sus cosas y encontré el objeto que le preocupaba: una escultura de hueso que representaba a una mujer de pecho exuberante, senos apuntados, cuyas nalgas y enormes muslos rodeaban un pubis abultado que apenas cubría una vulva pronunciada de grandes labios abiertos. Faltaba la cabeza, como si el artista hubiera mantenido solo las características de alto valor sexual y hubiera dejado al usuario poner el rostro que desease.

—¡Hazla desaparecer, por favor! Si Elena la viera…

Me reí de su pánico. La vergüenza no era habitual en mi tío.

—Mamá tiene que imaginar que, durante todos estos años, has debido…

—¡Chitón! Ni media palabra sobre Malatantra o las Cazadoras.

—Prometido.

—Me niego a que piense que yo solo deseo a esa…, esa clase de mujer…, cuando es a ella a quien amo. Arrójala al Lago por mí. Con precaución, pronunciando fórmulas, como ofrenda, ya sabes lo que

quiero decir.

Escondí la estatuilla en mi zurrón.

—Me la quedo.

Aliviado, Barak se echó a reír y me propinó un cariñoso empujón que casi me tira al suelo[17].

Mientras yo contaba con una rápida convalecencia, proporcional a las fuerzas vitales que animaban a aquel hércules, resultó que se recuperaba lentamente.

El día en que, preocupado, se lo conté a Tibor, sonrió.

—Tu tío va mucho mejor de lo que quiere haceros creer, Noam. Le gusta tanto su condición de enfermo que la hace durar.

Observándolo, comprobé una vez más la solvencia de Tibor. Barak disfrutaba de ser el único centro de interés de Mamá y saboreaba los cuidados que le prodigaba.

—¡A quién se le ocurre esperar tanto! —me confesó—. Si lo hubiera sabido antes… ¡Valió la pena una pierna!

Barak había ideado un juego: el de los verdaderos-falsos recuerdos. Mamá o él, por turno, narraban la existencia que habrían compartido si no hubieran sido separados. Para continuar la historia, el contrincante en el uso de la palabra tenía que obtener la validación «Verdadero», de lo contrario, le tocaba el turno a su oponente. ¿Cómo funcionaba este criterio, si improvisaban una vida imaginaria? Lo verosímil se convertía en verdadero, lo inverosímil, en falso. Así que cuando Mamá había pretendido que en muchas ocasiones Barak se había ausentado durante media luna para ir de caza, Barak había objetado: «¡Falso! Nunca soportaría abandonarte ni una sola noche». Luego, cuando Barak había evocado a sus diez hijos, Mamá le señaló severamente que ella había dado a luz a quince criaturas y que, dada la robustez de sus padres y el entusiasmo con el que habían sido concebidos, ¡todos habían sobrevivido! En contrapartida, cada uno, satisfecho, dejaba que el otro recrease tardes de verano, paseos en canoa, fiestas radiantes, o mañanas voluptuosas en las que se quedaban en el lecho para conservar el calor de los enamorados.

Yo escuchaba emocionado a aquellos adultos que recuperaban el tiempo jugando y ofreciéndose la pasión de la que Pannoam los había privado. Al final, Barak concluía invariablemente:

—¡Valió la pena una pierna!

Un día señalé el muñón que Mamá vendaba cuidadosamente después de lavarlo.

—Dime, Barak, ¿por qué has hecho eso?

—¿El qué?

—Mutilarte.

—¿Quieres la explicación agradable o la desagradable?

—¿Cómo?

—La explicación agradable: para despejarte el terreno; no solo purgo la aldea de un jefe inútil que se aferra al poder, sino que rescato a mi querido sobrino de un padre inconsecuente y embustero. La explicación desagradable: ¡por venganza! Seré feliz abatiendo al depredador que reclamó a Elena y me redujo a vivir como un Cazador.

Se rio.

—No elijas entre las dos explicaciones, se complementan.

Mamá vibraba con la emoción a flor de piel; el regreso de Barak la hacía feliz y desgraciada a partes iguales: aunque por fin disfrutaba de él, se daba cuenta de lo que había perdido. Con frecuencia, al salir de casa, cuando bajábamos al mercado, prorrumpía en llanto, un llanto contradictorio en el que se mezclaban lágrimas de alegría y lágrimas de dolor.

—¡Nunca has estado tan guapa, Mamá! —exclamé un día.

—Calla, calla —replicó—. Pannoam me ha desfigurado.

—De eso nada, te juro que…

—Por su culpa, mi alma es horrenda. Toda mi vida me he dedicado en cuerpo y alma a amar a Pannoam y creo que lo había logrado. Lo admiraba, me parecía fuerte, inteligente, leal, sutil, poderoso. Me convencí de ello, tuve hijos con él. Pero tu padre se las arregló para destruir ese amor que tan pacientemente había edificado. Ahora sé que se deshizo de su prometida anterior con trapacerías, que me robó a su hermano empujándolo a irse. Luego tomó a Noura como segunda esposa, relegándome a un rincón como un trasto viejo y, al hacerlo, traicionó a mi hijo. Pronto se batirá con el único hombre que adoro. ¿Sabes lo peor? Me obliga a volverme más retorcida que él, me obliga a detestarlo, me obliga a albergar sentimientos nauseabundos, de odio, de desprecio y de venganza. En este momento, clamo al cielo por su derrota, la deseo con todas mis fuerzas. Imagínate, Noam, ¡deseo la muerte de Pannoam! ¿Acaso merecía esto? ¿Merecía albergar tantos horrores? Tu padre me ha vuelto fea y sigue afeándome.

La estación evolucionaba de forma extraña. A diferencia del invierno inusualmente riguroso, la primavera alcanzaba picos de calor. Apenas las yemas se convertían en flores u hojas, el sol comenzaba a agostarlas secándolas, quemándolas. Del cielo no caía ni una gota, mientras que torrentes, arroyos y ríos fluían densos y la superficie del lago se elevaba. Por supuesto, se elevaba cada año, pero solía esperar al verano. ¿Por qué aquellas crecidas? ¿Hasta dónde iba a subir el nivel?

La mayoría de los habitantes recibieron con alegría aquella canícula porque, residiendo a orillas del lago, no nos faltaba agua para beber ni para regar nuestros cultivos. A mí, en cambio, me preocupaba… No podía olvidar la expedición durante la cual mi padre me había revelado que el lago se elevaba constantemente en las tierras, ni el sueño de Tibor, esa elevación mortal de las olas.

El momento del combate se acercaba.

Mi padre, abandonado por su familia y sus amigos —incluido Dandar el alfarero, su hermano de leche, asqueado por su comportamiento—, se ejercitaba a diario con la espada entre los soldados que custodiaban la aldea. Aunque ya no me relacionase con él, a veces lo veía en medio del claro, feroz, sin aliento, rígido, sudoroso, empeñado en forjar un nuevo guerrero en aquel cuerpo truncado.

Barak, por su parte, empezaba a ponerse de pie, acostumbrándose a la prótesis fabricada por Tibor, y no practicaba la lucha.

Una mañana se lo reproché y me contestó indignado:

—¡Cómo se te ocurre decirme que me prepare para matar a mi hermano!

—¿Y crees que a él le va a temblar la mano?

—Cada uno tiene sus propias armas. Él, la rabia, yo, la fuerza.

Luego agregó, preocupado:

—Bueno, eso espero…

Varias veces lo sorprendí dubitativo. En Barak convivían dos pensamientos distintos: el del hombre y el del alfeñique. Frente a los habitantes del poblado, ante Mamá o Noura, se comportaba como un coloso; en presencia de su hermano mayor se empequeñecía. Una antigua percepción de su cuerpo se interponía entre la realidad y su persona.

Mientras mi padre desconozca ese defecto, pensé con pavor. De lo contrario, se aprovecharía.

*

El sol caía a plomo.

Las gotas de sudor resbalaban de la cabeza hasta los párpados y picaban los ojos; las axilas chorreaban pegajosas; torso y muslos goteaban aun sin movernos. Incluso inhalar el aire seco nos fatigaba quemando nuestros pulmones; era un tiempo extremo, premonitorio de la escena que iba a desarrollarse.

Los combatientes aparecieron y se midieron uno a otro. ¿Qué esfuerzo les costaba más, avanzar o permanecer de pie? En la marcha

se advertía que el equilibrio se apoyaba en el encadenamiento de los movimientos, pero rozaba continuamente la caída; en la inmovilidad, se notaba que era necesaria toda la energía. Los dos héroes inspiraban lástima.

Todo el poblado se había reunido para presenciar el enfrentamiento que decidiría su suerte. Mamá y Noura, codo con codo, se estremecían angustiadas detrás de mí.

¿Y yo? Habría dado cualquier cosa para impedir aquel duelo. Se enfrentaban dos hombres a los que quería, o había querido, los dos hombres que más me habían enseñado, los dos hombres que, cada uno a su manera, habían deseado ardientemente mi felicidad. E iban a derramar su sangre.

Mi padre, espada en ristre, fue el primero en atacar. Barak paró los golpes sin devolverlos. Me había asegurado que el combate no duraría, ya que le repugnaba montar un espectáculo o someter a mi padre a esfuerzos inútiles; sin embargo, me había dicho que dejaría que Pannoam librara algunos asaltos para no humillarlo —por lo general, Barak aplastaba a su adversario de un hachazo.

Lo veía cumplir su promesa, permitiendo a su hermano mayor multiplicar las iniciativas.

Demasiado nervioso, impelido por la rabia más que por los músculos, Pannoam perdió el equilibrio fallando el golpe. Normalmente, una caída como aquella resultaba fatal. Estático, como si no hubiera notado nada, Barak le concedió el tiempo y la posibilidad de ponerse de pie.

Exasperado, mi padre insistía en cargar una y otra vez. Barak prevenía sus ataques, ingeniándoselas para contrarrestarlo de frente y evitar que se derrumbase.

Cuando mi padre trastabilló de nuevo y mordió el polvo, Barak preguntó:

—¿Lo dejamos aquí, Pannoam?

—¿Qué estás diciendo? No he perdido.

—Porque voy a permitir que te levantes. Por segunda vez.

—¡Cobarde! —gritó mi padre—. ¡No sabes pelear y disfrazas tu impericia con grandeza de alma!

Barak no reaccionó a la ofensa. Pannoam añadió, incorporándose torpemente a cuatro patas:

—Y encima, te haces ilusiones con respecto a tu fuerza, Barak. Yo llevo la iniciativa desde el principio.

Barak guardó silencio, pero su mirada torva y el ceño fruncido indicaban que la actitud de su hermano lo irritaba. Se disponía a poner fin a sus fanfarronadas.

Satisfecho con la idea de su superioridad, Pannoam, en un arrebato de ardor, arremetió contra su hermano. Su espada hirió el musculoso brazo de Barak, una herida superficial que introducía sangre en la batalla.

Loco de alegría, triunfante, Pannoam parecía ebrio de maldad.

—¿Lo ves, Barak? Sigo siendo el mejor.

El coloso suspiró, resuelto a acabar con aquella pantomima.

Cuando levantó su hacha, había en él más piedad que agresividad. Cuando abatió su arma sobre Pannoam, su gesto decía: «Deja de decepcionarme». Cuando la hoja rompió los huesos del tórax, su mirada desconsolada ordenaba a su hermano: «Deja de ser ese Pannoam ridículo y en la muerte vuelve a ser el Pannoam glorioso».

Mamá gritó de horror. Noura se volvió de espaldas.

Mi padre yacía tendido en tierra. Un reguero pardusco se extendía lentamente bajo su cuerpo, amalgamándose con el polvo.

La multitud aclamó a Barak.

El gigantón los miró con cara de pocos amigos. En su opinión, la escena no invitaba al regocijo. Sin embargo, se tragó su desprecio, ordenó silencio con un gesto y, señalándome, dijo:

—Transfiero el poder que acabo de conquistar a mi sobrino Noam. Lo ejercerá sabiamente.

La multitud nos ovacionó. Jijeos, aplausos y pateos resonaron hasta el lago.

Nuestras miradas, tanto la de Barak como la mía, reflejaban la misma consternación. ¿Cómo? ¿Todo para esto? ¿Todo para aquellos vocingleros? ¿Nuestro sufrimiento, nuestras heridas, la muerte de Pannoam por aquellos cretinos que berreaban siempre, de miedo o de placer, pero que se limitaban a berrear?

Me aproximé a mi padre, me arrodillé y me incliné. Aún respiraba. Giré su rostro atormentado hacia mí. Cuando me vio, un destello de alegría brilló en sus ojos.

—Noam…

—Padre…

—La he guardado intacta para ti…

Por la mueca que trataba de convertir en sonrisa, comprendí que me confiaba un secreto del que se sentía orgulloso.

—Padre, ¿de qué estás hablando?

Una nube se cernió sobre su rostro. Sus ojos comenzaron a apagarse, sus labios susurraron:

—Noura…, intacta…

Y la vida lo dejó.

*

Contemplaba el lago con Noura a mi lado.

Nada llamaba la atención en el agua, excepto una barca oscura, una bandada de patos. El calor del día había apagado los ruidos. Todo se había estancado.

Desde el fin del combate, Noura intentaba hacerme hablar, pero yo permanecía mudo. Las últimas palabras de mi padre me habían arrojado a un abismo. «Noura…, intacta…» Había dejado este mundo revelándome que había salvaguardado a Noura para mí; gracias a él, ella había escapado de otros hombres, de todos los depredadores, para presentarse pura en nuestro matrimonio; ese fue su último regalo en la tierra, un presente para su hijo.

La idea me revolvía las tripas. No superaría la muerte de Pannoam a menos que lo aborreciese. En cambio, si se confirmaba el haber sido un buen padre, devoto, protector, corría el riesgo de hundirme.

¿Qué era? ¿Un monstruo o un héroe?

La temperatura bajó, volviéndose casi agradable. Con los pies entre los juncos, percibí no sé qué inmensa presencia en torno a mí. El lago, aunque en apariencia inerte, bullía con una energía latente, bullía con todo lo que lo alimentaba, los torrentes, los arroyos, los ríos que, después de insinuarse en el espeso bosque, venían a agrandarlo.

Tibor corrió febril hacia nosotros.

—Barak se ha desvanecido. Su cuerpo sufre convulsiones y no para de sudar.

Me puse en pie de un brinco.

—Imposible, solo tiene un rasguño.

Noura apuntó una hipótesis razonable:

—Sufre por haber ejecutado a su hermano. La emoción. O incluso la culpabilidad. No hay nadie más sensible que Barak.

Tibor se masajeó la huesuda mandíbula, dudando.

—Me temo que…

—¿Qué?

—No, sería horrible…

Se calló, mirando al suelo, abrumado. Conocía una verdad, se lo notaba, que no se atrevía a confiarnos.

—¡Tibor, dinos qué pasa! —exclamé—. Podemos oírlo todo.

Levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Dónde está la espada de Pannoam?

—La recogí y la llevé a su casa. Pensaba enterrarla mañana con él. Así, reposará en un sepulcro de jefe.

—Antes quiero examinarla.

Corrimos a la casa familiar. Tibor rodeó el cadáver sin dirigirle una mirada, cogió el arma y, a continuación, con unos trapos en la mano,

la inspeccionó cuidadosamente, la olfateó, aplicó una solución acuosa por el borde y exclamó:

—Lo que suponía: ¡la espada emponzoñada! La untó con veneno.

—¿Qué?

—Pannoam sabía que fallaría. ¡Pero se aseguró de que su hermano también perdiese al no sobrevivirle!

Me apoyé contra la pared para resistir el impacto de la noticia. ¿Barak moribundo? ¿Mi padre dañino y destructivo hasta el final?

Recibí la respuesta a mi pregunta en sus últimas palabras, «Noura…, intacta…»: en eso consistía el segundo veneno, el veneno que había destinado para mí.

Noura y Tibor se dirigieron a mi casa, donde Mamá, presa del pánico, velaba a Barak, que deliraba de fiebre.

Descorazonado, con los hombros hundidos, regresé al lago arrastrando los pies y me senté en la orilla.

Pronto me encontraría aislado, sin sucesor, a la cabeza de la aldea. Asistía al fin de un mundo.

No podía imaginar hasta qué punto tenía razón…

El crepúsculo se presentó manso y ambarino. Su luz de miel teñía de cobrizo el horizonte, mientras que, en el lado opuesto, la atmósfera verdeaba y desvelaba las primeras estrellas. Ni siquiera los trinos de los pájaros turbaban la serenidad del momento. Una paz que descendía de las profundidades del cielo se posaba sobre todas las cosas. De rato en rato, el bosque, al oscurecerse, aproximaba las orillas.

Tendría que haber grabado cada imagen, cada sonido, cada olor en mi memoria. El Lago majestuoso que venerábamos, al que implorábamos, al que presentábamos ofrendas constantes, el Lago que nos parecía el Dios de los dioses, el poder supremo, el origen y la finalidad de nuestro universo, desaparecería. Solo le quedaban unos pocos días para chapotear bajo el ardiente sol.

Lo estaba viendo por última vez.

Muy pronto, junto con todo lo que lo rodeaba, sería engullido.

Hombres, animales, plantas, perecerían en medio de atroces sufrimientos. Solo unos pocos individuos escaparían a la devastación…

Y no forzosamente los mejores.

Pensando en Pannoam y en Barak, creía que era el fin de un mundo. Ignoraba que iba a afrontar el fin del mundo…

---

[13] Mientras escribo estas líneas, surge un recuerdo.

París, 1749. Me habían metido en la cárcel por una deuda que no había saldado. La

fortaleza de piedra, húmeda y fría, que apestaba a salitre, me habría parecido siniestra si no hubiera coincidido allí con un joven encantador, locuaz, apasionado, mordaz, cuya conversación encandilaba incluso a los guardianes. Le llamaban Pico de Oro. Su ateísmo lo había llevado al calabozo; sin embargo, sus influyentes amistades y la consideración intelectual de la que gozaba habían atemperado sus condiciones de encarcelamiento en Vincennes. No solo se beneficiaba de libros, papel y tinta, sino que también recibía a sus amigos. Uno de ellos lo visitaba todas las semanas; de edad similar, irradiaba menos brillo exterior pero más luz interior. Lo apodaban el Músico y lo mismo cantaba que tocaba el clavicémbalo que se había agenciado Pico de Oro. Me encantaba pasar el tiempo con ellos. Un domingo soleado, quizás porque habíamos bebido y comido copiosamente, les conté algunos retazos de mi juventud. Por prudencia, fui desgranando mi relato no como un elemento de mi vida, sino como la reminiscencia de un cuento italiano que había leído y cuyo autor no recordaba. Pico de Oro y el Músico bebían mis palabras con fervor. Cuando mencioné a Barak, su bondad espontánea, su alegría, su compasión, su existencia lejos de la aldea, el Músico exclamó: «Es el hombre en estado de naturaleza, el hombre antes de ser corrompido por la sociedad». Luego describí, siempre como si se tratase de una novela, a mi padre Pannoam, su afán de poder, su enriquecimiento tanto patente como oculto, su conquista de un poder autoritario para preservar sus bienes. El Músico susurró: «¡Amigo mío, me habéis iluminado!». Pico de Oro lo miró y dijo: «¡Claro! Vais a responder a la pregunta de la Academia de Dijon sobre el origen de la desigualdad y no tomaréis partido por nadie». El Músico se echó a reír. «Entonces la identidad del caballero será Nadie. ¿Cómo os llamáis?» Siguiéndole la broma, respondí: «En realidad, me llamo Ulises, pero Nadie cuando aparece alguien reclamándome una deuda». Pico de Oro no tardó en dejar la prisión; nunca volví a verlo, tampoco al Músico. En cambio, descubrí su libro unos años después. Trazaba el retrato de un buen salvaje en estado natural en el que reconocí a mi tío Barak. Y la segunda parte empezaba así: «El primer hombre a quien, cercando un terreno, se le ocurrió decir “Esto es mío”, y halló gentes lo bastante simples como para creerlo, fue el auténtico fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, asesinatos, miserias y horrores hubiera evitado al género humano aquel que, arrancando las estacas o llenando la zanja, hubiese gritado a sus semejantes: “Guardaos de escuchar a ese impostor; ¡estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y que la tierra no es de nadie!”». A continuación, el Músico, en páginas deslumbrantes, distinguía la desigualdad natural, de cuyo origen no hablaremos, de la desigualdad social, que proviene de los hombres. La institución de la propiedad instaura una desigualdad de patrimonio sin relación con la desigualdad física. Por consiguiente, genera la opresión, las clases, los conflictos.

¡Qué sorpresa descubrir que mi ingenua historia había generado filosofía! Releo a menudo el texto del Músico, así como sus otros ensayos. También me gusta hojear las obras de Pico de Oro, tal vez menos fundamentales, pero estimulantes por su gozosa libertad, que me recuerda las fascinantes veleidades de su conversación. Ah, un detalle: Pico de Oro se llamaba en realidad Denis Diderot y el Músico, Jean-Jacques Rousseau. (*N. del A.*)

[14] La humanidad de hoy representa a sus antepasados —como mi tío en el Neolítico— con la boca echada a perder, sin dientes o con ellos podridos. Nada más lejos de la realidad, puedo dar fe de ello. Contrariamente a la creencia popular, los hombres y mujeres de la prehistoria tenían dientes muy hermosos. ¿Por qué? Porque no conocíamos las caries. Nuestra dieta, compuesta de carnes y hortalizas, nos preservaba de ellas. Las caries aparecieron justo después de la época de la que os hablo, cuando los cereales cultivados sentaron sus reales en los menús en forma de purés y papillas. Estas últimas no solo contenían más azúcar, sino que la operación que había transformado la planta en harina le había sumado elementos abrasivos: la muela, al triturar los granos, dejaba cristales que desgastaban el esmalte. Finalmente, la segunda oleada de caries llegó en el XIX, el siglo de la Revolución Industrial, que trajo una comida aún más refinada y azucarada. La historia de la alimentación tal vez dibuje un progreso —porque los individuos son más altos—, pero también describe una decadencia, la de nuestro paladar. (*N. del A.*)

[15] El apio silvestre, tierno, crujiente, jugoso, que se encontraba a orillas de los arroyos, tenía fama de afrodisíaco. Tibor me lo había descrito como un «pene vegetal». Actualmente, la

química constata que proporciona un equilibrio hormonal y lucha contra la impotencia masculina, dando la razón al curandero. (*N. del A.*)

[16] Durante mucho tiempo, los buitres vivieron cerca de las aldeas, luego cerca de las ciudades, no por afecto a los humanos, sino porque se aprovechaban de nuestra carroña. De modo que podía ocurrir que alguien recibiese un hueso en la cabeza, sobre todo si cometía la imprudencia de permanecer inmóvil mimetizado con el paisaje. Hubo una vez en Grecia un anciano calvo que dormía la siesta recostado contra un muro de piedras. Pasó un buitre y soltó una tortuga. Ignoro si la rapaz abrió la tortuga, pero me consta que abrió el cráneo del que había tomado por un peñasco. Así perdió la vida uno de los mayores dramaturgos, autor de tragedias que se siguen representando dos mil quinientos años después. Se trataba de Esquilo, del que volveré a hablar más adelante. (*N. del A.*)

[17] Me hizo gracia, varios milenios después, descubrir que figurillas como la de mi tío, bastante corrientes en su época, provocaban controversias de interpretación entre los historiadores que las desenterraron. Vieron en ellas «iconos de la fertilidad», «homenajes a diosas madres», al igual que vieron en los falos esculpidos «bastones de mando» o «enderezadores de azagayas». Semejante candor, tal exceso de mojigatería, me sorprendió hasta que reparé en que los investigadores del siglo XIX pertenecían al clero cristiano y los del XX al medio académico, dos mundos donde, como es sabido, prefieren pasar de puntillas sobre la sexualidad. Luego, por reacción, intelectuales más liberados hablaron de «pornografía», lo que me parece inoportuno para definir un objeto erótico de lo más saludable. (*N. del A.*)

Segunda parte

El diluvio

Prólogo

—Vamos a cenar. Te invito.

Noam vacila ante el apuesto y sonriente cuarentón con el que conversa.

¿Trabar amistad con alguien? Para qué…

La simpatía que brota en su interior cuando se cruza con un ser humano recibe siempre una advertencia que lo hace entrar en razón: «No te ates a nadie, lo harás sufrir y tú también sufrirás». En Noam, la sinceridad está prohibida. No puede revelar su identidad ni contar sus recuerdos y mucho menos desvelar su peculiaridad: o su interlocutor rechaza sus confidencias tomándolo por loco, o lo cree y, tras un momento de fascinación, lo corroe la envidia, la rabia o el despecho; invariablemente, la amistad se va a pique. ¿Y respecto a las mujeres? Noam suspira. Si los hombres son un campo por el que transita, las mujeres son un bosque en el que se pierde. Nunca ha entendido a las mujeres ni sus reacciones. A no ser que ignore cómo reacciona él con las mujeres…

—Podemos ir al Tritón. ¿Te gusta el pescado?

¡Ojo!, no vaya a caer en la trampa: si responde afirmativamente a la cuestión culinaria, acepta la invitación y sienta las bases de una relación.

—¡Perfecto! —responde.

A menudo, la mejor manera de desembarazarse de una petición delicada es acceder a ella. ¿Astucia o cobardía? ¡Qué más da!

Los dos contertulios abandonan el bar de Mar Mikhaël donde han pasado la tarde y suben a un deportivo descapotable con carenado rojo. Recorren Beirut. Hassan habla, da un volantazo, cambia de marcha, saluda a un amigo al pasar, toma una curva, toca el claxon, da las gracias, todo con habilidad y presteza, retrepado en su asiento con absoluta desenvoltura. Emana de él ese encanto jovial, compuesto de relajación y seguridad machista, propio de los hombres de Oriente Medio. Su facundia roza la pretensión, pero no cae en ella.

Se conocieron en el café hace dos semanas. Desde que puso en práctica su idea en el cuarto alquilado de la viuda Ghubril, Noam no necesita ni soledad ni ceremonial para poner negro sobre blanco su historia. Escribe en todas partes. Deja la habitación sin salir de su

libro, lo lleva consigo, mejor dicho, se mueve dentro de él. Mientras que al principio se sentaba voluntariamente en el escritorio como el pescador que sale a mar abierto, ahora ya no busca su historia, su historia viene a buscarlo. Apenas despierta, la página del día lo llama; se inclina sobre el cuaderno y las líneas se suceden una tras otra.

Aquel lunes, Hassan se plantó ante él. Concentrado en su cuaderno, Noam solo vio una pelvis ligeramente ancha ceñida por un vaquero oscuro, un cinturón de cuero de marca y una camisa inmaculada que resplandecía encima de una camiseta.

—¿Eres escritor?

Noam alzó la cabeza y descubrió el rostro alegre, bronceado y cordial de Hassan.

—No.

—Pues nadie lo diría, te pasas el día escribiendo.

Noam se sonrojó como si lo hubieran pillado realizando alguna actividad íntima. Tan enfrascado estaba en el pasado que no se percató de que seguía siendo una persona visible en el presente.

—No soy escritor. Soy…

Viendo a Hassan pendiente de su respuesta, Noam soltó lo primero que se le ocurrió:

—Historiador.

—¡Genial! ¿De qué período?

—Del Neolítico.

Noam supuso que el diálogo terminaría ahí, porque había observado a lo largo de los milenios que la prehistoria apenas interesaba a los hombres, quienes, como nuevos ricos que esconden a unos padres humildes, temen la investigación sobre sus orígenes.

—¡Fabuloso! —gritó Hassan, tomando asiento—. Necesito un artículo sobre la prehistoria.

Desde entonces, Hassan y Noam se ven a diario; después de su trabajo, el libanés se sienta de tertulia durante una hora en la cafetería.

Hassan dirige *Happy Few*, una revista de moda, de gruesas páginas satinadas, que ofrecen tanto fotos lujosas como textos bilingües firmados por los famosos de turno, intercalados de anuncios de grandes marcas internacionales de cosméticos, relojes o ropa. Al igual que su revista, Hassan se interesa por un sinfín de temas. Versátil, su conversación gira de la política al cine con incursiones en la moda, la decoración, el deporte, la cocina o la literatura. Hassan habla de todo, pero superficialmente —de su cualidad deriva su defecto—. Despliega una curiosidad enciclopédica, pero profundizar lo aburre soberanamente. Erigiendo la ligereza en valor, consideraría grosero

encerrarse en una conversación monotemática. La insistencia lo repele, la seriedad académica ofende su gusto por la elegancia, la exhaustividad lo aburre. Este conversador diletante es perfecto para informar a Noam, a cámara rápida, sobre el siglo en el que ha aterrizado —no podría haber soñado con un guía más eficaz.

A través de las calzadas embotelladas —ya sea de vehículos cuando las calles se ensanchan o de peatones y vendedores ambulantes tan pronto como se estrechan—, Hassan agradece a Noam su texto sobre la dieta del Neolítico.

—¡Una pasada!

El primer día, para dar credibilidad a su afirmación —«Soy historiador»—, Noam, sometido a un interrogatorio sobre la época de la que dice ser especialista, recurrió a la memoria, no a una erudición de rata de biblioteca, e informó a Hassan con aplomo sobre sus usos y costumbres. Su único punto débil concernía a las disputas de los científicos. Como no existe testimonio escrito y lo que subsiste son objetos mudos, la parte de interpretación entre los investigadores es insondable, abriendo un amplio camino a la hipótesis, a la imaginación, a la controversia. Cuando Hassan le preguntó en qué campo se alineaba, Noam palideció: conocía su tiempo, pero ignoraba lo que se había publicado sobre él. Escuchando a Hassan, Noam aprendió que la historia de la prehistoria es semejante a una historia de las diversas prehistorias concebidas por los historiadores.

Aquella tarde le entregó cuatro folios, generosamente pagados, dirigidos a la juventud dorada del Líbano, exhortándola a reformar sus pésimos hábitos alimentarios volviendo a las prácticas del Neolítico.

—Te propongo un título: «Nuestro futuro está en el pasado: ¡paleodieta!» —exclamó Hassan.

Escribir aquel texto cautivó y desconcertó a Noam: ¡la tierra jamás había producido tantos obesos! La fabulosa rareza que representaba Malatantra, la matriarca de las Cazadoras, aquella exuberante hembra de curvas gigantescas por la que babeaba el tío Barak, constituye ahora un fenómeno ordinario que ya no inspira respeto ni seducción. Si Malatantra reinaba por su grosor, Mujer-Tierra, Mujer-Naturaleza, Mujer-Matriz, a sus equivalentes contemporáneas se las degradaba, se las estigmatizaba, se las ridiculizaba. De esplendoroso y excepcional, el sobrepeso ha pasado a ser algo común y patológico. Por supuesto, en aquellas líneas Noam no se permitió hacer ningún comentario sobre la magnificencia de las opulentas, se abstuvo de recordar que casi todas las épocas han valorado las Venus carnosas cuyas curvas atestiguaban el desarrollo personal y el éxito económico, contentándose con señalar, a la luz del pasado, las innovaciones de

hoy.

¿Todo cambio genera un progreso? Al describir la vida en el Neolítico, donde solo iban a pie, cazaban, recolectaban, se fabricaban sus armas y herramientas, Noam se dio cuenta de que el hombre moderno es un hombre sentado que vive en el interior, como una planta en maceta nunca expuesta al aire libre o al sol: no solo no se mueve, sino que ya no se desplaza —se hace transportar en automóviles, trenes y aviones—. Come alimentos muy diferentes: en primer lugar, los sala —Noam y su familia desconocían la existencia de la sal y solo condimentaban sus platos con hierbas aromáticas, picantes o especias—; en segundo lugar, los endulza con azúcar —Noam solo usaba miel, una sustancia preciosa, difícil de obtener dada la altura de las colmenas en los árboles y la agresividad de las abejas —; el moderno utiliza mantequilla y aceites, grasas desconocidas por los antiguos, luego consume cereales —trigo, avena, arroz— que aparecieron gracias a la agricultura; por último, el moderno cocina poco —o nada— y compra productos elaborados, pan, pasta, galletas, embutidos, platos preparados. A la orgía de ultraprocesados, el artículo de Noam opone la dieta neolítica: fruta, nueces, verduras, caza, pescado. La gente se mantenía esbelta, porque la carne de liebre, ciervo, jabalí o ave contiene muy poca grasa, a diferencia de la carne que proporcionan vacas, terneros y cerdos de cría. Aunque su padre Pannoam poseía rebaños de muflones —los futuros corderos— y de uros —las futuras vacas—, sus animales comían pasto, no cereales. Hipertensión, diabetes, incluso cáncer, son enfermedades que no prosperaban en el pasado.

Hassan destaca un detalle:

—Discrepas de los médicos estadounidenses que propusieron la dieta paleolítica: proscribes el uso de huevos y leche.

—En efecto, creo que nuestros antepasados rara vez consumían huevos, solo en primavera, siempre y cuando los robasen de los nidos, cosa que evitaban por respeto a la Naturaleza. Hubo que esperar a la domesticación de las gallinas para que los huevos entrasen en la alimentación humana.

—¿A partir de cuándo?

—Es difícil de datar —respondió Noam con pose doctoral para ocultar su ignorancia—. En cuanto a la leche, la mantequilla y el queso, requieren el sedentarismo total. Nuestros antepasados tardaron mucho en poder digerirlos.

—Entonces —reflexiona Hassan—, ¿cómo se explica que con tan buena salud muriesen antes de los cuarenta años?

La crudeza de la pregunta entristece a Noam, que, inmediatamente,

ve desfilar en su interior los rostros amados de los desaparecidos, Mina y Pannoam los primeros.

—Era un período sano, pero violento. No había tiempo de llegar a la vejez. Los conflictos se resolvían por medio de duelos. Cazábamos, luchábamos. El frío y las tormentas mataban. Los animales peligrosos causaban estragos. Corríamos, nos caíamos, nos cortábamos, nos partíamos una pierna o un brazo, nos heríamos. No había remedios para las infecciones. Pocas enfermedades se curaban e ignorábamos los conocimientos higiénicos. Traer al mundo y venir al mundo desencadenaban más muertes que nacimientos. Solo había lugar para la juventud y la fuerza en aquel universo joven y fuerte, no para la vejez…

—¡Qué curioso! —se sorprende Hassan—. Hablas de ello como si lo hubieras vivido…

Noam se ríe a carcajadas. Es mejor para él que Hassan se crea ocurrente y no piense en lo perspicaz que ha sido.

El cupé frena ante una alta casa incrustada de escaleras con balaustradas que se diferencian en tamaño y profundidad según la planta. Un muchacho salta del porche y se precipita hacia la puerta del automóvil. Sin dirigirle ni una frase ni una mirada, Hassan sale del vehículo, deja caer las llaves en la mano del aparcacoches y camina hacia la entrada. Un individuo normal se preocuparía por confiar su bólido a un extraño y como mínimo le dirigiría unas palabras para establecer contacto, asegurarse de su función, instaurar una lealtad; Hassan tiene a gala comportarse justo al revés de cómo lo haría un don nadie: el burgués elegante despreciando ostensiblemente al inferior al que entrega su propiedad.

Entran en una vasta sala, decorada con adornos de aspecto oriental, tradicionales por el refinamiento y actuales por su simplicidad. Señoritas vestidas de lamé se mueven entre las mesas, tan silenciosas como gentiles. El resto está constituido por pufs de seda, asientos de terciopelo, sillas de marquetería, arañas de Murano, vasos de cristal tallado, vajilla con filete de oro. A lo lejos, una arpista con físico de arpista —rubia, diáfana— toca cerca de la terraza nocturna, decorada con tinajas esmaltadas. Los comensales examinan a los recién llegados. Noam se siente incómodo por ir vestido de forma tan rudimentaria, ajeno al hecho de que su brillo, su esbeltez, la nítida belleza de sus rasgos, componen un pasaporte mucho más válido que un traje de moda.

Mientras se sienta, Hassan, para quien es una cuestión de honor realizar siempre dos cosas a la vez, consulta su móvil.

—¡Oh, oh…, mi primo se une a nosotros!

—¿Y qué? ¿No te cae bien?

—¡Sí, claro! Nos conocemos de toda la vida. Prácticamente nos hemos criado juntos, con mi abuela. Es solo que…

—¿Sí?

—Es survivalista.

—¿Sur… qué?

—Survivalista.

—Lo siento, no teníamos de eso en el Neolítico.

Hassan se parte de risa ante su expresión abatida.

—¡Ahí llega!

En la entrada aparece un larguirucho, que localiza a Hassan y camina en su dirección. El larguísimo y desgarbado cuerpo, cansado de su altura, avanza encorvado, con la nuca quebrada por el peso del cráneo. La espalda gibosa, el pecho hundido, el vientre succionado por la pelvis, las piernas flexionadas, aquel esqueleto incapaz de ocupar su volumen camina lentamente, como si el aire le opusiera la resistencia del agua; a cada paso, los muslos delgaduchos dan la impresión de levantar zapatos de plomo. La insulsez ahoga el aspecto del individuo, al que le falta tanto color como relieve: su ropa, la piel, el cabello, las cejas, la barba, muestran un tono apagado, una especie de beis anémico; los labios, apenas irrigados de sangre, se quedan en cáscara de huevo.

—¿Enfermo? —le susurra Noam a Hassan mientras el larguirucho cruza la sala.

—No, James lleva el mundo sobre los hombros. ¡Es mucha carga!

James se acerca a su mesa, los saluda lánguidamente y se deja caer desmadejado en la silla. Mundano, locuaz, perentorio, Hassan toma el mando, pide aperitivos y tapas con un índice apuntando a lo lejos, que, como un imán, ordena las evoluciones de las camareras.

La conversación es un soliloquio de Hassan. No se establece ningún diálogo entre Noam y James. El primero observa al segundo, que se macera en una sombría indiferencia. ¿Por qué habrá venido?, se pregunta Noam. Cuando uno se aburre en todas partes, ¿qué sentido tiene moverse?

De repente, un detalle cambia el ambiente: Hassan acaba de elogiar la erudición de Noam sobre la prehistoria. La cara de James se ilumina; considera con atención al invitado al que hasta entonces ha ninguneado.

—¿Conoce bien las técnicas de la prehistoria?

—Creo que sí.

Atento a valorarlo, Hassan resume el artículo que le ha entregado su amigo sobre la dieta paleolítica. Ahora James es todo oídos, no

pierde ripio, mientras escruta a Noam. Poco a poco, se va animando; el displicente y flemático deviene nervioso y apasionado. Tan pronto como su primo termina su exposición, exclama:

—Soy un entusiasta de la ciencia de nuestros antepasados. Sabían sobrevivir.

Noam sonríe y corrige:

—Más bien sabían vivir.

—Cuánta razón tiene —asiente James—. Somos nosotros los equivocados. Tienen mucho que enseñarnos.

Cortés, Noam disimula que piensa lo contrario. Él, que ha viajado a través de milenios asistiendo a avances técnicos, biológicos y médicos, no idealiza la instrucción de los antiguos y no alberga ninguna nostalgia.

James inclina hacia él su largo torso que cubre casi la mitad de la mesa.

—Usted podría servirnos.

—¿Para qué?

—Para prepararnos.

—¿Para qué?

James se deja caer contra el respaldo de la silla y reprocha, cansado, a su primo:

—¿No se lo has dicho?

—¿A santo de qué? —refunfuña Hassan.

James mira a Noam a los ojos y declara con voz firme:

—Pertenezco al Reloj del Apocalipsis.

Noam asiente pensativo, con los labios fruncidos, sopesando la importancia de aquella revelación. El Reloj del Apocalipsis… Tiene que hacer memoria, son recuerdos vagos, que se remontan a la década de 1950, época en la que los científicos habían propuesto un reloj conceptual que denunciase los peligros en los que había incurrido la humanidad. Simbólicamente, la medianoche marcaba la destrucción del mundo y cada año evaluaban si la aguja se acercaba al instante fatídico. Dicho descuento alertaba a la gente sobre el alcance de los peligros. Por entonces, la irrupción de las armas nucleares, la guerra fría entre Rusia y Estados Unidos causaban tanto pavor que se temía la batalla definitiva.

—¿Sigue en Chicago? —pregunta Noam, recordando el boletín de aquellos científicos nucleares.

—¡Exacto! —aprueba Hassan, ignorante de que Noam maneja información relativa al siglo anterior, no la contemporánea—. James forma parte de la universidad que evalúa los riesgos. Trabaja con los mejores científicos y con… ¿cuántos premios Nobel ya? ¿Quince?

—Dieciocho.

—Felicidades —murmura Noam.

James se inclina hacia él:

—Estamos a un minuto veinte segundos del fin del mundo.

Se establece un denso silencio entre los tres comensales. Las camareras depositan los mezze, una profusión de cazoletas que contienen tabulé, habas, fatush, hummus, baba ganush, hojas de vid rellenas, ensalada de patatas con especias, que harán las delicias de los comensales. Cuando las camareras se retiran, James añade:

—Nunca hemos estado tan cerca… El desastre tendrá lugar en ochenta segundos.

James enumera las causas de la inquietud creciente. Si, históricamente, se temían los fenómenos físicos —el choque de un meteorito gigante, las erupciones volcánicas, la propagación de un virus mortal—, ahora se temen los impactos humanos. No solo el uso del átomo desencadenaría un cataclismo a través de un tercer conflicto mundial, sino que determinadas manipulaciones criminales o accidentales provocarían tanto una pandemia devastadora, como un crac informático y, por efecto dominó, una quiebra de las estructuras bancarias y de los sistemas de seguridad. La superpoblación, inexorable, incontrolable, trae la hambruna, mientras que el calentamiento global provoca el colapso.

—La humanidad está abocada a su destrucción. Vivimos un momento sin precedentes, un punto de inflexión crucial de la Historia. Pronto entraremos en la Posthistoria. Al menos, algunos de nosotros, los que se anticipen y se preparen… Los demás morirán.

—¿Con *algunos* se refiere a los survivalistas? —le espetó Noam.

James, rojo como la grana, pierde la calma:

—Algunos amigos y yo estamos preparando un refugio donde almacenamos víveres. Sin embargo, no son más que planes a corto plazo. Sería preferible que volviéramos a comportarnos como cazadores-recolectores, como nuestros antepasados, para afrontar la existencia postapocalíptica.

Hassan dirige a Noam una mirada burlona: James ha cruzado los límites de la extravagancia hasta tal punto que su primo ha decidido reírse en lugar de llorar. Y, de pronto, para su asombro, oye decir a Noam:

—¿Puedo unirme a ustedes? A cambio, compartiré con ustedes el saber prehistórico sobre el fuego, la caza, la pesca, la tejeduría, la alfarería y la alimentación del hombre cazador-recolector.

James tiende su mano hacia Noam.

—¡Chócala, camarada!

*

Una limusina climatizada, conducida por un joven chófer sirio, lleva a Noam a la cima del monte Líbano. Han tardado una hora en dejar Beirut con su aliento de carbón quemado, su ruido, sus atascos y su asfalto ardiente. El coche vuela libre por la carretera.

Noam contempla el paisaje y recuerda. Conoció esta tierra virgen en su desnudez primigenia, con inagotables cascadas, una vegetación y una fauna que pertenecían a la vida salvaje. A continuación, vio cómo se talaban los inmensos bosques de coníferas que constituían la riqueza del Líbano y se vendían como madera para muebles. En la actualidad, observa por todas partes las huellas de los hombres que convirtieron una montaña de minerales estériles en una fértil llanura. A lo largo de los siglos, los libaneses han recogido rocas y guijarros desperdigados para construir muros de contención, mediante los cuales crearon terrazas donde el humus recuperado del cauce de los arroyos se volvía plano y cultivable. Esos bancales empedrados todavía visten las laderas, escalonados desde la costa hasta las nieves eternas, aunque actualmente las moreras destinadas a los gusanos de seda y los viñedos hayan disminuido y hayan sido sustituidos por huertos y olivares. A los angostos terraplenes de mampostería, ensamblados sin argamasa, han sucedido vastos rellanos, aplastados con bulldozers, hormigonados, que soportan las idas y venidas de las máquinas o acogen invernaderos hortofrutícolas. Entre las aldeas seculares, pululan las segundas residencias, avecinando aquí y allá las canteras de las que se han extraído los materiales de construcción. La agricultura y la expansión urbana han hominizado la Naturaleza, que, sometida, racionalizada, cosificada, se reduce a ítems sometidos a los vaivenes del mercado.

El conductor se detiene para cargar combustible. Noam sale del vehículo, ansioso por estirar las piernas. La canícula lo atrapa de inmediato, como una mano que estrangula, obligándolo a respirar con precaución. A pesar de sus gafas de sol, guiña los ojos ante aquel cielo blanco devorado por el sol. A pocos metros de los surtidores, una tela metálica de trama apretada delimita un terreno donde algunos individuos se mueven nerviosos, gritando órdenes a distancia.

Noam se aproxima y ve más abajo unos estanques de hormigón erizados de tuberías que se hunden en ellos hasta desaparecer. Reconoce una piscifactoría de agua dulce, alimentada por el arroyo vecino, cuyo caudal ha sido desviado. No reina la tranquilidad propia de este tipo de lugares. Los empleados, con la ayuda de grandes salabardos, retiran las truchas de los tanques y las amontonan en el

suelo. No saltan como cabría esperar. Noam se da cuenta de que se estancan, panza arriba, ya muertas, en la superficie de las piscinas. Echando un vistazo al arroyo enseguida comprende lo sucedido: el caudal es muy bajo y al no renovarse diariamente el contenido de los viveros, la temperatura del agua sobrepasa la tolerada por las truchas, que, a más de veinte grados, perecen por falta de oxígeno.

¿Qué harán con esos miles de cadáveres? Triturarlos, sin duda y, una vez reducidos a polvo, servirán de alimento para truchas… Noam siente una oleada de indignación que le asciende por el pecho, suspira y vuelve a subir al vehículo.

Una escena le viene a la mente. Durante un espléndido verano, él y Barak pescaban siguiendo el curso de un río de caudal vivo, fresco y abundante. Lejos de la corriente, en una zona donde las aguas se remansaban y se arremolinaban los mosquitos, Barak saltó enarbolando un enorme lucio de vientre pálido y dorso amarillento, que luchaba con fuerza desenfrenada. Barak lo remató golpeándolo contra una roca. Cuando lo hubo depositado en el suelo, contempló con ternura el pez de hocico puntiagudo y branquias rojas.

—¿Te das cuenta, Noam? Es un viejo, un fortachón, es un ganador: ha salido vencedor de todas las emboscadas, de todos los enemigos, de todos los intentos de pescarlo. Solo yo lo he vencido. ¡Mira sus dientes! ¡Fíjate en cuántos se ha dejado con sus adversarios! Debemos mostrarnos dignos de él.

—¿Qué quieres decir?

—Hay que cocinarlo a la altura de su valor, encontrar las mejores hierbas, acompañarlo con sutiles verduras, saborear cada bocado. Se lo merece.

Barak profesaba auténtica veneración por el pez que acababa de matar y, en honor a su presa, aquella noche y las siguientes se esforzó por alcanzar la excelencia gastronómica.

El motor arranca de nuevo.

Eso es lo que se perdió, piensa Noam. Cuando James el survivalista lamenta una competencia neolítica desaparecida, se equivoca: es un saber que se ha perdido el que colocaba al hombre en la Naturaleza como uno de sus elementos. Barak se consideraba más fuerte que el animal vencido, pero no superior, y mucho menos de una esencia distinta. Respetaba el animal que cazaba. Fraternal, no solo no habría encerrado jamás seres salvajes en las celdas de un criadero, sino que se habría negado a comer prisioneros, el conejo criado en jaulas en batería, el pollo que no corre, el salmón que no ha conocido las algas, todos esos animales desnaturalizados. ¿«Amo y señor de la naturaleza»? Ese pensamiento de Descartes definiendo al hombre

moderno, desarraigado de la naturaleza, como el ser que la domina, la coarta, la explota, sí, esa suficiencia habría hecho reír a Barak por su estúpida desmesura.

El chófer intenta entablar conversación. Noam dinamita el intercambio con respuestas sucintas.

Noam calla desde hace dos días. Esperó el coche que James le había prometido recluido en su habitación, evitando a Hassan. Piensa demasiado, en su cabeza se agolpan las ideas. ¿A cuántos fines del mundo ha escapado ya? ¿La extinción ocurre realmente o los contemporáneos se recrean en el estremecimiento?

El fin del mundo es una historia sin fin. Por lo general, Noam hace oídos sordos a las predicciones catastrofistas, manteniendo una sordera acorde con su experiencia: ¡en estos dos milenios, ha oído hablar tantas veces del advenimiento de la nada! Las religiones monoteístas, apoyándose en el Apocalipsis de Juan, el último libro del Nuevo Testamento, han aterrorizado regularmente a las poblaciones. El catolicismo se lleva la palma. Según el obispo Martín de Tours, el Anticristo, un impostor radical, pulverizaría el planeta alrededor del 400. El Beato de Liébana advirtió de una segunda venida de Cristo y la liquidación de los tiempos el 6 de abril del 793 —¡qué precisión!—. El año mil desató angustias, en primer lugar, la del papa Silvestre II, de la que se hizo eco la cristiandad. En la Edad Media, Joaquín de Fiore, experto en azotes, auguró la aniquilación para el siglo XIII y, en vista de que no se produjo —nada menos obediente que las calamidades—, sus discípulos la postergaron varias veces. Los astrólogos ingleses no quisieron ser menos y se pusieron a ello, suscitando la evacuación de Londres —veinte mil habitantes— el 1 de febrero de 1524, fecha en la que una crecida del Támesis debía iniciar el diluvio; ante el fracaso de la predicción, la pospusieron para un siglo más tarde. Los protestantes tomaron el relevo con tanto ardor que los vaticinios catastrofistas sacudieron los siglos XVI y XVII, desde Thomas Müntzer a Martín Lutero, pasando por Michael Stifel, Jan Matthijs o Miguel Servet. La epidemia caló entre los anglicanos, cruzó el Atlántico y prosperó en los Estados Unidos. Noam no olvida la contribución de los musulmanes con Sabatai Zevi, ni a los testigos de Jehová, que desde el siglo xx programan y reprograman sin cuento el Armagedón.

Ahora bien, un rasgo ha transformado el vetusto escepticismo que profetizaba la violencia: ya no es el Todopoderoso quien castiga a los hombres, sino los hombres quienes exterminan la Naturaleza. De ahora en adelante, Dios está excluido del apocalipsis. El hombre se basta y se sobra él solito.

Por su idiosincrasia, la humanidad ha debilitado de forma

dramática su destino: la proliferación de las armas nucleares, el reinado de máquinas que lograrán suprimir a sus creadores, el agotamiento de los recursos energéticos, la contaminación alterando el clima… Las amenazas crecen. Los factores de la debacle se acumulan. En opinión de Noam, hay más racionalidad en el temor que experimenta el survivalista James que en los religiosos, los devotos y los sectarios con los que se ha cruzado a lo largo de los siglos.

La limusina frena ante un portal metálico gris, de la misma altura que los muros, que oculta la propiedad. Tras un minucioso examen de su documentación, un guardia de seguridad cachea a los dos hombres, registra el maletero, desliza un detector de explosivos bajo la carrocería, se comunica telefónicamente con el interior, activa el mecanismo de apertura y los autoriza a pasar.

No hay ni rastro de asfalto hasta la entrada, solo un camino de tierra batida que el conductor del vehículo toma con prudencia. Aplastando la grava, los neumáticos hacen el ruido del maíz que estalla en la sartén. El automóvil atraviesa un bosque de coníferas y exuberante matorral, que se aclara para contornear una casa paralelepipédica, tan vasta como baja, que extiende sus cincuenta metros en un solo nivel. El tejado está tapizado de paneles solares.

James lo recibe en la entrada.

—Bienvenido al Arca.

Felicita a Noam porque ha traído sus cosas en una mochila, reacción que se repite cuando le pide que deposite su teléfono en la conserjería —su uso está prohibido en el refugio— y descubre que Noam no tiene móvil. La sobriedad en la que vive el prehistoriador fascina a James, un niño rico, hijo de papá, coleccionista de artilugios electrónicos.

Emprenden una visita al refugio. A ras de suelo, las habitaciones evocan una casa de campo ordinaria en la que alternan salas comunes y celdas monacales. En cambio, el sótano revela las preocupaciones de supervivencia. Cruzan los dos batientes de acero y deambulan por medio de reservas dignas de Alí Babá. Latas de conservas, cajas de pasta, sacos de arroz y botellas de agua abarrotan las estanterías, por encima de los congeladores en los que se acumulan piezas de carne, pescado y verduras; los congeladores están conectados a un generador ante la eventualidad de cortes de corriente —un fenómeno frecuente en el Líbano, donde cada ciudadano compensa las deficiencias del servicio público abonándose a un proveedor de energía privado—. En una dependencia se apilan mantas a porrillo, de mylar o de lana; en otra, medicamentos de primera necesidad y mascarillas, desde el sencillo tejido que evita la contaminación de los convivientes hasta el

aparatoso modelo de respirador con gafas y doble filtro que preserva del gas. Un armario almacena zapatos, otro guarda diversos trajes ignífugos, contra las radiaciones o de supervivencia en el agua.

—Disponemos de seis meses de autarquía —asegura James.

—Magnífico.

—Seis meses no representan gran cosa. De ahí la razón de que te unas a nosotros. ¿Cómo hacer fuego? ¿Qué frutas, hierbas u hongos elegir? ¿Cómo atrapar una presa? Todos esos saberes ancestrales…

—Contad conmigo. Por cierto, ¿tenéis armas?

—No. Habrás de enseñarnos a cazar y a luchar sin armas, o bien a fabricarlas en la naturaleza.

Tras el examen de las provisiones de azúcar y sal, el recorrido continúa por el acopio de jabones, dentífricos, cepillos, detergentes y desinfectantes. El laberinto desemboca en una puerta blindada que James evita desandando lo andado.

—¿Y ahí? —pregunta Noam, señalando la gruesa plancha.

—Nada, es la caldera… —responde James, invitándolo a subir a la superficie.

*

El fin de semana el Arca se abre para los miembros del grupo de survivalistas, así como para unos cuantos interesados. Una veintena de cursillistas viven una experiencia sin precedentes: pasar tres días en el bosque sin recurrir a los beneficios de la modernidad.

Marmoud, un exmilitar de marcada musculatura, dirige la expedición secundado por Charly, un expolicía de mediana estatura, enjuto, pulcro, desprovisto de cualquier característica singular, salvo su gusto por el tabaco negro. Noam interviene en calidad de asesor, junto con Claude, zoólogo.

Los participantes presentan diferentes perfiles y edades: banqueros o ingenieros en la treintena, unas jubiladas militantes ecologistas o varias parejas de mediana edad que trabajan en la enseñanza.

Marmoud impone las reglas: encontrar su alimento en el corazón del bosque, dormir en él, construir refugios seguros contra las inclemencias del tiempo, desplazarse sin radioguía ni brújula. Se simulan accidentes en los que representan distintos papeles: desde la herida de un caminante a un ataque de bandidos.

Poco a poco, Noam evalúa el grado de ansiedad que configura el programa. A fuerza de hombros, bíceps y tríceps, Marmoud y Charly obligan a los inscritos a pelear, cuerpo a cuerpo, con garrotes, les explican cómo camuflarse bajo el ramaje o borrar las huellas para

escapar del olfato de los perros; finalmente, los entrenan en operaciones de comando, primero disuasorias, luego agresivas.

Tres de ellos, que se han apuntado a las actividades como un recreo deportivo, se inquietan. Rascándose la nuca, Marmoud se explica de mala gana:

—Si hay una tragedia, algunos se organizarán, otros no. Gentes hambrientas, dispuestas a todo, recorrerán el país, solos o en hordas, y se convertirán en saqueadores. Ni la policía ni los militares los detendrán. En nuestra opinión, sobrevivir equivale a enfrentarse a la anarquía, al caos, a la violencia. También debemos prepararnos para ello. Lúcida y eficazmente.

En el seno del equipo, rechinan algunos dientes. Las lecciones de Claude, el zoólogo, para capturar, limpiar y cocinar insectos apaciguan a los cursillistas; a continuación, después de un festín de saltamontes a la parrilla, Noam obtiene un gran éxito enseñando las técnicas del fuego, el arte de seleccionar las plantas, la forma de elaborar el chicle del Neolítico, el alquitrán o resina de abedul —calentar la corteza y masticarla para mantenerla blanda durante el enfriamiento que la solidifica—; los que padecen de dolores dentales notan entonces, como sus antepasados, un considerable alivio.

A medida que pasan las horas, el grupo se disgrega, pierde su cohesión. Diversos motivos han llevado a estos individuos a un entrenamiento de supervivencia. Los jóvenes urbanitas, deseosos de olvidar la ciudad de hormigón, tratan de renovar el contacto con los árboles, la tierra, los ríos. Los más acomodados aspiran a curarse de la enfermedad contemporánea, el consumismo; el cursillo les permite diferenciar lo esencial de lo superfluo y, por tanto, liberarse de los objetos. Algunos quieren ganar un poco de autonomía; en esta sociedad fragmentada donde cada uno depende del trabajo de los demás, ser capaz de hacer por sí mismos una cabaña, un fuego, un arco o una lanza supone una liberación. Hay quien busca salpimentar lo cotidiano; por ejemplo, Marie, una jubilada de acendradas convicciones ecologistas, que confiesa que al final de estos tres días apreciará los servicios básicos al volver a casa: el agua que sale del grifo, el hornillo que prodiga la llama, el frigorífico funcionando. «¡Voy a vivir en el apartamento de los milagros!» En realidad, la mayoría de los participantes avanza en conocimientos gracias al survivalismo, pocos lo toman como un fin.

Noam identifica el núcleo duro: Marmoud, Charly, James y el joven Hugo, de veinte años, ingeniero informático. Los cuatro anticipan auténticamente el universo del mañana, el posdesastre, en sus consecuencias políticas, económicas, sociales, financieras, cuando las

estructuras —Gobierno, policía, ejército, Internet, recursos energéticos — se vengan abajo. Lejos de entregarse a un episodio de *boy scouts*, se ejercitan convencidos de que el instante fatal se acerca.

La última tarde, tan pronto como el grupo regresa al Arca, surgen las disensiones entre los survivalistas radicales y Marie. Afirmando con humor que los únicos adversarios reales con los que se ha encontrado se limitan a un escuadrón de mosquitos, tábanos francotiradores y garrapatas agazapadas, se indigna por el giro militar del curso.

—No entiendo esa obsesión por el combate… En caso de un infortunio, yo no me convierto en enemigo de los demás, al contrario, los ayudo.

—¡No se puede ayudar a todo el mundo! —replica Marmoud, aplastando de un manotazo un mosquito en la sien.

—Hay que intentarlo.

—¡Quimérico! ¡Angelical! ¡Más vale salvar a veinte personas que palmarla todos! Sin el Gobierno, la policía, el ejército, estaremos abocados a una guerra de unos contra otros.

—¿No confía en la solidaridad humana?

—¡No!

—Solo los más fuertes sobreviven —añade Charly.

—No comulgo con sus ideas —repone Marie—. Ser ecologista significa querer salvar a los seres humanos, los animales y el planeta.

—¡Yo no soy ecologista! —despotrica Marmoud—, ¡soy survivalista!

—Luchamos por nuestra supervivencia —subraya Charly.

—Cuando Noé construyó su arca para escapar del diluvio —recuerda Marie—, quiso proteger a todos los seres vivos.

—¿Ah, sí? —se burla Charly—. Por eso solo se llevó a su familia. Nosotros también nos ocupamos de nuestra familia, la de los survivalistas, aunque no sea de sangre.

—¿Los demás seres humanos se convierten en sus enemigos? —se escandaliza Marie.

—Están los elegidos que se preparan y los perdedores a los que se la suda. No pienso permitir que los elegidos sean asaltados por los perdedores. Los perdedores perderán. Los elegidos ganarán.

Marie se queda muda, Charly se concentra en encender un cigarrillo, Marmoud se rasca la piel del cuello, donde las uñas dejan surcos erubescentes. Diplomático, James cambia de tema, secundado por Claude, el insectívoro.

Es la hora de las despedidas, de los abrazos, de los saludos y de que cada cual vuelva a su casa.

Cuando se han ido todos, Noam se da cuenta de que James, distraído, ha dejado su cazadora de camuflaje en un tocón y la recoge para llevársela a la villa; de camino, palpa un bolsillo que contiene un pesado manojo de llaves, las que abren los sótanos. Le birla las llaves y, una vez perpetrado el delito, cuelga la sahariana en el perchero de la conserjería.

Esa noche, en el Arca, solo se alojan los líderes, Marmoud, Charly, James y Hugo, con quienes Noam comparte el refrigerio. Después de tres días de deporte al aire libre de muy pocas horas de sueño al raso, el agotamiento explica sin duda la apatía de los diálogos en la mesa; salvo James, los hombres apenas dicen palabra y apuran el final de la comida sin dirigirle ni una mirada a Noam.

Es evidente que los molesta.

Desde el principio, despertó sus suspicacias, a despecho del entusiasmo mostrado por James. Su nacionalidad no les hizo ni pizca de gracia: Noam se presentó como griego. Declararse libanés habría sido una imprudencia, porque, al mencionar un apellido, inmediatamente le habrían preguntado por sus primos de tal sitio, sus tías de tal otro, su tío abuelo de las montañas, sabiendo que el Líbano, a pesar de sus seis millones de habitantes, sigue siendo un conglomerado de familias que se tratan todas. Elegir la identidad griega le proporciona seguridad: además del capital de simpatía del que goza Grecia, Noam habla un griego perfecto, aunque debe tener cuidado de no meter la pata con arcaísmos de la época en que aprendió la lengua, el siglo de Sófocles y Platón, en el que aprendió un ático puro, actualmente bastante modificado. Ahora que conoce mejor a Marmoud, a Charly y a Hugo, se da cuenta de que profesan una desconfianza sistemática hacia el extranjero, migrante o inmigrante.

Noam se retira enseguida, pretextando cansancio. Refugiado en su habitación, espera pacientemente.

A las once de la noche toda la casa duerme. Noam escucha los ronquidos de James a través del tabique.

Con cautela, en silencio, desciende al sótano y, con la ayuda del llavero robado, se cuela en los almacenes. Prudente, cierra las puertas tras de sí y se vale de una linterna para no encender las luces del techo. Una vez superados los almacenes de víveres, llega a la puerta blindada frente a la cual James lo había instado a dar la vuelta.

Gira la llave en la cerradura y se topa con lo que presumía: un arsenal. Un sinfín de armas blancas se exhiben en tres mesas: cortantes, punzantes y contundentes; en la primera, tajamatas, honcejos, cimitarras, dagas, espadas, sables, guadañas de guerra y

hachas; en la segunda, chuzos, venablos, lanzas, dardos, picas, ganchos, tridentes, alabardas, arcos, ballestas, cerbatanas con su provisión de flechas, cuadrillos y agujas; en la tercera, porras, garrotes, mazas, martillos, mayales y hondas con sus correspondientes bolsas de bolas de acero. En las paredes proliferan las armas de fuego, escopetas, rifles, fusiles de asalto, ametralladoras y fusiles de precisión. Algo más lejos, los estantes que exponen armas de fuego cortas, pistolas y revólveres. Las ametralladoras se alinean en el suelo mientras las cajas de municiones llenan la celda contigua. La intuición de Noam se confirma: el Arca no es un refugio, sino un búnker.

Noam entra en un nuevo almacén, el de los explosivos, donde ve granadas y minas, cuando escucha pasos y una discusión.

Apaga la linterna apresuradamente y se esconde en un rincón, desde donde ve entrar a Marmoud, Charly y Hugo en camiseta de asas y pantalones militares. Los tres hombres se acomodan en una pequeña mesa de despacho vacía e instalan un ordenador. Hugo parece el resultado de la aglutinación de dos piezas incompatibles, la cabeza de un angelote rubio atornillada al cuerpo de un fornido atleta.

Escondido en la sombra del polvorín, Noam contiene la respiración.

—A las veintitrés treinta horas en punto, recibiremos la comunicación con D. R. —indica Hugo, que establece la conexión.

Los demás suspiran.

—Una putada que no se pueda fumar —gruñe Charly.

—¡Gilipollas! Deberías haber dejado de fumar hace tiempo. Podrás sobrevivir al *blackout*, pero vas a palmarla de cáncer de pulmón.

—¡Deja de joderme!

—Tengo razón.

—¡Muy bien, me jode porque tienes razón!

Marmoud calla satisfecho, eructa y se rasca con fruición con la mano metida en el bolsillo de los pantalones. Noam nota que se comportan de manera muy distinta en ausencia de James, más relajados, más vulgares.

Hugo deja de rascarse a su vez y se sienta, contento.

—¡D. R. en línea!

Las iniciales desprenden tal aura que los tres matones se yerguen, repentinamente correctos.

En la pantalla aparece una imagen, que Noam no ve, luego surge una voz distorsionada por un filtro:

—Hola, Beirut. ¿En qué punto estáis?

—Seis meses de autonomía, D. R. —responde Charly.

—¿Y las técnicas de supervivencia?

—Casi a punto.

—¿Cómo?

Marmoud se planta frente a la cámara y afirma, fulminando a Charly con la mirada:

—¡A punto, D. R.!

Se produce un silencio. Los tres hombres se inquietan. La voz vuelve a oírse, monocorde, digitalizada:

—Vamos a lanzar la operación Jinetes del Apocalipsis.

Se estremecen.

—¿Cuándo?

—Muy pronto.

—¿Dónde?

—Comenzaremos en Estados Unidos. La célula Zacarías ha completado su preparación. Se dividirá y atacará cinco centrales nucleares.

—¿Cuáles?

—No necesitáis saber cuáles. Luego Europa, seguida de Rusia y China. Y vosotros, ¿todo listo para la presa de Chabrouh?

—Un plan cojonudo y el material a punto. Esperamos tu orden para lanzar el comando y provocar la explosión.

—Es cuestión de semanas. Estad preparados.

Un pitido señala el final de la llamada.

Estremecidos, los tres guerreros gritan de alegría, bailan, se regocijan, aplauden.

—¡Se acerca el gran día, tíos!

—Saltará todo por los aires.

—¡Y empezará una nueva era!

—¡Hugo, trae cerveza!

Noam comprende que los tres hombres actúan a espaldas de James, el ingenuo mirlo blanco que los financia, pero sobre todo que su ambición va más allá de la supervivencia: esos activistas no se están preparando para el fin del mundo, lo están preparando.

1

Lo contemplaba desde el amanecer…

El Lago es un pensamiento que sueña. No hay camino ni detalles. Nada destaca, todo se desvanece. Tan grande como inmóvil, delataba su respiración con impalpables iridiscencias y leves chapoteos; se sucedían tenues roces que no llegaban a cadencias; la lógica se diluía en sus profundidades taciturnas. Oscilante, ondulante, palpitante, el Lago dormitaba sin levantarse. En sus aguas durmientes se agitaban seres furtivos, mudos, cuyos lomos y aletas se veían a veces. ¿Qué hacían? ¿Por qué no se enfrentaban nunca a la luz del día? Se enlazaban, se acariciaban, susurraban. Extraño y familiar, el Lago guardaba sus secretos y, aunque abierto, contenía más de desconocido que de conocido.

Yo meditaba ensimismado ante aquel decorado.

¿Cómo podría surgir el peligro de un lugar tan bienhechor?

Los pueblos del Lago no temían al Lago. Venerábamos su presencia desprovista de violencia. Por supuesto que se tragaba al nadador torpe, al barquero temerario, al impaciente que se lanzaba al agua un día de calor excesivo, al cazador distraído que caminaba por sus hielos sin prestar atención a los crujidos precursores; pero, inevitablemente, la culpa era de los hombres. Sus olas no nos atacaban. Cuando ascendían, lo hacían poco a poco. Sin agresividad. Sin engaños. Una majestuosa lentitud…

Otras aguas me asustaban: las aguas del cielo, cuyos excesos, bofetadas y ensañamiento padecíamos; las aguas vivas, las de las Ninfas que, en ese momento, rompían en torrentes, ensanchando los arroyos, saltando de su lecho, animadas por una cólera incomprensible. Sin embargo, el Lago, a pesar de su ascenso, mostraba su eterna placidez.

Tibor se sentó a mi lado.

—Barak se está recuperando.

La noticia me llenó de alegría.

—¿Has hecho un antídoto?

—No, Barak dio con él en su propio cuerpo. Su vitalidad me maravilla. Superó la amputación y ahora está eliminando un veneno mortal.

—¡Es Barak! —exclamé feliz.

—¡Es Elena! —replicó el curandero—. No solo lo ayuda a vivir, le da una razón para vivir.

—Cierto… —admití serio.

La felicidad de Elena y Barak me turbaba. Aunque quería con locura a aquellos dos seres y deseaba su felicidad, la tensión sexual que los enardecía me perturbaba. En Mamá, no ver a una madre, sino a una mujer, modificaba mis puntos de referencia. Sus curvas, antes tranquilizadoras, anodinas, domésticas, se aureolaban de una dimensión erótica; la torpeza que había imaginado debido a la edad adquiría una consistencia lasciva. Despojada de su envoltorio de respetabilidad, Mamá aparecía radiante, provocativa diosa del amor, encendiendo el deseo en los ojos de Barak y, por reflejo, en los suyos. La pareja olía a voluptuosidad, su carne vibraba con un perpetuo apetito por unirse; yo tenía, en su presencia, la impresión de molestar, de frenar sus impulsos, de obligarlos a las miradas, a las caricias, a los besos furtivos, presintiendo que, tan pronto como estuvieran solos, se lanzarían el uno sobre el otro. La discapacidad de Barak, su convalecencia, nada mermaba la sensualidad que los unía y muchas veces, durante la noche, escuchaba gritos roncos que mezclaban el ardor con el placer, tan sonoros en ella como en él. De mi noble madre surgía una figura hasta ahora insospechada, la de una amante desenfrenada, libre, imperiosa, desinhibida.

—Tu madre está más joven que tú, Noam.

Tibor me dirigía aquel comentario como si hubiera oído mis pensamientos. Y lo remachaba:

—Ella se atreve a lo que tú no.

—No comprendo —balbuceé, decidido a cortar la conversación.

—Tu madre tiene el coraje de sus sentimientos. Tú no.

Me volví hacia él. Me desafió:

—Pídemela.

—¿El qué? —suspiré.

—La mano de mi hija.

Cerré los ojos, turbado. Desde la muerte de Pannoam, había multiplicado las razones para posponer mi unión con ella. Organizar el entierro, cuidar de mi tío, consolar a mi madre, impartir justicia, regular la vida del pueblo, todo había servido para justificar que no desposase a Noura.

—Ten cuidado, Noam, o se mosqueará.

—Hasta ahora, me ha apoyado en mis obligaciones sin una palabra ni una mirada de reprobación.

—Te demuestra su excelencia como mujer de jefe. Pero, para ello,

debe convertirse en tu mujer.

Bajé la cabeza y confesé:

—Es complicado si uno se respeta a sí mismo… Me vi obligado durante mucho tiempo a tratarla como mi madrastra.

—Libera al hombre que hay en tu interior.

Busqué una excusa:

—Es que… tengo miedo.

—¿De qué?

—De ella.

—¡Falso! Tienes miedo de ti mismo. Miedo a no estar a la altura, a no dar lo que quieres.

—Con razón, ¿no te parece?

—Ese miedo solo engendra nuevos miedos. Sustitúyelo por confianza. Confía en tu amor, en tu deseo. Tú y Noura os necesitáis el uno al otro.

—Eres un suegro muy peculiar, Tibor…

—Antes que nada, soy un padre muy peculiar.

Tibor, siempre tan adusto, sonríe.

—¡En realidad, he heredado una hija muy peculiar!

Me cogió la mano y la apretó entre sus dedos sarmentosos.

—No impacientes a Noura, no sabe esperar, te lo reprochará. Si tardas, te enfrentarás a la cólera de una mujer.

—La conoces bien…

—¡Nadie conoce a Noura!

Y Tibor, repentinamente parlanchín, me contó su desasosiego. ¿Cómo podía un hombre solo educar a una hija? Ese desafío lo había superado. Viudo, Tibor no había podido recurrir para esta tarea a su esposa ni a sus propias hermanas, muertas en el argayo de lodo. Había contemplado a Noura, esa misteriosa criatura, tan obstinada como expansiva, tan cariñosa como retraída, de la que ignoraba hacia dónde volaban sus sueños. ¿Qué esperaba ella de la existencia? ¿Qué planes tenía? Había escapado constantemente de él, niña fría, niña cálida, pero nunca tibia; un día cariñosa, otro día, dura, hablando poco, hablando demasiado, que se reía cuando le daba la gana, insensible a las bromas ordinarias, muerta de risa por una bobada que solo ella entendía. Enamorada de dramas, de enigmas, llena de caprichos, solicitada por tareas que guardaba en secreto, pasando de la delicadeza a la arrogancia, de la ingenuidad al cinismo, rechazaba cualquier orden, cualquier influencia. Tibor se estremecía frente a la que no temía a nada ni a nadie. Noura solo reconocía un guía: ella misma; un modelo: ella misma; una coherencia: ella misma. Tibor comprendió enseguida que su hija emprendía con idéntica confianza

caminos opuestos. En algunos momentos, reprimía sus pensamientos sin que ello revelase debilidad, pusilanimidad, cortesía: la modestia le parecía adecuada; la estrategia, oportuna; en otros, se mostraba franca, dura, cortante, a despecho de todo decoro, porque así le salían las frases. ¿Noura era íntegra o taimada? ¿Sincera o calculadora? Ambas caras… Su temperamento de la mañana no se parecía a su temperamento de la noche. Se dormía de una forma y se despertaba de otra.

—No hay una Noura, sino una infinidad. Una inocente. Otra verdugo. Una alegre. Otra insatisfecha. Un ser frágil. Otro rudo. El refinamiento supremo. El salvajismo. Cuando me casé, quería tener varias hijas. Los Dioses me escucharon: me dieron cien en una. Sin embargo, yo no la crie, creció a mi lado.

—Exageras: te escucha como a un padre.

—Me concede el papel de padre cuando quiere un padre; otras veces me convierte en hermano, en hijo, en compañero, en sombra resignada. Mi función se reduce a menudo a la de sirviente preferido.

Mientras me río de su elocuencia inesperada, insiste con obstinación:

—¡Declárate! Sedúcela… Aunque Noura siga siendo impredecible, hay algo seguro: con ella siempre se puede temer lo peor.

—Gracias, Tibor. Te prometo que actuaré. Y me lo prometo a mí mismo… Ahora hablemos de tus sueños premonitorios.

Tibor palidece.

—Anoche tuve otra visión. ¡Espantosa! No quedaba nada de nuestro mundo.

—¿Qué me aconsejas? ¿Construir nuestras casas en los árboles?

—Los árboles no se librarán. Todo será anegado.

—¿Entonces?

Tibor se devana los sesos.

—El agua solo se evita con agua.

—¿Qué sugieres? ¿Construir casas flotantes?

Desconcertado, me miró fijamente mientras pensaba la respuesta.

—¡Qué buena idea! Creo que has encontrado la solución.

Se irguió estirando un brazo hacia lo lejos.

—A diez días de marcha, hay un clan que fabrica canoas. Las mejores. Me han hablado de ellas. Su pueblo se llama la Brecha de los Dioses.

—¿La Brecha de los Dioses?

—Dicen que los Dioses desfilan regularmente ante ellos. No sé mucho más… En cualquier caso, trabajan la madera a la perfección y han desarrollado técnicas para tallarla, perfilarla, unir las piezas,

estancarlas, hacer una barca, aumentar su superficie… Ve a verlos.

Hizo una pausa, exhausto.

—¡Lo siento, Noam! Te estoy dando órdenes. Disculpa. Tú eres el jefe, no yo.

—Eres el consejero del jefe, Tibor. Te admiro. Nadie ha contribuido tanto a nuestra comunidad[18].

Me despedí de él y subí al concurrido mercado. Al comienzo de mi mandato, me dejaba ver mucho por allí. Mi presencia acreditaba mi toma del poder, los lugareños me confiaban sus preocupaciones y los visitantes regresaban a sus casas describiendo al joven jefe.

Tras hacer algunos trueques, Noura se unió a mí, manteniéndose a mi lado durante mis conversaciones con proveedores señalados, como la mujer que acompaña a su marido. Su conducta rayaba la perfección.

En ocasiones, sin embargo, en su boca contrariada se dibujaba una sonrisa fugaz; la sucesión de interlocutores que rompían nuestra intimidad arrugaba ocasionalmente su frente. Como a ella, a mí también me iba ganando un enfado creciente. Algo se deterioraba entre nosotros. A este paso, mientras gozábamos de una amistosa complicidad, la frustración acabaría por irritarnos y enfrentarnos.

Entre dos querulantes, le susurré al oído:

—¿Puedo visitarte esta noche?

Se estremeció, girando rápidamente hacia mí.

—Claro.

Una vez que el pesado de turno nos hubo hartado hasta la saciedad, agregó:

—Papá estará fuera. Debe recolectar hierbas que solo se pueden recoger a la luz de la luna.

Me divirtió su mentira: confirmaba lo mucho que se preocupaba por mí y corroboraba lo que Tibor había afirmado por la mañana —manipulaba a su padre a su antojo—. Cuando me dejó, supuse que lo iba a convencer de que abandonase su casa esa noche, y no dudé de que él se dejaría persuadir…

El día pasó muy rápido y muy lentamente. Por un lado, estaba deseando que se acabase; por el otro, me preocupaba tanto la noche que me dediqué a mil trivialidades de gobierno.

Escindido en dos, experimentaba una profunda quietud —había tomado la decisión correcta— y un entusiasmo frenético —¿cómo me comportaría?

Antes de que cayese la noche, me escabullí de la aldea río arriba, hacia el arroyo donde solía realizar mis abluciones, y me preparé para nuestro encuentro. Mi corazón latía acelerado, los escalofríos sacudían

mi cuerpo. Nadie me intimidaba más que Noura.

Lavado, perfumado, peinado y acicalado, bajé y me presenté en su casa, llamando al llegar.

Noura, soberbia, piel lechosa, cabello oscuro, vestida con un vaporoso vestido en el límite de la transparencia, permaneció en la estera donde reposaba y me miró sin pestañear.

—¿Eres tú?

¡Qué extraña interpelación por su parte! Habíamos pasado el día juntos, le había anunciado mi visita y me recibía con aquella pregunta.

—¡Soy yo!

Mi respuesta sonó extraña, tan estúpida como inútil. No significaba nada… O más bien si…, reflejaba el diálogo de sobreentendidos inscrito en nuestras banalidades, un intercambio que podría haberse reformulado así: «¿De verdad eres tú, el que me ama, quien llega? —¡Sí, lo soy, y vengo para amarte!».

Noura guardó silencio. Noté la tensión de aquel silencio. Todavía dudé:

—¿Te molesto?

—Nunca me molestas —siseó en un tono que proclamaba lo contrario.

¿Cómo liberar la ternura que pugnaba por liberarse, la ternura prisionera en mi cuerpo?

Sentada, con las piernas cruzadas, decidió estar de morros. Con un impulso irresistible, recogió su cabello, como si no hubiera nada más importante que hacer, dejando al descubierto su nuca blanca, pálida y frágil como una flor que crece a la sombra. Bostezó, dejando al descubierto su boca rosada con pequeños dientes nacarados, y ahogó un suspiro.

Yo estaba a punto de estallar.

No me miraba, pero sus ojos vigilaban bajo los párpados entornados y el fleco de sus pestañas rizadas.

Di un paso hacia ella.

Se volvió y me miró sin inmutarse, con desfachatez zalamera. Esperaba. Se sometía de antemano. Su inercia exigía mi iniciativa. Con estudiada apatía, esbozó una sonrisa.

Cediendo toda dignidad, me arrodillé y le cogí las manos, conmovido hasta las lágrimas al descubrirlas tan diminutas, tan cálidas, tan suaves, tan favorables. Besé sus delicadas muñecas, diez, cien veces, ardiendo en deseos de decirle que la adoraba, que me postraba a sus pies, que solo anhelaba su felicidad.

Coqueta, me levantó la barbilla, acercó mi rostro al suyo y, como a

un niño, me tendió su mejilla aterciopelada. Rechazando sus remilgos, desdeñé la mejilla y apliqué mi boca a la suya. Nuestros labios se unieron de inmediato. Poderosos. Vibrantes. Noura exhaló un suspiro de alivio, luego de placer. Nuestras lenguas se buscaron, se restregaron, frescas, ardientes, alegres, sedientas una de otra.

Noura se tumbó de espaldas y me apretó contra ella. Tenía miedo de aplastarla, pero ella me sujetó tenazmente. Sus ojos imploraban los míos. Su languidez hormigueaba de impaciencia. Quería que le proporcionase una alegría completa.

Entré en ella.

Una vez más, la evidencia se impuso: mi sexo había sido inventado para introducirse en el suyo. Balbuceó de estupefacción, de complacencia, de gula. Nuestros ojos no se apartaban. A cada paso se hacían preguntas: «¿Te gusta este movimiento? ¿Lo notas?». Y, en nuestras gargantas, respondían jadeos, gemidos, ahogos, rugidos.

Me abstuve de eyacular una y otra vez.

De repente, Noura se quedó quieta, rígida, y me miró con los ojos abiertos, brillantes, y las pupilas ensombrecidas. Me pareció que buscaba en mi iris a otro, no al que se había introducido en ella, aquel Noam atento, tierno y vigoroso, sino un Noam más allá de la gentileza, un amante autoritario, conquistador, un vencedor capaz de hacerle perder el control.

Clavé mis riñones y la penetré con fuerza.

Noura, satisfecha, volvió a relajarse.

La golpeaba, la embestía. Los escalofríos que le recorrían el semblante mostraban que desarrollaba una aguda curiosidad por lo que le sucedía, por lo que estaba por llegar. Se estremecía bajo mis embates, lúcida y abandonada. Las orejas encendidas, el cuello enrojecido, los senos marmóreos. Jadeaba.

Noura gritó. Yo también. Lo que perdía en dulzura, en delicadeza, en placer, lo duplicaba en excitación. Algo nos sobrepasó. Mi ardor dejó de pertenecerme, me traspasaba, me sometía a él, le obedecía. Noura y yo compartimos una especie de demencia.

Ella gimió, los dedos de los pies crispados, los puños apretados, girando la cabeza de derecha a izquierda, de izquierda a derecha. Me detuve preocupado.

Protestó ferozmente:

—¡Sigue!

Perseveré. Me golpeó el pecho, me arañó, me abofeteó, esos gestos de rechazo le permitían lo contrario, aceptar plenamente la intrusión de mi cuerpo en el suyo.

Trémula, gritó y disfrutamos juntos.

El milagro se había hecho realidad.

Enmudecimos.

Todo se había vuelto simple, intenso y banal a la vez. Ya no aguardábamos, ya no esperábamos: teníamos, estábamos.

Se acurrucó en mis brazos, súbitamente frágil, lo que me conmovió. ¡Qué alegría encontrarse sin tensión, sin frustración, sin charla obligada, sin envidia ni arrepentimiento, juntos, unidos, exhaustos, escuchando latir la vida dentro de nosotros! Saboreamos el presente, alimentados por nuestro vigor, nuestra juventud.

Cuando me levanté de un salto para darle de beber, Noura me miró con ojos lascivos y húmedos. Su mirada me volvía macho, terrible, magnífico.

Me contempló y su mirada me transformó. Por primera vez en mi vida, me pregunté si era así de hermoso.

*

¿Es el impedimento condición para la felicidad?

Apenas había probado el éxtasis en los brazos de Noura, el deber me separó de ella. El lago subía; los arroyos se desbordaban; encharcados, los terrenos rechazaban las semillas, mientras que la humedad pudría los vegetales restantes. Mil detalles acreditaban la angustia de Tibor.

Primero miré hacia otro lado, deslumbrado como estaba por Noura, que me iniciaba en alegrías inéditas: holgazanear por la mañana en el lecho, entrelazados en silencio; abrazar sin fin ese cuerpo que Noura ya no preservaba; dejarla peinarme durante toda una tarde para lograr resultados «preciosos», «espantosos» o «ridículos». Jamás habría imaginado que me encantaría transformarme en el juguete de una niña. ¡Y mucho menos que me derretiría cuando se burlase de mí! Imposible aburrirse con Noura, que encarnaba sucesivamente a dos, a diez, a veinte, a treinta mujeres. De hecho, era mujer sin límites; un día, sumisa, al siguiente, tiránica; cualquier día, lasciva; hoy, taciturna; mañana, exultante. En el lecho se renovaban las sorpresas: dócil y soñolienta, imperiosa y tensa, rápida y febril, lenta y lánguida, incitante y lujuriosa, provocadora y decidida, cautiva y pasiva, entregada e indolente, quisquillosa e intocable, atrevida y voraz.

Igual que ella representaba a todo tipo de mujeres, yo personificaba a todo tipo de hombres: el amante, el amado, el amigo, el enemigo, el egoísta, el benefactor, el disoluto, el indiferente, el lascivo, el perseguidor. Desde el amanecer hasta el anochecer, deseaba abrazarla, estrangularla, llorar, reír, huir, lucirla, esconderla, sacrificarme.

Me costó lo indecible separarme de ella: tenía que encontrarme con los constructores de canoas. Algunos aguerridos lugareños me flanquearían. Diez días de marcha para la ida, más el tiempo necesario de la estancia, y diez días para regresar: me ausentaría una luna como mínimo.

La mañana de la partida, Noura cayó enferma. Pálida, con jaqueca, la mirada apagada, la piel marchita, alargó el brazo sin salir del lecho. Besé la mano, pequeñita, ardiente, objeto grácil cuya inercia me daba a entender que ya no podía servirme de ella.

—Vete, Noam. Haz lo que tengas que hacer. Intentaré recuperarme.

Se movía en dos planos: al mismo tiempo que aprobaba al jefe animándolo a emprender la expedición, denunciaba al marido, culpable de abandonar a su esposa postrada en el lecho.

Estaba cruzando el umbral de nuestra casa cuando Mamá me detuvo hecha una hidra.

—¡Si aceptas, dejarás de ser mi hijo!

De pie, con las piernas separadas, me bloqueó el camino. Con los ojos desorbitados, la boca feroz, la tez purpúrea, temblaba de ira, lo que acrecentaba su belleza.

—¿Cómo? —pregunté.

—¡Hazme el favor de mandarlo a paseo!

—¿De qué estás hablando?

—De Barak. Quiere acompañarte.

Mi tío no me había propuesto tal cosa, al menos de momento. ¿Tenía realmente la intención de reforzar el grupo?

Mamá vociferaba:

—¡Niégate! Si no…

Agitó un dedo que me amenazaba con no sé qué castigo, y concluyó, enarcando una ceja:

—¡No digas que no te lo advertí!

Me acerqué a ella para calmarla. Me rechazó, creyendo que trataba de engatusarla, y clamó:

—Caminar, viajar, cazar, pelear… ¡En sus condiciones! No, Noam, no está en condiciones…

Reprimí una sonrisa: A juzgar por los gritos que se oían por la noche, mi tío se portaba como un machote. Luché contra el impulso de replicarle a Mamá, precisando que era más bien ella la que no estaba en condiciones… de privarse de él.

Se dio cuenta de mi actitud socarrona y cambió de registro, tratando de explotar la vena sentimental:

—Compréndelo, Noam, lo he esperado toda la vida, vuelve, lo cuido, ¡y ahora va y se larga a la primera oportunidad brincando sobre

una pierna!

Una voz resonó detrás de ella:

—No me voy, Elena: protejo a mi sobrino.

Mamá frunció el ceño ante la gravedad del tono poderoso y profundo de Barak. Escucharlo bastaba para conmoverla. Girando hacia el coloso que se unía a nosotros, se esforzó en prolongar su rabia:

—¡Noam sabe defenderse muy bien!

—Yo también sé defenderlo muy bien. ¿Verdad, sobrino?

Barak, que demostraba hallarse en plena forma, como reflejaban la tez clara y los ojos brillantes, se había ataviado para la misión. Pertrechado de pieles y alforjas, se mantenía tan erguido, con tanto derroche de músculos y entusiasmo, que no se notaba que le faltase una pierna, reemplazada por la prótesis de asta de ciervo.

Con aquella manaza suya, rodeó el cuello de Elena, la atrajo suavemente hacia sí y los labios besuquearon su hombro.

—Elena, corazón mío, déjame querer a Noam. No solo me pirro por tu hijo, sino que lo quiero como hijo mío.

—¿Nuestro? —sugirió Elena, enamorada.

Se besaron con avidez, incapaces de reprimir sus efusiones en público.

Elena y Barak habían expresado lo que yo percibía vagamente desde hacía algún tiempo: a fuerza de imaginarse al niño que habrían soñado traer al mundo, me había convertido en su hijo. Habían borrado la paternidad de Pannoam.

Cuando terminó su abrazo, me dirigí a Barak:

—Gracias por escoltarme, tío.

Mamá dejó de refunfuñar y, aunque lánguida, miró a Barak con expresión de reproche.

—¿Entonces, yo no cuento en tus decisiones?

—Cuentas en mis acciones: no pararé hasta volver contigo.

Mi madre cloqueó de orgullo, disimulando su alegría bajo un lamento fingido, luego se volvió hacia mí.

—Protégelo, Noam, que ya no está para esos trotes.

—Ah, picarona, ¿preferirías un jovenzuelo? —preguntó, acariciándole la espalda.

No respondió, sedienta de sus caricias.

—Mamá, cuida de Noura, por favor. Está indispuesta.

—Por supuesto —exclamó Mamá.

—¿«Por supuesto», qué? ¿Por supuesto que la vas a cuidar? ¿O por supuesto que está indispuesta?

Mamá se rio entre dientes.

—Vale, por orden: por supuesto que está indispuesta y por supuesto que la cuidaré. Esa es la diferencia entre una mujer joven y una mujer madura, hijo mío: la joven cae enferma, la madura coge una rabieta, reserva sus fuerzas… Gracias a los años, protestamos sin jugar con nuestra salud.

*

Caminamos rasando los márgenes del lago.

El trazado del sendero recorrido por comerciantes, artesanos, incluso criadores de animales que llegaban a nuestro mercado había desaparecido, inundado en distintos tramos. Nos vimos obligados a desviarnos varias veces, pues el agua había penetrado mucho en la llanura; en cambio, las partes escarpadas y pedregosas sufrían menos la crecida.

Incluso a distancia de las orillas, la tierra, mojada, espesa, reluciente, entorpecía la marcha: o resbalábamos, o nos embarrábamos hasta las pantorrillas, o el calzado se llenaba de barro hasta el punto de no soportar ni su peso ni su humedad devastadora.

Vagamente oprimido, con el corazón en un puño, la garganta rasposa, no experimentaba la alegría del viajero, la llamada de lo desconocido que vigoriza, inunda los pulmones, prodiga una alegría que difumina los esfuerzos; arrastraba un cuerpo indolente, abatido, desganado.

Barak me dio unas palmaditas en el hombro. Su semblante era desalentador.

—Hay que ver, sobrino, dejar la aldea nos ha hecho polvo.

—Me siento como si me hubieran dado una paliza.

—Nuestra vida ahora está allí, con ellas.

Barak decía verdades como puños. Nuestro mundo había cambiado: ofrecía un centro —Elena en su caso, Noura en el mío— y su mortecina periferia nos deprimía. Alejarnos de él procuraba la abrumadora pena del exilio.

—Cuando amamos, dejamos de ser libres —suspiró Barak—. ¿Qué es mejor? ¿El amor o la libertad?

Recuperó la sonrisa respondiéndose a sí mismo:

—¡El amor, sin lugar a dudas! Yo, que he usado y abusado de la libertad durante años, estoy hasta la coronilla de ella. La libertad de hacerlo todo, pero ¿para qué? ¡La muestra del fracaso, la enfermedad del solitario, la discapacidad del perdedor, eso es la libertad! Ahora ya solo pienso en correr hacia Elena, en hacerla feliz, en que me regale con su presencia y su alegría.

—Cada día que pasa odio más a Pannoam. Al robarnos a Elena y a Noura, nos robó la felicidad. ¿Cómo fui tan estúpido para consentirlo?

—¿Y yo? —bramó Barak—. Mi hermano no poseía más que una superioridad: la de convencerme de la suya. Me tragué la idea de que me superaba, de que merecía más que yo.

—Yo también.

—Normal, el hijo atribuye espontáneamente todas las cualidades a su padre. Pero ¿yo? Incluso después de descubrir sus trapacerías y sus traiciones, su doblez me pareció una ventaja inigualable, una complejidad de la que yo, pobre tonto, no me beneficiaba. Tú reaccionaste a tiempo.

—Gracias a ti…

—Y a Noura. Ella vino a buscarte arriesgando su vida.

Me estremecí al recordar aquel episodio y deseé volver sobre mis pasos para estrechar a Noura cerca de mi corazón. Barak refrenó mi impulso.

—¿Qué pasa con el lago?

—Tibor lo ha visto en sus sueños. El lago crece y cubre las orillas brutalmente.

—¿Por qué?

—Tibor solo ha recibido imágenes y ruidos, ninguna explicación.

—¡Lástima! Si lo supiera, podríamos hacer algo en el lago.

—Tibor duda de la eficacia de las ofrendas y de las oraciones, tío. Y, francamente, yo también.

—Hum…

Barak apretó sus amuletos en un acto reflejo.

La expedición transcurría sin contratiempos, pese a la dificultad de avanzar por aquel terreno blando. Poco a poco, el hechizo de la marcha se fue llevando consigo la pena, las preocupaciones, el sentimiento de desarraigo. Ahora que había cedido a aquel destierro provisional, saboreaba las bellezas de nuestro paisaje modificado. A veces, el lago se extendía ampliamente y creaba, al nivel de los cañaverales, una franja pantanosa; los patos, adoptando las gramíneas como juncos, chapoteaban allí, parpaban y emprendían el vuelo con las patas colgantes. A veces, el lago asediaba las riberas rocosas, y las cabras salvajes, brincando de piedra en piedra y de montículo en montículo, parecían centinelas protegiendo sus murallas.

Por la noche encendimos un fuego para asar la carne y repeler a los depredadores; nos dormimos al unísono con el sol.

El segundo día, después de cruzar un arroyo que brotaba del bosque, Barak bajó la marcha.

—¿La pierna? —murmuré, preocupado.

Me tranquilizó negando con la cabeza.

—Muchacho, tendrás que seguir sin mí.

—¿Cómo?

Barak se frotó los codos avergonzado y ese movimiento hinchó sus enormes músculos —a menudo me sorprendía de que, con semejantes bíceps, lograse doblar los brazos.

—Este arroyo conduce a la Caverna de las Cazadoras. Voy allí.

Lo miré pasmado. Precisó:

—He venido contigo también para eso.

Grité horrorizado:

—¡Barak!

El coloso reculó hacia atrás, indignado por mi indignación.

—Pero ¿qué te imaginas, sinvergüenza?

—No imagino nada: lo sé.

—¿El qué?

—Sé lo que te traes con la Caverna de las Cazadoras.

Barak se golpeó la frente, reprimió las ganas de explotar y luego me observó de pies a cabeza, con una mirada que me envolvió en desprecio.

—¡Qué criatura tan mezquina y abominable! ¡Garduña apestosa! ¡Serás retorcido y malpensado! ¡No voy a fornicar a la Caverna de las Cazadoras, voy a despedirme!

—¿A despedirte? —murmuré, escéptico.

—¡Sí, a despedirme! Pasé momentos maravillosos allí, quiero agradecérselos a las Cazadoras.

—Hum…, sobre todo a Malatantra.

—A Malatantra la primera, por supuesto.

Al ver la mueca que esbocé, Barak afirmó contundente:

—Malatantra vende sus encantos a los hombres, vale, pero es persona sensible y se alegrará de saber que estoy vivo y de que he encontrado mi amor de juventud.

—Sinceramente, Barak, ¿estás seguro de que podrás resistirte a la seducción de Malatantra?

Consultó a las nubes, pensativo.

—No.

Me miró y me sonrió, añadiendo:

—Considerando el riesgo, tomé precauciones.

—¿Qué? ¿Dejaste tus criadillas en el poblado?

Se echó a reír.

—¡Excelente idea! Eso les encantaría a nuestras mujeres… Imagínate, sobrino, un tarro de criadillas en el que pudiesen encerrarlas cuando nos fuésemos.

Estalló en carcajadas, sacudiendo la melena.

—Tomé precauciones con Malatantra: no le llevo nada. Ni jabalí, ni ciervo, ni liebre. Ni un triste ratoncillo. Tiene su orgullo, lo entenderá.

Sonreí a mi vez.

—Perdona, Barak. Disculpa mi desconfianza.

—¡Qué ignominia! Casi me pareció estar oyendo a tu padre.

Acepté la crítica y dirigí una señal al grupo, que, en avanzadilla, se sorprendía de que remoloneásemos.

En el momento en que Barak se dirigía hacia su nuevo destino, me susurró al oído:

—¿Algún mensaje que transmitir?

—¿Yo? Ninguno.

—¿A nadie?

—No…

Me miró contrariado.

—Noam, vuelves a recordarme a tu padre: se olvidaba de todo lo que le molestaba.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tita.

El nombre me perturbó, la vergüenza me dejó anonadado. La salvaje y soberbia Tita, la Cazadora de mis ardientes noches. ¡La había olvidado! De repente, los recuerdos afluyeron como un torrente desbordado.

—Tita… —repetí como un eco.

La llegada de Noura a mi vida había eliminado a Tita. Frente a mi tío, me di cuenta de que había existido, de que seguía existiendo, de que mi amnesia y mi indiferencia la denigraban. La había arrinconado desde hacía tantos meses…

Barak probaba lo mucho que me parecía a Pannoam revelando este defecto: servirse de la gente y luego deshacerse de ella.

Tartamudeé:

—Dile…, dile…

—¿Sí?

—Que volví al poblado y me casé. Que me vi obligado a hacerlo.

—¿A casarte? ¡Anda que…! Ya improvisaré yo cuando me vea allí.

—Confío en ti, Barak. No conozco un bruto más delicado que tú.

Me dio un fuerte abrazo. En el momento en que se alejaba, le grité:

—¿Cómo hacemos, Barak? ¿Te recojo dentro de veinte días?

Se sobresaltó, aterrorizado.

—¿Estás loco? Doy un rodeo por la Caverna y te alcanzo en la Brecha de los Dioses. ¡Qué peligro, sobrino! Si me demorase varios días y varias noches, me veo cazando de nuevo para Malatantra.

Acto seguido, se hundió en el tupido espesor del bosque.

A medida que nos aproximábamos a la Brecha de los Dioses menudearon las embarcaciones y sus tripulantes. Pescaban en el espejo plácido, puro y pleno de cielo.

Los pájaros lanzaban sus trinos. Sus ecos rebotaban, más ondulantes, más fluidos que las olas.

Aquellas canoas hechas a partir de troncos vaciados no se limitaban a costear las orillas, sino que se aventuraban hasta el centro del lago. Su intrepidez me sorprendió enormemente. Hasta entonces solo había visto embarcaciones desplazadas con una pértiga, que el pescador hundía hasta el fondo del agua, y sobre la que tiraba o empujaba; descubrí los zaguales, esos remos de extremo plano, que descansaban en la superficie y permitían llegar a zonas profundas. Aquella innovación me produjo vértigo. Intuí que, gracias a aquel avance, se abría un horizonte para los viajes[19].

Al fin distinguimos la aldea, precedida de múltiples brechas debido a la tala de árboles que sus habitantes utilizaban para fabricar sus esquifes. Saludamos a los grupos que cortaban las coníferas y, cuando un leñador calvo me preguntó qué buscábamos, le dije que, como jefe de una gran aldea a diez días de camino, necesitaba de sus conocimientos.

El calvo nos condujo hasta su jefe, Vlaam, un pelirrojo de barba dorada de unos treinta años, robusto, de frente corta, que nos recibió en el taller en el que vaciaba pinos con sus hijos. En medio de un olor cálido, acre, picante y resinoso, unos horadaban la cavidad con la ayuda de sílex y otros remataban el trabajo aplicándole brasas. En el suelo jugueteaban unos cachorros, revolcándose en las virutas y el serrín amarillo[20].

Después de las presentaciones, justifiqué mi llegada.

—Necesitamos casas flotantes.

Vlaam me miró con incredulidad.

—¿Casas flotantes? Nunca he oído hablar de eso… ¿Por qué?

—Por si sube el Lago.

—Construid vuestros refugios más arriba de la orilla.

—¿Y si el Lago subiese más?

Mi pregunta, puramente lógica, lo desconcertó. Se frotó las sienes, escrutó la orilla y volvió a centrar su atención en mí.

—¿Por qué iba a atacarnos el Lago?

—Nadie adivina lo que quiere el Lago.

—Cierto…

—Ahora mismo se extiende —concluí, absteniéndome de contarle

los sueños de Tibor, tal como me había exigido el curandero.

Vlaam se volvió hacia sus hijos.

—¡Casas flotantes! ¿Sabéis cómo construir eso?

Rompieron a reír a carcajadas.

Insistí imperturbable:

—Las gentes del Lago dicen que practicáis las mejores técnicas. Si hay alguien capaz de fabricar la primera casa flotante, sois vosotros.

Vlaam aceptó con gusto el cumplido. Sospeché, por sus modales, su acento, sus frases elementales, que aquellos rudos artesanos habían desarrollado una sola habilidad, la carpintería, que constituía todo su orgullo.

Vlaam paseó entre sus hijos y repitió pensativo:

—Una casa flotante…

—¡Una armadía con paredes! —exclamó el hijo mayor.

—Una base de armadía, desde luego. Pero solo con troncos atados no tendría estabilidad. Harían falta flotadores.

—¿Odres? —gritó el segundo.

—¿Ánforas? —sugirió otro.

Vlaam asintió. Siguió reflexionando:

—Un contorno bordeándolo para impedir la invasión de las olas cuando se alboroten.

—¿Tablones?

—Pesan.

—¿Una empalizada?

—Más bien bordos cosidos —recomendó Vlaam—. Livianos.

Oyendo brotar aquella cascada de ideas, comprobé que el clan hacía honor a su reputación.

—Te felicito, Vlaam, has resuelto las dificultades. ¿Trato hecho?

Vlaam estaba a punto de estrechar la mano que le tendía, pero abortó el gesto, tomándose su tiempo para sentarse, beber, limpiarse la boca y la barba y preguntar:

—¿Qué nos propones?

—Nuestro pueblo tiene el mercado más grande del Lago. Cambiaré tus trabajos por alimentos, animales, cereales, pieles, telas y vasijas de barro.

Los ojos de Vlaam brillaron interesados, luego se empañaron.

—Si tu poblado está a diez días del nuestro, ¿cómo vais a hacer?

—Te proveeré cada semana. Con antelación.

—No me has entendido, Noam: ¿cómo te llevarás las casas flotantes?

Me quedé sin habla, no había pensado en ello.

—¿Tú… no me las entregarías?

—¡No!

—Enviaré a mis hombres.

—¡Estás de broma! Lo que yo no puedo hacer, tus hombres tampoco. Pesarán demasiado para ser transportadas. Imagina la cantidad de troncos…

—Ah, claro…

—Tampoco viajarán por las aguas. Ni siquiera lentamente.

—¿Por qué?

—Imposible darles la forma de una canoa, para que rompa las olas. De todas formas, los zaguales carecerían de potencia. Las casas flotantes irían a la deriva…

Reaccioné de inmediato, impulsivamente:

—Entonces, ¡ven a construirlas a nuestra aldea, Vlaam!

Vlaam y sus hijos me miraron incrédulos.

—¿Marchar de aquí?

—Durante la construcción.

Vlaam se alzó de hombros.

—¡Jamás!

Dando media vuelta, consideró zanjada la discusión y reanudó el lijado del barco que estaba terminando. Uno de sus hijos se acercó a él.

—Padre, recuerda lo que dijo Derek.

Vlaam lo fulminó con la mirada.

—¿A qué se refiere?

—Derek anunció que pronto…

—¡Cállate!

—Padre, las profecías de Derek…

—¡Basta de cháchara! Todos a trabajar.

Y, dirigiéndose a mí, me ordenó tajante:

—Tú y los tuyos descansáis esta noche en el claro de las frambuesas. Coged leña para el fuego. Nuestras mujeres os servirán de beber. Y mañana os vais.

Me reuní con mis compañeros sin mencionar mi fracaso. En realidad, abrigaba la esperanza de reanudar la partida; aunque el resultado de la entrevista no hubiese sido óptimo, había vislumbrado una vacilación en Vlaam cuando su hijo había mencionado a Derek.

Por las aguadoras, me enteré de que en el poblado había dos cabecillas: Vlaam, descendiente de Azrial, el jefe anterior, y Derek, su medio hermano. El primero gobernaba oficialmente la aldea, el segundo oficiosamente. Vlaam ostentaba la autoridad legítima, la fuerza y el talento; Derek ejercía su influencia sobre las mentes.

Cuanto más me lo describían, más me intrigaba el tal Derek. Pese a

su bastardía —su madre, esposa del jefe hereditario, había concebido a Derek con un desconocido—, había logrado imponerse a su medio hermano Vlaam, así como a la comunidad. Le llamaban «Derek, el hombre de las manos misteriosas» porque siempre usaba manoplas. Su madre le había cubierto los dedos al empezar a amamantarlo y nunca permitió que se le viese de otro modo. En la actualidad, cambiaba de manoplas con frecuencia (de cuero, de piel o de tela) pero nunca se separaba de ellas. Aun siendo una rareza, era algo anecdótico comparado con su característica principal: Derek hablaba con los Dioses. Su dominio sobre los lugareños residía en ese don excepcional. Inspirado, inspirador, guiaba las almas del lugar.

Como yo expresase vivos deseos de conocerlo, las aguadoras me informaron de que, desde hacía una luna, se hallaba en la montaña para interpelar a los Dioses.

Las mujeres me explicaron que el lugar se llamaba la Brecha de los Dioses porque varias veces al año los Dioses que ocupaban las nieves descendían a lo largo del río hasta llegar al Lago.

—¿Qué hacen en el Lago?

—Desaparecen allí.

Los Dioses pasaban por aquí generación tras generación. Los aldeanos, favorecidos, honrados, se enorgullecían de sus visitas.

—¿Habláis con ellos?

—Nos postramos. Y ellos pasan.

—¿Y pasan sin decir nada?

—Ni una palabra. Es muy emocionante.

En ese momento, la llamada de un cuerno de uro resonó a lo lejos. Otro cuerno de pastor, muy cerca, prolongó el sonido entubado.

Las dos comadres se estremecieron. Se miraron una a otra, estupefactas, luego se giraron hacia mí locas de contento.

—¡Viene un Dios!

—¡Podrás admirarlo!

Las comadres eran un manojo de nervios. En los alrededores, hombres, mujeres y niños salían de sus moradas o de los talleres.

Las mujeres me instaron a que las siguiera. Los habitantes del poblado, sin excepción, se dirigieron hacia un prado bordeado por un rápido arroyo y se arrodillaron en la hierba. Los imité.

Postrados, respetuosamente inmóviles, levantaban el cuello lo suficiente para observar lo que sucedía ante ellos.

De repente, un cuerno estridente trompeteó un himno triunfal. Los lugareños suspiraron, apretando sus talismanes, sus amuletos y sus tótems.

—Ese es el Dios —susurró una de las chismosas.

Miré fijamente al río.

Una vasta embarcación entró en su lecho. Brillaba con llamativos colores, amarillo, ocre, bermellón, rojo, adornada con profusión de extrañas flores trenzadas en guirnaldas o en coronas, blancas, moradas, malvas. La aparición, soberbia, majestuosa, causó estupefacción entre los presentes.

No discernimos al Dios, pero percibimos que estaba tendido en la barca, bocarriba, con la cabeza hacia el río. Silencioso, sereno, se dejó deslizar por el impetuoso torrente.

Los lugareños salmodiaron sus preces.

La exótica embarcación se internó a través de la arboleda a toda velocidad y llegó al lago. Allí, curiosamente, no redujo la velocidad y se hundió en el horizonte.

Los aldeanos entonaron entonces cánticos entusiastas. Sus voces llenaban el paisaje, sinceras, felices, agradecidas, fortalecidas por la fe.

Tan pronto como se extinguieron los gritos de júbilo, pregunté a las aguadoras:

—¿Os acercáis a los Dioses?

—No lo toleran. Avanzan muy rápido. ¿Te has fijado en las flores? Son tan hermosas como desconocidas. Son las flores de la Ciudad de los Dioses.

—¿Los Dioses se levantan para miraros, para saludaros?

Se rieron, tildándome de necio.

—¿Crees que somos tan importantes?

Aprobé su reacción. Me picaba la curiosidad e hice otra pregunta:

—¿Ha estado alguien allá arriba? ¿En la Ciudad de los Dioses?

—Nadie salvo Derek.

—¿Ah, sí?

—Tiene acceso. Vuelve cargado de mensajes. Gracias a él, prosperamos en paz.

Estaba fuera de toda duda que debía conocer a ese hombre.

Envidiaba el privilegio de aquel poblado al recibir la visita de los Dioses y me dormí reflexionando sobre los espacios inalcanzables, la Ciudad de los Dioses y el Centro del Lago. ¿Habría rutas clandestinas que unían ambos territorios? ¿Un corredor subterráneo permitía a los Dioses subir a la cima de la montaña? Sin lugar a dudas, el Reino de Abajo tenía que comunicarse con el Reino de Arriba.

Al día siguiente, decidido a esperar a Derek, pretexté un dolor de piernas para retrasar nuestra partida. Puesto que Derek consultaba a los Dioses, quizás sabía lo que tramaba el Lago. Con un poco de suerte, me daría la información que completaría los sueños de Tibor. Llegado el caso, adoptaría una opinión diferente a la de su medio

hermano Vlaam…

Al final de la mañana, volví al río, so pretexto de calmar las piernas doloridas con un baño saludable.

La Naturaleza nunca se calla. El torrente rugía, las ramas crujían por encima de las altas y temblorosas hierbas mientras las currucas grisáceas gorjeaban, los arrendajos graznaban en el lindero y las alas de las palomas tableteaban al posarse. En resumen, todo susurraba, chirriaba, se bamboleaba, parpaba. Sentado en la orilla, sumergí los tobillos en el agua helada.

Entonces escuché un pájaro fantástico. Del follaje oscuro llegaba un sonido luminoso, lisonjero y carnoso, cuyos gorgoritos y arrullos dibujaban sinuosas volutas sobre el azul celeste. A veces, el canto alcanzaba el agudo, áureo, afilado, estilizándose hasta el silbido; otras, descendía, se emplumaba, adquiría nueva coloratura, siempre de forma sutil y encantadora. Nunca había oído a un animal manifestar un canto tan continuo, y aquellas cascadas de notas, ricas e ingeniosas superaban en variedad a las de un ruiseñor.

Deseoso de descubrir cómo era el extraño pájaro de trinos desconocidos, salí del arroyo. Con cuidado para no asustarlo, penetré en la arboleda.

El sol se difractaba en rayos oblicuos donde revoloteaban miles de mosquitos.

El canto perseveraba, exaltado, impaciente, embriagado de sí mismo. Me hechizaba. Tanto sus dulzuras como sus arrebatos me conmovían profundamente. A medida que avanzaba entre los troncos, inspeccionaba las ramas guarnecidas de agujas para identificarlo. Lamentablemente, el pájaro permanecía invisible.

El canto se alejó y yo lo seguí. En aquel vallejo la vegetación cambiaba; compuesta de arbustos salvajes, ásperos, apretados, donde el espino blanco me laceraba los muslos y me mordía las tibias. Esforzándome por no hacer ruido —además de los rasguños, las piedras desollaban mis pies descalzos—, me acerqué al misterioso pájaro, ahora al borde del estrangulamiento con sus gorgoritos.

En vano mis ojos escudriñaron el follaje. Fue al bajar la cabeza cuando vislumbré una forma humana apoyada contra una roca.

El tierno gorjeo provenía de ella.

No daba crédito a lo que estaba viendo. La voz no me parecía ni la de un hombre ni la de una mujer y, sin embargo, aquel inmenso cuerpo ataviado de múltiples pieles, de cabellos ralos y lacios, emitía la melopea que me subyugaba.

El individuo me vio. Interrumpió su canto y se irguió con la inquietud reflejada en el semblante.

Avergonzado, lo tranquilicé:

—Hola, soy Noam, jefe de una aldea vecina. Lamento haberte molestado. Tomé tu canto por el de un pájaro.

Se encogió de hombros.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó, suspicaz.

—He venido a encargar un trabajo a los carpinteros.

—¿Ah, sí? ¿Qué trabajo?

—Construir casas flotantes.

Me miró con frialdad, dudando haber entendido.

—¿Casas…?

—Casas flotantes.

Refunfuñaba cuando aparecieron las dos chismosas, que exclamaron:

—¡Derek! Hemos oído tu voz. ¿Cómo estás? ¿Vuelves con un mensaje de los Dioses?

El aludido asintió con gravedad. Las dos mujeres recibieron la respuesta con solemnidad, luego me señalaron.

—Te presentamos a Noam, hijo del prestigioso Pannoam.

Al oír estas palabras, Derek se estremeció y me prestó una atención diferente, más grata, y también más intrigada.

—¿Conocías a mi padre? —le pregunté.

Me sostuvo la mirada.

—El nombre me suena.

Conociendo la gloriosa reputación de Pannoam entre los pueblos del Lago, no me sorprendió demasiado. Sigilosamente, mientras las aguadoras parloteaban, me fijé en sus manos cubiertas con manoplas de nutria. Derek, el hombre de las manos misteriosas… ¿A santo de qué esa precaución? ¿Sufría alguna tara? ¿Ocultaba a nuestra mirada costras, manchas, deformaciones que nos habrían molestado?

Me percaté de que, en ese momento, él también me miraba los dedos.

Se rehízo y se volvió casi cordial.

—Volvamos juntos a la aldea y me explicas lo que deseas.

Escoltados por las aguadoras, cruzamos el bosque, el río y luego el prado. Durante el trayecto, se limitó a mantener una conversación banal, soportando con resignación el parloteo de aquellas dos charlatanas, un mal necesario antes de que nos quedásemos solos.

Aproveché aquellos momentos para observarlo mejor.

Muy alto, Derek daba sobre todo la impresión de ser largo. Poco musculoso, el torso encaramado sobre unas piernas huesudas, dotado de hombros estrechos y codos salientes, había crecido en altura más que en anchura, como si lo hubieran estirado. Sorprendía. Lo que se

distinguía de las pantorrillas, los brazos y el pecho carecía de pelo; por encima de una frente amplia y prominente, el cabello castaño, poblado, abundante, aunque sin vigor, caía suavemente sobre su piel rosada, fina, satinada, casi a punto de verse marchita. Aun cuando de su figura enjuta se desprendiese una nobleza vivaracha, el rostro mostraba mezquindad. Los ojillos castaños, demasiado juntos, escrutaban el caballete de la nariz antes de abrirse al mundo, mientras la boca, seca, de labios retraídos, traducía una frustración. La falta de vellosidad en la barbilla o en las mejillas me impedía determinar claramente su edad, y aquella excepcional ausencia de vello constituía una máscara que ocultaba mejor que una barba poblada. Su voz, en cambio, desplegaba, incluso cuando hablaba, una potencia extraordinaria, melosa, suave, timbrada, enriqueciéndose de una resonancia afrutada. A la menor palabra, atraía, suspendía el tiempo, embrujaba. Desgraciadamente, era el único elemento agradable de Derek.

Me hacía sentir incómodo, tal vez porque él parecía incómodo consigo mismo, casi avergonzado…

En el camino, noté, por todas las comadres y chismosas que levantaban la cabeza a nuestro paso, que la singularidad de Derek seducía a las mujeres. Le profesaban tal respeto impregnado de temor y admiración que se palpaba en el aire la fascinación que despertaba.

Una vez en su casa, nos sentamos en sendos taburetes, me sirvió un delicioso vino de frambuesa y luego me escuchó. Le conté mi reciente ascenso al poder, la riqueza de nuestra aldea, las amenazas reveladas en los sueños de nuestro curandero Tibor, quien pensaba que corríamos peligro por vivir en la orilla.

—¿Por qué no os instaláis tierra adentro?

—Somos un pueblo del Lago, no conocemos esos lugares. En fin, Tibor asegura que no serviría de nada.

Asintió y entrecerró los ojos. Mencioné por último mi idea de las casas flotantes, mi irrupción en su poblado y la negativa de Vlaam. Cuando finalicé mi relato, Derek se puso de pie y me hizo una reverencia.

—Saludo al hombre que anunciaban los Dioses.

—¿Cómo?

—Allá arriba me advirtieron de que sobrevendrían graves catástrofes.

—¿Dónde?

—En torno al lago.

—Ah, ¿te lo han confiado?

—Desde hace tiempo. Esta vez, no contrarrestaremos el peligro con

ofrendas. La maldición ya no depende de los Dioses: ¡el Lago se desborda de rabia!

Encajé su declaración como un puñetazo en el estómago. ¡Su información y la de Tibor coincidían! Continuó:

—Me prometieron que vendría un hombre que salvaría el poblado desplazándolo. Tú eres ese hombre, Noam.

Se inclinó de nuevo.

—Doy la bienvenida al enviado de los Dioses.

El giro de la conversación me desconcertó.

—¿Enviado de los Dioses? ¿Yo? ¡En absoluto! Te aseguro que ninguno de ellos, ni en el sueño ni en la realidad…

—¿Acaso los Dioses no se han puesto en contacto con Tibor? ¿Y Tibor no te ha enviado aquí?

—En efecto…

—¿Los Dioses no me han advertido?

—Sí, claro, pero a mí los Dioses nunca me han…

—¡Eso es lo de menos! No juzgues la forma en que los Dioses intervienen en nuestros asuntos. A mí también me asignaron un papel: que los lugareños decidan unirse a ti. Siguiendo la estrategia de los Dioses, cumpliremos nuestro destino.

—Pero…

—Mi destino es salvar a mi pueblo. El tuyo, salvar a los hombres.

Las afirmaciones de Derek me dejaron atónito. Aquella frente severa, aquellos ojos duros, irradiaban tal convicción que enmudecí. ¡Que los Dioses pensasen en mí, que contasen conmigo, superaba mi limitada inteligencia!

*

Derek desplegó una prodigiosa energía. ¿Quién, en nuestra aldea, se habría arriesgado a hacer lo mismo? En unos días, convenció a las familias para que abandonasen el territorio que habían ocupado durante generaciones y se viniesen con nosotros.

No ahorraba esfuerzos, no perdonaba a nadie: a los que refunfuñaban y se resistían, les predecía lo peor; a quienes esperaban un desarraigo temporal, les aseguraba lo contrario. Tronaba:

—La Brecha de los Dioses está condenada. Muy pronto los Dioses no volverán.

—¿Por qué? ¿Qué hemos hecho mal?

—A los Dioses, nada. Gracias a eso intentan protegeros y, a través de mí, os aconsejan huir. Debemos seguir a Noam.

—¿Por qué?

—Porque este lugar va a desaparecer. El Lago está furioso. Sus aguas subirán y nos sumergirán.

Derek se comportaba al contrario de como lo hacía yo. En lugar de reconfortar, inquietaba. Peor aún, aterrorizaba. Con los ojos enrojecidos, los labios convulsos, escupía descripciones apocalípticas del futuro. Cada detalle de sus predicciones desquiciaba: olas gigantes, criaturas ahogadas, niños arrastrados como cáscaras de nuez, madres aniquiladas por la furia de las aguas, hombres refugiándose en los tejados o en las copas de los árboles hasta que el torbellino fangoso los engullía a su vez, remolinos efervescentes, corrientes sembradas de cadáveres de animales, de humanos, de antepasados difuntos arrancados de sus tumbas, hedores, pestilencias, tempestades, tinieblas, muerte.

Durante sus discursos, Derek temblaba, sudaba, se ponía amarillo, balbucía, gritaba, jadeaba, sacudido por la violencia de las trágicas escenas que su vaticinio transmitía. Sus profecías estaban cargadas de autenticidad y las virtudes hipnóticas de su voz acababan por precipitar al auditorio a un vértigo delirante.

Tibor, el de los rasgos nobles, discreción y discernimiento reflexivo, nunca habría penetrado así en las almas y en los corazones. Ni yo, que había elegido tragarme la angustia en lugar de propagarla.

Barak se unió a nosotros a tiempo de asistir a las arengas de Derek. No tenían nada en común, uno tan viril, el otro revestido de caracteres femeninos, pero el orador transportó a mi tío.

—¡Me encanta! —exclamaba alegremente al final de las prédicas, mientras los presentes lloraban aterrorizados.

—¡Barak! —me indigné—. ¡Cree en lo que dice, la gente lo cree, hasta yo lo creo!

—Yo también, sobrino, yo también… ¡Lo saboreo! ¡Lo disfruto! ¡Ah, qué espectáculo!

Barak había vuelto aliviado de su breve estancia en la Caverna de las Cazadoras. Con gran elegancia, Malatantra le había deseado la felicidad de su pareja.

—Ni siquiera se me insinuó. ¡Menos mal, porque así no tuve que luchar contra la tentación!

—De todos modos, no le habías llevado nada.

Se puso colorado.

—De camino, maté una cierva.

—¡Barak!

—¡La costumbre! No me gusta aparecer en casa de una dama con las manos vacías.

—Malatantra no es una dama.

—¡Me lo vas a decir a mí, sobrino! Es una dama, una auténtica dama… Eso lo recuerdo perfectamente.

Día a día, Derek iba ganando adeptos a nuestra causa.

Me inspiraba sentimientos encontrados. Aun cuando admiraba su eficiencia, su verbo, la magia de su voz, ciertos aspectos me perturbaban: la facilidad con la que se recuperaba de sus trances predictivos, el poco tiempo que tardaba, una vez en mi compañía, en mostrarse jovial y beber vino con o sin sed. En esos momentos, ya no estaba ante un responsable alarmado, un vidente investido, un profeta devorado por la ansiedad, sino con un vividor feliz y despreocupado, satisfecho de sí mismo. En ocasiones me daba la impresión de que obtenía placer escandalizando, aterrorizando, arrancando un consentimiento, de que incluso se divertía manipulando a la aldea.

Me asustaba tanto su falta de escrúpulos como sus siniestros anuncios: en función de los interlocutores modificaba las palabras iniciales de los Dioses; carente de moderación, transformaba sus frases y alteraba su discurso según quien lo escuchara, dispensando predicciones individualizadas.

Cuando se lo señalé, replicó con desdén:

—Los Dioses me han ordenado persuadir. ¿Prefieres que fracase?

—Cuando citas a los Dioses, comprometes tu responsabilidad, la suya…

—Yo no miento.

—Sin embargo…

—¡Yo no miento! Transmito la verdad.

Sin ningún género de dudas, no tergiversaba sus recuerdos más que por una buena causa… Decidí aceptar que impusiese la verdad por medio de la mentira.

*

Al inicio de la luna, Vlaam me convocó en su casa por la noche.

—Nuestra comunidad está lista, Noam. Hemos pasado el día embalando nuestros útiles, llenando nuestras bolsas, abarrotando nuestros cestos con lo esencial. ¿Me aseguras que nos recibirás bien?

—Te lo juro.

—Derek ha hecho cambiar de opinión a todo el mundo.

—Desde luego. Te admiro, Vlaam, por dirigir la aldea con otro a tu lado; esa forma de compartir el poder suele generar más problemas de los que resuelve.

—Como si tuviese elección —suspiró, frotándose los muslos, molido por los preparativos.

Me sirvió de beber y se dejó caer sobre un trípode, con las piernas separadas y la espalda apoyada contra una viga. Espiró el aire con fuerza.

—Yo tendré el poder, pero Derek tiene la autoridad. Influye en los habitantes.

—Afortunadamente, es tu hermano.

—Medio hermano.

—Das prueba de indulgencia, tratándose de un bastardo.

Vlaam palideció, vaciló, escudriñó la penumbra que nos rodeaba y luego susurró:

—Ni se te ocurra volver a pronunciar esa palabra.

—¿«Bastardo»?

Se le descompuso el semblante:

—¡Silencio! Todos los que le llamaron eso a Derek lo lamentaron. Bueno, si les dio tiempo… ¡Mi padre el primero!

—¿Cómo?

—Un día, cuando Derek tenía quince años, mi padre, Azrial, que pese a todo lo trataba bien, se burló de su voz delante de mi madre: «¿Con quién has hecho a este bastardo? ¿Con un cuclillo?». Murió al cabo de una semana. Fiebres, temblores, ahogos. Los Dioses lo habían castigado. La cosa se repitió con una anciana del pueblo que había insultado a Derek. Poco después, un niño que había inventado una cantinela maliciosa con esa palabra. ¡Tres muertos! A partir de ahí, desterramos la palabra de nuestras bocas. Derek goza de la protección de los Dioses: no solo hablan con él, lo defienden.

Vlaam bebió un trago y me confesó con el corazón en la mano:

—Me voy con mi pueblo, pero no lo precedo: lo sigo.

—¿Cómo? ¿No te vas convencido?

—Me voy porque soy el último que no lo está. A veces, el jefe obedece a los que pretende gobernar. He decidido seguir a mis hijos en el camino del exilio.

Por la mañana, treinta hombres, mujeres y niños, cargados con sus fardos a la espalda o en la mano, abandonaban la tierra donde habían nacido, dispuestos a no volver jamás. Muchos sollozaban.

Barak se acercó y me dijo:

—Contento de volver a casa. Me muero por ver a Elena.

—¡Y yo a Noura!

Se rio y me miró de arriba abajo.

—¿No me vas a preguntar por ella?

Barak abordaba el tema que yo había evitado desde su regreso. Tragué saliva y respondí con arrogancia:

—Por supuesto. ¿Cómo está Tita?

Había hecho la pregunta maquinalmente, solo para complacer a Barak. Respondió con tono mesurado:

—Está encinta.

—¿Tita?

—Encinta de ti.

Delante de nosotros, a la llamada de Vlaam, el grupo se puso en marcha.

*

Los más jóvenes y los más viejos protestaban; el peso de la rutina era un lastre mayor sobre ellos que sobre los adultos maduros, que esperaban reconstruir sus vidas. Los ancianos caminaban a trompicones; quejumbrosos, entre sollozos y suspiros lastimeros, espantados por una pendiente que había que subir, abatidos ante la idea de rodear los desprendimientos. Los niños, contagiados por la cara de pocos amigos de sus padres, permeables a las preocupaciones que envenenaban el ambiente, sufrían lo trágico de la situación más de lo que imaginaban y no paraban de lloriquear.

Nuestra cohorte no se parecía a los grupos que transitaban por la Naturaleza. Cuando los Cazadores cambiaban de lugar después de haber agotado los recursos de un territorio, manifestaban una alegría contagiosa; vivos, decididos, atraídos por el nuevo destino, corrían hacia algo mejor. No abandonaban, se reunían para conquistar otro lugar.

A mi alrededor, en cambio, solo veía muecas y nostalgia. Ninguno de aquellos aldeanos había expresado el deseo de vivir en ningún lugar que no fuese el suyo; todos se mudaban obligados. El migrante es el que no quiere partir[21].

En los habitantes de la Brecha de los Dioses, el deseo de detenerse prevalecía sobre el deseo de avanzar. Pese al talento de Derek, la amenaza era abstracta: les habían asegurado la existencia del peligro, pero era imperceptible para los sentidos. Si estuviesen huyendo de un desastre real, habrían corrido. Sin embargo, huían de un desastre futuro y, por así decirlo, remoloneaban.

—Creo que tardaremos el doble de días en llegar a mi aldea.

Barak y Derek confraternizaban. Mientras muchos hombres manifestaban una desconfianza instintiva hacia el protegido de los Dioses, a Barak le encantaba discutir, bromear, a veces incluso cantar con él a lo largo del camino, acoplando su voz socarrona a los etéreos gorgoritos que emitía el encantador gaznate.

Por la noche, Barak hacía fuego aparte y nos invitaba a Derek y a

mí. Sacaba los odres de vino del trueque con las Cazadoras y se entregaba a la bebida secundado por Derek.

Una vez, después de varios tragos, se inclinó hacia Derek exclamando:

—¡Las mujeres se pirran por ti!

—¿Por mí? —murmuró suavemente Derek.

—Muchas, de todas las edades, se darían un buen revolcón contigo entre los arbustos. ¿No piensas casarte?

—Preferiría no hacerlo.

Barak, estupefacto, meditó un instante aquella respuesta. Luego repitió:

—¿Preferirías no hacerlo?

Con toda la calma del mundo, rayana en la indiferencia, Derek pronunció de nuevo con desgana:

—Preferiría no hacerlo.

Barak me dirigió una mirada de impotencia, que significaba: «No lo pillo. ¿Y tú?». Con una mueca evasiva, confesé mi desconcierto.

Cuanto más lo tratábamos, menos lo entendíamos. Mi primera impresión se confirmaba: Derek, el de las manos misteriosas, escapaba al común de los mortales. De acuerdo con su físico fuera de lo común, entre macho, hembra y pájaro, su intención no era comportarse de forma corriente. ¿Una esposa, un hogar, una familia? No le quitaban el sueño. ¿Un oficio? Todavía menos. Se limitaba a existir, extraño, diferente, único. Con razón había sido elegido por los Dioses.

«Preferiría no hacerlo.» ¿Se podía resumir mejor su misterio? «Preferiría» revelaba un apetito, mientras que «no» lo reducía a nada. En lugar de desvelar a su autor, aquella frase lo ocultaba.

En cuanto a mí, dormía fatal por la noche y durante el día daba vueltas machaconamente a mis dolorosos pensamientos. Tita esperaba un hijo que habíamos hecho durante nuestros encuentros… Cualquier otro se habría jactado de lograr un vástago de aquella mujer escultural, poderosa, valiente, cuya sangre, mezclada con la mía, produciría un ser robusto, sano. Yo mismo me habría pavoneado unas lunas antes. Pero ahora Noura, de vuelta en mi vida, se había convertido en mi mujer y la adoraba.

Una noche, aprovechando la ausencia de Derek, que levantaba la moral de los mayores, Barak me miró con una sonrisa burlona mientras alimentaba las llamas con ramas secas.

—¿Has olvidado lo que te dije, sobrino? ¿Ya has hecho trizas el recuerdo que te incomoda? ¿Has vaciado de tu pasado lo que despierta remordimientos o pesadumbre, oh, digno hijo de Pannoam?

Adiviné que entre bromas y veras me hablaba de Tita. No soslayé la

conversación:

—No, pienso en ello sin parar. Tita…, Noura…, el niño… ¿Qué me aconsejas?

Se echó a reír.

—¿Yo? ¿Me pides consejo a mí?

—Eres el hombre que más quiero en el mundo, Barak.

Rojo de orgullo, farfulló azorado:

—¡Lo mismo digo, sobrino!

Se aclaró la garganta, precisando:

—Le estás pidiendo consejo a un idiota que arruinó su vida amorosa.

—Eso era antes. Ahora…

—Tienes razón, lo arreglé en el último momento.

—¿Qué me recomiendas?

Me dio unas palmaditas en el muslo.

—Quédate con Noura. Ella será la madre de tus hijos.

—¿Y Tita?

—Ella será la madre de su hijo.

Se puso de pie, dio tres pasos y regó con un chorro de orina las tinieblas que rodeaban el fuego. Orinaba abundantemente, gruñendo, suspirando, ebrio de voluptuosidad, como si sintiera un placer esencial. Terminada la operación, guardó su artefacto, perplejo, y volvió al amor de la lumbre.

—Tita no quiere tu compañía. Las Cazadoras de la Caverna se niegan a convivir con hombres. Amantes sin marido, paren hijos sin padre y los crían solas —niñas o niños, da igual—. ¡Las Cazadoras son tan fuertes como los osos! Solo nos toleran cuando somos indispensables. En caso contrario, nos apartan.

Se frotó los brazos vigorosamente.

—¡Qué lección de modestia, si lo piensas! Deberíamos mantener la boca cerrada ante nuestra poca utilidad.

Me miró fijamente.

—Tita no entiende por qué la evitas. Ni por qué su hijo nunca conocerá a su padre.

—Porque…, porque…

—¿No te apetece?

—Sí, pero… ¡Noura!

Se rascó la barba y murmuró:

—Noura…

—¿Le explicaste a Tita que me había casado con Noura?

—Claro. Ni se inmutó. No conoce los celos, como todas las Cazadoras de las Cavernas, que a menudo se intercambian los

hombres. Tita no se imagina que Noura pudiera impedirte verla y ver a vuestro hijo.

—¡Noura me dejaría si se enterase!

Barak se volvió hacia mí, sorprendido.

—¿Dejarte? ¡Qué optimista, sobrino! ¡Te mataría! Como mínimo…

Avivó el fuego, soplando por los lados donde brillaban las brasas.

—En definitiva, la pregunta para ti no es «¿Con quién viviré?», sino: «¿A quién mentiré?».

Una mañana, a dos días de la aldea, cuando nos disponíamos a levantar el campamento, Vlaam me confió contrariado:

—Noam, los ancianos se están desmoronando, están derrengados, tienen agujetas, su salud se deteriora. Déjalos descansar, aunque estemos cerca de la meta…

Lo corté de inmediato:

—Nos quedamos aquí el tiempo que haga falta. Hasta que se recuperen.

La noticia fue acogida con más alivio que alegría. Los ancianos caminaban a regañadientes hacia lo desconocido, habían perdido el hábito de los desplazamientos. En los descansos presentaban los pies destrozados por ampollas en varios estadios, las blanquecinas en formación, las rosas agrietadas, las sangrantes que habían estallado, las amarillas rellenas de escamas.

Recordando las enseñanzas de Tibor, propuse a Barak que me acompañase a recoger plantas que calmarían a los más afectados.

—¿Qué estamos buscando, sobrino?

—Avena y salvia.

—¿Cómo te acuerdas de eso? Yo confundo las hierbas, olvido sus nombres y nunca recuerdo lo que curan. Podrías haberte convertido en curandero.

—Era lo que quería Tibor.

—¡Ah, chaval, te inclinaste por su hija más que por sus conocimientos!

—¡En realidad, me llevé ambas cosas! —repliqué, riendo.

Barak no se equivocaba: los detalles concernientes a las plantas y sus virtudes se alineaban casi sin querer en mi mente y componían un saber. Mi curiosidad extasiada ante las riquezas naturales me empujaba a ello, así como la convicción de vivir en un mundo bienhechor y generoso. La Naturaleza no era mi enemiga, sino mi madre nutricia. No me diferenciaba de ella: venía de ella, dependía de ella y volvería a ella. Conocerla era conocerme a mí mismo. Tibor había reforzado el sentimiento de aquella unidad. Descubrir, analizar, inventariar, clasificar, probar, comportamientos que más adelante

serían calificados como «científicos» se vinculaban a mi religión, se emparentaban con la oración. Desarrollar mi atención al universo expresaba el respeto que les debía a los Dioses, el amor que les profesaba, la gratitud que les dirigía. La indiferencia hubiese sido una tontería. Peor aún: una traición. La admiración era parte de mi espiritualidad.

Barak encontró la salvia, fácilmente reconocible por sus hojas aterciopeladas en forma de plumas, y yo la avena silvestre.

De vuelta al improvisado campamento, recomendé a los ancianos que aplicasen la salvia en compresas sobre las ampollas. Mientras tanto, puse a remojo la avena en agua fría, herví la mezcla, la dejé templar y luego les di a todos un baño de pies.

Al mismo tiempo, enseñé a los niños a desmenuzar menta y perejil y les pedí que aplicasen el compuesto en cataplasmas sobre las ampollas para secarlas.

—Luego enjuagáis. Aplicáis, enjuagáis. Esto os ocupará hasta la noche.

Atusándose la barba, Barak contempló con admiración la cadena de solidaridad que había generado.

—No me digas que no lo has pensado —me soltó, guiñándome un ojo.

Me hice el tonto.

—¿Pensado el qué?

—Lo cerca que está.

Sabía que hablaba de la Caverna de las Cazadoras. Esa mañana, con las prisas por aceptar aquella parada y el campamento improvisado, la imagen había cruzado por mi mente.

Barak dio unas cabezaditas.

—Una señal del destino, ¿no?

Le sonreí.

—Haces hablar al destino, Barak.

—No hace falta, es un charlatán. Pero los hombres son sordos a sus avisos.

La luz disminuía. El astro se deslizaba hacia lo lejos cubriendo el paisaje de una dulzura ambarina. El lago resplandecía entre las orillas orladas de bosques oscuros, dorado por el sol poniente que pronto se inclinaría ante el misterio de la noche y dejaría paso al frío de las tinieblas.

Después de unas cuantas idas y venidas para alimentar el fuego con leña seca, Barak y yo nos eclipsamos en el lindero y emprendimos nuestro periplo. Creíamos haber sido discretos, pero al cabo de un

centenar de pasos, la voz de Derek nos interpeló:

—¿Adónde vais?

Estaba a punto de contestarle que no era asunto suyo cuando mi tío se me adelantó:

—¡Síguenos, Derek!

Miré a Barak con estupor: ¿cómo se atrevía a decidir sin consultarme? Demasiado tarde: Derek estaba a nuestro lado, encantado de unirse a nosotros en una aventura más.

—¿Adónde vamos?

—Es un secreto —replicó Barak, palmeándole la espalda—. No te arrepentirás.

La iniciativa me contrarió. A diferencia de Barak, una desconfianza tan instintiva como infundada me mantenía en guardia contra Derek. Aunque no tuviese nada en concreto que reprocharle, me irritaba que fuese hermético para mí. Por más que me hubiese apoyado en todas mis acciones desde el principio, me costaba creer en su abnegación. ¿Qué ambicionaba?

No negaré que, cuando veía las sonrisas francas que Barak y él intercambiaban, cuando sorprendía sus alegres conversaciones, cuando se quedaban dormidos, borrachos, uno en brazos del otro, me avergonzaba de mi desconfianza, atribuyéndola a los celos, y me prometía a mí mismo bajar la guardia en presencia de Derek. Por desgracia, tan pronto como amanecía, mi desconfianza se redoblaba.

La luna, enorme, ambarina, rozaba las copas de los árboles. Las lechuzas volaban al asalto de sus presas, perceptibles por el movimiento de sus alas y por sus gritos, el primero largo, el segundo trémulo. ¿Por qué ululaban? ¿Para saludarse? ¿Para marcar su territorio? ¿Para señalar nuestra intrusión?

Cerca del acantilado, Barak se detuvo, dándose una palmada en la frente.

—¡Hemos olvidado la caza!

—¡Barak, no empieces!

—¡Yo no me presento ante las Cazadoras sin un regalo!

—¡No queremos nada de las Cazadoras! Esta noche no hay trueque.

—¡Para mí, no, por supuesto! Y tampoco para ti. Pero Derek, ¿qué?

El aludido nos miraba sin entender una palabra de nuestra discusión. Barak decidió explicarle adónde íbamos, las costumbres de la Caverna, la especial hospitalidad de las Cazadoras.

—Si te gusta una, y alguna habrá, pasarás una noche maravillosa —concluyó.

—Ah, ¿sí?

—¡Te mereces una mujer, muchacho! —exclamó Barak recreándose

con su expresión favorita.

—Preferiría no hacerlo.

Derek volvió a pronunciar su enigmática frase, que dejó a Barak de una pieza.

—¿Cómo? ¿No te apetece pasarlo bien? ¿No quieres desahogarte? ¡Un poco de diversión, chaval!

Impertérrito, mirando hacia otro lado, Derek repitió:

—Preferiría no hacerlo.

Ninguna réplica podía desconcertar más a Barak, que se quedó paralizado, mudo. Aproveché para llevarlo aparte y comunicarle mi punto de vista: me negaba a que Derek entrase en la guarida y se enterase de mis secretos —la existencia de Tita, el niño que estaba gestando—. ¿Cómo asegurarnos de que Derek guardaría el secreto cuando conociese a Noura? Barak asintió mecánicamente, luego con convicción.

—Tienes razón, sigue tú solo. Derek y yo nos quedamos aquí. Enciendo un fuego y preparo algo de comer. Traía una liebre, por si acaso… Y un odre lleno de vino. Además, si no me encuentro con Malatantra, no lucharé contra la tentación. ¿Nos despiertas a la vuelta?

—Te lo prometo.

—¿Me prestas la liebre para Tita?

—Preferiría no hacerlo.

Nos reímos a carcajadas. La broma nos proporcionó la ilusión de que, aunque no entendiésemos a Derek, al menos lo dominábamos burlándonos de él[22].

En la Caverna, precedido por la majestuosa Malatantra, que presentaba un aspecto magnífico, con varias capas de grasa más, me quedé de una pieza cuando volví a ver a Tita. Me pareció más hermosa de lo que recordaba; aún lucía la tez de caoba, los rasgos claros, la silueta recortada, los muslos de guerrera, pero ahora toda ella aparecía aureolada de dulzura. La maternidad le aportaba una feminidad distinta. La piel había ganado en pulpa, las pupilas en humedad, los senos se habían redondeado, las caderas también. Extraña y familiar, me turbaba. Me quedé sin palabras.

Qué tontería, ella no esperaba frases —que no habría oído— y le importaban un bledo las conveniencias: se acercó, cogió mi mano derecha y la posó sobre su vientre abombado. La energía que emanaba me penetró. Tonificado, sonreí, lenta, profundamente, luego, pasando mi brazo sobre sus hombros, la acompañé hasta su nido.

Allí me desnudé, la desnudé. Nos acostamos el uno contra el otro, repentinamente tímidos, y la admiré, explorándola con los ojos y los

dedos. Nuestro encuentro tenía el sabor de la primera vez. Me dejaba hacer. Nada sexual contaminaba nuestro abrazo, aunque me excitase por reflejo; reinaban el afecto, la deferencia, el deslumbramiento.

Pasamos la noche piel contra piel sin que yo la penetrase. Copular habría desacralizado el momento, lo habría echado a perder. En los abrazos eróticos se inscribe una historia, con un principio, un nudo y un desenlace, con el orgasmo anunciando la separación. Por el contrario, nosotros queríamos que nuestro contacto no tuviera fin. Buscamos un goce distinto de aquel que aleja después de haber unido, nos recreamos en una voluptuosidad lenta, sin espasmos, tan desprovista de puntos culminantes como de zonas bajas. En lugar de la «pequeña muerte» que sucede al placer genital, preferimos la larga vida palpitante de las caricias.

Me sentía henchido de alegría y tristeza, que cabalgaban unidas en mi pecho. Jubiloso al escrutar aquel cuerpo sano, brioso, lleno de vida, pero pensando que al amanecer lo abandonaría. La desesperación teñía de amargura mis besos más dichosos.

Objetivamente, la paternidad no tenía nada inédito para mí, Mina había concebido ocho hijos, de los cuales habían nacido cinco. Sin embargo, cuando Mina anunciaba un embarazo, le ocurría a ella: ella se quedaba encinta, no yo; el acontecimiento transformaba su organismo sin afectarme; la gestación me parecía, si no una enfermedad, como mínimo una realidad puramente femenina. Al lado de Tita sentía lo contrario; me afectaba, me conmovía, me concernía. Mientras que, a diferencia de Mina, Tita guardaría el recién nacido para ella, prescindiría de mí, la existencia maravillosa que prosperaba en sus entrañas me debía su fulgor. Si no padre, me sentía procreador.

Con Mina, no había sido ni padre ni procreador. Antes del alumbramiento, vivía con una mujer preñada; después, con una mujer agobiada, que amamantaba, limpiaba y cambiaba a un recién nacido que yo observaba desde lejos; el entierro terminaba el episodio, y vuelta a empezar. Me mantenía apartado de lo que constituía la base de las alegrías y las desdichas de Mina.

Mi corazón nunca había palpitado así. Aquel niño existía porque se movía dentro de su vientre. Aquel niño existía porque yo lo soñaba. A partir del cuerpo de Tita y del mío, creaba imágenes; en un primer momento, me imaginé una chiquitina perfecta parecida a Tita, o un pequeñuelo que era mi vivo retrato, pero poco a poco fui mezclando nuestras características y me extasiaba ante el nuevo ser que surgiría, impaciente por descubrir lo que daría la mezcla de nuestras sangres, de nuestras sustancias, de nuestros ardores. ¿Caprichos de la intuición? ¿Premoniciones? Frente a Mina, siempre me había visto

invadido por un sentimiento de precariedad, presintiendo que sus escuchimizados retoños nos serían arrancados; aquí, barruntaba lo contrario. Aquel descendiente, hija o hijo, gracias a la vitalidad robusta de su madre, triunfaría sobre las dolencias infantiles y se convertiría en una mujer o un hombre fuerte.

Al alba, Tita se quedó dormida, agotada por tanta intensidad, y contemplé el rostro libre de la tensión constante que le causaba su mirada de sorda. Desprendía nobleza, equilibrio. ¿Por qué no me establecía con ella indefinidamente? ¿Por qué marchar? Comparé su probo rigor con las gracias felinas de Noura, revestidas de malicia. ¿Por qué adoraba a Noura? Tita se merecía otro tanto.

El amor no es justo.

Al rayar el día, me retiré subrepticiamente, demasiado cobarde para despedirme de mi Cazadora, para confesarle que no volvería ni conocería a nuestro hijo.

Me alejé llorando de la Caverna. Lloraba de disgusto, decepcionado conmigo mismo, afligido por mi comportamiento.

Cuanto más apreciaba a Tita, más me detestaba yo.

Mientras el cielo se despejaba perezosamente, encontré a Barak y a Derek dormidos, los pies de uno contra la cabeza del otro, junto a las brasas aún calientes. No pude reprimir una sonrisa al observar la unión de aquellos dos seres estrafalarios, aparentemente incompatibles, cuya amistad parecía tan extravagante como la de un oso y una garza. Aunque de igual tamaño, diferían en todo. Barak voluminoso, Derek larguirucho. Barak musculoso, Derek raquítico. Barak de piel curtida, Derek de tez muy pálida. Mientras la salud de Barak resplandecía en cabellos, en barba, en pelos, la anemia lampiña de Derek hacía temer que un rayo de sol lo quemase.

Sacudí a mi tío. Gruñó, bostezó, rugió, se desperezó, hinchó los bíceps, hizo crujir las articulaciones, abrió los ojos somnolientos, me identificó, examinó el paisaje circundante, se hizo cargo de donde estaba y, luego, al ver a Derek a su lado, exclamó:

—¡Dos asuntos urgentes, sobrino!

Se puso en pie de un brinco.

—La primera, mear. La segunda, contarte.

Satisfizo la primera como solía, acompañando la acción con ventosidades y suspiros de éxtasis. Luego me cogió del brazo.

–Vamos, no quiero que me oiga —susurró, señalando a Derek—. Aunque con la trompa que tiene, tardará un día en volver con nosotros. ¡Qué tragaderas! ¡El adivino se bebió todo mi vino!

Nos sentamos algo apartados, en el tronco de un árbol tumbado por

el viento.

—Arrea, chaval, el tal Derek se tiró la noche chupando del odre. Borracho, incapaz de controlarse, largó un montón de confidencias.

—¿Qué clase de confidencias?

—¡No puedes ni imaginártelo!

Barak trataba de atraer mi atención y lo había conseguido. Además de que me moría de ganas de cambiar de opinión, esperaba desenredar mejor los nudos del inextricable Derek.

Tras un carraspeo, Barak me lo soltó:

—La Ciudad de los Dioses no existe.

—¿Cómo?

—Las gentes de la Brecha de los Dioses creen que, a varios días por encima de ellos, en las nieves de la montaña, moran los Dioses. Derek fue allí, no sin dificultades, y descubrió que allá arriba no hay Dioses. Es una aldea, un poblado corriente y moliente, salvo que el hielo y la nieve lo mantienen aislado la mitad del año. Quienes viven allí son hombres.

—¿Y el barco florido con el Dios acostado que vi pasar río abajo?

–Un sarcófago. Los montañeses no entierran a sus muertos. Sin duda porque no logran cavar en el suelo helado… Según ellos, los difuntos no renacen en la tierra, sino que parten de viaje al País de los Muertos. Los vivos limpian el cadáver, lo engalanan, lo depositan en una espaciosa canoa que cierran con una tapa sobre la cual pintan los rasgos del difunto, luego adornan la embarcación con flores y la dejan alejarse, arrastrada por la corriente.

Se volvió hacia mí.

—Eso es lo que viste.

Contempló el lago ante nosotros. La Naturaleza se despertaba, animada por temblores en las ramas, roces en los matorrales, insectos zumbadores, pájaros que gorjeaban.

—Los hombres de la montaña blanca ignoran adónde va el río… Creen que es el umbral del más allá.

Se rascó la barbilla.

—De hecho, no están muy equivocados, porque el río va a dar al Lago. Y el Centro del Lago, como todo el mundo sabe, constituye el País del Más Allá.

Permanecimos pensativos. Un mirlo, atravesando el follaje, exultaba con voz potente y límpida. En el relato de Barak, más que la ingenuidad beocia de los dos pueblos, uno situando el más allá en el río, el otro viendo a los Dioses en ataúdes flotantes, yo percibía la deslealtad de Derek, que no había contado nada.

—Si Derek lo sabe, ¿por qué no se lo ha comunicado a los suyos?

Barak me miró como si hubiera perdido la razón.

—¿Estás de broma? Nadie lo creería. No basta con hablar, hay que ser escuchado.

—Pues que los obligase a prestar atención.

—Deliras, sobrino… Desde hace generaciones, esos aldeanos consideran que los Dioses desfilan ante ellos. ¡Y a su poblacho lo han llamado la Brecha de los Dioses! Su orgullo, su singularidad, no querrás destruir eso, ¿no?

—Pero la verdad…

—¿Y si la verdad humilla? ¿Estás seguro de que quieres explicarles que no son los elegidos de los Dioses, sino unos cretinos? ¿Y sus antepasados? ¿Y los antepasados de sus antepasados? ¿Les vas a decir que pertenecen a una estirpe de idiotas?

—No…

—Entonces, ¿por qué debería hacerlo Derek?

Incliné la cabeza, abrumado. Pero, como tenía una necesidad imperiosa de incriminar a Derek, opté por enfocarlo desde otro ángulo:

—Derek me engañó asegurándome que los Dioses preveían la furia del Lago y que un hombre —yo— nos salvaría llevándonos a otro lugar.

Barak suspiró, molesto esta vez.

—En efecto.

—¡Se burló de mí!

Barak alzó la voz:

—Pero ¿qué te pasa, Noam? Derek no se burla de ti, te ha ayudado y respaldado desde el principio.

—¡Mintiendo!

—Sin él, nunca habrías conseguido que los mejores barqueros del Lago dejen su aldea y vayan a la tuya. No es solo que te haya secundado, es que lo ha hecho posible.

—Mintiendo —repetí débilmente.

—¡Mintiendo, sí! ¿O acaso crees que la verdad mueve a un pueblo?

Su vehemencia me desconcertó. A nadie se lo habría tolerado, pero que Barak, la persona más recta y franca que conocía, admitiera tantos tejemanejes me confundía. De pronto tuve miedo de caer en la inmadurez.

—Puede que tengas razón, Barak, pensaré en ello.

—¿Qué es lo fundamental para ti? ¿Que los carpinteros de la Brecha de los Dioses trabajen con nosotros o que descubran la estupidez abismal de sus antepasados?

—Dicho así, sin duda…

—Entonces, ¡dilo así! ¡Y deja de buscarle las cosquillas a Derek!

Regresamos al fuego, ahora extinguido, y Barak preparó un tentempié mientras esperaba a que Derek se despertase. El día se levantaba en un cielo límpido y claro, algunas nubes tormentosas huyeron dejando el sol al descubierto. Los mosquitos bailaban en la luz.

—¿Debería revelarle a Derek que me has informado de todo esto?

—¿Es útil?

Reflexioné.

—Barak, ¿te das cuenta de que antepones la utilidad a la verdad?

—Cuando os escucho a ti o a Derek, solo me hago una pregunta: ¿por qué? ¿Por qué mentir? ¿Por qué desmentir? Por la misma razón, de hecho: por el bien de todos. ¡Eso es lo que importa! Lo verdadero…, lo falso… Me importa un bledo la verdad: ¡que le den a la verdad si nos muerde y nos pega la rabia! Y lo mismo te digo de la mentira: ¡que campe a sus anchas siempre y cuando nos ayude! Deja de engañarte, Noam. ¿Le dirás a Noura que has vuelto a ver a Tita en la Caverna de las Cazadoras, que está más guapa que antes y que parirá un niño espléndido?

La emoción me embargó.

—¿Tú también lo has pensado, Barak?

—¿Qué?

—¿Que Tita está más guapa que antes?

—Claro que sí.

—¿Y que el niño será magnífico?

—¡Me apuesto las pelotas a que será soberbio!

Se me quebró la respiración, se me llenaron los ojos de lágrimas, me temblaban las manos. Barak me agarró por la nuca y empujó con fuerza mi cabeza contra su pecho. Su olor a macho, a alcanfor, a madera quemada, me relajó, me tranquilizó y me permitió llorar. Me dio ánimos:

—Ah, sobrino, olvídate de las ideas simples. ¿Acaso no estoy yo enamorado de Elena? ¿Y qué te crees que voy a hacer? Pues mentir por la barba y no mencionar jamás a Malatantra. ¿Estás enamorado de Noura? Pues tendrás que camelarla hasta cansarte, no solo por tu bien, sino por su propio bien, por el bien de ambos.

Mecido por aquella voz cavernosa que resonaba en la amplia caja torácica a la que había pegado mi oreja, me dejé consolar, aunque Barak me exhortase a crecer.

—Con el poder y con el amor ocurre lo mismo. Tienes la responsabilidad de dirigir hombres, los engañarás por el bien común. No admitirás ante nadie que, con la ayuda de Derek, asustaste a los

carpinteros. Fingirás que solo obedeces a los Dioses.

—¡Pero es lo que creía, Barak, lo creía firmemente! Creía de buena fe que obedecía a los Dioses.

—Eso es lo que cuenta.

—Derek se lo inventó.

—E, inventándolo, llega a la realidad.

—¡Los Dioses no me han enviado!

—¡Quién sabe! ¿Confías en Tibor? ¿Lo consideras honrado?

—¡Sí!

—Derek y Tibor afirman lo mismo, uno fabulando, el otro demostrando. Se llega a la verdad tanto por la sinceridad como por la mentira.

*

El asentamiento de los carpinteros se desarrolló con una fluidez pasmosa. En lugar de alojarlos entre nosotros o de adosar nuevas casas a las nuestras, preferí instalarlos más arriba de la aldea, a una distancia prudencial. Así, nuestra visión del lago y sus alrededores no se vería afectada, mientras que los miembros de la Brecha de los Dioses reconstituían una comunidad autónoma. Para imponer a Vlaam dicha localización, pretexté la presencia de un arroyo y de un bosque de abetos, que les proporcionarían el material para su actividad.

Los lugareños veían poco a los carpinteros, excepto cuando estos bajaban al mercado o al lago. Apreciaban esa afluencia que favorecía sus negocios. Entre ellos, se burlaban de mi decisión —¡a quién se le ocurre hacer canoas lejos del agua!—, pero se libraban muy mucho de expresar sus críticas en voz alta, no fuera a ser que a los extranjeros les diese por invadir su querida ribera.

En mi opinión, la proximidad de las orillas no ofrecía ningún interés. Construíamos casas, no canoas. Y aquellas moradas flotantes no llegarían al lago; servirían si el lago llegaba hasta ellas.

Después de nuestro viaje, los brazos de Noura casi eclipsaron mis deberes como jefe. Teníamos tanta hambre el uno del otro… Ni ella ni yo habríamos adivinado nunca lo que estábamos descubriendo: la felicidad consistía en estar juntos. Conversar, callar, reír, descansar, comer, dormir, gozar, todo nos colmaba desde el momento en que lo compartíamos. Por eso, durante el día, Noura me acompañaba a menudo a ver a los carpinteros y elogiaba sus progresos.

Vlaam se consagró en cuerpo y alma a nuestro proyecto, para justificar ante él y ante los suyos el cruel exilio. Los primeros días dibujó en la arena; luego elaboró maquetas, ayudado por sus hijos;

finalmente, considerando que había resuelto los problemas, movilizó a todos sus artesanos y emprendió la construcción de las casas flotantes.

Él y su gente ocupaban grandes tiendas. El calor lo permitía. A quienes se impacientaban por recuperar cierta comodidad, les aconsejó acelerar su trabajo para obtener un abrigo. Autoritario, riguroso, equitativo, se reveló como un caudillo magistral; no necesitaba a Derek a su lado para gobernar una comunidad. Lo que me sorprendió todavía más fue percibir en Vlaam una profunda e instintiva reticencia hacia Derek, equivalente a la mía. Al lado de Vlaam, me sentí hermano en desconfianza, sin imaginar hasta qué punto el futuro me daría la razón…

Derek, por su parte, circulaba entre el poblado de los carpinteros y el nuestro. No solo lo movía su amistad con Barak, también trataba de ponerse en contacto con nuestros aldeanos, cosa que lograba, a pesar de su físico sorprendente —o gracias a su físico sorprendente—. Las mujeres se deleitaban con la voz sedosa que se escapaba de aquel cuerpo huesudo e interminable, y algunos hombres, como Barak, le profesaban una camaradería protectora. Muy pronto conquistó su confianza, mostrándose útil, benévolo y acogedor. ¿Por qué desconfiaba de él?

Tanteé a Tibor, no sé si para comprenderlo mejor —o para comprenderme mejor a mí mismo—. Un día, cuando estábamos recogiendo hierbas, le pregunté:

—Tibor, ¿qué opinas de Derek?

Se mordió los labios.

—Un montón de cosas.

—Derek dice que se comunica con los Dioses y nos engaña.

—Me lo imagino —murmuró Tibor.

—¿Por qué?

—Porque me evita. Un vidente no evita a otro vidente. Al contrario, deberíamos compartir nuestra información. Pero me esquiva. Al huir de mí, huye de su propia impostura.

—¿Impostor? ¿Tanto como eso? —pregunté, sorprendido por su severidad.

—¿Y tú cómo sabes que nos engaña?

Le conté las indiscreciones de Barak, la quimérica Ciudad de los Dioses, la ilusoria profecía de los Dioses respecto a un salvador, que por lo visto era yo.

—¿Y lo habéis discutido? —preguntó Tibor.

—¿Derek y yo? No. Me pone nervioso.

Tibor reflexionó mientras cortaba ortigas.

—Eso es normal.

—¿Normal?

—Sí, su característica física… tan extraña…, eso…, eso nos incomoda.

—¿A qué te refieres?

Tibor me miró, confundido.

—¿No te has fijado?

—¿En qué? ¿En sus manos?

La boca de Tibor dibujó una sonrisa rara y murmuró:

—Sus manos… Efectivamente…, también está lo de sus manos…

—Tibor, ¿de qué hablas?

Impulsado por una energía diferente, se levantó, molesto.

—Al fin y al cabo, es mejor así.

—¿El qué?

—¡Todo! —concluyó, alejándose, frío, impenetrable.

A pesar de mi impaciencia y mi irritación, me abstuve de insistir: Tibor solo respondía a las preguntas si lo había decidido.

Las casas flotantes fueron naciendo, primero exiguas con el fin de resolver las dificultades de ensamblaje, de encolado, de costura y calafateo; luego de tamaño medio; en aquel momento, Vlaam se afanaba con la más grande.

Contando casas y lugareños, calculé que, si el Lago se irritaba, no podríamos embarcar todos. Ni mucho menos. Aquella eventualidad me hacía sentir culpable. Noura, a quien me atreví a abrirme, replicó con sencillez:

—¡Haz una lista!

—¿Qué?

—Una lista de prioridades. Decide a quién salvar primero.

—Pero…, pero… ¡eso es monstruoso!

—¿Hay gente que te importe más?

—Claro, tú, Mamá, Barak, Tibor, mis hermanas, mis…

—¡Perfecto! ¿Qué personas te parecen más útiles?

—Tibor, por supuesto, Barak, Vlaam.

—Pues ya ves, has terminado una lista. Si quieres consejo para la segunda, te sugiero que selecciones a los más jóvenes y fuertes que sobrevivirán y se reproducirán.

—¡Noura! ¿Abandonarías a los viejos?

—Ya han cumplido su función.

—Todas las vidas importan.

—En principio, sí, pero en una comunidad, no —replicó, incisiva como el cuchillo que corta.

Yo no soportaba la idea de una selección. Tenía a mi cargo todas

las almas de mi pueblo sin excepción. La solución consistía en acelerar las construcciones para dar cabida a todos. En consecuencia, pedí a Barak y a algunos hombres que habían terminado rápidamente sus trabajos en los campos que le echasen una mano a Vlaam abatiendo los árboles, escamondándolos, transformándolos en vigas, en maderos, en tablones.

Transcurrían las lunas y las moradas flotantes se multiplicaban. A veces me angustiaba pensando que jamás estaríamos preparados; a veces no entendía el porqué de tanto agotamiento: los días se parecían a los días, las noches a las noches, nada cambiaba, y la idea de que podía sobrevenir una catástrofe se volvía tan abstracta como absurda.

*

Todo comenzó con el silencio.

Aquella mañana, bajo un cielo puro, mientras subíamos al poblado de los carpinteros, Tibor se volvió hacia mí y exclamó:

—¿Has oído?

—¿Qué?

—Nada.

Molesto, lo miré sin entender. Precisó:

—No se oye nada.

¡Vaya! Eso explicaba el sentimiento de opresión que sentía. Los pájaros se habían callado de repente. Su silencio nos aturdía como un estruendo.

Tan inusitado mutismo alteraba la densidad del aire, la luz del sol, los colores del paisaje. De una forma visceral, me sentí en peligro.

—¡Mira!

Tibor extendió un brazo hacia la colina. Detrás de nosotros, afluyendo en tropel de las cavernas, nubes de murciélagos infestaban el azul, tiznándolo con sus zigzags incoherentes, unos animales que de ordinario cazaban por la noche y dormían durante el día.

Una serpiente se deslizó entre la hierba, vivaz, presurosa. Luego otra. Cinco. Diez. Por todas partes, luciones, áspides, culebras, víboras, brotaban de su escondite y se lanzaban al asalto de la pendiente. Ratas, topillos y ratones de campo siguieron a los reptiles, en lo que parecía el mundo al revés: las presas perseguían a sus depredadores… En el sendero por el que caminábamos, se apiñaban lustrosos y rechonchos escarabajos, que iniciaron un ascenso tan veloz como torpe; el camino se cubrió de una hilera de caparazones en movimiento, en cuyos élitros brillaban efímeros arcoíris.

En el poblado, los perros comenzaron a gemir, los cerdos se

agitaron, gruñeron, se atacaron, atormentados por una inquietud que los superaba. Un asno rebuznó. En todos los animales crecía la agresividad, el miedo, el temblor.

Tibor se descompuso.

—¡Ya viene!

Escrutamos el panorama. Nada se había movido, sin embargo; el horizonte del lago ofrecía su tranquilidad opalescente.

—¿Qué pasa ahí abajo?

Corrimos cuesta abajo para examinar lo que ocurría en la orilla, donde percibimos movimientos desacostumbrados, verdosos, grisáceos. Sapos panzudos de piel granujienta, escupidos por las aguas, aterrizaban en la orilla, donde rebotaban con sonidos como de sacos mojados, como fardos con patas, y la recorrían croando. En el recodo en el que el río se unía al lago, nos inclinamos sobre remolinos oscuros: los peces, renunciando a las aguas mansas, comenzaban a remontar el río a contracorriente, como los salmones en primavera.

Tibor me tiró del brazo.

—¡No hay tiempo que perder, Noam! Condúcelos a las casas flotantes.

Esta vez no tranquilicé a mis aldeanos, me lancé a la calle principal y vociferé:

—¡El Lago está furioso! ¡Evacuación inmediata! Todo el mundo con los carpinteros. ¡Rápido!

Surgieron rostros en el umbral de las viviendas, asombrados o escépticos. Aunque el lago, como de costumbre, se mostraba apacible, escuadrones de aves llegaban desde lejos, gansos y patos, en apretadas filas, volando a toda velocidad, compactos e inflexibles hasta el punto de parecer que nos asaltaban. En las afueras del poblado, caballos salvajes, entregados a un galope endiablado, casi ciego, rozaron las casas, atropellaron los cercados y desaparecieron. Sin duda, los animales discernían lo que nosotros ignorábamos.

Más rápido que la comprensión del peligro, se extendió el miedo al peligro. Nos contaminó en un abrir y cerrar de ojos. Ya no se buscaron razones y todo el mundo se dispuso a huir.

Fui a casa, agarré a Noura de la mano, corrí hacia Barak y Mamá, que sin decir palabra nos siguieron; luego, subimos jadeando el repecho que desembocaba en el campamento de los carpinteros.

Entre ellos también se había dado la alarma: hombres, mujeres y niños iban de un lado a otro reuniendo sus pertenencias.

Una anciana lanzó un grito desgarrador. Las gentes guardaron silencio y se inmovilizaron.

Una enorme masa peluda irrumpió entre nosotros. Un oso

gigantesco, casi negro, cruzó la aldea, balanceando sus patas cuanto podía. No miraba a nadie, no veía a nadie, corría hacia adelante, con el hocico apuntado, los ojos entrecerrados, jadeando, presa del pánico.

El pánico del oso acrecentó el nuestro. Si el rey de los animales, cuya deidad superior venerábamos, salía corriendo, no había duda: el fin del mundo se acercaba.

Y entonces ocurrió…

Inicialmente pareció que se trataba del silencio, el silencio provocado por la irrupción del oso, el silencio que se intensificaba para hacerse oír mejor; en realidad, algo estremecía el silencio, lo retorcía, lo obligaba a gemir, lo torturaba, lo extenuaba, algo que se convirtió en un suspiro, un murmullo, un mugido, un aullido. Ese algo que rompía el silencio era el Viento.

El Viento se desató, huraño, feroz.

Un viento sin precedentes. Un viento desconocido. Un viento de violencia vertiginosa.

Nada más misterioso que el Viento. ¿De dónde viene? ¿Adónde va? Partiendo de lo desconocido, dirigiéndose hacia lo desconocido, golpea, sacude, levanta, abate, desgarra, pulveriza. Yo odiaba los vientos en general, esos Demonios abruptos, caprichosos, superfluos, tan impredecibles como indescifrables, pero aquel me pareció el peor.

Una mano helada me presionó el hombro.

Tibor, en pie detrás de mí, con semblante lívido y ojos desorbitados, me señaló el lago con la barbilla.

Una ola gigante, más alta que una montaña, salía del horizonte abierto y se precipitaba sobre nosotros decidida a engullirnos.

---

[18] Puede resultar sorprendente que haya confiado en las palabras de un curandero para definir la política de la aldea. Para entenderlo, se debe recordar que la lluvia y el azul celeste procedían de los Dioses; el tiempo traía la palabra directa de los Dioses. Durante milenios, las gentes, independientemente de que practicasen el animismo, el politeísmo o el monoteísmo, pensaban así. La meteorología no era física, sino teología. Lluvia, sol, viento, truenos, relámpagos, huracanes, todos pertenecían al teatro divino. El cielo ofrecía un escenario en el que Dios, los Dioses o los Espíritus resolvían sus disputas con los humanos castigando aquí, recompensando allá. Nunca se me hubiera ocurrido, por ejemplo, que las tormentas acumuladas en el lago emanasen de otra parte: en mi mundo cerrado, los confines no existían, yo no poseía ninguna noción de la Tierra o del Universo. Tampoco habría sospechado nunca que la condensación y la presión provocaban la presencia de las nubes, su densidad, su estallido.

Hubo que esperar al filósofo Aristóteles, en el siglo IV antes de Cristo, para empezar a explicar los elementos climáticos como naturales, no sobrenaturales. En sus *Meteorológicos*, Aristóteles atribuyó los fenómenos atmosféricos al sol, que provoca exhalaciones. El estagirita, sin embargo, no logró ganar totalmente la partida y, hasta el siglo XVIII, se mezcló la observación científica con el temor de Dios, el amo del cotarro, o incluso del Diablo, el perseguidor de los hombres. Las tormentas, los tifones, las olas de calor o las sequías continuaron dramatizándose, repletas de significado.

Las advertencias de Tibor, el que entre nosotros mejor veía y oía a los Dioses, las Ninfas y

los Espíritus, tenían para mí una legitimidad indiscutible. Esa es la razón de que consultase mis decisiones con él. (*N. del A.*)

[19] Hasta entonces, las canoas monóxilas que navegaban por las orillas solo servían para pescar. Se veía como una forma cómoda de fondear en los caladeros de peces, evitando mojarse y conservando en el fondo de la madera las capturas acumuladas. Nadie lo consideraba un medio de desplazamiento. En cuanto a la idea de que los barcos ofreciesen la posibilidad de viajar, de explorar, era impensable. Menos aún la posibilidad de comerciar o hacer la guerra… La navegación no existía. (*N. del A.*)

[20] ¿Edad de Piedra? Más bien Edad de la Madera. Considerábamos la madera como nuestra amiga. Gracias a su blandura, a su flexibilidad o a su rigidez, la utilizábamos para todo. Miles de años más tarde, los arqueólogos no se percataron de ello, puesto que, al no conservarse, había desaparecido orgánicamente de los lugares excavados. La noción de las tres edades —piedra, bronce, hierro— aparecida en el siglo XIX me hizo esbozar una sonrisa. El prehistoriador danés Christian Jürgensen Thomsen, con el fin de organizar las colecciones del museo de Copenhague, distinguió períodos sucesivos: la Edad de Piedra, la Edad de Bronce, la Edad de Hierro. Acertó al establecer esta cronología, porque, tan pronto como se inventó el bronce, la piedra ya no se utilizó para las herramientas, ni el bronce para esas mismas herramientas, una vez descubierto el hierro. Un material había sustituido al otro, pero me hubiera gustado apuntarle al danés que la constante había sido la madera. (*N. del A.*)

[21] Me he cruzado durante siglos con columnas y columnas de migrantes. No solo no han cesado, sino que han ido creciendo con el tiempo. Su frecuencia ha aumentado, así como el número de caminantes que las componen, pasando de aquella treintena de individuos a varios centenares, varios millares, varios millones. A aquellos que dudan de que la humanidad mejora, les señalo este progreso indiscutible. Hoy, en las pantallas, veo familias despavoridas que escapan a los golpes de una tiranía o a los trastornos del clima; cuando recorro Beirut, encuentro a sirios tratando de escapar de los terroristas que los esclavizaban, de los bombardeos que destruían su ciudad, de la hambruna, de la pobreza, de la injusticia, del caos. El éxodo responde a la condición humana.

Sin embargo, los que no huyen niegan esta realidad. Provisionalmente a salvo, asentados en su terruño como un roble en la tierra, tomando sus pies por raíces, creen que el espacio les pertenece y consideran al migrante como un ser inferior, además de como una molestia. ¡Qué ceguera tan estúpida! Cuánto me gustaría que el espíritu de sus antepasados circulase por sus venas para recordarles los kilómetros recorridos, las trashumancias sin fin, el miedo en el estómago, la incertidumbre, el hambre. ¿Por qué no subsisten en lo más profundo de su ser los recuerdos de sus antepasados que sobrevivieron al peligro, a la hostilidad, a la miseria, a las guerras? El recuerdo de aquellos intrépidos o sacrificados a los que deben su vida los haría menos estúpidos. Si conocieran y reconocieran su historia, su fragilidad constitutiva, la volatilidad de su identidad, perderían la ilusión de su superioridad. No hay un ser humano más legitimado que otro para vivir aquí o allá. El migrante no es el otro; el emigrante soy yo ayer o yo mañana. Por sus antepasados o por sus descendientes, cada uno de nosotros lleva consigo mil emigrantes. (*N. del A.*)

[22] Siglos más tarde, hacia 1830 en Nueva York, conocí a un hombre cuya vida había sido arruinada por una frase como esa, el abogado Maddox Mayer, que ejercía la profesión de notario, expidiendo escrituras de propiedad y redactando documentos recónditos. Por entonces, no había fotocopiadoras que duplicasen los textos y para sus boyantes oficinas de Wall Street había contratado a tres amanuenses, uno de los cuales era un individuo pálido, enteco, pulcro, concienzudo y riguroso, que se alimentaba de galletas de jengibre. Una mañana, cuando Mayer le ordenó cotejar con él un contrato, respondió: «Preferiría no hacerlo». Una respuesta peregrina, porque había sido contratado para aquella tarea. Los días sucesivos se repitió la misma situación. A cualquier solicitud normal de su jefe, el individuo respondía: «Preferiría no hacerlo». Para Mayer, fue el comienzo de un calvario. «Su maravillosa mansedumbre no solo me desarmaba, sino que me acobardaba. Permitir que tu empleado te domine es ser un cobarde.» El individuo no se sublevaba, no se rebelaba, no se oponía directamente. No era ofensivo ni insolente, se limitaba a repetir: «Preferiría no

hacerlo». Cualquier intento de Mayer para lograr sus propósitos fracasó; lo que funcionaba con los demás empleados —quejas, amenazas, halagos—, a aquel le resbalaba, permanecía impertérrito. A pesar de su irritación, Mayer, muy afectado, terminó por no pedirle nada más. El individuo se volvió totalmente ocioso, se apalancó en las oficinas, donde dormía por la noche y se pasaba los días mirando a la pared. Poseído por un oscuro deseo de asesinarlo, Mayer se dio cuenta de que su empleado estaba poniendo en peligro su cordura. Así que fue él, Mayer, quien se mudó. Trató de vender su despacho. Sin embargo, en cada ocasión, el potencial comprador cancelaba la firma cuando entendía que también debía adquirir a Don Preferiría No Hacerlo. Mayer, arruinado, se ahorcó.

Una noche, en un bar de Nueva York, le pagué una copa a un viejo marino más pobre que las ratas. Autor de novelas marítimas, se emborrachaba porque la última, igual que las anteriores, no había tenido ningún éxito. Copa va, copa viene, le conté la historia de mi amigo abogado. Cuál no sería mi sorpresa cuando, unas décadas después, descubrí que había publicado una novela en la que había bautizado al individuo con el nombre de Bartleby. El borracho se llamaba Herman Melville y, a la sazón, su novela marítima *Moby Dick* por fin había encontrado lectores. (*N. del A.*)

2

La Ola avanzaba furiosa, firme, inexorable.

La muerte se abatía sobre nosotros, estaba seguro, aunque me afanase con los demás para organizar nuestra salvación. Correr tras un saco, unas calabazas, apilar cobertores, reunir provisiones, me asustaba menos que esperar pacientemente como un pasmarote, con la boca abierta y los ojos en blanco, hasta mi liquidación. Para no sucumbir al terror, cedía al movimiento. Sin el coraje de la desesperación, me parecía que era mejor quedar sin aliento que petrificarme de miedo.

Mientras la Ola solo fue perceptible a nuestros ojos, compartimos oscuramente la ilusión de poder sustraernos a un mal sueño; cuando llegó a nuestros oídos, su estruendo presagió la violencia que nos aturdiría. Primero fue un petardeo, el ruido aumentó, creció, se incrementó con golpes, trepidaciones, detonaciones, deflagraciones, hasta transformarse en mil truenos mezclados, continuos, sin tregua, implacables.

La mayoría de los aldeanos huían. Como los animales, corrían en dirección opuesta a la Ola, tratando de ganar algún punto culminante de los vallejos. Aquel reflejo los condenaba. Nunca irían lo suficientemente rápido ni lo suficientemente lejos ni lo suficientemente alto.

—¡Volved aquí!

Me desgañitaba llamándolos, pero seguían adelante, no me escuchaban, no me oían.

Lo confieso, al mirar a Noura, comprendí que el problema que me atormentaba desde hacía varias lunas —a quién alojar en las casas flotantes porque nos faltaba espacio— estaba resuelto.

—¡Al refugio! —exclamó, con absoluta sangre fría.

Noura no dejaba de sorprenderme. Habitualmente se alarmaba ante ínfimos inconvenientes —una araña, un sapo, el desgarrón en un tejido— y aquella mañana hacía frente al desastre con arrojo, como si conociera los pequeños miedos e ignorase el grande, como si cultivase el miedo por placer, como un juego, para animar el día a día, y se desentendiese de él en presencia de un verdadero peligro. Digna hija de Tibor, se mantenía viva, concentrada, eficaz, en modo alguno

afectada por inútiles agonías. Tirando de Mamá mientras Barak cargaba con los sacos a cuestas, ordenó a mis hermanas que no se apartasen de nosotros. Corrimos hacia la casa flotante, donde ya se agazapaban Vlaam, su esposa y sus hijos.

Construida en medio del bosque que había suministrado los troncos, la casa flotante medía ciento veinte pies de largo por veinte de ancho. A diferencia de nuestras viviendas, constituidas por una sala, disponía de varias piezas separadas; las estrechas, donde nos acurrucábamos de dos en dos; las medianas, que servían de depósitos, y la grande, que albergaba el ganado. Aunque previamente habíamos almacenado forraje para los animales, los rebaños todavía pastaban en los campos vecinos.

Barak apareció con unas cuantas cabras coceando bajo los brazos.

—Atadlas. Voy a por los muflones.

—¡Barak, no tenemos tiempo!

—¿Tú qué sabes? —replicó mientras se iba.

En torno a las dependencias compartimentadas se extendía un puente de tablas, rodeado asimismo por bordos ensamblados. Bajo la casa flotante, Vlaam había construido un enorme casco panzudo que, según él, garantizaría una mejor flotación.

El peligro se acercaba. Pudimos distinguir claramente la verde crin de la Ola.

Noura surgió detrás de mí.

—¿Dónde está mi padre?

Palidecí.

—¡Tibor!

Grité su nombre, esperando con cada llamada que apareciera. Noura, con el semblante crispado por la preocupación, perdió su aplomo.

—¡Bajó a recoger sus cosas! —exclamó.

—¡Qué locura! Nunca podrá…

Me interrumpí, avergonzado por alarmar a Noura en lugar de tranquilizarla. Su angustia se multiplicó por diez, empezó a temblar. Quise dejar la casa-embarcación para ir a buscar a Tibor; al primer movimiento que inicié, Noura me detuvo.

—¡No! ¡Tú no!

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Tratando de ocultar su emoción, recorrió la cubierta, llamando a su padre por todas partes:

—¡Papá! ¡Papá!

Nada me dolía tanto como ver el desamparo de la mujer que amaba. Mi impotencia me humillaba más ante ella que ante la Naturaleza desatada. Debería haberla consolado. ¿No tenía la misión

de asegurar su felicidad?

La catástrofe era inminente. Alta como una montaña, la Ola avanzó sin tropiezos sobre la superficie del lago; en las orillas, destruía brutalmente cualquier obstáculo, golpeando las rocas, sumergiendo los bosques, donde las copas de los árboles se mantenían firmes un instante y luego se doblaban, abatidas como briznas de hierba.

Barak salió del establo de los muflones y tronó:

—¿Dónde está Derek?

No había pensado en él, aunque pertenecía a nuestro grupo.

—¡Allí! —gritó Mamá.

Señalaba la cima de un pino cercano, al que Derek había trepado. Aferrado al tronco, crispado, más pálido que de costumbre, cerraba los ojos, convencido de que no ver el peligro lo eliminaba.

—¡Baja! —tronó Barak.

En el colmo del pánico, Derek no reaccionó.

Noura volvió a gritarme:

—¿Y mi padre?

Me volví hacia el lago. Permanecí en silencio, petrificado, sin fuerzas para mover el menor músculo, ni siquiera los de mis labios. Comprendí lo que iba a pasar: la Ola, bestia colosal llena de garras y mandíbulas, que aturdía, despedazaba, aplastaba, nos mataría de un golpe, y luego sus aguas nos tragarían. Nuestra edificación no serviría de nada, no llegaría a la superficie, jamás flotaría, mucho antes sería destrozada, desmantelada, destruida por la Ola arrolladora; quedaría hecha añicos.

Noura me zarandeó:

—¡Noam!

Sacándome de mi letargo, señaló bajo nosotros una silueta que trepaba por el sendero. Por el color negro del manto, cabía esperar que fuese Tibor.

—¡Papá!

¡Curioso giro de la mente! En lugar de esperar la Ola, es decir, la muerte, esperamos a Tibor. Habíamos desplazado la amenaza. La tardanza de Tibor ocultó la perspectiva de nuestra destrucción. ¡Benditos pormenores! Ya no nos preguntábamos si la edificación resistiría la Ola, sino si Tibor lograría embarcar.

Esta vez no lo dudé: corrí a su encuentro, le arranqué las múltiples bolsas que lo frenaban y luego me apresuré a regresar con él pegado a mis talones.

Una vez en el puente, Tibor, aliviado, palpó las bolsas que yo acababa de dejar en el suelo:

—He salvado mis principales hierbas y pociones, así como mi

utillaje. Nos serán útiles.

Noura se mostraba gozosa; abandonando su reserva, abrazó estrechamente a su padre, acariciándole los cabellos. Los miré afligido: se creían victoriosos cuando morirían en unos instantes.

Barak seguía exhortando a Derek a que se moviera. Lo único que había conseguido es que abriese los ojos muerto de miedo y menease la cabeza en señal de negación.

Ante nosotros se desarrollaba lo ineluctable. La gran ola suprema alcanzaba nuestra aldea y acabaría con todos nosotros sin remedio. No había razón alguna para que el agua se colase bajo la edificación y la alzase: nos golpearía de frente y nos pulverizaría.

Todo el mundo chilló.

No había nada que hacer. Éramos solo espectadores del desastre. Esperábamos el estruendo, el momento en que volaríamos en pedazos. El final sería una liberación.

Abatiéndose contra nuestra aldea, la Ola encontró obstáculos. El relieve del lugar la contrarió. En los dos lados montañosos, chocó con salientes pétreos, lo que provocó colisiones y generó nuevas olas; desde la izquierda, apareció otra ola que se incrustó de través; lo mismo ocurrió a la derecha. Las olas se difractaban, chocaban entre sí. Asistimos, impotentes, ensordecidos, a la lucha de aquellas masas enormes que se golpeaban, que ganaban altura en cada enfrentamiento y luego caían unas sobre otras pesadamente. El conflicto había adquirido proporciones gigantescas. Aquellos rodillos se desgarraban entre ellos.

Un remolino lateral invadió nuestro claro, giró y, con un chirrido espantoso, agitó nuestra construcción, la sacudió, la levantó…

No nos habíamos desarticulado, nos elevamos sobre la cresta del torbellino, aunque, en cada instante, unos sospechosos crujidos anunciaban que nuestra embarcación no tardaría en desencuadernarse.

Al girar, pasamos al nivel del árbol donde Derek se había refugiado.

—¡Salta!

Barak le abrió los brazos. Derek, estimulado por aquel gesto, soltó el tronco al que se agarraba y se lanzó al vacío.

Barak lo recibió contra su torso, riendo feliz y gritando con su voz estentórea en medio de los elementos desatados:

—¡Mirad el pajarito que he pillado!

Tan pronto como terminó la frase, Derek se desvaneció, como desarticulado. Barak se adentró en la construcción, lo tendió en un lecho y lo amarró para que el cuerpo no se bamboleara ni anduviese a trompicones durante los bandazos de la embarcación.

La Ola proseguía su camino, indómita, terrible, y ahora formábamos parte de ella. A nuestro alrededor, las borrascas formaban conos de espuma, las ondas bramaban. Aunque pendiese sobre nosotros la amenaza de destrucción, flotábamos. Por fuerte y constante que fuese nuestro temor a ser engullidos, flotábamos. Habíamos encontrado un lugar provisional en aquel caos, entre lo inacabado, lo vibrante, lo confuso.

Cuatro casas-navío de reducido tamaño nos escoltaban. No podían navegar, elegir un rumbo, asentarse, pero flotaban, ondulantes, alegres. ¡Conjuramos la nada! En lugar de pensar en los muchos cadáveres que erraban destripados, desmembrados, hechos pedazos bajo la Ola, me felicité por avistar supervivientes. Nos dirigimos algunas señales, dando a entender que partíamos juntos de viaje.

Pero había que contar con la vehemencia del Viento y de la Ola. Libraban un feroz y encarnizado duelo, del que nos convertimos en víctimas. Jugaban a quién torturaba mejor, la Ola balanceándonos de punta a cresta y de tumbo a seno, o el Viento, irritado por la barrera que la Ola le oponía, entablando hostilidades con lo que ella llevaba, silbando, azotando, golpeando, saltando de la queja aguda a la conminación, de la cólera atronadora al intento de barrer nuestro techo, nuestras contraventanas, nuestras bordas, a nosotros. Nada detenía a aquellas dos furias.

Ordené a Tibor, a las mujeres y a los niños que se refugiaran dentro. Noura se negó. Me impuse:

—¡No hay suficientes cuerdas para amarraros! Solo Barak, Vlaam y yo nos quedaremos en el puente.

Noura acató mi orden para dar ejemplo, para respetar mi autoridad en público; sin embargo, percibí claramente que, puestos a sufrir, prefería, como yo, observar lo que ocurría.

Viento y Ola rivalizaban en agresividad. Cuando un peligro nos dejaba, otro se cernía sobre nosotros. Cuando nos alzábamos hasta cien pies, propulsados por la Ola, una vez arriba, el Viento nos hacía caracolear. Cuando volvíamos a bajar, hundiéndonos a plomo en el vacío, temiendo la rotura de la embarcación y sorprendidos de encontrarnos enteros, de pie en la cubierta, después de cada golpe de mar, las ráfagas de viento se apresuraban a desequilibrarnos. Tan pronto como las olas renunciaban a desmantelar nuestra embarcación, el Viento se las ingeniaba para tumbarla.

Las otras cuatro embarcaciones desaparecieron poco a poco. Su ligereza las había convertido en presas fáciles, proyectiles que volaban por el cielo, cuyo regreso resultaba fatal. La Ola y el Viento dieron cuenta de ellas enseguida. Nuestra embarcación, en cambio, resistía.

¿Por cuánto tiempo?

Corríamos hacia el abismo, vapuleados por las turbulencias frenéticas, la locura de las corrientes, la intemperancia del aire. Girábamos sin control, sin visibilidad, sin más certeza que la de lo más terrible.

—¡Ah, no! —gimió Barak, señalando la franja de tierra adonde nos llevaba la Ola.

No entendí lo que me señalaba.

Precisó, con voz ahogada:

—La Caverna de las Cazadoras.

La Ola corría a un ritmo vertiginoso sobre el acantilado de rocas rosadas en cuyo interior había vivido noches espléndidas.

¿La evitaría o se estrellaría contra ella?

Nos deslizamos hacia la pared. El relieve creció, aterrador. La rompiente que nos arrastraba apuntaba hacia él. No había forma de frenar ni de rodearlo. La roca crecía, a la espera de que chocásemos contra ella.

Una ráfaga empujó nuestra construcción de lado, la marejada nos elevó, el acantilado retrocedió y se desvaneció. El anárquico combate entre la Ola y el Viento nos permitió esquivarlo.

Asistí entonces a una escena cuyo recuerdo me persigue desde hace siglos.

A lo largo del sendero que bordeaba la cima escarpada, galopaba un caballo enloquecido, con una mujer a la grupa. Crines y cabellos volaban bajo el efecto de la velocidad. Sentí que la ansiedad tensaba los poderosos músculos de la montura y de la amazona.

De repente, la mujer giró la cabeza y vio que la Ola iba hacia ella.

El corazón daba saltos en mi pecho. Grité:

—¡Tita!

Ella continuó su huida desesperada espoleando al animal a golpes de tibia. ¿Cómo iba a oírme la Cazadora sorda y muda?

Su empeño en cortar el aire unía lo sublime a lo ridículo. No se iría por las buenas con la Ola que todo lo devoraba, no aceptaba la derrota, lucharía como una fiera hasta el final, soberbia, indomable.

Inclinándome, me di cuenta de que Tita llevaba algo encajado entre el lomo del caballo y su vientre: huía protegiendo a su hijo.

Se volvió por última vez hacia la Ola que iba a tragarla. ¿Me vio? Hoy, mientras escribo estas líneas, estoy convencido de ello. Eso determinó su gesto. De lo contrario, habría sido una locura. ¡Sí, me vio! Un destello cruzó aquellos ojos aterrorizados, me reconoció, sintió una fugaz brizna de esperanza. De lo contrario, no se explicaría que agarrase al niño y que, de repente, con una fuerza sobrehumana, lo

enviase lo más alto posible hacia nuestro navío.

Apenas tuvo tiempo para seguir su trayectoria y verificar que yo atrapaba al niño al vuelo, porque la Ola la cubrió, arrastrándola a sus tumultuosas profundidades.

Miré al bebé entre mis manos.

No lloraba. Abría sus dulces ojos, inconsciente de las crueldades que nos rodeaban.

Le sonreí. Me devolvió la sonrisa. Así conocí a mi hijo…

¿Qué sucedió? Todo se rompió en mi interior. Me había sobrepuesto valientemente a toda clase de violencias, pero el rostro confiado del bebé me conmovió. Al límite de mis fuerzas, me derrumbé.

Entonces el cielo se cerró y todo se hundió en la noche.

*

Ni luna ni estrellas.

Mundo opaco. Arriba, negro. Abajo, negro.

Y el Viento, la Ola, el estruendo, la velocidad…

Ignoro qué aterroriza más, si el peligro que se ve o el que no se ve. Por un lado, la oscuridad amplificaba ruidos y choques en proporciones espantosas, transformando el crujido en rugido, la sacudida en explosión; por otro, daba un respiro al sentido de la vista que el día había acaparado, hostigado, saturado.

Íbamos al azar, balanceándonos sobre un elemento inestable.

Barak se había llevado al niño poniéndolo a salvo en el habitáculo, seguido por Vlaam, que se había unido a los suyos.

Me quedé solo ante las salpicaduras de las olas, conmocionado. El sacrificio de Tita abría en mí puertas desconocidas: me indicaba el camino. Cuando ya nada importaba en aquel caos apocalíptico, Tita había alzado la cabeza, desafiante, reivindicando orgullosamente su dignidad, empleando sus fuerzas en una misión: salvar al niño. Hasta el instante fatal, había pensado solo en su deber, indiferente a su destino personal, sin experimentar angustia por su final, únicamente inquietud por su hijo. Estaba seguro de que el alivio había prevalecido sobre cualquier otro sentimiento cuando me confió aquella joven vida, justo antes de ser tragada por las olas asesinas.

Derribando a Tita, la Ola la había engrandecido. Aunque hubiese muerto en este mundo, Tita permanecía en mí más viva e intensa que nunca. Una existencia no me bastaría para prolongar su luz y dedicarme por entero a su hijo.

A nuestro hijo…

¿Cómo decírselo a Noura? Barak me propondría mentir —la solución a todas las complicaciones, según él—, pero sería como insultar a Tita, y yo no pensaba cometer semejante acto de villanía, de deslealtad para con ella. La Cazadora se merecía que, mostrando a nuestro hijo, proclamase: «Este es mi hijo, lo cuidaré siempre». Se lo debía a ambos. De lo contrario, rebajado al rango de amante de paso, me reduciría igualmente a un padre de paso. ¡De ningún modo! Tanto la gravedad de la situación como el honor de Tita exigían la verdad. Noura lo comprendería. Además, considerarla incapaz de comprenderlo también significaba menospreciarla a ella.

Desaté la cuerda que me ataba al puente y me colé dentro. Tan pronto como entré, la mano firme de Barak me agarró.

—Ven —susurró.

Lo seguí hasta el habitáculo de Derek. Me introdujo allí y se alejó, pues no cabíamos bien los tres —mejor dicho, cuatro, ya que Derek mecía al pequeño, dormido en sus rodillas.

Una lámpara de aceite parpadeante me permitió contemplar la carita dorada del bebé, admirar la longitud de las pestañas, extasiarme ante la diminuta nariz, el pliegue de las orejitas, la húmeda boquita de piñón.

Derek lo señaló.

—¿Es tu hijo?

A pesar de mi emoción, fingí asombro; no pensaba compartir ningún secreto con él.

—¿Por qué preguntas eso?

Derek me miró largamente y luego concluyó:

—Quien calla otorga.

Aunque irritado, continué con tono desenfadado:

—¡Bah! Una mujer a caballo nos lo arrojó en el último momento, eso es todo.

Me corrigió:

—Te lo arrojó, según Barak.

—¿Y eso qué cambia?

Derek hizo una mueca y soltó con su voz atiplada:

—Estoy decepcionado, Noam, no confías en mí.

Había dado en el blanco, por lo que exageré mi negación:

—¡En absoluto! Solo que, cuando te inventas un vínculo que no existe entre este niño y yo, desmiento tu afirmación. Nada más. No se trata de desconfianza respecto a ti.

Derek se inclinó hacia el bebé y le cogió delicadamente la mano sin perturbar su sueño.

—Mira, Noam. Le has transmitido tu marca.

Me mostró los dedos del niño. Me estremecí. Tenía dos dedos pegados. Mi abuelo Kaddour tenía esa extraña característica. Mi padre Pannoam la tenía. Yo la tenía. En nuestra familia, la veíamos como la huella de los herederos. La piel envolvía los dedos medio y anular.

—Esta singularidad evitará que me mientas de nuevo —aseguró Derek.

Incapaz de aguantarle la mirada, bajé la cabeza, vencido.

—Derek —le supliqué—, no quiero que Noura se entere.

Sonrió, satisfecho de que confesase, encantado de que le implorase. Proseguí:

—Dormí con una Cazadora durante mi exilio, cuando creí que estaría separado de Noura para siempre.

—Eso no es ningún problema para mí —aprobó—. Pero esta anomalía física llamará la atención de Noura. Sus ojos lo ven todo, y no es precisamente tonta. Lo adivinará, te lo echará en cara, jamás te perdonará.

Me mordí la lengua, seguro de su clarividencia. Angustiado, examiné mejor las manos del niño.

—¿No podríamos camuflarlo? Ponerle una venda… o un guante… o…

Derek levantó sus propias manos provistas de manoplas y las agitó delante de mí.

—¿Algo así?

Se rio.

—¡Vaya, vaya! Tiene gracia, reproduces el comportamiento de mi madre…

—¿Cómo?

—Mi madre se empeñó en taparme las manos desde mi nacimiento, con la esperanza de ocultar su infidelidad a su marido.

Se despojó lentamente de las manoplas y descubrí que tenía la misma característica que yo.

Creí que estaba viendo visiones. Aparte de mi padre y de mi abuelo, nunca había conocido a un hombre con los dedos unidos. Mientras yo observaba aquella singularidad, la comisura de sus labios se alzó hacia la izquierda. Mi desconcierto lo animó.

—¡Vaya, vaya! Noam empieza a sospechar lo que se le escapaba… Pero yo estoy enterado desde hace mucho más tiempo que tú.

—¿Enterado? ¿Enterado de qué?

Señaló sus dedos, los míos, los de mi hijo.

—¡De esto!

El estupor me impedía formular hipótesis, era incapaz de hilar mis pensamientos. Balbuceé humildemente:

—Explícamelo, Derek.

En ese momento, algo chocó con el navío. Una montaña de espuma se estrelló sobre el puente, las vigas crujieron, las tablas gimieron. Luego, la loca carrera reanudó su tren infernal.

Derek se calzó las manoplas y se inclinó hacia mí.

—No es el momento, Noam, no tenemos tiempo, las paredes oyen, aplacemos las aclaraciones. En cambio, tengo una sugerencia.

Me susurró al oído:

—El niño me pertenece.

Por reflejo, retrocedí, conmocionado.

—¿Cómo?

—Por tu tranquilidad, por la de Noura, por la del niño, por la de los pasajeros, finjamos que lo concebí con una mujer y que acabo de recuperarlo milagrosamente. Barak estará encantado de contarles el salvamento que presenció.

La propuesta no me gustaba, pero no podía rechazarla. Me permitiría conservar al niño sin perder el cariño de Noura, me salvaba de mil escollos.

Antes de aceptar, sentí la necesidad de mostrarme mordaz:

—Lo reconozco, Derek, eres un fenómeno paseándote entre mentiras y verdades.

Palideció y me miró atónito.

—¿A qué te refieres?

—A la Ciudad de los Dioses en la que no vive ningún Dios.

Suspiró, encogiéndose de hombros:

—Ah, eso…

Ante su falta de escrúpulos, añadí:

—Me hiciste creer que me enviaban los Dioses.

Sus ojos brillaron de malicia cuando replicó:

—Lo vergonzoso no es que lo haya dicho, sino que te lo hayas creído…

Su crueldad me dejó sin palabras. Llenó el silencio acariciando al niño. Tan pronto como me rehíce, quise acabar con aquellos intercambios tortuosos.

—Me engañaste, podrías disculparte.

—Mis aportaciones han servido para tus fines, ¿no?

—¿Cómo?

—Gracias a ellas, estamos aquí, vivitos y coleando, no muertos en el fondo del agua con los demás.

Tenía razón. Me callé. Aprovechó para darme la puntilla:

—¿Debo arrepentirme por hacer posible nuestra supervivencia, Noam? ¿Tengo que lamentarme por haberte ayudado a salvarnos?

Me liaba. Como mi padre, tenía el don de cambiar las situaciones a su favor. Me posó una mano casi cálida sobre el hombro.

—Noam, si reaccionas mal a estas mentirijillas, ¿cómo voy a desvelarte las otras?

—¿Qué otras?

—Las mentiras que quedan entre nosotros.

—¿Cómo entre nosotros?

—Todo lo que no te he dicho.

—¿Qué me ocultas?

—Tantas cosas…

—Pues dímelas.

Me miró con gravedad.

—Tan pronto como estés en disposición de oírlas. No antes.

Sin dejarme espacio para la réplica, levantó al niño y dijo secamente:

—¿Este es mi hijo?

Asentí a regañadientes. Besó las mejillas del niño y le mordisqueó la nariz.

—Vas a despertarte en los brazos de tu padre, chiquitín.

La ternura que Derek le prodigaba me arrebataba más a mi hijo que nuestro ardid. Tratando de calmarme, me puse de pie.

Derek me preguntó:

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

Derek me exhortó a bajar voz. Pese al ruido que nos rodeaba, se podrían escuchar nuestras palabras. Susurró:

—Mi esposa.

No podía soportar que me sonsacara mis secretos uno a uno, y mucho menos que se apropiase de la Cazadora.

—¿Tu qué? —inquirí con terquedad.

—La madre de mi hijo.

A pesar de su expresión angelical, disfrutaba irritándome, no me cabía la menor duda.

—¡Tita!

Me retiré, incómodo, descorazonado, convencido de haber traicionado a Tita por segunda vez. Apenas llegué al puente, di media vuelta y regresé apresuradamente junto a Derek.

—Por cierto, le hemos puesto Cham.

—¿Cham? Ah, vaya… —murmuró decepcionado.

Me lo había olido: Derek se disponía a poner nombre a mi hijo a su antojo. Reiteré:

—Sí, Cham. Tita insistió mucho en que lo llamásemos así. Y verás

que responde a ese nombre. Conservémoslo en su memoria. Después de todo, era tu esposa, la madre de tu hijo, Derek…

Balbuceó, atrapado, ignorando que, aunque Tita hubiese criado a su hijo, nunca habría pronunciado su nombre.

Cuando despuntó el día, ver de nuevo lo que nos abrumaba nos inquietó más si cabe. Miles de nubes espesas, lúgubres, tiznaban el cielo y surcaban el horizonte a gran velocidad[23]. Levantando murallas de agua furibundas, la Ola y el Viento proseguían su frenético combate. Aquí chocaban, allí se abrían camino, más allá se laceraban, se exacerbaban, restallaban, escupían, coceaban. Víctima de los asaltos, nuestra edificación sufría una degradación constante. Los ruidos presagiaban el estallido.

Los rostros de los pasajeros habían adquirido una palidez verdosa. Todos vomitaban. A la ansiedad se añadían las náuseas, la pérdida de equilibrio, el marasmo. Nadie tenía la experiencia de la navegación, mucho menos de la tempestad, tanto más cuanto que ignorábamos la existencia del mar o del océano; solo conocíamos el lago.

Lo confieso, por mucho que fuese jefe de aldea, tardé en afirmarme como capitán a bordo. Al igual que los demás, sufría, sudaba, temblaba, me sofocaba, vomitaba con estupor. A veces, atenazado por los calambres, no conseguía levantarme. Cuando lo lograba, el vértigo me aturdía y me arrojaba al suelo. Por lo tanto, me mostré incapaz de detener a quienes, para dejar de padecer tanto dolor y tanta angustia, se arrojaban por la borda ante nosotros. Mentalmente, no ejercía ninguna influencia sobre ellos; físicamente, no podía retenerlos —además, ¿me habrían escuchado en aquel pandemonio?—. Abida, una de mis hermanas pequeñas, su esposo y un hijo de Vlaam desaparecieron ante nuestros ojos.

Aquello no me soliviantó. Incluso creo que, en ese momento, los envidié…

Tres personas escapaban al malestar imperante: Tibor, Noura y Barak.

Tibor se tambaleaba, por supuesto, pero no le afectaba demasiado. «¡Apasionante!», dijo aquella mañana. Como yo lo mirase con cara de no entender nada, me explicó que nuestra aventura le proporcionaba la oportunidad de investigar. «¡A grandes males, grandes remedios!» Después de unos cuantos experimentos, nos aconsejó que no nos tumbásemos, porque la horizontalidad acentuaba la derrota del cuerpo, amplificando los movimientos de la edificación; era mejor quedarse sentado, con la cabeza erguida, o de pie, fijando la mirada en un punto lejano. Luego nos sugirió valernos de un procedimiento

que había recomendado anteriormente a las mujeres embarazadas: masajear el interior de la muñeca, a tres dedos de la palma de la mano, donde la piel se ablanda, sostenida por ligamentos internos. Rápidamente, noté que mi mareo se desvanecía[24].

Noura recuperaba sus innegables reflejos y se comportaba como la hija de curandero que era. Circulando de enfermo en enfermo, repartía menta para masticar a fin de combatir el desánimo e indicaba en cada antebrazo el punto para masajear con regularidad. Como a los pasajeros les costaba concentrarse, trazó dicho punto con la ayuda de un tinte vegetal. Aprovechó para dibujar un segundo punto, bajo la clavícula, en el nacimiento del brazo: la presión ejercida en él procuraba una sensación de bienestar[25].

En cuanto a Barak, aunque sometido a cabeceos y balanceos, se movía rápido, vigoroso, con comodidad, pese a su pata de asta de venado, reparando aquí y allá las juntas del navío que amenazaban con saltar.

En aquel tumulto, el hijo de la Cazadora no atraía la atención de nadie, lo que me quitó un peso de encima. Había avisado a Barak acerca de la patraña que Derek y yo contaríamos a los curiosos, cosa que mi tío aprobó con firmeza. Sin embargo, la revelación de la peculiaridad física de Derek lo intrigó sobremanera.

—¿Cómo es que tiene dos dedos unidos? Normalmente, eso distingue a los primogénitos de nuestra familia desde hace generaciones. Consultemos a Tibor.

Se las arregló para que en algún momento nos encontrásemos solos el curandero, él y yo.

Temiendo que Noura pudiese sonsacar a Tibor, actué con cautela: le dije que Derek, el día anterior, durante un rescate milagroso, había recogido a su hijo Cham.

—¿Su hijo? —repitió Tibor.

—El hijo que tuvo con una Cazadora.

—¿Te ha contado eso?

—Sí.

—¡Hay que ser caradura! —gritó Tibor.

Ante sus sospechas, sentí mi secreto en peligro.

—No hay duda: su hijo presenta la misma característica que él.

—¿Cuál?

—El tercer y cuarto dedo están unidos por la piel.

Tibor se tomó su tiempo, antes de replicar:

—Como tú.

—Nada que ver.

Tibor me escrutó un buen rato y dijo entre dientes:

—Ah, ¿no?

No me creía. ¿Qué es lo que sabía? ¿Cómo había deducido la relación entre Cham y yo?

Sus rasgos se tensaron, su piel adquirió una consistencia cerosa. Clavó sus ojos en mí y me reconvino.

—Noam, ¿con quién estás hablando, con Tibor o con el padre de Noura?

Palidecí. Continuó, severo:

—A Tibor puedes decirle la verdad. Al padre de Noura, no.

Me agarró del brazo.

—Aquí es Tibor el que te escucha. El padre de Noura se ocupa de otros asuntos.

Agarré sus manos.

—Gracias por liberarme. Vales más que yo, Tibor, no mereces que te mienta. Hice ese niño cuando me fui de la aldea, al casarse Noura con mi padre. ¿No tenía derecho?

—Por supuesto. Solo que Noura no te lo perdonará. Quiere serlo todo para ti. Tú lo eres todo para ella.

Asentí y murmuré:

—Por eso a Derek y a mí se nos ocurrió esta patraña. Así Cham se convierte en su hijo.

—¿Te parece creíble?

—Sí.

Tibor se volvió hacia Barak.

—¿Y a ti?

Barak se ruborizó dubitativo, agitando los brazos en el aire.

—Derek no va detrás de las chicas, no le interesan demasiado, Noam. Acuérdate de lo que te respondió cada vez que le dimos la oportunidad de pasarlo bien.

—«Preferiría no hacerlo.»

Barak masculló la fórmula que componía el misterio:

—«Preferiría no hacerlo.» ¡Qué tipo el Derek! De ahí a pensar que nunca ha tocado a una mujer…

Tibor se incorporó, sacudiendo el agua de su abrigo.

—Si os parece verosímil, no diré nada.

Lo contemplamos perplejos.

—¿No dirás nada… sobre qué?

Enarcó las cejas.

—Sobre nada.

Se había encerrado en su mutismo. Era inútil insistir y, sin embargo, le pregunté:

—¿Por qué tiene Derek nuestra característica, los dedos pegados?

—Pregúntale a él. La causa de esa peculiaridad es seguramente el origen de todas sus desdichas.

—¿Sus desdichas? —preguntó Barak.

—Sí.

—¿Consideras desdichado a Derek? —me sorprendí a mi vez.

—¡Un gran desdichado, sin duda! El pobre…

Barak y yo intercambiamos una mirada de desconcierto. Nosotros considerábamos que Derek era raro, diferente, pero en absoluto digno de lástima.

—Un grandísimo desdichado —se reafirmó Tibor—, razón por la cual desconfío tanto de él…

Y, acto seguido, se fue.

Aunque vomitásemos, teníamos que alimentarnos. Con la ayuda de Noura, comencé a hacer un inventario de los alimentos que transportábamos. La operación llevó su tiempo. Cada cual guardaba provisiones en secreto y consideraba que solo le concernían a él y a sus familiares, sin pensar en añadirlas a una reserva colectiva.

Me las vi y me las deseé para crear un fondo común de los recursos, para convencer a los pasajeros de que varios seríamos más fuertes que uno o dos. Me compadecí de los que se resistían a compartir —«¡Vaya, solo tienes eso! Lástima, en comparación con los demás… Buena suerte»—, lo que los incitó a temer que no participarían de la abundancia.

Una vez que se hubo reunido todo en una pieza, organicé la vigilancia: Vlaam y Barak se turnarían de guardia ante de la puerta.

En realidad, tanto Noura como yo sentíamos una especie de vergüenza. Poniendo el foco en el acopio de bienes y organizando la defensa de la despensa como la de un tesoro monumental, hacíamos creer que nuestras reservas nos llevarían lejos. Pero lo que habíamos almacenado no era gran cosa. Además, para tener éxito en la distribución, habría que determinar el número de días que podríamos aguantar. ¿Dos? ¿Diez? ¿Cuarenta? Después de cuarenta días, ya estaríamos muertos…

Ante la duda, el racionamiento cambió de objetivo: pasar hambre desde hoy para pasar hambre el mayor tiempo posible.

—Ojalá que el Lago se calme —imploró Noura.

—Y que vuelva a descender —añadí yo.

Lo que no percibíamos todavía era una penuria grave, la del agua.

Estábamos rodeados de ella, corría bajo nuestros pies, sobre nuestras cabezas, contra nuestro pecho con cada ola que barría la cubierta: ¿cómo sospechar que escasearía?

Cuando recibimos las salpicaduras sobre nosotros, cuando nuestra lengua lamió los labios, descubrimos en las gotas un sabor extraño, inusual. Llegamos a la conclusión de que provenía de la espuma. El agua batida se degradaba. Tanto golpe, tanto embate, tanto vuelco y mezcolanza la adulteraban dándole aquellos acres resabios de salmuera. La misma agua, calmada, tranquila, recuperaría el sabor del lago… Nosotros no conocíamos más que el agua del cielo, de los ríos, un agua dulce, pura, cristalina, que bebíamos desde siempre. Que existiera otra, un agua revuelta, salada, cuya ingesta nos haría enfermar eventualmente, no se nos pasaba por la cabeza.

La segunda noche se abatió sobre nosotros.

*

Generalmente, la violencia es pasajera. Surge de la crisis. Tan pronto como persevera, la muerte la abrevia. Al abolirlo todo, la muerte pone fin, si no a la violencia, al menos al sufrimiento derivado de ella. En el fondo, la muerte pertenece a la panoplia de la felicidad, la supervivencia a la de la tortura.

Nuestra tempestad se eternizaba… La alternancia de las crestas y de los valles líquidos nos agotaba. Deseábamos que la embarcación se desencuadernase de una vez por todas, en lugar de tener que soportar continuamente aquellas sacudidas traicioneras. ¡Cuántos silencios borrados de un plumazo! ¡Cuántas treguas inmediatamente desmentidas! ¡Cuántas encalmadas engañosas! Las falsas esperanzas agotan. La desesperación total nos parecía envidiable.

Después de muchos días con sus noches, teníamos el trueno debajo y el trueno encima. Nuestros sentidos permanecían aturdidos. Nuestros estómagos aullaban de hambre y luego rechazaban los magros alimentos absorbidos.

Mamá, extenuada, ya no salía de su reducto. Solo Barak estaba autorizado a entrar allí. En cuanto a Noura, se revelaba mejor esposa de jefe que yo jefe. Infatigable, siempre a disposición de todos, prodigaba sus cuidados a los necesitados, escuchaba sus quejas, trataba de ayudar. Por la noche, se reunía conmigo en nuestro lecho y hacíamos feroz e intensamente el amor, estimulados por la idea de que cada vez podría ser la última.

Derek, después de un tiempo dedicado a dejarse ver, había vuelto a la vida social y conversaba mucho con los pasajeros. Con su hijo Cham en el regazo, ganaba ascendencia sobre ellos. El poder hipnótico de su voz apaciguaba y él proponía tranquilizadores remedios religiosos: rezar, cantar, hacer ofrendas al Lago.

Aunque suspicaz, muy consciente de que Derek era un virtuoso de la patraña, preferí no cuestionar la legitimidad de sus afirmaciones espirituales. Lo dejaba intervenir porque calmaba y revitalizaba al grupo. ¡Qué más daba que mintiese, que inventase, si reconfortaba! Manteniendo ocupados a los impotentes miserables en que nos habíamos convertido, nos ponía metas, tareas —recitar tal o cual poema, cantar un himno, arrojar un objeto al agua—, persuadiéndonos de que interveníamos en nuestros destinos frágiles, amenazados, rodeados de la nada.

Vlaam, sin que nos hubiésemos puesto de acuerdo, compartía mi opinión. Tibor, en cambio, observaba aquella influencia con desaprobación.

—¡Menudo impostor! —murmuró una noche.

—Tú alivias los cuerpos, Tibor. Derek serena las mentes.

—Yo no alivio los cuerpos administrándoles lo que me viene en gana. Mientras que él alivia las mentes diciendo lo que le da la gana.

—Las mentes son más influenciables que los cuerpos…

—¡Más manipulables! —puntualizó, dolido.

Me costaba interpretar el comportamiento de Tibor para con Derek. Por un lado, sentía lástima por «aquel desdichado»; por otro, no soportaba verlo ni oírlo. Cuando le pedí que se explicase, respondió:

—No hablemos más de Derek. Es un mal necesario.

A mí, su forma de mimar al niño y consolar a los aldeanos me parecía un bien necesario.

*

Todo cesó de repente.

El Viento huyó, la Ola se deshilachó, los ruidos se apagaron en las aguas.

La calma chicha nos asustó. Cortaba. Habríamos tenido menos miedo si los furores hubiesen decrecido lentamente, sí, nos habríamos acostumbrado a acompañarlos, a medirlos, a animarlos. El cese repentino de las hostilidades nos hizo temer una artimaña: un golpe supremo y definitivo nos tendía una emboscada detrás de aquella insólita tregua.

Salí con cautela a cubierta.

Amanecía. El sol brillante, reverberando en las olas, me deslumbró. Parpadeando, mis ojos se acomodaban a aquel derroche de luz, tanto aérea como líquida.

A mi alrededor, las olas se habían adormecido. En el cielo exhausto, despejado por el Viento, no quedaba ni una nube. Ningún pájaro

gorjeaba ni hendía el azul. El silencio parecía virgen, tímido.

Un suave chapoteo ambiental había sucedido al estruendo de las trombas espumeantes. El lago que siempre había conocido me parecía un poco más agitado y vivo, ahora sin animosidad.

Apaciguado, el corazón del mundo contenía el aliento.

Al unísono con la momentánea calma física, sentí la calma espiritual. Dioses y Espíritus ya no luchaban, Ola y Viento se habían replegado, el sol brillaba, el Lago reanudaba su vida soñadora. El alejamiento de las embestidas me proporcionaba, si no dicha —en aquellas condiciones cómo cantar o bailar de alegría—, sí un intenso bienestar, un profundo agradecimiento, un consuelo milagroso.

Algunas convalecencias no ofrecen la vuelta a la normalidad, sino la superación de una etapa; la enfermedad enseña; en la escapada se crece. Aquella mañana, yo no volví banalmente a la existencia, la aprendí de nuevo, la redescubrí, desvelé sus riquezas insospechadas.

Noura se reunió conmigo y contemplamos el panorama cogidos de la mano.

Agua por todas partes. Agua hasta el infinito. Cuántos horizontes. Un horizonte circular. ¿Todo el universo se hallaba sumergido?

¡No más preguntas, por favor! Un poco de felicidad.

De momento, Noura y yo gozamos del absurdo favor de estar vivos, impregnándonos del aire, de la claridad, del espacio, del calor, de la paz. Aunque adivinásemos que detrás de cada regocijo se escondía una preocupación —¿tocaríamos tierra algún día? ¿Cuándo? ¿Comeríamos? ¿Resistiría la embarcación?—, pospusimos la incertidumbre hasta más tarde. Alimentados por la taciturnidad de los elementos, saboreamos la primera victoria antes de librar nuevas batallas.

—Te quiero, Noam.

Recostó la cabeza en mi hombro.

—Porque te quiero, nunca me asusté, tuve confianza.

Noura, tan poco dada a las confidencias y a dejarse llevar por ellas, me conmovió. Traté de responderle sin éxito. Contrariamente a ella, sin menoscabo de mi amor, yo había conocido el pánico, la consternación, la desesperación. Se confirmaba lo que siempre había supuesto: Noura demostraba ser más fuerte que yo.

—Si bajan las aguas, reconstruiremos el mundo —añadió—. Y quiero que lo edifiques a tu imagen y semejanza: justo, franco, sin mentiras.

Me estremecí. Noura me idealizaba apasionadamente, lejos de imaginar cuántas concesiones había aceptado ya, como jefe y como marido.

En el interior de la embarcación, Cham lloró de hambre.

—Escucha el canto del alba —dijo Noura, sonriendo.

Cerré los ojos, temiendo que percibiese mi pánico. Se relajó completamente en mis brazos, sensual.

—Muy pronto, tendremos a nuestro hijo gimoteando.

Con un nudo en la garganta, fui incapaz de pronunciar una palabra. Varios pensamientos se agolparon en mi mente: ¡Ojalá no sospeche nada! ¿Por qué no queda encinta?

La realidad, al acecho, empañaba la felicidad.

Poco a poco, los supervivientes fueron subiendo a cubierta haciéndose cargo de la situación. No sentían la emoción que nos había embargado a Noura y a mí; miraban a su alrededor recelosos.

—¿Dónde está la tierra? —preguntó Vlaam.

—¿Aguantaremos mucho tiempo con nuestros víveres? —se alarmó Tibor.

—¡La embarcación se halla en un estado lamentable! —señaló Barak.

Mamá salió de su cubículo y me creí víctima de una alucinación: sus cabellos, antes de un castaño brillante, ahora eran blancos como la nieve. Avanzaba a tientas, deslumbrada, tratando de mantener el equilibrio. Al ver nuestro asombro, barruntó una anomalía.

—¿Qué pasa?

Maquinalmente, tiró de sus largas trenzas hacia adelante y descubrió su repentino encanecimiento. Chilló:

—¡Barak!

Barak corrió hacia ella.

—¡Barak! ¿Qué me ocurre?

El coloso la estrechó amorosamente contra sí.

—Ocurrió la primera noche, corazón mío. Te queda muy bien.

—¿Que… me… qué…? —tartamudeó mi madre.

—Te hace más dulce. Estás preciosa. De hecho, te pareces más a ti misma que antes.

—¿Que me parezco a mí?

Más allá de la convicción amorosa, percibí la pertinencia de lo que afirmaba Barak: antes, Mamá era una beldad; ahora, además, era preciosa. El tono plateado suavizaba la nitidez de sus facciones, la coquetería sustituía a la insolencia, el encanto relevaba a la autoridad, la finura de las múltiples y minúsculas arrugas reflejaba la delicadeza de su alma, un alma herida, experimentada, valiente. Entre lo precioso y lo bello hay la misma diferencia que entre un rostro que ha sufrido los reveses de la vida y el que se prepara para afrontarlos.

—Demos gracias a los Dioses por haberse pacificado —exclamó

Derek—. Postrémonos, pongamos las palmas de las manos sobre la cabeza, elevemos nuestras preces.

Tibor me dirigió una mirada que significaba: «¡De vuelta con las monsergas!». Fingí no darme cuenta y me arrodillé como los demás.

Derek salmodió fórmulas abstrusas —pues claras no habrían inspirado a nadie—, que repetimos a coro, y luego entonó un himno.

Una vez más, admiré el sin par esplendor de su voz. Carnosa, suave, podía aterciopelarse como ahuecarse, mostrarse penetrante en los agudos y pastosa en los graves, coloreando su timbre de destellos argentinos. Cuando cantaba, Derek concitaba mi adhesión. Su luminosidad lo liberaba de sus sombras, hipnotizaba y serenaba. ¿Era diferente? ¿O era él mismo?

Cham, arrebujado, descansaba a sus pies y lo escuchaba fascinado. En ese momento, al ver su admiración, no me arrepentía de habérselo confiado a Derek.

Por desgracia, los días y las noches siguientes arruinaron la armonía de aquella gloriosa mañana.

Habíamos escapado al peligro del huracán, pero nos esperaban las amenazas restantes. La inhospitalidad había cambiado de rostro: el hambre, la sed, la espera, el tedio, la desesperación.

La calma después de la tormenta trae otra prueba distinta a la tormenta. Deambulábamos sobre olas sin orillas. Cualquier punto fijo se había desvanecido: nada aparecía a lo lejos salvo el infinito. No podíamos afirmar que estuviésemos perdidos puesto que no había ningún camino ni punto de referencia. El único indicio nos lo proporcionaba el sol, por su nacimiento y su ocaso. ¿Para qué? No solo no sabíamos adónde ir, sino que flotábamos, no navegábamos; ningún remo, ninguna vela nos permitía elegir entre dirigirnos aquí o allá.

La embarcación había sufrido terriblemente por la tormenta y, a despecho de las repetidas intervenciones de Vlaam y Barak, amenazaba con acabar en pecio.

Un lento cataclismo sucedía al cataclismo espectacular. Ahora librábamos una guerra desprovista de brutalidad y de enemigo. Íbamos a la deriva, impotentes, inactivos, aislados en medio de un campo de batalla inconmensurable sobre el que no se llevaría a cabo ningún asalto.

Si la tempestad es un asesino violento, el naufragio es un frío homicida. Metódico, invisible, insidioso, se toma su tiempo. Amaga, zigzaguea, se deleita con nuestra impaciencia, con nuestros nervios que flaquean, con nuestras entrañas ardientes de sed, con nuestros

vientres que ladran de hambre. No hay retraso, ni dilación, ni letargo que lo desanimen: al contrario, disfruta con ello.

Muchos de los que habían resistido en los peores momentos carecían de fuerza. Habiéndolo dado todo en el breve combate, no les quedaba energía para seguir adelante. Las heridas se infectaron. Se declararon enfermedades. Descubrimos que el agua salada no apagaba la sed; al contrario, hacía la sed acuciante, inextinguible, incitando a beber de nuevo, lo que la acentuaba en un círculo vicioso y fatal. La deshidratación destrozó a uno de mis cuñados, que aprovechó la noche para ahogarse.

Afortunadamente, las lluvias habían llenado algunos toneles. Mezclada con el agua del cielo, el agua del mar perdió un poco de salinidad y quemaba menos nuestras bocas.

Los alimentos disminuían. El racionamiento se convirtió no en un reparto de la comida, sino en un control de la penuria.

La privación nos minaba. Nuestras caras se hundían, nuestros cuerpos se vaciaban de sus músculos, de su grasa. Tez gris, boca seca, labios agrietados, cabello áspero, pómulos tumefactos, párpados enrojecidos, parecíamos cadáveres. Excepto Noura, que se reponía con una simple manzana, o Derek y Cham, que triunfaban sobre la abstinencia. Entre nosotros, Barak y Tibor, aunque debilitados, proseguían con sus actividades gracias a su dinamismo altruista, mientras que la mayoría se hundía en un letargo que economizaba sus movimientos, sus miradas, sus palabras.

Una esperanza nos arrancó de la apatía: el lago evolucionaba. Ahora que mostraba una superficie plana, animada por pequeñas olas, se cubría de materias que ascendían gradualmente de las profundidades. Vigas, ramas, troncos, despojos de animales en descomposición, extremidades de individuos de carne putrefacta cuyos colgajos ya no conservaban apariencia humana. Todos los días afloraban a la superficie carroña, restos y desechos del viejo mundo. Deambulábamos entre los detritus en una atmósfera infestada de pestilencia. Sin embargo, aquí y allá divisamos ramas donde persistían algunos frutos, o piñas dispersas cuyos piñones recogíamos. Barak se zambullía regularmente en aquel estanque abismal de carroñas y, procurando no tragar líquido, esquivando los cadáveres, cerrando las fosas nasales a sus emanaciones mefíticas, nos traía algo de comer.

Una mañana Tibor y él vinieron a consultarme.

—Noam, ¿tú crees que con nuestros sacos de grano podríamos haber embarcado ratas y ratones?

—¿Por qué?

—La cantidad disminuye sin que nadie entre en la reserva —afirmó

Tibor.

—Allí solo entramos nosotros —precisó Barak—. Uno de nosotros vigila constantemente el acceso. En caso de ausencia, Vlaam lo suple.

—Tengo total confianza en Vlaam —añadió Tibor—. Hay ratas a bordo.

—¡¿Qué?! —exclamé—. ¿Esa plaga se da un festín mientras nosotros nos morimos de hambre?

Barak bajó la voz:

—Por la noche, cuando vigilo, suelo oír algunos ruiditos. No les hacía mucho caso porque este cascarón chirría por todas partes. De todas formas, no hace mucho revisé la reserva de arriba abajo, escudriñé, palpé… Por más que busqué, no encontré dónde se esconden.

—En tierra —intervino Tibor—, les colocaría trampas. Sin embargo, dadas las circunstancias, ¡me niego a desperdiciar la menor migaja comestible!

Les propuse deslizarme en la reserva por la noche para sorprender a los roedores.

—¡Excelente idea!

Con la luna, introducido por Barak, esa noche de centinela, me tendí entre los sacos, inmóvil, en silencio, esperando que mi olor no alertase a los saqueadores.

Durante mucho tiempo no pasó nada. Luego escuché leves rasguños que no evocaban ni patitas corriendo por el suelo ni roeduras, sino que indicaban, por su insistencia, un hurto meticuloso.

Me acerqué a rastras, pacientemente, sin hacer ruido. Las ratas no me habían olido, las rasgaduras continuaban.

Me incliné hacia el rincón de donde procedía el ruido: una mano, pasada a través de una trampilla del tabique, había rasgado la tela y extraía cuidadosamente los granos.

El ladrón estaba de pie detrás de la pared. A poco que pensase, hubiera determinado quién dormía allí, pero no fue necesario. La enorme mano tenía un signo inconfundible: la piel ligaba dos de los dedos.

Agarré el puño con firmeza. Un grito brotó detrás de las tablas. La mano, asustada, luchó por escapar de mi presa.

—¡Soy Noam! —musité contra la madera. La mano dejó de resistirse—. Quédate quieto. Voy ahora mismo.

Cuando solté mi presa, la mano desapareció velozmente tras la pared.

Crucé la despensa, esta vez sin precauciones. Barak me abrió la puerta.

—¿Has atrapado las ratas? —preguntó en voz baja.

—Una sola, muy grande, un gigante.

—¡No!

—Derek.

Atónito, Barak guardó silencio. Su amistad con Derek acababa de encajar un duro golpe. Aturdido, balbuceó:

—¿El que no para de soltarnos sermones sobre la solidaridad? ¿El que nos hace cantar himnos sobre compartir? ¿El que inculca el bien, el malo?

Caminé hacia su cuchitril. Cuando llegué allí, Barak me gritó:

—¡Haz lo que tengas que hacer, Noam! ¡No te dejes cegar por la amistad!

El valeroso Barak, de corazón magnánimo, insistió:

—Si quieres que el grupo permanezca unido, castiga a cualquiera que lo ataque.

—Esa es mi intención.

Y entré en el cuarto de Derek.

Sentado en su jergón, apenas visible en la oscuridad, mecía a Cham en su regazo y lo alimentaba de grano. Me susurró:

—Suelo masticárselo. Es más fácil de tragar. Y de digerir.

Descifré de inmediato el sistema de defensa por el que había optado Derek y decidí burlarme de él:

—¿Robas para alimentar a tu hijo, Derek?

Levantó la cabeza y me dirigió una sonrisa pérfida.

—¿Mi hijo? Me siento muy halagado…, creía que era el tuyo.

Después de la abnegación, me asestó el segundo argumento de su defensa: la amenaza.

Alzó al niño.

—Y, como no es mío, te lo devuelvo.

Cogí a Cham y lo posé en mi regazo. Impávido, el bebé cerró los ojos.

—Sabré cuidarlo, gracias.

—¡Seguro! —aprobó—. Y Noura también. ¡Qué no daría ella por criar a un bebé! Solo que será mejor que no sepa de quién es.

Su tercer argumento me golpeó en el estómago: el chantaje.

Inspiré para tranquilizarme y le expliqué en un tono controlado:

—Tu conducta es intolerable, Derek. Has robado.

—Oh, muy poquito.

—¡Sí, muy poco, pero de muy poco! Pronto moriremos de hambre.

—Siguiendo tu razonamiento, ¿debemos morir todos juntos? ¿Al mismo ritmo?

—¡Imbécil!

—Quieres compartirlo todo, lo que hay y lo que no hay.

—Soy el jefe, Derek.

—Eres el jefe, de modo que haces lo que quieres.

—Soy el jefe, de modo que no hago lo que quiero.

—¡El jefe es libre!

—¡El jefe es responsable!

—No eres consciente de tus privilegios.

—No tengo privilegios, sino deberes. Mi misión es mantener el orden para que eventualmente, un día, desembarquemos vivos el mayor número posible. En consecuencia, condeno tu robo. Lo confesarás y te disculparás públicamente.

—¡Jamás!

—¡Mañana por la mañana!

—¡Ni lo sueñes! Yo desempeño otro papel aquí. Les doy esperanza, los reconforto. Me necesitan. Igual que Vlaam, harás un trato conmigo porque soy útil.

—Si los supervivientes descubren que los has traicionado, no van a estar muy contentos. No olvides que los sermoneas, les ordenas rezar, les comunicas los deseos de los Dioses.

—Precisamente. Si les pido perdón no volverán a escucharme.

—No quiero que te escuchen más, Derek. Me niego a permitir que los que están a mi cargo depositen su confianza en un mentiroso y un ladrón.

Se puso rígido, el rapapolvo avivó el odio en sus ojos.

—¡Retira esas palabras, Noam!

—Jamás. La gente tiene que verte como eres.

La cólera le sacudía las extremidades con temblores. Me apuntó con la barbilla y me miró.

—Entonces Noura te verá como eres.

Me estremecí a mi vez. Consciente de su ventaja, pujó todavía más:

—¿Exiges que hable? Hablaré.

Exhibió una sonrisa altanera.

—No podrás amordazarme.

La solución se me impuso. Sin la menor vacilación, blandí el puñal. Puesto que nos perjudicaba, puesto que me perjudicaba, lo eliminaría.

Cuando vio el arma que estaba a punto de abatirse sobre él, gritó con los ojos en blanco:

—¡Eres mi hermano!

Llevado por el impulso, mi brazo descendió sobre él, pero, en el último momento, desvié el filo, golpeando su pecho con un puñetazo sordo que lo aturdió.

Lo agarré por el cuello y lo sacudí.

—¿Qué has dicho?

Inerte, sudando a mares, con el rostro deformado por el pánico, balbuceó:

—Eres mi hermano.

Lo estrangulé vociferando:

—¡Mientes!

Sollozó, entre tartamudeos e hipos:

—Te lo juro. Tengo la prueba: la marca.

Y, con la mirada, señaló mis dedos pegados, semejantes a los suyos.

—Soy el primer hijo de Pannoam.

Se percató de mi vacilación y, tragando saliva, encontró la fuerza para añadir:

—Mi madre me concibió con Pannoam.

—¿Cuándo?

—Antes que a ti. Antes de conocer a Elena.

—No te creo.

—Soy tu hermano mayor, Noam.

Disgustado, le solté el cuello, empujé hacia atrás aquel cuerpo que apestaba a angustia, a cobardía e hipocresía y me apoyé contra la pared, con la cabeza entre las rodillas, murmurando «No, no, no», como un niño castigado.

Derek controló la respiración sofocada, se aclaró la garganta varias veces, carraspeó, tosió y luego me apuntó con el índice.

—¡Has tardado mucho en darte cuenta! Yo me di cuenta tan pronto como te vi.

Me pregunté si en mi fuero interno una parte de mí no lo había adivinado enseguida; en cambio, otra parte lo había rechazado de plano.

—Desde luego, no eres el hermano con el que soñaba, Derek.

Mi comentario le hizo daño. Nunca lo había herido hasta ese punto, ni siquiera al tacharlo de mentiroso y ladrón.

Se apartó de mí tanto como pudo y permaneció postrado, jadeante todavía.

Le ordené tajante:

—Dame detalles.

Levantó los ojos y me miró, vacilante. Al cabo de un silencio interminable, cedió:

—Soy un bastardo y…

—Creía que en tu presencia no se podía pronunciar esa palabra.

—Efectivamente. Solo yo puedo pronunciarla. Así que soy un bastardo, concebido por mi madre con un hombre que no era su marido, un término aberrante que sugiere una falta, una degradación

de origen, un nacimiento inferior. Ahora bien, no renuncio al orgullo de ser descendiente de Pannoam y de mi madre. Soy hijo de un jefe ilustre y de una esposa de jefe.

Sus afirmaciones lo animaron a continuar:

—Azrial, mi padre putativo, lo sabía y lo aceptó encantado. Primero, porque su hijo Vlaam me precedía y heredaría el poder. Y, luego, perdonó a mi madre porque estaba…, ¿cómo lo diría? Estaba…

—¡Enamorado de tu madre! —terminé la frase, harto de oírlo andarse con tantos remilgos ante la evidencia.

Derek se rio entre dientes.

—¡Querrás decir enamorado de Pannoam! Sí, cuanto más lo pienso, más me convenzo de que Azrial estaba colado por tu padre. Mi padre. Nuestro padre.

—¡Basta de insanias!

—¡Sí! No se cansaba de hablar con él ni de ofrecerle hospitalidad. Se le iluminaba la cara al ver a Pannoam, solicitaba sus consejos, los celebraba, andaba en trapicheos con él. Si hubiese sido mujer, seguro que habría actuado como mi madre… Azrial nunca me reprochó mi ascendencia, me trató amablemente, muy amablemente, como a su hijo, incluso mejor. ¡Pregúntale a Vlaam! Educado severamente con vistas a la sucesión, Vlaam hubiera dado cualquier cosa para que Azrial se ocupase de él tan cariñosamente como lo hacía conmigo. Sospecho que mi padre putativo se sentía honrado de criar a un hijo de Pannoam en casa…

Se puso serio.

—Adoraba a mi padre putativo. Un buen hombre. Nada que ver con Pannoam, ¿no?

Me miró fijamente, esperando mi respuesta. Soslayé su mirada. No quería hablar de Pannoam con nadie. Y mucho menos con él. Desvié la conversación:

—¿Trataste a Pannoam?

—Nos visitó tres veces. Cuando cumplí un año. Cuando hice cinco. Y cuando cumplí nueve años. Recuerdo la última visita. Él…

Derek se perdió en sus recuerdos. Lo presioné:

—¿Y?

—¡Y nada!

Golpeó las paredes a su alrededor. Los golpes sustituyeron las palabras. Cuando se hubo desahogado, gruñó:

—Odio a Pannoam. Un hombre horrible. Daría cualquier cosa por no haber heredado nada suyo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Me dejé llevar por un impulso de simpatía.

—¿Qué te hizo?

Derek, con la mirada extraviada y la boca torcida, se dejó caer al suelo.

—¿Y a ti? ¡Horrores como a mí, supongo! No podía evitarlo. Su ansia de poder y su egoísmo prevalecían sobre todo y sobre todos.

—Tienes razón —admití casi sin querer—. Tardé demasiado tiempo en darme cuenta.

—Yo me di cuenta a los nueve años.

Tras pronunciar esas palabras se paralizó. Nada se movía en su rostro, ni sus labios ni sus pupilas. Parecía esculpido en la penumbra. En ese momento, fui consciente de la sagacidad de Tibor: «Un desdichado, un pobre desdichado». Y noté que sus desdichas no procedían de lo que me había desvelado, sino de lo que todavía ocultaba.

Confuso y atenazado por mi compasión, me levanté, le confié a Cham y le aseguré:

—No diré nada, Derek. Y tú tampoco. Tú dejas de robar, yo repongo la tabla y adiós rata.

Se esforzó en volver a la realidad, en asimilar las palabras que le había dirigido. Su mirada se iluminó débilmente y, con voz aguda, me susurró como a un niño:

—Gracias, hermano.

A pesar de mi recién descubierta compasión, aquella cercanía entre nosotros, fraternidad de sangre y solidaridad en la mentira, me empujó a alejarme más.

*

¿Qué aguardábamos?

Dejé vagar la mirada por la superficie del horizonte líquido. Nada se perfilaba. Constantemente me enfrentaba a lo inmenso. Inmensidad del cielo arriba. Inmensidad de las aguas abajo. Inmensidad de lo lejano alrededor.

Pero lo más opresivo era la inmensidad de lo desconocido. ¿Dónde estábamos? ¿Adónde íbamos? ¿Toda la tierra había sido anegada? ¿Bajaría el agua después de haber subido? Estábamos rodeados de enigmas.

Lo desconocido es el padre del terror. Los hombres huyen de la ignorancia. Cuando no llenan el vacío con un saber adquirido, lo llenan con la imaginación. En ese arte, Derek era un virtuoso: había transformado lo que nos ocurría en una historia lógica.

Según él, el Lago castigaba a los Dioses, a los Espíritus, a las Ninfas,

a los Demonios que no lo habían respetado. Había castigado a la tierra por haberlo manchado, a los ríos y arroyos por haberlo corrompido, al Invierno por haberlo helado, al Viento por haberlo molestado, agitado, golpeado, horadado. También había sancionado a los seres inferiores que proliferaban en sus orillas, esas fútiles criaturas que llevaban su existencia sin reverenciarlo; así había corregido a los animales por no haber hecho otra cosa que copular, engullir, dormir; y castigado a los hombres, que creyéndose una especie aparte se aislaban y desarrollaban el culto a sí mismos olvidándose del suyo. A todos les había recordado el Lago su superioridad manifestando su poder. Si había masacrado a tantos vivos era para llevarlos a la reverencia, a la devoción. ¿Por qué nos había salvado de aquel apocalipsis? Porque, entre nosotros, algunos no participaban de la frívola despreocupación: habían escuchado el mensaje del Lago, habían ejercido su clarividencia y se habían preparado. Derek adornaba su relato con oropeles de leyenda. Los primeros héroes, Tibor y él, habían recibido las señales del Lago. Posteriormente, Noam y Vlaam habían conducido a su pueblo a la decisión propicia. Finalmente, los aldeanos habían seguido a sus cabecillas y afrontado la prueba. Cubriendo de gloria a los dirigentes, Derek reconocía a cada uno su mérito, no solo su suerte, convenciéndolos de que no debían su supervivencia al azar, sino a la sumisión a sus jefes y, por añadidura, al Lago. Derek devolvía estima y orgullo a los míseros agonizantes del navío. Nos convertimos en los elegidos del Lago.

Derek me probaba lo que había reivindicado: su utilidad. Tibor, un curandero serio, un mago riguroso, jamás habría inventado un cuento parecido; en cuanto a Vlaam y a mí, éramos demasiado pragmáticos para integrar nuestras acciones en una epopeya divino-cósmica.

Conocer la duplicidad intrínseca de Derek me ofrecía la perspectiva de analizar mejor lo que predicaba. Su habilidad me confundía. En él, la marrullería se había aliado a la eficacia. Atribuyéndonos un papel esencial y admirable a Tibor, a Vlaam y a mí, no se limitaba a adularnos, sino que fortalecía nuestro poder y nuestra legitimidad. ¿Por qué íbamos a emprenderla con él? Su verborrea capciosa consolidaba la cohesión colectiva. Derek se protegía protegiéndonos; reducirlo a silencio nos debilitaría.

Una cosa me intrigaba: Derek jerarquizaba el universo. Antes del diluvio nadie habría colocado a un Dios por encima, sino por preferencia local o familiar. Nuestro mundo de entonces era variado, rico, pletórico, abigarrado, dispar. Dioses, Espíritus, Ninfas y Demonios convivían, con alguna que otra trifulca, pero mayormente en armonía. Derek nos anunciaba que aquel tiempo de juegos y risas

entre Dioses llegaba a su fin: sustituía los diversos cultos por un único culto, el del Lago, y nos sometía a un Dios superior a los otros Dioses. Un Dios soberano.

Aquello se reveló cruelmente juicioso. A medida que nuestro grupo exigía una cohesión sólida, desde el momento en que necesitaba un jefe fuerte y una obediencia absoluta, Derek describía a los aldeanos un reino de los Dioses reorganizado. Me di cuenta de que, muy a mi pesar, su talento de falsario me ayudaba tanto como beneficiaba a la comunidad[26].

—¿Por qué ya no hay percas y lucios en el lago? ¡Ni una mísera trucha!

Barak se rascaba furiosamente la cabeza escrutando la superficie.

—¡Con lo bien que le vendría una raspita a mi estómago!

La penuria se acentuaba. Cada día nos alimentábamos menos —para alimentarnos durante más tiempo—. Había doblado las guardias en la despensa y en el establo, tan seguro estaba de que el hambre incitaría a algunos a romper las reglas.

—¿Eso es un salmón? —se desgañitó Barak, indicando una mancha de espuma.

En las aguas se pudrían tantas partículas del viejo mundo que no se distinguía nada.

Detrás de nosotros, Derek profirió:

—Oremos al Lago para que nos favorezca y nos alimente de nuevo. ¡Oh, Lago, actúa como antes!

Algunas voces le hicieron eco; después, entonada por Derek, una invocación cantada se elevó al cielo bajo el sol devorador.

Barak se volvió hacia mí con socarronería.

—Lo que es yo, no pienso rezarle al Lago, prefiero visitarlo.

Y se lanzó a las turbias aguas.

Me dirigí al establo que desprendía un olor espantoso, pero deliciosamente terrenal, mezcla de bosta, de orina, de cuero de cabra, de madera podrida, de heno salado. Subsistían cuatro muflones y dos cabras, los otros animales habían muerto de miedo durante el huracán. Como todavía nos las arreglábamos para alimentarlos recogiendo y secando las hierbas flotantes, acabé por tapiar las puertas, por miedo a que los más hambrientos los matasen. Su leche nos servía más que su carne, porque además de mi hijo, Cham, había tres niños pequeños entre nosotros.

Al fondo de un cuartucho vecino, mi sobrino Prok de seis años, exangüe y aturdido, con las manos en el vientre desmesuradamente hinchado, respiraba con dificultad. A su lado, Tibor me hizo una señal de impotencia antes de susurrarme al oído:

—Tiene hambre. No tengo ningún remedio para eso.

—Barak ha ido a pescar.

—¿A pescar? ¿A pescar qué? Desde que el agua tiene ese gusto salobre, los peces han desaparecido. ¡Cualquiera diría que, como a nosotros, el agua salada los envenena!

Prok se agitó entre gemidos, con los párpados cerrados, buscando en vano una posición en la que sufrir menos. Contemplé con pesar a aquel niño cuyo padre y madre, mi hermana Abida, se habían ahogado durante la tempestad.

—La orfandad lo ha debilitado —suspiré.

—Para crecer no solo se necesitan alimentos, también razones para comer. Se crece mal sin amor.

Me agaché y le acaricié las sienes ardientes.

—No puedo recurrir a nuestras reservas, de lo contrario, todos estaremos igual pasado mañana.

Tibor se dio una palmada en la frente.

—¡Es insoportable, Noam! Yo no me hice curandero para ver morir a un niño.

—Y yo, ¿acaso me he hecho jefe para ver morir a un niño?

Mamá se unió a nosotros y trató de tranquilizarnos:

—No os canséis sin necesidad. Me encargo yo de velarlo. Si muere, al menos lo hará en mis brazos.

Se sentó con las piernas cruzadas, apoyando delicadamente a Prok contra ella. ¿El calor de una caricia? ¿El olor de su abuela? El niño dejó de gemir; su respiración se calmó.

La reacción del niño me infundió esperanza, y mi madre lo notó. Me reconvino con tristeza:

—No te hagas ilusiones, Noam.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, bajó la cabeza y se concentró en Prok tarareando una nana.

Me estremecí de emoción; conocía la dulce melopea desde siempre, porque Mamá me la cantaba, y ahora, al escucharla, volví a tener un mes, un año, seis años, como mi sobrino. Mi inteligencia adulta medía el milagro que representaba la canción de cuna: una garganta, atención y ternura conseguían hacer bajar del cielo la paz, la confianza.

En compañía de Tibor, gané el puente al que Barak trepaba con las manos vacías, apestando debido a los desechos que se le habían pegado a la piel.

—¡Ni un ser vivo en esa melaza!

La voz de Noura vibró:

—¡Mirad!

Señalaba por encima del parapeto un espectáculo lejano: un líquido que brotaba. El chorro, primero condensado, se esparcía en una nube de gotitas que se estancaban en la atmósfera antes de dispersarse. El fenómeno se repitió algo más lejos. Chorros de vapor a presión perforaban la superficie con regularidad.

—Jamás había visto nada semejante… —gruñó Barak.

De repente, una masa enorme salió ágilmente de las olas, terrorífica, la de un animal descomunal, oscuro, con un lomo interminable y un estrecho hocico, un ser de un volumen mayor que nuestro navío.

Conteniendo la respiración, nos preguntamos si estaríamos teniendo una pesadilla. El monstruo, propulsado por una fuerza invisible, hendía las olas silenciosamente a pesar de su gigantismo. Volvió a escupir y luego se hundió.

Me aferré a la borda, asustado.

—¿Qué es eso?

El mastodonte reapareció, sobresaliendo a medias del agua. Después de unos instantes de observación, Tibor declaró:

—A un lago más grande, peces más grandes.

—¿Qué? ¿Un pez, eso?

—¿Qué otra cosa?

Asentimos a regañadientes, abrumados por la lógica de Tibor, que, combatiendo nuestras reticencias, añadió:

—Todo cambia de proporciones. Si el lago crece, sus habitantes también.

—¡Nosotros somos una cáscara de nuez habitada por hormigas! —se desahogó Barak.

La criatura le daba la razón: en cuanto avanzase hacia nosotros, ¡nos barrería como motitas de polvo! Afortunadamente, se alejó, con una fluidez apacible, indiferente a nuestra presencia[27].

—De momento, ese… pez no nos ataca —señaló Noura.

—¿Y por qué iba a atacarnos? —preguntó Barak indignado—. ¿Porque es más fuerte que los demás?

A pesar —o a causa— de la tensión, sonreímos ante el pronto de Barak. Susceptible como era, se tomaba cualquier reflexión sobre los gigantes como una crítica personal. Prosiguió con vehemencia:

–¡Estoy harto de oír esas tonterías! ¿Por qué tendría que ser malo un animal grande? Un coloso no necesita morder, Noura. ¡Los malignos a menudo son pequeños, canijos! ¡Deberías temer más a una pulga o a un mosquito que a mí!

—No hablábamos de ti, Barak, sino de aquel monstruo de allí —repliqué, tratando de reprimir las ganas locas de reír.

—«Monstruo», ¡qué ligereza! Pues a mí vuestro monstruo me parece muy agraciado. ¿Habéis visto qué piel tan brillante, con ese gris precioso, más claro en el costado? ¿Y qué me decís de la estupenda aleta en el extremo del lomo? Me gusta vuestro monstruo. Me encantaría chapotear con él.

—¡Pues sumérgete, Barak! —exclamé.

Su ímpetu rabioso se aplacó cuando miró de reojo el agua sucia removida por la forma misteriosa. Gruñó:

—Más tarde.

—Más tarde —concluí—. Mejor no asustarlo. Nunca ha visto un bicho como tú.

—Eso es cierto —añadió traviesamente Noura.

Prorrumpimos en carcajadas. Barak se unió a nosotros con espíritu deportivo.

Un destello de alegría cruzó por los ojos de Tibor, que seguía mirando fijamente el monstruo.

—Buenas noticias, amigos. Si un pez así circula por aquí, eso significa que hay miles de otros peces.

—¿Cómo?

—¿Qué comen los peces? Peces. Flotamos en un universo caníbal. Bajo nuestros pies, los grandes devoran a los pequeños. Pronto pescaremos.

Lo aprobamos, convencidos de la veracidad de su análisis. Noura se estremeció ante el horizonte que blanqueaba.

—Papá, ¿y cómo fue capaz el Lago de crear tan rápido semejante animal?

—Pues…

Tibor se dio media vuelta y se alejó diciendo:

—Preguntadle a Derek. No hay pregunta para la que no tenga respuesta. A las gentes que no saben nada se las reconoce por eso: ¡lo saben todo!

Por la noche, Mamá me dijo que el niño ya no sufría: Prok se había dormido definitivamente en sus brazos. Como tantas veces en un momento grave, no lloró —derramaba lágrimas en acontecimientos benignos—, simplemente se apoyó en mí para no flaquear. Enmarcados por sus cabellos plateados, que mimaba todavía más que antes, sus rasgos revelaban un profundo cansancio, el agotamiento que aflige no solo al cuerpo, sino también al espíritu.

—Deberíamos ofrecer Prok al Lago —sugirió—. Se unirá a su padre y a su madre, que ya están allí.

¿Creía en lo que afirmaba? ¿Iba el chiquillo, inerte y rígido, a nadar

con pie firme hacia sus padres, que lo esperaban tranquilamente en el fondo? Adiviné, por su mirada perdida en la lejanía, que en absoluto se creía tan idílico desenlace, solo luchaba contra el caos, rechazaba la arbitrariedad que nos hace nacer y morir, proponiendo algo que conservase sentido. Sí, seguía cuidando de su nieto, de su hija, de su yerno: puesto que ya no podían vivir más que por deseos, por la imaginación, por símbolos, ella deseaba, imaginaba, simbolizaba.

Leyó mis pensamientos.

—¿Cómo lo sabes, Noam? Nadie lo sabe.

—Claro. La muerte sigue siendo una incógnita.

—¡Mejor así!

—¿Mejor?

—La adornamos de colores fastuosos. La consideramos valiente y justa. Y, a lo mejor, no es más que una cabrona.

—De acuerdo, Mamá: devolveremos a Prok a sus padres en el Lago.

—Es una forma de decirles que los seguimos queriendo.

Derek llegó a tiempo de oírle decir las últimas palabras. Examinó al niño.

—¿Queréis que me ocupe yo de todo? Rezaré por él y lo entregaré al Lago conforme a los ritos.

¿De qué ritos hablaba? ¿De los antiguos que perpetuaba, de los nuevos que inventaba?

Mamá lo miró de hito en hito. Como yo, sentía una desconfianza instintiva hacia él. ¿Cómo reaccionaría mi madre si llegase a enterarse de que viajaba codo con codo con el hijo que Pannoam había concebido con otra?

Estuvo a punto de rehusar y luego, demasiado cansada, aceptó la propuesta de Derek, que significaba un alivio para ella.

Derek me interrogó con la mirada para llevarse a Prok. Asentí.

—Por favor, obra discretamente, Derek. Cuantos menos veamos su cuerpecito hundirse en el agua, mejor para todos.

Derek levantó el cadáver con reverencia.

Lo inmenso no es lo lleno, sino el verdadero nombre del vacío. Mientras me encontraba delante de una profusión de agua, una abundancia de espacio, un derroche de luz, solo podía ver lo que faltaba allí, el suelo, un punto de referencia, un asidero. No percibía más que la ausencia. Me convertí en un detector de vacío.

Como mis compañeros, no había conocido ni el desierto, ni el mar, ni el océano, habiendo vivido en un perímetro delimitado, alrededor del lago rodeado de montañas, indiferente a lo que se situaba más allá de unos cuantos días de marcha. Había habitado un mundo que

desplegaba su centro y sus límites. Un vasto jardín feliz.

Ahora erraba sin rumbo en una superficie sin fin. Me preguntaba quién era el extraño. ¿El agua? ¿Nosotros? A veces designaba el agua, la conquistadora, la invasora, la desmedida, la que lo había aplastado todo y nos había expulsado; a veces juzgaba que nosotros éramos los parásitos, los únicos sólidos entre los fluidos.

Aquella mañana, acuciado por la sed, envidiaba al sol, que no necesitaba beber.

A mi lado, Noura observaba el cielo.

—Allí despuntan unas nubes. Pocas, pero…

—¿Qué nos auguras, Noura? ¿Una tormenta?

—La lluvia. Para recuperar el agua pura.

La besé. Nunca se quejaba, buscaba soluciones. En las antípodas de la Noura mimada, ávida de vestidos, de joyas, preocupada por pequeñas dolencias que la trastornaban exageradamente, demostraba una salud de hierro y comunicaba su energía a los demás. Sin embargo, durante aquella noche no logramos conciliar el sueño tras oír el ruido del cadáver infantil entregado a las olas. Sin confesárnoslo, ambos habíamos pensado en el futuro incierto, en nuestros embates amorosos, que por fuertes que fueran no dejaban a Noura encinta. Ella me había dicho:

—Mi vientre da pruebas de prudencia. No albergará a nadie hasta que nos posemos en tierra.

Era una observación atinada… Mamá me había hablado de mujeres que, por mucho que copulasen, no se quedaban embarazadas porque una reticencia interior impedía que sus entrañas se mostrasen fértiles.

Derek se acercó a nosotros frotándose las manos, radiante de felicidad.

—¡Noam, buenas noticias!

Había perdido tanto el hábito de aquel tipo de anuncios que dudé de mis oídos.

—¿Cómo?

Repitió, impaciente, con los ojos brillantes:

—Buenas noticias. Mientras ordeñaba en el establo para darle su ración de leche a Cham vi que había un muflón muerto.

—¿Y qué tiene de bueno esa noticia?

—Comeremos carne, Noam. Prepararé una olla con los trozos de muflón y las plantas que encontréis alrededor del navío.

Noura lo miró intrigada:

—¿Y de dónde vas a sacar el agua?

—El agua salada le dará sabor al guiso.

Se pasó la lengua por los labios, relamiéndose. Noura rio de alegría.

Yo lo felicité:

—Gracias, Derek. Muy buena noticia.

—Déjame cocinar a mí. Que no se te escape nada. Y que no me molesten. ¿De acuerdo? Ya verás, voy a organizar una fiesta estupenda. Y todo el mundo recuperará la moral.

Asentí con alegría. Noura me apretó el brazo, satisfecha.

Una vez más, me reconcilié con el lado altruista de Derek, aquel bicho raro capaz de lo mejor y lo peor.

Como Pannoam.

¿Como yo?

El almuerzo fue el más feliz que hubiésemos conocido desde el cataclismo. Derek había cocinado subrepticiamente —aunque no había logrado ocultar el humo— y, cuando llevó el estofado a la cubierta, los náufragos no daban crédito a lo que veían sus ojos.

Nadie se atrevía a tender la mano hacia el plato, ni siquiera Barak, listo siempre para atiborrarse, tan preciosa y milagrosa nos parecía semejante abundancia de carne y verduras hervidas.

—¡Que aproveche! —exclamó Derek—. Aún queda para esta noche y para mañana.

Tibor nos aconsejó masticar bien y tragar los alimentos lentamente. Dudo que alguien siguiera su consejo.

Después de semejante banquete, todo el mundo se retiró, unos a cubierta, otros al interior, para una siesta tanto más necesaria cuanto que un sol cruel nos castigaba. Sin un soplo de aire en aquel bochorno, sudábamos inmóviles.

Noura me rogó que le cediese la cámara para poder estirarse mejor, a lo que accedí encantado porque estaba a punto de quedarme dormido en el rinconcito de sombra que había encontrado fuera.

Mientras dormitábamos, sonó un grito. Me puse en pie de un salto. En mi carrera casi atropello a Noura. Tenía la mano sobre la boca para controlarse. Me dirigió una mirada atormentada.

—¿Qué ocurre, Noura?

—Cuando pasé por el cuarto de Derek, quise darle las gracias, asomé la cabeza y…

—¿Y qué?

—Y lo vi, dormido, desnudo.

—¿Y qué pasa?

Me miró dubitativa. Bromeé:

—¿Es la primera vez que ves a un hombre desnudo, Noura?

—Él es…, es…

Le costaba formular lo que había provocado su grito. Le apunté:

—¿Es tan escandaloso como para eso?

Me miró fijamente, se lo pensó mejor y aseguró:

—No tiene importancia. Me voy a descansar.

—¿Quieres que vaya contigo?

—¡No!

La respuesta había sido tajante, como en los tiempos en que tonteábamos, cuando ella alternaba el calor y el frío. ¿A qué venía aquel cambio? ¿Qué había hecho yo? ¿Qué no había hecho?

Me encogí de hombros, convencido de que no tardaría en enterarme.

Tan pronto como declinó el día, en el momento en que los matices se esfumaban, salvo en el horizonte que el sol inflamaba al tocar el agua, Derek nos invitó a un segundo festín. La felicidad se palpaba. Nos congratulamos por compartir un placer, no un miedo. Solo Noura, todavía de morros conmigo, se había empeñado en cenar en su cuarto.

Barak apareció en cubierta y me agarró del brazo.

—Ven —susurró—, y no te resistas.

Aunque hubiese querido, no habría podido, porque su abrazo de coloso me empujó dentro.

Se acercó al establo que vigilaba, desatrancó la puerta y me mostró los animales.

—¿Cuántos había antes?

—Seis.

—¿Seguro?

—Seguro. Cuatro muflones y dos cabras.

—¿Cuántos quedan?

Tuve que hacer dos veces el recuento antes de confirmar el resultado: había cuatro muflones y dos cabras.

Barak y yo intercambiamos una mirada de estupefacción y luego, presa de una angustia repentina, corrí hacia Derek, que saboreaba su guiso.

—Derek, no falta ningún animal. ¿Qué nos has dado de comer?

Me sostuvo la mirada.

—No cuentas bien.

—Cuento perfectamente. ¿Qué nos has servido?

Se levantó, desplegó su largo cuerpo famélico y me miró con desprecio.

—¿Te ha gustado lo que has comido?

Me descompuse, temiendo lo intolerable, y balbucí:

—Derek, no me digas que…

—Te ha gustado. A todo el mundo le ha gustado. No me vengas con escrúpulos, por favor.

—¿Te has atrevido a servirnos… hombre?

—Niño —me corrigió.

—Pero Prok…

—¡Uf! Ahórrame el numerito de ofendido, Noam. ¡Y todos vosotros también! No me vengáis con esas, podría haberme guardado todo para mí, y en cambio…

Un madero se abatió sobre su cabeza. Derek cayó redondo cual largo era.

Con el madero en la mano, Barak señaló el cuerpo tendido en el suelo.

—¡Muera!

Los náufragos lo corearon, escupiendo sobre Derek:

—¡Muera!

*

La noche es el reino de los ruidos. La embarcación crujía, la ola chapoteaba, la brisa silbaba, nosotros vomitábamos.

Nadie admitía lo que Derek nos había impuesto. Nos había mancillado. Regurgitamos la comida ingerida, tanto por repugnancia visceral como por convicción. Un hombre no come a su prójimo. Por supuesto que habíamos oído hablar de guerreros que devoraban el cerebro de sus enemigos para humillarlos, también nos habían contado la historia de un hijo que se había tragado el corazón de su padre para ingerir su bravura, pero nosotros prohibíamos aquellas aberraciones: el hombre se definía primero por la repugnancia respetuosa de sus semejantes. De lo contrario, ¿qué mundo habitaríamos? ¡Mejor el hambre que el canibalismo! Preferimos la muerte de un individuo que la muerte del hombre[28].

Mamá y Barak se revelaron los más afectados, sin duda porque eran los de mayor edad. Si no hubiesen respetado mi función —impartir justicia, castigar— habrían arrojado a Derek por la borda. Aquel depravado no solo había cruzado un límite sagrado, sino que el dominio que ejercía sobre las mentes, por sus cualidades de predicador y su voz fascinante, agravaba su culpabilidad. Solo él podía persuadir a cualquiera para aceptar lo inaceptable —lo había demostrado hacía poco—, lo que lo convertía en un nocivo destructor de prohibiciones. A los peligros del exterior —las rachas de viento, los remolinos, la canícula— se añadía una amenaza interna.

—¡A muerte! —había gritado Barak.

—¡A muerte! —habían coreado los aldeanos.

Caminé hasta el cubículo donde Derek, atado de pies y manos,

esperaba su ejecución. Había confiado a Cham al cuidado de Barak, el único que se había dignado acoger al niño, porque los supervivientes rechazaban con animosidad al «hijo de Derek», quien, nada más verme, preguntó con sarcasmo:

—¿Vienes a matar a tu hermano?

—No me has dejado elección.

Entre las afiladas piernas y los brazos interminables que ocupaban todo el espacio, Derek se obstinaba en encontrar una postura cómoda. Sin volverse hacia mí, irritado por el movimiento del navío, replicó:

—Siempre hay elección.

—Si no te ejecuto, dejaré de ser su jefe.

—Pobre Noam, nunca has sido su jefe: tú les obedeces.

No soportaba su condescendencia. ¿Quién se creía que era? ¿Se imaginaba en una posición tan alta como para mostrarse irónico y tener lástima de mí? Le respondí en el mismo tono:

—Pobre Derek, nunca has comprendido lo que era un jefe.

Tembló, sacudió la cabeza y fijó su mirada en la pared.

—Odio a los jefes.

—Pero son necesarios.

—¡Te pareces a tu padre! A nuestro padre…

—¿En qué?

—¡Jefe! ¡Siempre jefe! Pannoam se comportaba como jefe antes de comportarse como padre. ¡Tú también! Antepones el jefe al hermano.

Aunque tuviese razón, tal vez porque la tenía, repliqué, mordaz:

—¡Hermano! ¿Quién soportaría un hermano así? No eres un hermano, eres una vergüenza.

Levantó la barbilla con gesto bravucón.

—¿Cómo vas a matarme?

—Rápido.

—¿De qué forma?

Mi bolsillo escondía cordones de cuero para estrangularlo. Había elegido ese método porque no deseaba ver correr la sangre de Derek y mucho menos limpiarla. La estrangulación brindaba una ejecución rápida y limpia.

Frente a mi silencio, se dejó de bravatas y murmuró repentinamente febril:

—Date prisa…

Las lágrimas resbalaban por las mejillas pálidas, finas e infantiles. Los labios palpitaban de angustia. La tristeza lo rejuvenecía, borraba su frialdad, su rareza. Eso me desagradó.

—¡Derek, por favor!

—¿Qué?

—¡Muere como un hombre!

—Y encima me pides que te ayude…

Abusaba pidiéndole que se endureciera, pero me repugnaba matarlo. Sollozó, mirándome sin maldad.

—Él también me pidió que lo ayudase… «Compórtate como un hombre», decía… Y me esforcé en satisfacerlo…

Esta vez sentí que no mentía, que ya no se controlaba, que, aterrorizado y sincero, dejaba de interpretar un papel.

Me levanté lentamente:

—Él… Él, ¿quién?… ¿A quién te refieres?

—A Pannoam.

—¿Pannoam intentó matarte?

Derek apoyó la espalda contra la pared, cerró los ojos y respiró hondo.

—Tenía nueve años. Mi madre pensaba solo en ella, en su belleza excepcional. Se amaba apasionadamente. Jamás se ocupó de sus hijos. Le bastaba con haberlos traído al mundo, había pagado su tributo como mujer con sus partos y nos señalaba con reproche las minúsculas estrías que habían dejado sus embarazos sobre la tersura de su vientre. Unas tías nos criaron a Vlaam, a mis hermanas y a mí. Mi padre putativo, Azrial, nos prestaba algo más de atención. ¡Menudo cornudo! Dominado por su esposa, pero henchido de bondad. Pannoam nos honraba con su visita, él, el jefe glorioso, aquel del que tanto se hablaba en todo el Lago; todo el mundo se hacía lenguas de su poblado, que crecía, de sus artesanos, que se multiplicaban, de su mercado, que atraía multitudes. Había alcanzado el estatus del hombre más venerado de la época. Sabía que era mi padre porque mi madre se jactaba de ello. Esa ascendencia me enorgullecía. Mi padre putativo organizaba banquetes redoblando la amabilidad hacia mi verdadero padre. Yo, orgulloso, trataba de pasearme a su lado lo más a menudo posible. Lo observaba, era muy guapo y me preguntaba si me volvería tan guapo como él; lucía largos cabellos, una barba magnífica y un vellón en el pecho que esperaba heredar; la voz resonaba grave en el tambor del pecho y me estremecía la idea de tener la misma. No lo dejaba a sol ni a sombra. Aparte de padre, encarnaba mi modelo, mi Dios, mi culto. Pannoam aceptaba amablemente que estuviese siempre pegado a él. Se alojaba en la casa que Azrial reservaba para los invitados distinguidos. Una noche, Pannoam solicitó algo que me volvió loco de alegría. «¿Puede dormir Derek conmigo?» Azrial asintió —le habría entregado a su esposa—. Al llegar a sus dependencias, Pannoam me recomendó que tomase un baño. Acudió una sirvienta con tinajas de agua hirviendo y las vertió

en una tina de roble. Él añadió leche de burra. «Suaviza la piel.» Y yo, cretino de mí, extasiado, saboreaba sus palabras como un néctar. Tan pronto como el baño alcanzó una temperatura agradable, se desvistió. Había visto docenas de individuos sin ropa, pero ver a mi padre desnudo me turbó. ¡Ser él! Fuerte, firme, viril. Me embriagaba. ¿Se dio cuenta? Me incitó a embriagarme precisamente. Cogió un odre y nos metimos en el recipiente. Al primer sorbo de vino, tosí y lo escupí. «Compórtate como un hombre», me riñó. Así que bebí. Bebí sin freno. Para demostrarle mi fuerza. Me dio la impresión de que Pannoam no bebía. Cuando empezaron a patinarme las palabras y comencé a sentirme bien, a adormecerme, abrió el segundo odre y me instó a que lo terminase. «Compórtate como un hombre.» No pasó mucho tiempo antes de que perdiera el conocimiento. Y allí, por fin, hizo lo que había ido a hacer.

—¿El qué?

—Al mediodía del día siguiente, me desperté en un lecho. Un dolor agudo me había arrancado del sueño. Miré la parte inferior de mi cuerpo. Había trapos manchados de sangre. Grité, desgarrado por el dolor. Azrial se acercó corriendo. Al ver mi estado, llamó a Pannoam. La criada le dijo que Pannoam había abandonado la casa al amanecer, con sus pertenencias, sin ningún comentario. Azrial se inclinó hacia mí, levantó los trapos y descubrió lo que había pasado.

—¿Qué había pasado?

—Pannoam me había castrado.

—¿Cómo?

—En la tina, aprovechando mi aturdimiento y el calor que ablandaba mis carnes, me había cortado el escroto y retirado los testículos.

Retrocedí horrorizado.

—Pero… ¿por qué?

Derek abrió los ojos y sostuvo mi atención.

—Para borrarme. Para que se burlasen de mí, para que me difamasen, para que me injuriasen toda mi vida. Para asegurarse de que lo odiaría, de que lo arrancaría de mi memoria. ¿Quién quiere ser el hijo de un padre que ha cometido semejante aberración?

Me atravesó con la mirada. Bajé los ojos.

Él prosiguió:

—Me infligió aquel castigo por ti.

—¿Qué?

—Para resolver un problema de sucesión. Para que siguieras siendo su único hijo. Para transmitirte el poder. Por ti, Noam, por ti.

*

En medio de la noche, se oyó el plaf que produjo el cadáver lastrado de Derek, envuelto en un sudario, hundiéndose en el agua.

Aunque nadie deseaba asistir a la operación, quien más quien menos miró a hurtadillas la ceremonia. Tan pronto como la embarcación se deshizo del traidor, todo el mundo se fue a dormir.

Cuando por fin me reuní con ella, Noura se negó a que me acostase a su lado.

—Vete al cuarto de Derek.

No quería empezar una pelea, así que obedecí.

Ignoro si me quedé dormido o estancado en un estupor persistente. Permanecí con los ojos cerrados, obsesionado por las imágenes que Derek había grabado en mí para siempre. Un muchacho inocente. Pannoam, frío y cruel. La emasculación en el baño. La leche de burra opalescente volviéndose carmesí. La insoportable inflamación al despertar. La condena a una vida fuera de la vida.

Aquello revelaba una cara nueva de mi progenitor: su capricho había concebido un niño, su voluntad había parido un monstruo. Una vez más, traté de bosquejar un retrato coherente, ecuánime, de Pannoam. Fracasé en el intento. No lograba ver en él más que a un criminal. Yo descendía de él. «¿Quién quiere ser el hijo de un padre que ha cometido semejante aberración?» Y le debía mi poder. «Por ti, Noam, por ti.»

Al amanecer, subí a cubierta.

Me moría de hambre y de sed. No bebí. Me alimenté de aire.

El sol, indiferente, emergía con parsimonia de los fondos líquidos, dispensando poco a poco su claridad. El calor merodeaba.

A mi alrededor no quedaba nada que no estuviera roto, descolgado, desviado, desencajado, corroído, agrietado, devastado, aniquilado. Experimentábamos una impotencia absoluta. No había salida. No había tierra que ganar. Un casco temblequeante. Se mantenía firme bajo mis pies, pero era una solidez muy frágil, a merced de una ola demasiado enérgica, de una cuerda que se suelta. ¿Cuánto tiempo faltaba para el naufragio? ¿Y cuánto para morirse de hambre?

Un ruido furtivo me desconcertó. Giré la cabeza.

No la distinguí enseguida. O más bien tardé un momento en comprender lo que significaba su presencia.

Una curruca, con una rama en el pico, me miraba.

¿Una curruca?

¡La curruca! Por la forma en que me observaba —parecía divertirse con mi estupor—, por su pequeñez y su discreción, reconocí a la curruca Mina. ¡Era ella! ¡Solo podía ser ella!

Examiné lo que sostenía: una ramita de roble, muy ligera, muy

verde, muy tierna, recién arrancada de un pimpollo.

El mensaje tomó cuerpo en mi mente: la orilla no estaba muy lejos. Y la prueba de ello me la traía la curruca.

Entonces grité de alegría.

Sobresaltada, la curruca dejó caer la ramita, batió las alas y fue a posarse en una viga alta.

—Gracias, Mina —susurré, cobijando el preciado vegetal en la palma de la mano.

Me respondió un frufrú alado. La curruca, impaciente, había emprendido el vuelo, abandonando la embarcación.

La seguí con los ojos para inspeccionar la dirección que tomaba. Por donde había desaparecido no se divisaba ninguna línea de costa. Sin embargo, sabía que antes o después aparecería.

Cuando los supervivientes se levantaron y caminaron por la cubierta, no les hablé del pájaro milagroso. Habría sido necesario retrotraerme a Mina, a su muerte, a su renacimiento en forma de pajarillo, todo tipo de detalles que me volverían vulnerable y de los que los otros se acabarían riendo. Además, atenazado por el cansancio, juzgaba mi anécdota cada vez más absurda y dudaba de haber conservado mi sentido común. Lo más probable es que delirase bajo el efecto de la sed, el hambre y la insolación.

Como en la superficie de las aguas abundaban troncos, ramas y hojas, Vlaam sugirió que recogiésemos todos aquellos restos vegetales, con la esperanza de encontrar algunas bellotas y avellanas. Barak se zambulló y nos trajo algunas ramas. Fueron mil idas y venidas para tan magra cosecha.

Comimos un poco. Apareció Noura, cogió tres bellotas y se encerró en nuestra habitación sin mirarme ni dirigirme la palabra.

Su comportamiento me molestaba más de lo que me intrigaba. Tenía mejores cosas que hacer que desenredar la madeja de sus estados de ánimo.

Vlaam propuso a sus hijos recuperar un tronco entero, de gran porte, y, como distracción, tallar una canoa. Reaccionaron con entusiasmo. Nunca vi un equipo de carpinteros tan feliz de cortar, desbastar, vaciar, ahuecar, quemar, acuchillar.

Cuando el sol se incrustó en el cenit, estudié una vez más el rumbo indicado por la curruca.

¡Estaba emergiendo una orilla!

Grité hasta quedar afónico. Los supervivientes acudieron en tropel. Escrutaron el horizonte: no había duda, se dibujaban unas formas. Estábamos muy cerca de la meta.

La realidad arrojó un jarro de agua fría sobre nuestro entusiasmo. Más que hacia una costa, navegábamos hacia un afloramiento de rocas e islotes. Incluso en aquellos que sobrepasaban el tamaño de nuestro barco, no podíamos atracar. Más que representar la tierra, se reducían a montículos de tierra.

—De todas formas —exclamó Tibor—, me alegro de que las aguas del lago disminuyan.

Aquella perspectiva estimuló a los carpinteros, que, animados por el proyecto de llegar a tierra firme, terminaron la canoa.

—Gracias a ella —aseguró Vlaam— y a todas las que construiremos después, abordaremos los islotes. Un par de bocados no nos vendrían mal…

Le di mi aprobación.

Al final de la tarde, un primer viaje que realicé con él en la canoa nos permitió recolectar plantas para cocinar y unas cuantas cáscaras para roer. Por una vez, no comimos alimentos salados.

La euforia se contagió. Confieso que yo no compartía aquel entusiasmo. ¿Cuánto tiempo resistiría nuestra embarcación? ¿No se estrellaría contra los arrecifes?

A pesar de las incertidumbres, el ambiente era más distendido.

Cayó la noche. Noura seguía tratándome con frialdad. Me pareció un comportamiento tan pueril que, en lugar de discutir, la evité. Se dio cuenta y se cerró más si cabe.

Cuando los náufragos se fueron a dormir, me quedé en cubierta.

Agua y cielo se habían invertido. Durante el día, los destellos de luz saltaban de las olas; por la noche, refluían del firmamento. De hecho, en las horas oscuras, solo las olas conocían la oscuridad completa. Por encima de mi cabeza, los astros me contaban una historia que se me escapaba. ¿Qué eran? ¿Desgarrones en un velo negro? ¿Había detrás un universo más puro, más brillante? ¿A qué distancia de nosotros? Y la luna, cuyos relieves detallaba, aquella luna concreta, ¿había alguna manera de subir allí? ¿Debería tomarme esa idea en serio?

Una estrella fugaz muy brillante atravesó la bóveda celeste y la iluminó.

Percibí en ello una señal.

Convencido de que los supervivientes dormían, me introduje en el habitáculo, levanté dos tablones cubiertos de paja en medio del establo y, con cautela a causa del balanceo, bajé a la cala. El lugar, privado de luz, apestaba a sal, a madera húmeda, a descomposición. Caminé a tientas a lo largo de la pared. Choqué con algo vivo, caliente.

Me acerqué a la cara amordazada y le susurré al oído:

—Vamos, Derek, ven conmigo.

*

La canoa se deslizaba sobre el negro oleaje.

Moviéndose más rápido que nosotros, raudas portadoras de las tinieblas, las nubes cubrían la luna y absorbían las estrellas. Temeroso de que la oscuridad ocultase mi objetivo, una isla rocosa, aceleré mis paladas.

Derek no decía ni pío. Para que pudiese salir de la nave y subir a la canoa, había tenido que desatarle las muñecas y los tobillos; y se los había vuelto a atar sin que opusiese resistencia, consciente de que cualquier forcejeo habría despertado a los pasajeros y provocado su fin.

No había sido capaz de ejecutarlo. Descubrir que Derek era otra víctima de Pannoam me había impedido hacerlo. Lo que nos había hermanado no era el hecho de que fuésemos hermanos de sangre, sino hermanos en la desgracia. Que hubiera sufrido la crueldad paterna me había acercado súbitamente a él impidiéndome matarlo. Le había pedido que confiase en mí y lo había escondido en la bodega atado y amordazado. En ese momento me había limitado a ganar tiempo, sin saber muy bien a qué me conduciría esconderlo; la irrupción de los islotes me había proporcionado una salida.

Detrás de mí, en el fondo de la canoa, se apilaban un montón de pieles y coberturas que probablemente pertenecían a Vlaam. Pensé en dejárselas a Derek, una vez en tierra.

Derek permanecía encerrado en su mutismo. Su perfil aguileño se recortaba contra el horizonte cada vez más oscuro. Se entregaba totalmente a la fatalidad —o a mí—, olvidado por completo de su inquietante poder de convicción.

Mientras hundía el zagual en el agua, pensé en sus características. La piel y los cabellos femeninos, la voz tan clara y vibrante, las extremidades desproporcionadas, todo ello, sin duda, consecuencia de la emasculación. Su soledad, su aislamiento, su distancia frente a los hombres, su reticencia hacia las mujeres, su «Preferiría no hacerlo», también se explicaban con la mutilación. Sentía aumentar mi compasión hacia él. Sí, ahora que sabía lo que había tenido que soportar, me dispuse a darle afecto.

Y, sin embargo, iba a dejarlo en un islote salvaje.

Era demasiado tarde… Demasiado tarde para quererlo. Demasiado tarde para corregirlo, para animarlo a caminar recto, para moderar su

cinismo, su sed de venganza, su gusto por la manipulación, esos defectos que la violencia sufrida había engendrado en él.

Nos acercábamos a la orilla y lo desaté.

—Ayúdame, Derek.

Taciturno, participó en el atraque. Arrastramos la canoa sobre un arenalejo. La oscuridad aumentaba. Nos distinguíamos de manera confusa.

Sin aliento, Derek se aventuró a dar unos pasos. Yo también. Habíamos perdido de tal manera el hábito de un suelo estable que nos tambaleábamos, caminando con más dificultad por tierra que en el barco.

—¿Me abandonas aquí?

Eran las primeras palabras que pronunciaba desde su confesión.

—El lugar es peligroso —añadió.

—En tu caso, la embarcación lo es más.

Lo admitió con un largo silencio. Me disculpé:

—Hago lo que puedo, Derek, no lo que quiero.

Lo oí carraspear e insistí:

—Eres mi hermano. Sea cual sea el crimen que hayas cometido, yo no mato a mi hermano.

—Sin embargo, moriré en esta isla. ¿De qué? Hay donde escoger: de hambre…, de sed…, de tedio…, de un nuevo diluvio…

—¡Como todos nosotros, Derek! Nada nos garantiza la seguridad.

—Vosotros albergáis la esperanza de seguir adelante.

—Mañana explorarás tu territorio. Hay árboles, animales, un manantial. Dejándote aquí, no te ejecuto.

—No, me condenas.

Me di la vuelta. Sobre todo, no discutir con él, porque su mente retorcida siempre encontraba la manera de sacar provecho de cualquier situación, de crearme mala conciencia, de persuadirme de hacer lo contrario de lo que había pensado.

—Adiós —me despedí, alejándome.

No me llamó ni me acompañó. ¿Había comprendido finalmente que no era libre ni yo tampoco?

Regresé al ribazo donde habíamos dejado la canoa. Mientras la movía, me acordé de las pieles y los cobertores que pensaba dejarle a Derek. Al meter la mano, mi sorpresa fue mayúscula. ¿Nada? La oscuridad de la noche debía de estar jugándome una mala pasada. Revisé a tientas toda la canoa.

Nada.

Miré pensativo a mi alrededor; a lo mejor habíamos perdido el contenido al desembarcar, pero la oscuridad me impedía ver nada.

—¿Es a mí a quien estás buscando, Noam?

Al reconocer la voz creí desfallecer.

—Vaya, pareces sorprendido —se burló.

Una nube que despejó fugazmente la luna me permitió ver el rostro crispado de Noura, tembloroso, la cólera en la mirada.

—Como me evitabas, te he seguido.

—Noura, tenemos que hablar.

—¡Y que lo digas! ¿A qué crees que he venido? Al menos aquí no nos oirán.

La irritación alteraba el timbre de su voz.

—¡Empieza! —me ordenó en tono amenazador.

—Derek es mi hermano. Mi medio hermano. No lo he eliminado.

—Me trae sin cuidado Derek. Lo que me interesa es otra cosa.

—Pero…, pero…

—¿Por qué tienes un hijo?

No esperaba aquel ataque. Rugió de ira, arrojándose contra mí, apuntándome con el dedo:

—Ayer supe lo que mi padre había adivinado hace tiempo. Cuando entré en el cuarto de Derek, vi…

—¿Qué viste?

—¡Que estaba castrado! Dormía desnudo a causa del calor. Un macho castrado, en humanos o en animales, ¡que yo sepa, no se reproduce! Después, examiné a Cham y descubrí que sus manoplas ocultaban los dos dedos unidos. Entonces lo entendí.

—Noura, te lo explicaré todo…

—Por supuesto, pero tus explicaciones no cambiarán nada. Ni evitarán que sufra. Me has traicionado. Yo, aun unida a Pannoam, me reservé para ti, no me acosté con él. Lo sabes muy bien porque me tomaste virgen.

Ante aquellas palabras me indigné:

—¡No te acostaste con él porque él no podía!

—¡Porque no quise!

—Eso es lo que tú dices.

—Lo mismo que te diría él si viviese todavía.

—¡Es fácil poner a un muerto por testigo!

Su voz rugió de nuevo, contraída hasta quebrarse, amenazadora:

—Lo lamentarás, Noam…

El fragor de un trueno nos interrumpió. Un relámpago desgarró la oscuridad. La lluvia empezó a caer. Recia.

En otras circunstancias, me habría alegrado de que la tormenta nos dispensase el agua dulce por la que tanto habíamos suspirado; pero aquella noche, en un islote desconocido, frente a Noura más tensa que

un arco por la exasperación, troné de rabia:

—¡Era lo que me faltaba!

Apenas había articulado estas palabras cuando, surgido del cielo, un rayo cayó sobre el roble que se alzaba detrás de Noura. Sonó un violento crujido, seguido de un chisporroteo, luego el tronco se partió, hendido en dos por el hacha celeste. Ambas partes se inclinaban.

—Rápido —grité, agarrando el brazo de Noura.

La atraje hacia mí justo antes de que una mitad del árbol se abatiese sobre el lugar donde se encontraba.

Instintivamente, eché a correr con Noura de la mano en dirección al lugar en el que había dejado a Derek, donde el relieve ofrecía algún refugio.

Gracias a los incesantes destellos que surcaban las tinieblas, nos las arreglamos para dirigirnos hacia allí y, cuando llegamos, Derek nos llamó:

—¡Por aquí!

Agazapado entre las rocas, nos hacía señales. Sin dudarlo, corrimos hacia él.

El viento arreciaba. Transmitía su virulencia a la lluvia, a los relámpagos, a las detonaciones del trueno, girando en locos y desordenados torbellinos en torno al islote.

Nos abrimos paso entre las rocas para protegernos de los elementos desatados, hasta que entramos en una cueva circular. Parecía un santuario. En lo más alto, lejos de nosotros, entraba el aguacero por un estrecho hueco. Nos encontrábamos en una especie de chimenea enorme. A pesar del agua que fluía por el centro, podíamos mantenernos secos y a la espera de que escampase.

La tormenta redobló su fuerza.

Le di las gracias a Derek.

Noura me susurró al oído:

—Cuidado con él. Le has salvado la vida, nunca te lo perdonará.

Apartó su mano de la mía, indicando con aquel gesto que nuestras diferencias no se habían saldado y que retomaríamos las hostilidades.

Derek se precipitó bajo el chorro de lluvia en medio del abrigo.

—¡Por fin, a beber! —exclamó.

Se colocó en la vertical del goteo. Echó el cuello hacia atrás y abrió la boca para recibir el líquido.

—¡Buena idea!

Noura se unió a él bajo el torrente bienhechor.

Y, entonces, sucedió lo incomprensible…

Una bola de fuego atravesó de repente el orificio e impactó directamente sobre Derek, que cayó redondo, luego rebotó en Noura,

la cual, con un grito aterrorizado, fue fulminada a su vez.

Me lancé hacia adelante.

¡Demasiado tarde!

Noura, rígida, no respiraba. Derek yacía muerto igualmente.

Cuando levanté la cabeza para clamar por mi dolor, una segunda bola de fuego irrumpió en la cueva y me aniquiló.

---

[23] ¡Hay que ver cuánto tiempo tardaron los hombres en llegar a la invención de lo lejano! Si una de las disciplinas más recientes, la meteorología, tardó milenios en nacer es porque suponía dos rupturas en la mente.

En primer lugar, una revolución intelectual: dejar de interpretar los fenómenos y pasar a medirlos. Cuando Galileo, el padre del método científico moderno, utilizó las matemáticas para analizar y sintetizar la caída de los cuerpos, dos de sus discípulos hicieron posible un conocimiento del clima creando instrumentos de medición: Castelli, el pluviómetro en 1639; Torricelli, el barómetro en 1643.

Y, en segundo lugar, una ruptura regionalista: decidirse a pensar que lo que sucede aquí depende de otra parte. Es el fin de una visión que consideraba al observador como centro y objetivo. La meteorología nos prohíbe pensar que aquí es el centro y otra parte la periferia. Ya no hay centro. Todo viene de todo. Lo lejano condiciona lo cercano. Costó mucho acreditarlo, a pesar de que en la actualidad cualquier imagen enviada por satélite convence al más obtuso.

Fue necesario abolir no solo las fronteras del narcisismo, sino también las fronteras de las naciones. Científicos como Alexander von Humboldt, con quien coincidí varias veces en el siglo XIX, políglota, viajero impenitente, explorador del globo, rompieron lo local e indicaron la dimensión planetaria. Humboldt decía que habitamos las «profundidades de un océano aéreo». Siguiendo su estela, los representantes de diez países se reunieron en Bruselas en 1854 para elaborar códigos universales de medida y la posibilidad de compartir la información, lo que permitió fundar en 1873 en Viena la Organización Meteorológica Internacional. Lamentablemente, las dos grandes guerras del siglo XX provocaron una regresión de los intercambios y llevaron a la creación en 1951 de la Organización Meteorológica Mundial, integrada en la ONU. Lo lejano sigue humillando, en el ser humano, el sentimiento de su importancia. (*N. del A.*)

[24] Cuál no sería mi sorpresa cuando, siglos después, me enteré de que la medicina china y la medicina japonesa también aconsejaban el método de Tibor. Según el sistema de acupuntura, se trata del punto P6, entre el pliegue de la muñeca y el codo, cubierto por los dos tendones que recorren la cara interna del antebrazo. La presión con los dedos —digitopuntura según los chinos, *do-in* según los japoneses— requiere ese punto. Un masaje circular con la uña o la yema del dedo durante cinco minutos disipa las náuseas. (*N. del A.*)

[25] Tibor recurría a menudo a aquellas marcas en la piel, porque pocos hombres de nuestro tiempo tenían conocimientos anatómicos. Es decir, practicaba el tatuaje terapéutico. Esta técnica, como otras, fue posteriormente abandonada y luego olvidada, en tanto en cuanto los que podrían haberla testimoniado en sus extremidades se habían convertido en polvo. En 1991, se descubrió en Italia un individuo que se había conservado en hielo durante cinco mil años. Encontrado en los Alpes de Ötztal, fue llamado Ötzi. Su cuerpo lucía pinturas que inicialmente fueron consideradas rituales o estéticas. Fue necesaria la insistencia de mentes abiertas para observar que aquellos dibujos marcaban con precisión milimétrica los puntos de acupuntura de diversos meridianos. La autopsia moderna mostró que Ötzi sufría de las lumbares y las rodillas: cruces y rayas indicaban los puntos donde intervenir para calmar los dolores de las lumbares y las rodillas. (*N. del A.*)

[26] Falsear no equivale a mentir. Al narrar la gesta divina, Derek creía en lo que contaba, aunque él no habría creído jamás en una de sus mentiras. Dueño de una fe auténtica en los Dioses, los Espíritus, los Genios y los Demonios —una fe que compartía con los hombres de su

tiempo—, los respetaba y los temía. Cuando describía sus acciones, no creía inventar, sino recibir. Dioses, Espíritus, Genios o Demonios le hablaban a través de su imaginación. Pasillo entre una realidad y otra, la imaginación no era un poder para crear, sino un poder para restituir. (*N. del A.*)

[27] Se trataba de un rorcual, una ballena cuyo volumen solo es superado por la ballena azul. Este cetáceo mide más de veinte metros y pesa, aunque nunca se haya subido a una báscula, más de cuarenta toneladas. (*N. del A.*)

[28] El hombre éramos nosotros, los pueblos del Lago. No reconocíamos a nuestro semejante más que en nuestro idéntico. Igual que los griegos, que más tarde llamaron «bárbaro» al que no se expresaba en griego, al que «balbuceaba», sospechábamos del que utilizaba una lengua diferente. Nos preguntábamos legítimamente si su boca producía sonidos o significados…

El extranjero molesta. Nada más espontáneo que la desconfianza que provoca. Se halla al otro lado de la frontera, no solo la de la aldea o la del país y la de la lengua, sino también la frontera humana. ¿Era un hombre como nosotros quien no hablaba como nosotros? ¿Un hombre al que no entendíamos, que se vestía de otra manera, que actuaba de otra forma?

Había dos reacciones ante aquella inquietud: el menosprecio y la hospitalidad.

La hospitalidad borraba progresivamente el desconcierto. Recibir al desconocido, darle de comer y beber, procurarle un lugar para dormir, nos permitía familiarizarnos con él, encontrar puntos comunes bajo las espinosas diferencias. La hospitalidad lo reintegraba a la familia humana; y, al hacerlo, la ampliaba.

El menosprecio, por su parte, acentuaba la inquietud. En lugar de reducir la distancia, la incrementaba. El extranjero, gangrenado por sospechas de estupidez, de crueldad, de pereza, era asimilado a una especie inferior, que de humano no poseía más que los rasgos.

La hospitalidad es reflexiva, la xenofobia compulsiva. Si la sabiduría de la hospitalidad constituye un camino de paz, la pasión xenófoba solo tiene como horizonte la violencia y la guerra. (*N. del A.*)

3

Un rostro se inclinaba sobre mí.

Mis párpados, pesados, secos, rígidos, se despegaron apenas para distinguirlo. Cuando logré que pasara la luz, un velo desdibujaba los objetos.

—Noam…

Más que mi nombre, sentí la angustia que agarrotaba la voz. Quienquiera que me hablase temblaba muerto de inquietud. Yo experimentaba lo contrario. La vida volvía a mi cuerpo, la sangre circulaba, el corazón latía con apacible lentitud, el pecho palpitaba al unísono con la respiración. Uno a uno, mis sentidos se desentumecían, lo frío, lo cálido, lo claro, lo húmedo, lo duro, lo blando, lo amargo, lo salado, lo dulce. Aquella oleada me embriagaba…

—¿Noam?

Sonreí. Ignoraba a quién, pero sonreí. Quería expresar mi gratitud, deseaba tranquilizarlo.

—¡Oh, sobrino, me has asustado!

La enorme cabeza peluda de Barak adquirió nitidez. Por encima de mí, mi tío se parecía a un sol, el rostro formando el centro y los cabellos los rayos. Me acarició tímidamente la mejilla.

—¿Te duele?

En aquel instante comprendí lo que cautivaba a mi madre. La delicadeza de un coloso todo músculo, todo potencia, todo ímpetu, dispensaba una gracia particular. Que una mano hecha para destrozar ofreciese una caricia hacía el roce más valioso. Que un temperamento hecho para luchar manifestase afecto, intensificaba la ternura. Que una energía hecha para el derroche físico se refinase, se canalizase, se espiritualizase en una mirada preocupada, confería a aquella atención un carácter conmovedor. Barak me pareció puro amor porque su rudo aspecto no expresaba amor.

—Estoy bien —articulé.

Entregado por entero a la dicha de existir, inspiré a pleno pulmón, me concentré en las piernas y los brazos desnudos en los que se reavivaba el calor bienhechor, solazándome con el cosquilleo que provocaban los dedos de Barak al rozar mi piel.

El recuerdo surgió, poniendo fin a tanta felicidad.

—¡Noura!

La imagen de Noura muerta me hizo incorporarme de golpe. Una vez sentado, fui consciente de lo que me rodeaba: no descansaba en la cueva fatal, sino sobre un ribazo al borde del agua.

—¿Dónde estoy?

Barak gruñó:

—Esto no tiene nombre, sobrino. Llámalo el lugar al que huiste hace tres días.

—¿Qué?

Mis últimas impresiones se remontaban a unos instantes, no a tres días. Hacía un momento que Noura y Derek habían caído fulminados por el rayo. Yo también.

Me puse de pie, comprobé mi equilibrio y luego me rasqué la cabeza muy despacio. ¿Por qué no estaba en la cueva? ¿Dónde estaban Noura y Derek?

Mi tío me rogó que me sentara.

—En medio de la noche oí un ruido extraño —dijo—. Una vez en cubierta, te sorprendí a punto de partir en canoa con alguien. La oscuridad me impidió reconocer inmediatamente a Noura, lo supuse tras comprobar que ya no estaba en vuestra cámara. No me preocupé. Os dirigíais hacia un islote, tranquilamente, para hacer…, bueno, ya sabes qué… sin tener que conteneros. Te confieso que tu madre y yo estamos hartos de hacerlo en silencio como truchas.

No corregí su relato. Más valía que pensase que transportaba a Noura, convencido como estaba de que había ejecutado a Derek.

—Se desató la tempestad —continuó—, unas rachas de viento espantosas, ¡una noche y un día de oleaje! La embarcación casi se va a pique. El viento, las trombas de agua, el balanceo, ¡una calamidad! Menos mal que Vlaam y sus hijos reparaban los daños sobre la marcha. Menos mal que cuando amainó la tormenta habíamos derivado muy poco. Seguíamos viendo vuestro islote. Les expliqué a todos vuestra escapada, os esperamos. En vista de que no volvíais, al día siguiente le pedí prestada una canoa a Vlaam y te encontré aquí.

—¿Aquí?

—Sí, aquí.

—¿No en la cueva?

—¿Qué cueva?

Una loca esperanza me hizo ponerme en pie. A lo mejor Noura estaba allí. A lo mejor se estaba despertando en ese momento.

—Ven conmigo.

Me interné entre las rocas y rehíce el camino, seguido por Barak. Llegamos a la amplia chimenea rocosa. La ansiedad me paralizó;

probablemente solo iba a encontrar cadáveres fulminados por el rayo.

El santuario presentaba una cavidad vacía. Ni rastro de Noura o de Derek.

—Pero…

—¿Qué ocurre, sobrino?

—Estábamos ahí. ¿Cómo habré salido?

Barak me señaló en la pared, a ras de suelo, un estrecho pasaje rocoso marcado por arrastres de lodo que se habían colado.

—El torrente te arrastró fuera… Te recogí justo detrás.

A unos pies de distancia, vi el lugar donde había recuperado el conocimiento.

Con cautela, temiendo lo peor, me agaché para comprobar si el cuerpo de Noura había sido retenido por las anfractuosidades de la muralla.

Nada obstruía el conducto hasta el ribazo.

La mano de Barak apretó mi hombro.

—Me temo que la corriente se la ha llevado, muchacho.

Tenía razón. Noura, tan menuda y ligera, debió de resbalar como un trozo de corcho hasta el exterior y habría caído al agua en lugar de quedarse varada en la exigua orilla.

Barak no consiguió llevarme de vuelta a la embarcación hasta la noche. Incapaz de resignarme a la desaparición de Noura, la busqué por todas partes, entre las rocas, entre los árboles, bajo los arbustos.

Esperaba que apareciese en cada lugar que ya había examinado y registrado una y otra vez. ¿Noura muerta? ¿Noura desaparecida? No lo aceptaba. Mi tío no solo soportaba pacientemente mis idas y venidas, sino que me ayudaba en la búsqueda. No se hacía ilusiones sobre la posibilidad de encontrarla; sin embargo, me acompañó con entrega y afecto tantas veces como mi negativa a aceptar los hechos lo exigió.

Al anochecer, cuando el frío cala en los huesos antes de alcanzar el paisaje, accedí a subirme a su canoa —la mía había sido barrida por el huracán.

Apenas había hundido Barak un par de veces el zagual en el agua cuando lo detuve.

—¡Echemos otra ojeada!

—¿Echar una ojeada a lugares que hemos recorrido y examinado cien veces?

—Nunca se sabe…

—¡Sí, muchacho, se sabe! —susurró compasivo—. Puedes quedarte mil años en esta isla y recorrerla cuantas veces quieras que no va a aparecer.

Bajé la cabeza para que no viera mis lágrimas.

La ausencia de Noura lo eclipsaba todo. Esa noche no me pregunté por qué milagro había sobrevivido al rayo ni cómo había podido subsistir inanimado tanto tiempo, sin morir de hambre o de sed. Esas preguntas solo me las formularía mucho después…

*

Durante los días que siguieron, en la embarcación reinó una extraña atmósfera. Por una parte, renacía la esperanza: además de que habíamos conservado el agua de lluvia y hecho acopio de alimentos en los islotes, a lo lejos se avistaban aves cada día más numerosas, mensajeras de una tierra cercana. Por otra, la desaparición de Noura significó un mazazo para todos los náufragos.

Dejaba el resplandeciente recuerdo de una mujer fuerte —a pesar de su fina silueta— que había mostrado una firme determinación en momentos abominables, infundiendo su valor a los náufragos, sosteniéndolos. Para todos y cada uno, cuando primaba el horror, había tenido una sonrisa, una palabra de aliento, un poco de comida, una ayuda, un consuelo. No desmayó nunca en la misión que se había fijado: llevar nuestra comunidad a la victoria. Inopinadamente, su muerte antes del desenlace ensombrecía su recorrido, erigiéndose casi en negación del optimismo. Si la que nunca había dudado del final feliz no lo había logrado, entonces, ¿para qué seguir luchando? ¿Para qué empeñarse en esperar? Resistir no te hace más poderoso… El valor no aplaza la muerte. Los supervivientes compartían mi desasosiego; evocaban conmigo los actos de Noura, su solicitud, su belleza, su luz. No sabía si eso mitigaba o aumentaba mi pena, la tristeza me abrumaba.

En cuanto a Tibor, reaccionaba como yo: rechazaba la realidad. Para él, Noura siempre se había recuperado de todo, había escapado de las enfermedades de la infancia, se había curado de las dolencias de adulta, había sobrevivido a la desaparición de su aldea sepultada por el lodo, había salido con la cabeza bien alta de un matrimonio fallido, había triunfado sobre la cólera del Lago, del Viento, había resistido al hambre y la sed. Noura encarnaba a la superviviente por excelencia. Noura no podía morir. Y mucho menos antes que él. Después de su casa, de su esposa y de sus hijos, a aquel hombre taciturno, tenaz, reflexivo, le habían arrancado lo que le quedaba de vivo, de íntimo, de sensible: su hija.

Mamá y Barak intentaban distraerme con mil y una atenciones, tratando por todos los medios a su alcance de alentar en mí las ganas

de seguir adelante. Si Barak había adorado a Noura, Mamá la había tratado con respeto, a pesar de sus celos; ecuánime, no había imputado a Noura las villanías de Pannoam y posteriormente la había acogido como nuera, considerándola a la altura de su tarea. Sinceros, acompañaban mi dolor proyectando en él lo que sentirían en caso de que uno de ellos falleciera.

Vlaam también me infundía ánimos. En lugar de disputarme el poder, me aconsejaba fortalecerlo.

—Te considero nuestro jefe, Noam. Incluso viudo, sigues siendo un jefe.

—Ya no lo deseo, Vlaam. Me esforcé en gobernar para que Noura me admirara. Ahora…

—Ella no te perdonaría que renunciases. Te quería, Noam, pero te quería jefe.

¡Cuán acertado estaba! Noura adoraba el poder. La seducción pasaba por él, el amor se inscribía en un registro diferente —sus sentimientos se habían desarrollado después.

Por lealtad a la ausente, me obligué a dirigir a los supervivientes, a mantener la cohesión de nuestro grupo, a imponer paciencia sin cometer errores, sin desenfreno, sin división.

Una de aquellas mañanas brillaba un sol resplandeciente. Una superficie aceitosa, uniformemente lisa, subía y bajaba, como una respiración, mientras un viento tenue, casi un soplo, nos empujaba hacia el horizonte donde revoloteaban los pájaros.

Tibor se reunió conmigo, hirsuto, el ceño fruncido, la mirada mortecina. Más postrado que impávido, se acodó en el parapeto.

—Soy un estúpido, Noam. Desde tu regreso, niego la muerte de Noura. Mi mente no lo admite.

—Tu mente te protege…

—¿Cómo?

—Impidiéndote comprender, te impide sufrir.

La sucesión de sedosas olas llevaba hacia adelante nuestra embarcación. Avanzábamos sin esfuerzo. Tibor protestó con voz ronca:

—Mis sueños me dicen que está viva.

—Vive otra vida —dije, contemplando las bandadas de pájaros.

Tibor se frotó las sienes, la frente arrugada de preocupaciones.

—Traigo la desgracia, Noam. No protejo a los míos, todos perecen con un fin trágico. El aluvión de lodo, la asfixia, el rayo…

—Tú no traes la muerte, Tibor; al contrario, curas. ¿A cuántos hombres, mujeres y niños has salvado con tu talento de curandero?

Agradeció mi comentario. Después de una breve reflexión, añadió:

—No solo he perdido a mi hija, sino que he perdido confianza en mis intuiciones. Ahora bien, mis intuiciones afirman que no está muerta.

Yo sentía lo mismo. En lugar de confesárselo, no dejé de cumplir con mi papel de deparar consuelo con prudencia.

—Tibor, quiero pedirte algo…

—Tú dirás.

—Permíteme convertirme en tu hijo y tu discípulo durante los años que nos queden.

Tibor se volvió hacia mí. Por primera vez en varios días, la emoción animó aquellos rasgos demacrados. Las pupilas se dilataron. Los labios se alzaron levemente en las comisuras.

De un modo a la vez solemne y torpe, alargó la noble mano sarmentosa y la puso sobre mi hombro.

—Hazme el honor de ser mi hijo, Noam. Te enseñaré todo lo que sé.

Una fuerza magnética se transmitió de él hacia mí y de mí hacia él, una fuerza que nos unía, nos transformaba, una fuerza que tenía la tensión, la profundidad e intensidad de una evidencia.

En ese momento, Barak gritó:

—¡Tierra! ¡Tierra!

Una vasta costa apareció a lo lejos, ancha, alta, verdosa, sólida, prometedora. Los pasajeros de la embarcación gritaron de alegría: estábamos salvados.

*

Algunas fatigas constituyen recompensas, otras, obstáculos. Durante el período en que refundamos la aldea, hubo que seleccionar las fatigas.

Por una parte, el entusiasmo llenaba la jornada; las tareas pendientes eran tantas que absorbían nuestras fuerzas hasta el último instante en que nos desplomábamos en el lecho, aturdidos, muertos de cansancio, satisfechos. Por otra, en la hora fría del despertar, no pensábamos en lo que habíamos hecho, sino en lo que nos quedaba por hacer; entonces asomaba el abatimiento. Esa fatiga aparecía por la mañana, no por la noche; afectaba a la mente, no al cuerpo; no era agotamiento, sino hastío.

Bendito agotamiento… Maldito hastío…

Construir casas, ordenarlas, roturar prados, cercarlos, plantar, tejer, trenzar, labrar, cavar, picar, perforar…

Vuelta a empezar… La idea abruma. Cuando se vuelve a empezar,

la melancolía frena la alegría: se piensa más en lo que nos falta que en lo que se crea. Mientras que, cuando empiezas, te elevas.

Luché contra la languidez consagrándome a mi doble papel de jefe y de padre. Les revelé la verdad a todos al presentar al niño que había concebido con una Cazadora después del matrimonio de Noura y Pannoam. La información no contrarió a nadie, solo Noura lo había considerado intolerable —y Mamá me echó una mano experta, apoyada por Barak, que nunca había cuidado a un niño—. Cada vez que los sorprendía a los tres jugando a gatas, me daba la impresión de que Cham se estaba convirtiendo en su hijo, fruto de su matrimonio.

Habíamos desembarcado en una costa acogedora, rica en árboles, en hierbas, en musgos, en caza.

Los pobladores estaban encantados de que el Lago, apaciguado al fin, se hubiese retraído. Diariamente elevaban preces, le cantaban himnos de gratitud, depositaban ofrendas en sus aguas y algunos sumergían en ellas sus amuletos para atraerse sus favores. Según ellos, el diluvio se reducía a una crisis. Una vez finalizada la furia, la superficie había descendido, permitiendo que la tierra reapareciese. Como habíamos ido a la deriva más de una luna, no habíamos encontrado nuestra aldea. Poco importaba. Más valía quedarse que buscarla. Además, ¿dónde? Si el Lago nos había perdonado la vida, no debíamos oponernos a su clemencia, sino aceptar asentarnos en el lugar en el que nos había depositado.

Tibor y yo no compartíamos dicha opinión. El lago no había decrecido después de haber crecido, había aumentado del todo. Las rocas, los islotes, las islas con las que nos habíamos cruzado durante nuestra navegación, el territorio en el que nos asentábamos no se reducía a parcelas despejadas por las aguas descendentes, sino que formaban montes jamás alcanzados por las aguas. De lo contrario, ¿cómo explicar el verdor de los bosques, la profusión de flores, la presencia de animales? Todo aquello no se había inundado antes.

Tibor y yo habíamos llegado a la conclusión de que el lago, salado y dilatado, había conquistado un nuevo espacio. Durante dicha invasión nos había llevado hacia una tierra elevada. Nuestra aldea, nuestros campos, nuestros bosques, nuestras fuentes, nuestras cuevas, el paisaje que habíamos conocido, nuestro pasado habían sido destruidos para siempre, engullidos, inaccesibles. Aunque hubiéramos sabido orientarnos y desplazarnos, no habríamos podido emprender un viaje de vuelta. Nuestro mundo se había perdido.

*

—Cham, sal de esa guarida, por favor.

Aunque le gustaba cazar, Cham observaba el suelo, raspaba el polvo y levantaba las piedras. Si pasábamos cerca de una hoya, saltaba dentro para explorarla. Y como camináse mos por las proximidades de una gruta, ya no había forma humana de pararlo: se lanzaba hacia ella, palpaba la pared, la escudriñaba, usaba su pedernal y cortaba muescas del material.

—¡Mira, filones de colores! —gritaba extasiado.

Su entusiasmo me enternecía. Yo relacionaba aquella afición a los minerales con Tita, que había vivido en la Caverna de las Cazadoras y allí lo había traído al mundo. Aunque Cham lo ignorase, una parte profunda de él lo llevaba a la búsqueda del hábitat materno.

—Oh, una rosa…

Aquella mañana, Cham salió de una galería con cascajos de color salmón que depositó en su zurrón, en medio de otros fragmentos amarillos[29]. Por la noche, como de costumbre, los examinaría e intentaría transformarlos, ya fuera golpeándolos o calentándolos. Tibor lo animaba a hacerlo repitiendo: «Cham tiene por las piedras la misma curiosidad que yo tengo por las plantas. Los Espíritus nos susurran mil cosas que no entendemos. Cham descubrirá secretos capitales». Con frecuencia, Tibor renunciaba a sus propias búsquedas y encendía con el niño fogatas que alteraban la apariencia y la textura de los fragmentos.

Admiraba a mi hijo. Tenía diez años. Embelesaba. Tal como había imaginado el día en que recosté la cabeza en el vientre de su madre, había heredado de Tita la valentía, el corte orgulloso de los hombros, los músculos firmes y veloces, la tez oscura. Todos los padres tienen la misma convicción: yo pensaba —ingenua y sinceramente— que mi hijo era el mejor, una opinión compartida por Mamá, Barak, Tibor o Vlaam, quien además confiaba en que su hija mayor se casase con él algún día. Huelga decir que, después del diluvio, habíamos depositado nuestras esperanzas en cuatro adolescentes para perpetuar la especie humana.

Lógicamente, me habían propuesto una mujer, dos incluso, en edad de procrear. Ante mi falta de entusiasmo, me aconsejaron una de las niñas prepúberes, prometiendo que me la guardarían. Aun sin valerme de la fórmula de Derek —«Preferiría no hacerlo»—, mi actitud no difería de la suya: había declinado el ofrecimiento. Me sentía incapaz de casarme con nadie. Después de Noura, mi corazón se había cerrado. Por supuesto que seguí queriendo a Mamá, a Barak y a Tibor y redoblé mi ternura por Cham, pero, con ellos se trataba de un afecto ya existente, desprovisto de sensualidad.

Si el amor siempre tiene un cuerpo, no siempre tiene un sexo. Me confortaba la carne consistente y suave de mi madre, que no dudaba en estrechar entre mis brazos; me encantaba la poderosa anatomía de Barak, su piel brillante, la rotundidad de sus miembros, su olor a cuero y alcanfor; me agradaba el rostro ascético de Tibor, el gris de los ojos, la nariz aguileña, las mejillas hundidas, la ceniza de los cabellos de crin; en cuanto a Cham, lo idolatraba como un modelo de belleza sobre la tierra, desde la frente pura al pie ágil, pasando por el esbozo de la estrecha cintura. Sin embargo, el placer de verlos, de acercarme a ellos, de olerlos, de tocarlos no expresaba ni un deseo ni su desahogo. Aunque mi apego no hiciese abstracción de sus cuerpos, no se confundía con la atracción y no buscaba de ninguna manera la voluptuosidad.

Vivir con una mujer requería el retorno del sexo en el amor, una obligación que me parecía tan vana como irrealizable. Noura me había llevado tan alto que las cortas cumbres ya no me atraían.

No me duelen prendas en confesarlo: con aquella desgana cultivaba una nueva forma de mi pasión, la fidelidad a Noura más allá de la muerte. Cada vez que pensaba en ello, experimentaba una embriaguez que me recordaba nuestros éxtasis. Rechazar a las mujeres invocando a Noura me producía una especie de gozo… Por lo demás, hombre al fin y al cabo, había encontrado un árbol, semejante al Haya de mi adolescencia, al que trepaba olvidándome de todos, en el que relajaba mis tensiones entregándome al placer.

—¡Papá, una manada allí abajo!

Con el brazo extendido, sin un escalofrío de miedo, Cham señalaba unos tupidos matorrales sacudidos por convulsiones. Había animales agazapados allí.

—¿Qué te parecen, Cham? ¿Lobos? ¿Jabalíes?

Observó con atención. Imposible distinguir qué provocaba aquella agitación.

—¿Voy allí? —preguntó Cham.

—No, ya voy yo —respondí, temiendo que una cerda que estuviese protegiendo a sus jabatos cargase contra él.

—Nunca me dejas ir primero. ¡No sé para qué me llevas de caza, entonces! Ya no soy un niño, ¿sabes?

Lo miré: aunque todavía era un niño, su mirada enojada, su indignación, sus ganas de pelea eran las de un adulto. Me conmovió.

—¡Venga, ve! —susurré.

Sonrió, dio la vuelta y bajó. La agitación de los matorrales cesó en cuanto los rodeó. Desapareció tras la fronda. Su voz resonó:

—¡Papá!

En su tono no percibí miedo, solo desconcierto. Sin embargo, corrí para reunirme con él. Me señaló el claro.

—Mira…

Frente a nosotros, una veintena de individuos cargados con fardos —hombres, mujeres y niños— también nos miraban.

Tibor tenía razón: el Lago no había cubierto el mundo entero, simplemente había extendido su imperio. El país en el que habíamos desembarcado contenía todos los seres vivos posibles, incluidos los humanos, y aquel grupo de gente daba fe de ello.

Los nómadas se unieron a nuestro poblado. Usaban una lengua algo distinta, lo que dificultaba nuestros intercambios, pero acabé entendiendo que se desplazaban periódicamente, acampando unas lunas aquí, otras allá, el tiempo de agotar la caza y los frutos de una zona, para luego volver al camino.

Hablar con ellos me confirmaba que había grupos de humanos que prosperaban en otros lugares sin haberse enfrentado a nuestro cataclismo. Habían oído hablar del diluvio…

—Hace mucho tiempo, ¿verdad? —preguntó su jefe.

Habían transcurrido diez años desde el diluvio. A nosotros nos parecía cercano, a ellos lejano. Tenían curiosidad al respecto, probablemente porque su vida regular y monótona no incluía desastres tan hermosos.

Los aldeanos les contaron nuestras experiencias. Los nómadas escuchaban embelesados.

Entonces descubrí una paradoja que volvería a encontrar en el transcurso de los siglos: los hombres creían en el relato sin creerlo. La ambivalencia no les molestaba. Ficción y realidad borraban sus fronteras, se entremezclaban sin que nadie protestara, para el placer de todos. Tanto los que escuchaban como los que contaban se movían en un espacio libre de controles, un lugar donde se prefería la belleza, la enseñanza y la emoción a los hechos. Lo plausible triunfaba sobre la realidad. Incluso una inverosimilitud verosímil, si servía a la historia, valía más que una verdadera verdad que la chafaba.

Así, nuestros aldeanos contaban que nuestra travesía marítima había durado cuarenta días. ¿De dónde sacaban ese número? Nadie los había contado. «Cuarenta» era una cantidad redonda, frente a «treinta» que parecía escasa o «cincuenta» que habría parecido desmedida. A fuerza de repetirlo, el número cuarenta, determinado por el primer lenguaraz, se impuso.

A continuación, nuestros aldeanos afirmaban que la tierra había sido cubierta por entero. Ahora bien, eso no había sido más que una sensación dada por el horizonte circular; es más, si hubieran

reflexionado, se habrían dado cuenta de que habían llegado a una región que nunca había sido sumergida. A pesar de ello, describían un diluvio universal, completo, radical, y los oyentes, sin preguntarse por qué no se habían ahogado ellos diez años antes, asentían, dispuestos a repetir la historia de boca en boca.

Retomando las interpretaciones de Derek, nuestros aldeanos explicaban las causas del diluvio. El Lago, enojado con las criaturas irrespetuosas, había decidido castigarlas y las había suprimido. No obstante, para que su poder fuera reconocido y temido, necesitaba testigos: había elegido perdonar a algunos humanos, menos olvidadizos, menos disolutos, menos atolondrados, cuidadosamente seleccionados. Esos fueron los elegidos. Refundaban el mundo sobre bases sanas y piadosas, y sus hijos y sus nietos, todas las generaciones venideras, conmemorarían perpetuamente la supremacía del Lago.

Veía nacer el mito. Tenía por padre el sentido, por madre la exageración. Suponía que nada sucedía por azar y que los acontecimientos contrastaban. La mente ponía orden en el caos, la sensibilidad le añadía arte. Inevitablemente, la fábula desarrollaba un programa inteligente que ningún detalle contradictorio o superfluo enturbiaba.

A costa de dichas exigencias, la leyenda se imponía y viajaba de una conciencia a otra, autorizando a cualquiera a embellecerla, enriquecerla y completarla: las múltiples variaciones serían recibidas como otras tantas precisiones.

Mi papel iba cobrando protagonismo a medida que nuestros aldeanos contaban la historia del diluvio. En aquel momento, como yo mismo asistía a la elaboración de la leyenda, no se me atribuía más de lo que hubiera permitido, pero presentí que, a mi desaparición, no se privarían de hacerlo[30].

—¡No envejeces, Noam! —exclamó Mamá por enésima vez, extasiada.

No pude devolverle el cumplido. Mamá declinaba lentamente con sabiduría. Lejos de rebelarse contra los años, aceptaba engordar, encorvarse. Gustaba tanto como antes, si no más, porque resplandecía: una luz interior, la de su alma dichosa, le llenaba los ojos, le modelaba el rostro, justificaba el dibujo de las risueñas arrugas y el resplandor inmaculado del cabello. Mamá disfrutaba viéndome velar por la conducta del pueblo, comentando los progresos de su nieto, y, sobre todo, siendo amada incondicionalmente por Barak.

Él también estaba envejeciendo, como atestiguaban la cabellera abigarrada de blanco y los pliegues francos que le marcaban la piel; sin embargo, a diferencia de ella, luchaba con denuedo por

mantenerse erguido, obligándose a correr, asegurándose de conservar gestos rápidos y netos. Aunque noté el esfuerzo detrás de su comportamiento, no lo censuré: mi tío el coloso tenía que seguir siendo un coloso.

Cham había alcanzado la estatura adulta. Crecía sin preocupaciones. Desde que sabíamos que el mundo era grande y estaba poblado, no sufría la presión de tener que reproducirse para ampliar nuestra comunidad. Se relacionaba discretamente con las chicas y se entregaba con pasión a sus minerales.

Había progresado enormemente desde sus comienzos. Ahora sabía cómo extraer vetas de cobre o de oro de la roca y luego transformarlas. De niño se contentaba con el martilleo en frío, esculpiendo el metal a golpes, pero con el paso del tiempo acabó inventado la metalurgia del cobre. Solíamos asistir de buen grado a aquel espectáculo. Para nosotros, hacer pasar una piedra del estado sólido al líquido era un milagro; deducíamos, por supuesto, que el ardor del fuego causaba aquella fusión, sin embargo, no podíamos ver en la fusión una operación banal. Y la vuelta al estado sólido por enfriamiento nos fascinaba igualmente.

—El Frío es uno de los formidables Genios de la Naturaleza —comentaba Tibor—. Cuando ataca al agua, la convierte en hielo. Cuando acomete contra la piedra licuada, la transforma en metal. Lo declaro Genio Solidificante.

—¿Y el Calor?

—El Calor es un Demonio Destructor. Quema, seca, calcina, aniquila. Quien osase acercarse al sol moriría. Hay que vigilarlo constantemente, controlarlo e impedir que cause daño.

Con el cobre, Cham fabricaba puntas de flecha, anillos y ajorcas. En los primeros tiempos, se dedicó a hacer herramientas, incluso armas, pero resultaron ser menos firmes que las de pedernal, las de hueso o las de asta de ciervo; eran blandas y cedían. Obedeciendo a las virtudes de los metales —igual que Tibor obedecía a las de las plantas —, Cham se especializó en la elaboración de pequeños objetos preciosos.

Seguía acompañándome a cazar, digno heredero de su madre, experimentando una satisfacción vital al galopar, saltar, trepar, hasta agotar sus dinámicos músculos. Exhibía una sonrisa perpetua que solo perdía cuando los desconocidos nos tomaban por hermanos.

Una noche, Tibor, a cuya casa había ido a compartir la cena, tras observarme atentamente me dijo:

—No envejeces, Noam.

—Tú tampoco, Tibor. Eres el vivo retrato del Tibor que conocí una

vez.

—Es lógico. Siempre he sido viejo. Di mejor que por fin tengo la edad que aparento.

Modestia aparte, tenía razón. Para qué negarlo. Frunció el ceño, entrecerró los ojos y repitió:

—En cambio, tú no envejeces.

Aquella frase, que escuchaba a menudo, solían dirigírmela como un piropo; Tibor, en cambio, la pronunciaba como el enunciado de un problema. En lugar de eludirlo, sopesé su reflexión y afirmé con seriedad:

—En efecto, Tibor, no envejezco.

Percibió mi inquietud. En confianza, me atreví a confesar:

—Hay algo más extraño que eso, Tibor: me recompongo.

Se encogió de hombros.

—Todo hombre se recompone: así lo quiere la Naturaleza. Lo viviente defiende a lo viviente. Nos reponemos de una indigestión o de un dolor de cabeza, el sangrado se detiene, cicatrizamos.

—¿Recuerdas cómo me herí el otro día? Se me rompió la cuerda del arco cuando apuntaba. La flecha me rajó la piel.

—Lo recuerdo muy bien, te curé. La herida era mayor que un dedo. Un corte feo. Por cierto, ¿cómo va?

Quité el vendaje y le tendí el brazo derecho. Lo apartó, rezongando.

—Déjate de bromas. Dame el brazo herido.

—Es este —respondí sin moverme.

Intrigado, me examinó el brazo derecho, luego el izquierdo, y de nuevo el derecho, palpando con los dedos. Desconcertado, me lo acercó a las llamas para ver mejor.

—¡No! —resopló—. No hay marca. ¡No cicatrizamos hasta este punto!

—Es lo que te decía…

Tibor permaneció en silencio, como si yo no estuviera allí; pensativo, sacó sus hierbas alucinógenas de un zurrón y las aplastó con un canto rodado curvo.

—¡Tibor! ¡Delante de mí!

—Perdona. Es algo maquinal… Las preparo para esta noche.

Me miró de hito en hito, repentinamente intrigado.

—No lo entiendo, Noam, te traté en el pasado. Antes no curabas así.

—¿Antes de qué?

—Antes del diluvio.

Un peso se abatió sobre mi pecho. Su comentario me abrumó. Aunque formulaba lo que yo sospechaba desde hacía tiempo, me

resistí:

—¿Por qué me iba a cambiar el diluvio? ¿Qué viví durante el diluvio que tú o los demás no hubieseis afrontado? Me mareé como vosotros, vomité como vosotros, me acuciaba el hambre y la sed como a vosotros, me desesperé como vosotros, creí llegado mi último momento como vosotros, me…

—¡Espera! ¿Qué pasó en la isla?

La agudeza de su pensamiento me dejó boquiabierto. Apuntaba al único momento vivido aparte del grupo. Me pregunté si debía revelarle todo o parte. ¿Todo, es decir, la presencia de Derek? ¿O únicamente lo que nos concernía a Noura y a mí?

No me dio tiempo a contestar:

—Lo estás pensando, Noam, eso significa que me vas a mentir.

Respiré profundamente y decidí explicarle nuestra expedición sin omitir ningún detalle: el embuste urdido para engañar a los supervivientes con la falsa ejecución de Derek porque era mi hermano y víctima de Pannoam. Después de la evocación de la pavorosa escena confesada por Derek, Tibor me interrumpió:

—Desde un principio supuse que estaba castrado. Cuando le pregunté sobre un posible accidente —los cisnes enojados atacan los testículos de los niños—, se puso como un basilisco. A partir de entonces, me rehuyó. Iba a contarte mis sospechas cuando fingiste que era el padre de Cham y temí que aquello llegase a oídos de Noura.

—Noura lo descubrió. Por esa razón sucedió lo peor.

Me miró perplejo. Le hablé del grito de Noura delante de Derek desnudo durante su siesta, de su exasperación conmigo, de cómo se había ocultado en la canoa para que pudiéramos hablar. Le referí lo de la tormenta, nuestra huida, la cueva, la bola de fuego que cayó sobre Noura y Derek, cómo me precipité hacia ella y cómo comprobé su muerte antes de ser fulminado a mi vez. Mencioné el agujero negro, los tres días en blanco, olvidados, cuando las aguas me habían arrastrado fuera de la chimenea y, finalmente, cómo desperté en los brazos de Barak.

—¿Tenías hambre y sed cuando recuperaste el conocimiento?

—No…

Al oír sus palabras me di cuenta de lo inusual que era salir así de un aturdimiento.

Tibor exclamó:

—¡Ahí lo tienes! ¡Allí pasó algo! En la cueva. Durante esos tres días y esas tres noches. Después del impacto del rayo.

—Tibor, cómo explicas que…

—Yo no explico nada, me limito a acercarme al misterio. Saber no

consiste en suprimir el misterio, sino en rodearlo. Saber consiste primero en saber lo que no se sabe. Tengo que quitar las capas superficiales, las que se resuelven, para tocar el corazón concreto del misterio.

Se levantó, observó el contenido de la casa en torno a él y suspiró.

—Me marcho, Noam. Después de lo que me acabas de revelar, me voy.

—¿Por qué?

—Voy a averiguar qué pasó en esa cueva.

—Te acompaño.

—De ninguna manera. Me llevará tiempo y tú gobiernas el poblado. Sobre todo, tengo una misión.

—¿Cuál?

—Comprobar si Noura está muerta.

*

Mi hijo estaba enamorado. Yo ignoraba de quién, ya que la chica vivía en una aldea a cuatro días de camino. Como la mayoría de los jóvenes, Cham y Falka se habían conocido durante la fiesta de la cosecha, que reunía tanto a las parejas constituidas como a los corazones libres. Falka había provocado un flechazo instantáneo en Cham; desde entonces, o hablaba de ello sin parar, con vehemencia, o callaba, lánguido, pensando en ella.

Su enamoramiento me alegraba tanto como me preocupaba. ¿Era razonable embarcarse en una relación tan arrebatada? Una mujer cautivadora no es forzosamente una esposa… Yo había roto la tradición según la cual los padres arreglan, solos y por adelantado, los matrimonios. ¿Por qué? No quería comportarme como Pannoam: la posición social no era un criterio suficiente que garantizase una relación y mi unión con Mina me había procurado muchos años de tristeza como para infligir a Cham una suerte equivalente. Sin embargo, no dejaba de reprochármelo. ¿Un hijo escoge mejor que un padre?

Impaciente por emprender el vuelo, Cham me instaba a conocer a Falka, lo que acepté rápidamente, para que pudiésemos quedar tranquilos.

Al entrar en la sala donde el clan había preparado una recepción digna de un jefe, percibí de inmediato la turbación de Falka. A medida que avanzábamos, miraba a Cham, luego a mí, de nuevo a Cham, y sus ojos saltaban atónitos del uno al otro. Cuando durante nuestra entrevista me dirigí a ella, las mejillas se le encendieron como la

grana, entornando los párpados, tocándose mil veces el cabello, los labios o el cuello, derritiéndose de placer. En vez de hablar, ronroneaba, en lugar de palabras emitía gorgoritos, arrullos, se ruborizaba, suspiraba, sonreía, deslizando sobre mi rostro miradas cargadas de emoción. Noté incluso que la sangre se le subía al pecho arrebatado de marcas carmesíes. Afortunadamente, Cham, ciego de amor, no descubrió que se había esfumado de las pupilas extraviadas de su prometida y yo ocupaba su lugar.

Tan pronto como pude, me escabullí fuera de la casa para escapar de aquellas intolerables zalamerías. ¡Mi hijo había caído en las garras de una casquivana! Aunque hacía tiempo que me mantenía alejado de las mujeres, comprendí claramente que Falka bebía los vientos por mí. Le gustaba tanto que si nos hubiesen dejado solos caería rendida a mis pies.

Contrariado, decepcionado, ofendido, me propuse ser franco con mi hijo: se había encaprichado de una jovencita ligera de cascos que amaba a los hombres más que a un hombre, que prefería el amor al amante; Falka lo engañaría, le mentiría y, si Cham perseveraba, sufriría humillación, traición y crueldad. Me llevaban todos los demonios. En el hipotético caso de que mi hijo no lo entendiera, tendría que obedecerme: le exigiría la separación.

Tirtsa, la madre de Falka, se reunió conmigo detrás de la casa.

—¿Cómo es posible? —susurró.

La miré, incrédulo, hosco, antipático. Continuó imperturbable:

—¿Por qué el padre parece tan joven como el hijo? Eres su hermano, ¿no?

Negué con aspavientos.

—Falka está terriblemente confundida, Noam. Como todos nosotros. Pero en ella el trastorno se convierte en desasosiego: lo que aprecia en el hijo lo ve en el padre. Eso la perturba. Te lo digo porque ella no se atreverá a confesarlo.

La miré fijamente, sorprendido por sus palabras. Tirtsa, de una elegante delgadez, tenía un rostro macilento en el que se marcaban las cuencas de los ojos; el gris de sus ojeras y las múltiples arrugas que los rodeaban como cuévanos conferían una increíble intensidad a su mirada. Su turbación en ese momento era prueba de su sinceridad.

—Cualquiera diría que solo tienes uno o dos años más que tu hijo.

—Mi madre, mi tío, mi pueblo, todos darán fe de que lo he criado desde siempre.

—Tenéis el mismo aspecto. Tu madurez solo aparece en tus palabras, en tu actitud. Jamás había visto nada igual.

Miré hacia otro lado. ¿Qué responder? ¿Cómo explicar lo

inexplicable? Por primera vez, mi prolongada juventud suponía un problema. Lo que hasta entonces enorgullecía a mi familia ahora corría el riesgo de destruirla y perturbar la vida de mi hijo.

Inteligente, Tirtsa respetó mi silencio y luego me preguntó:

—Si Cham y Falka se casan, ¿dónde vivirán?

—Bajo mi techo.

—Me niego a que mi hija viva bajo tu techo.

Con expresión amarga, insistió:

—No le impongas eso. No quiero que… tu privilegio…, tu singularidad… despisten a Falka, la confundan permanentemente o, peor aún…, la conviertan en… otra.

Las palabras de Tirtsa eran como un vapuleo.

—Falka adora a Cham —añadió—. ¿Cómo no llevar a su doble en su corazón?

Gracias a su perspicacia, adiviné mi deber. Me incliné ante ella.

—Mi hijo se casará con tu hija, porque se aman. Mi nuera pertenece a un noble clan. Se instalarán en mi casa. Y yo emprenderé un largo viaje.

—¿Inmediatamente?

—Inmediatamente.

—¿Hasta que tengan un hijo?

—Hasta que tengan uno o dos hijos. El tiempo necesario para que la pareja se consolide. El suficiente hasta que yo me marchite.

—Gracias —dijo simplemente.

Tendió las manos hacia mí para que sellásemos nuestro acuerdo. Ejecuté el ritual. Sentimos el alivio de un padre y una madre responsables.

Retiró sus manos y me preguntó, con los ojos clavados en los míos:

—Dime, ¿eres realmente el padre de Cham?

—Te lo juro, Tirtsa.

—¿Entonces tienes mi edad?

—Tengo tu edad, Tirtsa.

Se estremeció. Frotó los brazos desnudos para entrar en calor. Casi sin querer, mi atención se detuvo en aquellos dedos secos, de nudillos rojizos hinchados por la inflamación, que frotaban la piel marchita de los codos.

Al ver mi mirada, sonrió con tristeza.

—Buen viaje, Noam. Me alegraré de no volver a verte nunca más.

Tirtsa volvió a entrar en su casa.

Muy preocupado, me desmoroné en un poyo de piedra con una idea fija en mi cabeza: no actuar como Pannoam. Por una serie de circunstancias sospechosas, los acontecimientos me instaban a robar a

mi hijo, una pendiente escabrosa. Cierto, a diferencia de Pannoam, yo no deseaba a Falka; todo lo contrario, era muy consciente de que, en caso de que ella desarrollase interés por mí, acarrearía la desgracia a Cham. ¿Es posible que formásemos generación tras generación individuos robanovias y destrozahijos? Muy bien, pues yo me encargaría de conjurar esa fatalidad, no pensaba reproducirla.

Si Falka, alertada por la sagaz Tirtsa, presintió las causas de mi frialdad, Cham, en cambio, no se percató de nada. Al día siguiente de la boda, me pidió que aplazase mi expedición: «¡Quédate, padre! No te vayas en el momento en que soy tan feliz». Enumeré diez buenas razones para recorrer el mundo; habría inventado otras mil en lugar de confesar la única: acabar con la maldición de nuestra dinastía, que oponía padres egoístas, ladrones y lujuriosos a hijos altruistas, desposeídos y desdichados.

*

Pasé dos años recorriendo la región, dispensando mi talento como curandero a los nativos. Echaba muchísimo de menos a mi madre y a Barak. Abrigaba la esperanza de cruzarme algún día con Tibor, a quien, por sorprendente que parezca, nadie recordaba.

Esos años me permitieron constatar que aquel territorio no constituía una orilla, sino una costa: no se podía volver al punto de partida costeando las aguas. El mundo ya no se reducía a un círculo cerrado. Aquella revelación me estremeció: el lago era un mar.

Durante mi peregrinaje, concebí una aversión por el mar que duraría siglos. Niño de los arroyos, de los ríos y del lago, hombre de las aguas puras, vivas y transparentes, consideraba el mar como un usurpador y sobre todo como un osario. Solo era el cementerio del diluvio. Si olía mal, si no se podía distinguir su fondo, era porque miles y miles de cadáveres se pudrían en sus profundidades; solo estaba compuesto de excrementos, de cuerpos destruidos, podridos, putrefactos, corrompidos, corroídos, que se agitaba sin cesar con sus flujos y reflujos, con sus olas inestables de baba espumosa. A veces todavía arrojaba esqueletos de huesos blancuzcos. El aire yodado que se respiraba por encima de aquella cloaca expelía el aliento de los muertos. Y estaba convencido de que la sal, esa pestilencia salobre que volvía el líquido imbebible, rezumaba de los cadáveres en descomposición.

Hablando con los temerarios que se aventuraban cada vez más en sus aguas, constaté que la muerte seguía rondándonos. De las olas no solo surgían monstruos aterradores, sino que se desencadenaban

tormentas devastadoras. ¿Qué debíamos discernir de aquellas tormentas? ¿El recuerdo del diluvio? ¿Las primicias de un nuevo cataclismo? ¿Un aviso o una amenaza? Sea como fuere, cuando el Viento rugía, cuando las olas bramaban, el mar denunciaba los agravios de los seres terrestres advirtiéndoles que, si se portaban mal, tal vez dejaría de contener su rabia. El fragor del mar, su constante estruendo, los chasquidos de la resaca me atormentaban recordándome mi insignificancia.

Al final de mi periplo, había perfeccionado una técnica que me ayudaría a vivir cerca de Cham: envejecerme a base de aplicar polvo a la piel y marcar los rasgos ahondando las arrugas de la frente, las comisuras de la boca y el rabillo del ojo ayudándome de tizones de madera carbonizada. Ennegrecía el contorno de los ojos con pinceles de pelo de animales, para simular bolsas y ojeras, luego acentuaba las oquedades y añadía rojeces con acerina y morados trazando una vena en las sienes. Finalmente, aplicaba un polvo gredoso mezclado con grasa para blanquear la barba, el bigote, las cejas y el cabello. Aprendí y me ejercité en el arte del maquillaje, mucho antes de que existiera el teatro, en los charcos que me servían de espejo. Ahora que era capaz de representar mi edad, podía volver con Cham.

Cuando llegué a la aldea, mi aspecto lo desconcertó, pero pudo más la alegría del reencuentro. Alzó orgulloso a sus dos retoños, y Falka, más enamorada que nunca de Cham, me recibió afable, sin la turbación anterior, tratándome como a un venerable anciano.

Decliné la invitación a quedarme con ellos y me instalé muy cerca, en una casa cuyos habitantes acababan de ser diezmados por la disentería. Dos razones me impulsaban a ello: no molestar a la pareja y ocultar el maquillaje que tanto tiempo me ocupaba cada amanecer.

Mamá y Barak parecían dubitativos ante mi envejecimiento. ¿Por perspicacia? ¿Por cariño? O sabían que su Noam nunca sufriría los ultrajes del tiempo o querían creerlo. Cuando me esmeraba con el maquillaje, se miraban de reojo y decían con la boca pequeña: «Hoy tienes cara de cansado», casi como un reproche, sin empatía ni preocupación. En cambio, en cuanto los pigmentos se borraban por efecto del sudor o de una caminata, exclamaban: «¡Qué guapo es nuestro Noam!». Echando la vista atrás, creo que habían adivinado que se me había concedido un destino excepcional; sin embargo, conscientes de que yo no quería hablar de ello, respetaban mi mutismo.

Mamá cayó enferma. Toda su energía se desvaneció. Empezó con dolores de estómago, luego un bulto que se le notaba bajo el vientre. Me desviví por prepararle infusiones y decocciones de hierbas, pero

constaté con rabia que, a pesar de las plantas medicinales, su degradación se aceleraba. Perdió el apetito. Un tinte amarillento le invadió la piel. Tenía dificultades para beber.

Mamá no se quejaba. Lo había comprendido. Su determinación era admirable. De la misma forma que había aceptado la edad, aceptaba la muerte. Mejor aún, la acogía.

—¿De qué serviría quejarme? —me dijo un día, durante un acceso de fiebre que la sacudía con temblores—. La muerte me aliviará.

Una cosa la reconfortaba: la sonrisa. Aunque en soledad el estupor y el despecho ensombrecían su rostro, se iluminaba tan pronto como uno de nosotros se acercaba. Sin fuerzas para mantener una larga conversación, sin embargo, era capaz de sostener infinitas sonrisas. Nada atenuaba la alegría de aquellos ojos que contemplaban a Cham o a sus hijos. En cuanto a Barak y a mí, nos volvimos tan necesarios para ella como el aire que respiraba y, en la sonrisa que intercambiábamos, una sonrisa que abarcaba desde los labios a las orejas, circulaba la intensidad de nuestro amor.

Fuera de la casa, Barak, el fortachón, lloraba a escondidas como un pequeñuelo pillado en falta; tan pronto como volvía con Elena, se iluminaba con una sonrisa más cálida, brillante y benéfica que cualquier fuego.

Mamá sucumbió una noche.

Al alba, al entrar en su casa, descubrí el cuerpo ya frío mientras Barak, arrodillado ante sus restos mortales, salmodiaba fórmulas sagradas.

Me prosterné para unir mis plegarias a las suyas. Los momentos en que me quedaba en silencio le enviaba cariñosas palabras a Mamá y veía, en la boca de Barak, moviéndose suavemente, que él también continuaba el diálogo; luego reanudábamos las salmodias rituales.

Barak no derramó una lágrima. ¿Por mí? ¿Porque Elena, todavía allí, aunque exánime, le prohibía llorar?

Cuando hubimos recitado repetidamente nuestras oraciones, Barak alzó la cabeza y, con la mirada perdida, me habló por primera vez ese día:

—¿Te das cuenta, muchacho, de nuestra suerte? Tú por haber tenido a Elena por madre, yo por esposa. ¿Conoces hombres más afortunados que nosotros?

Sonreía, la mirada límpida, el semblante tranquilo, la respiración serena, y supe que, lejos de inventarse un subterfugio para su dolor, era absolutamente sincero al mostrar gratitud. Aquella mañana, cuando el destino le arrebataba a la mujer de su vida, en lugar de lamentarse se mostraba exultante.

—Murió en mis brazos. Nada podría hacerla más dichosa. Nada podría hacerme más feliz sino morir en los suyos.

Se lo pensó mejor y corrigió:

—No, en ese caso se moriría de pena…

La miró con una pasión desesperada.

—Así es mucho mejor —susurró.

El pueblo desfiló por la casa en postrer homenaje. El afecto que mostraban por Elena me conmovió hasta el último poro de la piel. Barak se dio cuenta.

—¿Lo ves, Noam? Nosotros no teníamos ningún mérito al amarla: ¡Elena era adorable!

Viendo a Vlaam, a su familia, a los viejos, a los niños, al pastor, al alfarero, a la aguadora, a los rudos, a los amables, a los egoístas inclinarse ante ella, no me preguntaba quién la quería, sino si alguien no la quería.

La tristeza me traspasó el corazón. Los lugareños habían perdido a alguien que apreciaban, yo había perdido a mi madre. Vecinos, todos tenemos muchos; madre, solo tenía una. Aunque todos los dolores sean equiparables, el mío tenía algo único. Tal vez logre enamorarme de una mujer, forjar nuevas amistades, recibir ilusionado nuevos hijos o nietos, por ejemplo, pero jamás podré reemplazar lo irreemplazable. Nadie me querría como ella; yo nunca adoraría a nadie como a ella.

Abatido, me retiré a mi casa un momento. Cuando salí, me dijeron que Barak estaba cavando la tumba de mi madre, en las afueras del poblado.

Me reuní con él.

El día tocaba a su fin. La luz suave y malva del crepúsculo teñía lentamente el paisaje. Los matices sucedían a los contrastes. La campiña se apagaba suavemente.

Barak había elegido un curioso lugar: el centro de un claro. Lo vi junto a un montículo terroso, arrojando al suelo su herramienta.

—Llegas a tiempo, sobrino. Depositémosla en su último lecho.

Un ligero sudario de elegante tejido con jareta bordada envolvía a Mamá sin borrar sus formas; se podría pensar que nos estaba gastando una broma y que pronto surgiría sonriente de aquellos velos.

La bajamos al fondo de la fosa con toda delicadeza. El tamaño de la excavación complicaba la maniobra.

Cuando la hubimos posado, Barak arregló el sudario alisando las arrugas. Se hubiera dicho que la preparaba para una visita.

Salimos fuera.

—¿La cubro, Barak? —pregunté, empuñando la azada.

—Espera.

Se secó la frente, se atusó la barba y el cabello. Al ver sus manos manchadas de barro, hizo una mueca y luego se resignó ante su atuendo descuidado exhalando un suspiro. El sol, cerca de su ocaso, lo teñía de cobre. Lo encontré magnífico.

Me miró fijamente, se acercó a mí y me estrechó entre los brazos. Luego regresó al borde de la fosa y me sugirió, pensativo:

—¿Qué te parece unas flores?

—¿Quieres que las traiga de mi jardín?

—Sí, por favor.

Por el tono imperioso deduje que aquel detalle era importante para él y me alejé a grandes zancadas. Después de diez pasos, oí a Barak interpelarme:

—No estoy preparado para sufrir.

Me di la vuelta sin entender. Barak prosiguió con voz atronadora:

—Mientras la veo y la toco, puedo resistir. Tan pronto como esté bajo tierra, no podré. Perdóname, Noam.

Y antes de darme tiempo a reaccionar, Barak se llevó el puñal al cuello y se cortó la garganta, de la que brotó un torrente de sangre.

Me precipité al ruido de su caída.

En el fondo de la tumba, Barak, muerto, abrazaba el cuerpo de Elena. Sonreía.

*

Consideramos normal la partida de nuestros mayores, una normalidad que no proporciona ni bálsamo ni consuelo, bien al contrario, nos deja la impresión de que nada será igual.

La vida sigue y nos vuelve más frágiles. Nuestra confianza quebrantada busca apoyos sin descubrirlos. Esa amenaza que planeaba constantemente sobre nosotros —la pérdida de nuestros seres queridos — deja de trazar un futuro indefinido; lo horrible no viene, ha llegado.

La muerte de Mamá y de Barak no se reducía a la desaparición de dos personas, sino a la disolución de algo más. Con ellos, mi pasado, mi infancia, mi juventud, la alegría, la despreocupación se habían ido. Peor aún, había perdido a mis protectores. Habrá quien se ría: ¿cómo una anciana y un coloso cojitranco podían proteger a un hombre fuerte y sano como yo? Muy sencillo: queriéndome. Dedicándome su ternura íntegra, sin condiciones, atención devota a mi sosiego, deseo absoluto de mi equilibrio, entrega total desde la primera mirada. Era necesario haberme conocido niño para detectar todavía al niño que había en mi interior. Y ahora todo eso se había acabado. El duelo me

obligaba a crecer.

Cualquiera que sea la edad en la que uno se entera de la muerte de sus padres, ese día mata al niño. Convertirse en huérfano es convertirse en viudo de tu infancia.

No debía quejarme: había alcanzado la madurez cuando la desdicha me llamó a crecer. A diferencia de tantos infortunados, no había sufrido esa limitación en mi juventud.

A veces me asombraba de la magnitud de mi desamparo y me reconvenía: acepta la tristeza, Noam, porque no puede evitarse. Deja que ocupe su lugar. ¡Que la tristeza siga siendo tristeza, nada más! Sin embargo, mi dolor, como un río desbordado, acarreaba mil sentimientos, el hastío, la nostalgia, la soledad, la postración, el miedo al futuro, el desencanto, el temor amargo de no volver a vibrar, de no volver a disfrutar, de no recuperar la alegría.

«No estoy preparado para sufrir», había declarado Barak poniendo fin a sus días.

Yo tampoco. No podía soportar lo insoportable. Durante las primeras lunas de mi duelo, no tuve ningún dominio sobre mí; mis humores me inundaban y me ahogaban sin mi consentimiento ni mi control. Luego, a ratos, conseguía luchar contra aquella marejada, ganar un poco de dominio. Bueno, al principio solo ganaba pequeñas batallas, pero sentía que abrían el camino para una reconquista. La felicidad se decreta antes de vivirla.

«No estoy preparado para sufrir», había gritado mi amado tío. Así pues, decidí ser feliz.

Me dediqué a mi familia. Adoptar el papel de abuelo, función que anteriormente habían desempeñado Barak y Mamá, me proporcionaba el placer de perpetuarlos prolongando su acción; saboreé la satisfacción de una fidelidad vivificada, me deleité con ella.

No se podía decir que mi hijo gobernase la comunidad con puño de hierro, entregado como estaba, aparte de a sus obligaciones familiares, a su vocación metalúrgica.

Al igual que la primavera que renace, la felicidad asomó de nuevo. De los deseos pasó a la realidad. No seguí forzándome. Dos años después de la doble pérdida, al fin disfrutamos de un período tranquilo. La felicidad de ser padre y abuelo llenaba mis días. El envejecimiento me parecía ahora una forma de higiene, sobre todo desde que a mis afeites había ido añadiendo rigideces falsas, gestos lentos, ropa que sugería que engordaba, que mis abdominales se aflojaban, que mis músculos se desdibujaban.

Mis nietos crecían, Cham maduraba, yo declinaba. ¡Cuánto disfruté aquella época!

Por desgracia, la imprudencia de una mañana iba a ponerle fin.

Brillaba un sol fijo, insoportable. Colgado en el cenit, había devorado el cielo hasta palidecerlo, sin permitirle colorearse más que en el horizonte. Bajo él, todo parecía inerte, aturdido; la brisa se había sofocado; el polvo carecía de energía para levantarse.

Cayendo a plomo, el astro proyectaba en el suelo charcos de sombra y me cocía la cabeza a fuego lento. No podía esperar hasta la noche para que se atemperase semejante calor, tenía que refrescarme.

Con pasos pequeños y pausados, subí hacia el río. La hierba alta y seca, ya consumida por el verano, se había acamado. Una víbora aquí, un solitario lagarto allá, todavía evocaban la vida.

Una vez llegado al repecho donde el río se ensanchaba antes de emprender su curso hasta la playa, admiré el panorama. A lo lejos, el mar brillaba con destellos metálicos. Su difusa irradiación me obligaba a entrecerrar los ojos para soportar el deslumbramiento.

La Naturaleza se inclinaba al silencio. Mientras algunos pájaros gorjeaban burlonamente en las copas de los árboles cercanos, mucho más alto, en el pálido éter, las lentas e infatigables águilas planeaban mudas.

Observé el torrente que se agazapaba en el hueco de aquel estrecho circo rocoso. Mientras que en otros lugares las plantas yacían marchitas, en la orilla reverdecían. Chapoteos, ligeros temblores, minúsculas olas, sobresaltos. El agua me llamaba, irresistible; representaba la agitación bajo el aplastamiento.

Para escapar del contagio de aquel torpor, me desnudé y descendí a la corriente fresca y límpida. Allí volví a la existencia. En el corazón de las corrientes heladas experimenté la fuerza de la renovación, la intensidad de la vida que se afirma. Arrebatos de impaciencia agitaban mi cuerpo, impulsándolo a nadar, a sumergirse, a hacer piruetas, a dar vueltas, a chapotear, a flotar. Saboreaba mi robustez, disfrutaba de mi flexibilidad, me emborrachaba de placer.

Ni la hora tardía ni el hambre acuciante que me atenazaba lograban arrancarme de mis acrobacias, de los inagotables atractivos del derroche de energía.

En la orilla se recortó una silueta. Cham se agachó y me llamó.

Con un alegre ademán, lo invité a unirse a mí.

Inclinado, vigilante, con los ojos casi cerrados, me espiaba.

Insistí riendo:

—¡Ven!

Se levantó, se despojó de sus ropas y se metió en el agua haciendo una mueca, porque su temperatura contrastaba con la del aire tórrido;

luego, con unas pocas brazadas, se acercó a mí.

—¡Qué buena está! —exclamé.

Asintió. Su calma, su seriedad, me impacientaban un poco. En lugar de divertirse, me miraba fijamente.

—Papá, ¿cómo es posible?

—¿Que siente tan bien? ¡Pues claro, Cham!

Y lo salpiqué. Recibió el remojón sin reírse. Me sentí como un niño frente a un adulto. Porfió solemne:

—Papá, ¿cómo es posible?

Señaló su cuerpo.

—Mira, mi piel carece de firmeza, mis músculos se borran, la grasa se me pega a la barriga, se me cae el pelo y los que me quedan se están volviendo blancos. Explícame.

Llevado todavía de mi entusiasmo, le quité importancia tratando de tranquilizarlo:

—Es normal, Cham. Lo que te pasa a ti les ocurre a todos los hombres.

—¿A todos? —objetó.

Por fin se me cayó la venda de los ojos y comprendí lo que pasaba. Mi permanencia en el agua había borrado las huellas de mi envejecimiento artificial y mi frenesí había eliminado mis actitudes fingidas. Cham descubría a su padre a la edad en que lo había concebido con Tita. De repente me sentí mucho más que desnudo delante de mi hijo.

Por mi incomodidad, vio que al fin había entendido su pregunta y continuó:

—No es la primera vez que pienso en ello, papá. Por ciertos detalles, casi cada día, sospecho que me engañas.

—No te miento, Cham, te protejo.

Me examinó largo rato.

—Te creo, papá. Veo tu esfuerzo y ahora lo valoro más. Pero explícamelo.

—No sé explicarlo. Es…, es…, es una maldición.

—Habría sido una bendición si nos lo hubieras transmitido a mí y a mis hijos…

El candor con el que expresaba su desconcierto —y, por añadidura, el mío— me conmovió.

—Cham, yo…

¿Qué decir? La situación nos superaba a los dos.

—Volvamos a la orilla, por favor —propuso.

Salimos del agua y nos recostamos desnudos en una roca plana, con el rostro dirigido hacia el sol abrasador. Seguimos el vuelo de los

milanos que, rigurosos, cultivaban la lentitud en medio del cielo azul.

—¿Sufres al verme envejecer?

Cham me tocaba en lo más hondo. Decidí no engañarlo con cuentos.

—Sí. Aunque un padre siempre contempla a su hijo a través de los velos del recuerdo, soy consciente de que envejeces, Cham. Al principio, ¡qué necedad!, te culpaba y me mordía la lengua para no decirte: «Yérguete, que andas encorvado, cuídate, ocúpate algo más de tu piel, de tu cabello, de tus dientes». Hasta que lo entendí: es la edad, y tú la sufres como yo sufro el hecho de no… sufrirla.

Cham clavó sus ojos en los míos.

—Esto se está poniendo feo, papá. A pesar de tus muchos esfuerzos por parecer viejo —y te lo agradezco—, convences cada vez menos. Se murmura a tus espaldas, todos se preguntan…

—¿Quién? ¿Falka?

—Falka, los lugareños, los visitantes, todos. Me preguntan, me acosan y, como no obtienen respuesta, los rumores aumentan y se propagan. Algunos están empezando a…

No se atrevió a continuar. Lo animé a hacerlo. Confesó:

—Están empezando a odiarte.

—¿Qué?

No era necesario pedir más información. Lo que tanto temía desde hacía tiempo había sucedido. Me puse en pie de un salto.

—Me voy, Cham.

Me agarró el tobillo con determinación.

—No.

—Es la solución para no arruinaros la vida, para no envenenarte.

—Lo sé. Pero ya lo intentaste.

Balbucí:

—¿Lo…, lo habías adivinado?

—En ese momento, no, pero a tu regreso me impresionó tu vejez repentina. Solo habían pasado dos años, pero te habías echado veinte encima, y hablé de ello con Falka. Entonces me contó su turbación cuando te conoció, tu enojo, tu frialdad y luego tu partida.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Luchaba con la emoción.

—Maldije los años en que desapareciste, papá. Te aseguro que había perdido la alegría. Empecé a querer a mis pequeños el día en que te los presenté, gracias a tu alegría. No me abandones…

—¡Venga, Cham! ¿De qué otro modo…?

Bajó la cabeza.

—Perdona. Solo habla mi egoísmo.

—¡No me importa si eres egoísta! Eres mi hijo, Cham, mi único

hijo. Si puedo satisfacer tu egoísmo, seré el padre más feliz del mundo.

Levantó la frente y me miró.

—Puedes irte y quedarte.

—¿Cómo?

—Instalándote clandestinamente a una distancia prudencial de la aldea. No demasiado cerca como para que alguien se cruce contigo o te reconozca ni demasiado lejos para que pueda visitarte a menudo.

Le tendí la mano, dispuesto a sellar nuestro acuerdo, y le pregunté:

—¿Se te ocurre un lugar ideal?

—Pensaba en una caverna que…

Pese a lo trágico de las circunstancias, me eché a reír a carcajadas.

—¿Una caverna? ¡Digno hijo de tu madre!

*

Viví treinta años en la caverna.

Resumiré ese período en pocas palabras: plenitud natural, desierto humano.

Plenitud natural, porque me fundí con los elementos, la roca protectora, la tierra fértil, el agua recibida, como el alba, con gratitud, el frío que vigoriza, el calor que debilita, las plantas cuyas propiedades rastreaba, los animales que veneraba al mismo tiempo que me deleitaba con ellos. La caza requiere respeto y conocimiento del animal: se levanta la pieza si antes la hemos acechado, estudiado y comprendido. Aunque la empresa se resuelva con la muerte, va precedida de una atención paciente, de una genuina inteligencia del adversario, de una deferencia fundamental por sus capacidades. La muerte no deja de ser brutal, sin duda… Pero ¿no constituye dicha brutalidad el último signo de respeto? Hay que abatir sin atormentar, la ejecución oponiéndose al suplicio. Nunca he matado orgullosamente, pero siempre he matado bien —con brevedad y por una buena razón—. El salvaje en el que me convertí durante aquella época se apropió de las lecciones de Barak. Abracé la Naturaleza.

Y desierto humano, porque esperaba seis días a Cham y no lo veía hasta el séptimo. Mi hijo nunca venía con las manos o la mente vacías: me traía frutas, verduras, grano, solicitaba mi parecer sobre sus últimas joyas de oro, una materia que dominaba, me ponía al día con los avatares de la aldea, de sus hijos, de sus esposas, de sus maridos, luego de sus nietos… Cham tenía talento para contar. La crónica con la que me entretuvo durante treinta años me hechizó, tan exquisitamente dibujaba los caracteres, los asuntos, las intrigas. Por la

calidad de sus palabras y su mirada, transformaba cualquier lugar en un decorado, cualquier situación en escena, cualquier acontecimiento en aventura, cualquier relato en suspense. ¡Qué talento para convertir cualquier persona en personaje! Me vinculó a seres que nunca había visto, a los que nunca trataría, de cuya felicidad me alegré y cuya muerte lloré. Cham describía poco, sugería. No juzgaba, presentaba. Una simpatía universal lo unía a aquellos cuyos vicios y virtudes evocaba con igual ternura, consciente de su complejidad. A diferencia de los cuentos que se cuentan a los niños, no había en su historia ni buenos ni malos; mostraba lo bueno y lo malo de cada individuo. Yo, que había sido criado por un extraño héroe, un padre tan luminoso como tenebroso, tan valeroso como perverso, me emocionaba con aquel viaje por las ambigüedades. Una vez que entras en el laberinto humano, no quieres salir de él, sino explorarlo; del mismo modo, una vez instalado en la novela de Cham, no quería acabarla, sino saborearla. Al cautivo en su caverna Cham le traía generosamente su mundo, el cual se revelaba tan rico, tan diverso, tan palpitante, tan contrastado que se convirtió para mí en el mundo. La escritura aún no existía, pero, cuando evalúo el dominio que Cham ejerció sobre mí con su crónica semanal, no me cabe la menor duda de que en otra época habría sido un magnífico escritor[31].

Mi gruta se ubicaba en una región que los nativos consideraban inhóspita; nunca iban allí, so pretexto de que no les prodigaba agua. En realidad, la guarida escondía un pozo, lo que me permitió pasar días tranquilos.

¿En qué pensé durante tantos años? Sin duda no pensaba: contemplaba. Todo me absorbía, lo móvil como lo inmóvil, lo silencioso o lo ruidoso, desde el polvo que flota en un rayo de sol hasta las nubes que se amontonan a lo lejos; del murmullo de la lluvia al graznido del cuervo. Un olor bastaba para ocuparme, sobre todo porque había determinado que no los había ni buenos ni malos: me llenaba del perfume amarillo de la ginesta, del hedor pantanoso del sapo, de los aromas grasos que desprendía una carne ensartada. Todo me proporcionaba espectáculo.

Descubría el reino de la noche. En lugar de dormir, como me había obligado a hacer la actividad en la aldea, examinaba el firmamento, confieso que con cierto orgullo: ¡nadie miraba al cielo! Tan pronto como se cernía la oscuridad, los hombres dormían, las flores cerraban sus pétalos, ningún animal volvía los ojos ni la nariz hacia el éter incomestible, e incluso los nocturnos, búhos, lechuzas y murciélagos, clavaban sus miradas en el suelo, obsesionados con el hambre. Si la tierra era vientre, el cielo era espíritu. Algunas veces, solo en el

mundo, bocarriba, susurraba a las estrellas:

—Tranquilas, yo os admiro.

Entonces, una bocanada de orgullo me permitía considerarme excepcional.

Al principio, experimentaba un placer estético al mirar las estrellas, luego, con el tiempo, busqué los vínculos entre ellas. ¿Tenía ante mí, cada noche, estrellas diferentes que se colocaban al azar, según sus deseos, como ovejas en el prado del cielo, o se regían por un orden? Antaño, con Barak, había localizado la estrella del crepúsculo, la exploradora que resplandece con un brillo superior, así como dos grupos, el Pequeño Renacuajo y el Gran Renacuajo. Me propuse llevar la investigación más allá y decidí reproducir el cielo a mis pies.

Un vasto campo de tierra batida representaba la bóveda y unos guijarros las estrellas. A menudo, entre el cielo real y mi falso cielo, acababa aquejado de agujetas, calambres y tortícolis. También me desanimaba, porque veía más caos que orden. Ciertamente, las estrellas trazaban un camino similar al del sol, levantándose por un lado y acostándose por el opuesto; sin embargo, aunque la bóveda se movía idénticamente por encima de mí, había estrellas que se pavoneaban toda la noche, algunas lucían unos instantes, ciertas estrellas solo aparecían en verano, mientras que otras solo se veían en invierno. Las estaciones lo cambiaban todo: el sol no surgía todo el año al lado de las mismas estrellas.

Poco a poco me di cuenta de que había una lógica subyacente que se me escapaba. La observación celeste me confirmó que las manifestaciones luminosas no dependían ni de la fantasía ni de la arbitrariedad, sin que por ello lograse descubrir sus principios.

Tracé en el suelo las constelaciones —esas estrellas agrupadas— uniendo los guijarros con una línea grabada en el barro. Ese sistema me ayudó, a plena luz del día, a identificarlas y luego a nombrarlas recurriendo a la memoria. Al elegir los términos aventurando analogías con los animales, sopesé la artificialidad de mis sobrenombres. La única forma de dominar lo desconocido es llevándolo a lo conocido. Si hubiera sido el primero, habría llamado al Pequeño Renacuajo Osa Menor y al Gran Renacuajo Osa Mayor. Así, no lejos de ella, llamé Caballo a un grupo que logré reducir a un cuerpo dotado de cuatro patas y cuello, que se convertiría unos siglos más tarde, entre los caldeos, en la constelación de Leo —yo jamás me había cruzado con un león—. En cuanto a un cúmulo de estrellas cuyo número y nitidez fluctuaba según el momento y que me recordaba a una gallina y sus pollitos recubiertos de plumón, lo llamé la constelación de los Polluelos, mientras que, unos milenios más tarde,

pasaría a la posteridad como las Pléyades, identificadas por los astrónomos griegos como las siete hijas del titán Atlas. Finalmente, una constelación recibió varias denominaciones mientras luchaba por darle sentido a su trazado: en ocasiones la llamaba el Carnero —como pronto la llamarían los sumerios—, y a veces el Cazador, porque veía en ella un arco tendido hacia los Polluelos —una idea que se les ocurriría mucho más tarde a los griegos, quienes la bautizarían como Orión.

¿Elaboré, sin darme cuenta, el primer mapa del cielo? ¿Inauguré, con inconsciencia soñadora, los catálogos estelares?

No sabía lo que veía cuando miraba las estrellas —¿lo sabe alguien incluso hoy?—. No solo ignoraba que estaba alojado en un planeta, sino que adivinaba todavía menos que estaba mirando otros muchos. Los objetos que circulaban por encima de mí no se parecían a nuestra tierra. A mi entender, no había un universo infinito, sino un muro por el que se deslizaban el sol, la luna y las estrellas, una pared azul de día y negra por la noche. A mi entender, no había un espacio ilimitado, sino un mundo aislado, cerrado. A mi entender, había un centro: aquel en el que yo estaba. Ni yo ni el suelo en el que me sentaba con las piernas cruzadas nos movíamos, era la bóveda celeste la que giraba.

En varias ocasiones, sin embargo, experimenté un malestar, un vértigo que, al echar la vista atrás, considero premonitorio. Temblaba haciéndome una pregunta: si las estrellas colgaban de la bóveda, o si la perforaban, como creían algunos, ¿qué había detrás de la bóveda? En mi mente angustiada, el espacio se abría, se alargaba, conquistando nuevos campos, luego otros y otros, como la Ola del diluvio que nos había precipitado hacia adelante, y yo me devanaba los sesos para imaginar constantemente la extensión después de la extensión, un área carente de límites. Aquella perspectiva me dejaba helado, me ridiculizaba, me humillaba y, ¡pobre diablo!, interrumpía aquel desfile sacudiendo la cabeza. ¡Imposible! De hecho, la noción de infinito me paralizaba. Incapaz de pensar de otra forma que no fuese en imágenes, no pensaba el infinito, que no es representable, solo conceptualizable. Se ofrece a la razón, no a la imaginación. Las matemáticas y la filosofía, que habrían de esperar su tiempo para nacer, no me permitían reflexionar en el infinito, por mucho que estuviesen apelando ya a mi comprensión. Aunque yo solo respondiese con pánico y desmovilización, presentía que un continente de nuevas y diferentes ideas me esperaba en algún lugar.

Cham envejecía, el paisaje cambiaba, el tiempo transcurría.

Y yo, sobre quien resbalaba el tiempo, dialogaba con un cosmos que esquivaba el tiempo. Un hombre no corruptible miraba a las

estrellas incorruptibles.

No solía aventurarme fuera de mi territorio. Como ya no ocultaba mi eterna juventud, evitaba que los lugareños me identificasen o que los recién llegados se percatasen de mi anomalía. Me escabullía como un fantasma o un animal salvaje, habituado a camuflarme tan pronto como distinguía una figura humana. Debería haber temido al batidor de élite, el que acecha durante días, pero las gentes cazaban cada vez menos; la agricultura y la ganadería les bastaban para alimentarse.

Dos veces al año, me aventuraba hasta las afueras del poblado para recogerme frente a la tumba de Barak y Mamá.

Allí se había producido algo extraordinario: en el montículo donde había enterrado a mi tío y a mi madre habían nacido dos árboles; durante unos años habían crecido dignamente, luego, en la edad adulta, se habían enlazado; más que enlazarse, se habían penetrado. No hay mejor forma de describir la increíble fusión. La rama principal de uno, gruesa, ancha, robusta, había entrado en el tronco del segundo. Este último no solo había tolerado la intrusión, sino que la había consolidado cicatrizando alrededor, añadiendo burletes de corteza que formaban anillos. El acuerdo estaba sellado.

Contemplé con emoción aquellos árboles entrelazados. Barak y Elena —solo podían ser ellos— proseguían su historia. Su pasión había logrado emerger de la tierra, ascender al cielo y reunirlos de manera definitiva. Como vegetales, habían logrado aquello en que los humanos fracasan: hacer uno con dos. El amor jamás perecía…

Durante tres décadas, en la primavera y al final del verano, acudí a rendirles homenaje sin avisar a Cham. Pasaba el día sentado entre los dos, en su sombra benéfica. Los acariciaba. A veces los abrazaba; me estremecía cuando la corteza a la que pegaba mi mejilla me raspaba como antaño la barba cobriza de Barak, me fundía en lágrimas cuando el perfume dulce y penetrante de las flores me envolvía con delicadeza, porque sentía a Mamá rodeándome con sus brazos. Pese a la intensidad de aquellas emociones, regresaba a mi caverna fuerte y confiado. La eternidad existía. Así como la vida feliz.

Noura no se apartaba de mis pensamientos. Los primeros años, recordarla me abatió; luego me hechizó. No necesitaba recordar rasgos concretos ni rememorar anécdotas. Me contentaba con imaginarla, con actuar bajo su mirada, con vislumbrar su rostro vagamente.

Hubo momentos en los que me pregunté si Tibor seguía perteneciendo a nuestro mundo, si todavía lo recorría en pos de su hija. Como antaño, su repentina partida me desconcertaba y esperaba por su bien que hubiera aceptado por fin que ella había desaparecido. Aquel hombre tan sabio, tan erudito, tan reflexivo, solo había

adolecido de un desvarío, Noura.

¿Como yo?

Durante aquellas tres décadas, viví en el presente, pero sabiendo confusamente, en mi fuero interno, en una zona inaccesible a las palabras, que esperaba. El qué, lo ignoraba…

Fue Cham quien me dio la respuesta un día.

Lo vi llegar a lo lejos. ¡Cómo se arrastraba! Su figura encorvada, enflaquecida, parecía tan ligera como el polvo del camino. Luchaba contra un viento que apenas doblaba los dientes de león.

—¡Pobre Cham! —exclamé—. Ya no parece él.

En aquel momento no me di cuenta de la simpleza. Pues claro que aquel Cham ya no se parecía al Cham joven, pero ¿por qué le concedía más importancia a una condición física que a las otras? Cham había sido él en todas las edades de su vida, a los tres meses, a los cinco años, a los quince, a los veinte y, ahora, ¡a los sesenta y cinco! ¿Un estado iba a servir de referencia? ¿Le había reprochado al Cham de treinta años no parecerse al Cham de diez años? Como muchas otras personas, pensaba estúpidamente que la infancia constituye una preparación y la vejez una decadencia. Según dicho prejuicio, la Naturaleza dedicaba veinte años a construir un individuo, que se beneficiaba de su físico durante diez o quince años, y luego se ocupaba de destruirlo las décadas siguientes.

Cham se reunió conmigo sin aliento, sudando a mares. Nuestro abrazo me enfrentó con sus hombros descarnados y sus omóplatos puntiagudos. Bromeé, tratando de ocultar la lástima que me inspiraba.

Después de los prolegómenos de costumbre, esperaba que comenzase su cautivadora crónica, pero se mantuvo en silencio, retorciendo las manos.

—¿Qué ocurre, Cham?

—Falka ha muerto, papá. Hace cinco días.

—¿De qué murió, hijo mío?

Me miró ligeramente sorprendido.

—De vejez.

Su respuesta me dejó helado. No había vuelto a ver a Falka desde hacía treinta años y tuve que renovar mis imágenes en un instante, cambiar una mujer radiante por una anciana agonizante.

Cham me miraba con atención. Su silencio lo decía todo; su silencio me gritaba: «Yo también me apago, padre. Yo también moriré pronto».

Me puse a recorrer nerviosamente el claro donde siempre nos encontrábamos. Me avergonzaba de mí, de mi juventud, de mi incapacidad para transmitírsela; sentía lástima por él, por Falka, por todos aquellos seres que sufren el paso del tiempo. ¿Por qué me había

librado yo? ¡Qué infierno!

Cuando mi cuerpo se hubo liberado de la ira, me senté junto a Cham. Me sonrió con cariño.

—Vuelve conmigo al pueblo.

—No, Cham, evitemos…

—No me causarás ningún problema. Todos los que te conocieron están bajo tierra, papá, excepto yo. Puedes volver.

—¿Y tus hijos? Los cuidé cuando eran niños. Me reconocerán.

—Por supuesto que te reconocerán: no has cambiado. Y por eso, precisamente, concluirán que no eres tú. Se supone que nadie puede sustraerse al tiempo. Te presentaré como un primo lejano, lo que justificará el aire de familia con Noam, mi difunto padre, quien falleció, no lo olvides, hace treinta años.

Su plan me pareció convincente. Me estremecí.

—Tengo miedo…, Cham.

—¿De qué?

—De volver allí. Estoy tan acostumbrado a mi soledad. Es que…

—Lo siento, padre, me cuesta mucho venir aquí. Está demasiado lejos. Me agota.

Me acerqué más a él.

—Perdona, hijo.

—Si no vuelves a casa conmigo, tú estarás solo y yo estaré solo. No podré soportarlo, papá.

Y así fue como volví a vivir con mi amadísimo hijo.

Cham tenía razón. Los habitantes del poblado nunca sospecharon que, tras el hombre atlético, apuesto y moreno de veinticinco años, llegado a su casa, se ocultaba el padre del anciano Cham. Los pocos que me habían visto en el pasado se asombraron del parecido, más complacidos que impresionados, y me juzgaron «casi tan guapo como Noam». Porque, como pude comprobar, mi reputación había crecido desde mi desaparición, elevándome del estatus de héroe al de ídolo. Se me veneraba como a un sabio, un justo, un fundador. Contaban que había presagiado el diluvio —cuando solo había prestado atención a las preocupaciones de Tibor—, que había construido un barco prodigioso, de solidez sin par, en el que había embarcado, además de los hombres, parejas de animales para preservar todas las especies. Según aquel relato, no había nadie a quien no hubiese salvado, y ya no recordaban a los que habían perecido. De una calamidad mortífera, habían elaborado una epopeya triunfante.

Le reproché a Cham el haber permitido la difusión de aquella sarta de majaderías.

—He intentado corregirlos, padre —respondió con sinceridad—. Me he cansado de insistir, te lo aseguro, sobre todo porque me lo habías advertido varias veces. Pero mis matizaciones les suenan a música celestial. Me escuchan por cortesía, se callan un tiempo prudencial y, sin saber cómo, vuelven erre que erre. Los hombres no necesitan la verdad, necesitan leyendas.

Cham se iba consumiendo día a día. A pesar de mis cuidados, mis pociones y mis hierbas, las fuerzas lo abandonaban.

El individuo termina como empezó, necesitado de ayuda. Vejez e infancia se aúnan. La familia se invierte: el cuidado cambia de lado. Cada antepasado se transforma en hijo de sus descendientes.

A mí, en cambio, no me ocurrió. Fui el padre de mi hijo hasta el final, hasta que falleció. En la intimidad no reprimíamos nuestras muestras de afecto: Cham me prodigaba su ternura, yo la recibía y le daba la mía sin límites. ¿Cuántas horas pasamos juntos, tumbados en una estera, en penumbra, charlando de todo y de nada, felices de oír nuestras voces, disfrutando de estar juntos? Saboreaba ávidamente la presencia de mi hijo, sabiendo que la muerte me lo arrebataría pronto. La perspectiva de aquella pérdida me reveló lo que importaba. ¡Cuánta angustia sustentaba mi felicidad! El vacío que estaba por llegar me instaba a disfrutar de lleno del presente. Cada instante se teñía de nostalgia anticipada: un día todo aquello se habría ido.

Una de aquellas tardes, protegido del sol, en el benéfico silencio de la casa, mi hijo se durmió entre mis brazos para siempre. Tardé en reaccionar mucho tiempo. De bebé, lo había tenido entre mis brazos. De viejo, seguía teniéndolo entre mis brazos. ¿Cuál era la diferencia?: Ya no respondía a mis sonrisas…

Enterré a Cham junto a Barak y Elena, al pie de los árboles entrelazados. Luego, una vez que los miembros de la familia y yo salmodiamos las oraciones rituales, me sentí como un extraño entre aquellos que me veían como un primo lejano de cuya compañía disfrutaba Cham. Mi cometido había acabado. Tenía que desaparecer.

¿Cuánto tiempo iba a obligarme a existir aquel cuerpo que no envejecía?

La pena se me antojaba normal; confiaba en que la tristeza, por acerba que fuese, tendría fin. En cambio, más allá de cualquier dolor, me atormentaba una pregunta: ¿Todavía deseaba vivir aquella vida? Pensé en seguir el ejemplo de Barak. Mi mundo desaparecía y yo no desaparecía con él. Escapar al calendario de los demás, no envejecer con los que amaba, lejos de otorgarme un privilegio, me infligía un suplicio. Aquella juventud prolongada, absurda, insolente, feroz, estúpida, era una losa que me aislaba cada día más. Maldije a los

Genios, a los Espíritus y a los Dioses por haber concebido para mí una soledad nueva, la soledad temporal. Mientras todos conocían la reclusión en el espacio, yo, y solo yo, experimentaba el enclaustramiento en el tiempo. ¿Cómo vivir con una persona cuya vulnerabilidad no se comparte? ¿Cómo acompañar al ser querido que se marchita sin que tú te marchites? ¿Cómo sobrevivir a la muerte de un hijo y, tal vez, a la de futuros hijos?

No obtuve respuesta.

Ni de los Dioses, ni de los Espíritus, ni de los Demonios, ni de mí.

Aquel silencio suspendió el gesto fatal. Desgarrado por demasiadas preguntas para resolverlas con una puñalada, sin decidirlo ni quererlo, seguí viviendo.

O al menos eso creí.

*

Al cabo de treinta años de inmovilidad, me fui con un hatillo al hombro.

El mundo había cambiado. Las familias se habían vuelto sedentarias, lo que, paradójicamente, demostraban los caminos. En los tiempos de los Cazadores-Recolectores, apenas veíamos senderos permanentes, porque ningún desplazamiento se efectuaba con la suficiente regularidad como para dejar huella en el suelo. Ahora que los hombres no se movían, menudeaban los caminos, hollados por los pies, marcados por los cayados, desgastados por las pezuñas, tierra batida y trillada que emprendían los campesinos, sus rebaños, los vendedores o los proveedores que iban de mercado en mercado. Las aldeas crecían y se multiplicaban. Los nómadas desaparecían a ojos vista.

En mi peregrinar, descubrí que mi independencia llamaba la atención. Que un individuo se las arreglase para ser autosuficiente —para alimentarse, alojarse, vestirse, curarse— sorprendía a aquellos con los que me iba encontrando por el camino. Pertenecían a comunidades complejas cuyos trabajos, habilidades y saberes habían sido divididos, repartidos y fragmentados. El que criaba ganado no tejía, el que tejía no se ocupaba de los animales. ¡Fin de la autonomía! Todos contaban con todos. La impotencia rondaba. La especialización del saber hacer había suprimido el poder hacer. Los hombres dependían unos de otros, condenados a la vida colectiva.

Me sentía el superviviente de un mundo desaparecido, aquel en el que un individuo se las arreglaba solo. Antaño, todos sabían lo que los demás sabían; hogaño, cada uno dominaba su tarea dejando de lado la

de los demás. El mundo antiguo había constituido el tiempo del conocimiento compartido; el nuevo caminaba hacia el de la ignorancia compartida. De ahora en adelante, un aldeano se distinguía de sus vecinos por una competencia concreta y solo se les parecía por una incompetencia generalizada. Los unían mil lagunas, los separaba una competencia[32].

Gracias a la especialización, los artesanos progresaban a un ritmo muy rápido. Mientras que Cham se había limitado a trabajar el cobre y el oro puros, herreros y orfebres se atrevían con aleaciones. Mezclando estaño con cobre, obtenían un metal más maleable en estado caliente y más sólido en estado frío: el bronce. El resultado mejoraba considerablemente los objetos. Gracias a él, a causa de él, todo cambiaba: había gentes viajando para asegurar el comercio de materias primas —en nuestra región abundaba el cobre, pero escaseaba el estaño— y la venta de herramientas, dagas, cuchillos, espadas o cascos[33].

Un pueblo había alcanzado la excelencia en el trabajo del bronce, Biril. Lo administraba un nuevo tipo de jefe. Se llamaba Zeboïm. Era cruel y quería que se supiera.

Zeboïm dirigía aquel inmenso pueblo al borde del mar, un conjunto fortificado con muros de troncos al que solo se podía acceder por dos puertas vigiladas. Él residía en una amplia casa rodeada de pabellones vigilados por guardias. Todo contribuía a ensalzar su figura. Zeboïm se revestía para las ceremonias de una máscara de oro que lo hacía parecer impresionante, soberbio. Esa estratagema rodeaba su fisonomía de misterio. Ignorantes de sus rasgos y conscientes de que a veces circulaba anónimamente entre ellos sin su máscara, las gentes en las calles medían sus palabras y su comportamiento. Zeboïm castigaba regularmente a un individuo que lo hubiese difamado o criticado sus actos. La ejecución tenía lugar en público. Un pregonero conminaba a la población a asistir al acto. El tirano, provisto de su máscara resplandeciente, se pavoneaba en el trono frente a una multitud bien ordenada. Ante los ojos de los lugareños, que se movían entre el horror y la excitación, el verdugo cortaba la cabeza del culpable, que luego quedaba expuesta en la entrada de Biril, sobre la puerta principal, hasta que los buitres y cuervos la devoraban.

Zeboïm reinaba mediante el terror. Reclutaba mercenarios. El pretexto oficial era defender aquel rico pueblo tan envidiado. En realidad, los enemigos de Zeboïm se hallaban en el interior del recinto y las tropas le servían para mantener el orden con mano de hierro. A continuación, la sed de poder llevó a Zeboïm al imperialismo y su ejército emprendió la conquista de las comunidades vecinas.

¿Qué nos traía Zeboïm?, ¿qué nos venía del bronce? La desigualdad crecía entre los pueblos. Las razias de las que había sido testigo en el pasado eran el resultado de una penuria estacionaria o de la envidia; ahora, la violencia emanaba del sistema. La técnica llamaba a la riqueza, la riqueza llamaba al poder, el poder llamaba al armamento y, a medida que el armamento se perfeccionaba, se desencadenaba la agresividad.

Debo confesarlo, aquel exceso me pareció una bendición: decidí alistarme como guerrero con Zeboïm. Joven, vigoroso, experimentado, sin escrúpulos, alquilé mi cuerpo a quien me garantizaba cama, comida, ropa y aseo.

Me reclutó. Mejor dicho, lo hizo Kurk, su mano derecha y portavoz, su parte visible, el que ejercía el mando, dirigía a los soldados, conducía los asaltos mientras Zeboïm permanecía encerrado en su casa.

Solía juntarme con matones, una compañía particularmente aburrida. Se creían inmortales y no lo eran, lanzándose a la pelea con júbilo, estimulados por la ilusión del dominio, convencidos de que podrían salir victoriosos de todo, en vista de que tras un montón de reyertas y peleas a puñetazos todavía seguían vivos. Al lado de aquellos tipos, me sumí en la trivialidad. Bebíamos, íbamos de francachela, jurábamos, escupíamos, fanfarroneábamos, copulábamos, insultábamos, y luego todo se apagaba en un grito de estupor en medio de un campo de batalla. Cuánto contrastaba la rudeza de aquellos soldados con mi hijo Cham, de lenguaje sutil y análisis refinados, que aquellos patanes habían relegado al olvido. Yo, que había curado, hería. Yo, que había sanado, exterminaba. Yo, que había salvado a mi pueblo, me fundía en el seno de una tropa anónima, soldado entre soldados, sin preocuparme un ápice la causa por la que luchaba… ¿Era yo? No. ¿Por qué me estaba castigando? Buscaba borrar al Noam anterior, al Noam que se había querido bueno, cariñoso, responsable y que solo había logrado sufrir atrozmente. Desertaba del campo del dolor. Prefería infligirlo a sufrirlo.

Demostré ser un excelente mercenario. Indiferente a los golpes, recuperándome rápidamente de tajos y contusiones, representaba al combatiente ideal. Lanzado en una carrera desenfrenada, había expulsado a la muerte de su madriguera y huía delante de la peligrosa bestia, esperando que me atrapase.

Por desgracia, me movía más rápido que ella… Mataba, pero no me mataban. Nunca.

Me sumí en la tristeza. Algo había desaparecido. Todos los que amaba, Noura, Mamá, Barak, Cham, Tibor, pero también algo

esencial, intangible: el encanto natural.

Aparecieron rodrigones y cercados. ¡Qué conmoción! Los humanos indicaban a las plantas cómo debían crecer y a los animales dónde debían vivir. ¡Rodrigones y cercados! Una revolución… La tierra se volvía agrícola, los animales alimenticios. Bosques y praderas eran aniquilados, los primeros calcinados para proporcionar campos, las segundas cercadas para servir como pastos. Los campesinos de manos callosas se partían la espalda, inclinados sobre la tierra para desbrozarla, desempedrarla, partirla, ablandarla, desterronarla, escardillarla, ararla y sembrarla. Ya no veneraban el suelo que pisaban, lo utilizaban. Los animales huían aterrorizados de las llamas e intentaban vivir lejos de los hombres, mientras que antes vivían con ellos. Su suplicio no se detuvo ahí: los hombres creaban dos razas, los animales domésticos y los animales salvajes. Rebeldes a la esclavitud, los salvajes se veían condenados al éxodo y luego a la clandestinidad, mientras que a los dóciles, a aquellos que mostraban un poco de mansedumbre y sociabilidad, les esperaba lo peor. Una vez marcados los que accedían a alimentarse y a reproducirse en cautividad, los granjeros los encarcelaban definitivamente y mataban a los ariscos. Mientras la Naturaleza solo permite la supervivencia de los más fuertes y pugnaces, los hombres practicaban una selección inversa. Lo comprobaba cada vez que pasaba junto a rebaños pastoreados: las cabras, los muflones, los bovinos sumisos no tenían ni por asomo el tamaño y la robustez de sus primos salvajes.

El paisaje se modificaba. Era lógico: había cambiado de autor. Antes, lo creaba la Naturaleza; ahora el hombre usurpaba su lugar. Nuestra costa, que era el resultado del trabajo milenario de los elementos, incluido el diluvio, comenzaba a estar jalonada de caminos, de prados, de chamiceras, de plantaciones, de vallas, de bosques especializados, de aldeas, de puertos. Trigo, cebada, casas. Trigo, cebada, empalizadas. Trigo, cebada, graneros. Trigo, cebada, establos. Trigo, cebada, casas… Mientras la Naturaleza inventa con una rica diversidad, desplegando una imaginación sin límites, el hombre quema, cuadricula, simplifica.

Cuando veía elevarse columnas de humo en el cielo, me recorrían escalofríos: mis contemporáneos incendiaban algo más que una parcela de tierra, destruían una forma de habitarla. Ahora la Naturaleza pertenecía al hombre, que no solo colonizaba los territorios, sino que acaparaba las especies, vegetales o animales, en función de sus necesidades.

Antiguamente, subsistíamos gracias a la caza, la pesca y la recolección. Circulábamos como huéspedes de la Naturaleza con el

mismo rango que las plantas y los animales, sin privilegios, lastrados por serias desventajas —crecimiento muy lento, larga dependencia de nuestros mayores, ninguna cualidad física superior, sin pelaje ni escamas—. Vivientes en medio de lo viviente, éramos invitados de paso. Aquella igualdad se rompía. Ahora, el hombre se creía por encima de la Naturaleza que él transformaba. De ahora en adelante, había dos mundos: el natural y el humano. Y el segundo invadía al primero descaradamente[34].

Hombre del Lago, yo había atravesado una Naturaleza sin barreras donde materia y espíritu se mezclaban. La brizna de hierba, el nogal, la liebre, el río, la roca, la nube, el viento eran seres animados, dotados de intenciones y sentimientos. Podía comunicarme con ellos mediante la observación, la meditación, la ensoñación, los sueños, el canto, la danza, las drogas, los trances. No se alzaba ningún muro estanco. Ahora, los hombres lo construían. Con miras a poseer los objetos, los cuerpos o los fenómenos, los vaciaban de pensamiento y se reservaban la inteligencia. Conquistaban el cosmos vaciándolo de su ser. Yo había vivido unido a la Naturaleza; ellos me separaban de ella. La humildad se desvanecía, la armonía también. Mis paraísos estaban perdidos[35].

Así pues, mi deseo de acabar con aquello optó por una vía radical.

De estatura media, ligeramente encorvado, el cuello grueso, Kurk poseía unas extremidades tan fornidas que su ropa siempre parecía estrecha en las piernas y en los brazos. Un sinfín de amuletos de hueso, dientes y bronce colgaban de su torso abultado, una especie de escaparate glorioso y supersticioso cuyos repiqueteos señalaban su presencia. Se oía a Kurk incluso cuando callaba —un fenómeno inaudito, por cierto, porque su voz acre y gutural gritaba sin cesar—. Dos peculiaridades resumían a Kurk: el sudor y las venas del cuello. Mientras las axilas y los muslos goteaban, una especie de vapor rezumaba de los cabellos pegajosos, de la frente de pronunciados surcos, de las aletas de la nariz achatada, cubriendo el rostro curtido de una consistencia aceitosa; nunca vi a Kurk seco; el sudor reflejaba su fiebre, su frenesí de moverse, su angustia de servir a un tirano impredecible. En cuanto a las venas del cuello, sobresalían, moradas, contraídas, palpitantes, sinuosas, testigos de una energía al borde de la erupción.

Desde mis comienzos al lado de Kurk, lo satisfice demostrando ser un guerrero temible. Me apreció. Me gané su confianza y delegó en mí algunas subtareas de mando ocasionales. Entregado por entero a Zeboïm, había sacrificado cualquier vida familiar. Privado de esposa e

hijos, soñaba con la esposa y los hijos de Zeboïm; Kurk los evocaba por sustitución, conmovido, como si fuera su propia familia. Zeboïm tenía tres hijos y tres hijas que estaban llegando a la edad adulta; tras quedarse viudo, se había casado con una segunda esposa espléndida. «No necesita adornar su palmito con oro, porque resplandece —repetía Kurk—. Jamás he visto mujer más hermosa.» Si bien la mujer de Zeboïm no se escondía bajo una máscara, salía muy poco.

Yo escuchaba a Kurk; él necesitaba hablar y yo necesitaba acreditar nuestra camaradería.

Finalmente llegó la batalla de Letomi. Zeboïm codiciaba aquel modesto pueblecito por el que discurría un río que bajaba de las montañas y le permitiría continuar posteriormente su expansión en canoa hacia el este.

La lucha resultó tan desigual que sentí lástima por los habitantes de Letomi. Intentaron detenernos con simples palos y piedras, enfrentándose a profesionales dotados de cascos, espadas y escudos. Sucumbieron a nuestros golpes en un santiamén. Tan pronto como se desplomó el último, llevé a cabo el plan que había previsto.

Por encima de la carnicería, me volví hacia Kurk, quien, salpicado de sangre, me sonrió y gritó, blandiendo el puño:

—¡Letomi pertenece a Zeboïm!

Parecía que le dedicaba la victoria.

Lo apostrofé a gritos:

—¡Vas a morir, Kurk!

Convencido de que bromeaba, rompió a reír a carcajadas.

—Claro que voy a morir. Pero no ahora. ¡Esta noche, vino para todos!

—Vas a morir ahora, Kurk.

Dicho y hecho: le clavé la espada en el estómago. Sus ojos viscosos se redondearon con perplejidad. Se tambaleó.

Retiré la espada. Vaciló. Con un golpe limpio de la hoja, le abrí la garganta. La sangre fluyó a borbotones. Se desplomó.

Los mercenarios no habían tenido tiempo de intervenir. Miraban atónitos el cadáver de su comandante, que yacía a sus pies.

—¿Qué te ha pasado, Noam?

Odiaban a Kurk, pero le obedecían. No solo vivían bajo sus órdenes, también morían bajo sus órdenes. Aunque mi gesto no los entristecía, los dejaba estupefactos.

—¡Detenedme! —grité.

—¿Cómo?

Cada vez entendían menos.

—Detenedme u os acusarán de complicidad. El hacha se abatirá

sobre mí, no sobre vosotros. Zeboïm castigará a un mercenario, no a todos.

El menos zoquete logró reaccionar. Me maniataron.

Como esperaba, el asunto se resolvió en un abrir y cerrar de ojos. Zeboïm no perdía el tiempo con simulacros de justicia. Nada más lejos de su intención que recibirme en audiencia: sería ejecutado en público en el acto.

El heraldo apenas dispuso de unos instantes para convocar a la multitud, el verdugo para colocar un tajo, los tambores para sonar, y me empujaron, maniatado, hacia el lugar de mi ejecución.

El día declinaba, pero la luz había prodigado tantas llamas que se había quedado retenida aquí y allá, con tonalidades rojizas, en las paredes, en las caras, en el suelo al que miraba.

Caminando al ritmo del tañido fúnebre, experimentaba un alivio increíble. Renacía. Perecer me devolvía a mí mismo. Recuperaba al Noam conforme con sus principios, el Noam que habían querido Mamá y Barak, el Noam deseado por Noura, el Noam de mi hijo Cham, el Noam que había venido a la tierra para curar y preservar la vida. Mientras avanzaba hacia el verdugo, me acordé repentinamente del momento en que Tibor y yo, durante el diluvio, nos inclinamos sobre el pequeño Prok, que agonizaba de hambre. Tibor había dicho indignado «¡Es insoportable, Noam! Yo no me hice curandero para ver morir a un niño», y yo había añadido: «Y yo, ¿acaso me he hecho jefe para ver morir a un niño?». Yo había sido ese Noam, dirigente, padre, amante, médico. En los últimos años, la desesperación me había alejado de mí sin aportarme nada, excepto la costumbre de masacrar. ¿Hacemos retroceder el pasado sin que se vengue? La venganza de Noam se revelaba dulce: morir como yo mismo, ya que no sabía vivir como yo mismo.

El verdugo me asestó un golpe en las corvas para hacerme caer. Seguí adelante a trompicones, dirigiéndome voluntariamente hacia el tajo que se utilizaba para las decapitaciones. Allí me agaché y apoyé la cabeza contra la madera.

Frente a mí, sobre un estrado, se alzaba Zeboïm, altivo, de brazos cruzados, provisto de su máscara de oro, escoltado por sus hijos y sus hijas.

El verdugo alzó una enorme hacha de bronce, callaron los tambores.

Viva, ligera, una mujer se unió a Zeboïm y deslizó su mano en la curva del codo de su marido. Por su actitud amorosa y sumisa, comprendí que se trataba de su segunda esposa.

Un grito salió de mi boca:

—¿Noura?

Sorprendida, la mujer buscó el lugar de donde había surgido el nombre y me encontró.

—¿No… am? —balbució.

El hacha del verdugo se abatió sobre mí.

---

[29] Mineral de cobre y mineral de oro. (*N. del A.*)

[30] Mi historia, una vez que los hombres inventaron la escritura, conoció también los honores del libro. En primer lugar, los mesopotámicos redactaron varias versiones, la más completa de las cuales se encuentra en la *Epopeya de Gilgamesh*: se me describe como un sabio que salvó a sus allegados, sus animales, incluso todas las bestias, llevándolos en un navío. En medio de un centenar de menciones fantasiosas, un detalle me inquietó: se cuenta que fui recompensado con la inmortalidad y fui a disfrutarla en Dilmún, tierra de abundancia —la actual isla de Baréin en el golfo Pérsico. Dicha precisión —auténtica, como enseguida veréis— me hizo temer durante mucho tiempo que mi secreto fuera descubierto. Providencialmente, después de algunas invasiones, nadie supo leer en sumerio, en acadio o en asirio, lo que aseguró mi tranquilidad. Para mi sorpresa, constato con la distancia que el único elemento verídico de los relatos mesopotámicos es el que pasa por ser el más inverosímil…

Los judíos, a su vez, reescribieron nuestra aventura en el Génesis, las páginas que abren la Biblia. Recogieron mi nombre —Noam se convirtió en Noé—, hablaron de mi hijo Cham y desnaturalizaron la intervención de la curruca Mina, transformándola en dos pájaros, un cuervo y una paloma. Dotados de auténtica inspiración poética, añadieron un arcoíris al momento de nuestro regreso a tierra firme, un chal multicolor que sería testigo eterno de la nueva alianza de Dios con los hombres —tiene gracia, porque se lo recordaba tanto a Dios como a los hombres—. Ni que decir tiene que yo admiraba los arcoíris mucho antes del diluvio, pero me gusta esa simbología. Este collar cósmico se nos escapa; por su esplendor y su inaccesibilidad, nos incita a la humildad.

En cuanto a los griegos, se distanciaron aún más de los recuerdos divulgados durante milenios. A mí me llamaron Deucalión y a Noura, Pirra. Más tarde, el filósofo Platón evocó el diluvio en su *Timeo* y, por razones políticas, transformó el lago en la isla de la Atlántida.

Huelga decir que ninguno de estos textos se presentaba como un reportaje sobre el diluvio o sobre mí. A nadie le preocupaba la exactitud. Solo importaba el sentido de la fábula. (*N. del A.*)

[31] ¿Crear una obra? Cham tenía el talento para ello, yo era la razón de ello. Porque una obra requiere medios y una causa. Cham se convirtió en narrador para mejorar el encierro al que me había sometido. El arte de contar historias lo había recibido como un don, pero lo estimulaba constantemente, tanto por mala conciencia como por amor. El afecto se mezclaba con la culpabilidad. Posteriormente, siempre he encontrado, entre los grandes creadores, esa mezcla idéntica de combustible noble y combustible innoble para atizar el fuego. Se necesitan ambos. El puro y el impuro. Un ángel no hace una obra, el Diablo tampoco.

Cham hizo su gran novela para mí. Estaba dirigida a mí. La escuché. Existió realmente, aunque no quede rastro de ella. Antes de la escritura, los genios escribían en el viento. (*N. del A.*)

[32] Cuando me hablan de progreso, soy reticente. Cuanto más saben los hombres, menos sabe el individuo.

En 1950, tuve la suerte de conocer a Albert Einstein en los Estados Unidos. Para ser exactos, es posible que le haya salvado la vida… Enamorado de la vela, el eminente físico navegaba en solitario en un lago de Nueva Jersey, cerca de Princeton. Una repentina racha de viento volcó la embarcación sobre el agua y una maniobra equivocada catapultó a Albert Einstein y estuvo a punto de matarlo. Me zambullí y lo llevé a la orilla. Cuando se repuso, lo

ayudé a recuperar su embarcación, a repararla, a atracarla y luego tomamos juntos un tentempié. En mi vida he visto persona más encantadora y más torpe. ¿Para qué tenía diez dedos aquella mente superior? No sabía cómo usarlos —excepto para tocar el violín— y carecía del menor sentido práctico. Aunque me conmovió, no pude sino compararlo con los hombres de mi juventud: en caso de dificultad, cualquiera de ellos se habría manejado mejor. Einstein no parecía darse cuenta de nada de lo que lo rodeaba, no conocía la flora ni la fauna del lago, no distinguía las plantas que alimentan de las que envenenan o curan, ignoraba cómo predecir la tormenta o detectar una borrasca, coserse la ropa, encender un fuego, tallar un cuchillo de pedernal, y mucho menos usarlo. En cuanto a colocar trampas para conejos o nutrias, era una idea que jamás se le habría ocurrido a tan brillante cerebro. Manifestaba una inadaptación integral.

La especialización preserva a los que no saben hacer gran cosa. Básicamente, la civilización ha permitido la supervivencia de los genios y de los cretinos. El cretino no sirve para nada, el genio solo sirve para una cosa. (*N. del A.*)

[33] Para el poeta, es el oro lo que cambió a la humanidad. Para el moralista, es la plata. Para el historiador, es el bronce. (*N. del A.*)

[34] En uno de los relatos que me dedicaron más tarde, el Génesis, unas pocas líneas subrayan esa ruptura radical. Según el texto de la Biblia, Dios le dijo a Noé antes de embarcar: «De todos los animales puros, tomarás siete parejas, macho y hembra; de los animales impuros tomarás una pareja, macho y hembra, y también de las aves del cielo, siete parejas, macho y hembra, para perpetuar la especie por toda la tierra». ¡Le confía el cuidado, sino la propiedad, de los animales! Y, durante el desembarco, Dios propone una alianza entre «yo, vosotros y todos los seres vivos». Lo que significa que son tres sobre la tierra: Dios, los hombres y los animales. Se ha consumado la separación del ser humano del resto de lo viviente, bajo la mirada y la garantía de Dios. Algo impensable para los pueblos del Lago. (*N. del A.*)

[35] Tengo la impresión de que los poetas aún residen en ese paraíso perdido. Y tal vez por ello no he dejado de leerlos a lo largo de los siglos. Muchas personas nacidas mucho después de mí experimentan la misma sed, lo que me lleva a sospechar algo de lo que volveré a hablar más adelante: no vivimos forzosamente en la época en la que creemos estar. Muchos habitan, en lo más hondo de sí mismos, un universo diferente de su realidad. De lo contrario, ¿cómo explicar el apetito por la literatura en unos y la depresión en los otros? Los avatares del nacimiento nos obligan a recorrer un mundo sin relación con el que sigue habitando nuestro inconsciente. (*N. del A.*)

Epílogo

Noam levanta la cabeza.

Acaba de comprender: el libro pone fin a un enigma que lo había irritado durante milenios…, el mar Negro.

Le arden las sienes, cierra bruscamente el volumen, se levanta, busca aire. Se asfixia. ¡Rápido, caminar, agitar los brazos, reaccionar, regular el cuerpo que arde por dentro! Abre la ventana.

El aroma acre de los pinos que rodean la casa calma sus pulmones. El canto de las cigarras se despliega sobre él como un bálsamo. Un cielo puro, azul, limpio, se extiende plácidamente y Noam saca de él, mirándolo fijamente, la fuerza para integrar lo que ha descubierto. El mar Negro…

Desde hace semanas, la biblioteca del Arca le ofrece un refugio dentro del refugio. Para disipar el tedio que le inspiran sus compañeros, Marmoud, Charly, Hugo y el flemático James, Noam pasa la mayor parte del tiempo en este recinto con tabiques tapizados de libros. Sobre la gran mesa de caoba prosigue la redacción de su manuscrito, luego, cuando la fatiga dispersa las palabras convirtiendo la frase en un trabajo laborioso, cuando el desgaste asimila su trabajo al de un pastor que intenta en vano reunir el rebaño de ovejas desperdigadas, se rinde, aparta el cuaderno, se arrellana en el sofá y se pone a leer.

Fruto de la donación de un fino erudito, la biblioteca está concebida como una biblioteca survivalista. Aunque incluye manuales prácticos que recogen técnicas de caza, de camping o de cocina, también ofrece una panoplia de obras literarias dedicadas a los desastres, desde la *Ilíada* de Homero hasta *La peste* de Camus. Intrigado, Noam ha hojeado centenares de novelas recientes que describen plagas, tornados, tsunamis, terremotos, pandemias, la sociedad posnuclear, la naturaleza helada, la naturaleza calcinada, el exilio extraterrestre o el cosmos donde las máquinas se han deshecho de sus inventores. Esta mañana ha dado con un estante de libros científicos en lo alto de la escalera de madera. Al ver un estudio sobre el diluvio, lo sacó cautelosamente con las yemas de los dedos.

Hace siglos que lee compulsivamente todo lo que los eruditos han escrito sobre el diluvio sin sacar nada en limpio. Para ser exactos, ha

aprendido mucho sobre los autores, nada sobre el diluvio.

Los hombres lo relacionan todo con ellos. Los acontecimientos no suceden, les suceden a ellos. Mejor dicho: no les suceden, les están destinados. Una calamidad, por dura que sea, resulta ser un mensaje para ellos. No importa que los animales mueran, que las plantas se marchiten, que los campos y bosques se deserticen, la calamidad va dirigida a ellos y solo a ellos. ¿Quién les habla a través de tifones y cataclismos? Los Dioses cuando pululaban, Dios desde que se hizo célibe, la Naturaleza, ahora que Dios se ha ido. Siempre una entidad inteligente que les administra una lección. Los Dioses, Dios, la Naturaleza, se vengan de su arrogancia exhortándolos a la modestia. ¡Qué paradoja! Seres presuntuosos afirman que el Poder los exhorta a la humildad, pero, al hacerlo, carecen de ella, puesto que se erigen en el centro y finalidad de la creación.

Esta mañana Noam abrió el libro y se entregó a la lectura de aquel ensayo sobre el diluvio con reticencia, temiendo encontrar solo un planteamiento contemporáneo de la eterna necedad.

Una hora después, está atónito: el compendio del libro le ofrece las claves de lo vivido varios milenios antes.

Noam se aparta de la ventana. Febril, recorre la estancia, desplazándose rápidamente alrededor de la mesa. El mar Negro…

En 1993, los geólogos marinos William Ryan y Walter Pitman, explorando las entrañas del mar Negro, hallaron sedimentos inexplicables: tendrían que pertenecer a un lago de agua dulce, no a un mar salado. Seis años después, un oceanógrafo, Bob Ballard, detectó una playa a ciento cincuenta metros por debajo de la superficie. ¿Cómo? ¿La orilla del mar en el fondo del mar? Eso significaba que se había producido una imponente subida de las aguas. Pero la playa reveló algo más extraño todavía: los animales y las conchas petrificadas que la cubrían la vinculaban a las especies que vivían en agua dulce. Gracias al carbono 14, pudieron ser datadas: siete mil ochocientos años. En cambio, las que, no lejos de estas, exigían un ambiente salado tenían siete mil trescientos años. ¡Por tanto, un mar había reemplazado un lago!

A partir de ahí, otros informes acababan de reconstruir lo sucedido.

Había un lago —el Lago, piensa Noam con emoción, que él ha revivido en las líneas que ha escrito, el universo encantado de su juventud— alimentado por los arroyos de las llanuras ucranianas. Dicho lago estaba más bajo que el mar próximo, el Mediterráneo.

Cuando terminó la era glacial, el calentamiento climático provocó una fusión significativa de los glaciares del planeta. Como resultado, el nivel de los mares y los océanos subió. Cuatro grados de incremento

bastaron para elevar el Mediterráneo ciento treinta metros. Desde el Mediterráneo que lo dominaba al sur, el lago estaba protegido por el relieve, porque los actuales estrechos del Bósforo y los Dardanelos no constituían estrechos sino istmos, bandas terrestres que formaban una muralla. Cuando, bajo la presión de las aguas, cedió la barrera natural del Bósforo, millones de kilómetros cúbicos se derramaron desde ciento cuarenta metros sobre el lago y la campiña circundante, miles de personas se ahogaron… Resultado de aquel desenfreno: un mar menos salado que se extendió sobre mil cien kilómetros de oeste a este y seiscientos de norte a sur, el mar Negro.

El ensayo decía a continuación lo que Noam ya había concluido: el diluvio no fue universal, sino local; mientras unos individuos habían sobrevivido huyendo, las poblaciones «montañesas» no se habían visto afectadas. A falta de escritura, nadie relató los hechos y la conmoción repercutió de memoria en memoria, repetida, comentada, tergiversada, enriquecida, matizada, fabulada.

—¡Está a punto de llamar! Nos conectamos aquí. No hay tiempo para bajar.

Fuera, Marmoud se dirige vehementemente a Charly y a Hugo, que regresaban de un ejercicio de escalada. Instintivamente, Noam se acerca a la ventana para cerrarla y procurarse tranquilidad.

Los tres paramilitares conversan animadamente. Noam duda. Aparte de no querer interrumpirlos apareciendo, prefiere espiar su conversación desde el sofá arrimado a la pared.

—¡Yo creo que va a comunicarnos el día D! —exclama el joven Hugo.

Noam alberga sentimientos ambiguos hacia los survivalistas a los que se ha unido. Lo mismo les da la razón como se la quita. No los confunde con los profetas apocalípticos con los que se ha cruzado durante siglos, que pertenecían a civilizaciones que, a falta de saber, creían. Hoy la situación se ha invertido: los hombres saben, pero no creen. Peor aún: no creen en lo que saben. Aunque el calentamiento global y sus consecuencias son hechos científicos, no les dan crédito ni les prestan atención. Solo los ecologistas y los survivalistas, en opinión de Noam, tienen el mérito de creer en lo que saben.

Marmoud, Charly y Hugo van más allá. De una preocupación racional han pasado a un integrismo. En nombre del mañana, hoy martirizan y desean precipitar el desastre para el que se han preparado. No los guía el altruismo, solo un egoísmo agresivo.

Se oye el tono de llamada entrante en el móvil de Hugo.

—¡D. R.!

Se agrupan en torno al teléfono. Por la forma en que se saludan

unos a otros, Noam deduce que D. R. ha aparecido en pantalla. La voz metálica del jefe anuncia con firmeza:

—La célula Zacarías comienza su acción dentro de tres días. Coordinará el ataque a cinco centrales nucleares en los Estados Unidos.

—¡Por fin! —grita Marmoud.

Los tres terroristas chocan las manos, lanzando un grito de victoria.

La voz advierte, incisiva:

—¡Discreción absoluta! Mostrar vuestra alegría puede despertar sospechas.

—¡No te preocupes! Estamos solos en el refugio.

—¡Nunca estamos solos! —replica D. R. con tono cortante.

Noam se estremece. Ojalá que los conspiradores no se den cuenta de que están cerca de una ventana abierta…

Es evidente que les da igual, porque Marmoud sigue hablando como si nada:

—¿Y nosotros?

—Vosotros os esperáis.

En aquel timbre distorsionado, una entonación inquieta a Noam.

Mientras Marmoud insiste en adelantar la operación programada en el Líbano, Noam se acerca a la ventana, guiado por un temor. Es absolutamente necesario que verifique su intuición.

Marmoud no ceja, argumentando, detallando cómo su equipo lo ha planeado todo, imprevistos incluidos, hasta que por fin propone:

—Podemos volar la presa de Chabrouh el día que los americanos se ocupen de las centrales.

Noam asoma la cabeza y, en medio de las nucas inclinadas sobre la pantalla, ve a aquel al que imploran los libaneses.

—Preferiría no hacerlo —responde Derek.

Título original: *La Traversée des temps 1. Paradis perdus*

Edición digital: 2022

© Éditions Albin Michel, 2021
© de la traducción: M.ª Dolores Torres París, 2022
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1362-693-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.